

CERCA DE TI

Roni Green



Amor es amor

CERCA DE TI

Roni Green

Esta obra ha sido registrada en *SafeCreative*
2015 ©
Todos los derechos reservados

DEDICATORIA

RESUMEN

Marcos vive su aparentemente tranquila vida siendo pastelero en su pueblo natal. Después de la muerte de su abuela heredó el negocio en el que había aprendido un oficio con el que disfrutaba poniendo su granito de azúcar para hacer feliz a la gente.

La esquiva felicidad que tantas veces se le había escapado entre los dedos, con una familia destruida por el alcohol y los maltratos, el fallecimiento de su madre y la huida de su hermano mayor junto al chico del que había estado enamorado desde su adolescencia. Ahora, tomando las riendas de su propia vida, fuera del yugo opresivo de su padre alcohólico y sintiéndose libre por fin, tiene que enfrentarse al hombre del que ha estado siempre enamorado cuando aparece después de tantos años en la puerta de su negocio, y cuestionarse si es amor o solo un capricho lo que siente por él.

¿Por qué ha vuelto Daniel Román al pueblo? Marcos no está seguro de sus intenciones, pero lo que sí sabe es que no le está contando toda la verdad.

La llegada de Daniel Román al pueblo agita un avispero que pone en el punto de mira a Marcos. Su padre no está contento con el visitante y el hombre tiene mucho que esconder. Mucho más de lo que piensa Marcos.

Daniel y Marcos tendrán que poner en orden sus vidas si quieren volver a ser felices, aunque eso implique vivir esas vidas por separado.

Capítulo Uno

Eran las seis y media de la mañana y ya hacía una hora que estaba en pie. El horario de su trabajo era muy exigente, pero era algo que a él no le importaba. Le encantaba su trabajo, lo que hacía, y desde que se había convertido en el dueño de su propio negocio, el incentivo era mayor. Ya habían pasado dos años desde que heredó la pastelería de su abuela Ángela y sabía, sentía, que lo que tenía entre manos era algo más que un negocio. Representaba todo lo que había querido ser desde que era un niño, cuando pasaba las horas muertas en la trastienda de la pastelería viendo trabajar a su abuela, disfrutando de cada momento que pasaba en ese lugar, ayudándola y aprendiendo el oficio mientras fue creciendo a su lado.

Todo lo que sabía del negocio lo había aprendido de ella. Todo lo importante, lo esencial y sobre todo había aprendido a lidiar con lo malo, lo feo y lo podrido que su hermano y él habían tenido que soportar con un padre como Francisco Cubero. Después de haber soportado la convivencia con ese hombre, sus continuos maltratos y abusos de borracho cuando era un niño, haber tenido que trabajar durante su adolescencia en su bar; conseguir ser independiente y trabajar en lo que le gustaba era todo un sueño para él.

Marcos vivía y tenía su negocio en el mismo pueblo donde habían nacido sus abuelos y su madre, y donde siempre había vivido con sus padres y su hermano mayor. Ahora solo quedaba él y la dudosa compañía de su padre. Por suerte hacía mucho tiempo que prácticamente había roto las relaciones con él. Cuando murió su abuela, Marcos no dudó ni por un segundo en cambiar su vida trabajando en el bar de su padre por su sueño hecho realidad. Su abuela siempre le había dicho que tenía que haberse alejado de allí como había hecho su hermano mayor, pero él había sido incapaz de apartarse de su abuela y de todo lo que conocía y amaba. Siempre había vivido allí, le gustaba la vida del campo, lo prefería a vivir en la ciudad. Cuando fue estudiante pasó sus años universitarios fuera de allí, en la ciudad, pero no pasaba muchos días sin ir a casa de su abuela. Su moto le daba esa libertad. La posibilidad de vivir experiencias nuevas y poder regresar a casa sin depender de nadie, había sido importante para él. Siempre le había gustado viajar y visitar los pequeños rincones especiales que podía descubrir, muy lejos o muy cerca, que le ayudaban a evadirse y disfrutar de momentos especiales que vivía solo o en compañía, si es que encontraba en ese tiempo a alguien para compartirlos. En cualquier caso eso siempre había sido un escape muy agradable a todos sus problemas.

Sierra era un pueblo relativamente grande, se podía encontrar casi todo lo que fuera necesario, como en una ciudad, y si no lo había estabas lo suficientemente cerca de cualquier sitio como para poder encontrarlo. Definitivamente ese era su lugar. Aunque hubiera querido que las cosas fueran diferentes, sobre todo ahora que parecía que todo estaba yendo mejor para él. Echaba de menos a su hermano, pero sabía que Javier nunca volvería a pisar por allí. Hacía tiempo que había dejado de insistir para que regresara, tan solo para pasar unos días juntos. Javier solía argumentar que odiaba vivir en sitios pequeños y que nada tenía que hacer allí. Ver como su hermano tensaba la mandíbula cada vez que sacaba el tema cuando iba de visita a su casa en Madrid le había hecho pensar, y sospechaba desde hacía tiempo, que había algo más escondido en la mente de su hermano que solo él conocía, y que por lo visto no era capaz de compartir con él. Había decidido tiempo atrás dejar espacio a Javier, para que compartiera con él lo que fuera que le impedía volver a casa, cuando se sintiera

preparado. Bien sabía él que fuera lo que fuera lo más probable sería que estuviera relacionado con su padre. Él aún tenía recuerdos vívidos de la manera en que solucionaba Francisco los supuestos problemas que le causaba su hijo mayor en la adolescencia. Que Javier ni se planteara volver nunca más al pueblo era algo lógico para él, y totalmente comprensible, aunque eso no quitaba que dentro de él deseara con todas sus fuerzas que las cosas fueran distintas.

A esa hora en el obrador ya estaban casi a pleno rendimiento. Los ricos olores de las primeras tandas de pan horneado inundaban el local y hacían que el ánimo aumentara para lo que estaba por venir para el resto del día. Mientras preparaba la masa del pan para otra remesa y daba forma a las piezas ya fermentadas echó un vistazo a la hora. Rosy debía de llegar en cualquier momento. Marcos reconocía que su joven aprendiz valía su peso en oro. Ella tenía una ilusión y una capacidad para aprender el oficio asombrosa. Lo que hacía que él se encontrara muy a gusto trabajando con ella. Además de Rosy, en la pastelería trabajaba Marga, ella se encargaba de la venta de los productos y la atención de la tienda. Marga había trabajado muchos años con su abuela, y cuando enfermó de cáncer fue una gran ayuda para ella. Al heredar la pastelería, Marcos no dudó en mantenerla en el trabajo. Era otro sol que brillaba en su vida.

Escuchó como sonaba la campanilla de la puerta de atrás y enseguida se giró para ver aparecer a Rosy en la entrada. La chica era menuda. Tenía el pelo castaño corto, a la altura de los hombros y casi siempre llevaba los ojos marrones maquillados con delineador negro, haciendo que parecieran más grandes, y los finos labios pintados de tonos rojizos.

—Buenos días jefe —Rosy se acercó para darle a Marcos un beso en la mejilla, como todos los días. Ella olía a colonia infantil y a aire frío.

—Hola solete. Ve y cámbiate, ando algo pillado. ¿Qué tal ayer por la tarde? ¿Te dio tiempo a terminar de estudiar?

—Sí. Sin problema —contestó desde el vestidor. Rosy estudiaba en la universidad a distancia y tenía que ir a Madrid a pasar los exámenes. Era como él, le gustaba vivir en el pueblo y de esa manera contribuía en su casa con su trabajo y no generaba demasiados gastos.

—Bueno, estupendo. Estoy terminando con el pan, ya he empezado con las primeras hornadas. Tú ponte con los desayunos, la masa de los hojaldres y los cruasanes ya está preparada y el horno está en marcha. ¿Ok?

—Ok.

Después de prepararse concienzudamente, Rosy y él cogieron ritmo de trabajo y con la música de fondo y la liviana conversación consiguieron, como siempre, tener a punto todo para los primeros clientes de la mañana, los más madrugadores. A las ocho y

veinte llegó Marga para abrir la tienda e ir colocando las delicias y el pan en los estantes y el escaparate de la tienda. Mientras ella se ocupaba de eso, en la trastienda empezaron con las tartas, pasteles y demás dulces. La mañana pasaba deprisa.

Cada tanto se oía el bullicio de las personas que llegaban para comprar, como cada mañana, los riquísimos dulces que preparaban en la tienda. Los característicos olores que rodeaban la calle de la pastelería eran la mejor carta de presentación de su trabajo.

Mientras terminaba de decorar una tarta de frutas silvestres, levantó la vista cuando Marga se asomó por la puerta llamándolo. Eran pasadas las doce de la mañana, aún quedaban un par de horas para el cierre.

—Marcos, hay alguien que quiere hablar contigo.

—¿Uuhmm? ¿Quién es?

Marga bajó la voz para contestar en un susurro.

—Ese joven. El abogado nuevo —bajó aún más la voz—. El que se fue con tu hermano.

Daniel Román. Marcos se quedó tan sorprendido que casi se le cae la manga pastelera de las manos. Pero enseguida reaccionó al escuchar detrás de él un grito agudo, y sentir a Rosy chocando con su espalda mientras le agarraba de la parte de atrás del uniforme y le meneaba dando saltitos.

—¡Ay! ¡Joder! ¡Es el abogado tío bueno! —se puso delante de él y le agarró por la pechera—. Sara y Elena no hacen más que restregarme por la cara que han hablado con él porque es el abogado de su padre. Y dicen que es muy simpático además de guapo. ¡Yo solo lo he visto de lejos! Déjame atenderle a mí... ¡Porfa, porfa, porfa!

Marcos puso sus manos encima de los hombros de su joven ayudante e intentó que dejara de dar saltitos.

—Rosy, es gay. ¡GAY!

Cuando Daniel Román llegó al pueblo meses atrás Rosy y sus amigas habían estado como locas intentando averiguar algo sobre ese hombre, y al enterarse que los dos habían sido amigos en el pasado, Rosy había procurado sonsacarle cualquier detalle que pudiera compartir con sus amigas. Al final le había contado algunas cosas sobre Javier, Daniel y él mismo. Pero con la condición de que no podía contárselo a nadie más. Enterarse que el objeto de sus deseos era gay, aparentemente no había disminuido ni un ápice el interés de Rosy por Daniel.

—¡Ya lo sé! Pero solo quiero mirarle... Y hablar con él —le dijo, poniendo ojitos de cordero degollado. Antes de que Marcos pudiera decir nada, le interrumpió Marga.

—No te esfuerces, niña. El abogado solo quiere hablar con Marcos.

Marcos no hizo mucho caso a las quejas de decepción de Rosy, y se quedó mirando a Marga.

—Pero, ¿sabes lo que quiere? ¿Es algún asunto legal?

—No, no te preocupes —agitó la mano delante de ella para quitarle importancia—. Solo quiere comprar alguna cosa, pero dice que necesita que le recomiendes algo, y... que hace mucho que no habla contigo —terminó Marga, apartando un poco la mirada.

Recordó que hacía poco más de doce años que no hablaban. Desde que Daniel le había dado su primer beso, y algo más que un beso, a los quince años; para irse pocas horas después con su hermano sin decirle nada.

Marcos no sabía muy bien qué hacer. Ya había pasado mucho tiempo, y la decepción que sintió porque su hermano se marchara, hacía mucho que había desaparecido. Entendía que Javier hubiera decidido continuar con su vida lejos de su padre y todos los malos recuerdos que conllevaba, pero se encontró sintiendo aún algo de malestar al pensar en su relación con Daniel. Si es que se podía llamar relación a unos cuantos besos y toqueteos.

Quizás la diferencia estaba en que con su hermano hablaba por lo menos una vez al mes, y sin embargo nunca había vuelto a tener ningún contacto con Daniel. Marcos sabía que Daniel llevaba ya más de tres meses en el pueblo, tres meses sin que diera señales de vida o muestras de que tuviera alguna intención de acercarse a él. En ese momento se dio cuenta que estaba más molesto por eso que porque se hubiera ido hacía doce años con su hermano y ni siquiera se hubiera despedido de él.

Unas cuantas mariposas empezaron a revolotear en su estómago cuando se percató de que, si quería, podía ver en esos momentos a Daniel.

Y quería. Mucho.

Rosy no había exagerado al decir que el abogado era guapo, si las cosas no habían cambiado, y por lo que la gente decía no lo habían hecho. Daniel era un hombre tremendamente atractivo. No solo eso, era magnético, sensual. Con dieciocho años el hombre había arrasado su corazón, y aunque era un joven corazón de quince años, Marcos no se había recuperado. Era una tontería, pero aún ahora, soñaba a veces con los besos de Daniel.

—Rosy, quédate aquí y echa un vistazo al horno, le quedan siete minutos a esos bizcochos —Marcos se dio un vistazo de arriba abajo, la camiseta y el pantalón blanco que usaba para trabajar no estaban mal, se desató el mandil blanco que llevaba a la cintura y lo dejó en el mostrador de la salida al pasar.

—¡Marcos! ¿Me dejas aquí? ¡Quiero verle! —susurró desesperada y juntando las manos debajo de su barbilla a modo de súplica.

—En tus sueños —le dijo sin volverse—. Quédate ahí o te enteras, morena.

Al salir detrás de Marga, escuchó a Rosy que le llamaba tirano, y sonrió con cariño. Probablemente ella asomaría su cabeza por la puerta en cuanto tuviera ocasión.

Cuando entró a la tienda por detrás del mostrador, lo primero que vio fue que estaba vacía, solo podía ver la silueta de una persona recortada contra el escaparate delantero. Eso lo tranquilizó, no quería que nadie le observara mientras saludaba a Daniel. Se quedó unos segundos mirando, pero se sobresaltó cuando escuchó la voz de Marga.

—Abogado, aquí le traigo al dueño. Espero que él pueda ayudarlo mejor que yo —dijo la mujer, con un poco de retintín.

Al escucharla hablar Daniel se giró, inclinó hacia un costado la cabeza y sonrió de medio lado. Marcos fue a dar un paso adelante para acercarse y tender la mano para saludarle formalmente, pero esa sonrisa y la mirada que barrió de arriba abajo su cuerpo le quedó clavado en el sitio. Titubeó indeciso y dejó caer la mano que había extendido.

Daniel estaba magnífico. Llevaba traje y corbata y sobre éste, un abrigo tres cuartos de piel negra muy fina, con solapas anchas. En las manos sujetaba los guantes que se había quitado y una bufanda color burdeos. Fuera hacía frío.

En ese instante Marcos no supo cómo reaccionar. Delante de él se encontró a un completo desconocido, pero tan parecido al joven del que se había enamorado, que estaba totalmente confundido. Sintió el impulso de acercarse y abrazarle con todas sus fuerzas. Y dejarse abrazar. Aunque pensó que eso no sería muy adecuado; hacía demasiado tiempo que no se veían.

Daniel dejó de repasarlo con la mirada y mantuvo una pequeña sonrisa en su boca cuando carraspeó. Se acercó un par de pasos con la intención de saludar a Marcos. En ese momento él reaccionó y se adelantó; extendió de nuevo la mano frente a sí y frenó el avance de Daniel.

—¿Daniel Román, verdad? Eres el amigo de mi hermano Javier. Hace mucho tiempo que no te vemos por aquí —le dijo jovialmente. Daniel, cambió de expresión al recibir el saludo tan impersonal de Marcos, pero se recuperó enseguida y le siguió la corriente.

—Sí, hace tiempo. Casi no has cambiado.

—Sí, bueno —dijo, sin saber muy bien qué responder—. Dice Marga que necesitas una recomendación para comprar alguna de nuestras delicias —continuó algo incómodo.

—Eso también —contestó Daniel—. Pero la verdad es que tenía que verte —dijo en voz más baja.

—¿Has estado por aquí más de tres meses y ahora tenías que verme? —Marcos no pudo evitar el tono de reproche con el que formuló la pregunta, y vio claramente en la expresión de Daniel que se había dado perfecta cuenta. Pareció complacido con la reacción

—Lo siento he estado... —antes de que pudiera continuar, las campanillas en lo alto de la entrada se escucharon y la puerta de la pastelería se abrió, dejando pasar a una pareja joven con un carrito de bebé, seguidos de una señora mayor.

Marcos sonrió y saludó a los recién llegados e hizo una señal a Marga para que los atendiera directamente. Al girarse vio por el rabillo del ojo la cabeza de Rosy asomándose por la puerta detrás del mostrador. Cogió la oportunidad al vuelo; no quería escuchar las excusas de Daniel.

—Rosy, ven aquí, anda acércate —la joven trotó encantada y se colocó cerca de los dos hombres—. Te quiero presentar a uno de los mejores amigos de mi hermano. Él es Daniel. Daniel, ella es Rosy, mi aprendiz aquí en la pastelería, sin ella no podría hacer nada. Es la mejor haciendo bizcochos.

Rosy quedó encantada con los elogios de su jefe, se la veía feliz y sonrojada. Extendió su mano para saludar a Daniel y éste se acercó un paso, sorprendiéndola al inclinarse y darle dos besos en las mejillas.

—Bueno, es un placer Rosy. Veo que además de encantadora tienes talento. No creo que Marcos diga esas cosas por decir.

—Oh, ¡gracias!, está exagerando un poco, aún estoy aprendiendo, pero me encanta trabajar aquí.

Daniel le sonrió cálidamente y cruzó sus brazos sobre el pecho para continuar con la conversación.

—Todavía eres joven, pero seguro que algún día superarás al maestro.

Marcos se quedó observando el intercambio de palabras. Se dio cuenta que Daniel era sincero y atento con Rosy, hablaba con ella de forma cercana y tenía toda su atención puesta en la chica, haciéndola sentirse especial. Él recordaba perfectamente ese sentimiento.

—Nos dijo Marga que no sabías muy bien qué es lo que te querías llevar. ¿Es para algún evento especial? Si quieres puedo aconsejarte —titubeó un segundo mirando a Marcos—. Si tú quieres, jefe.

—Sí. Adelante, no hay problema, seguro que tú le vas a aconsejar mejor que yo.

Marcos miró a Daniel y le hizo un gesto para que siguiera a Rosy. Éste le devolvió la mirada con intensidad y al pasar junto a él para ir detrás de la muchacha, le susurró para que nadie más le escuchara:

—No te escapes. Quiero hablar contigo.

Antes de darse cuenta Marcos había agarrado el brazo de Daniel y lo retuvo unos segundos a su lado.

—No hay nada de lo que hablar —le dijo tranquilamente—, solo vete por tu lado y yo iré por el mío.

Cuando Marcos le soltó, Daniel se le quedó mirando, al parecer un poco sorprendido por su respuesta. Entonces le sonrió mirándole de arriba abajo y antes de seguir a Rosy le dijo:

—Me parece que no.

Marcos se quedó observando cómo su aprendiz le hablaba a Daniel de las delicias que tenían en la tienda, y cómo el hombre atendía con paciencia a todo lo que le explicaba la chica, mientras le preparaba una pequeña bandejita con pasteles. El corazón le iba a mil por hora. Se sentía como un tonto por haberle hablado así a Daniel, ni siquiera sabía de qué era de lo que quería hablar con él. Probablemente fuera algo relacionado con su hermano. Y él había dado una impresión equivocada. No le extrañaba que Daniel se hubiera reído en su cara.

Echando un último vistazo a lo que ocurría en la tienda, decidió que era mejor ocuparse de su trabajo y olvidarse de lo que estaba pasando allí. Entró al obrador y se dirigió directamente al horno, entonces comprobó que la última tanda de bizcochos para tartas estuviera a punto. Aún faltaban unos minutos para tenerlos listos. En la zona de trabajo Rosy ya había empezado a montar las bases de las tartas para ese día, se acercó y

revisó en la tabla de pedidos los encargos. Tenían dos tartas de cumpleaños y una de aniversario de bodas. Esa la recogerían antes de cerrar a las dos, el pedido era para fuera del pueblo. Sin pensarlo mucho comenzó a prepararlas. Le gustaba mucho esa parte, y más cuando los destinatarios eran gente que conocía y apreciaba. Se movió arriba y abajo juntando los ingredientes para elaborar la decoración, quería empezar por el pedido de la boda porque era mucho más elaborado y le llevaría más tiempo. Se acercó al fregadero y se lavó bien las manos antes de empezar a trabajar de lleno.

Pasó junto a la puerta de atrás y se sorprendió intentando escuchar la voz de Daniel en la tienda. Al parecer habían entrado más personas porque solo logró captar una cacofonía indefinida de voces. Volvió a su puesto pensando en lo tonto que podía llegar a ser. Era una bobada anhelar a alguien al que apenas conocía. Aunque hubieran vivido en el mismo pueblo cuando eran niños, Daniel siempre había sido amigo de su hermano y él, como era normal, solo los seguía donde fuera que estuvieran, cuando le dejaban.

Al enterarse que Daniel Román había venido a instalarse en el pueblo como abogado de empresa, Marcos había esperado verlo en seguida, su hermano no le había comentado nada, pero pensaba que Daniel se pasaría a saludarle en cuanto tuviera un momento. Tres meses habían pasado y el abogado no había asomado su cabeza por allí. Entonces terminó por convencerse que probablemente Daniel ni siquiera se acordaba de él. No entendía por qué ahora aparecía por allí queriendo hablar. Después de doce años, el hombre que se encontraba en esos momentos en su pastelería, probablemente poco tenía que ver con el chico que le había dado su primer beso.

En ese tiempo las cosas en casa ya estaban muy mal. Su padre se pasaba los días intentando sacar adelante el negocio del bar sin hacer muy evidente que se bebía casi todas las ganancias que salían de allí. Pasaba los días ebrio rodeado de «amistades» que solo obtenían beneficio de estar con su padre consumiendo gratis. Su hermano Javier se revelaba continuamente contra esa situación y sufría los abusos físicos y verbales por parte de su padre. No ayudó para nada que, cuando Javier cumplió dieciséis años, le gritara en la cara a su padre que era gay.

Francisco contestó a su hermano golpeándole hasta cansarse. Lo dejó tirado en el patio de la casa y fue Marcos el que le ayudó y cuidó durante los siguientes días. Javier ni siquiera quería que se lo contara a su abuela Ángela, decía que no quería que ella sufriera y se metiera en problemas por él, así que fue Marcos el que se ocupó de todo.

Cuando las cosas estaban más tranquilas Javier se pasaba el tiempo en las casas de sus amigos o estudiando en cualquier otro sitio fuera del alcance de su padre. Marcos en cambio prefería pasar su tiempo en la casa de su abuela y en la pastelería. Pero su rutina cambió un día, cuando tenía catorce años. Él siempre había conocido a los amigos de su hermano, al fin y al cabo todos eran del pueblo e iban al mismo colegio, aunque fueran a distintos cursos. Pero los tres años de diferencia que le separaban de Javier a veces eran muchos años y normalmente no solía salir ni relacionarse con los amigos de su hermano.

Marcos conocía a Daniel, como suele decirse, de hola y adiós. Sabía que era el hijo de

una de las profesoras del instituto y que su padre era el director del Banco del pueblo. Y por las conversaciones que había escuchado a su hermano, sabía que también era gay. Javier y Daniel siempre estaban juntos, estudiaban juntos y salían juntos. Marcos asumió por esa razón que los dos eran novios. Él no sabía muy bien cómo funcionaban las cosas entre chicos, pero percibió que ellos dos tenían algo especial.

Eso le hizo sentirse muy mal, porque en ese entonces se dio cuenta de que se había enamorado de Daniel.

No se preocupó demasiado al descubrir que le gustaban los chicos y no las chicas. Él nunca se había fijado en las niñas de su clase, aunque tampoco se había fijado en ningún chico en especial. Simplemente esas cosas no le interesaban. Pero poco a poco se encontró pensando cada vez más en el mejor amigo de su hermano. En cuándo podría volver a hablar con él, en si le traería ese juego que le había prometido prestarle.

Se ponía nervioso cuando hablaba con Daniel y sentía que enrojecía cuando el chico le elogiaba por algo. También se daba cuenta de la atracción que despertaba Daniel en las personas de su alrededor. Las chicas lo rodeaban constantemente, se notaba que preferían estar con él que con cualquier otro. Y el resto de chicos le seguían como un líder, le consultaban e incluso buscaban su aprobación. El grupo de chicos y chicas giraba en torno a él. Su personalidad y su carisma estaban marcados en sus acciones y en su forma de ser. Era guapo, inteligente, con la justa arrogancia adolescente y era fiel a sus amigos.

Y Marcos le adoraba en secreto.

Durante más de un año hizo todo lo que estuvo en sus manos para pasar el mayor tiempo posible con su hermano y sus amigos. Javier siempre había aceptado con gracia que su hermano pequeño quisiera seguirle a todas partes y le trataba como uno más de sus amigos. Marcos y alguno de sus compañeros de curso se unieron al grupo de Javier y Daniel como regulares en las salidas que hacían. Aunque eran tres años más pequeños, los padres de sus amigos no se quejaban cuando tardaban un poco más en llegar a casa, porque sabían que estaban con los mayores y que cuidarían de ellos.

Solo había que pedir permiso cuando salían de Sierra a otro pueblo cercano, pero normalmente no había problemas. Javier y Marcos no se preocupaban por eso. Su padre casi no les prestaba atención, incluso muchas noches no las pasaba en casa. De cualquier forma, Javier había aprendido a ser independiente y por parte de Marcos a la única que tenía que pedir permisos era a su abuela Ángela.

El final del verano de sus quince años parecía estar llegando demasiado pronto para Marcos. Había empezado sintiendo que todos en el grupo le veían como el hermano pequeño de Javier, ahora disfrutaba por sí mismo de su propio estatus en el grupo. Marcos era muy abierto y extrovertido, le gustaba hacer deporte y era inteligente. No se cortaba a la hora de hablar con las chicas, y los chicos le llamaban para que fuera a

jugar un partido de fútbol con ellos, independientemente de que fuera su hermano o no. Sentía que encajaba y no tenía problemas con nadie.

Solo se sentía mal cuando veía la relación que tenían Javier y Dani. Él nunca les había visto besarse o hacer algo entre ellos, pero siempre estaban pasando su tiempo juntos. Se abrazaban mucho, se empujaban y se apoyaban uno en el otro. Pensándolo bien no tenía nada de especial, pero Marcos sabía que muchas veces Javier se había quedado a dormir en casa de Dani, y seguramente dos chicos que tenían una relación no jugarían a las cartas por la noche cuando tenían una cama disponible en el cuarto.

Marcos sentía celos del tiempo que pasaba su hermano con Daniel y se imaginaba lo que haría si tuviera la oportunidad de estar a solas con el chico que le gustaba. Le abrazaría. Le besaría. Lo cierto era que se conformaría con tan solo mirarle. Era tonto pero cada vez le costaba más esfuerzo disimular la atracción que sentía por el que creía que era el novio de su hermano. Se excitaba todo el tiempo y tenía que buscar un sitio aislado y discreto para masturbarse. Cuando lo hacía le gustaba imaginarse que Dani le acariciaba o le chupaba en su fantasía. Se estaba volviendo loco y apenas podía sobrellevar la situación, así que había decidido buscar una salida a toda esa presión que sentía últimamente.

Marcos no conocía a ningún otro chico gay, que él supiera, pero sabía que su hermano había estado con gente de los alrededores cuando se juntaban en grupos y salían con otros chicos y chicas de los pueblos cercanos. En la comarca no había ningún sitio de ocio donde juntarse y salir con otros chicos gays, así que la mejor opción era ir a bares o discotecas concurridas de la zona e intentar ligar lo más discretamente posible. Él solo había salido un par de veces con su hermano y sus amigos a uno de esos sitios. Javier le había colado en el local tan solo diciéndole al portero que era su hermano. Marcos recordaba al hombre joven que le había mirado de arriba abajo con algo de condescendencia en la mirada y una sonrisa burlona en la boca. Pero no había puesto ninguna pega a que él entrara acompañado de Javier.

Esa tarde de finales de verano, mientras su hermano y Daniel estaban pasando el día con unos amigos en un pueblo cercano, Marcos decidió buscarse la vida y salir por ahí para intentar conseguir a alguien que le ayudara con su problema. Al fin y al cabo ya era un hombre hecho y derecho, no necesitaba estar siempre bajo el ala protectora de su hermano. Hacía ya varios años que había hablado con Javier sobre sus inclinaciones sexuales. Al principio, sorprendentemente, su hermano se había molestado con él. Javier pensó que como cualquier hermano pequeño solo quería hacer todo lo que él hacía, y que solo estaba confundido. Le dijo que por ser hermanos no tenían por qué ser los dos iguales.

En aquel momento el rechazo que sintió por parte de su hermano le dejó sobretodo confundido y desorientado. ¿Por qué su hermano podía ser gay y él no? ¿Por qué lo suyo estaba mal? Él siempre se había sentido igual con respecto a lo que sentía por los chicos, y no sentía por las chicas. Marcos se enteró que su hermano era gay cuando tenía doce años y Javier quince. Su abuela los había llevado a la celebración de la primera comunión de la nieta de una amiga suya muy querida, en un pueblo del sur de Madrid. Después de la misa y el banquete la gente se dispersó en corrillos para relacionarse y charlar. La finca donde se había celebrado la reunión era muy grande y

estaba llena de árboles y lugares donde los niños podían jugar. Marcos se unió al grupo más grande de niños y niñas que estaban jugando al pilla pilla y al escondite, hacía tiempo que había perdido de vista a su hermano y simplemente estaba pasándose bien con un montón de amigos nuevos.

A última hora de la tarde, cuando ya estaba tan ebrio de diversión que deseaba que el día no acabara nunca, Marcos descubrió a su hermano mayor dentro de una caseta de aperos en medio de una arboleda, besándose con un chico.

Su intención había sido encontrar el mejor escondite posible para poder ganar el juego, ya le había echado el ojo a la caseta, que se encontraba algo alejada de la zona que estaban utilizando todos para esconderse mientras jugaban, a él no le importaba escabullirse hasta allí, aunque la oscuridad ya fuera patente a esas horas, y casi nadie se atreviera a ir hasta allí, a Marcos no le daba miedo esas cosas y por encima de todo quería ganar esa ronda. Así que en cuanto el que se la quedaba en ese momento empezó a contar hasta cien, él echó a correr entre los árboles hasta llegar a la angosta caseta que estaba a lo lejos. Se dio cuenta que nadie se unió a él en la carrera así que pensó que sería más fácil pasar inadvertido en el juego. Marcos dio la vuelta hasta la parte de atrás y se escondió allí, escudriñando de vez en cuando para ver si la búsqueda había comenzado ya.

Cuando escuchó un ruido sordo viniendo de dentro de la caseta se sobresaltó pensando que podría haber algún tipo de animal haciendo de las suyas. Se apartó un poco quitando su atención del juego que se estaba desarrollando más adelante y buscó, escuchando con atención los sonidos, algún sitio por el que poder ver dentro sin revelar la posición de su escondite. Al moverse por la parte de atrás descubrió una abolladura y un agujero estrecho en uno de los lados de la caseta. Intentó mirar por él, entonces sintió a alguien gemir en el interior. Marcos se sonrojó, pensando que había pillado a alguno de los adultos haciendo sus cosas allí.

La curiosidad le pudo y sonriendo con picardía agudizó el oído e intentó echar otro vistazo por el agujero. Escudriñó hasta encontrar un bulto grande que se movía en la esquina opuesta a la que se encontraba él. La pareja estaba abrazada, un chico estaba sentado de frente a él sobre lo que parecía un bidón de algo, entre sus piernas había otra persona que tenía sus brazos rodeando el cuello del otro. Al principio no podía explicarse lo que estaba viendo. Resultó que las dos personas que se besaban en el interior de la caseta eran dos hombres, ambos tenían el pelo corto e iban vestidos con vaqueros y camisas. La imagen le sorprendió y le excitó a la vez. Eso era lo que él quería, lo que siempre había anhelado, a otro chico. Pero casi se cae de culo al suelo al darse cuenta que el chico sentado en el bidón al que le rodeaba el cuello otro chico era su hermano mayor. Su hermano Javier era como él, era gay, y nunca se lo había dicho.

Después de ese día Marcos le dio muchas vueltas a la cabeza, pensando y cuestionándose todo lo que sabía sobre su hermano mayor y cómo se sentía al respecto. Durante semanas no habló sobre ello con Javier. No se atrevía a contárselo y tampoco sabía cómo decirle que lo sabía. ¿Era necesario dejar esas cosas claras entre ellos? ¿El resto de sus amigos lo sabían? ¿Les importaba? Marcos no notaba nada diferente en su hermano, no se comportaba de manera extraña y parecía que todo

seguía como siempre. La sensación que tuvo durante esos días era que nadie de su entorno, ni los otros chicos, ni sus amigos sabían que Javier era gay. El único que había cambiado en algo era él y la percepción que ahora tenía sobre su hermano mayor.

Semanas después de su descubrimiento en la caseta de los aperos Marcos seguía, como hacía últimamente, muy pendiente de su hermano. Había pasado mucho tiempo intentando averiguar si Javier tenía un novio o si es que le gustaba algún chico. El que se besó en la fiesta con él no era del pueblo, por lo tanto ese estaba descartado, pero Marcos sospechaba que había alguien que le gustaba porque de vez en cuando Javier se escabullía sin que nadie se diera cuenta, incluso él le perdía de vista, y no volvía a casa hasta después de un par de horas.

Ese día, ya por la tarde, muchos chicos del pueblo estaban reunidos en la plaza arremolinados en grupos, unos jugando al fútbol, otros más pequeños a los cromos. Marcos estaba sentado en uno de los bancos que rodeaban la plaza viendo jugar a su hermano, él acababa de terminar su partido y estaba descansando, con la camiseta empapada de sudor y la garganta seca, deseando beber un poco de agua. El partido estaba siendo bastante competitivo, los dos equipos estaban empatados y ninguno quería perder. Marcos observó el juego del equipo de su hermano, una jugada que arrancó en propia área se desarrolló entre pase y pase, avanzando por el campo, el delantero, un chico moreno, ágil, con piernas largas y torso recio, corrió con el balón pegado a los pies seguido por sus compañeros de equipo y adversarios, hasta encarar la portería y con un potente chute marcó un gol espectacular. El chico salió corriendo hasta la banda seguido de sus compañeros para festejar su hazaña. Una montonera de cuerpos se creó, uno encima del otro, emulando las celebraciones épicas de los grandes equipos. Cuando uno a uno los chicos se fueron retirando, solo quedaron abrazados y felices palmeándose la espalda y vitoreando, Javier y Nando, el goleador, uno de los chicos más mayores del grupo. A simple vista nada parecía extraño, solo el júbilo de dos chicos disfrutando del deporte amistoso, pero Marcos quiso ver algo más. Una caricia más cariñosa, una palmada prolongada, o una sonrisa más misteriosa, cómplice. ¿Sería él?

Después del partido todos empezaron a dispersarse para ir a casa a cenar. Marcos trotaba detrás de la bicicleta de su hermano que pedaleaba con parsimonia para no alejarse demasiado de él. ¿Qué debería hacer? ¿Debería contarle a Javier lo que había descubierto sobre él? No quería que su hermano se enfadara, pero tenía un montón de preguntas que se habían ido acumulando todos esos días y sentía como si fuera a explotar de un momento a otro.

Su hermano se paró en uno de los cruces más transitados de pueblo, justo antes de llegar a su casa. Apoyó un pie en el suelo y se cruzó de brazos esperando a que una fila de cuatro coches cruzaran la calle. Si existía un momento ideal para preguntarle a un hermano mayor si era gay o no, Marcos no sabía cuál podría ser, tan solo se le ocurrió que ese era tan bueno como cualquier otro. Así que se puso a su altura, verificó que no hubiera nadie cerca que pudiera escuchar su conversación y con aire conspirativo le preguntó a Javier:

—¿Te gusta Nando?

—¿Ummm? —contestó distraído Javier.

—¿Qué si te gusta Nando? —insistió Marcos, susurrando un poco más alto.

Javier le miró de lado distraídamente y volvió a fijar la vista sobre la fila de coches.

—Pues sí. El tío juega bien, si no es por él perdemos el partido.

—¡No! Digo que si es tu novio.

Ahora sí, Marcos captó toda la atención de su hermano.

—¡Joder! ¿Qué dices capullo? —masculló Javier, con un tono amenazante, característico de los hermanos.

—No te enfades. Solo digo que si es tu novio. Te vi el otro día con un chico. Estabas dentro de una caseta y os estabais besando. No digo nada, a mí no me importa, también me gustan los chicos ¿Sabes? No pasa nada ¿No? Así somos iguales y no tienes que mentirme cuando vayas a ver a tu novio o lo que sea ¿Sabes?

—¡Cállate! Solo estás diciendo tonterías. ¿A quién se lo has contado Marcos?

Javier se inclinó sobre su bicicleta y agarró la pechera de la camiseta de su hermano pequeño, zarandeándolo con vehemencia. Marcos se asustó, su hermano parecía enfadado y nervioso. Él no había querido hacer sentir mal a Javier, solo había deseado compartir algo importante para él y así no sentirse tan perdido.

—No se lo he dicho a nadie, de verdad. ¡Te lo juro!

—¿Por qué tienes que ser tan figón Marcos? Siempre estás detrás molestando y luego pasa lo que pasa. No es asunto tuyo ¿sabes?

—Pero yo no se lo he dicho a nadie. ¿A quién se lo voy a decir?

—¡A papá!

—¡Qué no! ¿Cómo se lo voy a contar a él? ¿Qué quieres que nos dé una paliza?

—¡La paliza me la daría a mí!

—Pero a mí también me gustan los chicos ¿No te lo he dicho ya?

—¿Por qué dices tantas tonterías? Tú solo estás otra vez siguiéndome a todos los sitios y haciendo todo lo que yo hago.

—¡Eso es mentira! A mí ya me gustaban los chicos antes de que te viera el otro día en la caseta.

Javier se quedó mirando a Marcos que tenía el ceño fruncido y las mejilla sonrojadas.

—Solo eres un crío Marcos.

—¡Y tú! — atinó a contestar Marcos.

—Lo que sea. Me da igual, imítame o haz lo que te dé la gana, pero no hables de esto con nadie, ¿me oyes? Nadie.

—¿Y la abuela?

—No.

—¿Y de lo mío?

—¿Qué quieres, meterte en un lío? Vivimos en un pueblo Marcos, si alguien te escucha decir esas tonterías de que te gustan los chicos, primero se van a reír de ti, y luego, probablemente, te pasaras un buen tiempo aguantando bromas pesadas de todo el mundo.

—¿Y tú? ¿A ti sí te pueden gustar los chicos?

—Yo sé cuidarme solo, y no se me ocurre ir pregonando por ahí esas cosas, so tonto.

Javier suavizó el insulto palmeando la nuca de su hermano y dedicándole una sonrisa.

Esa tarde Marcos comprendió que los hermanos mayores podían ser muy complicados... Y algo tontos. Marcos hizo caso de los consejos de Javier y fue muy prudente con las cosas que decía. Más adelante se dio cuenta que aunque en ese primer momento Javier descartó su confesión como algo superficial que no iba a ir a ninguna parte, su hermano mayor puso más interés en él, y en los meses que siguieron hasta le hizo alguna broma al respecto cuando no había nadie que los escuchara. A partir de entonces Javier se quejó menos cuando Marcos le seguía a todas partes e incluso de vez en cuando le avisaba de que iba a salir con alguien en un momento

dado, aunque nunca le dijo con quién lo hacía.

Marcos comprendió las precauciones que tomó su hermano con respecto a su sexualidad y por qué lo mantuvo en secreto. Aun siendo muy pequeño él mismo se había dado cuenta que el hecho de que te gustaran los chicos siendo un chico no era algo que se debiera contar así, sin más. Él mismo había utilizado la palabra maricón para insultar a alguno de sus amigos cuando alguno de ellos no se atrevía a hacer algo, o era el último en una carrera o cualquier otra tontería que estuvieran haciendo. Ser un maricón era muy malo, y aunque aún no era consciente realmente del por qué, cuando creció y se dio cuenta de que a los que realmente miraba y le gustaban eran los chicos, supo que no era algo que pudiera contar a cualquiera. La prudencia y la discreción eran unos buenos aliados.

Aunque en ese pueblo y con la edad de Marcos poco podía hacer con sus gustos *extravagantes* en materia de amor. Durante mucho tiempo pensó, ingenuamente, que él era el único chico en todo el pueblo con esas inclinaciones. El día que descubrió a su hermano mayor besándose con otro chico, se le abrió el cielo, en muchos sentidos. Ya no estaba solo, no se sentía tan raro y por fin tendría a alguien con quien hablar, aunque ese alguien pasara olímpicamente de él durante mucho tiempo y solo de vez en cuando le gastara alguna que otra broma que no servía de mucho, la verdad, para disipar sus dudas sobre el asunto.

Pero entonces las cosas cambiaron. Cuando Marcos tenía catorce años se matriculó en la escuela el único hijo del nuevo director del banco. Daniel tenía la misma edad que su hermano e iban al mismo curso. Los dos se hicieron amigos enseguida y lo mejor de todo fue que a él le incluían de vez en cuando en su grupo de amistades. Daniel le trataba exactamente como le trataba su hermano Javier, o sea, como un hermano pequeño tocapelotas. Solo que Daniel era algo más tolerante con él que Javier. Quizás por eso Marcos empezó a fijarse más en el nuevo mejor amigo de su hermano. Daniel era moreno, muy guapo y alto. No era desgarbado como alguno de los otros chicos, le gustaba jugar al fútbol y hacer deporte, por eso era muy activo y había hecho amistad enseguida con todos.

Marcos empezó a beber los vientos por él y ni siquiera se dio cuenta de cuando pasó.

El día que Daniel se enteró que Marcos era gay resultó también uno de los más vergonzosos para él. Los tres habían ido a la casa de Daniel para ayudar a su madre a arrancar las malas hierbas del patio trasero. Había sido un día caluroso y los tres estaban sudados y llenos de polvo y suciedad. La madre de Daniel les invitó a pasar dentro y les obligó a tomar una ducha. Los tres se turnaron para limpiarse en el baño de invitados, la madre de Daniel no quería que pusieran el baño principal hecho un cristo. Mientras Javier se terminaba de duchar Marcos se estaba vistiendo con algo de ropa prestada, aunque era algo más grande de su talla no le quedaba muy mal. Estaba sentado encima de la cama con los calzoncillos puestos e intentando ponerse los pantalones cuando Daniel entró a la habitación con una toalla atada a la cintura y el pelo y el torso húmedos.

Marcos se quedó literalmente con la boca abierta.

No era que nunca hubiera visto a Daniel semidesnudo, los veranos en la piscina eran especialmente memorables para Marcos. Pero estar a solas con él, semidesnudos en un dormitorio, disparó por completo la imaginación de Marcos y le puso en un aprieto difícil de disimular. Allí sentado, viendo como Daniel se secaba el cuerpo con una toalla justo delante de él, estaba en la gloria. Si hubiera sido por él ese momento no tendría por qué haber acabado nunca. Estaba tan distraído con la mente perdida en sus fantasías que no se había dado cuenta de que Daniel le estaba mirando y tenía una sonrisa burlona en los labios.

—¿Qué te pasa hermano pequeño? —dijo Daniel, que se colocó junto a él mirándolo de arriba abajo.

—Nada. ¿Por qué? —contestó Marcos con recelo. ¿Se le habría notado en la cara lo que estaba pensando?

—Tienes la cara roja —Daniel sonrió señalando con un gesto la cara enrojecida de Marcos.

—¿Y qué? No me pasa nada —contestó Marcos algo arisco.

—¿Y esto, tampoco es nada? —Daniel se inclinó lo suficiente como para llegar a rozar con su dedo el sexo erguido de Marcos, que se delineaba debajo de su calzoncillo. El chico reaccionó dando un manotazo a los dedos intrusos de Daniel. El bochorno cubrió todo su cuerpo de un tono rojizo brillante. Aunque Marcos acostumbraba a pasar el rato con su hermano y los amigos de éste, él era muy consciente que casi todos le toleraban porque era el hermano pequeño de Javier, y Daniel le trataba como tal. Entre ellos no había charlas de amigos, tontas o serias. No había confidencias y casi nunca estaban solos ya que aparentemente lo único que tenían en común era a Javier. Que el mejor amigo de su hermano, que era el objeto de sus deseos desde hacía algún tiempo, se burlara de él, podía ser algo horrible. Y quedar en ridículo de esa manera estaba haciendo añicos el ego de Marcos.

Cuando Marcos golpeó la mano curiosa, Daniel la retiró inmediatamente y miró a los ojos a Marcos. Estaba sonriendo, con algo de condescendencia en la mirada, y Marcos no sabía si tomárselo a bien o a mal.

—Tranquilo, hermanito. No pasa nada, solo es una reacción.

—Estoy tranquilo, y ya sé que no pasa nada —Marcos estaba empezando a molestarse en serio con Daniel. Que le llamara hermanito cómo burlándose de él no estaba ayudando mucho.

—Ya. Como quieras. Pero si te pones un poco más rojo vas a explotar —Daniel le guiñó un ojo a Marcos sin despegar la sonrisa de su boca.

—¿Qué pasa aquí tíos? —Javier entró al cuarto de la misma forma que Daniel, empapado y con una toalla atada a la cintura—. ¿Todavía estáis así?

Al entrar su hermano, Marcos había intentado cubrir su erección con las manos, que ni con las pullas de Daniel había disminuido.

—Sí. Es que tu hermano está teniendo problemas con sus calzoncillos.

Entonces los dos chicos se quedaron mirando el regazo de Marcos, y como respuesta se puso aún más rojo, y su enfado aumentó unos grados. Ya era malo lidiar con esos dos de uno en uno, hacerlo con los dos juntos era imposible.

—¿Qué dices? ¿A ver? —bromeó Javier.

Javier hizo el amago de intentar apartarle las manos del regazo mientras él y Daniel se reían por las maniobras de evasión que intentaba Marcos.

—¡Dejarme ya, pesados! Ni que a vosotros no se os hubiera empalmado nuca.

—También se nos ha empalmado. Pero es muy divertido meterse contigo —dijo Javier.

—Te sonrojas muy fácilmente —Daniel se sentó en la otra cama individual enfrente de la que estaba sentado Marcos, que estaba intentando esquivar los pellizcos de su hermano mayor.

—Ja, ja. Me parto de risa —su hermano y Daniel le estaban haciendo pasar un mal rato, pero Marcos pensó que ya se lo cobraría en otra ocasión. Cuando menos se lo esperaran.

—De cualquier manera ¿Qué le has hecho a éste para que se ponga así?

—No lo sé. Creo que nada.

Daniel le guiñó un ojo a Javier y se encogió de hombros, sus labios temblaban como si estuviera intentado mantener la risa.

—Pues más te vale, perro cachondo. Él es demasiado pequeño para ti.

Javier se sentó al lado de Daniel en la cama y le pasó el brazo por encima del hombro para hacer una presa y achucharle sujetándolo por el cuello. Los dos empezaron a

reírse entre protestas, haciéndose bromas y Marcos quedó en segundo plano. Cómo si nunca hubiera existido para ellos. Marcos terminó de vestirse rápidamente y ese día se dio cuenta que, de verdad, él estaba en otra liga. Nada podía hacer con respecto a su enamoramiento, prácticamente no existía para Daniel, y sobre todo, él y Javier parecían tener algo especial, más allá de la amistad, que era demasiado difícil de entender para Marcos.

Capítulo Dos

Todos esos años que Marcos pasó intentando lidiar con su sexualidad, enamorado del mejor amigo de su hermano mayor, sufriendo por su falta de experiencia y cuestionándose todo, culminaron en el verano de sus quince años. El último verano que había compartido con su hermano mayor y con su amor adolescente.

Ese verano lo recordaba como algo agri dulce en muchos sentidos. Su abuela Ángela siempre había estado allí para él y para su hermano, muchas veces haciendo de escudo entre ellos y su padre, y cuando ella no estaba, el que se convertía en escudo para su hermano era el propio Marcos. Por alguna razón Marcos había aprendido a esquivar, engañar y manejar a su padre cuando no estaba demasiado borracho o disgustado por algo que se le hubiera torcido. Los días malos había que evitar acercarse demasiado a él porque ni siquiera unas palabras de persuasión podían evitar que el hombre soltara el puño y destruyera todo lo que se le ponía por delante. En esas ocasiones la casa de su abuela se convertía en un refugio para Marcos y Javier.

Por otra parte los momentos de diversión que compartió con Javier y sus amigos los había atesorado como algo precioso, esos recuerdos de los últimos días felices que pasaron todos juntos nunca se volverían a repetir y se quedaron en su memoria como algo cálido y especial que rememoraba cuando sentía añoranza por la ausencia de su hermano Javier.

Marcos entendía los motivos que habían llevado a Javier a salir del pueblo y no volver nunca más. Aunque le hubiera costado algo de tiempo superar el rencor y el sentimiento de abandono por la marcha tan repentina, terminó entendiendo que la vida de Javier no hubiera sido la misma permaneciendo en el pueblo y teniendo que soportar los abusos de su padre. Aunque Marcos no negaba el desaliento que sintió al saber que no solo le abandonaba su hermano mayor sino que además se marchaba con Daniel.

Todos esos recuerdos y emociones se mezclaban en un todo que conformaba lo que podían ser los mejores y peores momentos de la vida de Marcos antes de su madurez. Y todo ocurrió en el verano de sus quince años.

Las últimas semanas de ese verano estaban siendo duras para Marcos. Muchos de sus amigos tenían novias o salían con chicas que visitaban el pueblo por unos días y luego se marchaban de regreso a la ciudad. Todos disfrutaban de lo que era experimentar su sexualidad de adolescentes y estar rodeado de tanta hormona alborotada estaba afectando demasiado a Marcos. Él procuraba ser discreto acompañando en sus salidas a alguna de sus amigas. Se había vuelto muy hábil a la hora de encontrar alguna excusa para eludir preguntas comprometidas sobre sus gustos en chicas. Hablaba con sus amigos utilizando dobles sentidos en sus palabras, haciéndose el interesante cuando alguno quería saber si había encontrado alguna novia demasiado tímida para darse a conocer o cuando le preguntaban si seguía siendo virgen. Se había convertido en un malabarista de la palabra y el engaño. Observando a su hermano y a Daniel, Marcos había aprendido mucho. Ellos siempre estaban rodeados de chicas, hacían bromas y muchas veces desaparecían de las reuniones con amigos con alguna niña guapa a su costado. Por lo que Marcos sabía nadie sospechaba que alguno de ellos

fuera gay o si quiera que estuvieran saliendo entre ellos.

Esa situación que se había convirtiendo en una especie de olla a presión para Marcos fue la que desencadenó la decisión que tomó entonces. Buscarse la vida por su cuenta fuera del pueblo para ver si podía, por fin, probar lo que era estar con un chico. Deseaba con todas sus fuerzas saber lo que se sentía al estar con alguien que te gustaba. Abrazarse, besarse, acariciarse; como hacían el resto de sus amigos con sus parejas.

Marcos estaba harto de ir siempre detrás de Javier y Daniel, torturándose continuamente pensando que lo que sentía por Daniel estaba mal, o que era producto de su imaginación; que solo le idolatraba como alguien especial que era, o que le gustaba porque era el novio de su hermano y tenía que gustarle todo lo que le gustaba a su hermano. Nunca había tenido la oportunidad de hablar con nadie de cómo se sentía, de lo que quería o de si lo que sentía o quería estaba mal. Lo que había aprendido sobre su homosexualidad lo había aprendido como reflejo de lo que sabía su hermano o de lo que le contaba cuando estaba de buen ánimo. Pero Marcos no reprochaba nada a Javier. Sabía lo reservado que era, la desconfianza que utilizaba contra todos como escudo para mantenerse lo más a salvo posible. Como consecuencia muchas veces Marcos se quedaba al otro lado de ese escudo junto al resto de personas de las que quería resguardarse.

Pese a todo Javier siempre había sido muy protector con Marcos, cuidándolo como un hermano mayor y también, por qué no, haciéndole llorar.

Pasar esos años de adolescencia enamorado de Daniel, que parecía ser el alma gemela de Javier en muchos sentidos, había hecho sufrir demasiado a Marcos. Su joven corazón había tenido que aguantar el ver la complicidad que había entre ellos, que ninguno compartía con él, su amistad aparentemente inquebrantable, y ser testigo de lo que él creía un amor secreto entre los dos. Así que Marcos había tomado la decisión que entendía más lógica y menos perjudicial para él. Olvidarse definitivamente de Daniel e intentar encontrar a alguien especial como lo había hecho su hermano mayor.

Ahora, tanto tiempo después, si Marcos hubiera sabido lo que pasaría esa última noche que habían pasado Daniel y Javier en el pueblo, no estaba muy seguro de si hubiera hecho lo que hizo esa noche. Porque lo que pasó le supuso el no poder olvidar jamás a Daniel y lo que sentía por él. Esos sentimientos habían quedado guardados en su memoria, en su corazón; idealizados, odiados, desgastados, confusos, a veces tristes, a veces alegres; pero siempre presentes a través del tiempo. Marcándole. Y sin poder deshacerse de ellos.

Todo empezó ese día sabiendo que Javier y Daniel pasarían la tarde de fiesta con sus amigos en un pueblo cercano. Javier le había invitado a ir con ellos pero Marcos tenía otros planes y le dijo que por ese día pasaba del tema. Marcos quería ir a Mirandilla; un pueblo que estaba a treinta y cinco kilómetros de Sierra. Era bastante grande, tenía unos veinticuatro mil habitantes y podía darte el suficiente anonimato como para no tener que toparse con gente conocida. Además en Mirandilla estaba *El Zoco*. Era un bar

de moda con pista de baile en dos ambientes, un par de largas barras para servir consumiciones y zona vip amplia y oscura. Su hermano y Daniel le habían llevado un par de veces allí y por lo que había visto tenía un ambiente favorable para poder hacer una escapada a los baños con discreción; por si querías tener algún encuentro con alguien, ya fuera hombre o mujer. El propio Marcos había visto cómo varias parejas habían utilizado incluso los reservados para hacer algo más que darse el lote. Para lo que quería intentar Marcos uno de los cubículos de los baños podía servir perfectamente.

No era que quisiera perder su virginidad apoyado de mala manera sobre una puerta de contrachapado en un baño público. Pero unos cuantos magreos y besos no estaban fuera del menú.

Marcos había hablado esa misma tarde con El Pitos para que le acercara a Mirandilla; era uno de los chicos con los que salían de vez en cuando su hermano y Daniel. Tenía diecinueve años, le gustaba jugar y apostar a las cartas, por esa razón iba muy a menudo al pueblo de al lado. Su apodo, El Pitos, era heredado de su abuelo que por lo visto había empezado a fumar pitillos desde muy temprana edad y todos le llamaban así por su afición a los cigarrillos. Por lo que sabía, El Pitos, que en realidad se llamaba Jose Manuel, ni siquiera fumaba, pero eso era lo que pasaba en los pueblos; los apodos se heredaban tuvieran que ver contigo o no.

El Pitos le había dicho que no había ningún problema, que le llevaría a Mirandilla esa tarde y que si esperaba a que terminara sus partidas le traería de regreso a casa de madrugada. Marcos aceptó la propuesta. Sabía que su hermano y Daniel estarían de fiesta también hasta la madrugada y su padre hacía tres días que no pisaba por casa, seguramente se estaría quedando en el bar a dormir la mona o en casa de alguna de sus amigas. Si al Pitos le pareció extraño que quisiera ir al Zocosin la compañía de su hermano, el chico no comentó nada. Así que a esas alturas pensó que, de momento, sus planes estaban saliendo a la perfección.

Recordaba con claridad los nervios que sintió esa noche, preparándose para su escapada nocturna. La ducha que tomó le sirvió escasamente para intentar relajarse. Frotándose la cabeza con una toalla para secarse el exceso de agua salió del baño y fue a su dormitorio. Terminó con el pelo y tiró la toalla en un rincón antes de ir al armario a por algo de ropa. En ese momento fue consciente de repente de lo que estaba a punto de hacer. Sobre todo porque le vino a la cabeza una pregunta demasiado extraña para su comodidad. ¿Qué se iba a poner?

Él nunca se había tenido que enfrentar a la situación de tener que ponerse de punta en blanco para una cita o para salir con su novia como les había ocurrido al resto de sus amigos. ¿Ponerse un pantalón vaquero y una camiseta era suficiente? ¿Era mejor utilizar una camisa con un pantalón más formal? A Marcos se le quedaron las ideas momentáneamente congeladas. Después de meditarlo un poco concluyó que ir demasiado formal podría resultar incluso ridículo. Al fin y al cabo no estaba buscando novio, ni iba a encontrarse con alguien para una cita. Pensó en lo que le gustaba ver en los chicos que le llamaban la atención y decidió que unos vaqueros azules y una camiseta negra estarían muy bien para su noche de ligue.

Marcos terminó de arreglarse y se inspeccionó delante del espejo. La vista no estaba mal. El pelo moreno lo llevaba bastante corto por los lados y algo alborotado arriba. No le gustaba el estilo repeinado que llevaban algunos chicos ahora. Aunque era tres años menos que su hermano, Marcos casi le igualaba en estatura y compleción. Tenía los hombros anchos como Javier y sus extremidades no se veían demasiado esmirriadas. La principal diferencia era que a él aún apenas le salía una escasa pelusilla oscura en la barbilla y alrededor de las mejillas, mientras que su hermano ya tenía que afeitarse una barba bastante decente. Daniel se metía con él de vez en cuando diciéndole que tenía cara de pimpollo. Y lo cierto era que tenía razón; aún se sonrojaba por cualquier tontería y aunque podría pasar inadvertido cuando salía a locales de la zona con su hermano y sus amigos, quizás no le resultaría tan fácil entrar de nuevo por su cuenta, y eso era lo único, a su juicio, que podría interponerse en sus planes de esa noche. Marcos cruzó los dedos mentalmente para que todo saliera según lo planeado.

Había quedado con El Pitos en la puerta de su casa, que estaba a las afueras del pueblo, así que se encaminó hacia allí. Ya estaba oscureciendo y muchas personas se encontraban sentadas en las puertas de sus casas, disfrutando del fresco que dejaba la caída de la noche en el pueblo. Marcos saludaba a los vecinos con un cabeceo o un gesto con la mano; no quería llamar demasiado la atención por lo que aceleró el paso para llegar a su destino lo antes posible. Cuando estaba a unos metros de la casa del Pitos le vio salir por la puerta seguido de otro chico y una chica morena. La chica se llamaba Laura y era otra amiga del grupo de su hermano. Marcos no conocía al chico, no era del pueblo, y supuso que sería un compañero de cartas del Pitos.

Antes de llegar a su altura El Pitos lo vio y le saludó haciendo un gesto con la cabeza. Le devolvió el saludo con algo de timidez. Laura y el otro chico también le vieron; ella enseguida le sonrió y sacudió los dedos de su mano para saludarle. El chico simplemente se le quedó mirando.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —Marcos se inclinó un poco para besar las mejillas que le ofrecía Laura.

—¿Dónde vas tú tan solo? —le preguntó Laura.

La chica era encantadora y siempre se acercaba a él para charlar un rato cuando todos salían en grupo. Aunque entre ellos hubiera una diferencia de cuatro años y aparentemente no tuvieran nada en común de lo que hablar, sus charlas siempre habían sido muy agradables.

—Ya ves. Estoy probando mis alas en solitario, a ver lo que se siente.

—¡Pues genial! Pero ten cuidado ¿Me oyes? ¿Has quedado con alguien?

Marcos dudó un segundo sin saber qué contestar. Sabía que Laura se refería a si había quedado con algún amigo en Mirandilla, y que simplemente estaba siendo protectora con él, pero desconfió al no saber muy bien qué respuesta sería la más

adecuada. Se le ocurrió que lo mejor sería tranquilizarla para que no estuviera pendiente de él.

—Sí. No te preocupes, allí he quedado con alguien. ¿Tú no vienes?

—No. Yo he quedado por aquí con mis amigas. Aún no sabemos lo que haremos.

—Bueno. Pero portaros bien —Marcos le guiñó un ojo y se dejó abrazar por Laura para despedirse.

—Tú, cuídale bien y tráelo ileso —le advirtió Laura al Pitos.

—El chico se viene conmigo porque no quiere ninguna niñera, mujer. ¿Qué le va a pasar? En unas horas le traigo de vuelta hecho un pincel. ¿Verdad?

El Pitos palmeó la espalda de Marcos con vigor haciendo que se tambaleara. El chico desconocido sonrió de medio lado y le guiñó un ojo con complicidad.

—Estos dos parecen tus hermanos, si lo que querías era volar libre a lo mejor tendrías que haberte buscado otros acompañantes.

Todos se rieron por la broma y Marcos se sintió extrañamente integrado en el grupo; sin la presencia de su hermano y siendo aceptado como un igual por chicos más mayores que él.

—No te preocupes. A este le suelto en el pueblo y luego él es libre de hacer lo que quiera —contestó el Pitos.

—Sí. He quedado allí con más gente no os preocupéis. Luego te busco cuando vayamos a regresar.

—¡Pues ya está! Sube al coche y prepárate para tu noche de emancipación.

Marcos se despidió de nuevo y subió a la parte de atrás del coche. El chico, del que aún no sabía su nombre, iba de copiloto.

Durante el viaje escucharon música y charlaron de deportes y tonterías. Antes de llegar a Mirandilla El Pitos le miró fijamente por el espejo retrovisor y le sorprendió con una pregunta:

—¿De verdad has quedado con alguien?

Marcos no dudó entonces en responderle.

—No.

—De acuerdo. Pues ten cuidado, y si necesitas algo me llamas, no importa lo que sea. Y ojo dónde te metes. ¿Vas a ir a algún sitio que ya conozcas?

—Sí, al Zoco. He ido allí con mi hermano y con Daniel Román.

—Vale, ese sitio está bien. Pero ya sabes, me avisas.

El Pitos le sostuvo la mirada a través del espejo hasta que Marcos cabeceó asintiendo.

Cuando llegaron al pueblo El Pitos aparcó cerca de la plaza mayor. El bar donde iban a ir él y su amigo estaba bastante alejado del Zoco así que se despidieron allí y quedaron a una hora aproximada para volver a casa. La noche era bastante cálida y las calles, en esa zona, estaban repletas de gente. Muchas personas de los pueblos de alrededor se acercaban hasta allí para pasar una noche de fiesta en los locales de música de la zona nocturna del pueblo.

En el Zocono solían pedir el carnet, a no ser que no le cayeras en gracia al portero por alguna tonta razón, o por que hubieran organizado algún tipo de fiesta patrocinada o algo así. Marcos esperaba que esa noche no fuera de esas.

La entrada del local estaba bastante despejada en ese momento. Marcos vio al portero que había conocido la primera vez que fue allí con su hermano. Había otro hombre a su lado y los dos charlaban mientras ponían un ojo sobre la gente que iba pasando al interior. Cuando llegó a la puerta intentó no titubear y aparentar seguridad, pero sospechó que algo había fallado porque el hombre le puso una mano grande y contundente en el pecho y le frenó en seco.

—¿Hoy no traes niñeras? —el portero sonrió, dejando ver una hilera de dientes demasiado blancos.

—No. Vengo solo.

Marcos se imaginó que ese sería el fin de su noche de experimentación, pero se quedó sorprendido al escuchar la respuesta del portero.

—Pues ojo con quien te juntas. Puedes pasar pero no me causes problemas —el portero le dio una suave colleja y le hizo pasar al interior del local donde la música sonaba atronadora en los oídos.

A Marcos se le aceleró el pulso al darse cuenta que había conseguido uno de sus objetivos. La clave para que su noche no se fuera a la mierda. Ahora que ya estaba dentro del Zoco fue consciente de que en ese momento era libre de hacer lo que quisiera y con quien quisiera, sin la presencia constante de su hermano mayor. Podía bailar con alguna chica, aunque le hubiera gustado hacerlo con algún chico. Podía conocer gente nueva, e intentar encontrar a algún chico interesado en pasar un rato de magreo en los baños. Aunque eso no tenía ni idea de cómo conseguirlo; probablemente sería prácticamente imposible distinguir entre todos los chicos de allí si alguno de ellos era gay. ¿Cómo lo harían los otros? ¿Habría algún tipo de código?

Sin saber muy bien por dónde empezar pensó que tener un botellín de cerveza sin alcohol en la mano le brindaría inspiración, así que se acercó a la barra para pedir. El camarero estaba ocupado atendiendo a gente a dos manos. Marcos se armó de paciencia y buscó un hueco en el que poder hacerse ver. Su estatura le dio ventaja y tan solo moviendo un par de veces el brazo consiguió la atención del camarero que asintió cuando le vio para indicarle que le atendería enseguida. Justo a su lado notó a alguien quejarse y soltar un par de tacos. Se volvió para ver lo que ocurría y se encontró a una chica de estatura «de bolsillo» prácticamente incrustada en su cadera al ser empujada por otras personas que pretendían pedir una consumición.

—Eh, oye. ¿Estás bien?

—Sí, solo un poco aplastada —dijo, mientras intentaba apartar a un chico que parecía que ni siquiera la había visto.

—Espera un momento. Ponte aquí.

Marcos hizo un hueco entre él y la barra para que se colocara la chica y no terminara aplastada por un tropel de gente.

—Oh, gracias. Eres un cielo. Ya pensaba que moriría ahí, deshidratada y pisoteada por esta gentuza.

La chica lanzó una mirada mortífera por encima de su hombro en dirección al chico que había pretendido convertirla en una fina hoja de papel, y enseguida cambió la expresión para regalarle una deslumbrante sonrisa a Marcos.

—Hola, me llamo Natalia ¿Y tú?

Marcos le devolvió la sonrisa automáticamente. Natalia parecía muy dulce y con mucho carácter, una mezcla que le resultó sorprendente, sobre todo viniendo de alguien con esa estatura. Marcos le sacaba por lo menos veinticinco centímetros de altura.

—Yo soy Marcos —contestó, y le guiñó un ojo con picardía—. ¿No has pedido aún?

—No, no he podido. A mí nadie me ve, el camarero pasa de mí.

—Vale. ¿Qué quieres?

—Ron Cola —pidió Natalia mientras daba un par de palmaditas con entusiasmo—Llevo un buen rato intentando que me atiendan y no hay manera.

Marcos volvió a llamar la atención del camarero y cuando pudo le hizo el pedido.

—Aquí tienes —Marcos le pasó su cubata a la chica y pilló su cerveza para darle un trago.

—¿Tú no bebes alcohol? No conozco a nadie que no beba.

Marcos se quedó mirando por un segundo su botellín de cerveza sin alcohol sin saber muy bien qué contestar. Ni Javier ni él bebían. Ambos tenían muy buenas razones para no hacerlo, pero contestar con la verdad a esa pregunta en esas circunstancias no parecía ni cómodo ni adecuado.

—Ya. No, es que no me gusta el sabor del alcohol.

—¡No! Por mí perfecto, me parece genial. Oye, estás con alguien. ¿Te vienes con mis amigas un rato y te las presento?

Marcos no tuvo ninguna objeción a ese plan, así que siguió a Natalia a través del gentío hasta llegar a un grupo de chicas que aparentaban tener unos dieciocho o diecinueve años. Todas le recibieron con entusiasmo y le acribillaron a preguntas. Marcos bailó con cada una de ellas e hizo de camarero cuando fue oportuno. Se convirtió en el chico de la fiesta.

Aunque se lo estaba pasando genial con Natalia y sus amigas, Marcos no dejó de fijarse en todos los chicos de la pista de baile que llamaban su atención. Desde luego había un montón de ellos que serían el tipo ideal para él, pero por lo que podía ver ninguno estaba interesado en su mismo sexo, aparentemente.

Mientras estaba mirando hacia la pista sintió que alguien le tocaba el brazo para llamar su atención, se giró y encontró a Natalia mirándole con cara sonriente.

—¿Buscas a alguien?

Sin pensarlo demasiado Marcos contestó mirándole a los ojos.

—A un chico.

—¿Tu novio? —preguntó Natalia con picardía.

Marcos se quedó en shock, por un segundo sin saber qué contestar. ¿Qué había hecho para que Natalia supusiera que estaba buscando a su novio y no a un amigo? ¿Había enviado algún tipo de señal sin darse cuenta?

—No —le respondió con la verdad; el tal novio no existía. Su ceño fruncido y su corta respuesta debieron hacerle gracia a Natalia ya que su sonrisa se amplió.

—¿No? Bueno, no te preocupes, sea quien sea a quien busques seguro que lo encuentras.

Marcos no quería quedarse con la duda que le había surgido. Natalia parecía una chica muy abierta, pero más importante que eso, era que no tenía ningún vínculo con él, sus conocidos o Sierra. Así que se tiró a la piscina.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Cómo he sabido qué? —Natalia se hizo la tonta.

—Que soy gay.

—Me lo acabas de decir tú —le contestó riéndose la chica.

—Muy graciosa. No, en serio.

—Bueno, no te enfades —Natalia pasó una mano tranquilizadora por el brazo de Marcos—. La verdad es que no lo sé. Solamente que has estado un par de horas con nosotras, todas mis amigas han intentado echarte los tejos y tú las has ignorado. Casi todos los chicos que se acercan a nosotras lo hacen para pillar cacho. Eso ya ha sido raro, pero además has pasado bastante rato mirando la pista de baile y no precisamente en los grupos donde había chicas.

—Pues sí que te has fijado mucho —contestó Marcos muy sorprendido, no se había dado cuenta que había sido tan evidente en su búsqueda.

—Solo me he fijado porque te estaba mirando. Lo siento, me has gustado mucho, pero veo que no soy de tu tipo.

Marcos se sorprendió por lo que dijo Natalia, no quería hacerla sentir mal, pero las cosas eran como eran.

—Lo siento.

—No pasa nada, hombre. Me sigues cayendo genial —le respondió en un susurro.

—Ya. Vamos, te invito a otra.

Marcos levantó su botellín vacío y lo agito boca abajo para que la chica viera lo vacío que estaba. Natalia se rio de él y lo empujó hacia la barra para conseguir algo más de beber. A esas horas de la noche el local estaba bastante concurrido, les costó algo de trabajo llegar hasta la barra. Natalia agarró la mano de Marcos para no perderle entre el gentío y cuando consiguieron hacerse un hueco para poder pedir, Marcos puso a Natalia entre él y la barra para que no la apretujaran demasiado. Natalia llamó la atención de la camarera y pidió las consumiciones de ambos. Mientras esperaban, Marcos echó otro vistazo a la pista de baile que estaba abarrotada. La gente bailaba en grupos o en parejas disfrutando de la música aun cuando los movimientos que algunos hacían ni siquiera pudieran calificarse de baile. Alrededor de la pista había desperdigadas algunas mesas y sillas altas. En otra altura, más al fondo, había reservados con asientos modulares tapizados de terciopelo rojo y negro, con una mesita baja en el centro. En la parte de arriba, subiendo unas escaleras, había más reservados, mesas y sillas con vistas a la pista de baile.

Marcos estaba haciendo un recorrido de la zona y se fijó en una pareja que se besaban apartados del gentío, en una zona más oscura, cerca de los baños. Al principio no se fijó bien pero cuando se dio cuenta más detenidamente el corazón le dio un vuelco. Eran dos chicos que se estaban besando casi totalmente aislados del resto de personas, apartados y camuflados en la oscuridad. Marcos los observo con una mezcla de excitación y envidia. Cuando los chicos se separaron, Marcos apenas les pudo distinguir pero se fijó que los dos eran altos y vestían ropa oscura. Se hizo la pregunta tonta de si los conocería. Mientras Marcos observaba, uno de los chicos empezó a caminar hacia los baños, miró hacia atrás para hacerle un gesto al otro chico. Éste, antes de seguirle, comprobó alrededor suyo para asegurarse que nadie les estuviera mirando. Cuando quedó satisfecho siguió discretamente al otro chico y los dos se perdieron por la puerta de los baños.

Definitivamente Marcos sintió mucha envidia. Y también curiosidad. ¿Alguien más se habría dado cuenta del intercambio? Cuando miró hacia Natalia ésta le estaba sonriendo ofreciéndole su botellín de cerveza, aparentemente ajena a lo que acababa de ver Marcos. Casi en piloto automático aceptó su cerveza y se dispuso a seguir a Natalia que ya había enfilado hacia el reservado donde estaban todas sus amigas. Al girarse chocó contra alguien y cuando levantó la mirada se encontró con la cara sonriente de un chico moreno, alto y bastante atractivo.

—¡Eh! Perdona —se disculpó Marcos.

—No pasa nada. Soy Andrés —el chico se había inclinado para decirle su nombre cerca de la oreja. Marcos sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Andrés olía muy bien y se había acercado tanto que podía sentir su calor corporal.

—Hola, yo Marcos.

—¿Ya estás tomando algo? ¿Venía a invitarte?

—¿Cómo? —Marcos no sabía si había escuchado bien. Vio sonreír a Andrés, seguramente estaba poniendo cara de tonto.

—Te he estado mirando desde hace un rato. Estabas con una chica de pelo rubio, bajita. ¿Es tu novia?

Marcos buscó con la mirada a Natalia. La había perdido de vista con la distracción. Había demasiada gente donde estaban parados Andrés y él. Habían acabado moviéndose hacia el extremo opuesto donde estaban las chicas, la gente había ido empujándoles para hacerse sitio en la barra y ellos se movieron por inercia. Natalia estaba fuera de su vista, se intranquilizó un poco pero supuso que había llegado bien con el grupo.

—No. Es una amiga.

—¿Qué? —Andrés se acercó lo suficiente como para hablarle al oído. Sintió que alguien le empujaba por atrás y tuvo que apoyar su mano en el hombro del otro para no tropezar.

—¡Que es una amiga! —contestó un poco más alto para hacerse oír. Retiró la mano del hombro de Andrés con nerviosismo. Estaba un poco paranoico. No quería que nadie interpretara algo raro si los veía charlando. Natalia había sido muy perspicaz. ¿Cuántas personas allí verían lo que había visto ella? ¿Andrés también lo había visto?

—Cojonudo —Andrés inclinó su vaso y lo golpeó contra el botellín de Marcos, haciendo un brindis. Sonrió y bebió un trago sin retirar su mirada fija de los ojos de Marcos que se había quedado sin habla.

¿Qué significaba eso? ¿Había ligado? De vez en cuando alguna chica se había acercado a él para hablar cuando salía con Javier y sus amigos. Las chicas se comportaban con él de manera similar a lo que estaba haciendo Andrés. Él evitaba esas situaciones porque normalmente las chicas le pedían salir después de charlar un rato y era un momento bastante incómodo para él. ¿Eso era lo que estaba pasando? ¿Ese chico quería algo con él? ¿Y ahora qué? Marcos no quería perder la que podía ser la única oportunidad de estar con un chico. Probablemente se metería en un lío si estaba equivocado, pero su instinto y la forma en la que le miraba Andrés le decía que ese no era el caso. Tantearía las aguas para asegurarse; meter la pata hasta el fondo

no sería una buena idea. Marcos se acercó un poco hacia Andrés para hablarle al oído.

—¿Tú estás con alguien?

—No —Andrés respondió rápidamente. Bebió otro trago de su vaso.

Marcos se humedeció los labios con nerviosismo. Andrés continuaba sonriéndole y permanecía muy pegado a él, tanto como para rozar de vez en cuando su brazo o su cintura con los dedos. El cuerpo de Marcos empezó a reaccionar a los estímulos; aunque no sabía muy bien si por el nerviosismo o por la cercanía de Andrés. Si captaba todas las señales que le estaba mandando Andrés no podía estar equivocado. Si se decidía a dar el paso sería ahora o nunca.

—¿Te apetece charlar un rato? —Marcos hizo la pregunta y aguantó la respiración sin apartar la mirada del rostro de Andrés.

—No especialmente. Me apetece subir ahí arriba. A uno de los reservados. ¿Te apuntas? —Andrés se había inclinado tanto para hablarle al oído que sus cuerpos se estaban tocando. Al volver a erguirse Andrés rozó con sus labios la mejilla derecha de Marcos. La suave sensación incendió su sangre en un segundo. Si las cosas iban a ser así, se estaba metiendo en un buen lío. Marcos bebió un trago de su cerveza antes de asentir con la cabeza.

—De acuerdo. Vamos.

Andrés le sonrió con un par de hoyuelos marcados en sus mejillas y le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que le siguiera. Marcos obedeció como un corderito y los dos se encaminaron a cruzar toda la sala hasta el otro extremo del local, donde estaban las escaleras para subir a los reservados. Marcos no perdió de vista la espalda de Andrés, tan solo cuando llegó a la altura donde había estado antes con Natalia y sus amigas, apartó la mirada para buscar a la chica de pelo rubio. Le costó localizarla pero la encontró un poco más allá, rodeada por un grupo de chicos y chicas que bailaban en un lado de la pista. Controló por el rabillo del ojo a Andrés mientras vigilaba para ver si Natalia se giraba hacia él y así hacerle alguna señal. No le parecía bien desaparecer así sin más, pero iba a ser imposible a esa distancia llamar su atención. Aunque se quedó más tranquilo al saber que había llegado bien con sus amigas. Marcos continuó su camino, serpenteando entre la gente detrás de Andrés. Al llegar a las escaleras Andrés se giró mirando hacia atrás y le guiñó un ojo. Marcos le sonrió al leer en sus labios como pronunciaba la palabra «vamos». A mitad de la escalera le pareció escuchar que alguien le llamaba por su nombre un par de veces y por instinto se giró para ver quién era. Se quedó parado con un pie en cada escalón manteniendo un equilibrio precario al ver a Daniel unos peldaños más abajo, y subiendo. Su mente se bloqueó por un segundo sin saber qué pensar. ¿Qué estaba haciendo Daniel allí? Inmediatamente su bloqueo se rompió y buscó detrás de Daniel a su hermano Javier. Efectivamente su hermano mayor subía los escalones de dos en dos detrás de Daniel y tenía el ceño bastante fruncido. ¿Qué coño estaba pasando?

Daniel llegó hasta él antes que Javier y le sujetó por el codo sacudiéndolo levemente.

—Joder hombre. ¿En qué líos te metes?

—¿Qué? —Marcos no supo qué más responder.

—Vienes aquí sin avisar, tú solo, sin decirle nada a tu hermano. ¿En qué piensas?

—¡Qué mierda te importa! —por fin reaccionó Marcos.

Lo último que se esperaba era un reproche por parte de Daniel. La vergüenza y la frustración se empezaron a acumular, haciéndole incluso tambalearse.

—¡Me importa a mí, cara culo! —Javier había llegado a su altura a tiempo para escuchar su contestación—. ¿Qué narices haces aquí solo?

—¿Tú qué crees? ¡Y no tengo por qué darte explicaciones de nada de lo que hago!

—¡Los cojones que no! Tú aquí no pintas nada. Y no se te ocurre otra cosa mejor que dejar que El Pitos te traiga hasta aquí ¿Estás tonto?

Marcos se puso rojo como la grana. Su hermano estaba siendo injusto y desmedido y además le estaba dejando en ridículo. ¿Por qué no podía dejarle en paz? ¿Es que él era el único que tenía derechos?

—¡Vete a la mierda Javi!

—¿Qué pasa Marcos? ¿Estás bien?

Marcos se había olvidado completamente de Andrés. Estaba justo a su lado; como si hubiera vuelto sobre sus pasos al ver que no le estaba siguiendo. Al girarse hacia él le miró a la cara y vio que tenía el ceño fruncido, parecía algo receloso. Marcos fue a contestarle que no pasaba nada pero su hermano le interrumpió bruscamente.

—¿Tú qué quieres?

—No sé si debería contestarte, pero estoy con Marcos. ¿Y tú quién eres?

Marcos quedó momentáneamente impresionado por la paciencia de Andrés. El chico no había pasado de él al ver que estaba discutiendo con otra persona y se había preocupado en bajar a buscarlo por si estaba en problemas. Entonces se fijó en que

Andrés tenía, probablemente, más años de los que había supuesto, o estaba acostumbrado a mediar en conflictos. Su gesto había cambiado y parecía relajado y con aspecto de controlar la situación. En cambio su hermano era totalmente opuesto. Marcos se sorprendió cuando Javier subió un par de peldaños para colocarse justo enfrente de él dándole la espalda, se acercó a Andrés y desde un escalón más bajo le contestó:

—Soy su hermano mayor, y él tiene quince años.

Marcos creyó que jamás podría volver a sentir tanta vergüenza. Su hermano hizo sonar su declaración como si Andrés estuviera a punto de hacer algún tipo de perversión con un niño inocente. Por un segundo se preguntó si realmente eso era así. ¿Tan inocente era? ¿Tan mal estaba que quisiera salir con un chico? Se había sonrojado tanto por la rabia, que sintió su rostro en llamas. Las palabras ni siquiera podían formarse en su mente, solo se había quedado mirando a Javier con los ojos convertidos en dos rendijas y las muelas rechinando de rabia. Aunque el arrebató de humillación estaba pasando totalmente desapercibido para Javier ya que Marcos solo podía mirar fijamente el cogote de su hermano. Cuando apartó la vista un instante después, se dio cuenta que Andrés le estaba mirando fijamente por encima del hombro de su hermano; parecía algo sorprendido y también resignado. Marcos tuvo la tonta sensación de que le había defraudado. Sintió el corazón latiendo en su garganta y en sus oídos. Y tuvo miedo de echarse a llorar. Eso demostraría sin lugar a dudas lo niño que aún era.

En ningún momento se esperó la reacción de Andrés. El chico bajó al peldaño en el que se encontraba su hermano y le hizo a un lado interponiéndose entre él y Javier, apartándole con el hombro. Puso su mano derecha en su mejilla y con el pulgar delineó su mandíbula cariñosamente para hacer que inclinara la cabeza hacia arriba y así poder mirarle directamente a los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Marcos asintió con la cabeza, completamente sorprendido por la actitud de Andrés y un calor muy agradable empezó a sustituir la gran vergüenza que sentía.

—Sí, estoy bien —susurró Marcos.

—¿Quieres ir con tu hermano, o te quieres quedar un rato conmigo? No te preocupes, todo está bien.

Marcos comprendió que Andrés tenía la idea equivocada de que Javier era un hermano abusón y que quería hacerle algún tipo de daño o tomar alguna represalia con él. Y aunque en ese momento la vergüenza aún pesara demasiado, Marcos comprendió que lo mejor iba a ser volver con su hermano y tratar de hablar con él, porque dudaba mucho que el enfado se le fuera a pasar en poco tiempo y estaba seguro que Javier no consentiría el irse dejándole allí con un desconocido, por muy amable que estuviera siendo con él.

—No te preocupes, todo está bien. Tengo que irme con él para hablar. Vine aquí sin decirle nada y por eso está enfadado —Marcos apartó la cara de la mano que aún acariciaba su rostro, y la sujetó entre sus manos. Ni siquiera le importó que alguien más pudiera estar mirándoles—. Perdona si te he molestado, y muchas gracias por preocuparte por mí.

Marcos vio en los ojos de Andrés que no estaba muy conforme con lo que había decidido, pero él sabía que tampoco podía hacer nada más.

—Está bien, hombre. Entonces cuídate —Andrés se inclinó y tomó desprevenido a Marcos al darle un cálido abrazo rodeándolo con toda su envergadura. Aprovechó la cercanía para susurrarle al oído—: Por aquí estaré si algún día quieres buscarme.

Antes de irse Andrés le sonrió tocándole el hombro en señal de apoyo. Ni siquiera le volvió a dar una segunda mirada a su hermano Javier, que había permanecido apartado al lado de Daniel un par de escalones más abajo. Marcos esperó unos momentos hasta que perdió de vista a Andrés al final de las escaleras. La indignación volvió a nacer en su pecho al recordar cómo se había comportado Javier. La forma en la que lo había tratado era injusta y absurda. No tenía derecho a reprocharle nada cuando él a su edad ya había salido con algunos chicos. Por lo menos los había besado. ¡Él aún no había besado a nadie!

Marcos se giró y bajó las escaleras hacia la salida. Al pasar junto a Javier su hermano intentó agarrarle del brazo pero él lo esquivó. No tenía la intención de permitir que Javier le sacara del local por el brazo. Por el rabillo del ojo vio a Daniel intentando apartar a Javier de él. Marcos supuso que le estaba aconsejando para que le dejara en paz de momento. Al llegar a la puerta se acordó de Natalia. En ese momento no había manera de volver al interior para buscarla, tampoco estaba muy seguro de querer hacerlo, probablemente la chica querría saber lo que había pasado y por supuesto no estaba con ánimos de explicar nada. No habían intercambiado números pero Marcos estaba seguro que si regresaba la próxima semana al Zocopo podría encontrarla sin problemas.

Ya en la calle se quedó parado sin saber hacia dónde dirigirse. No tenía ni idea en donde habría aparcado su hermano, pero no tenía ganas de preguntar. Esperó para ver el rumbo que tomaron los otros cuando salieron del local y simplemente los siguió. Caminaron calle abajo hasta llegar a una pequeña plaza que en ese momento estaba abarrotada de coches aparcados. Los tres serpentearon en el aparcamiento hasta encontrar el Seat de Javier. Su hermano desbloqueó los seguros y los tres entraron en el coche. Hubiera preferido sentarse en la parte de atrás como siempre, pero Daniel se le adelantó y le indicó con la barbilla que se sentara en el asiento del copiloto. Si los dos estaban pensando que le iban a dar una charla en el viaje de vuelta a casa por todas las cosas que supuestamente había hecho mal, estaban muy equivocados.

Si había alguien que tuviera que reprochar algo aquí sería él.

Esperó a que Javier saliera de la plaza y pusiera rumbo a la salida del pueblo. Su hermano estaba aplicando presión con su silencio; era su primer paso para comenzar la retahíla de reproches. No se acordaba mucho de su madre; ella había muerto cuando él y su hermano eran muy pequeños, pero recordaba los castigos de ella cuando alguno cometía alguna travesura, y siempre iban seguidos de un periodo algo tenso de silencio, que no solía durar mucho, pero que te dejaba muy claro que tu madre estaba enfadada contigo. No tenía mucho sentido que Marcos recordara eso sobre su madre, pero daba la casualidad que su abuela utilizaba el mismo método con él, sobre todo cuando Marcos no hacía lo que su abuela le decía. Supuso que era cosa de familia.

Después de diez minutos de camino en completo silencio Marcos ya había tenido suficiente. Cogería al toro por los cuernos y manejaría la situación a su manera. No dejaría que llevara el control su hermano, a su entender el que había hecho algo mal había sido Javier.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

El sonido de su voz sonó raro en el interior del coche después de tan tenso silencio, solo interrumpido por el rodaje de las ruedas en el asfalto. La sensación de control y pánico que le sobrevino al tomar la iniciativa de la conversación hizo que los latidos de su corazón se dispararan a mil. Comprendió que la conversación que tendrían sería mucho más importante que lo relacionado con lo que había pasado en el Zoco. Ya era hora de que su hermano le escuchara y le tomara en consideración.

Javier despegó los ojos de la carretera medio segundo para mirarle por el rabillo del ojo. Marcos notó cómo tensaba las manos en el volante apretando un par de veces y luego relajando los dedos. Su hermano no estaba cómodo y sospechaba que se había dado cuenta que no lo había hecho bien hacía un rato en el Zoco, pero Marcos no creyó que su hermano fuera a conformarse con haberlo sacado de allí; iba a dar su punto de vista e intentar convencer a Marcos de que el que se había equivocado había sido él.

—¿Tú qué crees? —le contestó con desgana Javier.

—No me jodas. No eres mi padre, si quieres que discutamos, por mi perfecto. Pero no me vaciles.

No solía pelearse muy a menudo con su hermano y cuando lo hacía normalmente se cruzaban unas cuantas voces y un par de insultos para desfogarse cada uno por su lado, después estaban un tiempo sin hablarse y a las pocas horas todo quedaba olvidado. Pero en esta situación esa fórmula no iba a funcionar. Marcos tenía la necesidad de desahogarse con su hermano y que de una vez por todas le tomara en serio. Ya no era un niño, y tenía que demostrarlo.

Su hermano volvió a mirarlo de reojo, esta vez algo más de dos segundos. Entonces suspiró lentamente sacando todo el aire de sus pulmones y contestó a Marcos.

—La abuela me llamó. Te estaba buscando.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé, me dijo que te necesitaba para algo. Me preguntó por ti y no supe decirle dónde estabas. Me echó la broca, capullo.

—¡Y a mí qué me dices! Ella debería saber que no eres mi niñera.

—Sí, claro.

—¿Y cómo me encontraste?

—Pensé que estabas en las pistas con los otros chicos, jugando un partido o algo. Me has tenido un montón de tiempo buscándote idiota.

—No es mi problema. Tú estabas también por ahí de fiesta con tus amigos y yo no te pido explicaciones.

—No seas capullo ¿Qué explicaciones te tengo que dar yo a ti?

—¡Las misma que yo a ti! ¡Ninguna!

—Eso no va así, colega, y lo sabes.

—Si a ti te da igual lo que yo piense, a mí me da igual lo que pienses tú. No tienes ni puta idea de cómo soy o lo que quiero. Y tampoco te interesa, solo te importas tú, tú y tú. Pues haz lo que quieras, y yo haré lo mismo.

Marcos había levantado la voz y sintió que comenzaba a temblarle. En ese punto tuvo que callarse o sería muy capaz de echarse a llorar. No se había dado cuenta de lo decepcionado que estaba con su hermano y lo mucho que había necesitado su apoyo. La soledad que había sentido todos esos años sin poder hablar claramente con nadie estaba saliendo ahora mismo a la luz en ese momento y en ese coche.

—Si eso fuera verdad ¿Por qué he estado más de tres horas buscándote? He tenido suerte de haberme encontrado a Laura. Cuando me dijo que habías ido a Mirandilla con El Pitos casi me caigo de culo. ¿Cómo puedes ser tan tonto? ¿No podías haberte buscado a alguien mejor que él para ir a un pueblo tan tarde?

—¡Joder! ¿Qué tiene de malo El Pitos ahora?

—¿Tú qué crees? Cuando se sienta a una mesa a jugar se olvida de todo y de todos, ese tío es casi profesional. ¿Te crees que va a dejar una partida de cartas para llevarte a casa? El Pitos juega partidas que a veces duran días.

—Él me dijo que no había problema, que le avisara cuando quisiera regresar. Y si él no hubiera podido me habría buscado la vida de otra manera.

—¿Pero tú le estás oyendo? —Javier levantó la vista hacia el espejo retrovisor para buscar a Daniel en el asiento de atrás.

—A mí no me metas.

—A él no le metas.

—¿Qué pensabas hacer? ¿Meterte en el primer coche de cualquiera que fuera al pueblo? De verdad que eres tonto. ¿Así piensas que te voy a tomar en serio?

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? Estoy hasta los cojones de escucharte hacer bromas sobre mí, de si soy gay o no, de que soy un crío que solo va detrás de ti como un corderito que no sabe hacer la o con un canuto. ¡Pero tú nunca me preguntas de verdad, en serio, lo que quiero o cómo me siento! ¿Soy demasiado pequeño para tomar en serio mis sentimientos? Tú no te cansas de decir que no tengo ni idea, que no me entero. ¡Siempre he sido gay! ¡Entérate tú! No me gustan los chicos porque te gusten a ti. Me fijaba en los chicos mucho antes de enterarme que a ti también te gustaban. Y en vez de apoyarme y escucharme te has reído de mí y me has ignorado. ¡Tú eres un capullo!

Ahora sí el silencio en el coche era inmenso. Marcos había vuelto la cara hacia la ventanilla para evitar que su hermano viera la lágrima que se le había escapado resbalando por su mejilla. Después de unos minutos sintió la mano de Javier acariciar su hombro con pasadas suaves y firmes.

—Lo siento Marcos.

—Me has dejado en ridículo antes. ¿Por qué tienes que hacer las cosas así? —Marcos tenía la voz ronca y le dolía la garganta por aguantarse el llanto—. ¿No podía ser de otra manera? No estaba haciendo nada malo. Solo quería conocer a alguien.

—¿Tanto lo necesitas?

—¿Tú qué crees? —susurró Marcos sin girarse para contestar a su hermano—. Me siento solo.

—Así no vas a conseguir nada. Solo meterte en líos.

—No sé hacerlo de otra manera.

La contestación de Marcos sonó a reproche y Javier se dio por aludido.

—Lo siento. Podemos hablar luego si quieres —Javier intentó de nuevo un acercamiento—. Perdóname, te lo compensaré.

Marcos se giró entonces para ver a su hermano a la cara.

—Estoy enfadado Javi, y no me apetece más hablar contigo. No sé si quiero que me compenses nada.

Esperó hasta ver como Javier asentía con los dientes apretados por la frustración. Marcos sabía que su hermano se había dado cuenta de su equivocación con él. Durante mucho tiempo había ignorado sus sentimientos e inquietudes dando por hecho que sería algo pasajero y que no tenía importancia. Y para rematar esa noche había metido la pata. Estaba seguro que mañana por la mañana podrían buscar un momento para hablar y quizás encontrar un punto de encuentro entre los dos, pero en ese momento Marcos se había quedado sin ganas de discutir. El resto del viaje lo hicieron en completo silencio y Marcos agradeció que el trayecto fuera corto.

Al llegar al pueblo Javier aparcó en la entrada de su casa. Su padre no estaba allí, como casi todos los días y Javier aprovechaba esas ocasiones para dormir en casa y organizar las cosas que eran imposibles hacer con el viejo borracho en casa. Marcos sentía su pecho demasiado cargado de emociones como para pensar en dormir, así que comenzó a andar calle abajo, que a esas horas, si no fuera por la luz de la luna casi llena y la luz que proporcionaba el escaso alumbrado público, estaría completamente a oscuras.

—¿Dónde vas? ¿A casa de la abuela? —le preguntó Javier con tono preocupado.

—No, no creo que pueda dormir. Voy a dar una vuelta.

No esperó respuesta ninguna, siguió caminando calle abajo con paso ligero. La noche era cálida, sin una pizca de viento. Marcos sabía que no corría ningún peligro al aventurarse solo por el pueblo; era una zona tranquila, e incluso a esas horas de la noche mucha gente permanecía sentada a las puertas de sus casas en cómodas sillas, manteniendo una agradable charla entre vecinos. La vida en ese pueblo era bastante tranquila, así que supuso que por esa razón Javier no había puesto ninguna pega a que saliera solo a esas horas.

La casa de su abuela estaba situada bastante cerca de las afueras del pueblo. En la parte de atrás de esa misma calle había varias tierras de cultivo de cebada y trigo. Quinientos metros más allá había una serie de naves de almacenamiento seguidas unas de otras. En la planta principal solían estar la maquinaria que se utilizaba en el campo, los utensilios, oficinas y los silos de almacenamiento del grano. En la nave más alejada de todas tenían también maquinaria para ensacar el grano y pilas y pilas de sacos llenos de cebada, preparados para el transporte. Marcos caminó hacia la nave. Allí, subiendo por unas escaleras, encontrabas un granero en el que se almacenaban alpacas de paja, apiladas unas encima de otras. Eran alpacas viejas porque la nave y todo lo que había dentro estaba abandonado desde hacía varios años ya. Incluidos los sacos de cebada. La propiedad permanecía cerrada pero no tenía vigilancia ninguna y hacía ya algunos veranos que grupos de chicos subían a ese pajar a reunirse, beber y lo que se terciara.

Marcos había estado allí varias veces; muchas cuando su hermano salía por ahí sin él a otros pueblos, con Daniel o con sus otros amigos. Entonces se juntaba con el resto de los chicos y pasaban el rato en ese altílo abandonado. Pero especialmente le gustaba ese sitio porque desde allí podías ver claramente el cielo nocturno estrellado, y esa noche la luna estaba casi llena. Sería una vista fantástica, y para Marcos, tranquilizadora.

Al dejar atrás la calle de su abuela, Marcos tuvo que caminar unos cientos de metros por el arcén de la carretera hasta llegar a la zona de las naves. A esas horas el tráfico de coches era prácticamente inexistente y la visibilidad era muy buena. Cuando llegó a la altura de la nave abandonada giró a la izquierda para buscar en la parte de atrás la valla de cercado que mal cubría la puerta de acceso. Al principio había sido difícil poder escabullirse por la estrecha abertura que había quedado en la vieja puerta de entrada, pero después de tanto entrar y salir el acceso se había agrandado y ahora tan solo había que agacharse un poco y encorvarse para poder pasar sin problemas.

El interior olía a polvo, maquinaria y al olor característico de los sitios cerrados. También olía a ratón pero Marcos prefirió no pensar mucho en eso. La extensión principal de la nave estaba prácticamente vacía. A uno de los lados había unas cuantas piezas de gran maquinaria sueltas. Los tractores, remolques y cosechadoras hacía mucho tiempo que se los habían llevado. En el fondo de la nave, al lado opuesto donde se encontraba Marcos, había una pila de sacos llenos de grano, abandonados, aunque cada vez que los veía los sacos habían disminuido de tamaño. Las alimañas estaban haciendo su agosto en ese almacén.

Marcos giró hacia la izquierda, la relativa oscuridad del almacén no era tan espesa como para no dejarle ver con claridad lo que había unos metros más allá. En uno de los lados de la nave, justo en la zona pegada al techo, había una serie de ventanales que dejaban pasar la luz. Reconoció que había tenido suerte, sin la clara luz de la luna hubiera necesitado una linterna para poder moverse sin peligro por allí.

Encontró las escaleras y subió con tiento cada peldaño hecho de metal. El ruido sordo de sus pasos reverberó en el vacío espacio haciendo que sintiera algo de aprensión. Tampoco es que ese lugar fuera muy recomendable para estar solo a esas horas de la noche, pero las vistas y la tranquilidad que tendría allí merecían la pena. La parte de

arriba olía a alpacas y trigo rancio. Los chicos habían intentado tener allí un rincón lo bastante acogedor como para reunirse allí sin estar incómodos. Varios sacos de arpillera cubrían una serie de alpacas de paja puestas junto a una de las paredes cerca del gran ventanal al fondo de la nave. Marcos caminó hasta allí para poder asomarse y contemplar el cielo. Efectivamente subir hasta allí había merecido la pena.

La luna colgaba del cielo en todo lo alto y las estrellas titilaban brillantes iluminando la oscuridad. Se apreciaban girones de nubes dispersas que jugaban a esconder a la luna. La luz iluminaba el prado de pasto verde que cubría las zonas de alrededor hasta llegar a las tierras de cultivo un par de kilómetros más adelante. Marcos se sintió de repente mucho más tranquilo. La temperatura era agradable y a esa altura corría una brisa suave que ayudaba a disipar el olor a rancio del lugar.

Cuando fue a hacer el amago de buscar una de las alpacas cubiertas de arpillera para sentarse sintió un ruido extraño viniendo de la parte de abajo. Puso atención para ver si podía distinguir la procedencia exacta del ruido y esperó unos segundos. El sonido se empezó a oír más claramente acercándose hasta el pie de las escaleras. Marcos sintió un pinchazo de decepción al identificar los ruidos como pasos de una persona. Definitivamente se le había acabado su rato de soledad. ¿Quién de los chicos estaría merodeando a esas horas por allí? Por un segundo se le pasó por la cabeza que el intruso no fuera ninguno de sus amigos. Era raro que alguien solo viniera hasta allí, y Marcos tan solo podía escuchar los pasos de una persona subiendo las escaleras. ¿Sería alguien peligroso del que tendría que esconderse? A lo mejor alguien le había visto llegar hasta allí por la carretera y había decidido seguirle para ver lo que estaba tramando.

La preocupación aumentó y Marcos decidió esconderse un poco entre las alpacas en uno de los rincones oscuros, por lo menos no estaría a plena vista por si el visitante no era alguien de confianza. Desde su posición podía ver la entrada al altillo pero las sombras eran oscuras en esa zona y tendría que moverse si quería conocer la identidad del intruso. Los ruidos de pisadas se pararon unos segundos cuando el visitante llegó al final de las escaleras. Marcos imaginó que estaría echando un buen vistazo a la estancia y comprobándolo todo. Las pisadas se reanudaron reverberando en los techos y haciendo que en el estómago se le formara un nudo. Antes de llegar a la mitad de la nave una voz rompió el silencio haciendo que el corazón de Marcos casi se le saliera por la boca.

—Marcos ¿Dónde estás?

Marcos dio un respingo por la sorpresa y salió disparado de su escondrijo para comprobar con sus propios ojos lo que había escuchado. Porque no podía creerse que fuera Daniel el intruso que venía a molestarlo.

Capítulo Tres

—¡Joder! ¿Sabes el susto de muerte que me has dado?

Daniel estaba frente a él con una sonrisa condescendiente en su boca y los ojos brillantes como estrellas.

—No —contestó sin más—. ¿Qué haces aquí?

—¡Qué haces aquí Tú! —le devolvió Marcos.

—Pues está claro que te estaba siguiendo ¿no?

—¿Por qué?

Daniel caminó hasta colocarse más cerca de él, la claridad que entraba por el ventanal ahora le daba de lleno y pudo distinguir mejor sus rasgos. Daniel parecía indeciso, cómo si no supiera muy bien qué responder a su pregunta.

—Estaba preocupado por ti. Te has ido sin darle la oportunidad a Javi de poder resolver las cosas y disculparse contigo.

—Es eso lo que realmente te preocupa ¿No? Que mi hermano se ha quedado con las ganas de quedar por encima de mí.

Marcos habló con un rastro de amargura en sus palabras. Por un momento le pasó por la cabeza que Daniel le había buscado simplemente por él; porque estaba preocupado. Pero claro, ellos dos ni siquiera eran verdaderos amigos. El que importaba era Javier, siempre era Javier.

—No crees eso de verdad. No puede ser que seas tan tonto —Daniel negó con la cabeza mientras hablaba, la incredulidad cubría sus palabras dejando ver a Marcos que quizás estaba exagerando—. Javi se ha quedado muy preocupado por ti. Los dos nos hemos pasado buena parte de la noche intentando encontrarte. Si no hubiera sido por Laura no sé lo que hubiera hecho tu hermano.

—Los dos os habéis preocupado por nada. No soy un crío, no es la primera vez que salgo por mi cuenta por ahí. Cuando salís los dos, donde quiera que vayáis cuando no me dejáis ir con vosotros, salgo con mis amigos y hemos ido muchas veces a otros pueblos sin que nunca haya pasado nada.

—No es lo mismo y lo sabes. Hoy has salido tú solo, con un tío que probablemente se había olvidado de ti en el momento en el que se sentó delante del tapete. Has ido a un local para mayores de edad siendo menor, y has intentado ligar con un desconocido sin

saber si era gay, hetero, homófobo o un completo capullo. ¿Crees que tu hermano no tiene derecho a estar preocupado y enfadado?

—¡No! A lo que no tiene derecho es a dejarme en ridículo y humillarme sin ningún motivo. Por mucho que se empeñe no soy un niño que no sabe lo que quiere. ¡No soy tonto!

—No tiene nada que ver con tu edad, ¡entiéndelo de una vez! Javi no quiere que alguien te haga daño, está preocupado por ti y no sabe cómo manejarlo.

Marcos se quedó sorprendido por lo que acababa de decir Daniel. Llevaba tanto tiempo alterado y frustrado por todo, sin saber qué hacer y con quién hablar, que no se había dado cuenta que la actitud despreocupada de su hermano hacia él podría deberse a su incapacidad para manejar la situación de tener un hermano pequeño gay al que necesitaba proteger.

Miró a Daniel a los ojos con tristeza y muchas ganas de echarse a llorar.

—¿Y por qué no habla conmigo? ¿Por qué contigo sí puede hablar y compartir sus cosas pero conmigo no? Lo necesito.

—Porque yo no soy su hermano pequeño.

—Ya. Eres su novio —Marcos no pudo evitar que un toque de amargura cubriera sus palabras.

—Estás equivocado Marcos. Pero es tu hermano el que tiene que hablar contigo de esto.

—¿En qué estoy equivocado?

—En que Javi y yo no salimos juntos.

—Pero él está enamorado —Marcos había llegado a sospechar que su hermano no quería tomarse en serio que él era gay porque se había dado cuenta de su enamoramiento por Daniel y no quería que eso fuera a más.

—Sí, está enamorado, pero puedes preguntarle eso a él.

—¿Qué se lo pregunte? ¿Cómo? Él nunca habla conmigo, cada vez que he intentado hablarle sobre algo relacionado con novios o sexo me ha hecho una broma o me ha dado respuestas tontas. ¡No quiere compartir nada conmigo y no tengo ni idea de cómo hacer las cosas o con quién hablar!

—A lo mejor no sabe cómo hacerlo, él también está solo, quizás no quiere que cometas los mismos errores que él.

—¿Qué errores? ¿Qué me gusten los chicos? ¿Besar a un chico? ¿Acostarme con un chico? ¿¡Cuál de todos es un error!?

—¡Pues no lo sé Marcos! Tu hermano recibió una paliza tremenda de tu padre por todas esas cosas que has mencionado ¡A lo mejor Javi no quiere que te pase lo mismo!

Ambos habían subido el tono de voz y lo que estaban diciendo, cada uno de ellos, eran verdades como puños. Y los dos lo sabían.

—¿Crees que no lo sé? —contestó Marcos con la voz tomada por la emoción—. Yo tuve que cuidar de él, tenía trece años y Javi no me dejó que hablara ni siquiera con la abuela. Los dolores que tuvo que soportar le duraron días, y los moratones en su cuerpo mucho más. Odio a mi padre por eso.

—Lo sé —contestó simplemente Daniel.

—Sabes mucho de él. Te lo cuenta todo ¿No?

—No todo.

Daniel le sonrió estirando tan solo un poco los labios y le guiño un ojo. Marcos le devolvió la sonrisa con algo de tristeza pensando en todo lo que se estaban perdiendo Javier y él uno del otro. Se giró hacia el ventanal con las manos dentro de los bolsillos del vaquero.

—Yo solo quería saber lo que era besar a alguien.

Daniel se colocó junto a él mirándole de frente; en ese momento Marcos fue consciente de sus palabras apenas susurradas y de que estaba a solas con Daniel. El calor inundó sus mejillas. No hubiera querido sonar tan infantil y además confirmar, que efectivamente, nunca había besado a nadie.

—¿Eso querías? ¿Besar a alguien? —Daniel agarró por el brazo a Marcos para hacerle volverse de cara a él, parecía demasiado serio—. No creo que el chico que escogiste se hubiera conformado solo con besar.

Marcos se le quedó mirando fijamente a los ojos; una extraña calma invadía su cuerpo, se había dado cuenta qué era lo que quería y lo tenía justo delante de él.

—¿Tú te conformarías?

—No lo sé —contestó Daniel, acercándose tanto que sus cuerpos se tocaron—. Vamos a probar.

Marcos tragó saliva repentinamente nervioso. Sintió las manos cálidas de Daniel apoyarse en sus caderas para girarle y que estuviera completamente frente a él. Marcos no desvió la mirada de los ojos castaños de Daniel; ni siquiera cuando comenzó a inclinarse para rozar los labios con los suyos.

—No es que... —balbuceó Marcos. No había dado a entender que quisiera que Daniel le besara ¿No?

—Cierra los ojos —susurró Daniel encima de los labios de Marcos, provocándole dulces cosquillas.

Marcos obedeció inconscientemente y perdió de vista a Daniel para sentirlo de inmediato sobre sus labios, con roces cálidos y suaves. La humedad de la lengua rozando sus sensibles labios le hizo dar un respingo. Se apartó un segundo sonriendo sorprendido por lo consciente que era en ese momento de sus propios labios. Miró a los ojos a Daniel, que también sonreía e inclinó la barbilla hacia arriba para volver a ofrecerle su boca.

—Abre los labios —dijo Daniel.

Marcos obedeció, agarró la parte delantera de la camiseta de Daniel y se acercó cuanto pudo a su cuerpo, entonces abrió su boca para recibir un beso más cálido y profundo.

Marcos sintió los labios de Daniel, húmedos y cálidos, moverse sobre su boca, pellizcando y tanteando. La lengua entró suavemente cuando Marcos entreabrió sus labios al tomar aire. Estaba sin aliento y el corazón latía fuerte en su pecho. Las manos de Daniel se movieron hacia arriba desde sus caderas y las sintió acariciando sus brazos desnudos, erizándole la piel. Inseguro por su inexperiencia, sin saber muy bien qué hacer, Marcos se dejó llevar por la placentera situación y cuando sintió la mano de Daniel acunado su barbilla, acariciando su mejilla con el pulgar con suaves pasadas, simplemente inclinó la cabeza y abrió más la boca para dejar libertad de movimiento a la lengua que cosquilleaba la suya.

Nunca había experimentado esa clase de intimidad con otro ser humano; las caricias suaves y húmedas de la lengua de Daniel las sentía hormiguesear en otras partes de su cuerpo. La excitación y el calor exacerbaban su ser aumentando sus ansias de poder sentir y sentir cada vez más.

Daniel chupó su lengua atrayéndola a su boca, sintió sus dientes mordisqueándole los

labios para después ser humedecidos por una lengua traviesa y suave. Daniel se apartó del beso con la respiración algo agitada. Pasó los pulgares con suavidad rozando las comisuras de la boca de Marcos y delineando su labio inferior, ahora rojizo y brillante. Marcos respiraba pesadamente, sus ojos miraban fijamente los de Daniel, con las pupilas dilatadas de expectación. Se atrevió a subir las manos y rodear con ellas las muñecas de Daniel, para impedirle que dejara de acariciarle si es que se le hubiera pasado la idea por la cabeza.

—¿Te conformas? —le preguntó en un susurro.

Daniel le sonrió, con los ojos y con los labios, una sonrisa sincera que iluminó su rostro.

—¿Te conformas tú? —le devolvió Daniel.

La respuesta de Marcos fue rápida y clara.

—No.

Daniel asintió con la cabeza y se inclinó un poco mientras acunaba entre las manos la cara de Marcos para volver a besar, con besos cortos y rápidos, sus carnosos labios. Marcos se sintió de repente algo mareado; notaba las piernas un tanto inestables y temblorosas. La adrenalina del momento había hecho efecto y ahora se encontraba sacudido por lo que estaba pasando. Su inexperiencia le avergonzó por un segundo pero concluyó que todo el mundo había tenido que pasar por eso en su vida y él se estaba encargando de dejar eso atrás.

Se sorprendió cuando Daniel envolvió su cuerpo en un abrazo y dejó su boca para enterrar el rostro en su cuello. Sintió sus labios cálidos allí haciendo que un placentero escalofrío recorriera su cuerpo. Daniel suspiró como intentando respirar su aroma. Marcos inclinó apenas el cuello dejando espacio a Daniel para hacer lo que quisiera con él. En ese momento necesitó devolverle el abrazo a Daniel y posó sus manos en la parte baja de su espalda para recorrer esa parte de su cuerpo hacia arriba, en una cálida caricia con sus palmas extendidas, hasta llegar a sus hombros y agarrarse fuertemente a ellos, buscando seguridad.

Marcos estaba más que excitado; el olor de Daniel suave y picante cosquilleaba en su nariz haciéndole completamente feliz. ¿Estaría sintiendo Daniel algo remotamente parecido? Marcos no quiso pensar mucho en eso, no ahora. Sabía que el único enamorado de los dos era él y que Daniel le estaba ofreciendo una especie de consuelo en esa extraña noche que habían pasado. El experimentar las sensaciones que estaba viviendo con Daniel era lo único que importaba en ese momento, y a Marcos le valía.

Marcos se dejó acunar entre los brazos de Daniel que había empezado a mecerse suavemente de un lado a otro mientras seguía hociqueando en su cuello. Entonces sintió sus manos explorar debajo de su camiseta. La sensación placentera le puso la

carne de gallina. Daniel utilizó la punta de sus dedos para recorrer la zona baja de su espalda, pasó después a acariciar su abdomen, costillas y vuelta atrás. Daniel le estaba volviendo loco y no sabía ni siquiera donde poner sus propias manos, así que las dejó donde estaban, ancladas en los hombros de Daniel.

—¿Quieres más? —le preguntó entonces Daniel, susurrando las palabras sobre la piel de su cuello.

—Claro que quiero más —apenas atinó a contestar Marcos.

—Está bien.

Daniel se apartó de Marcos dándole un beso en la mejilla y otro en los labios antes de incorporarse. Marcos vio la suave sonrisa de Daniel, su rostro sonrojado y el corazón le brincó en el pecho. Un mechón de pelo castaño oscuro resbaló desde la frente de Daniel sobre su ojo cuando retrocedió de espaldas arrastrando de la mano a Marcos. Su intención era llegar hasta el ventanal donde había un grupo de alpacas cubiertas de sacos de arpillera pegadas a la pared. Daniel se detuvo al notar en sus pantorrillas el roce de las alpacas, echó un vistazo sobre su hombro para comprobarlo y cuando estuvo satisfecho miró de vuelta a Marcos regalándole una pícaro sonrisa. A él le encantaba esa sonrisa ladeada que iluminaba sus ojos. Daniel soltó la mano de Marcos y rodeó con su brazo su cintura acercándolo a él para poder besar de nuevo su boca. Marcos cerró los ojos, suspirando, disfrutando de ello.

Cuando Daniel se apartó, acarició la frente y el cabello de Marcos retirando los mechones sueltos de sus ojos. Parecía estar pensando en algo mientras acariciaba con los dedos su cuello y su barbilla con aire distraído.

—¿Te masturbas? —le preguntó Daniel a bocajarro, mirándole a los ojos. Después se mordió el labio inferior como queriendo evitar que una sonrisa tonta se escapara de sus labios.

Marcos quedó descolocado por la pregunta, la sensación de que quizás Daniel pretendía burlarse de él le asaltó dejándole helado. Entonces se fijó en la sonrisa pellizcada entre sus dientes y respiró de nuevo descartando la idea. ¿Qué chico de su edad no se masturbaba? ¿Qué chico de cualquier edad no lo hacía? No le quedó de otra que sonreírle de vuelta y contestar a su pregunta con sinceridad.

—¡Claro! ¿Tú no?

Los dos se rieron con la respuesta dejando ir algo del nerviosismo que les envolvía. Entonces Daniel le besó de nuevo con la boca abierta; introduciendo la lengua para lamer sus mejillas y saborear su lengua. Entonces se apartó dejándose caer sentado sobre la alpaca, alzó la vista para mirar a los ojos a Marcos desde su nueva altura, que había quedado de pie entre sus piernas extendidas.

—Quiero tocarte, quiero acariciarte. ¿Puedo?

Daniel tenía ambas manos colocadas en las caderas de Marcos; sus pulgares delineaban la zona cercana a su ingle y Marcos sintió crecer su sexo totalmente excitado, empujando dentro de su ropa interior. Fue completamente incapaz de contestar; tan solo asintió con la cabeza sin apartar los ojos del rostro de Daniel. Sintió las mejillas acaloras y su respiración se volvió errática cuando Daniel tiró de sus caderas acercándolo a él para que se colocara mucho más cerca entre sus piernas. Daniel arrastró ambas manos hacia arriba; por debajo de la camiseta de Marcos, tocando la piel encendida de su estómago, hasta llegar a sus pectorales. Marcos tomó una bocanada de aire al sentir esa sensación tan placentera arrasando sus sentidos. Las manos cálidas y algo húmedas de Daniel marcaron su piel allí donde se posaban y él tan solo podía dejarse hacer. Daniel descendió de nuevo por el torso de Marcos hasta llegar a la cinturilla de sus vaqueros. Las piernas de Marcos apenas le sostenían y sintió que cedían cuando Daniel empezó a desabrochar los botones del cierre, apartando la tela para dejar a la vista los calzoncillos que delineaban su sexo erecto restringido por la cinturilla baja del elástico.

El pánico le inundó por un segundo al pensar que se correría en ese instante si Daniel le tocaba, aunque fuera con la punta de sus dedos. Las sensaciones que estaba sintiendo eran tan abrumados que apenas podía respirar. Cuando Daniel movió la mano con la intención de acariciar su sexo erguido Marcos se adelantó sujetando sus muñecas con nerviosismo. No quería quedar en ridículo delante de Daniel corriéndose tan solo por el toque de sus dedos.

—¡Espera! Si me tocas... —Marcos no quiso decir las palabras y escondió la mirada avergonzado por su inexperiencia.

—Estás al límite ¿No?

Daniel permitió que Marcos le sujetara por unos segundos, hasta que sintió que se relajaba. Después sacudió sus muñecas suavemente apartando el agarre del otro. Daniel levantó la mano para pellizcar con dos dedos la barbilla de Marcos y hacer que volviera a encontrar su mirada.

—No te preocupes. No va a ser solo una vez. Quiero ver cómo te corres.

Marcos tragó saliva y la sangre latió precipitadamente hacia su polla haciendo que incluso doliera. Una punzada de placer le atravesó de parte a parte. Los ojos de Daniel eran brillantes, y su sonrisa se ensanchó al ver la reacción de Marcos.

Daniel se inclinó hacia atrás, sobre la alpaca, se estabilizó con los brazos a los lados y reculó sobre el asiento hasta pegar la espalda en la pared. En la nueva posición, con las piernas abiertas, dejaba un sitio vacío entre ellas que palmeó repetidas veces para indicar a Marcos que se sentara allí. Vaciló tan solo un segundo, el tiempo de pensar si sería capaz de conformarse tan solo con esa noche de placer con Daniel. Cuando el

segundo pasó Marcos se volvió de espaldas y tomó asiento entre las piernas de Daniel. Reculó como lo hizo el otro hasta conseguir apoyar totalmente la espalda con el cálido pecho de Daniel. Las manos del chico rodearon inmediatamente su cintura, acariciando su abdomen por debajo de la camiseta. Marcos sintió el corazón de Daniel latiendo suavemente a su espalda y eso le reconfortó. Daniel se inclinó apenas para apoyar la barbilla sobre el hombro derecho de Marcos, que giró la cabeza para rozar sus labios sobre la mejilla cálida de Daniel haciendo que éste sonriera.

—Te quiero ver —le dijo Daniel sobre sus labios al girar la cara para mirarlo a los ojos—. Te quiero acariciar.

Sus miradas se encontraron a la distancia de un suspiro y la petición de Daniel hizo aletear el corazón de Marcos. Marcos tan solo pudo asentir con la cabeza; aturdido por las sensaciones y completamente excitado. Apartó la vista para mirar su propio regazo y buscar las manos que estaban enredando debajo de su camiseta. Entrelazó sus dedos con los de Daniel y guió su mano para introducirla debajo de la cinturilla de sus calzoncillos. Los vaqueros abiertos a la altura de sus caderas entorpecieron sus movimientos y tuvo que apartarlos torpemente con su mano izquierda. Cuando Daniel movió sus dedos para envolver la polla erguida de Marcos, el adolescente tomó aire apretando los dientes por el placer de la cálida caricia. No quiso apartar la mirada de su regazo; podía ver el movimiento de las caricias de Daniel debajo de la tala de sus calzoncillos. Con movimientos torpes tiró del elástico azul hasta retirarlo a la altura de sus muslos junto con los vaqueros.

—Así mejor —le animó Daniel.

Los dedos de Daniel cubrieron la polla de Marcos subiendo desde la base hasta la punta con lánguidas pasadas. Daniel intuyó la necesidad que sentía Marcos de correrse y quiso alargar un poco más su placer. Ignoró las zonas más sensibles y utilizó la presión de los dedos y su palma para acariciar el tallo y los testículos de Marcos. El pubis de Marcos estaba cubierto de un vello oscuro, corto y fino. Daniel lo acarició con los dedos de su mano izquierda mientras la derecha subía y bajaba por su tallo.

Marcos comenzó a respirar de manera superficial, sus caderas se agitaban envistiendo al ritmo de las caricias de Daniel que movía la muñeca aumentando el ritmo para complacerle. El propio Daniel sintió su sexo duro, también listo para correrse. El olor y los sonidos de Marcos gozando con las caricias le estaban volviendo loco. Se agitó sobre el regazo de Daniel rozando sus zonas sensibles, haciéndole desear poder desprenderse de la ropa para sentir piel con piel. Marcos se arqueó con un espasmo y gimió suavemente junto a la boca de Daniel. Entonces se inclinó besando los labios de Marcos para humedecerlos con su lengua y sentir en su boca las vibraciones de los gemidos que exhalaba con cada respiración. Cuando Marcos apartó el rostro le miró a los ojos y vio el placer reflejado en ellos. Daniel sonrió con satisfacción al ver las mejillas sonrojadas de Marcos y las pupilas brillantes de turbación. Sin poder contenerse agachó la cabeza y enterró el rostro en el perfumado cuello de Marcos; hociqueó su piel y lamió la sal impregnada allí, complacido cuando Marcos inclinó la cabeza para dejarle libertad de movimiento.

—Me voy a correr ya Dani.

Marcos susurró las palabras entre jadeo y jadeo. La piel de Marcos brillaba con gotas de sudor, las puntas de su pelo castaño rozaban húmedas su frente y se agitaron sobre sus ojos cuando se giró para advertir a Daniel. Daniel besó un camino desde la mejilla de Marcos hasta su boca con pequeños picotazos salados por el sudor en su rostro.

—Aparta tu camiseta. Quiero verlo todo.

Marcos apartó torpemente los faldones de su camiseta subiéndola más allá de su pecho, por debajo de sus axilas. Su abdomen estaba tenso y se agitaba por las contracciones de placer que las caricias de Daniel le estaban provocando. Entonces vio a Daniel alzar la mano izquierda para acariciar la piel expuesta de su estómago, subiendo por su torso hasta tocar sus pezones. La cálida caricia aumentó su necesidad un doscientos por cien. Necesitaba sujetarse a algo; buscó la mano libre de Daniel para enlazar sus dedos sin ser muy consciente de lo que estaba haciendo. Daniel guió ambas manos hacia el pecho de Marcos indicándole con un gesto que se acariciara. Marcos no pudo obedecer, sujetó la mano entrelazada de Daniel e hizo que rodeara su pecho en un abrazo que le sirviera de anclaje. Porque estaba empezando a ver estrellas y nunca antes había sido así.

Daniel se dejó guiar en ese abrazo cálido que parecía necesitar Marcos; inclinó la cabeza y besó la oreja, la mejilla y el cuello expuesto de Marcos que se retorció ahora sin poder contener más su orgasmo. Daniel aumentó el ritmo de las caricias, las sacudidas más salvajes y descontroladas ahora, pasando su pulgar por la cabeza húmeda, recogiendo líquido para hacer más fácil la placentera fricción. Marcos giró la cabeza hacia Daniel con los ojos cerrados y la boca entreabierta totalmente entregado al placer de los primeros espasmos de su orgasmo. Los suaves gemidos se atropellaban al salir de su boca cuando Marcos apretó los dientes por el intenso placer. Daniel agitó su muñeca haciendo movimientos de giró mientras subía y bajaba, convirtiendo la estimulación en más placentera. La respiración de Daniel se acompasó a la de Marcos y cuando los primeros chorros de semen salpicaron el abdomen de Marcos solo pudo aguantar la respiración y observar cómo el otro se retorció disfrutando del placer de la liberación.

Tomó de nuevo aliento al notar los dedos de Marcos clavados en sus muslos. Marcos gemía suavemente soltando palabrotas entre dientes mientras mantenía el rostro girado hacia Daniel con los ojos fuertemente cerrados. Cuando los abrió buscó inmediatamente la mirada de Daniel que le regaló una sonrisa deslumbrante y se inclinó para besar sus labios ahora resecos. Marcos devolvió el beso dejando que Daniel acariciara con su lengua los suaves rincones de su interior. Marcos continuó en tensión sintiendo los coletazos de su orgasmo junto con las suaves caricias de la mano de Daniel que aún acunaba su polla semidura. No creyó ser capaz de moverse en una buena temporada y menos si la alternativa era permanecer un rato más en los brazos de Daniel.

—¿Y ahora qué? ¿Tienes suficiente? —preguntó Daniel con picardía.

Ambos se echaron a reír compartiendo ese momento de complicidad que nunca habían tenido entre ellos y que tantas veces había deseado Marcos. Marcos buscó la mirada de Daniel ladeando la cabeza para encontrarse con él, sujetó su mano derecha que aún acariciaba su sexo y su abdomen y la arrastró hacia arriba colocándola sobre su tetilla izquierda, donde latía su corazón, un gesto inconsciente y revelador que pasó desapercibido para los dos. Daniel pellizcó suavemente la carne bajo su palma haciendo estremecer a Marcos.

—No sé si alguna vez tendré suficiente de esto.

Las palabras sonaron demasiado íntimas de repente y Marcos se arrepintió de haberlas expresado de aquella manera. Si por algún milagro divino Daniel aún no sabía que Marcos estaba totalmente enamorado de él, prefería que siguiera ignorando ese hecho de momento. Daniel le sonrió de nuevo mirándole a los ojos y le dio un beso en la mejilla como para secundar sus palabras.

—Estoy de acuerdo con eso.

—¿Sí? —dijo sonriendo Marcos también.

—Aja. Ven, ahora ayúdame.

Daniel empujó suavemente a Marcos para indicarle que se incorporara. Marcos se lamentó por tener que romper ese momento cálido que estaban compartiendo los dos, pero obedeció enseguida y se sentó de lado pegado a la cadera de Daniel cuando éste dio un par de golpes con su palma para decirle dónde tenía que sentarse. Marcos se quedó mirando como un tonto cuando Daniel agarró los bajos de su camiseta para tirar hacia arriba sacándosela por la cabeza, arrojándola después descuidadamente a un lado. El cuerpo de Daniel era firme y fuerte; la suave definición de sus músculos se apreciaba cubierta por la cálida piel morena que siempre lucía naturalmente. Una hilera de fino vello oscuro discurría desde su ombligo hasta más allá de la cinturilla de sus vaqueros, los ojos se le fueron directamente a esa intrigante zona, deseosos de ver más. Entonces Marcos se fijó en el bulto que se marcaba en los vaqueros de Daniel dándose cuenta de lo estúpido que era. Había estado tan centrado en sí mismo que no había pensado ni un momento en Daniel; a pesar de haber estado soñando todos esos años con lo que haría con él si tuviera la oportunidad.

Marcos hizo el amago instintivamente de acercarse para acariciar el bulto delineado por los vaqueros pero Daniel sujetó su mano y se lo impidió.

—Espera un momento.

—Está bien —contestó obediente.

Marcos alzó la mirada hasta la de Daniel que se inclinó para besar sus labios durante

unos segundos. Al romper el beso Daniel desabrochó sus vaqueros y apartó la tela dejando a la vista su pene brillante y congestionado. Marcos observó cómo Daniel respiró con alivio mientras un temblor recorrió su cuerpo con las primeras pasadas de su propia mano sobre el tallo y la cabeza de su miembro. Entonces Daniel levantó su brazo derecho girándose un poco hacia Marcos y lo pasó sobre sus hombros rodeando su espalda, haciendo que se acomodara debajo de su axila.

—Ven aquí —le animó, atrayéndolo pegado a su costado.

Marcos sintió la piel cálida de Daniel que brillaba por la claridad que entraba desde el ventanal y creaba sombras y luces totalmente fascinantes para él. Dejó que Daniel sujetara su mano para guiarla hacia su sexo y envolverla cubriendo su tallo. La carne cálida latió bajo sus dedos haciéndole sentir cosas extrañas en su estómago. Marcos aprendió el compás que le marcó Daniel de cómo le gustaba ser acariciado y ajustaba la presión de sus dedos y el ritmo de la fricción, escuchando los suaves gemidos que salían de sus labios mientras le masturbaba. Apoyó la mejilla sobre el hombro de Daniel sin perder de vista lo que estaba haciendo, totalmente concentrado observando las reacciones del cuerpo de Daniel, que se sacudía cabalgando el placer. Marcos giró la cara para besar y lamer la piel salada que tenía junto a su boca; lo necesitaba, quería notar el sabor de Daniel en sus labios.

Daniel se inclinó y alzó con su mano libre la barbilla de Marcos para poder atrapar su boca y besar sus labios cálidos y rosados. Se besaron, saboreándose, acariciándose los sentidos hasta que Daniel gimió dentro de la boca de Marcos; casi estaba a punto. Daniel cambió de postura haciendo que Marcos se incorporara un poco para poder dejar libre su brazo derecho. Marcos obedeció sin perder apenas el ritmo de sus caricias; hasta que sintió la mano de Daniel en su propio sexo ahora completamente erguido de nuevo. Ambos reajustaron sus posiciones para estar lo más cómodos posibles; aumentaron el ritmo de las caricias, juntaron sus frentes, con los cuerpos lo más pegados posibles, sujetándose uno al otro cuando empezaron a correrse primero uno y luego el otro. Los chorros de semen salpicaron el abdomen y los pantalones de Daniel, dejando hilos nacarados que pintaron su piel. Ambos respiraban con dificultad, entre dientes apretados y gemidos contenidos.

Marcos se dejó caer sobre el costado de Daniel que le abrazó pegándolo a su cuerpo para sostenerse mutuamente, completamente complacidos y saciados. Daniel apartó con sus manos el pelo que había quedado pegado por el sudor a la frente de Marcos buscando sus ojos. En la mirada de Daniel se podía leer su confusión; no sabía cómo explicar la punzada de sentimiento que tenía clavada en el pecho y al ver el brillo en los ojos de Marcos se sintió más confundido aún. No quiso pensar sobre aquello en ese momento así que tan solo se inclinó para besar de nuevo la boca sonriente de Marcos.

Cuando se separaron Daniel buscó, tanteando alrededor con la mano libre, hasta encontrar su camiseta olvidada. La recogió del rincón donde había caído junto a la alpaca y la utilizó para limpiar el brazo y la mano de Marcos. Después se limpió así mismo hasta quedar medianamente satisfecho. Hizo un nudo con ella y la dejó a su lado para no olvidarla cuando salieran de la nave. Al girarse vio a Marcos colocándose la ropa interior y los vaqueros, él arregló los suyos también y mientras lo hacía se balanceó hacia un lado para golpear con su hombro a Marcos y así llamar su atención.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando Marcos alzó la vista.

—Sí.

Marcos le miró por debajo de las pestañas, con una sonrisa tímida y deslumbrante y las mejillas coloreadas. Meneó la cabeza asintiendo mientras frotaba las palmas de sus manos sobre los muslos en un gesto nervioso y avergonzado a la vez. Daniel no pudo evitar pensar que era el chico más guapo del mundo en ese mismo momento.

—¿Crees que ya estás satisfecho?

—Algo satisfecho —contestó Marcos con sinceridad.

Los dos soltaron una carcajada, mirándose a los ojos, sospechando cuán grande era la insatisfacción de cada uno.

—No hay remedio; por lo menos hoy no —dijo Daniel, palmeando a Marcos en el pecho a modo de consolación—. Hay que volver, ya es muy tarde.

—Sí, bueno. No pasa nada, voy a casa de la abuela. Tengo llave.

—Está bien. Pues vamos.

Marcos se levantó de la alpaca imitando a Daniel, que cogió la camiseta arruinada y enfiló el camino de salida de la nave. Ambos bajaron las escaleras en silencio escuchando los sonidos metálicos de sus pasos haciendo eco en el espacio semivacío del almacén. Marcos se fijó en la espalda desnuda de Daniel y en la cintura estrecha que enmarcaban los vaqueros y se dio cuenta de lo muy insatisfecho que aún estaba. ¿Querría Daniel volver a estar con él? A Marcos le empezaron a bailar mariposas en el estómago al pensar en la posibilidad de que su hermano se enterara de lo que había pasado. Daniel le había dicho que ellos no eran novios, pero no le había aclarado mucho más. ¿Estaba su hermano enamorado de Daniel?

Antes de abandonar la nave Marcos necesitaba preguntarle algunas cosas a Daniel. Se paró en seco junto a la puerta de salida y llamó la atención de Daniel.

—Daniel, espera un momento.

—¿Qué? —le preguntó al verle parado un par de metros detrás de él.

—¿Está todo bien? ¿No he metido la pata o algo?

—¿A qué te refieres? —preguntó Daniel extrañado, al ver la preocupación en la cara de Marcos.

—Con mi hermano. No me he metido en medio de nada ¿verdad?

Daniel caminó hasta ponerse a la altura de Marcos y le agarró por el hombro con su mano derecha. Se puso frente a él mirándole a los ojos para que pudiera verle la cara. Daniel no quería que Marcos se sintiera mal por algo que era una equivocación.

—¡No! Ya te lo he dicho antes. Tu hermano y yo no tenemos nada. Solo somos amigos Marcos, como tú y yo.

Marcos agrandó los ojos al escuchar a Daniel y un poco de tristeza se coló en su mirada. Cada vez estaba más seguro de querer ocultarle a Daniel sus verdaderos sentimientos, parecía claro que Daniel no sentía lo mismo que él.

—Tú y yo nunca hemos sido amigos. Siempre ha habido demasiadas diferencias entre los dos —algo de amargura se escuchó en las palabras de Marcos sin que él pudiera evitarlo—. Javier es tu mejor amigo, yo solo soy el hermano de tu mejor amigo —dijo frunciendo el ceño.

Lo que no sabía Marcos era que Daniel nunca había imaginado que algo así fuera tan importante para Marcos, pero que era capaz de ver en sus ojos que así era. Marcos tenía razón en algo. Nunca habían sido verdaderos amigos. Aunque para Daniel Marcos no era solo el hermano de su mejor amigo. Porque mirara donde mirara e hiciera lo que hiciera, Marcos siempre estaba allí, en su mirada periférica, sin llamar demasiado la atención, pero siempre presente. Porque Marcos era importante para Daniel, y acababa de ser consciente de ello.

Daniel tiró de su brazo para acercarlo a él envolviéndolo en un cálido abrazo.

—Te prometo que no eres solo eso para mí. Te prometo que eres mucho más.

Marcos se dejó abrazar, sorprendido por la reacción de Daniel totalmente inesperada para él.

—No pasa nada. Yo lo entiendo, solo digo que Javier y yo no somos iguales.

Daniel se apartó un poco y acarició con la palma de la mano su mandíbula. Se inclinó despacio sin retirar la mirada y besó sus labios rozándolos con suaves caricias, estimulando su piel y haciéndole temblar. Cuando el beso terminó Daniel acarició su brazo hasta juntar las palmas con los dedos entrelazados. Marcos le miró a los ojos por debajo de las pestañas, algo avergonzado.

—Bueno, eso siempre lo he sabido —respondió Daniel a la afirmación de Marcos.

—¿Sí? ¡Qué vas a saber tú! —bromeó Marcos.

Los dos se rieron por las palabras de Marcos. Las cosas podían haber sido muy distintas de lo que había ocurrido esa noche. Cómo bien había dicho Marcos no había mucho en común entre los dos, aparentemente. El único nexo durante todos esos años había sido Javier, pero ahora, esa noche, todo había cambiado. Porque ahora eran él y Daniel. ¿Podía ser capaz Daniel de sentir lo mismo? Marcos tenía miedo de preguntar y prefirió esperar y dejar esa cuestión para otro momento. ¿Qué iba a hacer él con un chico cómo Daniel? O peor, ¿Qué haría Daniel con un chiquillo de quince años como él? El pensamiento le resultó demasiado deprimente así que lo apartó de la mente, aparcándolo por el momento.

—De acuerdo. Tenemos que salir de aquí, es muy tarde.

Marcos asintió con la cabeza y dejó que Daniel le arrastrara de la mano hasta la salida. Unos metros más allá Daniel le soltó la mano; caminaban por el arcén de la carretera y aunque no pasaba nadie a esa hora de la noche Marcos imaginó que Daniel no quería arriesgarse a que les vieran. Él se conformó porque lo entendía. Si su padre o alguna otra persona en el pueblo se enteraba que él era gay no quería pensar lo que su padre sería capaz de hacer, aunque perfectamente podía imaginárselo. Tenía demasiado vívida en su cabeza la imagen de su hermano amoratado por los golpes.

Daniel se colocó a su lado y le rodeó por un momento los hombros con su brazo desnudo antes de retirarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó con un suave tono de preocupación. Él había permanecido callado bastante tiempo.

—Sí, solo un poco cansado —miró de reojo a Daniel para intentar saber lo que pensaba—. Solo estaba pensando en mi hermano.

—Ya. Deberías hablar con él. Javier estaba muy preocupado por ti.

—Lo sé. Ahora lo sé —Marcos agachó la cabeza pensativo—. Mañana hablaré con él. No quiero que esté enfadado conmigo.

—No creo que esté enfadado. A lo mejor consigo mismo.

—A lo mejor —dijo con desánimo Marcos.

Quería preguntarle a Daniel si podía decirle a su hermano lo que había pasado entre ellos pero no sabía si hacerlo. Además quizás Daniel no le estaba dando la importancia que le daba Marcos. A lo mejor para Daniel solo habían sido unos cuantos besuqueos sin más. ¿Daniel le diría algo a su hermano? Probablemente no.

Al llegar a la altura de la calle de su abuela Marcos se giró para ver si Daniel le seguía o solo le acompañaba hasta allí. Sonrió al ver que el otro seguía sus pasos y ambos continuaron hasta la puerta de la casa de su abuela. Parados delante de la puerta, iluminados por las luces del alumbrado urbano, Marcos no supo qué hacer a continuación. Se imaginó un beso de despedida y se le escapó una sonrisa tonta que se reflejó en sus labios. Daniel le devolvió la sonrisa y le golpeó con la palma de la mano en el hombro, aprovechando para hacerle una caricia.

—Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

—Está bien —contestó Marcos.

—Descansa —apostilló Daniel.

—Y tú. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Daniel se giró sonriendo y se alejó por el camino hasta doblar la esquina de la calle. Marcos le vio marchar imaginando lo que le diría al día siguiente cuando se encontraran, de lo que hablaría. Sacó las llaves de su bolsillo y abrió la puerta de la casa intentando hacer el menor ruido posible. El dormitorio de su abuela estaba al otro lado de la casa, alejado de la entrada, pero no quería despertarla y tener que dar explicaciones por las horas que eran.

Marcos caminó por el pasillo después de dejar sus zapatillas en la entrada y abrió la puerta de su cuarto para pasar dentro y cerrar detrás de sí. Se desnudó tirando la ropa encima de una de las sillas del cuarto y se quedó en calzoncillos. Se tumbó encima de la cama después de retirar las sábanas, esa noche era calurosa y no las necesitaría. De repente pensó que probablemente no dormiría; el sueño no tenía visos de aparecer y se encontró rememorando lo que había pasado esa noche en el almacén. Deseaba que pasaran las horas rápido para poder ver de nuevo a Daniel

Lo que no se imaginaba Marcos era que esa sería la última noche que vería a Daniel hasta doce años después. Y que tampoco tendría la oportunidad de hablar al día siguiente con su hermano mayor. Los dos salieron del pueblo unas horas después, sin avisar a nadie, sin despedirse de nadie. Tan solo una llamada a la mañana siguiente para explicarle a Marcos una historia algo confusa que le dejaría con más dudas y sin saber a ciencia cierta lo que había pasado esa última noche de verano de sus quince años.

Capítulo Cuatro

Marcos recordaba ese verano como el mejor y el peor que había pasado en su adolescencia. Cada vez que rememoraba ese día sentía el abandono, la decepción y el vacío que había sentido entonces. No entendía realmente lo sucedido en aquella época y por qué habían tenido que ser las cosas como habían sido. Pensar en ello le entristecía; algo había pasado en ese entonces que su hermano nunca había querido compartir con él y por ese motivo, fuera el que fuese, Javier había decidido marcharse para no volver nunca. A consecuencia de eso también se había alejado de él y a partir de entonces su relación se había desarrollado en la distancia. Que Daniel se hubiera ido con él se había convertido casi en una anécdota, y si realmente quería autoengañarse podía decir que eso no había significado nada para él. Nada.

Hacía ya un buen rato que los bizcochos para las tartas habían salido del horno y Rosy aún no había regresado a su puesto. ¿Tanto se tardaba en aconsejar a alguien sobre unos dulces? Pasara lo que pasase Marcos tenía claro que no regresaría a la tienda, ni siquiera para llamar la atención de su ayudante. Se estaba comportando como un completo idiota pero en ese momento le daba igual. Se propuso seguir con su trabajo sin pensar si quiera en que Daniel probablemente seguiría en la tienda charlando con Rosy, y quizás intentando sacarle información de algún tipo ¿No era abogado? Seguro que se le daba bien ese tipo de cosas.

Marcos amasó con demasiado ímpetu una bola de masa destinada a hacer hojaldre. Roció un poco de harina sobre ésta y la superficie de trabajo y volvió a la carga con el piloto automático puesto. ¿Dónde estaba Rosy? Miró de reojo la tarta que había estado decorando hacía unos minutos; había tenido que dejarla por un momento porque la delicada decoración estaba quedando arruinada. Su falta de concentración no le dejaba hacer las cosas en condiciones y eso le enfadaba aún más. Por eso había sacado los bizcochos del horno y se estaba dedicando a amasar, cosa que tenía que estar haciendo Rosy.

—¡Marcos! ¡Dime! ¡¿Por qué es tan guapo, por qué?!

Marcos se sobresaltó con la entrada repentina de Rosy al obrador. La joven tenía una sonrisa de oreja a oreja y se notaban sus mejillas arreboladas. Marcos no creyó que fuera a causa del frío.

—Eres muy exagerada Rosy —comentó Marcos, sin saber muy bien si reírse con ella o regañarla por estar perdiendo el tiempo en tonterías.

—Sí, exagerada. Tú no le has visto bien. ¡Y su voz!

Rosy se paseó como una loca soñando con su amado por la zona de trabajo mientras le contaba a Marcos las bondades de Daniel; gesticulaba con las manos y abría los ojos exageradamente cuando recordaba algo particularmente excitante que hubiera dicho Daniel.

—Cualquiera que te vea... —Marcos sacudió la cabeza de un lado a otro sonriendo sin poder evitarlo. Rosy era tan dulce como un pan de leche y por otro lado Marcos entendía el embeleso de la chica.

—Mira, me ha dado esta nota para ti.

—¿Qué? —Marcos se quedó mirando el papel doblado que le tendió Rosy sin atreverse a tocarlo.

—Me ha dicho que te la diera.

Marcos cogió la nota y se la quedó mirando con el ceño fruncido. Miró de reojo a Rosy y le preguntó:

—¿La has leído?

—¡Claro que no! —se molestó Rosy. Al ver que Marcos se guardaba la nota en el bolsillo del pantalón sin leerla no pudo evitar preguntarle—: ¿No la vas a leer?

—Ahora no —contestó escuetamente Marcos.

—Vaya rollo. Eres un aburrido, no me puedo creer que no tengas ni un poco de curiosidad por lo que hay escrito en la nota.

—Me parece que la que tiene un montón de curiosidad aquí eres tú.

—¡Pues claro!

Rosy abrió los ojos exageradamente dando a entender que era obvio para cualquiera que la nota tenía que ser leída de inmediato. Los dos se rieron por las payasadas de la chica que insistió un par de veces más para poder saber algo sobre el mensaje de la nota.

—¡Para! No seas tan pesada —sonriendo Marcos agarró por los hombros a su ayudante y la encaminó hacia la mesa de trabajo donde estaban abandonadas las masas de hojaldre—. Ponte ya a la tarea, se te está acumulando el trabajo.

—No te preocupes jefe, esto lo termino yo en nada.

—Si no te hubieras entretenido tanto...

—¡Qué exagerado! No ha sido tanto tiempo —se escabulló Rosy.

—Bueno. De todas maneras ¿qué estabas haciendo?

Los dos se habían metido de lleno en la rutina codo con codo y mientras Rosy trabajaba el hojaldre, Marcos retomó la decoración de las tartas pendientes para esa tarde.

—¿Qué?, eso sí lo quieres saber, ¿eh?

Rosy le lanzó una sonrisa traviesa por encima del hombro, provocándole una punzada de inquietud. Aún tenía la mosca detrás de la oreja ¿Por qué sonreía así Rosy? ¿Qué le había dicho Daniel?

—Pues sí. Has estado muy entretenida allí en la tienda, y mientras, yo aquí trabajando —le gruñó Marcos medio en broma.

—Pues no he hecho nada ¿Qué voy a hacer? Solo he hablado con él sobre mi trabajo.

—¿Y para eso tanto tiempo?

—¡Chico! ¡Qué pesado! ¿Quieres saber si me ha preguntado por ti? ¡Pues pregunta!

—¡Qué voy a querer saber! Me da igual. ¿Crees que me molesta que haya tardado tanto en venir a verme después de llevar aquí tres meses?

—No lo sé ¿Te molesta?

—¿Te digo la verdad o te miento?

—Está claro que la verdad —Rosy se giró para quedar de cara a Marcos que estaba a su lado trabajando.

—Cuando me enteré que se había instalado aquí hacía unos meses pensé que vendría a saludarme en cuanto tuviera oportunidad, y cuando pasaron las semanas sin que asomara su cabeza por aquí me hice a la idea que probablemente ni se acordaba de mí. La verdad que no sé qué quiere.

Marcos sujetaba entre en sus manos una manga pastelera que colgaba ahora olvidada por uno segundos entre sus dedos mientras explicaba, sin apenas darse cuenta, lo que pensaba sobre el asunto en voz alta. Escucharse decirlo así hacía que las cosas tuvieran perspectiva, quizás no debería esperar demasiado de su encuentro con

Daniel, seguramente le había buscado por algo relacionado a los negocios. Estaba claro que poco había pensado en él estas últimas semanas desde su retorno al pueblo.

—Yo tampoco sé lo que quiere, pero mientras me preguntaba por mi trabajo y se interesaba en mis estudios, mostró varias veces interés por ti y por lo que habías hecho estos años. Creía que era el mejor amigo de tu hermano. ¿No te llevabas bien con él?

—Es el mejor amigo de mi hermano, pero eso no implica que lo sea mío también.

—Qué raro. Pensé que te gustaba —Rosy había reanudado su trabajo y estaba cortando la masa en porciones más pequeñas.

—Claro que me gustaba, pasamos la adolescencia aquí todos juntos.

—No. Pensé que te gustaba, gustaba —hizo un gesto elocuente con la mano enharinada.

Marcos se quedó mirando a Rosy. Ella era una de las pocas personas en el pueblo en la que había confiado su amistad y con la que compartía su gusto amoroso por otros hombres, como lo llamaba ella. Normalmente era Rosy la que hablaba de sus novios y sus amores; él era más reservado y tampoco tenía mucho de lo que hablar, o por lo menos no algo que pudiera compartir con una chica de diecinueve años como ella. Hoy las tornas se habían cambiado y se sentía raro hablar sobre el enamoramiento que había tenido por Daniel, así que prefirió quitarle hierro al asunto.

—Bueno, sí que me gustaba pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora solo es un conocido.

—Pues es un desperdicio, porque ese conocido está para comérselo.

Marcos no pudo evitar soltar una carcajada al ver la cara que puso Rosy al hablar de Daniel. Rosy se rio con él y continuó con las bromas un rato más hasta que los dos, concentrados de nuevo, terminaron cada uno con su tarea ya rayando la hora de cierre de la tienda. Marcos y Rosy recogieron por encima para dejar todo listo para las decoraciones de por la tarde. Marga ordenó la tienda, subió los toldos y dejó todo listo para reanudar la jornada después. Recogió su bolso y su abrigo antes de salir por la puerta principal despidiéndose con la mano; llevaba prisa, aún tenía que terminar de hacer la comida en casa, según ella su marido era un desastre en las tareas del hogar. Rosy se quitó su uniforme en el obrador y mientras se colocaba el abrigo iba recitando a Marcos todas las tareas pendientes que tenían para esa tarde.

—No te preocupes, lo tengo todo en mente.

—De acuerdo. Entonces ¿Cuándo llegan a por la tarta? Van un poco retrasados.

—Sí, me han dicho que llegan en diez minutos —contestó Marcos mirando la hora en el reloj colgado en la pared del fondo.

—Bueno, no es mucho.

—Aja. Debía de haber tráfico al salir de Madrid. No pasa nada, no tengo prisa.

—Bueno, pues luego nos vemos. Y prepárate que esta tarde tenemos maratón.

Esa tarde tendrían que terminar un par de tartas y otras tres tandas de pasteles que habían encargado y que recogerían a última hora.

—Ok. Descansa si puedes.

—Lo mismo. Chao.

—Hasta luego —la despidió Marcos.

Marcos siguió a Rosy hasta la puerta y cuando ésta salió la atrancó echando el cerrojo. Se quedó allí por un momento escuchando el silencio de la tienda y disfrutando los familiares y tranquilizadores olores del obrador. En ese instante se acordó de su abuela y sonrió con calidez. Se dio la vuelta y caminó hacia la trastienda desatándose el mandil blanco, después lo colocó en la percha de la entrada. Miró el reloj de nuevo; aún quedaban unos minutos hasta que llegaran a por el pedido de la tarta. Se sentó en un banco bajo que había colocado a un lado, pegado a la pared del fondo junto a la cámara frigorífica. Respiró hondo antes de buscar en su bolsillo la nota que le había escrito Daniel y la sacó para leerla. Le agradó la letra pulcra y clara del mensaje. Los trazos eran alargados y un tanto inclinados hacia la derecha. Marcos leyó las palabras y apretó los labios sin saber muy bien qué pensar.

No me has dejado ni un momento para poder hablar contigo ¿Me das otra oportunidad? Esta tarde te busco a la hora del cierre. No me rechaces.

Daniel.

El corazón le empezó a latir más deprisa con solo imaginarse el encuentro con Daniel. ¿Qué querría de él? Era una tontería sentirse así por alguien del que se había estado enamorado a los quince años. ¿Por qué tenía que reaccionar de ese modo tan solo por pensar en él? Era cierto que Daniel había significado mucho para él y que aún después de haber pasado tantos años, de vez en cuando, recordaba lo que había vivido y sentido por ese chico. Pero él ya era adulto y había tenido otras experiencias; más reales y maduras con otros hombres, totalmente satisfactorias y placenteras. ¿Por qué seguía pensando en Daniel aún? ¿Sería una de esas etapas de las que habla la gente

que hay que cerrar antes de poder seguir adelante? Marcos no tenía respuestas a esas preguntas y la realidad era que en el fondo tenía mucha curiosidad por saber de qué quería hablar Daniel con él. Sería una tontería negarse a hablarle sin razón aparente. Antes de poder continuar con sus pensamientos alguien llamó a la puerta principal de la tienda interrumpiendo su monólogo interior. Marcos atendió a los visitantes que venían a recoger el pedido, todavía dándole vueltas al asunto; pero en el fondo ya había tomado una decisión, y tampoco era que pudiera escapar de ello. Definitivamente tendría que hablar con Daniel.

Ya eran pasadas las tres de la tarde cuando Marcos llegó a su casa. Apenas tardaba cinco minutos andando desde la tienda; estaba en una zona alejada de la carretera principal donde no se escuchaba tanto el tráfico de coches. Tenía vecinos a ambos lados y aunque las dos familias tenían niños no eran ruidosos. Marcos había decidido comprar la casa cuando se le presentó la oportunidad. Tuvo que reformarla y hacer algún arreglo pero merecía la pena. La hipoteca era llevadera y a él no le importaba atarse de aquella manera ya que no pensaba vivir en otro sitio que no fuera allí, donde estaba su hogar. Cuando falleció su abuela Ángela muchos de sus amigos intentaron animarle para que se fuera a vivir a Madrid con su hermano o a cualquier otra ciudad donde pudiera trabajar de lo suyo, pero él era feliz donde estaba y aunque el resto de la gente no lo entendiera, a él no le importaba. Estaba muy orgulloso de poder escoger su propia casa y de vivir donde quisiera; y donde quería era allí.

Marcos entró en casa y dejó su cazadora y la bufanda en la entrada. Hoy se había hecho tarde por culpa de la entrega a última hora y estaba muerto de hambre. Fue directo a la cocina y sacó de la nevera la comida que tenía preparada de la noche anterior. Metió el recipiente en el microondas para calentarlo y mientras eso estaba en marcha puso la mesa en la cocina. Le gustaba comer allí; podía ver los árboles de la parte de atrás de la casa por el ventanal situado sobre el fregadero. También podía poner las noticias en la pequeña televisión de la encimera. Pero hoy no estaba de humor.

Cuando la comida estuvo lista sirvió el arroz con pollo humeante en un plato y se sentó a comer. Después de unos cuantos bocados y un par de tragos de vino calmó un tanto su hambre y se dedicó a disfrutar del resto de la comida mientras ojeaba sus mensajes en el móvil. No había nada importante; avisos y «me gusta» en las redes sociales, algún comentario tonto de Natalia respondiendo a otro comentario tonto suyo en WhatsApp. Lo de siempre. Sin pensarlo mucho buscó a su hermano en el primer puesto de la lista de sus contactos. Normalmente hablaban una o dos veces cada quince días, hacía casi un mes que ninguno de los dos había llamado al otro. Javier vivía en Madrid y tenía un negocio de reparación de coches antiguos. También se encargaba de pedir piezas difíciles de conseguir a países de Europa o Estados Unidos para sus clientes de aquí. Su abuela le había ayudado al principio cuando todo eran dificultades y problemas. Javier había sabido manejar el negocio de tal manera que aún con la crisis no había tenido que pasar por el mal trago de cerrar.

Pulsó el botón de llamada y esperó a que contestaran al otro lado de la línea.

—¡Eh! ¿Qué haces llamando a estas horas?

—¿Qué pasa, te he despertado de la siesta viejo?

—¡Qué más quisiera! Aún estoy en el trabajo, enganchado al ordenador. Una pieza se nos ha extraviado y estoy intentando averiguar dónde ha ido a parar. ¿Tú?

—¡Dios! Pues estamos los dos igual. Hace nada que he llegado a casa, tenía que entregar un pedido de última hora. Acabo de sentarme a comer.

—No te quejes, que por lo menos tú puedes hacerlo.

—No me quejo hombre —se rio Marcos.

Sabía que su hermano tendría que conformarse con comer algo frío en alguno de los bares cercanos a su trabajo antes de volver a meterse de lleno en la faena. Era lo que tenía ser tu propio jefe.

—Bueno. ¿Qué tal va todo por allí?

—Ya sabes, como siempre más o menos. Marga es un ángel que me salva la vida cada vez que necesito ayuda y Rosy en nada me deja para abrir su propia pastelería —Marcos divagó pensando distraídamente en cómo preguntarle a su hermano sobre Daniel.

—Esa chica es una joya ¿no? No te la mereces hermano.

—No creas que no lo sé.

—Pero aparte del trabajo ¿cómo vas? ¿Sigues viendo a ese chico? Alberto ¿no?

—Sí —Marcos se mordió el labio. Su hermano podría saber lo que quería Daniel, tenía que averiguarlo—. Bueno, ahora le veo menos. Se fue a Valladolid, por trabajo. A veces quedamos y me acerco yo hasta allí, pero no hay nada más.

—Pues ya es algo más de lo que tengo yo —se quejó Javier.

—Y me tengo que creer que no tienes nada por ahí —bromeó Marcos.

—Algo hay, pero menos de lo que querría —ambos se rieron por el comentario de Javier. Marcos sabía que su hermano echaba muchas horas extra a su trabajo para

poder sacarlo adelante. La vida social había quedado en un segundo plano muy lejano.

—¿Sabes quién me ha visitado hoy? —aprovechó Marcos para preguntar.

—Daniel.

Marcos se quedó callado, sorprendido por la contestación sin dudas de su hermano.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace unos meses me dijo que se iba a mudar a Sierra para pasar allí una temporada por cosas de trabajo. Le comenté que te buscara y así podríais hablar. Deberíais haber hablado hace mucho tiempo; pensé que ya lo habíais hecho —se extrañó Javier.

Marcos volvió a quedarse callado de nuevo. Esta vez un nudo de indignación se le atascó en el pecho, saliendo de la nada.

—¿Por qué me dices ahora eso Javier? Desde el verano que os escapasteis juntos sin decir nada a nadie para vivir en Madrid, haciendo vuestra propia vida, te he estado preguntando por él. Tú sabías lo que sentía por Daniel, no me digas que no. Pero siempre que te preguntaba me decías cosas superficiales, y nunca me explicaste nada —Marcos tomó aliento sin poderse creer lo que había salido por su boca, pero ahora no podía parar—. Ni siquiera me has contado nunca lo que realmente te pasó. ¿Y ahora quieres que hable con él? ¿Por qué? ¿Qué tiene que decirme? ¿Es algo relacionado contigo?

—Marcos, lo que tenga que decirte Daniel es cosa suya y nada tiene que ver conmigo —contestó Javier con serenidad—. Si no te he contado nada de él durante estos años ha sido porque Daniel me dijo que no lo hiciera. Pero siempre que nos hemos visto o hemos hablado por teléfono él me ha preguntado por ti. Siempre me pregunta por ti Marcos.

—No lo entiendo Javier —contestó Marcos confuso.

—No puedo hablar por él, no sé lo que piensa o siente. Pero lo que yo creo es que todos estos años ha intentado que le olvidaras y siguieras con tu vida. Y creo que lo había conseguido.

Marcos no tenía respuesta para eso. No pensaba confesarle a Javier que durante todo ese tiempo había seguido con su vida pero siempre había tenido muy presente los sentimientos que aún tenía por Daniel.

—¿Y por qué ha tardado tanto tiempo en venir a hablar conmigo? Lleva aquí tres meses ¿Y aparece ahora?

—No lo sé Marcos. La verdad que yo también llevo mucho tiempo sin hablar con él. No sé en qué anda metido pero es algo importante. Probablemente no tenga nada que ver contigo y solo sea por cuestiones de trabajo.

Marcos no quería tragar ese anzuelo, pero tampoco había otra explicación para el comportamiento de Daniel.

—Quizás —se conformó—. Esta tarde vendrá a buscarme cuando cierre.

—¿Vas a hablar con él?

—Yo no voy a esconderme, quiero saber lo que pasa.

Javier se quedó callado al otro lado de la línea. Marcos intuyó que su hermano tenía secretos guardados que le eran difíciles de compartir con él, pero que en cambio Daniel conocía. Algo había pasado hacía años y nunca, ninguno de los dos, le había contado a Marcos lo que realmente había sucedido. Una punzada de decepción y preocupación le agujoneo el corazón, pero por experiencia sabía que poco o nada en claro sacaría al preguntar. La costumbre le hizo insistir con su hermano.

—¿Nunca me vas a contar lo que realmente pasó cuando os fuisteis?

Ambos se quedaron en silencio. Marcos no esperaba que su hermano le contestara afirmativamente, se quedó sorprendido cuando Javier habló.

—Ven unos días aquí conmigo a Madrid. Si quieres hablamos, te lo debo.

La sorpresa y la satisfacción se mezclaron en su corazón. Por fin había logrado que Javier se abriera un poco con ese asunto. Tan solo sabía que algo había pasado con su padre y siempre había sospechado que Javier había llegado a su límite con el viejo borracho. Su preocupación había estado en que quizás su padre le hubiera golpeado o humillado aquella noche; Javier nunca había querido hablar de eso con él y mientras pasaban los años más difícil se hacía abordar el tema. Ahora tenía la oportunidad de poder saber y no lo echaría a perder. Pero quería dar un paso más y ver hasta dónde podía llegar con la apertura de Javier.

—Está bien. No hay problema. ¿Pero no te gustaría venir aquí? No has vuelto nunca desde que te fuiste.

—Eso no va a pasar Marcos. Puedes venir si quieres, o no venir. Es tu decisión.

Marcos sintió que había tensado demasiado la cuerda y retrocedió. Haber logrado que

su hermano quisiera hablar del tema era algo casi increíble, se conformaría con eso. Además entendía perfectamente a Javier. Él mismo apenas toleraba el cruzarse por la misma calle con su padre. Si no hubiera sido por su abuela o por lo mucho que amaba vivir en Sierra probablemente él mismo hubiera salido de allí sin mirar siquiera atrás.

—Perdona. Tenía que preguntar —se disculpó Marcos—. En cuanto tenga un fin de semana libre te aviso y nos vemos. Hace tiempo que no voy.

—Sí. Y no te preocupes, entiendo que lo intentarás.

Marcos sabía que su hermano lo entendía, ya lo había intentado otras veces con idéntico resultado. Aunque Marcos era el hermano pequeño siempre había tenido un sentimiento protector hacia su hermano Javier, que probablemente había aflorado el día que su padre le dio una paliza brutal y él mismo tuvo que cuidar de él. Javier tenía un carácter muy hermético desde siempre y traspasar ese hermetismo era un gran triunfo para Marcos.

—Eso es bueno Javi —sonrió Marcos.

—Ya, bueno. Pues quedamos en eso.

—De acuerdo.

—Escucha, si necesitas algo o quieres contarme lo que pase con Daniel aquí me tienes. Hace tiempo que no sé nada de él y me tiene preocupado.

—En ese sentido no te preocupes, seguro que ha estado muy ocupado con el trabajo como tú dices. Pero gracias, ya te diré algo.

—Está bien. Cuídate, te dejo que termines de comer.

Marcos bajó la vista hacia su plato de arroz con pollo ahora frío.

—Gracias, muy considerado capullo —se rio Marcos. Escuchó la risa de vuelta de su hermano al otro lado de la línea.

—No hay de qué. Hablamos.

—Adiós —se despidió Marcos.

Apagó el móvil y lo apartó a un lado de la mesa. Al final no había sacado nada en claro para saber de qué quería hablar con él Daniel. Pero al pensar en lo que le había dicho

su hermano no supo si sentirse dolido o aliviado. Según Javier, Daniel había pretendido que Marcos se olvidara de él rompiendo cualquier contacto entre ellos. Sin embargo había continuado preguntando a Javier por él cada vez que tenía una oportunidad. ¿Qué significaba eso?

Marcos estaba cansado de elucubrar sobre ello sin poder llegar a una conclusión que no fuera demasiado idiota si quiera planteársela. Al fin y al cabo esa tarde hablaría con él y tenía la esperanza de por fin poder despejar sus dudas. Quizás incluso pudiera hablar con él sobre su hermano. Eso haría. Dar vueltas sobre el tema una y otra vez no le serviría de nada.

Marcos se quedó mirando los restos de su comida fría y decidió que con lo que había comido tenía suficiente. Se levantó de la mesa con el plato en la mano y tiró las sobras al cubo de la basura, recogió la mesa y se llevó el resto del vino a su estudio. Contestaría los correos pendientes con tranquilidad antes de prepararse para volver al trabajo. Aún le quedaba una hora larga para ocuparse de sus asuntos. Entró al cuarto, iluminado por la luz natural que entraba por la ventana a esa hora de la tarde, y se sentó en el escritorio amplio donde tenía abierto su portátil. Lo encendió y dejó la copa de vino en un lugar donde no corriera peligro de derramarse y arruinar una pila de documentos. Mientras disfrutaba de esos minutos para él mismo desconectó por completo de todo y se olvidó de los demás.

Capítulo Cinco

En el bar La parra los clientes sentados en las deterioradas mesas bebían cerveza aguada mientras perdían el tiempo jugando a las cartas o en charlas ociosas que no llevaban a ningún lado. Los clientes habituales sin oficio ni beneficio preferían pasar allí el rato antes que hacer algo de provecho, ayudando en casa o buscándose el jornal para mantener a la familia. En el bar La parra se consumía alcohol, se jugaba a las cartas y se perdía el tiempo. Y se bebía más alcohol. Aunque hacía mucho tiempo que el dueño del negocio, Francisco Cubero, había dejado de ver beneficios suficientes como para poder llamar a ese decrepito lugar del mundo «negocio».

Francisco miró a su alrededor e hizo un recuento mental; muchos de sus clientes habituales tenían cuentas a deber más largas que su propio brazo. Él mismo se encargaba de beber o de apostar el poco dinero que conseguía sacar de sus ventas. Si no fuera por esa panda de vagos que se pasaban los días allí sin pagar sus deudas podría conseguir algo más de dinero para apostar, aprovechando una buena racha, y así pagar todo lo que debía y que tenía acumulado desde hacía ya algún tiempo. Su acreedor insistía últimamente más de lo habitual. Tenía ya pendientes cuatro pagos que le debía a un prestamista al que había acudido hacía meses, porque los otros que conocía ya no le fiaban. Había tenido que ir a Valladolid y tratar con unos tipos extranjeros que le habían prestado buen dinero a cambio de poner como garantía su bar. Francisco estaba convencido de poder duplicar el dinero con las apuestas, pero las cosas no habían salido como había planeado. Había tenido que trapichear con la mercancía, pedir un montón de favores y engañar a otro tanto de personas crédulas para poder ir saliendo del problema. Pero hacía unas semanas que nada estaba funcionando. Ni siquiera con amenazas conseguía que la manta de vagos que le debía en el bar le pagara y el tiempo se le estaba acabando. Tenía que encontrar la manera de conseguir dinero rápido o estaría en verdaderos problemas con sus acreedores.

Francisco cogió un trapo sucio y apestoso que utilizaba para restregarlo sobre la superficie de la barra y aparentar que limpiaba, refregó la formica

[1]

maltratada para simular que hacía algo. La noche pasada se había despertado tirado en el suelo del bar. Había caído redondo después de pasar horas bebiéndose las existencias con un grupo de arrimados que insistieron para jugar a las cartas hasta bien entrada la madrugada. Desconocía cuánto dinero había perdido. La resaca perpetua ni siquiera la sentía ya; su vida era un continuo donde ya no se distinguía una borrachera de una resaca. Y tampoco le importaba. Lo único importante era poder conseguir dinero para seguir apostando y poder saldar así sus deudas. Lo demás se podía ir a la mierda. Empezando por todos esos cabrones que no le pagaban y siguiendo por la zorra de su novia que era incapaz de conseguir más trabajo para ayudarle a cubrir sus deudas. La perra era una completa inútil.

Al principio la idea de juntarse con esa mujer para poder tener a alguien en casa que le atendiera y la ayudara con sus cosas había parecido una buena idea. La casa siempre estaba limpia y la comida lista para cuando lo necesitaba. Que Josefa tuviera una hija había sido más bien un pequeño inconveniente, él apenas se fijaba en ella. En aquel entonces solo era una mocosa pegada a las faldas de su mujer que lloraba cada vez que él se acercaba. Ahora no hacía nada más que quejarse a su madre para ponerla en su contra y conseguir meter a Josefa ideas peregrinas en la cabeza. Su dócil mujer últimamente se quejaba demasiado por cualquier tontería y los guantazos que se

ganaba por meterse donde no le llamaban ya no eran suficientes. Hacía dos días que había tenido que callarla a puñetazos y aun así continuó mirándole con esos ojos acusadores, como si ella fuera mejor que él. La muy puta, se lo tenía merecido.

Frunciendo el ceño con cara de disgusto miró a la panda de vagos que en ese momento ocupaban las sillas de su establecimiento. Todos disfrutaban de su alcohol y ninguno pagaba ni la mitad de lo que consumían. Él se dejaba enredar fácilmente y se solía olvidar de las cosas cuando estaba más borracho que una cuba, pero eso se iba a terminar en ese momento. Agarró uno de los vasos vacíos olvidados encima de la barra y golpeó con él la superficie varias veces haciendo que todos se giraran a mirarle sobresaltados.

—¿Qué pasa hombre? ¡Ten cuidado que vas a romper eso!

Varias risitas de borracho secundaron las palabras de uno de los clientes. Francisco continuó golpeando la barra hasta que todos se callaron.

—No tientes a la suerte Benjamín, a ver si te tiro el vaso y lo que te rompo en la crisma.

Otra andanada de risas alborotadas recorrió a los presentes; alguno ni siquiera sabía de lo que se estaba riendo.

—¿Qué te pasa hombre? ¿Ya estás con malos humos de nuevo?

—Lo que estoy es hasta los cojones. Ya podéis ir pasando por caja todos los que debéis. Empezando por ti Carmelo —Francisco señaló a un hombre escuálido y desgarrado sentado en una de las mesas cercanas a la puerta—. Y siguiendo por el resto. Benjamín, tu cuenta se va a salir de mi cuaderno como sigas así. Y el grifo ya lo he cerrado, ¡yeah!

—Pero hombre, ¿a qué vienen estas prisas ahora?

—¡Prisa ninguna! ¡Lo que tenéis todos es muy poca vergüenza!

Un coro de risas acompañó las palabras de Francisco

—¿Pero nos vas a hablar tú de vergüenza? ¡Anda hombre! Que nos conocemos todos.

—¿A sí? Pues como nos conocemos muy bien ya estás pagando lo que debes. ¡No creáis que esta vez voy a levantar la mano!

Francisco fue mesa por mesa entre rezongos y protestas repartiendo las cuentas pendientes de la mayoría de los que estaban allí haraganeando.

—Eres un cabronazo hombre —se quejó Benjamín—. ¿Qué te pasa? ¿Te has quedado sin fondos para apostar otra vez?

—Eso a ti no te importa. ¡Lo que tienes que hacer es pagar!

Un par de clientes se ofrecieron a saldar parte de su deuda y sacaron sus billeteras con reticencias. Francisco dejó al grupo más gruñón protestando por lo injusto que era su amigo al obligarles a pagar la cuenta y se metió tras la barra para abrir la caja y cobrar algo de dinero. La recaudación era paupérrima pero esta vez no lo dejaría pasar, no veía otra solución. Aunque quizás sí la había, pero aún no quería gastar ese cartucho, porque tendría que enfrentar a su hijo pequeño y lo cierto era que guardaba ese as en la manga para un caso de emergencia.

El volumen de alboroto descendió repentinamente en el local y Francisco extrañado se giró después de cerrar la caja para ver lo que había ocurrido. En la entrada del bar estaban parados un par de hombres bien vestidos, claramente forasteros. Francisco estrechó los ojos intentando distinguir sus rostros a contra luz. Los dos eran bastante altos pero uno era algo más fornido que el otro. El que estaba más adelantado llevaba unos pantalones oscuros de vestir un abrigo de cuero negro y una bufanda pulcramente atada rodeando su cuello. El otro tenía un abrigo largo de solapas anchas y no llevaba bufanda; se podía ver una corbata oscura y una camisa azul entre la abertura del abrigo. Los dos llevaban guantes.

Francisco vio al primer hombre barrer con su mirada el interior del deteriorado local y hacer un gesto de sutil desprecio alzando una ceja. Una mueca de disgusto se dibujó en su boca. Francisco sabía qué clase de local tenía, pero estos señoritos no tenían por qué venir aquí a despreciar su negocio como si tal cosa. ¿Qué se les había perdido allí a esos dos? Ambos hombres caminaron con parsimonia hacia la barra entre las miradas incrédulas y curiosas del resto de clientes. Al acercarse, Francisco pudo entonces distinguir sus rasgos. El que iba en cabeza tenía la tez morena y estaba bien afeitado, llevaba un pendiente en una de sus orejas. El otro tenía barba de tres días, la mandíbula apretada y unas cejas espesas que le hacían parecer más feroz. Los dos tenían cara de muy pocos amigos, eso le dio muy mala espina. Una sensación de malestar recorrió su cuerpo y le hizo ponerse alerta. El instinto le dijo que estos dos hombres no estaban allí para pedir indicaciones porque se hubieran perdido.

Francisco jugueteó con el trapo sucio que había recogido de la barra. El hombre del abrigo de cuero se paró justo antes de llagar frente a él y se le quedó mirando impertérrito.

—¿Desean algo? —se atrevió a preguntar Francisco por fin.

—Francisco Cubero —dijo el del abrigo de cuero. Ni siquiera había formulado una pregunta, tan solo dijo su nombre.

—Yo mismo —titubeó al responder Francisco.

El hombre clavó su mirada en los ojos de Francisco sin una mueca en su rostro, esperó unos segundos que parecieron eternos antes de responder.

—El señor Mariga pregunta por usted.

Francisco reconoció el nombre de inmediato, y efectivamente estos dos no traían buenas noticias. Mariga era el nombre de la empresa de préstamos a la que había ido por recomendación de un conocido. Le había hablado de lo fácilmente que le resultaría conseguir el dinero tan solo con presentar como aval alguna propiedad y que el préstamo podría ser grande. Y el hombre había tenido razón. Después de tener problemas para estar al día con los pagos había utilizado el número de teléfono que le proporcionaron para negociar alguna prórroga con intereses y el hombre con el que había hablado no puso muchas pegas a eso. Semanas atrás, cuando había perdido tanto dinero que apenas podía recodar la cantidad, simplemente decidió ignorar las fechas de pago excusándose en que más adelante podría hacer un ingreso más grande reuniendo todo lo que debía. Pero probablemente los hombres que tenía ahora delante no venían con la intención de renegociar sus pagos.

Con la cara demudada por el horror que se le venía encima, Francisco asintió con la cabeza sin quitar los ojos de encima de la pareja que, impertérrita, esperaban una respuesta de él.

—De acuerdo —balbuceó Francisco—. Pueden seguirme por aquí. Por favor.

Francisco les hizo un gesto señalando una puerta entreabierta al fondo del local. Titubeó al salir de detrás de la barra y miró de reojo hacia atrás para ver si los dos hombres le seguían o no. El que tenía el abrigo de cuero tomó la delantera y le siguió hacia la parte de atrás, el otro hombre se desabrochó los botones del abrigo mientras caminaba detrás de su compañero. Ninguno de los dos habló en ningún momento, ni siquiera entre ellos.

Los clientes en el bar observaron la escena en completo silencio, unos más discretamente que otros, pero ninguno perdió detalle de lo que estaba ocurriendo allí. Algunos aprovecharon el momento para escabullirse intuyendo que podría haber problemas. Los más osados permanecieron en sus sillas, simulando jugar a las cartas, mientras de reojo observaban al grupo de tres hombres ingresar en el cuarto que Francisco llamaba, alegremente, despacho, para cerrar la puerta inmediatamente detrás del último hombre. Todos se miraron entre sí. Algunos sabían de los trapicheos que se traía entre manos Francisco y se preguntaron si el hombre saldría indemne de ese cuarto. Pero en cualquier caso ninguno de los que se había atrevido a permanecer allí a la expectativa tenía intención de perder detalle de lo que ocurriera detrás de esa puerta.

Francisco se dio cuenta que quizás no había sido buena idea el haber invitado a esos

dos a pasar al cuarto de atrás al ver lo empequeñecido que quedaba el lugar con la presencia de los hombres. Pero era el único modo de evitar que el hatajo de vagos que estaban en ese momento en el bar se enterara de todos sus problemas y corrieran a divulgarlo por ahí a cualquiera que quisiera escucharlos. El del abrigo largo se quedó junto a la puerta mientras que el otro echó un vistazo con desgana a su alrededor, viendo el desorden que allí había, y permaneció de pie enfrente de la pequeña mesa atestada de papeles y recipientes sucios que hacía las veces de escritorio. Francisco se atusó el pelo ralo que le caía greñado sobre el cuello sin saber muy bien qué hacer. Estaba claro que estos hombres traían un recado para él y tenía la esperanza de que lo que tuvieran que hacer no fuera muy doloroso y se limitara a las palabras. A lo mejor si conseguía explicarles los problemas que había tenido últimamente podrían ser comprensivos y darle un poco más de margen para pagar lo que debía. Se frotó las cuencas de los ojos con el dedo índice y el pulgar. Un dolor agudo había comenzado hacía un par de minutos a pincharle insistentemente detrás de los ojos haciéndole difícil la tarea de pensar. Si no salía pronto de ese lugar claustrofóbico estaba seguro de que vomitaría sobre los caros zapatos del tipo del abrigo de cuero.

—Señores ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó Francisco, tan servicial como pudo.

El tipo frente a él se le quedó mirando por unos segundos antes de empezar a quitarse los guantes de piel que llevaba puestos. Ese gesto no le dio buenas sensaciones a Francisco, que se retorció nerviosamente, balanceando su peso de un pie a otro sin saber muy bien qué hacer.

—Hace mucho tiempo que no sabemos nada de usted, Señor Cubero.

El hombre guardó los guantes que se había quitado en uno de los bolsillos del abrigo y comenzó a desabrocharse los botones pausadamente, sin apartar los ojos de encima de Francisco.

—Lo sé, he tenido algunos problemas, eh..., de dinero. Las cosas no están yendo bien —Francisco se retorció las manos, mirando de un lado a otro sin atreverse a hacer contacto visual con el hombre—. ¿Usted me entiende? ¿Señor?...

—No hace falta que sepa mi nombre —la frase quedó suspendida en el aire haciendo sentir escalofríos a Francisco.

—Está bien. Como usted diga —susurró Francisco con temor.

—Francisco. Usted le debe al Señor Mariga treinta mil euros.

—No, discúlpeme, debe haber algún error. Lo que debo...

—¡Usted debe treinta mil euros! —la voz rotunda dejó a Francisco paralizado. El corazón latía desbocado en su pecho, ahora ya haciéndose una idea de lo que estaba

por venir. Y no era nada bueno. El hombre había apartado a un lado con discreción los faldones de su abrigo dejando entrever la funda de un arma sobaquera y la culata oscura de una pistola.

—Sí, sí, sí. Treinta mil. Son treinta mil lo que debo. Señor.

—Eso es. Muy bien —dijo con displicencia el hombre.

—Solo era que no lo recordaba muy bien, pero está todo correcto.

—No Señor Cubero. No está todo correcto. Sabemos lo que ha estado haciendo. Las pérdidas que ha tenido, en qué se ha gastado nuestro dinero —el hombre metió la mano izquierda en el bolsillo de su pantalón, y con la mano derecha se pellizcó la barbilla, haciendo un gesto pensativo—. Y eso, no está bien.

—¡Lo sé, lo sé! Pero voy a pagar ¡Lo juro! Solo quería multiplicar mis ganancias, las cosas no salieron como deberían —comenzó a gimotear Francisco—. ¡Pero voy a pagar! ¡De verdad!

—¡Oh! Pero claro que va a pagar. Esta es la pocilga que ha puesto usted como aval —dijo el hombre, haciendo un gesto despectivo al señalar con la barbilla todo lo que le rodeaba—. Es pura basura. Apenas vale lo que debe, y los intereses irán subiendo cada día de retraso que tenga en el pago.

—¡Pero estoy teniendo problemas! ¡No voy a poder afrontar los intereses así como así! ¡Necesito tiempo!

Francisco se atrevió a acercarse al hombre, saliendo de detrás del escritorio atestado lloriqueando, sin poder creer aún en el lío en el que estaba metido. La cabeza le daba vueltas solo con pensar en la cantidad de dinero que tenía que reunir y en las pocas posibilidades que tenía de conseguirlo.

—De acuerdo. Para que vea la generosidad que tiene para con usted el Señor Mariga; tiene de plazo una semana y media para entregarnos la totalidad de su deuda. Cada día que pase se añadirán dos mil euros a la deuda. En sus manos está que nuestro trato no quede malogrado Señor Cubero.

Francisco se desesperó al escuchar las palabras del hombre. Un sudor frío cubrió su piel y las náuseas le obligaron a apretar las muelas para impedir que las arcadas le hicieran vomitar. Sin pensarlo mucho dio un par de pasos que le colocaron al alcance del hombre e hizo el amago de agarrarle el brazo, desesperado por hacerse entender. La velocidad a la que se movió el otro apartando su mano de un manotazo y agarrándole por la nuca para estampar su cara sobre la superficie del escritorio le dejó tan sorprendido como adolorido por el golpe. Los papeles y la basura acumulada se esparramaron por el suelo revoloteando alrededor de los pies de ambos. Francisco

gimoteó parpadeando para intentar despejar el dolor y las lágrimas que anegaban sus ojos. El hombre aplastó su cráneo sujetándole por el sucio cabello para inmovilizarlo.

—¡Lo entiendo, lo entiendo! —balbuceó Francisco—. Por favor no me haga daño, no me haga daño...

—Usted no tiene derecho a pedir nada, hombre. Estamos siendo muy generosos, pero la paciencia tiene un límite —el hombre susurró su amenaza junto a la oreja de Francisco provocándole escalofríos. Francisco dejó de debatirse, totalmente congelado al sentir el estremecimiento que recorrió su espalda—. No se equivoque, usted pagará, yo me encargaré de eso, pero es su decisión si quiere finalizar su trato con nosotros manteniendo todas sus extremidades intactas o por el contrario puede prescindir de alguna de ellas.

Las sentenciosas palabras del hombre resonaron en los oídos de Francisco como disparos certeros. Los temblores sacudieron su cuerpo y lloriqueó al sentir que perdía el control, horrorizado por todo, y se orinaba encima. El olor acre y pestilente llenó el pequeño cuarto opresivo. El hombre del abrigo de cuero retorció el gesto con desagrado pero una chispa de satisfacción brilló en sus ojos. Cuando bruscamente tiró de los cabellos enmarañados de Francisco, para estampar con saña su cara contra el borde afilado del escritorio, el hombre lo disfrutó de una manera sádica y cruel. El sonido de huesos rotos se escuchó con claridad y un borbotón de sangre espesa salió despedida salpicando el suelo donde fue a caer arrodillado Francisco, retorciéndose de dolor. Los gritos ahogados se escuchaban burbujeando entre los dedos que intentaban frenar la sangre que se escurría entre ellos.

—Este tipo es un miserable —dijo el hombre, a nadie en particular—. Ocúpate Domingo.

El hombre del abrigo claro que había estado todo el tiempo apostado junto a la puerta sin inmutarse, observando lo que ocurría en el cuarto, se acercó entonces hasta donde Francisco se retorció en el suelo, cubriendo su cara con las manos, intentando contener la sangre y alzó su bota negra de aspecto robusto para patear con fuerza dos veces el estómago y los riñones de Francisco, que se quedó sin aliento al primer golpe. El gemido que salió de su boca le hizo aspirar su propia sangre ahogándole. El dolor lacerante recorrió su cuerpo partiéndole en dos. Sin poder hacer nada se quedó tirado allí mientras observaba entre lágrimas a los dos hombres preparándose para marchar. El hombre del abrigo de cuero sacó los guantes del bolsillo y se los colocó con tranquilidad y confianza, como si solo hubiera hecho una visita de cortesía a un amigo y estuviera despidiéndose de él. El otro hombre se colocó las solapas anchas del abrigo y abrochó los botones, ignorando completamente a Francisco que se retorció de dolor a sus pies.

—No se olvide de nosotros Señor Cubero —amenazó el hombre mientras se ajustaba los guantes—. Estaremos esperando noticias tuyas. Pronto.

El hombre del abrigo claro abrió la puerta y ambos salieron del cuarto sin mirar atrás,

dejando a Francisco tirado en el suelo retorciéndose de dolor sobre un charco de orín y sangre. Un dolor sordo y palpitante se extendía desde su tabique nasal hasta detrás de los ojos haciéndole sentir náuseas. Las patadas en los riñones le habían dejado sin respiración y temió que algo estuviera roto cuando al intentar incorporarse sintió un aguijonazo que le dejó temblando.

Escuchó unos pasos rápidos y voces a lo lejos que iban acercándose; alguien le estaba llamando por su nombre pero apenas podía distinguir nada con los ojos nublados por el dolor y las lágrimas. Sintió a alguien arrodillarse a su lado y colocarle una mano en el hombro para intentar girarle boca arriba. El alarido de dolor que soltó disuadió a quien quiera que fuera de intentar moverle de nuevo.

—¡Pero hombre, por Dios! ¿Quién eran esos tipos?

—¿Se han ido? —consiguió preguntar Francisco.

—Sí hombre, sí. ¿Pero qué querían? ¿Qué hago? ¿Llamo a la policía?

—¡No! Espera —Francisco se movió apretando los dientes por el intenso dolor y agarró del brazo a Benjamín que le miraba con los ojos desorbitados y una expresión de horror en el rostro—. No es nada, está todo bien. Lo tengo controlado.

—¡Qué vas a tener controlado! ¿Pero tú te has visto?

—¡Te digo que no pasa nada! —insistió Francisco—. Tienes que hacerme un favor.

—Sí, dime. Tenemos que llevarte a un hospital o algo; te veo mal hombre.

—Ya. No importa, pero tienes que ayudarme. Saca a todos del bar y cierra. Que nadie diga nada. Diles que se callen la boca.

Francisco se había incorporado con la ayuda de Benjamín y se encorbaba sobre sí mismo rodeándose el abdomen con los brazos, manteniendo los ojos cerrados para intentar evitar la náuseas.

—De acuerdo, lo haré.

—¡No! ¡Vete ahora! —insistió Francisco.

Benjamín se incorporó con algo de reticencia pero obedeció a Francisco, se giró y se encontró en la puerta del cuarto a varios de los hombres del bar, observando desde la distancia, ninguno se había atrevido a entrar más allá. Benjamín los sacó de allí advirtiéndoles para que no dijeran nada de lo que había pasado. Bien sabía que

muchos ignorarían la petición, pero por suerte apenas se habían enterado de algo de lo que había sucedido. Todos preguntaban impacientes para intentar sacarle información sobre los tipos que habían visitado el bar y lo que había pasado en el cuarto. Benjamín los despachó con unas cuantas advertencias y amenazas. La suerte estaba en que la mayoría ya estaban borrachos a esa hora de la tarde y no creía que nadie les tomara mucho en cuenta.

Después de cerrar las puertas del bar Benjamín regresó a la parte de atrás para intentar convencer a Francisco de ir a un hospital. Por lo que había visto, el desdichado se había metido con gente poco recomendable y la cosa no pintaba nada bien. Francisco no era un buen tipo que se pudiera decir, pero ambos se conocían desde chavales y siempre le había fiado en el bar sin poner muchas pegas. Tenía la opción de dejarle allí y que se las apañara por su cuenta, pero no creyó que se sintiera bien después si hacía tal cosa. Decidió que lo mejor sería llevarle a un hospital y a partir de ahí se lavarían las manos. Esos líos no eran cosa suya. Se acercó a Francisco y se arrodilló de nuevo junto a él intentando ignorar el olor acre que desprendía el hombre. Al verle pensó por un momento que se había desmayado o algo peor, pero cuando le puso una mano en el hombro Francisco reaccionó y levantó la cabeza buscando su mirada.

—Francisco, ya está. Todos están fuera y he cerrado el bar. Tenemos que ir a un hospital porque no estás bien —insistió Benjamín.

—No. Llévame a casa —balbuceó Francisco

—Pero estás muy mal, es mejor ir a un hospital.

—No. Puedo llamar a un médico. Vendrá a casa un médico, llévame.

Benjamín ante la terquedad del hombre decidió que había hecho todo lo que estaba en sus manos para convencerle. Ese ya no era su problema. Le dejaría en su casa y que hiciera lo que mejor le pareciera.

—Está bien, hombre. Pero déjame que vaya a por el coche, no te puedo arrastrar por todo el pueblo con la pinta que tienes.

—Está bien —se conformó Francisco—. Te espero aquí.

Francisco escuchó a Benjamín gruñir con disgusto mientras rebuscaba en sus bolsillos hasta encontrar las llaves de su coche. El hombre se despidió advirtiéndole que no se moviera del sitio hasta que él llegara. Como si pudiera.

Le vio desaparecer por la puerta de atrás con prisas y por un segundo se le pasó por la cabeza que muy bien podría abandonarlo allí a su suerte y que tendría que arreglárselas solo para avisar a Josefa y que viniera a buscarlo. Ese sí sería un

problema. La muy inútil armaría tal alboroto que en poco tiempo todos en el pueblo se enterarían de sus problemas.

Francisco intentó acomodarse mejor para descansar la espalda apoyándola en una de las patas de la mesa, pero una punzada de dolor que le llegó hasta el cráneo, detrás de los ojos, le disuadió de hacer cualquier otro movimiento. No tenía ni idea de cómo haría para llegar hasta su casa. Como tampoco tenía ni idea de lo que hacer para salir del lío en el que estaba. El único recurso que le quedaba era algo que había pensado hacer más adelante, con tiempo, porque necesitaba persuasión y mano izquierda. Pero en esos momentos no tenía otra salida y tendría que jugar su baza ahora. Tener que enfrentarse con el mequetrefe de su hijo pequeño no era plato que le gustara, sobre todo desde la muerte de esa vieja reseca de su abuela. Pero obligaría a Marcos a escucharle y atender sus demandas por la cuenta que le traía. Calculó mentalmente el margen de tiempo que tenía para resolver todo y se le hizo un nudo en el estómago. Tendría que conseguir un milagro, y si no era posible haría que sucediera. Ya era hora que ese chico hiciera algo por su viejo después de tantos años que había malgastado para criarle a él y al maricón de su hermano.

Todo tendría que salir bien, sí o sí. Porque de otra manera las cosas se pondrían muy negras pronto.

Capítulo Seis

Marcos se asomó con disimulo por centésima vez a la puerta del obrador para echar un vistazo a la pastelería. No quería admitirlo pero había pasado la tarde pensando en Daniel y en cómo tendría que comportarse cuando se vieran de nuevo. Pero al parecer todo había sido en balde. Ya pasaba la hora del cierre por cinco minutos y Daniel no había aparecido.

Mientras se lamentaba por haber estado perdiendo su tiempo pensando en tonterías revisó que los hornos estuvieran apagados y todos los productos guardados y refrigerados. Se fijó en Rosy, que estaba abrigándose para salir al frío de la calle a esa hora de la tarde, y sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro. Llevaba ya una hora enfurruñada sin hablarle por haber perdido la batalla para intentar sonsacarle lo que había escrito Daniel en la nota. Lo cierto era que no le importaba compartir esa información con ella para nada, pero había sido mucho más divertido hacerla rabiar que contarle simplemente que Daniel había pedido hablar con él esa tarde.

En ese momento Marga asomó la cabeza por la puerta para despedirse de ellos.

—Chicos os dejo ya, que tengo prisa; me van a cerrar la tienda y tengo que comprar unas cuantas cosas para la cena.

—Está bien, ve. Y ten cuidado, no cargues mucho peso —aconsejó Rosy.

—No te preocupes guapa, son unas compras de nada.

—Ya —contestó Marcos sonriendo.

—Hasta mañana niños.

—Hasta mañana Marga —respondieron los dos.

Marcos se giró hacia la percha para quitarse el delantal blanco y ponerse su abrigo y su bufanda. Aún faltaban unas semanas para que llegara el invierno pero en esa zona las temperaturas bajaban enseguida en otoño y el invierno parecía más largo.

Miró de reojo a Rosy y vio que le estaba esperando enfundada en su abrigo con un mohín en los labios y el ceño fruncido.

—¿Qué? —le preguntó haciéndose el tonto.

—No piensas contármelo ¿No? —le contestó.

—¿El qué? —no pudo evitar una sonrisa al preguntarle.

—Eres tonto ¿Lo sabes?

—Anda venga. Si ha sido muy divertido verte enfurruñada toda la tarde.

—Ja, ja.

Marcos se rio de la pequeña frustración que estaba sufriendo su ayudante. No podía evitarlo. Tendría que acabar con su sufrimiento y contárselo de una vez.

—Venga, anda. Sal de aquí que te pones muy pesada.

Marcos agarró de los hombros a Rosy y la giró para encaminarla hacia la salida. Los dos recorrieron la tienda apagando luces y asegurándose de que todo estaba en orden. Cuando salieron Marcos bajó las persianas y puso los seguros.

—¿Qué pasa? ¿Es que era algo malo?

—No, nada de eso —Marcos rodeó los hombros de Rosy mientras caminaban calle abajo por el camino que hacían habitualmente los dos—. ¿Por qué tiene que ser algo malo?

—¿Y por qué no me lo quieres decir? Ya sé que soy una pesada, ¡pero tú también te pones pesado con mis cosas!

Marcos se rio porque Rosy decía la verdad; charlar sobre los amores de Rosy era un buen pasatiempo mientras trabajaban.

—Te lo he dicho. Es más divertido hacerte rabiar que decirte directamente lo que decía la nota.

—Vale. ¿Y que decía? —no se dio por vencida Rosy.

—Quería hablar conmigo esta tarde.

—¿Cuándo?

—Iba a venir a buscarme cuando cerrara.

Rosy se quedó callada porque evidentemente el abogado no se había presentado. Rosy se paró al final de la calle y Marcos frenó a su lado esperando por lo que tenía

que decir su amiga.

—A lo mejor le ha surgido algo —propuso la chica.

—A lo mejor —estuvo de acuerdo Marcos.

Ambos se quedaron mirando uno al otro hasta que Marcos sonrió y levantó la mano derecha para tocarle la punta de la nariz con cariño.

—De cualquier manera sabe dónde encontrarme si es que quiere hablar conmigo.

—Pues sí.

Y con esas dos palabras Rosy declaró su amistad hacia Marcos, dejando claro que aunque Daniel fuera el hombre más atractivo que había pasado por allí desde hacía mucho tiempo, si tuviera que escoger entre uno y otro, estaría al lado de Marcos pasara lo que pasase.

—Pues sí —le devolvió Marcos.

Los dos se rieron y Rosy se acercó a Marcos para abrazarlo por el cuello y darle un beso en la mejilla.

—Nos vemos mañana jefe.

—Nos vemos mañana —se despidieron.

Marcos saludó con la mano mientras se alejaba siguiendo su camino en dirección contraria a la de Rosy. A esa hora de la tarde ya había oscurecido casi por completo y las calles por donde pasaba estaban prácticamente vacías de gente, salvo algunos vecinos que llegaban a esa hora a su casa de vuelta del trabajo. Según se cruzaba con los conocidos de toda la vida los saludaba con la cabeza e intercambiaba algún saludo informal con ellos. Marcos sacó el móvil de su bolsillo y consultó la hora antes de buscar un contacto en su agenda. Marcó el botón de llamada y esperó a escuchar el tono.

—Bueno, bueno, bueno. Por fin das señales de vida. Estoy esperando tu llamada desde ayer ¿Qué te pasa hombre?

Marcos se rio al escuchar la reprimenda de Natalia. Habían quedado en que Marcos la llamaría para confirmar la comida del domingo, pero el trabajo se le había echado encima y olvidó por completo hacerlo.

—¿Qué qué me pasa? ¡El trabajo me pasa! He tenido una semana loca de pedidos y compromisos. Cuando llegué a casa ayer ni me acordé de llamarte preciosa.

—¿Y qué? ¿Se te han caído los dedos de tanto trabajar que tampoco puedes mandar un mensaje? Eres un desastre Marcos.

—Ufff, lo siento. En serio. Te prometo que te lo voy a compensar ¡Lo juro!

—¡Quiero mi postre Marcos! Te quiero el domingo aquí en casa sin falta y con mi postre en las manos. O te las corto.

Marcos se carcajeó por las exageradas palabras de su amiga; siempre le hacía reír en los momentos más inesperados.

—Ok, entonces recuérdame cual era tu postre favorito, es que tengo tan mala memoria.

—No juegues conmigo —amenazó Natalia—. Tú sabes muy bien cuál es. Tres chocolates Marcos. Tres.

—Bueno, eso está hecho. ¡Eres muy fácil de complacer niña!

—Sí, eso díselo a mi marido.

Las risas de ambos se mezclaron a través de la línea telefónica. Ellos dos se llevaban tan bien ahora como hacía doce años. Natalia se había convertido en una especie de hermana mayor con la que podía contar en cualquier momento y para lo que fuera. Para Marcos Natalia era casi tan importante como su propio hermano y el extra era que podía disfrutar de ella más a menudo al tenerla tan cerca.

—No te preocupes que se lo diré el domingo cuando le vea.

—De acuerdo. ¿Entonces vienes?

—Cuenta conmigo.

—Hecho —quedó conforme Natalia—. Por cierto si quieres algo más sustancioso que una ensalada y pechuga a la plancha ya puedes ir avisando porque ese va a ser el menú.

—¡Dios mío! Qué cruz con las dietas —se quejó Marcos—. ¿No te cansas?

—Yo sí, pero mi báscula parece que no.

—Pues me tendré que solidarizar contigo —se resignó.

—Pues sí.

Marcos sonrió. Bien sabía Natalia que le importaba muy poco lo que hubiera de comer, lo importante era compartir un momento juntos, como lo venían haciendo desde hacía muchos años.

—Entonces nos vemos el domingo.

—El domingo. Hecho.

—Adiós, besos.

—Besos.

Antes de poder apartar el teléfono de la oreja y colgar, Marcos escuchó a alguien llamándolo por su nombre a sus espaldas. Se giró y vio a Daniel, que venía hacia él, hacerle un gesto con la mano llamando su atención e indicándole que esperara. Durante uno segundos quedó estático por la sorpresa; no esperaba que Daniel saliera en su búsqueda. Cuando reaccionó comprobó que la llamada se hubiera cortado y guardó el móvil en el bolsillo de su abrigo. Disimuló su repentino nerviosismo cambiando el peso de un pie a otro. ¿Daniel había ido a la tienda y al no encontrarle había salido tras él? Ese pensamiento le cosquilleó en la mente y una inexplicable felicidad le burbujeó en la comisura de los labios, obligándole a apretar la boca para evitar sonreír como un tonto.

—¡Eh! Casi te pierdo —saludó Daniel al llegar a la altura de Marcos—. Te he visto a lo lejos desde el coche. Creí que no podría alcanzarte.

—¿De dónde vienes? Se te ha hecho tarde.

—Sí. He tenido que ir cerca de Madrid. Tenía una reunión de trabajo y la cosa se alargó un poco. Lo siento, no he podido avisarte.

—Bueno, no pasa nada. Podemos vernos otro día, no creo que haya prisa.

—¡No! Está bien. Si no te importa quiero hablar contigo —insistió Daniel—. Te invito a cenar y charlamos.

Marcos se le quedó mirando algo complacido. Había intentado darle una excusa para que pudiera aplazar la cita si no estaba muy interesado, pero Daniel la había ignorado. Reconoció para sí mismo que también tenía muchas ganas de hablar un rato con él e intentar averiguar lo que se traía entre manos.

—Bueno, no sé tú, pero yo estoy hambriento y tengo una buena cena esperándome en casa. Si aceptas te invito —ofreció Marcos—. Y probablemente estaremos más tranquilos allí que en cualquier restaurante. ¿Te parece?

Daniel sonrió de esa manera dulce; con una sonrisa brillante, marcando un millar de arruguitas de felicidad en los rabillos al entrecerrar los ojos, dejando a Marcos completamente cautivado, y se acercó un par de pasos más sin dejar apenas espacio entre los dos antes de contestar.

—Ese plan es mucho mejor —contestó clavando la mirada en la suya—. Pero antes permíteme...

Daniel se inclinó hacia Marcos e introdujo la mano derecha en el bolsillo de su abrigo para sacar el móvil. Marcos apenas pudo reaccionar y se quedó quieto ante las acciones de Daniel sin tener ni idea de lo que pretendía. El perfume de Daniel era suave, como a hierbas y cítricos, y le recordó de una manera sutil el olor cálido que tenía años atrás. Los recuerdos se asomaron a su mente y sintió cómo se le aceleraba el corazón tan solo al tener cerca a ese hombre. Estaba en problemas.

—¡Eh! Eso es mío.

—Lo sé —contestó sonriendo Daniel—. Ha sido un problema no poder localizarte antes. Desbloquéalo y apunta mi número.

Marcos cogió el móvil que le ofrecía Daniel, lo desbloqueó y escribió los datos del otro en su agenda de contactos. Después le hizo una llamada perdida a Daniel.

—De todas maneras es fácil encontrarme. Cualquiera puede decirte dónde está mi casa.

—Puede ser, pero prefiero poder hablar contigo.

Marcos no supo qué contestar a eso.

—Entonces vamos. Se está haciendo tarde.

Daniel emparejó el paso con Marcos y los dos caminaron en silencio durante unos minutos, cada uno sumido en sus pensamientos. Al final de una de las calles Marcos torció hacia la derecha dejando a la izquierda la calle por la que se iba hacia la antigua

casa de su abuela. Daniel titubeó antes de seguirle y no se sorprendió cuando le escuchó carraspear antes de comenzar a hablar.

—¿No vives en la casa de tu abuela?

—No. La vendí al poco de que ella falleciera. Me lo hizo prometer —comentó Marcos—. No quería que viviera allí entre todos sus recuerdos. Decía que tenía que buscar mi propio lugar y seguir adelante.

—Ya. Entonces ¿dónde vives? ¿Te has comprado una casa?

—Sí. Tengo mi propia hipoteca. Para mi solito —bromeó Marcos.

—Sí, bueno. Yo prefiero el alquiler. He vivido en varias ciudades por cuestiones de trabajo y lo cierto es que no me veo como propietario de una casa. Aún no sé dónde acabaré.

Marcos le hizo un gesto a Daniel para darle a entender que lo comprendía y volvieron a quedarse en un cómodo silencio. Se dio cuenta que prácticamente no sabía nada de la vida que había llevado Daniel todo ese tiempo. Al principio, después de que su hermano y Daniel se marcharon del pueblo, y después de que Marcos perdonara a Javier por haberse ido tan repentinamente, preguntaba por Daniel bastante a menudo, intentado que su interés no fuera muy evidente. Javier solía darle datos vagos y superficiales sobre su amigo y nunca encontró de vuelta interés por parte de Daniel, así que llegados a un punto dejó de hacer preguntas por completo.

Cuando llegaron a su calle Marcos levantó el brazo para señalar una casa encalada de un solo piso, con enrejado negro en las dos ventanas delanteras y una puerta de madera oscura, que quedaba a mitad de la calle.

—Esa es mía —dijo con algo de orgullo.

Su abuela había tenido razón al animarle para que tuviera algo propio y no solo un puñado de recuerdos.

—¡Vaya! Está muy bien —comentó apropiadamente Daniel.

Al llegar a la entrada Marcos sacó las llaves y abrió la puerta, apartándose a un lado para dejar pasar a Daniel. Su casa normalmente siempre olía a limpio y a alguna cosa que hubiera estado cocinando. El olor que les recibió en esa ocasión era de vainilla.

—De acuerdo. Pasa —le invitó Marcos—. Puedes dejar tu abrigo aquí.

Marcos se desabrochó su propio abrigo y lo colgó en el perchero que tenía en el recibidor. Bajo el perchero había colocado un banco de madera con el asiento abatible para poder introducir dentro calzado o cualquier otro trasto. El asiento estaba cubierto por unos cojines acolchados de color beis que daban un toque hogareño al rincón. Cuando se giró vio a Daniel echando un vistazo alrededor y aún con el abrigo puesto. Se acercó a él y tendió las manos para indicarle que se lo quitara y se lo diera para poder colgarlo. Daniel se desabrochó el abrigo y se lo quitó por los hombros junto con la bufanda que llevaba. Con una sonrisa en los labios le pasó las prendas y se volvió distraídamente hacia el salón, aparentemente dispuesto a fisgar un poco entre sus cosas.

Marcos cogió las prendas y se giró hacia el perchero para colgarlo todo. El perfume de Daniel inundó sus sentidos, excitándolo desde lo más profundo. Su sexo se endureció dentro de los pantalones obligándole a respirar profundo para intentar tranquilizarse. La reacción tan primaria le sorprendió completamente y tuvo verdaderos problemas para poner un poco de orden en su sistema. Se giró en la entrada buscando a su invitado, pero al pasarse las manos por el cabello para retirarlo de su frente se dio cuenta que el perfume de Daniel estaba impregnado en ellos. Sintió una extraña calidez en el pecho al ser consciente de esa especie de intimidad que le proporcionaba el simple contacto con ese hombre. De verdad, estaba en problemas.

—¿Desde cuándo vives aquí? Parece que estás totalmente instalado.

Marcos entró al salón y se encontró a Daniel allí, en medio de la habitación, vistiendo un traje que le sentaba como un guante, observándolo todo a su alrededor. No había podido evitar pensar lo extraño y a la vez familiar que resultaba tenerle allí, en su casa. ¿Si las cosas hubieran sido diferentes, Daniel hubiera sido una constante en su vida? ¿O habrían terminado distanciándose y olvidándose uno del otro? Era algo imposible de saber, sin respuesta, y que por lo que a él concernía apenas sin importancia. Lo importante para él ahora era que Daniel había vuelto y que por fin tendría la oportunidad de saber por qué había desaparecido de su vida tan drásticamente, sin ninguna explicación. Este era el momento, y estaba deseando conocer las respuestas.

Marcos prestó atención a las palabras de Daniel e intentó encontrar algo que decir a su pregunta antes de que se diera cuenta de su ensimismamiento.

—Aahmm, pues creo que hace casi tres años que me mudé —contestó Marcos—. Mi abuela me obligó prácticamente a buscar un sitio.

—Era una mujer muy cabezota —Daniel comentó con respeto.

—Mucho —asintió con la cabeza Marcos. Echaba de menos a su abuela.

—Hizo un buen trabajo criándote a ti y a tu hermano.

Marcos afirmó con la cabeza sintiendo un nudo de emoción creciendo en su pecho. El

recuerdo de su abuela estaba muy presente aún en él. Todavía le era difícil ahondar en ese tema; el recuerdo de Ángela siempre estaba presente, sobre todo en el obrador. Daniel le miró con interés y preocupación, no le había pasado desapercibida su tristeza, y parecía estar preparado para todo lo que Marcos quisiera compartir. Se sorprendió al darse cuenta de la forma y facilidad con la que leía las expresiones de Daniel, tuvo miedo de estar equivocándose. ¿Él le importaba a Daniel? ¿Tanto como para poder sentir su tristeza y angustia con una simple mirada? No sabía si eso era posible, pero se sintió reconfortado tan solo con ese pensamiento.

—Lo hizo. Ella era nuestra fuerza —comentó con sencillez.

—Sin duda, ambos sois fuertes e independientes. Seguro que estaría orgullosa.

Marcos sonrió con calidez y afirmó tímidamente de nuevo con la cabeza. Estaba feliz por saber que Daniel tenía esa imagen sobre su abuela; una persona tan importante para él. Dedicó un pensamiento reconfortante a su abuela Ángela y apartó la tristeza a un lado. Ahora era el momento de pensar en el presente y su presente pasaba, en principio, por preparar la cena y sentarse a disfrutarla; el hambre ya estaba empezando a hacerle un agujero en el estómago.

—Seguro que sí —contestó—. Pero creo que estaría más orgullosa si dejas de entretenerte en la entrada y te ofrezco un asiento y algo para comer. Ven, sígueme.

—No te voy a decir que no; tengo hambre —comentó sonriendo Daniel, mientras iba tras los pasos de Marcos a través del pasillo y a mano derecha hasta la cocina.

Marcos se fijó en la expresión sorprendida de Daniel al ver su santuario culinario. Compró la casa de dos habitaciones pensando, desde el principio, que haría reformas para agrandar el espacio de la cocina utilizando unos metros que le quitaría al segundo dormitorio. Y aunque el cuarto de invitados quedó algo más reducido no le importó en absoluto, ya que pudo conseguir el diseño perfecto para su cocina profesional. Allí era donde trabajaba muchas horas creando dulces nuevos para la tienda y experimentando, cuando tenía tiempo, con diferentes platos de comida.

—Sé que puede parecer exagerada, pero te aseguro que en esta cocina no hay nada superfluo ¡Todo es necesario! —explicó riendo Marcos.

—No, si no digo nada —comentó Daniel, mientras se acercaba a una de las encimeras y tocaba con un dedo una serie de utensilios de cocina colgados ordenadamente en la pared—. Aquí parece estar en tu salsa.

—Tú lo has dicho —se encogió de hombros Marcos.

—Bueno, y entonces ¿Qué hay esta noche para cenar? —Daniel se acercó hasta la isla central donde estaban situados los fuegos y una serie de butacas altas que

rodeaban la parte delantera para poder sentarse a comer allí mismo.

—Tengo lasaña de verduras. Y no pongas esa cara, está muy buena —le regañó Marcos al verle hacer una mueca de disgusto.

—¿Desde cuándo las lasañas son de verduras? —bromeó Daniel.

—No te quejes. Antes pruébala, no conoces aún mi receta.

—Bueno, no voy a quejarme más, estoy impaciente por probarla —Daniel le guiñó un ojo al terminar de hablar y Marcos no pudo evitar sonreírle. Estaba coqueteando con él y eso le encantaba.

—Entonces voy a ponerla en el horno y mientras se calienta me voy a cambiar de ropa. ¿Quieres tomar algo? Tengo cerveza y vino —le ofreció mientras sacaba la lasaña del frigorífico y la metía luego en el horno después de encenderlo.

—La cerveza está bien —contestó Daniel.

Marcos volvió al frigorífico y sacó dos cervezas, las abrió y le pasó una a Daniel, que bebió un trago después de agradecerle. Marcos también bebió de su botellín y miró de reojo el gesto de Daniel, que se pasó la lengua por los labios, saboreando el amargor de la cerveza. Casi se atraganta con su propio sorbo.

Tuvo que carraspear antes de hablar.

—Ponte cómodo, no voy a tardar. Estás en tu casa.

—Entonces dime donde tienes todo y pongo la mesa —se ofreció Daniel, sorprendiendo a Marcos.

—De acuerdo —estuvo conforme. Señaló un par de armarios y cajones mientras le explicaba—. Aquí hay platos y vasos. Los cubiertos están allí y si no encuentras algo puedes rebuscar donde quieras. No voy a tardar nada.

—Ok. Controlado.

Marcos salió de la cocina pensando en lo cómodo que parecía Daniel a su alrededor. ¿Era forzado? ¿O realmente Daniel estaba a gusto con él? Marcos tenía sentimientos encontrados con respecto a eso. Aún quería saber lo que había pasado años atrás pero eso cada vez tenía menos importancia, cuanto más tiempo pasaba con Daniel más le interesaba el hombre del presente y menos el adolescente de su pasado. También fue consciente del hecho de no sentirse incómodo con él. En su adolescencia

a menudo Marcos se había sentido inferior a su hermano en muchos sentidos. Siempre era el pequeño, el inexperto, el que sobraba, el que solo estaba en el grupo por ser hermano de Javier y el que no tenía nada en común con Daniel aparte de eso, ser el hermano pequeño de Javier. Sin embargo ahora esas diferencias habían desaparecido. La edad ya no era tan importante. Los dos eran hombres independientes con vidas propias y Javier no estaba presente entre ellos, al menos físicamente. Aunque aún le quedaba la duda de si eran realmente amigos, o por lo menos podían llegar a serlo. Marcos tenía la esperanza de que así fuera.

En su cuarto terminó de cambiarse; después de echar la ropa al cesto buscó en el armario una camiseta limpia y se puso los vaqueros desgastados que había utilizado el día anterior. Al salir del cuarto escuchó el sonido de la música en la cocina y el familiar ruido de la vajilla al ser colocada en la mesa. Cuando entró por la puerta vio que Daniel le había hecho caso y se había puesto cómodo. La chaqueta y la corbata colgaban del respaldo de una de las banquetas. Tenía desabrochado uno de los botones de la camisa y se había remangado, dejando ver los brazos morenos cubiertos de fino vello oscuro. Marcos se derritió por dentro con la imagen que ofrecía Daniel. ¿Podía estar más enganchado con ese hombre?

—Veo que te has apañado muy bien.

Daniel había colocado todo en dos puestos sobre la encimera de la isla. Había encontrado incluso las servilletas y el salvamanteles que utilizaba para poner las fuentes calientes sobre la mesa.

—No ha sido difícil, lo tienes todo a mano. Eres muy ordenado, no te pareces en nada a Javier.

—Sí, eso dicen siempre —convino Marcos—. Hablé con él esta tarde ¿sabes?

Al hacer el comentario Marcos se dio cuenta que quizás no había sido buena idea mencionar a su hermano; tenía la intención de esperar un poco más antes de sacar el tema del pasado con Daniel.

—¿Sí? ¿Y qué te ha dicho? —comentó de pasada Daniel.

Marcos se acercó hasta el horno para comprobar que todo estuviera bien. El temporizador saltaría en un par de minutos y podrían comenzar a cenar enseguida.

—Que hacía mucho tiempo que no hablaba contigo —contestó vagamente—. Que sabía que estabas hasta arriba de trabajo.

Marcos no quiso entrar en lo más importante que había hablado con su hermano, de momento con eso era suficiente.

—Estos últimos meses han sido muy intensos en el trabajo. Apenas he tenido vida fuera del despacho —Daniel bebió un trago de su cerveza—. Hace casi tres meses que vivo aquí y la mayoría de mis cosas aún están en cajas. Aunque no es mucho lo que he traído. Aun mantengo mi piso en Madrid. Esto es temporal.

—No te vas a quedar mucho tiempo más, entonces.

—No —confirmó Daniel—. Quizás un par de meses más. Todo depende de lo que me digan en el despacho.

—¿Estás trabajando para el ayuntamiento? —preguntó Marcos.

Sacó la lasaña del horno y la colocó sobre el salvamanteles, hizo un gesto a Daniel para que se sentara a la mesa. Entonces se dio cuenta que Daniel se había quedado mirándole extrañado sin contestar.

—¿Quién te ha dicho eso? —reaccionó Daniel.

—Rosy me ha dicho que te han visto saliendo varias veces del ayuntamiento con Virginia Gavela. Ella es concejala y es la hija pequeña del alcalde. Supongo que lo sabes. He sumado dos y dos. Supuse que tu despacho te había enviado aquí para trabajar con ellos.

—No. No estoy trabajando para el ayuntamiento —Daniel tomó asiento y pasó su plato para que Marcos le sirviera—. Estoy llevando unos asuntos de la Señora Gavela y sus empresas.

Marcos se fijó en el cambio sutil de actitud de Daniel. Le había incomodado algo relacionado con su trabajo. Quizás tenían razón las personas que chismeaban sobre la supuesta relación sentimental entre Virginia Gavela y Daniel. Rosy también le había hablado sobre eso, aunque Marcos se había reído escuchándole hablar de los típicos cotilleos de pueblo; pero lo cierto era que algo había incomodado a Daniel.

—Tiene que ser un volumen grande de trabajo si decidiste mudarte unos meses por ello.

—La decisión de mudarme no solo tuvo relación con mi trabajo.

Marcos se quedó quieto por un segundo, con el tenedor cargado de lasaña suspendido a medio camino hacia su boca. No quería malinterpretar las palabras de Daniel pero se le pasó por la cabeza que quizás otra razón podría haber sido él. Vio como Daniel le sonreía de nuevo con esa sonrisa ladeada que hablaba de picardía y sensualidad y no pudo evitar devolvérsela. Daniel pinchó una porción de lasaña en su plato, dio un bocado y lo saboreó asintiendo sorprendido con la cabeza.

—¡Vaya! Pues está realmente buena —Daniel lo elogió.

—Gracias. Yo nunca miento sobre mi cocina.

—Ya lo veo —le guiñó un ojo.

—También tengo postre —ofreció Marcos.

—Eso quiero probarlo.

Daniel tomó su cerveza y brindó chocando el botellín con el de Marcos. Los dos continuaron con la cena tranquilamente, charlando de cosas cotidianas y superficiales sobre los trabajos de cada uno. Marcos procuró mantener la conversación liviana, quería disfrutar del momento que estaban compartiendo ambos, sin cuestionarse los porqués del pasado que tantos quebraderos de cabeza le habían ocasionado.

En esos momentos solo eran dos hombres disfrutando de la compañía mutua y una buena conversación. Y de momento, eso tendría que ser suficiente.

Capítulo Siete

Durante toda la cena Marcos disfrutó de la compañía y la charla con Daniel. La música suave se escuchaba de fondo haciendo que el ambiente fuera más relajado y ameno. Daniel le contó sobre sitios en los que había vivido durante todo ese tiempo y anécdotas sobre personas interesantes que había conocido allí. Parecía como si ambos hubieran decidido comportarse como los buenos amigos que realmente nunca habían sido. El hecho de que la diferencia de edad entre ellos ya no fuera importante hacía una gran diferencia entre el pasado y el ahora. ¿Influiría también la ausencia de Javier? Marcos no estaba seguro de que eso fuera así. De lo que estaba seguro era que ambos habían evitado hablar deliberadamente de su hermano mayor. Daniel solo le habló superficialmente de sus años en la universidad, años que había compartido con su hermano, cuando los dos vivían juntos en un piso con otro estudiante amigo suyo. Y Marcos evitó hablarle sobre anécdotas que le venían a la memoria sobre su hermano cuando Daniel compartía algún recuerdo con él.

Hacía rato que los dos habían terminado de cenar. Marcos había servido de postre un bizcocho ligero con crema de limón. Los dos lo disfrutaron prácticamente en silencio y Marcos aceptó los elogios de parte de Daniel. Ahora ambos estaban acodados sobre la encimera en la que habían cenado, con la mitad de la segunda cerveza de la noche entre las manos, y con pocas ganas de dar por terminada la charla. Marcos miró de reojo el reloj de la cocina en la pared y se dio cuenta que habían pasado más de dos horas y media desde que habían llegado a casa.

—Vaya. Es tarde ya —comentó Daniel al verle consultar el reloj.

—No. No pasa nada. Aún falta un rato para mi hora de ir a dormir.

—¡Dios! Claro ¿A qué hora te levantas?

—Normalmente a las cinco y media. Tengo que poner en marcha todo en la pastelería antes de las seis y media —dijo Marcos.

—Joder, y yo te he estado entreteniéndote un buen rato.

—¡No! No pasa nada, está todo bien.

—Puede, pero tampoco quiero que pierdas horas de sueño por mi culpa. Tienes un horario duro.

—No tanto. Todo es acostumbrarse —dijo Marcos.

—Seguramente, pero eso no quita que sea duro —comentó Daniel, que se levantó de su asiento mientras recogía los dos platos del postre y los cubiertos desperdigados por la encimera para apilarlo todo junto.

—¿Qué haces? —preguntó Marcos sorprendido al intentar impedir a Daniel que recogiera la mesa—. No es necesario, puedo hacerlo yo.

—Yo también puedo ¿Ves?

Marcos se rio dándose por vencido y dejó que Daniel llevara los platos sucios hasta el lavavajillas, porque no estaría bien que ambos se pusieran a pelear por ver quién retiraba los platos de la mesa.

—Espera —le advirtió Marcos.

Se adelantó a Daniel y se inclinó para abrir el lavavajillas. Sacó la cesta inferior y colocó uno a uno los platos y los cubiertos sucios quitándoselos de las manos a Daniel. Volvió a colocar la cesta en su sitio y se incorporó después de cerrar el lavavajillas. Cuando levantó la vista, Daniel estaba enfrente de él mirándole con atención. Al inclinarse sobre el lavavajillas un mechón de pelo había resbalado hasta su frente casi cubriendo su ojo y Daniel levantó la mano derecha para apartarlo del medio y colocárselo, tomando el gesto como excusa para pasar sus dedos por su frente, por sus cejas y su mejilla. Marcos se estremeció por el contacto inesperado y delicado sin poder creerse que hubiera ocurrido.

—Esta mañana cuando te he visto había esperado un saludo más cálido de tu parte —susurró Daniel—. Pensé muchas veces cómo sería nuestro encuentro al volver a vernos tantos años después. Y nunca imaginé que pudiera ser tan frío.

—¿Qué querías? ¿Un beso? —dijo con suave sarcasmo Marcos.

—No —se rio Daniel encogiéndose de hombros—. Quizás un abrazo.

—Esta mañana estaba algo sorprendido y un poco más que molesto contigo —contestó Marcos—. Llevas aquí alrededor de tres meses y es ahora cuando te acercas a saludar.

Marcos se cruzó de brazos y apoyó su cadera en la encimera de la cocina, intentando mostrar un gesto tranquilo y sin reproches a Daniel. Quizás, por fin, había llegado el momento de que Daniel le hablara sobre lo que había pasado años atrás y por qué había cortado toda relación con él para volver ahora como si nada hubiera pasado.

—Sé que eso no estuvo bien —comenzó Daniel—, no ha sido fácil acercarme de nuevo a ti. Y cuanto más pasaba el tiempo más difícil era.

—¿Por qué era difícil? Solo tenías que ir y decir hola.

—Sabes que no es así de fácil.

—¿Lo sé? —se encrespó Marcos—. Solo sé que he esperado mucho tiempo para poder tener la oportunidad de hablar contigo, y saber si hice algo mal aquel entonces para que tuvieras que irte de repente, y no volver a dirigirme la palabra en doce años.

Marcos se quedó horrorizado en el instante en que se dio cuenta de lo que había desvelado con sus palabras. Vio a Daniel ponerse rígido, entonces se acercó un paso hacia él colocándose tan cerca que Marcos pudo sentir su calor corporal.

—¿Piensas eso? ¿De verdad lo piensas? —dijo Daniel buscando su mirada con intranquilidad.

—No lo sé. ¿Qué quieres que piense? —Marcos no quería que Daniel se sintiera mal y evitó ahondar en los sentimientos que habían hecho que dijera esas palabras.

Daniel se alejó de él sin contestarle. Se cruzó de brazos apoyado en una de las banquetas y miró hacia el ventanal de la cocina que daba al patio trasero, ahora sumido en la oscuridad de la noche. Parecía como si se estuviera conteniendo de alguna manera y sus gestos reflejaban la intranquilidad y la angustia que sentía.

—Desearía poder volver atrás y empezar de nuevo —susurró.

—No podemos. Y tampoco es necesario.

—Quizás —contestó Daniel.

Ambos se quedaron en silencio por un momento, apenas unos segundos, quizás pensando en cómo salir de allí y volver otra vez al camino recorrido esa noche, de las charlas amistosas y la frivolidad de lo banal. Pero Marcos no quería conformarse con eso. Y estaba seguro que Daniel tampoco lo querría. Entonces tomó una decisión.

—¿Lo quieres ahora? —preguntó.

—¿Qué? —contestó extrañado Daniel girándose hacia donde estaba Marcos.

—Un abrazo ¿Lo quieres? —le ofreció Marcos.

Marcos vio a Daniel contener la respiración mientras le miraba a los ojos y por fin, unos segundos después, aceptar su invitación. Se incorporó de la banqueta donde había estado apoyado y se acercó despacio hacia él. Marcos sintió la anticipación del momento, el estar tan cerca de Daniel y poder tocarle por fin como había deseado también esa mañana. Daniel bajó la mirada recorriendo su cuerpo de arriba abajo en un gesto apreciativo buscando sus rasgos, sus ojos, su mirada. Le sonrió de nuevo,

como lo había hecho esa mañana y esa tarde, tan dulcemente, tan arrogante y sensual. Marcos inclinó la cabeza a un lado y le devolvió la sonrisa, sin poder evitarlo, sin querer hacerlo.

—Hola —saludó Daniel. Se acercó más y acarició la barbilla de Marcos con el pulgar, rozando su mandíbula.

—Hola —contestó Marcos, y susurró—: Hace tiempo que no nos vemos. Me alegró de tenerte aquí.

Marcos se inclinó para cerrar la escasa distancia que separaba sus cuerpos y rodeó con sus brazos los hombros de Daniel, pegándolo a él en un cálido abrazo. Daniel le devolvió el gesto y acarició su espalda con suaves pasadas que erizaron su piel. Marcos sintió los labios de Daniel rozando su sien y su mejilla quedándose allí, suspendidos, sin traspasar ningún límite. Simplemente haciéndole sentir bien.

—Hace horas que quiero hacer esto —dijo Daniel.

—Hace horas que lo quiero yo también.

Los dos se rieron suavemente y prolongaron el abrazo más allá de lo cordial. Ambos tenían prácticamente la misma altura y complexión haciendo que el gesto resultará cómodo y agradable. Entonces Marcos sintió el deseo de más. Más contacto, más piel, más tiempo. Pero también quería saber y este era el momento para conocer las intenciones de Daniel, lo que quería, lo que estaba buscando al volver a ponerse en contacto con él. Y también era el momento de descubrir lo que él quería, y si lo que sentía por Daniel era real o solo un recuerdo agridulce de su pasado.

Marcos acarició con su mano derecha la nuca de Daniel, utilizando las yemas de sus dedos para introducirlos entre el corto pelo castaño, haciendo estremecer a Daniel, y disfrutó de las sensaciones que eso le provocó. No pudo evitar besar ligeramente la zona de piel cálida que quedaba expuesta justo en la mandíbula, debajo del lóbulo de la oreja, al romper el abrazo. Deslizó los brazos del cuello de Daniel y se apartó un paso para poder buscar su mirada. Necesitaba tener las cosas claras antes de dejarse llevar, o cortar de raíz todo y olvidar el pasado.

—Te debía un saludo adecuado desde esta mañana —comenzó Marcos—. Pero ahora necesito saber lo que estás buscando. Y necesito respuestas.

Daniel asintió con la cabeza y se pasó los dos manos entre el cabello, preparándose para hablar. Marcos sabía desde hacía muchos años que algo había sucedido esa noche que hizo que Javier y Daniel salieran precipitadamente del pueblo. Javier le había contado siempre que había tenido una fuerte discusión con su padre y que había decidido marcharse sin esperar un minuto más, aprovechando la ayuda que le prestaba Daniel. También le advirtió que se mantuviera alejado de su padre, ya que de ningún modo pudo convencerlo para que se fuera a Madrid con él y se emancipara. Marcos

sabía ya en ese entonces que le sería imposible salir del pueblo y abandonar a su abuela a merced de los ataques y tejemanejes de su padre. Y la idea loca de emanciparse y vivir en Madrid con su hermano solo traería más problemas y dificultades a Javier. Daniel siempre había estado al lado de su hermano y conocía cosas sobre Javier que él mismo ignoraba. Pero no lograba entender la razón por la que Daniel se había apartado completamente de él.

¿Tan poco había significado lo que habían vivido juntos? ¿Había sido solo una ilusión adolescente y banal para Daniel? Ellos dos nunca habían sido verdaderos amigos, hasta esa última noche Marcos siempre había pensado que Daniel ni siquiera reparaba en él. Era consciente que unos cuantos besos y toqueteos no podían ser de ninguna manera relevantes para un chico de dieciocho años que iba a comenzar la universidad en pocas semanas. Pero sentía que Daniel había cortado su relación con él deliberadamente, por algún motivo que se le escapaba, y necesitaba saber cuál era ese motivo. Sobre todo después de pasar esa noche con Daniel y ver que entre los dos podía haber algo.

Daniel caminó despacio hacia la mesa cuadrada que había justo delante del ventanal de la cocina, retiró una de las sillas con tranquilidad y se sentó, apoyando la espalda en el respaldo, con las piernas separadas y el codo sobre la mesa. Miró hacia Marcos observándolo en silencio, como si estuviera ordenando sus ideas. Después habló.

—¿Qué respuestas quieres? —preguntó con firmeza.

—Quiero la verdad. Javier no me ha dicho nunca claramente lo que pasó esa noche. Y creo que tú tienes algo que ver. Dime qué sabes.

—Eso es cosa de Javier. Yo no te puedo ayudar.

Marcos se preocupó. No se había esperado esa respuesta nunca.

—¿Por qué? ¿Tú sabes lo que pasó?

Daniel no titubeó al responder, y eso le hizo ver a Marcos que él estaba esperando esas preguntas.

—Sé lo que pasó, pero no me corresponde a mí contarte nada. Javier hablará contigo cuando lo crea oportuno. Tienes que entender que tu hermano es un hombre fuerte e independiente que siempre ha salido por sus propios medios adelante —Daniel se inclinó hacia delante, dando énfasis a sus palabras—. Y si no te ha hablado aún de lo que pasó hace tanto tiempo probablemente sea porque no quiere que te preocupes por él.

—Entonces hubo algo de lo que preocuparse.

—No insistas Marcos, se lo prometí a Javier —pidió—. Solo te diré que él está bien y que no tienes de qué preocuparte.

—¿Tú crees que me voy a conformar con eso?

—Yo no puedo hacer más. Quisiera decirte algo, pero no puedo.

Marcos sintió una gran frustración al pensar que probablemente no iba a sacar nada en claro esa noche. Javier y Daniel tenían un vínculo fuerte de amistad que había crecido durante todo ese tiempo y que por más que le doliera le había excluido a él. Le molestaba que su hermano no confiara en él lo suficiente como para compartir sus problemas. De cualquier manera intentó desechar esos pensamientos. Javier le había prometido que hablaría por fin con él la próxima vez que se vieran cuando le visitara en Madrid. Tenía que creer en su hermano. Miró a Daniel y no pudo evitar preguntar.

—¿Alguien le hizo daño?

Marcos sospechaba que su hermano salía con alguien en esa época.

—Pregúntale a tu hermano, Marcos —se mantuvo firme.

—¡No me estás ayudando en nada! —gritó—. ¿Mi hermano es la razón por la que me apartaste? ¿O fui yo? ¿Hice algo mal?

Marcos estaba al otro lado de la cocina, detrás de la isla, parapetado como si inconscientemente intentara protegerse de algo. Escuchar lo que había dicho Daniel sobre su hermano le había puesto en alerta, y pensar en Javier sufriendo por algo que él desconocía le comía por dentro. ¿Qué era lo que había hecho para que ni siquiera Daniel quisiera tener nada que ver con él?

—Te estás equivocando Marcos —contestó calmadamente Daniel—. Estás poniendo el foco sobre ti. Tú nunca has sido el problema.

Marcos vio a Daniel, observándolo con intensidad, sin apartar la mirada de sus ojos, manteniendo una postura indolente, allí sentado, en medio de su cocina, y se preguntó en qué clase de hombre se había convertido Daniel Román que tan solo con una mirada y un gesto podía hacer que se le acelerara el corazón.

—¿No? —consiguió decir Marcos, con la boca seca.

—No.

—¿Cuál es el problema entonces? —le desafió Marcos.

—No hubo ningún problema Marcos. Simplemente decidí que ibas a estar mejor sin mí.

—¿Sin ti? Sin ti ya estaba —sentenció Marcos—. A kilómetros de distancia, yo aquí y tú en Madrid. Pero nunca te molestaste ni siquiera en hablar conmigo por teléfono. No volviste. Tampoco tenías la excusa de visitar a tus padres porque se mudaron poco después que tú. Eso fue perfecto ¿no? Te alejaste y olvidaste al vehemente chiquillo de quince años.

Marcos no tenía la intención de reprochar nada a Daniel, tan solo estaba planteando los hechos. Pero eso no quitaba que se hubiera sentido dolido durante mucho tiempo después de que el chico del que había estado enamorado todos esos años desapareciera de su vida sin decir nada.

—No creí que desperdiciaras mucho tiempo pensando en mí, solo éramos unos críos Marcos.

—Lo sé. Pero estaba enamorado de ti —confesó.

—¿Crees que no lo sabía? —preguntó Daniel—. Por eso era mejor que te olvidaras de mí. No íbamos a ir a ningún lado, tú tenías tu vida aquí y eras muy joven. Mi vida estaba en Madrid. Y también tenía que olvidarme de ti.

—¿Estás de broma? —preguntó Marcos con sorpresa y algo de resentimiento—. Nunca pensaste en mí como para tener que olvidarme, no mientas.

Daniel se levantó de la silla donde había estado sentado todo ese tiempo y se acercó lentamente hacía Marcos, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, en un gesto contenido. La camisa desabrochada en el cuello y los puños remangados dejaban ver su piel morena y la tela se ajustaba a su perfil delineando su cuerpo. Marcos se quedó mirando al hombre mientras se acercaba a él y tuvo que contenerse para no acariciarle cuando Daniel paró a la distancia de un brazo.

—Hace doce años me fui de aquí pensando en ti y en la última noche que estuvimos juntos —comenzó—. Me tuve que auto convencer para evitar ponerme en contacto contigo, porque sabía que era lo mejor. Pensar en ti era cotidiano Marcos. Javier me hablaba de ti y cuando no lo hacía, yo le preguntaba. Créeme, tuve que olvidarte.

Marcos se quedó en silencio sin saber qué decir. No creyó ni por un segundo que Daniel Román hubiera pasado sus años universitarios pensando por un chico de pueblo tres años más pequeño, pero quiso creer y tuvo la esperanza de que realmente Daniel hubiera pensado en él, por lo menos una pequeña parte de lo que él había pensado en Daniel.

—¿Tan difícil fue? —quiso bromear Marcos.

—Tan difícil como para encontrarme ahora aquí intentando averiguar si conseguiste olvidarme o si aún tengo una pequeña esperanza de que sigas pensando en mí.

Marcos miró a los ojos a Daniel, conteniendo la respiración, sin querer creer lo que su intuición le pedía que creyera. Lo que él mismo quería creer. El chico de dieciocho años del que se había enamorado estaba ahí, en alguna parte reflejado en los ojos que le miraban sin perder detalle. Pero lo cierto era que no sabía quién era el hombre que tenía en esos momentos delante de él. ¿Quería saberlo? La respuesta estaba clara para él.

—No te conozco —dijo Marcos—. No sé quién eres ahora.

Daniel dio el paso y los puso en contacto, levantó la mano derecha y la posó en su cuello, directamente sobre su pulso, acariciándole la mandíbula con el pulgar, haciéndole estremecer con ese simple gesto.

—Yo te conozco —afirmó Daniel—. Te veo ¿Sabes? Y reconozco al chiquillo que eras hace doce años, y veo al hombre que eres y del que me hablaba Javier cada vez que le preguntaba.

—¿Qué sabes de mí? —se extrañó Marcos.

—Todo lo que sabe Javier de ti y quiso compartir conmigo —afirmó Daniel—. Siempre he estado cerca de ti.

Marcos ya no era un niño, no era posible enamorarse tan rápidamente de la misma persona, de nuevo. No quería equivocarse, Daniel solo estaba de paso en el pueblo, y probablemente en su vida. Pero quería saber lo que realmente sentía por este hombre, y no veía por qué debería perder la oportunidad que tenía ahora delante de sus narices.

Daniel le estaba hablando de cosas que él no conocía, sí, Javier le había hablado esa misma mañana del interés que siempre había mostrado Daniel por él sin que lo supiera. ¿Pero de qué servía eso? Marcos había perdido la oportunidad que había tenido Javier de compartir muchas cosas con Daniel; su amistad, su compañerismo, sus historias y su vida. Ahora él podría retomar el camino que había perdido, conocer al hombre en el que se había convertido Daniel, ver si lo que estaba sintiendo por él era simple curiosidad y atracción sexual o algo más. O quizás descubrir por fin que nada hubo antes y que nada podría haber ahora. Pero fuera lo que fuese quería saberlo.

Marcos se apartó, alejándose de la caricia de Daniel, y sintió la pérdida del calor de sus dedos en su piel. Se acercó a la encimera y levantó su olvidada cerveza para darle un trago largo y apurarla. Dejó el botellín vacío de vuelta en la encimera y se giró para ver

a Daniel, que le miraba esperando alguna respuesta de su parte.

—¿Cuánto tiempo más te vas a quedar por aquí? —preguntó por fin.

Daniel frunció levemente el ceño con un gesto de extrañeza por la inesperada pregunta de Marcos.

—No lo sé seguro —contestó titubeante, encogiéndose de hombros—. Unas tres o cuatro semanas más. ¿Por qué?

Marcos se cruzó de brazos y estrechó los ojos por medio segundo pensando cómo se tomaría Daniel su propuesta. Saldría de dudas en cuanto se lo dijera. Seguro.

—¿Quieres salir conmigo?

Una sonrisa incrédula se dibujó en los labios de Daniel al escuchar su propuesta. Marcos sabía que podía sonar ridículo. ¿Quién pedía salir a otro así, de esa manera tan infantil? Cuando tenía quince años Marcos se imaginó muchas veces haciéndole esa misma pregunta a Daniel, pero siempre había temido su rechazo y nunca se había atrevido. Hacerlo ahora era una buena manera de quitarse esa espinita que tanto tiempo había llevado clavada. Sonrió de medio lado haciendo que un pequeño hoyuelo apareciera en su mejilla derecha.

—¿Lo dices en serio? ¿Quieres salir? —preguntó incrédulo Daniel.

—Sí.

Daniel captó el toque sutil de humor en los ojos de Marcos y le siguió el juego.

—Entonces salir implica... ¿Cena? ¿Baile? ¿Charla?...

—Besos —aportó Marcos.

—¡Ah! Besos —bromeó Daniel—. Eso está muy bien.

Los dos sonrieron, cada uno en su sitio, manteniendo las distancias, disfrutando de ese pequeño momento de complicidad mutua. Entonces Marcos se puso alerta al ver el cambio sutil en la mirada de Daniel; de dulce y bromista a depredadora y sexual. Nunca había reaccionado así con ningún otro hombre. Él solía llevar la batuta en sus relaciones y cuando permitía que otros llevaran el ritmo era porque así lo decidía. Tan solo el estar en la misma habitación que Daniel le descolocaba los sentidos por completo. Dejarse arrastrar por esas sensaciones era demasiado fácil. No debía dejar que eso sucediera tan a la ligera. Necesitaba el control.

—Me gustaría que pasáramos esas cuatro semanas intentando conocernos más. Quiero pasar ese tiempo contigo.

—No tenemos porqué dejarlo ahí. Podemos...

—¡No! ¡Espera! —interrumpió Marcos—. No me hacen falta promesas, ni que me ofrezcas más de lo que quieras dar. No te pido eso, solo quiero conocerte, Dani.

—Me pides poco —susurró Daniel.

Marcos no supo si había escuchado bien, y tuvo miedo de analizar lo que había creído escuchar, así que lo dejó pasar.

—¿No estás con nadie ahora verdad? —se le ocurrió preguntar de repente.

—No —contestó Daniel—. ¿Y tú?

—Nada serio —respondió desafiante Marcos.

—Está bien. Entonces si me quieres me tienes —concluyó Daniel.

Marcos recogió el guante lanzado por Daniel. Pensaba aprovechar cada oportunidad que se le presentara para explorar y descubrir quién era el hombre en el que se había convertido el chico del que había estado enamorado tantos años, y se dejaría llevar, porque ya había perdido demasiado tiempo.

—No ofrezcas algo que luego no puedas dar —dijo Marcos con sorna.

—Sé lo que hago —contestó Daniel.

Marcos asintió con la cabeza, estaba tranquilo, seguro, pensando que controlaba la situación por completo. El coqueteo previo antes de establecer una relación era algo a lo que le gustaba jugar con sus amantes. Marcos mantenía su vida amorosa de manera privada y discreta, nunca había salido con nadie del pueblo y evitaba mantener relaciones con gente que pudiera encontrarse con facilidad en su día a día. Pero en esta ocasión iba a romper todas sus reglas, y lo cierto era que no le importaba. No tenía garantías de nada. Y tampoco las quería. Daniel era un hombre de ciudad, cosmopolita y que según él nunca había tenido un lugar único y fijo donde asentarse. Él era totalmente lo opuesto. Marcos sabía lo que quería y no pensaba dejarlo escapar, pasara lo que pasara.

—Eso está bien —concordó Marcos—. Ahora, ¿Dónde te apetece que te lleve para nuestra primera cita? —le provocó.

—¿Esto no cuenta como primera cita? —Fingió sorprenderse Daniel—. Porque se está haciendo tarde, y desgraciadamente tengo que dejarte, pero estaba pensando en un beso de despedida. Ya sabes, como en las primeras citas —bromeó.

La carcajada que dejó escapar Marcos le dibujó una gran sonrisa a Daniel en los labios, sus ojos brillaron con picardía y ambos volvieron a compartir un pequeño momento de complicidad.

Entonces Marcos bajó los brazos, que había tenido cruzados sobre su pecho, y caminó con decisión hacia Daniel que permaneció apoyado en la encimera observándole. Marcos se colocó justo enfrente de Daniel, muy pegado a él, insinuando uno de sus muslos entre las piernas entreabiertas de Daniel, se inclinó, colocando sus manos apoyadas a cada lado de sus caderas, encerrándole entre sus brazos y su cuerpo, con su boca a centímetros de la de Daniel, mirándole a los ojos, y con una sonrisa insinuada en sus labios.

—¿Te refieres a un beso de despedida como este? —susurró Marcos, mientras rozaba sus labios sobre los de Daniel, haciendo cosquillear su piel.

—Exactamente como este —le devolvió Daniel.

Rodeando con sus manos la cadera de Marcos, Daniel lo acercó a él, poniéndolos en contacto por fin, cuerpo a cuerpo. Cerró los ojos y tomó el control del beso. Abrió la boca y lamió con su lengua la tierna piel de los labios de Marcos, mordisqueando después allí suavemente, poniéndole la piel de gallina. Marcos le devolvió las caricias, su boca disfrutó codiciosamente pellizcando y lamiéndole los carnosos labios. Ambos respiraron pesadamente, cambiando el ángulo del beso para hacerlo más profundo e intenso, o simplemente tranquilo y suave. Daniel ascendió por las caderas de Marcos, apartando su camiseta para introducir las manos por debajo y poder acariciar la cálida piel de su espalda. Marcos se estremeció por la caricia directa, tan sutil y tan sensual que le hizo desear más. Los dos completamente excitados ni siquiera podían pensar en detener el encuentro que se les estaba yendo de las manos. Marcos posó sus manos en las mejillas de Daniel, acariciando con la punta de sus dedos el cabello que cubría sus sienes. Apartó con reticencia sus labios, intentando recuperar algo de cordura. No tenía la intención de precipitar las cosas. El sexo con Daniel definitivamente estaba en su lista de deseos pero no tenía la intención de que sucediera esa noche. Necesitaba reposar lo que habían hablado y sobre todo necesitaba pensar.

—Quiero follar contigo —dijo Marcos mirándole de frente—. Pero esta noche no va a suceder.

Daniel le devolvió la mirada, como si regresara de algún lugar lejano y de repente fuera consciente de la realidad. Marcos apretó los dientes intentando no echarse atrás. Sus

pelotas estaban a punto de estallar e imaginó que Daniel estaría en la misma situación. Sus cuerpos unidos, rozándose a la altura de las caderas no le dejaba lugar a dudas. Apoyó su frente en la frente de Daniel y tomó aire para intentar coger fuerzas. Las cosas iban a ser difíciles esa noche, pero era mejor si paraban ahí.

—Yo tampoco pretendía meterme en tus pantalones esta noche. No quería llevar las cosas tan lejos, entiendo que hoy no es el día.

Daniel levantó su mano derecha y acarició la nuca de Marcos, rozando el pelo corto con sus dedos. Marcos alzó la mirada para encontrarse con la de Daniel, los dos deseando dar el paso, pero sabiendo que probablemente no sería una buena idea.

—Necesito pensar. Y necesito dormir. Si te quedas ninguna de esas cosas va a suceder, te lo aseguro.

Daniel sonrió y se inclinó un poco para besar los labios entreabiertos de Marcos.

—Lo sé.

—Te prometo que te lo compensaré —ofreció Marcos, besando una de las comisuras de Daniel.

—Creo que no soy el único aquí que necesita una compensación.

Daniel movió sus caderas rozándose deliberadamente contra el sexo erguido de Marcos, y ambos tuvieron que apretar los dientes para evitar gemir en voz alta.

—Eres un hijo de puta —susurró Marcos con los labios apoyados sobre la mandíbula de Daniel.

—¿Quieres una paja? —ofreció medio en broma Daniel.

—Lo quiero todo —Marcos clavó suavemente los dientes en la piel de Daniel haciendo que se estremeciera, y se apartó de su contacto con deliberada lentitud, como si tuviera miedo de explotar por hacer un gesto brusco —me lo debes.

Marcos tomó aire al apartarse unos cuantos pasos para alejarse de Daniel. Le miró por unos segundos con el rostro arrebolado y los ojos cristalinos, con el deseo insatisfecho visible en ellos. Daniel no estaba mejor que él. Necesitaba refrescarse. Se giró sin saber muy bien dónde se encontraba la nevera, cuando la localizó fue hacia allí, la abrió y sacó una botella pequeña de agua, la abrió y bebió un largo trago para intentar aplacar su excitación. Lástima que no surtiera demasiado efecto.

Se dio la vuelta con una segunda botella de agua en las manos para ofrecérsela a Daniel. No había servido de mucho pero había ayudado a despejar algo su mente. Lo encontró colocándose la chaqueta del traje, con la corbata burdeos de la mano. Observó su cuerpo alto y fuerte de arriba abajo. Aún seguía excitado, y sus mejillas estaban coloreadas. El hombre era atractivo hasta decir basta y tuvo que preguntarse qué bicho le había picado para ser tan loco como para rechazar una noche de sexo con él. Físicamente estaba siendo demasiado duro, pero no pensaba manejar la situación de esa manera. Había esperado mucho tiempo para tener a Daniel Román, unas cuantas horas más no hacían mucha diferencia.

Marcos se acercó y ofreció la botella a Daniel, éste bebió con fruición al igual que había hecho él. Al terminar se lamió los labios húmedos y dejó la botella vacía sobre la encimera.

—Mañana es viernes y tengo que ir a Madrid. Me quedaré allí trabajando hasta el domingo. ¿Quieres cenar conmigo esa noche?

Daniel se colgó la corbata al cuello mientras hablaba, la dejó suelta contrastando sobre la oscuridad del traje.

—De acuerdo, está bien —aceptó—. Puedo reservar en un sitio que conozco, sirven unas carnes deliciosas.

—De eso nada. Esta vez yo me ocupo —se negó Daniel—. Me estoy dando cuenta que eres muy aficionado al control. Pero vas a tener que ceder un poco. El domingo me encargo yo de la cena.

—No me opongo a que te ocupes de la cena —cedió Marcos—. Pero no te hagas ilusiones con el resto.

Marcos pasó junto a Daniel para acompañarle a la puerta y golpeó su hombro al pasar, bromeando con él. Daniel le alcanzó por atrás frenando su avance y se acercó para besar suavemente sus labios.

—Habrás que verlo —susurró Daniel al soltarlo.

Marcos despidió a Daniel en la entrada, haciendo verdaderos esfuerzos para echar a un lado su impulso de acostarse con Daniel en ese instante y hacer caso a su cerebro. Cuando cerró la puerta detrás de Daniel pensó que estaba listo para que le encerraran en el manicomio. ¿Cuántas veces había disfrutado de una noche en vela con un amante, para terminar por la mañana muerto de cansancio al entrar a trabajar? Pero Marcos sabía que eso solo había sido una excusa. Estaba seguro que si se hubiera acostado con Daniel esa noche hubiera disfrutado de un sexo rápido y caliente ¿A quién no le gustaba eso? Pero luego ¿Qué? Marcos tenía cuatro semanas para conocer al Daniel del presente y estaba seguro que habría más de una ocasión para disfrutar del sexo con él. Esa noche tendría que aguantarse, y asumir la decisión, tonta

o no, que había tomado.

Apagó las luces de la cocina y del salón camino a su dormitorio. Se desvistió dejando la ropa tendida en una silla, entró en el baño y encendió la ducha. Debajo del agua tibia se enjabonó con el piloto automático puesto y quitó el agua caliente para aclararse, en más de un sentido, debajo de un rápido chorro de agua fría. La sensación helada le despejó por completo y revigorizó su cuerpo. Relajado después de la ducha se preparó para dormir. Comprobó el despertador y se arropó listo para aprovechar sus apenas cinco horas de sueño.

O eso esperaba.

Capítulo Ocho

Como cada mañana Marcos empezó su jornada laboral a las seis y media. Puso todo en marcha en el obrador y comenzó su rutina de trabajo envuelto en el ambiente cálido de los hornos y los olores ricos que desprendían los panes y los bizcochos que cocinaba temprano. La música que escuchaba a menudo por las mañanas le envolvió durante todo el proceso, haciéndole compañía y ayudándole a focalizar y seguir el ritmo intenso de esas primeras horas antes de abrir la tienda.

Unos minutos más tarde llegó Rosy con su aspecto mañanero, cálido y soñoliento, totalmente dispuesta a dar el callo y trabajar hombro con hombro junto a él. Los dos cogieron ritmo enseguida y pronto tuvieron listas varias tandas de pan crujiente, bollos y cruasanes para el desayuno, y alguna galleta casera de chispas de chocolate que eran las preferidas de muchos de sus clientes.

Marcos se centró en trabajar, charlando tan solo por encima con Rosy sobre sus estudios y los exámenes inminentes que ella estaba preparando. Por alguna razón decidió guardarse las noticias sobre su cena de la noche pasada con Daniel. Cuando Rosy le preguntó nada más llegar por la nota del día anterior Marcos se escabulló como pudo sin hablarle sobre su encuentro con el abogado. Rosy se encogió de hombros y le animó diciéndole que seguramente pronto se pondría en contacto con él. Ella pareció pensar que estaba decepcionado por no haber sabido nada de Daniel, y no estaba muy seguro de querer saber por qué su ayudante pensaba así. ¿Tendría aspecto de abatido o decepcionado? Querer guardarse esa información para sí mismo le hizo ver que aunque se sentía físicamente atraído por Daniel y no tenía problemas en que su gente supiera de su relación de amistad, no estaba dispuesto a que nadie indagara en sus asuntos con el abogado. No contarle nada a su ayudante solo se debió a que aún no estaba listo para una batería de preguntas, que estaba seguro que Rosy le lanzaría.

Había pasado una noche intranquila dando vueltas pensando en Daniel, en todo lo que habían hablado, en cómo había sentido al hombre cuando lo había tenido entre sus brazos, y en lo que estaba por venir en los próximos días. A última hora de la noche el arrepentimiento por no haber continuado su cita con Daniel y haberlo llevado a la cama, se hizo patente y tuvo que masturbarse para poder descargar algo de excitación y conciliar el sueño. No había sido buena idea aguantarse solo por el hecho insignificante de estar aún algo molesto por su alejamiento. Extrañamente al quedarse dormido había tenido sueños raros y perturbadores sobre su hermano Javier. Al despertar de madrugada no había podido recordar con claridad nada de lo que había soñado, solo sabía que los sueños no habían sido agradables y que tenía que hablar de una vez por todas con su hermano mayor. Lo quisiera él o no. Había decidido que buscaría un hueco el fin de semana siguiente para ir a Madrid y visitar a Javier en su casa. Sentía que no podía alargar más la cuestión. Porque, si su hermano había estado todos esos años escondiendo algo tan importante que le había sido imposible compartirlo con él, tenía que hacer lo imposible para hacerle ver que fuera lo que fuera nunca dejaría de estar a su lado.

Marcos tenía miedo de haber estado tan ensimismado con sus propios problemas, que no había sido capaz de ver más allá de las palabras tranquilizadoras que utilizaba su hermano cada vez que le preguntaba por los motivos que, prácticamente, le habían

llevado a huir del pueblo doce años atrás. Esa mañana había sentido por primera vez lo injusto que había sido con Javier todos esos años; al mantener durante mucho tiempo la idea absurda e infantil de abandono que siempre había tenido desde que Javier se había marchado. Con algo de angustia y remordimiento se le pasó por la mente que quizás el que había abandonado a su hermano había sido él mismo.

Faltaban unos minutos para abrir la pastelería y Marga y Rosy empezaron a llevar los productos recién horneados a la tienda para colocarlos en el escaparate y en las bandejas de las vitrinas. Rosy cargó con un cesto grande de mimbre repleto de barras de pan, llevándolo medio a trompicones medio a rastras con mucho esfuerzo. Marcos sonrió al verla, satisfecho por todo el empeño que ponía la chica para realizar su trabajo más allá de lo que se le pedía.

Cuando estaba apilando unas cuantas bandejas de hornear sucias escuchó el sonido de su móvil vibrar varias veces. Era un mensaje. A esas horas era raro que alguien se comunicara con él. Se acercó hasta la mesa, buscó su móvil y lo desbloqueó para leer los avisos del Whatsapp. Una pequeña imagen donde se veía a un grupo de chicos, entre los que estaba Daniel, vestidos con equipo deportivo, apiñados para una foto y debajo su nombre, apareció en la pantalla del móvil. Marcos sonrió y abrió el mensaje.

Salgo para Madrid. ¿Qué tal has dormido? No sé tú pero yo no he pegado ojo, me has quitado el sueño. Nos vemos el domingo. Que tengas buen día.

Marcos releyó un par de veces el texto sin querer admitir que las palabras de Daniel habían hecho que un puñado de mariposas revolotearan en su estómago. Escribió un mensaje y lo envió de vuelta.

He dormido como un bebé, pero he tenido que masturbarme pensando en ti. Eres cosa mala, de la próxima no te libras. Ten cuidado en la carretera, no me apetece cenar solo el domingo.

Añadió una ristra de iconos sonrientes y también los envió. Imaginó la cara que pondría Daniel al recibir el mensaje y sonrió.

No esperó contestación porque supuso que Daniel ya estaría en carretera, así que bloqueó el móvil y lo dejó de nuevo sobre la mesa de escritorio donde tenía todo el papeleo. Al girarse vio entrar a Marga al obrador, traía el ceño fruncido y un gesto de disgusto en la cara. Antes de poder preguntarle lo que ocurría vio a Josefa, la pareja de su padre, aparecer por detrás de ella.

La mujer delgada y desgarbada llevaba un abrigo largo que le quedaba algo ancho. Marcos se dio cuenta que había perdido peso desde la última vez que la había visto unos meses atrás. El pelo castaño y espeso caía suelto a los lados de su cara ocultando prácticamente sus rasgos, y su actitud nerviosa y algo agitada le dio alguna pista de lo que podía haber pasado. Josefa rara vez se acercaba a él para saludarle, y que estuviera ahora en su tienda probablemente no era buena señal. Apretó los dientes

porque en ese momento no quería saber nada que tuviera algo que ver con su padre.

—Marcos, pregunta por ti. La dejo contigo —Marga le hizo un gesto de preocupación y se señaló discretamente la cara para indicarle que se fijara en la mujer.

—Gracias Marga —contestó Marcos.

Marga era una mujer de buen corazón y prudente. Hacía unos años, cuando Marcos descubrió los malos tratos que su padre cometía sobre Josefa, pidió ayuda a Marga para que hablara con la mujer. Ambas se conocían de hacía tiempo, aunque no fueran amigas, y pensó que podría hacerle saber que si necesitaba algo estaba dispuesto a ayudarla a ella y a su hija. Josefa se había molestado por lo que creía una intromisión en su vida privada e incluso había dejado de comprar en la pastelería. Marcos no sabía muy bien si su padre la había obligado, o si por miedo Josefa había decidido apartarse de su camino. Por lo que Marcos sabía, los maltratos visibles habían sido esporádicos, pero eso era algo que le era imposible saber al cien por cien. Si era cierto lo que suponía, probablemente había mucho más de lo que cualquiera pudiera imaginar. Ver a Josefa maltratada le revolvió el estómago. E imaginar que su hija podía estar pasando un calvario le hizo hervir la sangre, sobre todo al pensar que poco o nada podía hacer él.

—Josefa. Me alegro de verte, pero me sorprende tenerte aquí —Marcos se acercó a la mujer manteniendo algo de distancia—. Alguna vez he visto a Sofía jugando en la calle. Ha crecido mucho.

—Sí. Está muy alta —contestó sencillamente Josefa.

Al verla titubear Marcos tomó la iniciativa de la conversación. No quería ponerle las cosas difíciles si la mujer había venido en busca de ayuda.

—Te veo un poco cansada Josefa. ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Está bien Sofía?

Josefa introdujo las manos en los bolsillos del abrigo y miró de un lado a otro con agitación, esquivando con nerviosismo la mirada de Marcos. Parecía como si no quisiera estar ahí hablando con él.

—Ella está bien —contestó, algo seca—. No pasa nada con ella.

El tono defensivo en la voz de Josefa le hizo pensar que probablemente sí pasaba algo con la niña pero que su madre no quería, o se negaba a verlo. Nunca había visto a Sofía marcada de morados o con algún tipo de herida, pero bien podía imaginarse lo que suponía para un niño vivir en la misma casa de un hombre como su padre y presenciar los abusos sufridos por una madre.

—De acuerdo. Entonces ¿qué necesitas?

—Yo no. Es tu padre —contestó con rapidez Josefa.

Marcos se puso alerta al escuchar las palabras de la mujer.

—No quiero saber nada de él Josefa —le advirtió.

—Me lo imagino, pero necesita ayuda —la voz de Josefa se alteró—. Está muy mal Marcos. Se lo dije, le dije que tú no querías escucharme pero insistió. Dice que se lo debes y por eso he venido. Ayúdale, está mal, de verdad.

El patetismo de Josefa suplicando por un despojo como su padre le llenó el estómago de bilis. No podía culparla, él sabía muy bien lo que era estar bajo su yugo y tener el temor de no saber qué hacer para evitar que cosas peores pasasen. Vivir entre la espada y la pared para evitar durante años que su padre molestara a su abuela de alguna manera u otra, había sido una constante en su vida hasta prácticamente el día en que ella falleció. Había tenido que aguantarse durante años trabajando en el bar para su padre mientras hacía de escudo entre su abuela y él. Casi todas las noches su padre amanecía borracho tirado en cualquier rincón del bar, en su casa, o perdido en alguna timba en casa de sus supuestos amigos. Muchas veces le había tenido que entregar lo poco que ganaba trabajando para él, sacándolo de vez en cuando directamente del bote de propinas escasas que le entregaban los clientes o de algún trabajillo extra que le salía, para evitar que su padre molestara a su abuela exigiéndole dinero con alguna peregrina excusa.

También había tenido que manejar las situaciones más comprometidas con su padre y tan solo en una ocasión había intentado agredirle físicamente. Marcos ya era un adulto para ese entonces y había podido defenderse de su padre reduciéndolo con un puñetazo seco en la mandíbula. Nunca podría olvidar ese día. Tener que defenderte a puñetazos de tu propio padre era algo difícil de olvidar. Pero había sentido una especie de Shock liberador que le había hecho ver que era lo suficientemente fuerte para poder afrontar eso y mucho más. Su padre debió de haber visto algún cambio en él porque nunca más volvió a intentar ponerle la mano encima. En ese entonces fue cuando Francisco conoció a Josefa y comenzó a centrar su atención en ella y en todo lo que pudiera sacarle a la mujer. Marcos no comprendía qué era lo que podía llevar a una persona sensata a juntarse con un hombre como su padre.

Miró con dureza a Josefa a través del espacio que los separaba. El disgusto se reflejó en su rostro y tuvo que contenerse para no hablarle mal a la mujer, que no tenía culpa de nada.

—No le debo nada. Y lo sabes. Sus problemas son eso, suyos.

—¿No piensas ayudarle? —se alteró—. De verdad está mal. Puedes verlo por ti mismo. No sé qué ha pasado, no ha querido contarme. Le debe dinero a alguien

¡Mucho dinero! Y no sé qué ha pasado ¡Pero alguien le ha dado una paliza! Está en cama, lleno de golpes y heridas. Es tu padre ¡Marcos!

La desesperación de Josefa le hizo pensar. No parecía angustiada por lo que le pudiera haber pasado a su padre, sino por lo que su padre le pudiera hacer a ella, probablemente, si no le convencía para que atendiera las peticiones de su padre.

—¿Por eso te ha golpeado a ti? —preguntó con rabia contenida—. No querías venir a molestarme y por eso te ha pegado ¿No? Para eso sí está bien. ¡Para levantar la mano a otros!

—No es así. ¡Esto no es nada! Solo me he golpeado al tropezar.

—Seguro —contestó seco—. ¿Y Sofía?

Marcos la vio titubear y una emoción contenida mezcla de vergüenza y miedo se reflejó en los ojos de la mujer.

—Ella está bien. De verdad —susurró, con la mirada huidiza—. No dejes que se acerque a ella.

Marcos apretó los dientes.

—No puedes seguir así Josefa. Vete de una vez, déjale.

—No tengo dónde ir —contestó con angustia.

—Cualquier sitio será mejor que donde estás.

—Nadie va a querer acogerme —dijo Josefa con el labio temblando por la emoción.

—Yo estoy aquí y te puedo ayudar. Solo tienes que decirlo.

Josefa sacudió los hombros y se frotó la frente con vigor como si fuera una niña pequeña confundida.

—No sabes cómo es. No tengo nada Marcos, no sirvo para nada. Y tú no vas a estar ahí siempre para ayudarme —la desolación tiñó las palabras de Josefa haciendo estremecer a Marcos, porque se dio cuenta que realmente estaba convencida de lo que decía.

—Solo necesitas dar el paso Josefa —contestó Marcos—. Cuando estés lista yo voy a estar aquí.

Josefa le miró por fin a los ojos, mordiéndose los labios mientras su cuerpo se sacudía por los sollozos contenidos, y Marcos pudo ver un cambio sutil en ellos. Algo que no había estado allí antes. Estaba seguro que aunque no había conseguido que Josefa confiara totalmente en él, sí había logrado poner algo de esperanza y fuerza en el ánimo de la mujer. Marcos cruzó los dedos para que eso fuera suficiente e hiciera que diera el paso definitivo para alejarse de su padre y su órbita de dolor.

—No va a ser necesario, porque estoy bien —se autoengaño—. Pero gracias.

—Mi ayuda para ti no caduca Josefa —claudicó de momento—. Pero no quiero saber nada de mi padre. Dile que no me busque, no tiene nada que hacer conmigo.

Josefa negó con la cabeza y cambió su peso de un pie a otro con nerviosismo.

—Me ha pedido que busque el teléfono de tu hermano.

—¿Qué? —Marcos no creyó que hubiera escuchado bien.

—Está desesperado, te lo he dicho —insistió—. No creo que sea bueno que hable con él. Gritaba que si tenía que arruinar al maricón de su hijo lo haría. Perdona, no quiero decir que yo...

—Sí, no te preocupes, lo entiendo.

Que su padre estuviera dispuesto a ponerse en contacto con Javier le daba una medida bastante acertada de la gravedad de la situación en la que estaba metido su padre.

—Sé que no quieres hacer nada por él. Yo solo he venido para decirte lo que quiere. Pero es que yo tampoco sé qué hacer. Esta vez está en un lío muy grande Marcos.

—Josefa, los problemas de Francisco hace mucho tiempo que dejaron de interesarme. Y tú deberías hacer lo mismo —Marcos se acercó a ella y la sostuvo por el antebrazo con cuidado—. Vete Josefa, y aléjate de él.

—No es tan fácil —susurró.

—Me lo imagino. Pero aunque sea poco, cuenta conmigo para ayudaros a ti y a Sofia. Nadie se tiene que enterar y menos él —Marcos se alejó de Josefa y fue hacia la mesa para escribir una nota en un trozo de papel. Lo dobló en dos mientras caminaba de

vuelta junto a la mujer—. Cuando le veas dile que se olvide de mí y de mi hermano. Ten, esta nota es para él. No quiero que le tengas que dar más explicaciones de las necesarias.

—No va a querer escucharme —se lamentó Josefa.

—Entonces dile que se atreva a venir aquí a hablar conmigo. Yo no tengo problema en decirle unas cuantas cosas.

Josefa se encogió de hombros y agachó la cabeza mirando al suelo. Parecía como si por fin se hubiera resignado a marcharse con las manos vacías. Sin la respuesta que andaba buscando por parte de Marcos.

—Lo haré así. Pero no creo que se pueda mover de la cama en unos cuantos días. Y tampoco sé si podré quitarle de la cabeza la idea de buscar a tu hermano.

—Pues adviértele que no le moleste —avisó Marcos—. No voy a tener miramientos con él Josefa.

—Está bien. Haré lo que pueda —la mujer dio media vuelta y caminó hacia la salida del obrador.

—Recuerda lo que te he dicho. Si necesitas algo, aquí estoy.

Josefa volvió la vista hacia él y le miró a los ojos, buscando la sinceridad en sus palabras. Asintió con un cabeceo corto y salió de la tienda dejando a Marcos con una sensación de intranquilidad en el cuerpo pesada y fría. No sabía exactamente a qué era debido, pero todo lo relacionado con Francisco a menudo le creaba malestar. Teniendo presente lo que le acababa de contar Josefa tendría que hablar con Javier cuanto antes. Realmente no estaba muy seguro de que su padre se atreviera a llamar a su hermano, pero no quería que le pillara por sorpresa si finalmente Francisco daba el paso. Era una sensación extraña el hecho de tener que hablar de su padre con Javier. Él nunca preguntaba y por su parte tampoco sacaba el tema. Hacía muchos años que habían dejado de preocuparles a los dos los asuntos relacionados con Francisco. Mientras viviera en el pueblo era inevitable que la gente llegara hasta él comentándole cualquier cosa sobre su padre y chismorreando, pero ya se había encargado de dejar claro a los vecinos y curiosos que no le interesaba nada de esos temas y que se abstuvieran de hablar de Francisco en su presencia. Ahora casi todos evitaban mencionar a su padre cuando charlaban con él.

Dudó unos segundos antes de comprobar la hora y el trabajo que quedaba pendiente, en las mesas y en el horno. Se acercó hasta la parte de atrás de la pastelería, asomó la cabeza y buscó a Rosy que estaba rellenando las bandejas con bollos recién horneados. Había algunos clientes esperando su turno y les saludó con un cabeceo y una sonrisa cómplice. Todos eran habituales. Entonces hizo unas señas a Rosy cuando la chica levantó la vista y le vio asomado a la puerta. La chica terminó la tarea de

inmediato y fue junto a él para ver lo que quería.

—Dime.

—Al horno le faltan siete minutos para terminar y hay que meter otra tanda enseguida. Estate pendiente de eso, necesito llamar por teléfono. ¿De acuerdo? —la instruyó Marcos.

—Sin problema.

Marcos palmeó su hombro para agradecerle y la dejó para que terminara con el resto de tarea en la tienda. A esa hora el trabajo ya había cogido ritmo y la temperatura y los olores en el obrador eran más que agradables. Le encantaba trabajar allí. Se dirigió a la mesa y cogió el móvil para marcar el número de su hermano. Se sentó en la silla mientras esperaba a que respondieran al otro lado.

—¡Ey! Qué raro que me llames a esta hora ¿Pasa algo?

—Hola ¿Te pilló mal? —preguntó Marcos frunciendo el ceño.

—No, qué va. Hace ya un buen rato que estoy en el taller. Tengo un pedido de una pieza extraviado en algún sitio entre Barcelona y Madrid y aún no me saben decir exactamente dónde —se quejó Javier.

—Dios ¡Qué paciencia! Pues ánimo.

—Sí, ya —contestó con resignación—. Entonces ¿Qué pasa?

—Pues no lo sé, espero que nada. Pero te llamo para ponerte sobre aviso —empezó Marcos—. Parece que Francisco está otra vez metido en problemas de dinero y deudas y la mujer con la que vive ahora acaba de estar aquí pidiendo que vaya a ayudarle. Por lo que dice le han dado una paliza y todo.

—¡Joder! ¡Qué lacra! —se lamentó Javier—. No pensarás ir ¿no? No sé qué hace molestando ese hijo de puta, ya debería de saber que no pinta nada con nosotros.

Marcos escuchó a su hermano destilar rabia y desprecio en sus palabras. Comprendía perfectamente esos sentimientos viniendo de él. Marcos ni siquiera había sufrido el abuso físico que había soportado Javier, pero tan solo con haber sido testigo de lo que su hermano había vivido y todo lo que él mismo había pasado para proteger a su abuela de la influencia de Francisco, era suficiente para compartir esos negativos sentimientos.

—Tranquilo. Ya le he mandado una nota con Josefa, la mujer con la que vive. Pero lo que me ha dejado un poco así es que al parecer va a intentar ponerse en contacto contigo, si no tiene resultados por mi parte. Por eso te quería poner sobre aviso.

La línea quedó en silencio durante unos segundos y Marcos pensó que quizás se había cortado. Cuando Javier habló, instintivamente se puso alerta. Una advertencia clara se dibujó en sus palabras y puso los pelos de punta a Marcos.

—Que no se atreva —susurró Javier.

—Tranquilo hermano, no voy a dejar ni que te hable —por un momento Marcos temió por su hermano, pero no porque su padre fuera capaz de hacerle algo, sino todo lo contrario. No quería que Javier se metiera en ningún lío.

—Peque, no necesito que luches mis batallas, ni quiero. El tipo no tiene nada que hacer conmigo y no creo que se atreva a llamarme o a ponerse en contacto después de tantos años. Pero ya no soy un niño y si ese hijo de puta quiere pedirme algo, que lo haga. A lo mejor sale con algo más de lo que ha pedido.

—Sé que no eres un niño y como dices yo tampoco creo que se ponga en contacto contigo, pero Josefa me insinuó algo sobre arruinarle el negocio y sabes lo retorcido que es. Se cree que todos son como él. No me extrañaría que intentara ponerte a malas con tus clientes. Solo tendría que presentarse en tu taller y armar bulla.

—El cabrón no sabe ni encontrarse su propia pija. No creo que sepa ni dónde encontrar mi negocio.

Ambos se rieron por la burla de Javier dejando claro el desprecio que sentían por el hombre.

—Creo lo mismo Javi, pero no está de más estar atentos. Si se pone a despoticar sobre gais y maricones en tu negocio quizás pierdas algunos clientes.

—Si algún cliente se queja porque un maricón arregle sus caros coches y busque piezas imposibles de encontrar para sus juguetitos, que se jodan y que prueben a encontrar a alguien más que pueda hacer el trabajo que yo hago y como yo lo hago —se descargó Javier.

—Eso está claro, pero el dinero es el dinero.

—Lo sé. Joder.

—De cualquier forma nos estamos poniendo en lo peor. No va a pasar nada de eso. En la nota ya le he dejado claro que se olvide de nosotros y que se busque la vida para

resolver sus propios problemas. Si veo que tal, me acercaré a su casa para decírselo en persona —comentó Marcos—. Tampoco me he quedado muy a gusto dejando que Josefa le dé las malas noticias.

—Marcos, no quiero que te acerques a su casa. Si vas te va a presionar con alguna cosa y vas a ceder. Sabe que no puedes dejar a nadie desvalido, ¿por qué crees que ha mandado a esa mujer?

Marcos ya le había hablado anteriormente a su hermano sobre Josefa y su hija Sofía y las sospechas que tenía sobre los maltratos. Javier tenía razón en juzgar su carácter, pero en esa ocasión no pensaba hacerse responsable de las desgracias y problemas de Francisco.

—No te preocupes, todo va a estar bien. Creo que he conseguido que Josefa se tome en serio mi ofrecimiento de ayuda. Eso es lo único que me preocupa ahora con respecto a Francisco. Si voy a su casa es para advertirle de que se olvide de nosotros. Te lo prometo.

—No es justo —se lamentó Javier—. No sé por qué continúas allí. Tener que estar lidiando con esa basura cada poco no merece la pena el esfuerzo y el mantenimiento de la pastelería. La abuela no quería que pasaras malos momentos solo por conservarla.

—Tú sabes que no es solo por la pastelería. No veo por qué tengo que renunciar a todo lo que quiero y que me gusta, a mi forma de vida, a mis amigos, y a mi entorno solo porque él sea un jodido borracho sin rumbo.

—Tienes razón y lo sé. Pero siempre tienes que estar batallando con toda esa mierda. Tú eres el que estás ahí.

Marcos leyó entre líneas. Él era el que siempre estaba ahí y no Javier. Su hermano nunca había vuelto al pueblo después de que se fuera esa última noche. Y parecía que ahora se estaba sintiendo algo culpable por dejarle todos los problemas a él. Siempre se había negado y al principio ni siquiera quería hablar del tema de regresar de visita. Javier había sido un chico simpático rodeado de amigos y abierto para hacer amistades. Al comienzo Marcos no había sido consciente de la negativa tan rotunda que mostraba su hermano cada vez que le hablaba de hacerle una visita a él y a su abuela en casa. Lo había tomado como algo relacionado con su nueva vida de universitario y en lo aburrido que debía de resultarle en comparación ahora lo que pasaba en el pueblo. Pero después del paso de los años y del hecho de que ni siquiera en el entierro de su abuela Ángela había podido acercarse al pueblo, Marcos se dio cuenta que la aversión de Javier era profunda, y al parecer, inamovible.

Cuando Ángela estuvo ingresada sus últimos días en una clínica de cuidados paliativos en Madrid, Javier tuvo la oportunidad de despedirse y Marcos dejó que su hermano pasara muchas noches cuidando de ella. Javier atendió a su abuela con cariño y tesón

y Ángela entendió, con agudez maternal, la decisión que había tomado su nieto mayor con respecto a sus visitas y su alejamiento físico de la familia. Lo que ellos dos hablaron esos días quedó entre ellos, pero Marcos sintió un gran alivio al saber que su abuela había podido pasar sus últimos momentos con sus dos nietos.

—No importa. Yo tampoco soy un niño —le intentó aplacar Marcos.

—Ya, bueno. Yo tengo mis dudas —bromeó Javier.

Los dos se rieron y se lanzaron pullas uno al otro. El intento por despejar el ambiente pesado de la conversación era evidente y ninguno quiso despedirse pensando en los posibles problemas que les podía causar su padre. Marcos advirtió a su hermano de que se le había acabado el tiempo y tenía que volver al trabajo. Rosy ya había sacado hacía unos minutos los bizcochos del horno y se había hecho cargo de la siguiente tanda.

—Yo también tengo que dejarte. No creas que eres el único que tiene trabajo.

—¿Por qué será? —le picó.

—Ya. Oye, avísame con lo que sea. Y aléjate de él —le recordó Javier.

—No te preocupes, lo tengo controlado.

—No te confíes.

—No, en serio —le tranquilizó Marcos.

—Está bien. Hablamos.

—De acuerdo, adiós —se despidieron.

Al ir a finalizar la llamada vio que tenía un mensaje. Sonrió al ver que era de Daniel

No deberías haberme dicho eso. No voy a poder quitar esa imagen de mi cabeza en todo el fin de semana

Marcos levantó la ceja al leer el texto. Si él iba a pasar un duro fin de semana pensando en Daniel y en su cita, que menos que el otro pasara por lo mismo.

Es lo que hay amigo. Avísame cuando te vayas a aliviar, quizás podamos hacer algo.

Marcos escribió el mensaje y lo envió. Después quitó el sonido del móvil para intentar no distraerse. Si seguía así no iba a poder sacar adelante todo el trabajo de la mañana. De momento se había quedado sin descanso, probablemente. Cuando saliera del trabajo leería la respuesta de Daniel. Se hizo a la idea de que tampoco faltaba tanto tiempo para lo hora del cierre.

Lo que no se esperaba Marcos era que ese sería el último mensaje que recibiría de parte de Daniel ese día y para el resto del fin de semana. Hasta el domingo, a la hora de comer. Cuando varias personas aficionadas al cotilleo, incluida su aprendiz, le hicieron saber que habían visto a la hija del alcalde, en la fiesta que había organizado su padre el sábado por la noche en su finca, muy bien acompañada por el guapo abogado.

Capítulo Nueve

Marcos buscó las llaves de su moto tanteando en los bolsillos delanteros de su chaqueta de cuero. No escuchó ningún sonido metálico y frunció el ceño intentando recordar dónde narices las había metido. Había quedado en estar en casa de Natalia sobre las doce y media y si no salía en dos minutos se le terminaría de hacer tarde. No era como si fuera imprescindible llegar puntual. Seguramente cuando llegara, Natalia estaría a tope intentando terminar de hacer la comida. Y como era domingo y su marido no trabajaba, seguramente él estaría pululando por la casa echando un ojo al bebé gateador que merodeaba por los rincones, intentando que no se llevara cualquier cosa a la boca. ¡Como si lo estuviera viendo!

Le encantaba esa familia.

Natalia se había convertido en una de sus mejores amigas y en un miembro del reducido grupo de personas en las que podía confiar por completo. Se lo había demostrado con creces a lo largo de esos años. Nunca imaginó que la chica guapa y menuda que conoció en su adolescencia, se convertiría en esa clase de persona imprescindible en la vida con la que se puede ir al fin del mundo, o al mismo infierno, si hiciera falta.

Al pasar por el salón recordó que la última vez había dejado las llaves en el cuenco de la entrada, había tenido las manos ocupadas e iba hablando por el móvil, así que descargó las llaves en el primer sitio que encontró cerca.

Antes de salir fue a la cocina, sacó de la nevera el postre de tres chocolates para Natalia, lo metió con cuidado en una mochila térmica y se dirigió a la entrada para recoger las llaves. En el garaje se puso el casco negro, abrió las puertas y montó su Ducati 800 ss roja. Salió a la calle y se aseguró de tener todo cerrado con el mando. Su preciosidad de segunda mano brilló bajo el sol con ganas de deslumbrar. La primera vez que había visto la moto en el garaje del chico a la que se la había comprado, se enamoró a primera vista de ella. Pero cuando la montó, confirmó con creces el idilio que, sabía, habría entre ellos. Le encantaba montar esa moto. No le importaba que fuera llamativa por su vivo color rojo, o que algunos pensarán que había sido un desperdicio gastar tanto dinero en un medio de transporte ruidoso de dos ruedas. La Ducati era suya y a él le encantaba.

Con las carreteras desiertas y la velocidad justa apenas tardó quince minutos en llegar a Mirandilla. La mañana era fresca y soleada, perfecta para montar en moto. La casa de Natalia y Luis estaba cerca de la plaza mayor, en una de las bocacalles más estrechas. Por suerte la pareja tenía garaje construido en los aledaños y siempre había un hueco disponible para su preciosidad. Antes de que le diera tiempo a tocar el claxon para llamar la atención de su llegada, Luis apareció en la puerta de entrada con su bebé moreno de año y medio en los brazos. El sonido del motor de la Ducati era distintivo y se escuchaba perfectamente desde el interior de la casa cuando asomaba calle abajo.

—¡Eh! —saludó Luis—. Ya tienes a Natalia pendiente de ti. Dice que te ha enviado un mensaje para recordarte lo del postre y no le has contestado.

Luis puso los ojos en blanco y recolocó al bebé apoyándolo mejor en su pecho y antebrazo. El pequeño Diego continuó muy entretenido pasando un mini camión verde sobre la cara y la cabeza de su padre como si estuviera participando en un rally extremo. Marcos se quitó el casco y saludó a Luis con la cabeza, sonrió al ver la estampa paternal. El hombre tenía mucha paciencia.

—¿Sí? Pues a ver si me voy a hacer el tonto y le digo que se me ha olvidado. Por pesada —bromeó Marcos.

—No te lo recomiendo —Luis abrió el garaje para que Marcos pudiera aparcar la moto—. Ha tenido una semana jodida en el trabajo. Necesita ese chocolate.

Natalia era la dueña de una franquicia especializada en lencería y ropa de baño. Cuando entraba en la espiral de ventas de temporada y registros históricos de ventas a veces era mejor dejarla sola. Natalia era muy capaz de arrancar cabezas con sus propias manos.

—¿Así de mal? —se interesó Marcos—. Entonces no bromearé con su postre.

Después de aparcar la moto y cerrar la puerta del garaje Marcos se acercó a Luis y palmeó su espalda para saludarle en condiciones. Diego se fijó en él y le ofreció su camión para que le echara un vistazo.

—¡Eh! Vaya trasto que tienes ahí —Marcos cogió el juguete e hizo reír al niño imitando ruidos de motor mientras hacía rodar al camión sobre su cabeza y su barriga. El niño se retorció en los brazos de su padre por la risa y las cosquillas. Marcos le devolvió el camión y pellizó su nariz con cariño. Diego se parecía a Natalia en los rasgos, pero era moreno de pelo y piel como su padre.

—Venga, pasa. Que te está esperando ya desde hace un rato.

—Pues no he llegado tarde.

—Ya sabes cómo es. Le encanta tener gente en casa.

Marcos dejó el casco y la chaqueta de cuero en la entrada y siguió a Luis hasta la cocina. La casa estaba distribuida mediante un largo pasillo que llevaba a la parte de atrás, allí estaba la cocina, y a mano derecha un aseo con ducha. A lo largo del pasillo había tres habitaciones, a izquierda y derecha, un baño más grande al lado de la habitación principal, y junto a la entrada estaba el salón. Era una casa familiar y acogedora que olía a la comida de la abuela y a felicidad.

Entró en la cocina siguiendo a Luis. Si la casa era acogedora, la cocina podía ser

fácilmente el alma del hogar. Era un espacio luminoso y bastante amplio, con muebles y armarios de madera y una encimera oscura que contrastaba con los electrodomésticos con acabados de acero. Luis era fabricante de muebles de cocina y se notaba el trabajo del hombre en la distribución y la decoración. La cocina de Marcos también era obra suya y disfrutaba cada momento trabajando en ella. Era su santuario.

Natalia salió de una pequeña despensa al fondo de la cocina en el justo momento en el que ellos llegaban. Llevaba una sudadera negra holgada con capucha, unos vaqueros desteñidos, y unas zapatillas azules de andar por casa. El pelo rubio, recogido en una coleta alta, dejaba su rostro sin maquillaje despejado a la vista. Con ese aspecto hogareño parecía más la adolescente que había conocido años atrás, que le empresaria de veintitantos años, casada y con un hijo, que en realidad era. Cuando le vio aparecer abrió con alegría los ojos, sonrió feliz haciendo malabarismos con un bote de conservas de cristal y un par de rollos de cocina que traía entre las manos, para que no se le cayeran al suelo. Lo puso todo en la encimera mientras Luis dejaba a Diego en la trona y le aseguraba para que no se escurriera.

—Mira a quién me he encontrado en la puerta —dijo Luis sonriendo.

—Sí, será porque no hemos oído ese infierno de moto que tiene desde que asomó calle abajo. Ven aquí.

Natalia fue hacia él y se puso de puntilla rodeándole el cuello con sus brazos para darle un achuchón y un par de besos.

—Te quejas por todo, mujer —bromeó Marcos—. He llegado ¿no?

—Pues sí. ¿Cómo estás? —preguntó, mientras le revolvía el pelo de la nuca con cariño—. ¿Has traído mi postre?

Natalia bromeó extendiendo las dos manos hacia delante como una niña pequeña esperando su premio.

—¿No te da vergüenza? —la regañó Marcos—. Ya eres madre, por favor.

—¡Qué vergüenza, ni vergüenza!

Ambos se rieron de las tonterías que salían de sus bocas. Luis los miraba sonriendo, cómplice ya a esas alturas, de la especial relación que compartían los dos. Marcos se quitó la mochila y abrió la cremallera para sacar intacta la pequeña tarta de tres chocolates, la favorita de Natalia.

—Aquí la tienes —Marcos mostró la tarta como si fuera una azafata de concurso, colocándola en varios ángulos y haciendo reír a Natalia.

—Pues ya la estás poniéndola en el frigo, no quiero que se estropee, con lo que te ha costado traerla.

Natalia palmeó la espalda de Marcos cuando éste pasó junto a ella camino del frigorífico.

—Bueno. Y ¿qué tenemos para comer? Huele rico.

—Más vale, llevo metida en la cocina toda la mañana.

Marcos miró hacia Luis, sentado a espaldas de Natalia jugando con Diego. El hombre le hizo un gesto con la cabeza, agitando la mano de un lado a otro, intentando decirle que su mujer estaba exagerando de lo lindo.

—Será un manjar lo que estás preparando.

Natalia le miró por encima del hombro y levantó una ceja con arrogancia.

—Patatas guisadas con carne y verduras —sentenció.

—Ah, muy ricas —dijo, mientras se acercaba para mirar por encima del hombro de Natalia, a la cazuela que hacía chup, chup en el fuego—. Pero tienes un morro que te lo pisas.

Los dos se rieron con ganas y Marcos rodeó con sus brazos a Natalia para darle un abrazo de cariño. Hacía varias semanas que no se veían y la había echado de menos. Ella era como su familia y en cierto modo le entendía incluso más que su propio hermano. Ambos disfrutaban de vivir sus vidas en pueblos pequeños, rodeados de la gente que habían conocido siempre y trabajando en cosas que les satisfacían. No era de extrañar que muchas personas pensarán que eran hermanos.

—Bueno. ¿Cómo han ido estos días? —preguntó Natalia. Se giró para encarar a Marcos, limpiándose las manos con un trapo de cocina—. Creo que tienes muchas novedades.

—Unas cuantas, sí —Marcos suspiró con resignación.

—Me dijiste por teléfono algo relacionado con tu padre ¿Qué está pasando? ¿Ya está metido en líos de nuevo?

Luis se levantó de la mesa de la cocina donde estaba entreteniéndolo a Diego con sus

juguetes y le ofreció asiento a Marcos antes de ir al frigorífico a por tres cervezas sin alcohol para el aperitivo. Puso una delante de Marcos y le ofreció otra a su mujer.

—Tu padre nunca escarmienta hombre —comentó Luis.

—Parece que no —contestó.

—¿Qué está pasando? —insistió Natalia.

Marcos les contó por encima la conversación que había tenido con Josefa días atrás. Mientras hablaba una mezcla de desánimo y resignación lo envolvió. Poco o nada podía hacer para mejorar las cosas y hacer que su padre, por lo menos, se responsabilizara de sus problemas y le dejara tranquilo. Un hombre que toda su vida había sido irresponsable y desinteresado por nada que no fuera él mismo no tenía mucho que hacer para cambiar a estas alturas de la vida. Tan solo le quedaba ser firme y no dejarse embaucar por las circunstancias. Tampoco estaba dispuesto a permitir que su padre arrastrara a las personas que tenía a su alrededor en algo que por lo visto tenía pinta de ser una ruina total.

—¿Pero cómo puede tener tan poca vergüenza de intentar sacarte dinero? —la indignación de Natalia era evidente y Marcos se sintió arropado por su amiga.

—¿Qué puedes esperar? Vive en un mundo totalmente ajeno a la realidad. Su día a día consiste en pasar las horas muertas en ese bar que ha conseguido convertir en un antro lleno de vagos y deudores, apenas manteniéndose medio sobrio, timando a unos y a otros y dejándose estafar por otros. Lleva una vida miserable. Y hace mucho tiempo que dejó de ser mi problema.

Había muy pocas personas con las que Marcos se sintiera seguro como para hablar con ellos de los sentimientos dolorosos y confusos que le provocaba la relación con su padre. Con Natalia y su marido sentía que podía hablar de cualquier cosa sin sentirse juzgado y que podría encontrar en ellos apoyo y comprensión, e incluso una llamada de atención si lo necesitaba.

Hacía mucho tiempo que había cortado toda relación con Francisco, más a raíz de la muerte de su abuela. Muchos en el pueblo lo entendían al conocer a su padre y saber, por encima, las dificultades y malos ratos que habían pasado él y su abuela durante los últimos años. Pero también había otra mucha gente que se permitía el lujo de juzgarle y recriminarle que no estuviera ayudando a su padre como un hijo abnegado y que hubiera decidido apartarse cuando, según ellos, el hombre lo estaba pasando tan mal. Poco o nada le importaba a Marcos lo que pensaran todas esas personas que nada sabían de su familia y de cómo era realmente su situación, ahora y tantos años atrás cuando falleció su madre, o cuando él y su hermano tuvieron que lidiar con un hombre borracho que en vez de protegerlos y cuidarlos les hería verbal y físicamente o en el mejor de los casos los ignoraba por completo.

—Tu padre es un adulto que tiene que asumir sus propias responsabilidades y más cuando está metido en deudas por sus vicios y malas decisiones —intervino Luis—. No te hagas mala sangre, no merece la pena.

—Lo sé. Pero no quiero que ande molestando, ni a mi hermano ni a nadie. Si tengo que hablar con él lo haré. Pero que no espere nada más de mí.

—Si necesitas algo dilo —se ofreció Natalia.

Marcos le sonrió y chocó su botellín de cerveza con el de su amiga.

—Eso está hecho, pero no te preocupes, no será necesario.

Los tres decidieron tácitamente dejar esa conversación tan deprimente y mientras hacían tiempo para comer conversaron de sus trabajos respectivos y los progresos de Diego en el aspecto locomotor y cuidado personal. Al parecer el pequeño era un hacha subiendo y bajando escaleras con barreras anti-niños y ya era capaz de pedir ir al baño antes de hacérselo encima y no después.

Comer en la mesa de una familia bien avenida era algo que pocas veces había vivido en casa. Cuando su madre murió y quedaron solos a cargo de su padre las cosas cambiaron muy pronto. Y si no hubiera sido por todos los cuidados y la atención que les prestó a Marcos y a Javier su abuela Ángela, ellos nunca hubieran sabido lo que significaba compartir las cosas en familia. La comida con Natalia, Luis y el pequeño Diego surtió un efecto relajante y consolador en Marcos, que disfrutó tanto de la compañía como del lujo que suponía poder pasar un tiempo así con la gente que quería.

Durante la comida la conversación se había mantenido relajada y en su mayor parte centrada en las novedades sobre los amigos comunes, salpicada por las constantes peticiones de atención por parte de Diego, que comía en la mesa al lado de su madre sentado en su trona azul con dibujos de ballenas bailarinas. Las patatas guisadas con carne y verdura, aun siendo un plato sencillo, estuvieron deliciosas y los dos hombres felicitaron a la cocinera como se merecía. A la hora del postre Luis se encargó de llevar a Diego al baño, para su aseo antes de la siesta. Él y Natalia retiraron la mesa y sirvieron el postre de tres chocolates haciendo tiempo para que Luis terminara. Marcos había dejado su móvil en silencio, no quería estar pendiente del aparato cada poco por los continuos avisos que le llegaban y siempre le había parecido de mala educación distraerse cada poco de la conversación para mirar el móvil.

Natalia puso la cafetera para preparar café para los tres, entonces Marcos aprovechó y revisó por encima los mensajes pendientes en su móvil. Sin querer reconocerlo se dio cuenta que solo estaba buscando a alguien en concreto y solo lo admitió cuando vio el nombre de Daniel en la pantalla. Tenía dos llamadas perdidas del abogado y unos cuantos mensajes cortos en el WhatsApp. Le avisaba de que llegaría al pueblo esa misma tarde y que sentía no haber podido ponerse en contacto con él en todo el fin de

semana. Se quedó mirando los mensajes sin saber muy bien qué pensar. ¿Se estaba tomando las cosas demasiado en serio? Después de recibir el sábado por la noche el mensaje de Rosy, diciendo que alguien le había contado que habían visto a Virginia Gavela muy bien acompañada en la fiesta de su padre, del brazo de su guapo abogado, Marcos había bromeado con ella sobre lo mucho que le gustaba cotillear, a ella y a todas sus amigas y aparte de haberse sentido algo molesto porque Daniel no había contestado su último mensaje, sabía de sobra que el hombre estaba trabajando y no tenía por qué darle ninguna explicación a él sobre el hecho de pasar la noche en el pueblo y no decirle ni palabra sobre el asunto. Esa misma mañana cuando salió temprano de casa para correr se enteró que, al parecer, la fiesta de la noche anterior había sido todo un éxito. Algunos vecinos recordaban que Daniel era amigo suyo y tuvo que soportar a varias personas que se acercaron a él hablándole sobre el guapo acompañante de la hija del alcalde. Aunque ni siquiera hubiesen estado presentes en la fiesta la gente tenía miles de detalles para comentar. En un pueblo como Sierra las habladurías corrían como la pólvora. Los vecinos empezaban a especular sobre si Daniel era realmente la pareja de Virginia y sobre el hecho de que llevaba varios meses viviendo en el pueblo. Marcos sabía que ese tipo de suposiciones eran normales y hasta lógicas, al igual que sabía que probablemente esas suposiciones aumentarían con el tiempo si es que alguien no las desmentía. Suerte que Daniel, al parecer, no tuviera planes de quedarse durante mucho más tiempo en el pueblo.

Tuvo la tentación de devolver los mensajes de Daniel pero cambió de idea. Escuchó a Natalia en la cocina trastear con los cacharros y asomó la cabeza un segundo para avisarle.

—Deja todo eso, que luego Luis y yo nos ocupamos de limpiarlo —dijo a la espalda de su amiga.

—¡Qué susto me has dado! —Natalia se giró hacia Marcos con la mano sobre el pecho—. ¿Dónde andas?

—Lo siento —Marcos puso cara de pesar—, dame dos segundos que tengo que llamar a alguien. Ahora vuelvo.

—¡Dios mío! ¡Qué paciencia tengo que tener!

Marcos sonrió dejando a Natalia lamentándose en la cocina y se dirigió al salón mientras marcaba para llamar a Daniel. El hombre descolgó casi inmediatamente.

—¿Dónde estás? Llevo toda la mañana intentando ponerte en contacto contigo.

La voz de Daniel se escuchó clara y burlona al otro lado de la línea y un inesperado escalofrío de placer recorrió el cuerpo de Marcos. El efecto que provocaba en él el simple hecho de escuchar su voz le dio una pista de lo perdido que estaba en esa situación. Cada vez era más consciente de que tenía todas las de perder.

—Ah, no sabía que tuviera que responder de inmediato a tus llamados —bromeó Marcos.

—Bueno, eso estaría muy bien. Sobre todo cuando tengo necesidad de ti —desafió Daniel.

Marcos tragó saliva. El juego verbal era una de sus especialidades y le encantaba jugarlo. Tener un rival como Daniel al otro lado aumentaba su excitación exponencialmente. Sintió un cosquilleo en los labios solo de pensar en lo que quería hacer con él.

—¿Crees que es buena idea que me digas algo así cuando no puedo hacer algo al respecto?

—¿Qué es lo que no puedes hacer? —provocó Daniel—. Y por cierto ¿dónde estás?

—Estoy en casa de unos amigos, ya que preguntas. Por eso no puedo hacer nada más que mantener contigo una charla simple y trivial.

—Entonces ¿me estoy perdiendo algo bueno?

—¡No sabes cuánto! —jugueteeó Marcos.

—Quiero saber —contestó suavemente Daniel.

Ambos se quedaron callados por un segundo.

—Eso es fácil de solucionar —Marcos contestó finalmente.

—Tengo que verte esta noche —la voz de Daniel sonó más profunda y con un toque de urgencia.

—Claro. Me debes una cena.

—No estaba pensando en una cena —dijo sonriendo Daniel.

—Bueno —se rio de vuelta Marcos—, estaba intentando ser un poco diplomático. Pero sí, yo tampoco pensaba en la cena.

—Entonces mantén ese pensamiento hasta esta noche.

—Tranquilo, no creo que se me vaya de la cabeza.

Marcos escuchó la risa cálida de Daniel que reflejaba su estado de ánimo juguetón y seductor.

—Entonces, te paso a buscar a eso de las ocho. Llevo mi coche.

—Ah, creí que te gustaría montar en mi moto.

—Bueno, es algo que tengo en mente, me han hablado de ella ¿sabes? —dijo Daniel—. Pero creo que esta vez iremos en coche. No creo que sea buena idea cabalgar detrás de ti en esa máquina tan pronto.

—No sé qué decirte. Solo de imaginármelo...

Marcos dejó la frase en el aire con la intención de evocar en Daniel las mismas sensaciones que estaba sintiendo; solo de pensar en tenerle sentado detrás, rodeándole con sus fuertes piernas. No quería llevar la conversación más lejos. En esos momentos estaba tan excitado que no creía ser capaz de mantener una conversación coherente con Natalia en la cocina. Tenía que cortar. Ya.

—Juegas sucio —susurró Daniel—. Hasta dentro de unas horas no voy a poder tocarte. Y me lo estás poniendo muy difícil.

—¿Tú solo? Te recuerdo que el problema también es para mí.

—No lo sé, pareces inmune.

—No lo soy —contestó Marcos.

—Me alegro —respondió Daniel—. Te recojo en unas horas.

—De acuerdo, hasta luego.

Los dos se despidieron antes de colgar con palabras cortas y rápidas, dejando en el aire la promesa y la incertidumbre de lo que pasaría esa noche entre los dos.

Marcos se quedó mirando la pantalla apagada de su móvil. Había estado a punto de preguntarle a Daniel sobre la fiesta del sábado por la noche, pero por algún motivo prefirió no hacerlo. Tenía curiosidad por saber, lo reconocía, aunque solo fuera para él mismo. ¿Había habido alguna razón por la cual Daniel no le había comentado nada de su asistencia a la fiesta el día que quedaron para salir? ¿O simplemente le había

surgido de repente el asunto y solo era una cuestión de trabajo?

Virginia Gavela era una mujer muy bella y aunque a él no le constaba que Daniel hubiera tenido alguna vez relaciones con mujeres, eso tampoco significaba nada. Apenas conocía detalles sueltos sobre la vida de Daniel que su propio hermano le había contado durante todos esos años. Quizás Daniel de verdad tenía una relación con su clienta. Como muchos decían era raro que Daniel se hubiera trasladado a vivir al pueblo tan solo para llevar los asuntos legales de la hija del alcalde y sus negocios. De hecho, al parecer, Daniel pasaba mucho tiempo desplazándose entre Madrid y Sierra.

De repente se sintió patético pensando en las razones, sin sentido o no, por las que Daniel no le había dado un dato irrelevante sobre su vida. ¿Qué le importaba a él? Daniel no era nadie en su vida, ni tampoco él en la de Daniel. Estaba claro que podía hacer con ella lo que quisiera sin tener que contarle nada. De momento lo único que le interesaba de ese hombre era pasar un rato con él. Lo demás no era importante. No lo era.

Al entrar de nuevo en la casa pasó cerca de las habitaciones y escuchó detrás de una de las puertas entornadas la voz de Luis canturreando una cancioncilla infantil. Supuso que padre e hijo estaban aún con los preparativos de la siesta. Al entrar en la cocina vio a Natalia sentada a la mesa, cuchara en ristre devorando una porción generosa del pastel de chocolate.

—¡Anda que has esperado! —Marcos se sentó enfrente de Natalia después de reprocharle.

—No es mi culpa. Demasiado me he aguantado —Natalia degustó un trozo de pastel—. Sírvete café, creo que Luis tardará un rato, siempre echa una cabezadita con Diego.

—Me lo imagino, le he escuchado cantando una nana.

Marcos obedeció a su amiga y se sirvió un café solo bien dulce. Se sentó enfrente de Natalia dando vueltas aún a la conversación que había tenido con Daniel; aunque lo que realmente pesaba más en su mente era lo que no habían hablado. Distráido completamente, levantó la vista del humeante café que llevaba observando ya un buen rato, cuando Natalia tintineó con la cucharilla de postre sobre su taza.

—¿Dónde andas? Te has ido completamente —Natalia apartó su plato de postre vacío hacia un lado—. ¿Era una llamada importante?

Marcos negó enseguida con la cabeza; no quería darle mayor importancia, solo se había distraído un momento pensando en sus cosas. Pero conocía a su amiga desde hacía mucho tiempo y sabía que no descansaría hasta averiguar qué era lo que le había hecho evadirse de esa manera. Y al fin y al cabo ¿con quién más iba a hablar

sobre ello? Durante los siguientes minutos Marcos la puso al corriente de la visita inesperada de Daniel a la pastelería, después de tanto tiempo sin saber nada de él, y de su cena la pasada noche. Natalia no hizo comentarios y permaneció sentada con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchando todo lo que le contaba. Marcos sabía del carácter analítico de su amiga y no dudó que más adelante habría preguntas. Cuando terminó con los antecedentes le puso al corriente sobre la llamada y la nueva cita de esa noche.

—Y eso es todo. Solo una cita —Marcos esperó la reacción de Natalia. No había profundizado en explicarle que Daniel era el chico del que había estado enamorado tiempo atrás y no estaba seguro de si se acordaría de los malos momentos que pasó en aquella época; sufriendo por el amor no correspondido que le había dejado tocado durante tanto tiempo.

—¿En serio? —soltó Natalia—. Pero vamos a ver; ¿Ese no era el chico del que estuviste enamorado hace años?

Su gozo en un pozo.

—El mismo —admitió Marcos con un suspiro—. Está de vuelta y voy a tener una segunda cita con él.

—¿Y qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara? —Natalia se inclinó hacia él, tocando con la punta de sus dedos el dorso de su mano, mostrándole su apoyo.

—No es nada. Solo me he propuesto disfrutar del momento y olvidar el pasado —jugueteeó con la cucharilla en su taza de café—. ¿Qué más puedo hacer? Le deseo y lo demás no me importa.

Marcos miró a los ojos a su amiga y se dio cuenta de la verdad en sus palabras. Eso era lo que quería, olvidar el pasado, conocer al hombre que era Daniel Román, disfrutar con él y no pensar en nada más. Porque tampoco había nada más en qué pensar. Ambos eran ahora adultos, lo que hubiera ocurrido en el pasado había quedado atrás hacía ya mucho tiempo y de nada servía ahora mantener un rencor adolescente, por mucho que le hubiera hecho sufrir años antes. ¿Qué si había pasado años sintiéndose engañado y abandonado? Que hubiera tenido expectativas de lo que pasaría con Daniel después de pasar aquella noche con él cuando tenía quince años había sido problema suyo. Nada se había hablado de que fueran a tener algo más. Además estaba el hecho de que Daniel en esa época había tenido planes para ir a Madrid y comenzar sus estudios universitarios. Que se hubiera besado y magreado con él, un tonto adolescente, una noche antes de marcharse con su hermano, no tuvo ningún significado nada más que para él. Pero eso ya lo había superado. Había continuado con su vida, había salido con otros chicos, perdido la virginidad y se había enamorado de nuevo; de otros chicos, de otros hombres. Daniel solo era una espinita clavada que tenía la oportunidad de sacarse y eso era lo que pensaba hacer.

Porque no había cabida para nada más.

Natalia le devolvió la mirada durante esos segundos de reflexión y fue como si tuviera la capacidad sobrenatural de leer sus pensamientos. Marcos apartó la mirada intentando evitar que su amiga viera en su rostro lo que él mismo se negaba a ver.

—Eso está bien. Tienes derecho a disfrutar lo que quieras y con quien quieras —hizo una pausa—. Pero no te olvides de tus propias palabras. Ese hombre no es alguien pasajero en tu vida.

—¿Qué quieres decir?

Marcos frunció el ceño y se revolvió incómodo en su asiento.

—Forma parte de tu vida y siempre ha estado ahí, aunque no físicamente. No creo que seas consciente, o que recuerdes, todo el tiempo que has estado enamorado de él. Preguntando por él a tu hermano, pendiente de si podías escuchar algo sobre él, durante años, ¡años! —Natalia se echó hacia atrás, sentada en su silla—. Y todo ese tiempo te has ido cerrando y cerrando cada vez más a las relaciones, hasta convertirlo solo en algo puntual que te sirve de desahogo, sin apenas emociones o sentimientos profundos.

—¡Eso no es cierto! —susurró ofuscado.

—¿No lo es? —respondió con tranquilidad Natalia.

Marcos pensó rápidamente en lo que había dicho su amiga. ¿Tenía razón? ¿Se había convertido en una persona distante y sin emociones en sus relaciones? Entonces le vino a la mente Andrés.

Andrés había sido su primer amante, su amigo y compañero. Su relación a lo largo de los años había sido intensa, fuerte, segura; al principio. Después se había ido diluyendo, convirtiéndose en intermitente, fría y vacía al final. Andrés había desaparecido de su vida bastante tiempo atrás, él había hecho que sucediera, él había empujado la relación, sacándola de su vida cuando se convirtió en algo significativo y duradero. Y después de eso todo había ido discurrendo por los mismos derroteros. Encontraba a sus parejas sexuales fuera de su círculo de amistades, fuera de su entorno vital, alejados de su pueblo, para que no hubiera oportunidad de contacto más allá del sexual. Manteniendo una amistad superficial que servía para satisfacer la necesidad ocasional de paliar su soledad y su lujuria. Nada más. En eso se había convertido su vida amorosa.

—¿Qué quieres que haga? —respondió al fin—. No tienes por qué hacer que parezca algún tipo de trauma. Yo he elegido vivir así, no necesito más.

—¡No pretendo eso y lo sabes! —protestó Natalia—. Sabes que me preocupo por ti. Pero vienes contándome una milonga sobre este tal Daniel que ni tú mismo te crees. Cada uno elige vivir como quiere, tú lo has dicho. Pero no vas a impedirme que vele por el bienestar de mi mejor amigo. Este hombre no es «nada» para ti, es «algo». Por lo menos admítelo. Cuando lo hagas podrás saber lo que quieres de verdad y enfrentarte a ello. Ya sea mantener una relación sexual pasajera con él, o decidirte a hablarle de tus sentimientos.

—Estás equivocada —Marcos se giró en su asiento, encarando a Natalia—. ¿Por qué tendría que hablarle de mis sentimientos? Eso no tiene nada que ver conmigo, está fuera de mi alcance y ya pasó la época en la que solo pensaba en él. No necesito nada de eso, soy un hombre, lo que quiero es follar.

—¡Joder! Con tu actitud, si fueras mujer, seguro que también lo querrías.

Marcos se sorprendió con la respuesta de Natalia y los dos rompieron a reír con el comentario, acabando así con la tensión que había nacido de la discusión. Marcos apartó el platillo y la taza de café frío a un lado mientras meneaba la cabeza con incredulidad. Natalia tenía parte de razón. En el fondo siempre había sido consciente de su forma deliberada de actuar en sus relaciones, marcando las distancias. Pero eso había estado bien y le había servido hasta ahora sin problema para seguir adelante sin complicaciones. Entonces pensó en lo que quería de Daniel. ¿Quería más? Quería un imposible y el miedo a desearlo provocó que su corazón se saltara un latido.

—Puede que tengas razón, pero quiera yo o no quiera, no creo que esté en mis manos hacer nada.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó Natalia.

—Por lo que sé, Daniel Román no es un hombre que se quede mucho tiempo en un mismo lugar y no creo que tenga intenciones de quedarse aquí. No voy a arriesgar mis emociones en algo que sé que no tiene sentido.

Natalia ladeó la cabeza ponderando las palabras de Marcos y asintió despacio comprendiendo lo que quería decir.

—No hablo de que te declares o que le pidas que viva contigo ni nada parecido —explicó—. Hablo de dejar claras las cosas; de que te des la oportunidad de decirle lo que llevas tanto tiempo guardándote. Porque lo sé; no se me ha olvidado lo que sentías por ese chico y lo que significó para ti que se fuera de esa manera, con tu hermano, sin despedirse. Y te conozco, sé que ya has descartado varias veces en tu cabeza afrontar el tema. Sé que has decidido seguir adelante y vivir el momento. Lo malo de tu plan, el fallo que veo es, que si dejas que las cosas sigan así, sin más, no vas a poder avanzar hacia ningún lado. Ya sea con este hombre o con cualquier otro y no porque estés traumatizado, ni mucho menos, sino porque no te das permiso. No te dejas avanzar.

Marcos estaba totalmente sorprendido, aún con las últimas palabras de Natalia resonando en su cabeza, se dio cuenta que había conseguido remover algo dentro de él; algo que aún era incapaz de reconocer. Sentir como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies le puso en alerta. No quería pensar que había estado tanto tiempo atado, restringiendo sus emociones tan profundamente que apenas era capaz de identificarlas. Natalia nunca había sido tan directa con él; siempre había tenido su apoyo, sus palabras de ánimo y consuelo cuando algo había ido mal en sus relaciones. Aunque él no hubiera dado el primer paso para hablar sobre ello, Natalia solía acertar a la hora de identificar sus emociones y siempre le escuchaba cuando tenía algo que decir. Darse cuenta de lo expuesto que había quedado bajo el análisis de su amiga le hizo sentir un escalofrío. No le gustaba sentirse tan vulnerable.

Se levantó de la silla para acercarse hasta el ventanal de la cocina, miró al exterior sin ver nada, en realidad. Apretó los labios con nerviosismo, no quería sentir la intranquilidad que ahora recorría su cuerpo.

—¿Por qué eres así? —le reprochó a Natalia—. ¿Por qué conviertes algo simple en algo tan complicado?

No se giró para enfrentar a Natalia; en realidad no sabía si estaba listo para asumir lo que su amiga le estaba revelando sobre sí mismo.

—Soy como soy Marcos, al igual que tú —Natalia se mostró conciliadora—. No tienes que hacer nada, ni decir nada. Puedes seguir así, como siempre, aislándote cada vez más. Solo pregúntate por qué. Por qué alejas a todos. Incluso a Javier.

Marcos se giró, despacio, moviendo su cuerpo hasta encarar a Natalia. Entonces cruzó los brazos sobre su pecho, como intentando protegerse de algo.

—No sé qué quieres decir —contestó suspicaz.

—Nunca le dices que venga, nunca insistes.

—Él se niega a venir.

—Lo sé, pero tampoco le persuades ni vas más allá para saber sus razones. Hace años que sospechas que algo le pasa o le pasó, pero lo dejas estar.

—No vayas por ahí —le advirtió.

—Como quieras. Tú mismo. Pero sabes que tengo razón.

Natalia se ensañó con sus últimas palabras, haciendo que la sangre bombeara demasiado deprisa hacia su cabeza, provocando palpitaciones en sus sienes. ¿Qué

derecho tenía para hablarle así? ¿Por qué la conversación había llegado hasta aquí? Natalia siempre había sido su amiga, su apoyo; era como una hermana para él. Y esa arma que le había dado tanto tiempo atrás, ese poder, se acababa de volver contra él.

—Puede que tengas razón, o puede que no, pero nadie te ha dado permiso para meterte donde no te llaman —la frustración hizo que las palabras brotaran demasiado duras de sus labios.

—El permiso me lo he dado yo solita —contestó Natalia, con aparente calma.

—Te crees con derecho, crees que todo lo sabes, pero créeme, no es cierto.

Marcos vio como cambiaba el gesto de su amiga, que se incorporó de su asiento y caminó hacia él enfrentándolo cara a cara.

—Pues tienes razón, no lo sé todo, probablemente no sé nada. Pero sí tengo derecho. El derecho que tú me has dado —dijo señalando su pecho con el índice—. El derecho que he adquirido durante todos estos años, el derecho que me da nuestra amistad, el que me da compartir muchas cosas contigo. El derecho que me da el quererte y que tú me quieras, amigo.

—¿Está todo bien por aquí chicos?

Ambos se giraron sobresaltados hacia la puerta de la cocina al escuchar a Luis interrumpir su discusión. Ninguno movió un pelo aún sorprendidos por la intensidad del momento. Se quedaron mirando al hombre que les observaba preocupado, con el ceño fruncido. No se habían dado cuenta que probablemente habían alzado la voz llamando la atención de Luis. Marcos sintió que se ruborizaba, habían llevado la cosa demasiado lejos. Se giró para ver la cara de Natalia; probablemente los dos debían de estar mostrando la misma cara de incomodidad y arrepentimiento. No solía callarse sus opiniones cuando discutía por algo con su amiga, pero esta vez el tema había sido demasiado personal y la herida que siempre pensó que estaba curada y olvidada resultó estar abierta y enconada. Y Natalia se acababa de encargar de hacérselo ver.

—Luis, discúlpanos —Marcos se adelantó a Natalia—. Solo estábamos discutiendo y la cosa se puso algo intensa.

Se giró buscando el apoyo de Natalia, que se acercó hasta su marido y le rodeó la cintura con sus brazos.

—No pasa nada —le dijo—. Perdona, no nos dimos cuenta que estábamos levantando la voz.

—Bueno, está bien. Aparentemente no puedo dejaros solos —tanteó.

Luis le miró de reojo antes de inclinarse para besar la mejilla de su mujer. Probablemente se había hecho un cuadro mental de lo que había sucedido en la cocina en los últimos minutos y había tomado la decisión de mantenerse al margen. Marcos agradeció el gesto; no sabía si podría ser capaz de lidiar con más opiniones por parte de su amigo. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Natalia había conseguido dejar totalmente expuestas sus emociones y eso no era algo que pudiera enfrentar en ese momento.

—¿Tú crees? —comentó con ironía Marcos.

—Por lo menos no ha llegado la sangre al río —bromeó Luis.

—Sí —Natalia sonrió hacia su marido y palmeó con cariño su mejilla—. Menos mal que has llegado o podría haber sido un desastre.

Marcos buscó la mirada de Natalia con la intención de ver realmente cómo estaba la cosa. Sentía la necesidad acuciante de salir de allí de inmediato, pero no quería dejar las cosas mal entre ellos. Que no estuviera de acuerdo con Natalia no quería decir que no entendiera sus razones para pensar lo que pensaba. Aunque estuviera equivocada.

Natalia se giró hacia él y encontró su mirada. Marcos vio la preocupación que él mismo sentía y la necesidad de arreglar las cosas que pudieran estar estropeadas. Entonces supo que todo estaba bien. Porque ambos se preocupaban uno por el otro. Aunque en ese momento no estuvieran muy de acuerdo sobre algunos temas.

Marcos apartó la vista después de guiñarle un ojo a su amiga. Tendrían que hablar, aunque no iba a ser hoy. Se giró hacia la mesa de la cocina con la intención de recoger todo y meterlo en el lavavajillas antes de marcharse, necesitaba hacer algo sin que pareciera que salía huyendo.

—Tú sabes que con nosotros nunca llega la sangre al río —comentó mientras apilaba los platillos y las tazas.

Natalia se acercó con la intención de quitarle la vajilla de las manos.

—¡Espera! No hace falta que hagas eso.

—Sí hace falta, tú has cocinado —la ignoró Marcos.

—Bueno, entonces Luis me ayuda.

—¡Eh! Eso no es justo —se quejó el aludido—. Yo ni siquiera he comido postre.

Los tres se rieron con la misma camaradería de siempre y eso hizo que la tensión en el estómago de Marcos se relajara un poco. Natalia terminó de ayudarlo y pronto se quedaron sin nada que hacer. Tenía que coger la oportunidad al vuelo.

—Chicos me tengo que ir —anunció rápidamente—. Necesito pasar por casa antes de salir esta noche y no quiero que se me haga tarde.

—¿Hoy tienes cita? —preguntó Luis. Se acercó a él para chocar sus manos y empujar su hombro con camaradería.

—Esa es la idea —contestó Marcos girándose para ir hacia el salón y la entrada donde estaba su abrigo.

—Pues ve, pero ten cuidado —Natalia y Luis le siguieron para despedirse—. Quiero saber qué tal ha ido todo después.

Al volverse, ya con el abrigo puesto, Marcos vio la familiar sonrisa de su amiga y la sinceridad y el cariño que siempre le había demostrado. Pasara lo que pasase en su vida sabía que siempre podría contar con ella. Se acercó un par de pasos a ella y se inclinó para envolverla en un cálido abrazo. Besó suavemente su cálida mejilla y le susurró al oído:

—Yo también te quiero.

Entonces sintió los brazos de ella rodeando su cintura, apretando, devolviéndole el gesto de cariño, con emoción. Cuando se separaron, los dos tenían una sincera sonrisa en los labios. Y los dos sabían, lo sabían, que Marcos tendría que afrontar tarde o temprano lo que se había dicho esa tarde en la cocina de Natalia. Para bien o para mal, por muy poco que eso le gustara a Marcos.

El matrimonio esperó en la puerta a que sacara la moto del garaje, se pusiera el casco y arrancara el motor. Marcos saludó con la mano para despedirse mientras se alejaba calle abajo, por el espejo retrovisor vio cómo sus amigos le devolvieron el gesto antes de meterse de nuevo en la casa.

Miró hacia delante, respiró hondo y le dio gas al motor.

Capítulo Diez

Daniel miró de nuevo el reloj y deseó que el tiempo pasara más rápidamente. Llevaba todo el fin de semana pensando en su cita con Marcos y estas últimas horas se estaban convirtiendo en las más largas de la historia de la humanidad. Sabía que la urgencia que sentía por poder encontrarse con Marcos se debía principalmente al deseo que sentía por él. Pero eso solo era la superficie. Por fin, después de tantos años había sido capaz de hallar el camino y la determinación que le habían faltado anteriormente y dado el paso para encontrarse con él y procurar establecer algún tipo de relación. Ya no podía conformarse con saber de él a distancia por medio de Javier, esperando siempre saber cosas nuevas, intranquilo pensando si por casualidad había encontrado a alguien para mantener a su lado.

Había pasado mucho tiempo, después de su marcha del pueblo, intentando olvidar al chiquillo de quince años que había despertado sus emociones, que había conseguido que un chaval de dieciocho años tonto y engreído, pasara la mitad de su tiempo pensando en él y la otra mitad evitando que se le notara. Su amistad casi fraternal con Javier había servido de barrera durante esa época y todos los años que siguieron a partir de entonces. Lo que comenzó como un intento por parte de su amigo de protección a su hermano pequeño, se convirtió en un escudo tan impenetrable que le había mantenido alejado de la única persona de la que había estado realmente enamorado en toda su vida. Ahora necesitaba comprobar que realmente lo que había sentido todos esos años, lo que sentía ahora, era real y no solo una ilusión que había permanecido en su memoria durante tanto tiempo que se había convertido en una idealización.

Desde que conoció a Javier, prácticamente desde el principio, había hecho cualquier cosa por él. Su amistad había sido un apoyo y una fuerza indispensable para él durante esos años de adolescencia cuando se vio rechazado y repudiado por sus propios padres, obligado a vivir una mentira sabiendo el desprecio que sentían ellos por un hijo que no era «normal». Sus padres se esforzaban por hacer todo lo posible porque nadie fuera de su casa advirtiera que tenían un hijo «enfermo» y él tenía que aguantar sus muestras de amor fingido en público. Lo más humillante que había tenido que soportar durante esos años; viviendo en un claroscuro constante donde la luz de su vida era la amistad que encontró en Javier y en los sentimientos que le despertaba Marcos. Aunque nadie lo supiera.

Hasta que su amigo se percató de la forma en la que siempre estaba pendiente de Marcos y decidió advertirle, exigirle, que no se acercara nunca a su hermano. Y él accedió. Por el sentimiento de lealtad y el cariño que le profesaba a su mejor amigo. Y porque comprendía y entendía sus temores. Aunque fueran unos temores nacidos del miedo, del propio dolor de Javier, nacidos de la ignorancia, de la soledad y el desamparo. Porque él pudo entrever, en esa época, los demonios a los que se enfrentaba Javier y supo que debía, tenía, que apoyar a su amigo igual que cuando él le prestaba su apoyo en los momentos más difíciles.

Daniel se había sorprendido al notar la preocupación en la voz de Javier cuando le contó que su hermano pequeño le había confesado que era gay. Javier en un principio se lo tomó como una tontería pasajera de niño queriendo hacer lo mismo que hacía su hermano mayor. Apenas tomaba en serio las preguntas curiosas de Marcos sobre

«cosas de gais» como él decía y zanjaba la cuestión con alguna broma o comentario superficial. Pero la preocupación de Javier estaba ahí y se hacía más patente cuanto más pasaba el tiempo e iba siendo consciente de que Marcos no estaba imitando las maneras de su hermano mayor. Pero Javier había decidido que no dejaría que Marcos sufriera lo mismo que estaba sufriendo él. Su hermano era aún muy joven y no podía dejar que nadie se enterara de su inclinación sexual y mucho menos su padre. Daniel sabía que el miedo de Javier era casi instintivo; su prioridad era proteger a Marcos de las posibles consecuencias que tendría si Francisco se enteraba de todo. Y por eso no dijo nada cuando Javier optó por no tomar en cuenta las inquietudes de Marcos sobre lo que le estaba pasando, ni cuando le ignoraba cuando tenía alguna pregunta que al parecer solo su hermano mayor podía responder. Tampoco dijo nada cuando Javier le advirtió que no se acercara a Marcos, que no le diera alas. No dijo nada porque entendía a su amigo, porque tenía que apoyarle cuando nadie lo hacía, porque estaban solos y era lo que en ese momento parecía lo mejor. Aunque luego se arrepintiera de ello.

Porque aun siendo apenas unos críos los dos tomaron por costumbre sostenerse uno al otro. Y por eso, por esa razón, hizo caso a las palabras de Javier y se apartó lo más que pudo de su hermano pequeño.

Y después de la última noche que pasaron en el pueblo los dos y la promesa que le hizo a Javier más tarde, Daniel supo que lo que había iniciado con Marcos esa noche no tendría nunca una continuación, por mucho que lo deseara.

Pero las cosas estaban cambiando. Él haría que cambiaran, tenían que cambiar. Por su amistad con Javier y por la oportunidad de descubrir, finalmente, lo que sentía por Marcos.

—¿En qué estás pensando?

La voz susurrante de mujer rompió el hilo de sus pensamientos, sacándole del trance en el que se había sumido, aislándose de todo lo que le rodeaba. Giró la cabeza con desgana para encontrar la mirada de Virginia Gavela. La joven sonreía, con la cabeza ladeada, haciendo que su larga melena de cabello castaño ondulado dibujara la línea de su mandíbula, perfilara su hombro y acentuara la curva de su pecho. La postura era totalmente estudiada y artificial. Un artificio de una mujer que se sabía hermosa y conocía la manera de explotar esas sutilezas.

—No es algo que te interese —contentó con suavidad.

La sonrisa de Virginia aumentó sutilmente y agachó una milésima la cabeza entornando los ojos con coquetería. Otro artificio estudiado para intentar cubrir que le había molestado su rechazo.

—Bueno, me tienes aquí olvidada desde hace un rato, sin dirigirme la palabra, con la mirada perdida mirando a través de la ventana. ¿Qué quieres que diga?

—Lo siento. Tienes razón, fue solo un momento de distracción —se disculpó—. Tampoco quise ser grosero.

Virginia aceptó sus disculpas cabeceando en su dirección, sentada en la butaca gemela en la que estaba él mismo, de un estilo femenino y acogedor, desconocido para él. Cruzó una pierna sobre la otra cambiando de postura y se inclinó hacia la mesita de centro para recoger su vaso. Vodka. Era su segunda copa, si había contado bien, en apenas dos horas que llevaba con ella. Dos copas muy cargadas.

—No te preocupes. Ha sido entretenido tan solo observarte.

Desde el principio, desde la primera vez que se habían conocido, Virginia le había marcado como objetivo. Se había centrado en él, al principio, de manera sutil pero contundente. Ahora, después de tres meses, Virginia ponía cada vez más empeño en conseguir su conquista y jugaba menos con las sutilezas y más con las directas. Incluso a pesar de saber que él era gay. Había aprendido a no tomárselo de forma personal. Conocía esa forma de actuar de algunas mujeres. Su madre era igual. Siempre tenían que tener a alguien en su objetivo, aunque supieran que nada iba a salir de ahí. La caza era su entretenimiento y para ellas era divertida y estimulante en sí misma.

—Ni siquiera voy a responderte a eso —Daniel le sonrió y Virginia le devolvió el gesto. Ambos conocían el juego—. ¿Qué te dijo tu padre anoche?

—Aparentemente sigue encantado contigo —se encogió de hombros—. No sospecha nada, incluso sabiendo que eres abogado.

Cuando Virginia se puso en contacto con la Fiscalía meses atrás y después de verificar parte de su historia, la fiscal anticorrupción Castaño Solís habló personalmente con él para pedirle la colaboración en el caso. Esa invitación era algo que no podía rechazar si quería avanzar en su carrera, y quería. Así que se había puesto a las órdenes de la Fiscalía y rendía cuentas directamente con la fiscal Castaño. Aún faltaban piezas en el puzle y las semanas pasaban lentamente haciendo que todos, especialmente Virginia, estuvieran cada vez más tensos. Pero lo que había sido un pequeño hilo del que tirar de una madeja a desenredar, se había convertido en una cesta llena de bovinas entrelazadas, enredadas y todas llevaban a un mismo lugar. Ahora había que trabajar para conseguir que todo encajara, y pronto sería así, o eso esperaba Daniel. Pero la dilatación de las investigaciones a nivel nacional estaba haciendo que la tensión aumentara y cada vez se corría más peligro de que la liebre saltara. Al fin y al cabo Virginia Gavelahabía denunciado a su propio padre, el alcalde de la localidad durante más de dieciséis años, de corrupción y malversación de fondos públicos. Lo que nadie había esperado era que la investigación que se estaba llevando a cabo en la comarca llevaría a los investigadores a conectar la pequeña trama de corrupción de la zona con uno de los casos más importantes que se estaban gestando a nivel nacional.

Su papel durante todo este tiempo había consistido en mantener a raya y dar apoyo a la principal testigo del caso y evitar que hubiera fugas de información. La fiscal en persona le había encargado la tarea de mapear y observar a todos los que estuvieran en contacto con la alcaldía y que resultaran sospechosos para la investigación. Dar a entender que Virginia y él tenían una relación amorosa aparte de laboral le había servido para estar en lugares que de otro modo le hubieran sido imposibles acceder. La fiesta de la pasada noche en la finca del alcalde le había dejado ver una instantánea de los intereses que ahora estaban en la mira de la trama corrupta en la alcaldía. Los informes que dejaba todas las semanas encima de la mesa de la fiscal se analizaban al detalle y toda la información ayudaba a engrosar los pliegos que servirían, más adelante, para construir una acusación firme que implicaría no solo a funcionarios y alcaldes de bajo rango, sino a importantes empresarios y dirigentes políticos de primer nivel.

Virginia Gavela estaba, sin saberlo, colaborando con una de las mayores causas contra la corrupción hasta la fecha. Había que estar alerta. Según las últimas informaciones a las que había podido tener acceso, la investigación estaba bien encaminada. Nadie le había comunicado nada oficialmente, por lo que concernía a todos los agentes implicados en la investigación él apenas existía. Tan solo la fiscal y su oficina recibían informes de su parte y era allí donde le ponían al tanto de los pasos que se estaban dando si lo creían conveniente. La mayoría de las veces estaba a ciegas. La información era escasa y totalmente confidencial. Tener la confianza de la Fiscalía para intervenir en un caso como este era algo por lo que había trabajado durante toda su carrera. Que todo saliera bien durante las próximas semanas era su prioridad absoluta.

Por eso su incipiente relación con Marcos estaba suponiendo para él una gran distracción.

—No te voy a decir nada que no sepas ya, pero la realidad es que tu padre te considera tan solo un títere manejable, sin peligro alguno. Que te juntes con un abogado no significa nada para él —se encogió de hombros—. Lleva demasiado tiempo haciendo lo mismo impunemente. Se siente seguro.

—Lo sé —estuvo de acuerdo Virginia—. Tan solo falló en suponer que su hija tendría la misma moral que él y en pensar que tampoco es lo suficientemente inteligente como para ver que la están utilizando.

Virginia nunca había comentado abiertamente con él las razones que le habían llevado a dar el paso y denunciar los hechos que estaban ocurriendo en la alcaldía de Sierra. Pero había tenido acceso a algunos informes preliminares y después de tantas semanas que había pasado junto a la mujer, pudo hacerse una idea de lo que había tenido que vivir Virginia antes de contactar con la Fiscalía. Servir de cebo, ofrecida en bandeja por su propio padre para distintos empresarios, firmar documentos bajo veladas amenazas, asistir a fiestas donde las drogas, el sexo y el dinero cambiaban de mano con facilidad; maquinado y orquestado todo por su propio padre. Eso parecía ser lo que había estado viviendo Virginia desde hacía poco más de tres años, cuando su padre la había introducido en las listas del partido y él mismo había salido reelegido en

las elecciones. Pero por lo que había podido intuir con la información que había conseguido, el detonante había sido algo que había ocurrido meses atrás en la casa familiar y que había implicado a la madre de Virginia. La mujer había sido hospitalizada semanas atrás a causa de una intoxicación por pastillas. Desde entonces permanecía ingresada en una clínica privada en Madrid.

—¿Qué pasó cuando me fui? —la interrogó.

Virginia alzó una ceja y sonrió de medio lado. El asco y el rencor se dibujaron después en una mueca sobre sus labios.

—Puede que mi padre se haya relajado demasiado confiando en que los que tiene alrededor le guarden las espaldas, sobre todo por lo que ellos mismos pudieran perder, pero no es tan tonto como para iniciar negocios sucios delante de las narices de ningún desconocido —le señaló haciendo un gesto con la barbilla—. En cuanto saliste por la puerta y se deshizo de cualquier mirada indiscreta comenzaron los encuentros con los contactos de la eléctrica. No sé cómo lo harán pero la adjudicación del suministro eléctrico no llegará a concurso, probablemente ya esté adjudicado.

Ambos charlaron durante unos minutos sobre la información que había conseguido Virginia y las personas que habían asistido esa noche a la fiesta. Daniel no quiso profundizar más ya que seguía observando un aumento en la intranquilidad que mostraba Virginia. Prácticamente cada vez que se encontraban la mujer le preguntaba por el fin del periodo de investigación preliminar y él nunca tenía nada concreto que decirle. Tenía que andar con pies de plomo para que ella no se derrumbara antes de tiempo.

—Está bien —dijo Daniel incorporándose—. Tengo que dejarte ahora. Esta semana de momento no regresaré a Madrid, si no hay nada nuevo estos días nos veremos como siempre el viernes aquí.

La casa de Virginia se había convertido en su cuartel general.

—¿Por qué te marchas tan temprano? —se quejó suavemente—. Vas a dejarme sola así, sin más.

—Sabes que no estoy aquí por una visita de cortesía Virginia —se dirigió hacia la puerta para buscar su abrigo—. No soy uno de tus títeres de entretenimiento.

Virginia le siguió hasta la puerta de salida y le agarró por el brazo para retenerle cuando terminó de ponerse el abrigo.

—No eres justo. Solo te interesa lo que te pueda contar sobre mi padre y no pasas ni un minuto fuera de eso conmigo.

—Hago mi trabajo. Además ya sabes lo que hay, no me gustan tus juegos —se giró hacia ella para encararla—. No estoy aquí por gusto. Tú viniste a nosotros, tú pediste ayuda. Ya es hora de que asumas la realidad Virginia, déjate de juegos y céntrate —hizo una pausa—. O busca quién te entretenga en otro lugar.

Las palabras habían sido contundentes, pero no era la primera vez que frases similares salían de su boca y la mujer nunca se rendía. Ese era su juego.

—No quiero otro, los demás me aburren —se cruzó de brazos con una sonrisa vacía en los labios que pretendía ser sensual—. Tú eres más divertido.

—No es cierto —contestó con un tono aburrido—. Tengo prisa y no me puedo entretener más contigo.

Al volverse sintió de nuevo la mano de la mujer sobre su brazo, frenándole otra vez. Su paciencia se estaba acabando y en lo único que podía pensar era en deshacerse de la situación para poder centrarse en su cita con Marcos.

Se apartó de nuevo de la molesta caricia y caminó decidido hacia la puerta de la casa.

—¿Crees que no lo sé? Te escuché antes hablar por teléfono.

Se giró bruscamente y se la quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que sabes?

—Tu cita —dijo con la barbilla levantada—. Es ese pastelero amigo tuyo ¿no? Es muy guapo.

Virginia se rio nerviosamente como si fuera una niña haciendo bromas, cuando Daniel se acercó de nuevo a ella echando chispas por los ojos.

—Te lo advierto, no te metas en mi vida privada.

—¡Vaya! ¿Y cómo es eso? ¿Tú puedes saber todo de mí y yo no puedo mantenerme un poquito informada?

—Nada de eso te incumbe. Y será mejor que lo mantengas así, no me interesan tus juegos Virginia.

—Bueno, no me riñas —se mostró falsamente conciliadora—. Yo solo quiero ayudar. Todo el mundo empieza a pensar que somos pareja, aún cuando a veces se escuchan

viejos rumores sobre tu adolescencia homosexual, nadie da crédito cuando te ven y te muestras a mi lado. ¿Quieres estropear eso? Te recuerdo que estás trabajando, amigo.

Daniel se fijó en el brillo travieso que se traslucía en la mirada de Virginia. La mujer le caía bien, casi siempre, pero cuando se extralimitaba de esa manera le era prácticamente imposible no sentir un profundo rechazo por ella.

—Nunca hemos dicho que fuéramos pareja. Es algo que la gente ha ido asumiendo y que nos ha venido bien por el momento. Evitaré todo lo posible tener que responder directamente esa pregunta si es que alguien me la hace, pero no pienso meterme en el armario para evitar que nuestra tapadera salte —le advirtió—. Los gais tenemos fama de encontrar en las mujeres a nuestras mejores amigas. Si se da el caso, tú serás la mía.

—Entonces ¿qué vas a hacer? ¿Salir por el pueblo del brazo de tu novio el pastelero? Eso podría arruinarlo todo.

Virginia se mostró molesta por el cambio de rumbo que había tomado la conversación y eso satisfizo a Daniel.

—No te preocupes porque eso no se va a dar. Vamos a seguir como hasta ahora, solo que tú vas a dejar de meterte en mi vida privada.

—¡No cuentes con ello! —contestó.

—Si quieres que siga a tu lado no me causes problemas. Y estoy hablando en serio.

Daniel se tiró el farol esperando calmar los ánimos para que la cosa no fuera a más. No quería problemas a estas alturas de la investigación y sabía que ahora era un momento delicado para todos.

—Si quieres que me porte bien, tú también tienes que hacerlo —condicionó—. No puedes salir con él en público.

—Repito. No es cosa tuya, no te metas. Y no hace falta que me pongas condiciones, no vamos a citarnos en el pueblo, ni en cualquier sitio donde nos puedan reconocer —Daniel le explicó para que se callara—. Ninguno de los dos quiere ser el foco de atención de los chismosos en el pueblo.

—Bueno, no tienes que preocuparte. El foco en estos momentos está apuntando directamente a ti y a mí —se regodeó—. Todo el mundo habla de lo guapos que estábamos anoche y lo buena pareja que hacemos.

—¡Dios, dame paciencia! —pidió Daniel—. Y eso ¿cómo ha sido?

—Solo te diré dos palabras «redes»«sociales».

Daniel sacudió la cabeza negando, totalmente frustrado. Él había esperado pasar lo más inadvertidamente posible durante los meses que residiera en el pueblo, pero había calibrado mal la situación. Estar en la misma órbita social que Virginia Gavela le garantizaba ir de boca en boca durante mucho tiempo en adelante.

Entonces se le ocurrió pensar que quizás Marcos se había enterado de su aparición en la fiesta. ¿Qué habría pensado? Le había dicho que pasaría todo el fin de semana en Madrid. Que le pillaran en una mentira al comienzo de su relación y con algo relacionado con una mujer como Virginia Gavela, no parecía ser un comienzo muy adecuado. Aunque quizás no era tan malo como parecía querer pintar Virginia. Marcos no le había dicho nada cuando hablaron algo más temprano. Probablemente ni se había enterado que el alcalde había celebrado una fiesta. Se sintió el hombre más cobarde del mundo, pero cruzó los dedos para que la cosa fuera así.

—No lo vuelvas a hacer.

Daniel hizo contacto visual con la mujer y pronunció las palabras despacio y con una advertencia implícita en ellas. Podía tener manga ancha con algunas excentricidades de Virginia y llegar a tolerar sus salidas de tono y sus estúpidos coqueteos. Pero su vida privada era sagrada, mucho más si eso implicaba a Marcos Cubero.

—Eso no es divertido —se quejó la mujer.

Con todo, Daniel se fijó en el momento en el que comprendió que había excedido el límite y observó cómo se desinflaban sus ganas de seguir molestandole. Hasta la próxima.

—No me importa, ese no es mi problema.

Ahora sí, Daniel se ajustó el abrigo y salió por la puerta escuchando detrás de sí el repiqueteo de los tacones de Virginia que le seguía de cerca.

—¡Llámame mañana! —le pidió, como hacía siempre.

—Ya veremos —respondió—. Nos vemos el viernes si no hay nada nuevo.

Daniel se despidió con un gesto de los dedos sin mirar hacia atrás. No era necesario. Sabía que la mujer permanecería en la puerta hasta que le viera desaparecer al final de la calle. Entonces, como siempre, sintió una punzada de lástima por ella. Pero nada podía hacer, todo estaba en el aire. Para ella, y para él.

Capítulo Once

Daniel aparcó la moto delante de su casa y apagó el motor. El frío de la tarde refrescó su rostro cuando se quitó el casco y le ayudó a enfocarse cuando respiró profundamente. Había estado conduciendo por los alrededores durante más de hora y media. Pensar en todo lo que había hablado con Natalia esa tarde le había dejado descolocado y con una sensación de inseguridad que hacía mucho no sentía. Después del largo paseo en moto había conseguido por fin poner un poco de orden, aunque fuera momentáneo, en sus emociones. Ahora era consciente de que había estado necesitando un toque de atención. Su vida se desarrollaba desde hacía mucho tiempo como si fuera prácticamente la de un autómatas, y tan solo se limitaba a saciar sus necesidades, ya fueran de alimento, emociones o calor humano. Tan solo había dejado un pequeño espacio para las personas realmente importantes en su vida a las que dejaba entrar sin condiciones. Su trabajo y su familia eran el motor que todo lo movía, su principal preocupación y el eje de su existencia. Hacía años que no tenía una relación a la cual poder llamar estable. Y por las palabras de Natalia podía deducir que había estado perdiéndose cosas verdaderamente importantes, que habían afectado a sus seres más queridos, alejándose cada vez más y más de todos.

¿Tan fácil había sido que ni cuenta se había dado?

Marcos abrió su garaje con el mando e introdujo la Ducati para ponerla a buen recaudo. Nunca la dejaba aparcada en la calle. Dejó todo asegurado y entró en la casa por la puerta interior del garaje. Se quitó la chaqueta y dejó el casco en la entrada. Consultó el móvil para mirar la hora. Aún le quedaba tiempo suficiente para ducharse y arreglarse antes de ver a Daniel. Al pensar en él sintió un caos de emociones. Estaba listo para comenzar una relación física con él, lo estaba deseando, estaba seguro. Pero las dudas y la desconfianza rondaban sus pensamientos desde hacía unas horas. Era algo irracional y sin sentido, que no significaba nada, más aún cuando su relación ni siquiera había comenzado; ¿Qué importaba? pero no entendía el motivo que había llevado a Daniel a mentirle. Quizás estaba exagerando y en realidad la invitación a la fiesta del alcalde había llegado a última hora y había sido una obligación laboral más que otra cosa. O quizás se le había olvidado completamente que ese día tenía que acudir a la fiesta y por eso no se lo había comentado. De cualquier manera no podía evitar pensar que Daniel estaba ocultando algo. Como por ejemplo su relación con Virginia Gavela, y cuál era la verdadera razón por la que le había mentido sobre su fin de semana. Javier nunca le comentó sobre si Daniel había tenido alguna vez relaciones con mujeres, así que no sabía nada de ese tema. Pero la realidad estaba clara. Ambos eran prácticamente desconocidos. Apenas sabían nada uno del otro, tan solo tenían recuerdos casi olvidados de una adolescencia compartida y un amor frustrado. Algo realmente patético. Pero Marcos estaba decidido a cambiar eso, definitivamente. Si de algo había servido su charla con Natalia y su paseo en moto seguramente era el darse cuenta que ya era hora de que dejara de perder el tiempo.

No sabía si lo que sentía por Daniel era amor, deseo o encaprichamiento; lo que sí sabía era que quería estar con él. Disfrutar del momento e intentar responder a alguna de las preguntas que rondaban su cabeza desde hacía bastante tiempo. Porque lo que tenía claro, sin duda, era que Daniel no se quedaría mucho tiempo más en el pueblo. Era un hombre que se debía a su trabajo, sin un hogar estable, que podía acomodarse con facilidad en cualquier sitio hasta que llegara un nuevo destino. Su forma de vida era lo opuesto a la suya. Y el único peligro que veía en todo eso, el mayor peligro, era

el de enamorarse de un hombre así. ¿Y cuán tonto podía llegar a ser? Porque creía estar dispuesto a correr ese riesgo, volver a perder el corazón, ahora no por un chiquillo de dieciocho años, sino por un hombre que le quitaba el aliento con solo mirarle. Estaba dispuesto a eso, porque no quería seguir viviendo en su soledad autoimpuesta, porque ahora tenía esta oportunidad con Daniel y no pensaba dejarla escapar.

Aunque más adelante tuviera que arrepentirse de ello.

Sin complejos, sería lo que tuviera que ser. Una sonrisa se asomó a sus labios al imaginar la noche que tenía por delante. Con ánimos renovados se dirigió hacia su habitación para prepararse para su cita. Encendió las luces del cuarto y comenzó a desvestirse dejando la ropa desperdigada por el suelo. Entró en el baño y encendió la ducha dejando que el agua fría corriera hasta alcanzar la temperatura óptima. Observó su reflejo en el espejo con mirada crítica. Ya le tocaba un afeitado, la barba le crecía espesa y dura, solía afeitarla una vez o dos a la semana, más si tenía alguna cita. Le gustaban los looks «barba de tres días» pero para él prefería la cara bien rasurada. Últimamente todos los hombres a su alrededor parecían clones de un mismo prototipo. No deseaba eso para él mismo.

El vapor comenzó a subir enseguida en forma de volutas y agradeció el calor acogedor que le envolvió cuando se metió bajo la ducha. Se enjabonó el cuerpo y el cabello sin perder mucho el tiempo. Le habían entrado las prisas por la cita. Y además aún ni sabía qué iba a ponerse. Entonces ese pensamiento le dejó paralizado por un momento. El agua calló sobre su cabeza esparciendo el jabón que escurrió cuerpo abajo, y una sonrisa tonta apareció en sus labios. Estaba tan nervioso por su encuentro con Daniel que sus pensamientos se parecían bastante a los de cualquier adolescente en su primera cita. ¿Cuánto hacía que no se sentía así? No podía ni recordarlo. La sensación le hizo sentirse feliz y deseó que eso no cambiara por mucho tiempo.

Salió del baño después de haberse secado el cuerpo, frotando con una toalla su cabeza para quitar el exceso de agua de su pelo. Pensó en la ropa que tenía en su armario que pudiera ponerse para la cita y se dio cuenta que no tenía ni idea de dónde irían a cenar esa noche. No creía que Daniel se decantara por algún sitio demasiado formal por lo que pensó en buscar algún vaquero decente y probablemente una camisa. ¿O mejor una camiseta?

Mientras habría su armario para echar un buen vistazo dentro, escuchó el tono de su móvil, señal de que le había llegado un mensaje nuevo. Se acercó hasta la cama donde había tirado el aparato cuando vació sus bolsillos antes de desnudarse y buscó el nuevo mensaje. Sintió un cosquilleo en el estómago al leer el texto. Era de Daniel. Pasaría a buscarle en cuarenta minutos. ¡¿Tan pronto?! Contestó con un escueto «ok» y un pulgar hacia arriba, no tenía tiempo de más, tendría que conformarse con eso.

Dejó caer de nuevo el móvil sobre la cama y regresó a rebuscar en el armario algo apropiado que ponerse.

Encontró unos vaqueros azul oscuro que le quedaban bastante ajustados donde tenían que estarlo, una camiseta gris marengo de cuello bajo redondeado, que definía su pecho y su talle a la perfección y descolgó de una de las perchas su blazer negro, que solía llevar remangado. Puso todo sobre la cama y se giró hacia la cómoda para buscar calcetines, ropa interior y un cinturón que fuera bien con el conjunto. Sus botas negras favoritas completaron el look.

En un tiempo récord.

Dio un par de palmadas en el aire totalmente satisfecho con su labor. Lo siguiente en su lista: afeitarse. De camino al baño recogió la toalla húmeda que había dejado caer al suelo, la metió en el cesto de la ropa sucia y después buscó en el gabinete su máquina de afeitar. Al cerrar la pequeña puerta se encontró mirando directamente su reflejo en el espejo. Los ojos le brillaban y una pequeña sonrisa asomaba a sus labios. Estaba feliz y apenas podía dar crédito a ese sentimiento, provocado nada más y nada menos que por Daniel Román. Se quedó mirando su reflejo durante un par de segundos más y puso en marcha la máquina de afeitar. Estaba deseando saber a dónde le llevaría esa noche aquella excitante sensación.

Al final después de haberse dado tanta prisa le había sobrado suficiente tiempo como para poder sentarse en su escritorio para repasar algunos de los correos que tenía pendientes sin contestar. Estaba demasiado ansioso como para esperar pacientemente sin hacer nada, así que se había puesto manos a la obra con un ojo puesto en su móvil por si le llegaba algún nuevo mensaje. Cuando llegó la hora había logrado responder cinco correos y revisar otros tantos que había dejado para después al no ser demasiado urgentes. Mientras apagaba el ordenador sonó el timbre de la puerta y no pudo evitar dar un respingo por el repentino sonido. Apagó todo y salió del cuarto con grandes zancadas a través del pasillo hasta la puerta. Cuando abrió, un papel blanco doblado revoloteó hasta el suelo quedando tirado a sus pies. Los dos hicieron el gesto de agacharse para cogerlo, pero Daniel fue más rápido y lo recogió para él. El hombre le sonrió, encogiéndose de hombros cuando se incorporó y le tendió el papel. Mientras extendía la mano para tomarlo Marcos le devolvió la sonrisa y le saludó correctamente.

—Hola.

—Hola —contestó simplemente Daniel.

—¿Qué es esto? —preguntó extrañado Marcos.

—No lo sé. Creo que estaba pillado en el filo de la puerta.

Marcos tomó el papel que le ofrecía Daniel sin mirarlo, ya que estaba ocupado echando un vistazo de arriba abajo a lo que tenía delante de él. Ambos se quedaron callados observándose mutuamente por un par de segundos, al parecer disfrutando del momento. Daniel llevaba un pantalón negro de vestir y una chaqueta a juego. La camisa que asomaba debajo parecía ser de color granate, la llevaba desabrochada en

el cuello, sin corbata. Estaba muy atractivo. Cuando se dio cuenta que llevaba más de un par de segundos mirando fijamente la porción de piel que quedaba visible justo por encima de las clavículas de Daniel, Marcos apartó la vista con disimulo y se aclaró la garganta antes de poder hablar de nuevo. No podía creerse lo excitado que estaba.

Levantó la mirada y vio la sonrisa sutil en los labios de Daniel. Parecía bastante feliz. Se había dado cuenta del efecto que había causado en él. Pero los ojos brillantes y la mirada traviesa del otro le decían que también había causado algún efecto en Daniel.

Marcos levantó la ceja derecha y le miró con suspicacia cuando levantó el papelito entre sus dedos y lo agitó frente a sí, para llamar la atención de Daniel.

—¿Entonces no es tuyo? —quiso confirmar Marcos.

—No —contestó sonriendo Daniel.

El papel quedó olvidado entre sus dedos al ver como la sonrisa de Daniel se extendía hasta sus ojos iluminándolos con picardía. En ese momento tenía frente a sí el vivo retrato del chiquillo que fue doce años atrás, y del que se había enamorado tan tontamente. Si seguía por ese camino pronto iba a estar metido en un gran lío.

—No sé si voy bien así para la cena, no me dijiste nada específico —comentó Marcos para intentar disimular su creciente nerviosismo.

—Creo que estás perfecto como estás —Daniel le alabó; entonces dio una zancada acercándose tanto a él que sus cuerpos casi se tocaron—. Lo siento, no te he saludado como es debido.

Daniel alzó su mano derecha e introdujo los dedos por detrás de la fina solapa de su blazer, dio un pequeño tirón y le acercó lo suficiente como para poder rozar suavemente sus labios con un erótico beso, que le dejó con ganas de más. Ninguno de los dos había cerrado los ojos y sus miradas se sostuvieron hasta que Daniel se alejó devolviéndole la capacidad de respirar. Estaba reaccionando como un tímido niño imberbe sin experiencia, y él no era así. Tendría que aprender a controlarlo, o estaba seguro que no llegaría a ningún sitio si continuaba así. No podía dejar escapar el control de la situación, o peor aún, de sus emociones.

—Te has adelantado, yo iba a hacer exactamente lo mismo —Marcos cruzó los brazos sobre su pecho y le guiñó un ojo a Daniel—. Solo me he distraído al verte. Te sienta bien ese color.

Daniel sonrió y aceptó el alago inclinando levemente la barbilla. Marcos se sintió de nuevo en control al ver como su juego de coqueteo afectaba a Daniel. Iba por buen camino.

—Gracias —dijo Daniel, mirándole de frente—. No estaba muy seguro de lo que ponerme.

Marcos se sorprendió gratamente al ver el punto de vulnerabilidad que mostró Daniel al dejar caer esas palabras; dándole a entender que él también estaba nervioso por la cita. Daniel era un hombre que mostraba la seguridad que tenía en sí mismo con cada cosa que hacía, con cada gesto y palabra. Su fortaleza y madurez habían estado ahí incluso siendo un joven adolescente sin mucha experiencia. Esa había sido una de las razones que habían ayudado a que se fijara en él tanto tiempo atrás y por lo que había terminado enamorándose de él. Empezaba a pensar que conocer a este Daniel adulto iba a ser mucho más que excitante. Y no estaba muy seguro de estar realmente preparado para ello.

—Eres un mentiroso —bromeó Marcos para hacerle sonreír—. Entonces ¿dónde vamos? Cojo mi abrigo y podemos irnos.

Marcos caminó hacia atrás mientras hablaba con Daniel y estiró el brazo para descolgar su abrigo de la percha que tenía en el recibidor. Entonces se dio cuenta que aún sostenía entre sus dedos la nota que había recogido Daniel del suelo. Abrió distraído el papel mientras escuchaba la respuesta del otro.

—No está lejos. He escogido un lugar tranquilo que espero que te guste. Dicen que sirve una comida de primera. Recomendado...

Marcos escuchó de fondo como Daniel dejó de hablar al ver como su gesto cambiaba tan rápido como los nubarrones negros en una tormenta de verano. Estaba totalmente concentrado en la nota que leía sin prestarle atención. Sin poder evitarlo gruñó con rabia e impotencia aplastando en un puño la nota de papel y la lanzó con furia contra la pared, haciendo que rebotara y terminara cayendo al suelo rodando hasta una esquina.

—¿¡Ese hijo de puta no puede dejarme en paz!?

Marcos se giró dándole la espalda a Daniel. No hubiera querido que él le viera en ese arrebatado de rabia, pero las cosas habían ocurrido así.

—¿Qué pasa? —Daniel se acercó a él e hizo el amago de sujetarle por el brazo—. ¿Está todo bien?

Tener que dar explicaciones a alguien sobre su vida privada era algo que le disgustaba profundamente. Respiró hondo e intentó tranquilizarse, su enfado no le servía de nada; además hacía días que había decidido cómo actuar frente al problema de su padre, no iba a permitir que estropeará ni por un segundo su noche con Daniel.

—No. No está todo bien, pero lo va a estar.

Marcos se giró hacia Daniel al sentir el toque de su mano sobre el brazo. Parecía realmente preocupado por su reacción así que decidió darle una pequeña explicación.

—Eso —dijo señalando la arrugada bola de papel arrinconada en una esquina—, es mi padre intentando hacer que pague sus deudas de borracho descerebrado. Al parecer piensa que amenazándome va a conseguir algo de mí.

—¿Cómo que te amenaza? No lo entiendo, pensaba que ya no tenías ningún tipo de relación con él.

—No la tengo, pero al parecer últimamente está teniendo más problemas de lo normal con sus deudas y en su profunda estupidez opina que es mi deber como hijo sacarle de ellos con mi dinero.

—Tu hermano me dijo que habías conseguido apartarte de su influencia —Daniel se acercó mostrando preocupación en su mirada—. No dejes que te envuelva en sus asuntos turbios, no es buena idea.

—¿Cuándo te dijo eso Javier? —preguntó extrañado.

—Hace tiempo, cuando le pregunté por ti —contestó rehuendo la mirada.

Marcos se sorprendió por la respuesta lacónica que le dio, sin saber muy bien qué pensar. Después de todo el tiempo que había pasado, se imaginó que Daniel no mantendría conversaciones sobre él con su hermano mayor.

—Pues ni tú ni Javier tenéis que preocuparos por mí. Hace tiempo que aprendí a tratarme con él —contestó con firmeza, mirándole a los ojos—. Si hablo con él será única y exclusivamente para saber si Josefa y su hija se encuentran bien, y para advertirle de que se aleje de mí y de mi hermano.

Marcos dudó un par de segundos pero finalmente le habló a Daniel sobre la visita que le había hecho esa semana la mujer de su padre en la pastelería, y de su preocupación por que ambas estuvieran bien.

—Entonces déjame acompañarte. Puedo ayudarte, quizás intentar convencer a esa mujer de que se aleje también de tu padre por el bien de su hija.

—No. No es buena idea —Marcos se giró para evitar que Daniel viera su rostro. Era tonto y probablemente irracional e infantil, pero no quería avergonzarse así mismo mostrando a Daniel el despojo de persona que era su padre. No quería que en la mente del hombre quedara grabada la imagen de que Francisco y él eran parientes—. Voy a arreglármelas solo. No te necesito.

El rechazo explícito de las palabras sonó demasiado duro incluso a sus propios oídos. No había sido su intención y tampoco había querido ser desagradecido, pero no iba a permitir que nadie arreglara sus propios problemas.

—Está bien —Daniel retrocedió un paso e introdujo las manos en los bolsillos del pantalón, intentando darle a Marcos algo de margen—. Entonces habla antes con tu hermano. También es su padre, y ya es hora de que enfrente la situación.

Marcos levantó de golpe la vista para buscar los ojos de Daniel, sorprendido al escuchar un velado tono acusador en sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —exigió saber.

—Nada —Daniel se encogió de hombros y le miró de reojo, como intentando calcular su reacción—. Solo digo que también es su padre y tú llevas mucho tiempo encargándote de todo. Ya es hora, necesita estar aquí.

Marcos se extrañó al escuchar hablar a Daniel. Quizás era cierto lo que decía, pero hacía mucho tiempo que su hermano había elegido olvidarse de todo lo relacionado con su padre y el pueblo, y él lo había comprendido y asumido como algo lógico y normal hacía mucho. No tenía nada que reprocharle a Javier.

—No lo creo —le respondió con rapidez—. Los problemas de mi padre no son lo suficientemente importantes como para molestar a Javier, sobre todo si yo soy perfectamente capaz de solucionarlos. Ya hablé con mi hermano, no tiene por qué intervenir. Francisco tendrá que asumir sus propios problemas y entender que ya no tiene nada que ver con nosotros. O yo se lo haré entender.

—Tu padre puede ser un borracho hijo de puta que no sirve para nada. Pero si es cierto que está en tantos problemas con gente peligrosa puede que no sea buena idea que te enfrentes a él. Tiene poco que perder, créeme, conozco a gentuza como él. No es lógico que le veas tú solo, puede ser peligroso.

—Daniel, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que Francisco logró ponerme la mano encima, ya no soy un chaval enclenque —un rubor de rabia e indignación cubrió las mejillas de Marcos—. No voy a tener escrúpulos a la hora de defenderme si llega el caso. Y tampoco voy a permitir que te involucres con los sórdidos problemas de mi familia. Javier tiene su vida y yo tengo la mía. Soy yo el que se va a ocupar de este asunto, y no hay más que hablar.

No podía creer que estuviera teniendo esta conversación con Daniel. Su plan había sido mantener su relación lo más superficial posible durante el tiempo que el abogado permaneciera en el pueblo, sin implicarse demasiado emocionalmente y disfrutando todo lo posible de la faceta física de su relación. ¿Por qué había tenido que explotar todo en su cara? Además no había podido suceder todo en peor momento; justo antes de su primera cita. Tener que defender de esa manera su capacidad para resolver los

problemas le retrotraía a su época de adolescente, cuando pasaba su tiempo arrastrando los pies detrás de su hermano mayor, dependiendo completamente de sus decisiones y haciendo todo lo que Javier le decía que tenía que hacer. No pensaba dejarse avasallar por nadie; ni por su padre, ni por Daniel, ni por su hermano. Él era capaz de tomar sus propias decisiones y no necesitaba que nadie cuidara de él.

—Está bien —Daniel suspiró pasándose los dedos entre el cabello de las sienes en un gesto de rendición—. Tú tomas tus propias decisiones, tienes razón. Yo también tomo las mías, después no te quejes si las cosas no salen como habías planeado.

Marcos se acercó a Daniel preparado para enfrentarse de nuevo a él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con suspicacia—. ¿Qué te pasa? ¿Quieres comenzar una pelea conmigo?

—¡No, no quiero! —gritó Daniel apartando de un manotazo los faldones de su chaqueta para colocar las manos en jarras sobre sus caderas—. Lo que quiero es tener mi cita contigo. Llevarte a cenar, disfrutar de una charla agradable y meterte en mi cama para follarte hasta no poder más. No quiero estar aquí peleándome contigo por un pedazo de mierda como tu padre.

Marcos se echó hacia atrás sorprendido por el exabrupto de Daniel. Tuvo que apartar la mirada y morderse los labios para intentar frenar la sonrisa tonta que apareció en su boca al comprender la situación y cómo habían estado perdiendo el tiempo, discutiendo por algo que no tenía importancia para él en esos momentos. Sin poder contenerse más, soltó una carcajada dejando salir la tensión acumulada.

—Eso está bien —contestó levantado una ceja con sorna—. Entonces entra en el coche y espérame, tengo que coger el abrigo. Hay un par de cosas en esa lista que tienes preparada para esta noche que han captado mi atención —hizo una pausa—. Y no se trata de la charla precisamente.

Daniel sonrió al escuchar la orden de Marcos y cabeceó en dirección al coche aparcado frente a la puerta de entrada.

—Tienes diez segundos.

Marcos cogió su abrigo, cerró la puerta de casa y montó en el coche de Daniel en un tiempo record. Echó su abrigo en el asiento de atrás y se colocó el cinturón de seguridad mientras escuchaba cómo Daniel arrancaba el coche y se ponía en movimiento.

—¿He sido rápido o no?

—No sé qué contestar a eso —dijo quejumbroso Daniel, bromeando con él mientras le guiñaba un ojo.

Ambos se rieron, ya con toda la tensión de la discusión olvidada. Marcos, avergonzado, sacudió la cabeza buscando en su mente las palabras adecuadas con las que poder disculparse.

—Siento haberme puesto así contigo —comenzó—. No quiero hablar más del tema pero necesitaba pedirte disculpas. He cargado contra ti sin ninguna razón. No sé cómo he podido...

—Está bien, no es necesario más —le cortó Daniel—. Te entiendo perfectamente. Y acepto tus disculpas si tú aceptas las mías.

Daniel le miró de reojo, manteniendo su atención en la carretera, esperando su contestación. Marcos asintió con la cabeza y alargó la mano para golpear suavemente el brazo de Daniel.

—De acuerdo. Está hecho —asintió—. Pero cambiemos de tema. ¿Qué tal ha ido tu fin de semana? —sin pensarlo mucho lanzó otra pregunta—. ¿Lo pasaste bien en la fiesta del alcalde?

Daniel giró la cabeza repentinamente y le miró a los ojos algo sorprendido. Marcos le devolvió la mirada con una sonrisa maliciosa en los labios. Había decidido no sacar el tema, para no darle importancia al asunto con Virginia Gavela, pero el hecho era que realmente sentía curiosidad por la relación que mantenía Daniel con esa mujer, y qué mejor momento como el presente para intentar satisfacer su curiosidad.

—¿Te has enterado? —comentó perplejo Daniel—. ¡Dios mío! La gente en este pueblo es muy cotilla.

—¿Lo dudabas? —se rio Marcos.

Marcos observó de reojo la reacción de Daniel. Comenzó a golpear rítmicamente con el pulgar sobre el volante de manera nerviosa y frunció el ceño con la vista perdida al frente. Marcos sonrió al verle sufrir. ¿Estaba intentando inventar alguna excusa por haberle dicho que estaría todo el fin de semana trabajando en Madrid? Esa tarde se había dado cuenta de que no tenía derecho a estar molesto por eso; Daniel era libre de hacer lo que quisiera sin tener que dar ninguna explicación. Y de cualquier manera estaba casi seguro de que Virginia y Daniel no estaban teniendo ningún tipo de relación amorosa, por mucho que se empeñaran algunas personas en el pueblo de que eso fuera así.

—Más bien no, solo se me había olvidado —contestó por fin.

—¿Y entonces? —probó a pincharle—. ¿Estás saliendo con la hija del alcalde?

Marcos sonrió con malicia y movió las cejas arriba y abajo de manera cómica haciendo reír a Daniel cuando le miró de reojo.

—¿Me preguntas eso en serio? —bufó poniendo los ojos en blanco—. Me parece que ese no es el caso. Pero te diré que no me lo pasé bien. Solo estuve en la fiesta para que me presentaran a un montón de gente que tiene demasiadas ínfulas y, al parecer, para servir de hombre florero para Virginia Gavela —se encogió de hombros con indiferencia—. Apenas resistí un par de horas. En cuanto pude volví a Madrid.

—¿Tan importante es tener como cliente a esa mujer? —preguntó Marcos con sincera curiosidad.

—Sí.

Marcos esperó unos segundos a que Daniel profundizara en su respuesta, pero el abogado no añadió nada más. Sus dedos volvieron a golpetear nerviosamente el volante y Marcos supuso que ese era un tema privado y confidencial donde no debería meter sus narices.

—Perdona mi curiosidad, no era mi intención molestarte. Al parecer soy tan cotilla como cualquiera en este pueblo —se disculpó Marcos.

Daniel le miró de lado sonriendo y se mordió el labio fingiendo reflexionar.

—Pues no sé si aceptar tus disculpas o no. A lo mejor tengo que ponerte algún tipo de castigo.

—¡Eh! Eso es un poco abusivo, ¿no crees?

—El cotilla aquí eres tú, yo no he hecho nada malo.

—Bueno, eso depende de lo que uno considere malo —continuó con la broma Marcos.

La charla cómplice y los juegos de palabras hicieron que el ambiente algo tenso de unos minutos antes se desvaneciera por completo. Marcos había estado tan pendiente de Daniel que ni siquiera se había fijado en el camino que tomó el abogado. Al principio pensó que estaban dando un rodeo al pueblo para salir a la carretera que llevaba a Mirandilla, pero Daniel había girado de nuevo en una de las intersecciones y cuando se quiso dar cuenta, Daniel estaba aparcado el coche enfrente de su propia casa. Cuando volvió la vista se lo encontró sonriendo, mirándole de reojo.

—¿Se te ha olvidado coger algo de casa? —le preguntó Marcos extrañado.

—No, lo tengo todo —contestó simplemente. Daniel apagó el motor y sacó la llave del contacto—. He pasado el fin de semana fuera de casa comiendo y cenando en restaurantes, estoy cansado de eso, en serio —explicó—. Se me ocurrió que iba a ser más cómodo y tranquilo tener nuestra cena en casa. Y lo cierto es que necesitaba tenerte conmigo a solas. He pensado mucho en ti estos últimos días.

Un sentimiento cálido y excitante se extendió por el pecho de Marcos al escuchar a Daniel. Era evidente que el hombre estaba dando los pasos necesarios para volver a conquistarle, pero no estaba seguro de si debía sucumbir a ello o resistirse y salvaguardar su corazón. Tenía claro que su relación no duraría más allá de las pocas semanas que Daniel permaneciera en el pueblo y pretender que las cosas fueran de otra manera no le llevaría más que a sufrir de nuevo y a tener que volver a su soledad cotidiana con el corazón comprometido. Tenía que procurar mantener a raya sus sentimientos y centrarse en disfrutar todo lo posible del presente y conformarse con lo que pudiera obtener.

—También he pensado en ti —Marcos se desabrochó el cinturón y se inclinó acercándose a Daniel—. Si me llevas dentro de esa casa, te demostraré todo lo que he pensado en ti.

Marcos cerró el espacio que quedaba entre ellos y besó los labios de Daniel. Abrió la boca rozando suavemente con su lengua el tierno labio inferior que se humedeció y quedó brillante de saliva por sus atenciones. Se apartó enseguida esquivando los dedos de Daniel que buscaron impacientes su cuello y su nuca para acariciarlo. Sonrió con picardía al ver el gesto de decepción que se dibujó en la cara del abogado cuando se bajó del coche sin dejarle si quiera rozar su piel. Daniel salió detrás de él y encontró su mirada por encima del techo del coche mientras echaba el seguro. Le sonrió de vuelta y se lamió los labios ligeramente dejándole entender que estaba saboreando su beso.

—Quiero que pases la noche conmigo.

La petición no sorprendió a Marcos, de hecho la estaba esperando, pero eso no evitó que todos sus sentidos se pusieran en alerta, que su piel se erizara de expectación y que la excitación sexual recorriera todo su cuerpo. Tener a Daniel esa noche era lo que más deseaba en ese momento. No veía la hora de comenzar con ello.

Capítulo Doce

La casa que había alquilado Daniel era una de las más antiguas del pueblo. Marcos conocía a los propietarios de toda la vida y sabía que sería un lugar bastante cómodo y agradable para vivir. Daniel llevaba instalado en el pueblo algo más de tres meses, estaba claro que su jornada laboral era cuanto menos ajetreada y que probablemente no tenía demasiado tiempo para pasarlo en casa; descansando o haciendo algo que le gustara, pero Marcos no se esperaba que la casa pareciera tan deshabitada y vacía como la encontró. Al pasar la entrada, donde Daniel le había pedido el abrigo para colgarlo en una de las perchas del recibidor, un salón amplio y abierto asomó casi completamente desamueblado. Tan solo había un gran sofá de cuero marrón plantado en medio de la estancia, un mueble clásico de madera que servía para alojar unos cuantos libros diseminados sin ningún orden, además de una televisión y una mesa de salón con cuatro sillas alrededor tapizadas en unos discretos tonos tierra. Pero lo que más llamó la atención de Marcos fueron las cajas de cartón, llenas de objetos y libros, desperdigadas por cada rincón del cuarto.

No parecía que hubiera suciedad o desorden en la zona, más allá del aire de reciente mudanza que daban a entender las cajas repartidas por el suelo. Una tonta sensación de decepción le recorrió el cuerpo al darse cuenta que la forma en la que vivía Daniel le ayudaba a confirmar que estaba en lo cierto. El abogado no tenía planeado quedarse mucho tiempo más en Sierra. Su vida no estaba allí y probablemente en unas pocas semanas Daniel recogería las pocas pertenencias que tenía en la casa y volvería a donde quisiera que fuera donde estaba su hogar. Probablemente en algún piso coqueto de la periferia de Madrid. Y eso era algo que Marcos no podía controlar. Lo quisiera o no las cosas eran así y en esos momentos lo único de lo que estaba seguro era de que quería pasar esa noche junto a Daniel y disfrutar todo el tiempo posible con él. Y por la manera en la que reaccionaba su cuerpo cada vez que Daniel ponía una mano encima de él estaba completamente seguro de que la noche no iba a ser un desperdicio.

Parado en medio de la entrada, observando todo a su alrededor, intentando descubrir algún detalle importante que le ayudara a conocer algo más del hombre del que quería saber todo, no se dio cuenta del tiempo que había pasado hasta que volvió la vista, saliendo de su ensimismamiento, para buscar a Daniel. Lo encontró observándolo a su vez, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros y una sonrisa ladeada en los labios, esperando a que terminara con su inspección. Sintió algo de vergüenza al verse sorprendido mostrando tanto interés. Carraspeó con disimulo y señaló con un gesto ausente de la mano el desolado salón y los muebles escasos.

—Veo que aún no te has instalado —comentó en tono de broma.

Daniel cabeceó alzando los hombros en un gesto de pesar.

—Aunque no te lo creas mi intención siempre había sido convertir este salón en un rincón tranquilo y cómodo para utilizarlo todos los días después del trabajo, pero como ves no he llegado ni a desembalar. Lo cierto es que casi no paro en casa; todos estos meses han sido un caos de viajes y reuniones. El descanso y el relax han quedado completamente en un segundo plano para mí.

—No creí que ser el abogado de Virginia Gavela diera tanto trabajo.

Daniel se puso alerta en el mismo instante en el que terminó de hablar. Sus hombros se tensaron y la postura cambió a rígida, aun cuando Daniel inmediatamente intentó disimularlo. Para Marcos cada vez estaba más claro que el trabajo que estaba realizando Daniel con la hija del alcalde era algo más de lo que parecía a simple vista. En ese momento se preocupó al pensar que pudiera tratarse de algún tipo de chanchullo ilegal, pero lo descartó de inmediato. No era capaz de imaginarse a Daniel Román metido en asuntos turbios, aunque en los tiempos que corrían estaba claro que todo podía ser. Deseó poder sentirse tan cómodo y cercano a Daniel como para poder permitirse el lujo de preguntarle sobre su trabajo, pero era evidente que no se daba esa circunstancia. Entonces se arrepintió de haber hecho ese comentario capcioso e intencionado. Sentía demasiada curiosidad por la relación que Daniel tenía con Virginia Gavela y eso estaba haciendo que se metiera donde no le llamaban. Quiso disculparse al ver la tensión en los hombros de Daniel pero no tuvo oportunidad.

—Realmente no me gusta hablar de mi trabajo —se encogió de hombros—. Pero te diré que no es solo la señorita Gavela. Estos últimos meses han sido muy duros en la oficina y aún no hemos terminado, pero ya queda poco. Pronto terminaremos con esto y podremos centrarnos en otras cosas.

Y eso era. Pronto terminaría su trabajo con Virginia Gavela y volvería a su vida en Madrid. Y todo terminaría allí; nada que ver con él.

—Bueno, siento haber sacado el tema del trabajo, no quise hacerte sentir incómodo.

—No es incomodidad —contestó con firmeza—. Ven. Deja la charla en la entrada, creo recordar que tenías hambre. Espero que mi cocina te satisfaga algo más de lo que lo ha hecho mi salón. No se parece a la tuya pero es bastante acogedora.

Marcos siguió a Daniel aceptando de buena gana la oportunidad de cambiar de tema y dejar de lado el asunto del trabajo. Porque lo cierto era que sí tenía hambre y que estaba deseando hincarle el diente a algo comestible.

Daniel estaba en lo cierto; la cocina no tenía nada que ver con la suya, pero sin ninguna duda tenía un aire acogedor. Estaba claro para Marcos que ese lugar era el sitio de la casa que Daniel había escogido para sentirse relajado y disfrutar sus momentos de descanso.

La habitación era bastante amplia y la distribución de los muebles era la típica de una cocina; electrodomésticos grandes y funcionales empotrados, cocina de gas con cuatro fogones, lavadora, frigorífico y horno. Muebles de almacenaje en la parte de arriba y debajo de la encimera de granito y una mesa de cocina cuadrada con dos sillas a cada lado colocada debajo de un amplio ventanal que daba a la parte de atrás de la casa. En un lado de la encimera, enfrente de la mesa, había un pequeño televisor de pantalla plana pegado a la pared. Encima de la mesa una pila de revistas y periódicos le

indicaron que ese era un estupendo rincón de lectura y las tres o cuatro clases distintas de paquetes de galletas que había sobre la encimera le hablaron Marcos de los gustos dulces del dueño de la casa.

—Tienes razón en todo, no es como la mía pero es muy acogedora. Me gusta.

—Me alegro. Porque es prácticamente el único lugar de la casa habitable, paso mucho tiempo aquí.

—¿Y el dormitorio? —preguntó Marcos con la ceja alzada, sonriendo.

—Es muy bueno para dormir —bromeó Daniel.

—¿No has probado hacer otras cosas en él? —continuó Marcos.

—De momento no —susurró Daniel sonriendo—. Pero tengo algo en mente.

—Eso es interesante.

Marcos se fijó en cómo el pelo moreno de Daniel brilló cuando el hombre inclinó la cabeza hacia un lado, intentando ocultar la sonrisa que se dibujó en su carnosa boca, al escuchar su provocación. Daniel pellizcó el labio inferior entre los dientes y le miró de lado dejando ver en sus ojos un brillo prometedor que le calentó la sangre en segundos. Repentinamente perdió el apetito por la cena y en lo único que podía pensar era en Daniel y su dormitorio.

—Si sigues así lo único que conseguirás es que nos saltemos la cena y vayamos directamente al postre.

—¿Y qué problema hay con eso? —Marcos se acercó a Daniel y cruzó los brazos sobre su pecho enfrentándolo—. Me encantan los postres.

—Lo sé. Pero no quería que te perdieras nada de nuestra cita.

Daniel hizo un gesto con la cabeza señalando un carrito metalizado con recipientes de aluminio cubiertos con tapaderas que hasta ahora había pasado desapercibido para Marcos.

—No soy un gran cocinero como tú y ni siquiera tengo tiempo para preparar una comida aceptable —explicó mientras tomaba de la mano a Marcos para acercarle al carrito—. Pero soy muy capaz de utilizar mi teléfono para conseguir una cena digna de reyes y que quedes totalmente satisfecho.

Daniel levantó la tapadera rectangular de lo que ahora se daba cuenta Marcos era una mesa caliente, dejando que un vahó aromático con olor a hierbas y carne se alzara para deleitar sus sentidos. Una bandeja con alimentos perfectamente presentados se mantenía caliente esperando para que los comensales disfrutaran de una lujosa cena de carne y verduras.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó Marcos verdaderamente sorprendido.

—Del restaurante *La Selva*—contestó Daniel con un matiz de satisfacción en la voz—. El chef es un buen amigo. No creas que sirven a domicilio a cualquiera —bromeó.

—¡Vaya! Debo de gustarte mucho.

El comentario había pretendido ser jocoso, intentando seguir el tono distendido que habían tenido durante el comienzo de la cita, pero al ver el modo en el que la expresión de Daniel cambió al escuchar sus palabras Marcos se dio cuenta de la verdad que, sin pretenderlo, había expuesto entre los dos.

—No solo es gustar Marcos —Daniel se acercó un paso, agarrándolo por la nuca lo pegó a él, tan cerca, que su aliento calentó sus labios—. No te tengo aquí por capricho; no quiero retomar una amistad infantil olvidada. Quiero que veas lo que siento por ti Marcos, aunque me cueste tiempo, aunque no me creas; te lo voy a demostrar.

Marcos tuvo que sujetarse de los faldones de la chaqueta de Daniel para evitar perder el equilibrio. Los fuertes y suaves labios de Daniel devoraron su boca con ímpetu obligándole a tomar aire con dificultad para evitar perder el sentido. Los dedos en su nuca acariciaban la piel sensible haciéndole estremecer, pero Marcos no fue capaz de quedarse atrás. Pasó sus manos alrededor de la cintura de Daniel para colocarlas en la ancha espalda cálida y fuerte que invitaba a abrazarla. Se pegó al cuerpo de Daniel intentando por todos los medios conseguir saciar algo del ardor que brotaba en esos momentos gracias a la boca y los labios mágicos de su pareja. Sabía que era una batalla perdida teniendo en cuenta la cantidad de capas de ropa que entorpecían su labor, pero nada podía hacer salvo dejarse llevar e intentar conseguir lo que estaba necesitando. Y eso no lo iba a conseguir en la cocina.

Marcos rompió el beso con reticencia y tuvo que apartarse unas cuantas veces más antes de ser capaz de juntar un par de palabras y hablar.

—El dormitorio. Vamos al dormitorio —su respiración era temblorosa.

Daniel se le quedó mirando con los labios entreabiertos y la respiración acelerada.

—No me lo tienes que decir dos veces.

—Pues no me obligues a hacerlo.

Daniel sonrió suavemente haciendo que la picardía llegara hasta sus ojos y utilizó sus pulgares para acariciar la sonrisa que se dibujó en sus labios. Se inclinó una última vez para besarle antes de tomar su mano para guiarle por el pasillo hasta el dormitorio. Al encender la luz y pasar al interior del cuarto Marcos apenas fue consciente de la existencia de una amplia cama cubierta por una colcha azul medianoche que ocupaba gran parte del espacio. Lo demás pasó a segundo plano cuando Daniel se desprendió de su chaqueta y comenzó a desabrochar su camisa. Marcos le imitó y sin perder de vista los movimientos de Daniel se deshizo de su blazer y su camisa que abandonó a los pies de la cama. Los zapatos y calcetines siguieron el mismo camino y antes siquiera de darse cuenta se encontró apartando las manos de Daniel para poder terminar él mismo de desabrocharle la camisa.

Ambos eran morenos, de piel y cabello. Daniel tenía los ojos castaños con tonos miel. Él simplemente marrones. Los dos eran altos y de amplia espalda; Marcos más esbelto, Daniel con los músculos más definidos. Se podría decir que los dos eran muy parecidos. Pero cuando Marcos introdujo sus manos por debajo de la tela de la camisa para apartar la molesta prenda de los hombros del hombre, quedó claro para él que nada en ellos era ni por asomo parecido. La calidez de la piel de Daniel bajo sus palmas, las sensaciones excitantes, explosivas que recorrieron su cuerpo con las primeras caricias le hablaron de lo necesitado que estaba por poder sentir el cuerpo de ese hombre junto al suyo y de lo inútil que era intentar luchar contra ello.

Marcos sacó la camisa de Daniel tirando impaciente de los puños que habían quedado atascados en sus muñecas y se deshizo de la prenda en el mismo montón que la suya. Se inclinó un poco para poder besar con la boca y lamer con la lengua el camino erótico que marcaba la clavícula de Daniel. Sintió el estremecimiento que recorrió el cuerpo de su compañero y sonrió orgulloso por haber logrado esa respuesta tan satisfactoria. Sintió los dedos de Daniel enredándose en los cabellos de su nuca y el tirón que hizo que apartara su atención de su objetivo; el cuello perfumado de Daniel.

—Espera un segundo, no vayas tan rápido.

Daniel se apartó pasándose ambas manos por el pelo y tomando una respiración profunda. Entonces se inclinó a un costado de Marcos y con un ágil y rápido movimiento de su muñeca enganchó la parte superior de la colcha que cubría la cama y se deshizo de ella junto con los cojines, que rodaron a los pies de la cama.

—Eso está muy bien, me gusta tu estilo.

—Cállate y tumbate —Daniel le empujó firmemente en el pecho haciendo que perdiera el equilibrio y terminara tumbado en medio de la cama. Marcos no emitió ningún sonido de queja y tan solo observó a Daniel mientras abría un cajón de la mesita de noche y sacaba condones y lubricante de su escondrijo para tirarlos a un costado de la cama.

—¿Eres de esos? ¿Un mandón?

—¿Quieres saberlo? —Daniel se arrodilló entre las piernas de Marcos y se arrastró hasta llegar a su nivel, cara a cara.

—¿Por qué mejor no me lo demuestras?

Marcos se incorporó lo justo para alcanzar los labios de Daniel y borrarle la sonrisa de la boca. No pudo evitar introducir los dedos en su cabello y tirar firmemente para pegarlo a él. Sintió las manos de Daniel acariciar sus brazos y subir hasta las muñecas. Agarrándole con determinación alejó sus dedos del enredo en el que había convertido su cabello y le aprisionó los brazos por encima de la cabeza. Daniel rompió el beso dejándole insatisfecho y completamente excitado al sentirse restringido. Corcoveó sus caderas intentando aumentar la fricción de sus cuerpos pero ambos mantenían aún los pantalones en su sitio y el roce fue altamente insatisfactorio.

—Mantén las manos ahí —susurró Daniel junto a la comisura de sus labios.

—¿Es una orden? —le desafió Marcos.

Daniel le miró por debajo de las pestañas consiguiendo que su corazón se acelerara. Entonces le robó el aliento cuando bajó unos centímetros y pellizcó con los dientes la carne sensible por encima de la clavícula. Marcos hizo un gran esfuerzo al mantener las manos donde Daniel le había ordenado; sobre todo al comprobar que las intenciones de Daniel no eran permanecer demasiado tiempo en su cuello. El abogado creó un camino caliente y húmedo desde su clavícula hasta sus pezones. Agarró con firmeza sus caderas impidiéndole moverse, evitando que controlara incluso el ritmo que fluía por su cuerpo al compás de las caricias de Daniel. La boca suave y húmeda succionó fuerte sobre el pezón derecho y Marcos sintió la lengua rasposa y resbaladiza titilar sobre la carne, provocando que su vientre ardiera de placer.

Daniel lamió el otro pezón, raspando con su barbilla cubierta de punzantes vellos la piel sensible de alrededor. La dualidad de las sensaciones hizo temblar a Marcos poniéndole en alerta de lo que estaba por venir. Las manos de Daniel sostenían sus caderas cubriendo su piel con pasadas calientes, acariciando con los pulgares el camino que iba desde su ombligo hasta su ingle. Sin poder resistirlo más, Marcos desobedeció a Daniel e intentó utilizar sus manos para apartar la tela de sus pantalones aún abotonados sobre su sexo erguido.

—¡Quítalos! —masculló entre dientes tropezándose con las manos de Daniel cuando intentó abrir el botón —. Están en el medio.

—Estás demasiado impaciente —susurró Daniel, volviendo hasta los labios de Marcos para besar su mohín—. Esto tiene otro ritmo, déjame guiarte.

Marcos estaba perdiendo la cabeza. Hacía mucho tiempo que no dejaba la batuta de sus relaciones a quien quiera que fuera con el que se estuviera acostando en ese momento, y permitir que Daniel le guiara esa noche estaba siendo sorprendentemente fácil para él. Tomó una respiración, capturando el aroma especiado y cálido de Daniel y tiró todo por la borda dejándose llevar.

—Tú conduces —claudicó Marcos—. Espero que sea bueno.

—¿Lo dudas?

Daniel le robó un último beso antes de bajar por su cuerpo regando besos húmedos por el sendero marcado en su pecho y en su abdomen, hasta la sensible piel de su vientre, donde restregó las mejillas rasposas excitándole mientras, ahora sí, desabrochaba los pantalones y le obligó a moverse para deshacerse de ellos y de la ropa interior. El contraste del roce de su parte inferior desnuda con las piernas cubiertas de tela de Daniel fue a la vez excitante y desconcertante. Marcos podía sentir el calor que emanaba del cuerpo de Daniel prácticamente pegado al suyo, rodeándole con sus caderas, acunándole en su abrazo y no pudo evitar tomar la iniciativa para agarrar las muñecas de Daniel, apresándolas entre sus dedos, y llevar sus manos desde sus caderas en una caricia erótica hasta su vientre y su pecho y de vuelta a su vientre hasta llegar a su sexo, que saltó erguido y brillante al contacto con las manos cálidas de Daniel. Marcos perdió el hilo de sus pensamientos y se entregó completamente a las caricias de su amante. Se agarró sorprendido a las sábanas debajo de su cuerpo cuando Daniel tiró desprevenidamente de sus caderas, montándolo sobre sus muslos, acercándolo más a su cuerpo y dejando que sus hombros descansaran sobre las cálidas sábanas. Quedó totalmente expuesto para Daniel. Expuesto a sus manos, a su boca y a sus ojos. Y eso le calentó hasta hacerlo hervir.

—Te tengo que preparar, relájate —susurró Daniel mirándole a los ojos.

—Adelante.

Marcos dejó caer un brazo sobre la cama, por encima de su cabeza y con el otro acarició su vientre y tanteó su polla con la yema de los dedos, intentando llamar la atención sobre ella; necesitaba los dedos de Daniel a su alrededor. Pero Daniel tenía otras ideas. Se inclinó un poco sobre su cuerpo haciendo que sus caderas se abrieran y enganchó su pierna derecha con el brazo hasta hacerla subir a su hombro colocándole en una nueva postura más abierta y accesible. Marcos se mordió el labio inferior para evitar que una protesta se escapara cuando sintió la vulnerabilidad azotando su conciencia. Pero el deseo y el pensamiento de tener a Daniel por fin de la manera que siempre lo había querido, le ayudó a olvidarse del modo controlador en que solía llevar las cosas en la camayespoleó su excitación como nunca nadie lo había hecho.

Daniel utilizó sus manos para acariciar con las palmas abiertas su cuerpo desde la ingle hasta su pecho y de vuelta. Apartó la mano que Marcos estaba utilizando para masturbarse y le indicó con la cabeza el bote de lubricante que tenía a mano para que

se lo alcanzara. Marcos se lo pasó con rapidez y dejó caer de nuevo la mano sobre su vientre; dejarse llevar le estaba costando pero bajo las atenciones de Daniel su mente había desconectado completamente y su cuerpo solo le obedecía a él.

—Tus manos son mágicas —susurró Marcos apenas sin ser consciente.

—No lo sé —contestó Daniel mientras abría la tapa del lubricante—. Creo que tiene algo que ver con tu cuerpo, o algo.

Daniel le guiñó un ojo y Marcos se derritió un poquito más. Quiso hacer el amago de incorporarse para alcanzar su boca y besarle pero Daniel reanudó sus caricias. Estabilizó su postura manteniéndole apoyado en sus caderas, abierto y expuesto a él. Dejó caer un hilo de lubricante directamente sobre su polla y las gotas transparentes se deslizaron a su vientre y a su ingle hasta su ano, empapando su carne. Daniel flexionó la pierna que había colocado sobre su hombro hasta pegarla prácticamente al pecho de Marcos y le indicó con un gesto que mantuviera la postura. Marcos agarró su muslo obedeciendo a Daniel y se mordió los labios atrapando un gemido cuando notó sus pulgares acariciándole el ano. Daniel comenzó a acariciar su polla con pasadas firmes y largas mientras utilizaba los dedos para abrirle. La picazón del primer momento en su músculo cerrado dio paso a la placentera plenitud cuando Daniel dilató su agujero con dos dedos y luego con tres. Los movimientos pausados y rítmicos lo elevaron en una constante de sensaciones que le impedían incluso ver con claridad. Su respiración se alteró e incapaz de tomar aire con normalidad comenzó a temblar con cada una de las acometidas de los dedos de Daniel. Quería sentirle piel con piel, sobre él, cabalgando el placer los dos a la vez sin nada que se interpusiera entre los dos. Ya era tiempo de tomar algo de iniciativa. Marcos agarró de la muñeca a Daniel para llamar su atención y dio un tirón a su brazo para pegarlo más a él.

—Necesito que te quites esos pantalones. Ya.

—¿Crees que me lo vas a tener que repetir dos veces?

Daniel se puso a cuatro patas sobre Marcos y se inclinó para besar su boca; utilizando la lengua y los dientes, arrasando sus labios, antes de bajar de la cama para deshacerse de los restos de su ropa. La dejó en el suelo olvidada y se arrastró de nuevo sobre el cuerpo de Marcos, besando sus pantorrillas y muslos, hasta llegar a su sexo. Se paró allí y raspó su mejilla contra el suave vientre de Marcos provocándole con la sensual caricia antes de, por fin, abrir la boca y tragarse su polla; la cabeza golpeando su garganta. Marcos agitó las caderas y tomó del cabello a Daniel, introduciendo los dedos en los oscuros mechones para tirar de él, intentando apartarlo. La hipersensibilidad de la carne congestionada de sangre le hizo ver las estrellas cuando Daniel utilizó su lengua para explorar el agujero de la uretra y la piel que rodeaba el capullo. No quería correrse así e insistió con el tirón de pelo pretendiendo apartar a Daniel de su tarea. El abogado le ignoró durante unos segundos más hasta que él mismo decidió que ya era suficiente. Los labios de Daniel abandonaron su carne dejando tras de sí hilos de saliva transparente y piel húmeda. Marcos no lo dejó ir muy lejos cuando se apartó; con la mano apoyada en su nuca lo acercó a sí para besarle en los labios mientras alcanzaba entre sus cuerpos la carne erecta de Daniel, gimiendo de

placer sobre su boca al sentir el calor entre sus dedos. Daniel emparejó sus caderas frotándose contra la erección de Marcos haciendo que la fricción fuera placentera para ambos. Marcos tomó las pollas entre sus dedos masturbándolos a los dos, juntando la humedad de una con la otra, emparejando los ritmos. Daniel, acunado en sus caderas, se apoyó sobre un codo para apartar con la mano libre el cabello húmedo de la frente de Marcos, besó la órbita de sus ojos, sus mejillas y sus labios robándole el aliento con la tierna caricia. Bajó hasta su cuello y mordió allí pellizcando la sensible carne resbaladiza de sudor.

—Tengo que entrar ya —susurró con un toque de urgencia en la voz.

—No tienes que repetirlo dos veces —contestó Marcos.

Sonrieron suavemente mirándose a los ojos cuando Daniel levantó el rostro del hueco cálido que había encontrado bajo la mandíbula de Marcos. Marcos se mordió los labios y colocó las manos sobre los hombros de Daniel al sentir sus movimientos, pegándole a su cuerpo, elevando sus caderas para buscar encajar en la posición correcta. Daniel buscó un preservativo y abrió el paquete con los dientes, colocó la goma sobre su miembro y lo deslizó sobre el tallo hasta la base. Marcos apartó las manos de los hombros de Daniel y abarcó con ellas la anchura de sus caderas, tirando de su cuerpo hacia él, buscando el contacto completo. La carne cálida y dura encontró su entrada tanteando suavemente, empujando en el hueco hasta hacerse camino abriendo la apretada entrada que palpitaba de anticipación. Marcos se relajó y amplió la apertura de sus caderas para dejar espacio a Daniel. Sus manos vagaron por cada rincón del cuerpo de su amante que estuviera a su alcance, tanteando los huecos y los planos, excitándose con cada descubrimiento. Los ojos de Daniel brillaron de deseo y su cuerpo tembló cuando alcanzó sus pezones y los pellizcó con avidez. Entonces Marcos perdió el aliento. Su ano se ensanchó aceptando la entrada de Daniel, abriéndole poco a poco con cadenciosos envites y sin poder evitarlo gimió al sentir el grosor de su sexo penetrándolo y haciéndole estremecer. Daniel apoyó la frente sobre su hombro intentando tomar algo de aliento. Aún no le había penetrado completamente y aun así se sentía lleno. Daniel agitó las caderas sujetando sus muslos, pellizcando su carne, sin parar hasta conseguir estar profundamente enterrado en su interior. Los dos gimieron cuando Marcos corcoveó apretando la polla de Daniel en su interior. Ambos en el límite del placer; los suaves y precisos movimientos habían conseguido encenderlos y ahora era el momento de hacer arder por completo sus cuerpos y terminar con lo que habían empezado.

—No me puedo creer lo caliente que estás —susurró Daniel con la frente apoyada en la de Marcos—. Agárrate donde puedas, no voy a parar aún si me lo pides.

—¿Piensas que estoy loco? —contestó Marcos sobre sus labios—. Termina con esto.

Daniel le hizo poner los ojos en blanco con la primera acometida. Sus dientes castañetearon y sintió la penetración de Daniel hasta las entrañas. Entonces tomó aire para lo que estaba por venir. Daniel utilizó sus caderas para marcar un ritmo salvaje *in crescendo* que hizo a Marcos estremecer. Las manos de Daniel rodearon sus muslos anclándolo a su cuerpo, impidiéndole prácticamente cualquier movimiento fuera de su

control. Marcos se sujetó como pudo a los brazos tensos de Daniel y durante varios minutos gozó de los envites de sus penetraciones hasta que, forzando sus caderas, fue a su encuentro. Apretó los dientes y gimió con fuerza al sentir los dedos de Daniel rodeando su polla congestionada de sangre, lista para correrse.

—¡Estoy a punto! ¡No me toques! —exhaló entre dientes sin querer precipitar su liberación.

—Te sigo Marcos, te sigo.

El aliento salió de sus pulmones y vio las estrellas cuando Daniel bombeó su polla con más intensidad. Tensó los músculos internos atrapando a Daniel, constriñendo su sexo, pagándole con la misma moneda. Marcos posó su mano derecha sobre el pecho de Daniel para sentir cómo su corazón corría al mismo ritmo que el suyo. Le miró a los ojos y vio todo el deseo y la pasión que le estaba mostrando con su cuerpo. Las chispas saltaron entre ambos conectándolos por un segundo a otro nivel; los dos deseando lo mismo, todo al alcance de sus manos. Marcos gimió estremecido por el sentimiento que le embargó, abrumado por las sensaciones que inundaron su cuerpo; carnales, calientes y emocionantes.

—Vamos, hazlo ahora —espoleó Marcos—. Haz que me corra.

Daniel aceptó el reto.

Cambió de postura inclinándose hacia Marcos haciendo que envolviera su cintura con los muslos, rodeándolo con las piernas. El ángulo de la penetración cambió y Marcos apretó los dientes por las extremas sensaciones. Daniel comenzó un ritmo infernal, sin parar, sin descanso; horadando su cuerpo con miles de agujas de placer, robándole el aliento hasta hacerle estremecer. Marcos ni siquiera estaba tocándose cuando comenzó a correrse; liberando su semen en chorros gruesos y nacarados que cubrieron su abdomen y su pecho. Perdió el resuello con cada espasmo liberador quedando aturdido por las eléctricas sensaciones que sacudían su cuerpo. Se abrazó con fuerza a la espalda de Daniel, sujetándose a sus hombros. Apretó los dientes cuando sintió la réplica del terremoto sensorial que recorría su sistema, sacudir el cuerpo de Daniel cuando comenzó a correrse también. Un gemido profundo y liberador arrasó las cuerdas vocales de Daniel al comenzar a temblar mientras se corría en el preservativo, dentro del cuerpo de Marcos. Los movimientos erráticos e involuntarios sustituyeron a las estocadas profundas y controladas que habían construido el placer de ambos. Daniel disfrutó de las sacudidas de placer encerrado en los brazos fuertes y acogedores de Marcos, hasta caer totalmente rendido desplomado sobre su pecho, saciado y complacido.

El aroma picante del sexo húmedo los envolvía en ese momento estático en el que solo se escuchaban sus respiraciones cadenciosas y el potente bombeo de la sangre en sus oídos intentado volver a la normalidad. Marcos parpadeó soñoliento, satisfactoriamente agotado por el sensual ejercicio que acababa de tener. Respiró profundamente tomando aire; llenando sus pulmones en ese agradable momento en el que se dio

cuenta de que algo había cambiado. Algo sutil y pequeño pero aun así importante. Todavía con el corazón agitado notó el tenue cambio en su interior. Como cuando llegas a casa después de pasar varias horas en la calle bajo una helada lluvia invernal y eres capaz de entrar en calor de nuevo tomando una agradable ducha caliente. O cuando se te viene el mundo encima por algún estúpido error que has cometido y piensas que es el fin del mundo, pero te das cuenta de lo equivocado que estás cuando aparece alguien a tu lado para apoyarte y echar una mano para solucionar el problema. Mientras estaba sintiendo en ese preciso minuto, en ese instante, que por fin todo encajaba donde tenía que encajar; con Daniel envuelto entre sus brazos, aún en su interior, pasando sus dedos por la nuca de su amante que mantenía su boca sumergida en el hueco de su garganta, Marcos fue consciente de que en ese momento podía respirar. Por fin podía respirar.

Adormilado sintió agitarse a Daniel y le escuchó susurrar algo sin terminar de entenderlo. Intentó abrir los ojos al notar un escalofrío cuando Daniel se incorporó pero ni siquiera eso lo incentivó para hacer un mayor esfuerzo para espabilarse. Estaba demasiado agotado para hacer nada.

—No te muevas, ahora vengo —. Distinguió las palabras de Daniel a lo lejos mientras se alejaba hacia el baño. O eso es lo que supuso cuando notó otaluz más intensa chocar contra sus párpados cerrados y el murmullo del agua al correr muy muy lejos de allí.

Tuvo la sensación de que habían pasado unos minutos en el momento en que sintió el peso del cuerpo de Daniel sobre el colchón junto a su cadera. La luz del baño ya no estaba encendida; tan solo iluminaba la habitación la suave luz ambiental junto a la cabecera de la cama. Marcos parpadeó de nuevo y vio a Daniel observarle con una sonrisa cariñosa en los labios. Tenía una pequeña toalla humedecida en las manos y continuaba desnudo.

—¿Con que eres de esos eh? —preguntó con sorna mientras alzaba la toalla en sus manos para mostrársela a Marcos, pidiéndole permiso para utilizarla.

—No te creas. Solo estaba disimulando —contestó, cabeceando hacia el gesto de Daniel—, esperaba a que me dieras el servicio completo.

Daniel se rio entre dientes al escucharle y comenzó a limpiar con cuidado la piel de su vientre y pecho manchada de semen.

—Entonces eres un listillo ¿no? ¡Vaya! ¿En qué lío me he metido?

—En uno bien gordo ¡Ya te lo digo yo!

Los dos se rieron con ganas completamente relajados, sorprendidos por cómo encajaba todo en ese momento en el que, a veces, había incomodidad e inseguridades.

Marcos le quitó a Daniel la toalla de las manos cuando terminó y la dejó caer al suelo antes de agarrar su brazo con firmeza para llamar su atención.

—Me has dejado agotado —tiró de la muñeca de Daniel acercándolo a su boca y besó la sensible piel de la zona haciéndole estremecer—. Me siento como si fuera de gelatina, hombre.

—A lo mejor tiene algo que ver con el hecho de que aún no hemos cenado —ofreció Daniel con una media sonrisa.

—No lo creo —contestó Marcos mirándole a través de las pestañas con los ojos entrecerrados.

Daniel se acercó más a él, extendiendo su cuerpo junto al suyo, montando una pierna sobre las suyas, apoyado sobre un codo, se le quedó mirando mientras acariciaba con la punta de los dedos su labio inferior. Marcos adormilado y vulnerable sintió la caricia en cada terminación nerviosa de su cuerpo y se estremeció suavemente.

—Te veo muy relajado —Daniel continuó con las caricias—. Pensé que tendrías hambre.

—Y tengo —susurró entrecerrando los ojos—. Pero quiero unos minutos más de cama, el hambre puede esperar.

—A eso me apunto.

Daniel se recostó acomodando los cobertores sobre ambos y utilizó el brazo que le ofreció Marcos de almohada; hociqueando en el hueco que quedó entre el cuello y la clavícula. Marcos acarició la cadera y el muslo montado sobre sus piernas y sintió el cosquilleo de una nueva erección en el vientre. Tan solo quería unos minutos para asimilar el estado en el que se encontraba en esos momentos, y tener a Daniel en sus brazos le tranquilizó sobre manera. La sensación de plenitud que había sentido antes aún permanecía en su mente y en su pecho y no tenía muy claro si eso era bueno o malo. Lo único que sabía era que por el momento estaba ahí y que aún tenía unos minutos para disfrutar de ello, lo demás tendría que esperar.

Cerró los ojos y se dejó llevar sintiendo las caricias de los dedos de Daniel en sus costillas y el cálido aliento en su cuello. Rodeado por la tibieza del hombre del que había estado enamorado tanto tiempo atrás. De momento, no quería más.

Capítulo Trece

Marcos se inclinó haciendo equilibrio sobre un pie para colocarse el zapato procurando no hacer ruido. La habitación estaba en silencio y la oscuridad apenas quedaba rota por la escasa luz que entraba por la puerta entreabierta del cuarto de baño. Eran casi las cinco y media de la mañana y esa era su hora habitual para comenzar el día. Después de la noche que había pasado junto a Daniel la perspectiva de tener que dejarlo para ponerse a trabajar no era muy halagüeña. Desde luego prefería mil veces quedarse unas cuantas horas más acurrucado junto a Daniel pretendiendo dormir. Porque lo cierto era que entre unas cosas y otras apenas había dormido nada.

Después de haberse quedado adormilados durante unos minutos tras hacer el amor, Daniel insistió en levantarse para tomar en la cocina algo de la cena que habían dejado olvidada; aunque fuera una cena ya templada, servida de mala manera en platos que colocaron al descuido sobre la mesa y que la mayor parte fue devorada directamente desde el recipiente que la contenía. Ambos se habían puesto algo de ropa encima y con un tenedor en ristre habían cenado mientras charlaban de cualquier cosa y saciado el apetito que aún no había sido atendido. Habían permanecido en la cocina durante lo que le pareció a Marcos un buen par de horas; la charla fluyó entre ellos con naturalidad y camaradería haciendo que los dos se sintieran a gusto hablando sobre los años pasados que ninguno conocía del otro. Aunque eso había resultado no ser del todo cierto para Daniel. Inevitablemente su conversación les había llevado a tener como tema de discusión sus respectivas anécdotas con Javier; ahí fue cuando Marcos se dio cuenta que durante todos esos años Daniel había estado más o menos enterado de muchos de los acontecimientos que habían ocurrido en su vida, gracias a la información que había conseguido de su hermano. Se sintió algo confuso y avergonzado al darse cuenta que durante mucho tiempo se había negado a preguntar a Javier sobre Daniel, resentido como estaba al sentirse abandonado por él. Y cuando el dolor ya se había diluido, no había conseguido encontrar el valor para averiguar algo sobre él y saciar un poco su curiosidad. Porque, aunque lo hubiera intentado negar durante muchos años, siempre había tenido en mente el recuerdo dulce y amargo del chico moreno, fuerte y caliente que le había roto el corazón con quince años. Darse cuenta de que Daniel había podido recolectar pedacitos de su vida durante todos esos años y que, por su expresión, los atesoraba con cariño, le hizo sentir una ambigua sensación de felicidad y vergüenza a la vez.

Se acercó a la cama donde Daniel permanecía dormido mientras un suave cosquilleo de anticipación comenzó a brotar en su pecho. Tenía que despertarle para despedirse de él, no pensaba marcharse sin decirle nada, y solo de pensar en volver a mirarle a los ojos le hizo estremecer. La noche había sido algo que Marcos difícilmente olvidaría.

Se sentó en el borde de la cama y se inclinó para encender la tenue luz en la mesita de noche. Daniel dormía boca abajo, con el cabello revuelto en todas direcciones, la mejilla aplastada sobre la almohada y emitiendo un ligero ronquido totalmente adorable. El pensamiento le hizo sonreír y se sintió bastante tonto, no pudo evitarlo. Notó cómo los párpados de Daniel comenzaron a agitarse y posó la mano derecha sobre su desnuda espalda para acariciarle y hacerle saber que estaba allí. Su piel estaba tibia y era suave al tacto. Marcos apretó los dientes cuando sintió crecer el deseo en él. Había tenido más que suficiente sexo con Daniel esa noche y aun así su cuerpo seguía reaccionando al hombre. Sospechaba que su libido reaccionaba a cualquier estímulo que viniera de parte de Daniel; ya fuera su cuerpo, su voz, su olor o

su sonrisa. Definitivamente estaba bastante perdido ahí.

Daniel abrió los ojos poco a poco y se deslizó entre los cobertores para quedar boca arriba, pestañeó un par de veces intentando enfocarle y se frotó los ojos como lo haría cualquier niño recién levantado cuando Marcos colocó la mano sobre su pecho para acariciarle.

—Siento despertarte —susurró Marcos—. Me tengo que ir y no quería hacerlo sin decirte nada.

—¿Ya te vas? —preguntó soñoliento Daniel, e intentó incorporarse sin mucho éxito.

—Eh, quieto ahí —se lo impidió Marcos—. No hace falta que te levantes. Aún es demasiado temprano.

—¿Qué hora es? —gruñó suavemente Daniel, buscando la hora en alguna parte.

—Son apenas las cinco y media de la mañana.

—¡Dios mío! Estás loco —se lamentó Daniel—. ¿Cómo puedes levantarte a estas horas? Olvídate de trabajar y quédate aquí conmigo todo el día.

Ofreció jugueteón Daniel, mientras rodeaba con sus dedos la muñecade la mano apoyada en su pecho.

—Eso sería cojonudo, te lo aseguro, pero creo que habría demasiada gente en el pueblo que no estaría muy contenta con esa decisión —Marcos le guiñó un ojo y se inclinó despacio sobre Daniel hasta alcanzar su boca para besarle con suavidad, rozándole los labios con la lengua. Sintió la sonrisa de Daniel bajo su caricia y se incorporó para ver sus ojos brillar con alegría.

—No es justo —frunció ligeramente el ceño aún con la sonrisa en la boca—. ¿Por qué tú sabes a menta? No creo que yo sepa a algo tan agradable como eso —bromeó haciendo una mueca con la boca.

—He utilizado tu pasta de dientes —contestó Marcos riéndose por lo bajo—. Y no te preocupes, lo tuyo tampoco está tan mal.

—Eres un mentiroso, pero bueno, lo dejaré pasar.

Marcos se rio, ahora sí, con ganas y decidió demostrárselo con hechos. Se inclinó de nuevo sobre Daniel e introdujo los dedos en su cabello revuelto sujetándole en la posición que quería.No se perdió la amplia sonrisa de Daniel antes de tomar plena

posesión de su boca e invadirla con su lengua; acariciando las suaves mejillas y los afilados dientes desde el interior. Las respiraciones de ambos se alteraron por el erótico intercambio y Marcos tuvo que apartarse de la tentación encontrando demasiada dificultad al hacerlo. Daniel tomó su mano derecha y la llevo hasta su boca para besar su palma abierta, lamiendo el sensible centro; haciéndole estremecer.

—Me encanta tu sabor —susurró Marcos, sin poder evitarlo.

—Quiero volver a probarte —contestó Daniel; y ambos fueron conscientes de que no se estaba refiriendo ni a su boca ni a su palma.

El ambiente entre ellos había vuelto a caldearse demasiado rápidamente y estaba claro que ese no era el momento adecuado para que eso sucediera. Aunque deseara con todas sus fuerzas quedarse en el lugar en el que se encontraba ahora, tenía que volver a la realidad y ponerse en marcha, o el día sería un completo desastre.

—No descartes esa posibilidad —susurró Marcos.

Entonces se inclinó, picó los labios desprevenidos de Daniel con un beso e hizo un esfuerzo sobrehumano al levantarse de la cama y alejarse un paso del lecho de Daniel.

—¡Espera...! —Daniel se incorporó como un resorte y extendió la mano hacia él intentando atraparlo.

—Me tengo que ir, se me está haciendo tarde —dijo Marcos con urgencia.

Entonces tuvo que reprimirse con esfuerzo para evitar preguntarle a Daniel si quería volver a verle esa noche. Aún con todo lo que había sucedido le fue completamente imposible mostrarse tan vulnerable frente a Daniel, sabiendo que su relación era temporal y que era él el que estaba construyendo, poco a poco, unos sentimientos que le sería muy duro derribar cuando Daniel abandonara el pueblo para seguir su camino.

Pero su corazón titiló cuando escuchó a Daniel ofrecerle lo que había ansiado unos segundos antes.

—¿Podemos vernos de nuevo esta noche? —preguntó con urgencia disimulada.

Marcos dudó tan solo un segundo, avergonzado por desear tanto algo que era casi un imposible para él.

—Quiero verte de nuevo esta noche, pero no me sentiría bien si sé que te estoy perjudicando de alguna manera en tu trabajo; sé que estás muy liado y no quiero interferir.

—El trabajo es trabajo Marcos y si me lo permites, me gustaría pasar más tiempo contigo a partir de ahora, todo el que sea posible, aunque sea poco.

El fantasma de la marcha de Daniel pasó entre ellos y los dos fueron muy conscientes.

—Entonces está hecho —cabeceó Marcos, asintiendo a la propuesta de Daniel. Tampoco quería desperdiciar el tiempo—. Aunque sea poco, mí tiempo es tuyo. Nos vemos esta noche, entonces.

Marcos deseó volver a acercarse a la cama para dar un último beso a Daniel, pero consideró la idea y decidió que lo mejor era ponerse en marcha, porque probablemente, si se acercaba, no sería capaz de volver a alejarse en un buen tiempo.

—De acuerdo, te llamo después —Daniel encogió las piernas y las rodeó con sus brazos mientras sonreía al ver salir a Marcos por la puerta.

Marcos se despidió con un gesto de la mano y salió rápidamente de la habitación, devolviéndole la sonrisa a Daniel y sintiendo en el pecho una chispa de felicidad difícilmente controlable y totalmente absurda y pueril. O eso es lo que se dijo a sí mismo.

Se abrigó en la entrada, aún con la sonrisa tonta en los labios, y abrió la puerta de la casa de Daniel para salir a la neblinosa y oscura mañana de invierno que le recibió. Cerró tras de sí y emprendió el camino hacia su casa. Tan solo se tardaban poco más de ocho minutos en ir andando desde la casa de Daniel hasta la suya, no era demasiado esfuerzo para él. El viaje en coche que le había traído hasta allí había sido totalmente innecesario, pero le había gustado el detalle que había tenido Daniel al recogerlo en su casa con su coche.

Marcos caminó con los hombros encogidos pretendiendo resguardarse del frío. Atravesó la espesa niebla tan típica en esa época del año, intentando apurar el tiempo. Se le había hecho un poco tarde y aún tenía que pasar por casa para cambiarse de ropa, se había duchado en casa de Daniel, pero consideró que los minutos extra pasados con él bien merecían la pena.

Cuando llegó a su casa se paró enfrente de la puerta y metió la mano en el bolsillo para buscar las llaves. Mientras caminaba no había sido consciente de si había alguien en la calle tan loco como para estar a esas horas fuera de casa. Por eso se sobresaltó al darse cuenta de que alguien se acercaba a él siguiendo sus pasos. Inconscientemente se puso alerta; los vellos se le pusieron de punta y el cuerpo tenso, apenas sin darse cuenta de que estaba reaccionando instintivamente. Los pasos apresurados y secos de alguien caminando en su dirección se escucharon claramente antes de que Marcos fuera capaz de distinguir la silueta de un hombre envuelta en la niebla. En el momento en el que introdujo la llave en la cerradura la figura de la persona que se acercaba a él se hizo nítida y Marcos comprendió que su estado de alerta se había activado precisamente porque conocía a la perfección a su visitante nocturno. Apretó los dientes

con rabia contenida y respiró profundamente para intentar encontrar algo de cordura para poder sobrellevar lo que imaginaba que se le venía encima. Sacó la llave de la cerradura y se enfrentó al hombre parado enfrente de él.

—¿Qué haces aquí Francisco? —no pudo evitar que el desprecio se filtrara en cada una de sus palabras.

Su padre se había quedado parado frente a él con un gesto de asco dibujado en su rostro, como si Marcos fuera una cucaracha gorda y apestosa a la que tendría que pisotear. La mueca le sorprendió, sobre todo teniendo en cuenta que el único que podía provocar arcados por su comportamiento y apariencia era el propio Francisco. Llevaba puesto unos pantalones vaqueros que daban la impresión de haber sido utilizados unos cuantos días de pijama, y una parka abierta que dejaba ver una camisa arrugada y mal abrochada que cubría una barriga cervecera bastante desarrollada. La cara de Francisco era penosa; la parte derecha era un morado considerable que cubría parte de la frente, el ojo y el pómulo. Y tenía la boca hinchada donde estaba claro que alguien le había partido el labio a conciencia. El olor a alcohol rancio y a sudor le llegaba incluso a la distancia de dos metros y estaba claro para Marcos que el estado de embriaguez de su padre hacía mucho tiempo que se había vuelto crónico.

—¿Así me saludas? ¿Después de tanto tiempo sin preocuparte de lo que ha sido de tu viejo? —Francisco gruñó articulando las palabras con visible dificultad—. Eres un hijo mal agradecido.

Marcos se armó de paciencia. No tenía intención de montar un escándalo de madrugada en la puerta de su casa. Apretó los dientes y contestó controlándose al máximo.

—¿Qué haces aquí Francisco? —volvió a preguntar, ignorando ostensiblemente las puyas de su padre.

Francisco apartó los ojos rehuendo su mirada y la mueca de asco en su rostro se hizo más visible. Marcos le escuchó murmurar entre dientes pero no fue capaz de distinguir ninguna de sus palabras. Tomó aire y esperó dos segundos cargándose de paciencia. Sabía lo que su padre pretendía, y desde luego no había pasado por su cabeza el ayudarlo en lo que pretendía, pero quería minimizar de alguna manera las posibles consecuencias que su negativa tendría sobre su padre, y si para ello tenía que perder unos minutos preciosos escuchándole eso era lo que iba a hacer.

—Me lo preguntas como si no supieras —vocalizó de manera atropellada—. Bien lo sabes. ¡Bien lo sabes tú! —subió el tono señalándole con el dedo—. Josefa habló contigo; te dijo lo que me había pasado y lo que necesitaba ¡Y ni siquiera te has dignado a ir a visitarme! ¿Qué hacías eh? ¿Qué hacías? Yo sé, no me lo digas, yo sé lo que hacías... Despojo... Basura...

Marcos distinguió a duras penas los últimos balbuceos de su padre e intentó que los

insultos no le afectaran demasiado; al fin y al cabo eran casi piropos viniendo de donde venían. El resto de su diatriba escasamente tenía sentido para él.

—Josefa vino a verme, sí. Y supongo que sabes lo que le dije, entonces, no sé qué haces aquí. No tengo nada para ti, tus problemas son tuyos. Arréglatelas solo porque no vas a conseguir nada de mí.

Marcos lo encaró y no dejó que su padre esquivara su mirada, buscándolo, para dejarle claro que estaba hablando completamente en serio.

—¡Un mal hijo desagradecido! ¡Igual que el maricón de tu hermano! —se alteró Francisco—. Tienes dinero suficiente. ¡Sé que esa vieja odiosa te dejó todo! Tienes dinero para mí y vas a permitir que unos malditos mafiosos acaben con mi negocio y me hagan papilla ¿Qué he hecho yo para merecer un hijo como tú? —gimoteó Francisco.

Lo grotesco de la pregunta y lo ridículo de la situación eran como para hacerle reír a carcajadas; si no fuera por el hecho de que Marcos tenía grabado a fuego la clase de padre que era el hombre que tenía enfrente. Escucharle hablar de esa manera estaba enervando su paciencia y revolviéndole el estómago y no creía posible que su aguante llegara a dilatarse mucho más.

—Te lo voy a decir una vez y solo una vez —Marcos se cruzó de brazos enfrentando a su padre y se acercó un paso en un gesto amenazante—. No tengo nada para ti. Me da igual cuáles son tus problemas y con quién tienes líos de dinero o de lo que sea. Hace mucho tiempo que dejaste de ser un problema para mí y quiero que eso siga siendo así —continuó—. No tienes permitido volver a acercarte a mí o a mi hermano nunca más. No nos hables, no nos busques y no te metas en nuestras vidas. Vete de aquí o seré yo el que se encargue definitivamente de tu negocio de mierda.

Cuando terminó de hablar Marcos vio en los ojos de su padre que a pesar de estar borracho, había comprendido que nada podía sacar de su hijo pequeño, que había fracasado. Marcos le vio recular torpemente, tropezando con sus propios pies para alejarse de él metro y medio y ahí fue cuando la mueca de disgusto y repugnancia volvió al semblante de Francisco, que lo miró de reojo preparando la metralla que acertaría justo en su corazón. Marcos había bajado la guardia tan solo un segundo, un segundo insignificante que era menos que nada en comparación al resto, pero que le dejó vulnerable a lo que estaba por venir y sin capacidad para rearmarse al escuchar las palabras que salieron por la boca de Francisco, convirtiéndole en un hombre capaz de cualquier cosa.

—Ahora te haces el macho, el hombre. Pero hace unas horas bien que estabas ofreciéndole tu culo a esa maricona ¡Ese perverso que se follaba a tu hermano cuando quería! —Francisco comenzó a balbucear incoherencias entre insultos, haciendo aspavientos con las manos mientras se alejaba de Marcos con una mueca repugnante en los labios—. ¡Ese abogado maricón! ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no lo sé? Tenía que haberle dado una paliza igual que la que le di a tu hermano ¡sí! ¡sí!

Pero el muy degenerado me atacó por la espalda y no pude defenderme ¡Tendría que haberle dado una lección como la que le di a Javier! Lloraba como una niña esa noche, esa noche no era nada, ¡nada más que una asquerosa niña!

Apenas habían pasado unos pocos segundos desde que Francisco había comenzado a despotricar sin apenas hacerse entender, pero a Marcos le parecieron una eternidad. Las palabras de su padre llegaban a sus oídos con sorprendente nitidez y cada una de ellas se clavó en sus sentidos como agujas punzantes, desgarrando sus entrañas, haciéndole sudar frío. Entonces un pitido sordo se acopló a sus oídos y todo lo que escuchó fue el frenético latido de su propio corazón. Ni siquiera fue consciente de haberse movido para abalanzarse sobre Francisco, pero efectivamente lo había hecho. Lo agarró por la parte delantera de su parka y lo estrelló contra la pared, sacudiéndolo con fuerza mientras trataba de hilar dos pensamientos seguidos, totalmente convulso como se encontraba.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? —espetó Marcos entre dientes con las muelas apretadas.

Francisco debía encontrarse en un estado de irrealidad parecido al que se encontraba él mismo, porque ni siquiera cuando Marcos apoyó el antebrazo sobre su pecho, aplastándolo, el hombre fue capaz de callarse.

—¡Sois todos unos malditos degenerados! Tendría que haber terminado con él aquella noche...—dijo soltando espumarajos al hablar, la cara roja de rabia—. No merecéis vivir ¡Muertos! ¡Tendría que estar muertos! Y pensar que sois mis hijos...

Marcos no pudo seguir escuchándole más.

—¡Cállate! ¡Cállate ya! —Marcos sacudió a Francisco golpeando su cabeza contra el muro con cada sacudida—. No vales nada, no eres nada. Eres menos que nada. Si no desapareces de aquí en segundos voy a ser tu peor opción entre los prestamistas y yo. No me importan tus balbuceos de borracho, no me importa si te pudres o te mueres. Aléjate de aquí y olvídate de este maricón porque si no lo haces vas a ser tú el que no se olvide de mí.

Marcos acabó su diatriba levantando a su padre prácticamente del suelo y arrojándolo a un lado haciéndole trastabillar para evitar terminar sentado en el suelo sobre su propio culo. Mientras Francisco se alejaba de su lado vomitando insultos y tropezándose con sus propios pies, Marcos hizo un esfuerzo sobre humano intentando calmarse. La adrenalina corría por su cuerpo hormigueando desde la punta de sus dedos hasta la planta de sus pies. Un temblor incontrolable le recorrió por completo al darse cuenta del deseo imperioso que había sentido durante unos segundos de estrellar la cabeza de su padre contra el muro y acabar de una vez por todas con todo. Y de repente, en ese instante, sus oídos se colmaron de nuevo de las balbuceantes palabras que había arrojado Francisco a su cara. Ni siquiera había podido asimilar completamente la información incoherente que había soltado su padre entre exabruptos e insultos. Y ahora, aún con el corazón acelerado en su pecho, iba tomando conciencia del significado de las palabras de Francisco.

Algo había ocurrido doce años atrás cuando Javier y Daniel habían salido del pueblo tan precipitadamente sin decirle nada a nadie, sin ni siquiera avisar. Como un autómatas recuperó las llaves de su bolsillo y las introdujo en la cerradura para abrir la puerta y entrar dentro de su casa. Casi darse cuenta de los movimientos que hacía, se dirigió al salón y se sentó en el sofá. Entonces comenzó a analizar palabra por palabra todo lo que recordaba de su conversación con Francisco. Unos minutos después, con el estómago revuelto y una sensación de irrealidad en el cuerpo, se levantó de su asiento y caminó por el pasillo hasta su dormitorio, desprendiéndose de sus ropas para buscar en el armario una muda limpia. Tenía que prepararse para ir a trabajar y con todo lo que sabía, o creía saber, solo le quedaba una alternativa.

Tenía que enterarse de una vez por todas que era lo que había sucedido en aquella época y aun así temía las posibles respuestas. Porque si lo que estaba imaginando era por casualidad remotamente cierto, no estaba seguro de ser capaz de volver a mirar a la cara a su hermano alguna vez.

Francisco dobló la siguiente esquina huyendo como un demonio mientras maldecía a su hijo pequeño ¡¿Por qué había tenido tan mala suerte en la vida?! ¿No había hecho ya lo suficiente por sus desagradecidos hijos, como para encima tener que soportar que se negaran a ayudarlo, cuando tenían la obligación de hacerlo? Estaba claro que si quería solucionar el problema tendría que hacerlo él mismo.

Cuando ese pensamiento comenzó a abrirse paso a través del embotamiento alcohólico de su mente, tuvo que pararse en seco y apoyarse contra la pared al sentir un terrible dolor que le atravesó el cráneo y se incrustó en la parte de atrás de su ojo derecho. En los últimos días apenas había sido capaz de mantenerse consciente a causa de los dolores provocados por la paliza que había recibido por parte de los hombres de Mariga, y el hecho de que su hijo golpeará unas cuantas veces la pared del edificio con su cabeza no ayudó demasiado. Necesitaba beber algo con urgencia. Las ideas y el tiempo se les estaban acabando y sentir el cuerpo más adolorido después de su charla inútil con el maricón de su hijo había perdido las ganas de insistir con él en lo del dinero. Francisco retorció el gesto y escupió con poco tino en el suelo, manchando su propia ropa, para dejar claro que le repugnaba lo que habían terminado convirtiéndose sus hijos. ¡No uno! ¡Los dos!

Apretó los dientes cerrando los puños sobre sus sienes para intentar frenar el continuo dolor sordo que golpeaba su cráneo. Necesitaba más alcohol.

En el bar aún había una buena reserva de ello aunque en unos cuantos días tendría que entregarlo todo —suministros, local— a los tipejos a los que les debía tanto. Mejor que estuviera en su estómago que en las manos de semejantes perdedores.

Francisco bizqueó mirando a su alrededor intentando discernir donde coño estaba. La

espesa niebla aún no se había levantado y sus ojos no debían de estar muy bien porque lo veía todo bastante borroso. Pero eso ahora no era lo importante. Necesitaba llegar hasta su bar; era el único lugar donde podría conseguir algo de paz para pensar en alguna solución. Pero lo más importante era que allí podría conseguir alcohol. Chasqueó la lengua con disgusto mientras se incorporaba para continuar su tambaleante camino de borracho. Si por él fuera no le entregaría ni una mísera cucharilla de su local al malnacido estafador de Mariga. Sabía que a pesar de entregarle el local dentro de unos días el mafioso iría tras él hasta conseguir que le pagara en metálico el dinero que le debía. Había recibido un nuevo mensaje en su móvil la pasada madrugada. Mariga no estaba conforme con su retraso. El bar había pasado a ser el pago devenido de los intereses. ¡Ja! Lo que querían era desplumarle completamente y robarle todo lo que poseía. Si pudiera huiría de allí con lo que le pertenecía, dejando todo atrás y ¡que les jodieran a todos!

Arrastrando los pies con torpeza llegó a la calle donde se encontraba su negocio y a través de la neblina vio la descascarillada fachada parduzca a la que le hacía falta un buen mantenimiento. Gruñó con desprecio; ya no sería más su problema. Si estuviera en sus manos tomaría un martillo y arrasaría con todo para dejar lo menos posible en el bolsillo del desgraciado de Mariga.

La idea brotó como un geiser de alcohol en su mente embotada, brillando como un foco incandescente para iluminarle el camino que debía seguir. Con torpeza buscó las llaves del local en sus bolsillos y abrió la puerta principal, encendiendo las luces que tenía a mano hasta llegar a lo que él llamaba su despacho. El sitio estaba tal cual lo había dejado unos días atrás; totalmente desordenado y con el suelo manchado de su propia sangre seca. Nadie se había molestado en limpiarla. Gruñó unos cuantos insultos al aire y se lanzó al barullo de papeles y sociedad que inundaban su mesa. Estaba completamente seguro que lo que buscaba se encontraba en unos de los cajones. O quizás en la gruesa carpeta que utilizaba de vez en cuando, cuando se acordaba, donde metía las cosas que pensaba eran importantes. Rebuscó durante unos minutos maldiciendo entre dientes al no dar con lo que estaba buscando.

Entonces, en una de las carpetas olvidadas debajo de la mesa, lo encontró.

El seguro del local.

Bizqueando por el dolor y la doble visión alcoholizada, Francisco ojeó los papeles, susurrando y hablando para sí mismo. Cuando levantó la vista sonrió mostrando los dientes amarillentos y soltando una carcajada que rebotó en el techo amplificando el sonido. No pensaba dejar que nadie le tomara el pelo. Guardó la documentación que creyó necesaria doblándola en tres partes y metiéndola en el bolsillo interior del abrigo. Entonces se levantó de la silla y comenzó a buscar de nuevo. Esta vez estaba casi seguro de en donde encontraría lo que estaba buscando. Fue a la parte de atrás del cuarto tropezando con los trastos desperdigados por allí y apartó un par de cajas tirándolas al suelo, volcando su contenido. Y allí estaba. Olvidado en una esquina.

Un bidón completamente lleno de gasolina.

Capítulo Catorce

—¡Rosy! ¿Cómo van esos panes? —Marcos gritó sobre su hombro sin ni siquiera mirar hacia atrás.

—¡Casi listos! No te preocupes los tengo vigilados.

—De acuerdo. Tenemos prisa pero no los quiero crudos —ordenó—. Sácalos a su tiempo.

—¡Hecho!

Los dos continuaron con su trabajo, olvidándose del otro, concentrándose cada uno en su tarea, intentando que las cosas estuvieran a tiempo. La prioridad era el pan y la bollería de desayuno. Después irían los bizcochos para tartas, hojaldres y pastas. Hoy no habría mucho descanso si querían tener todo en orden y a tiempo.

Marcos había llegado a trabajar más de media hora tarde. Apenas le había dado tiempo a encender los hornos cuando Rosy llegó para unirse a él, algo sorprendida por el retraso de su Jefe. Marcos tuvo que darle una excusa superficial para dejarla tranquila y que no insistiera con el tema. Le estaba costando concentrarse en la tarea, pero gracias al trabajo manual y reconfortantemente familiar lo estaba consiguiendo, y parecía que iban a poder llevar todo adelante. Apenas faltaban unos minutos para que Marga llegara y empezara a colocar todo en los mostradores y las vitrinas. Podían conseguir perfectamente tenerlo listo para cuando ella entrara por la puerta.

Cuando sonó la alarma de uno de los hornos se acercó enseguida para echar un vistazo.

—Esto ya lo tienes Rosy —avisó—. Trae una de las cestas grandes de mimbre y lo vamos colocando.

Rosy obedeció y llevó hasta él la cesta que había pedido.

—Aquí —Rosy fue colocando a buen ritmo los panes que le iba pasando Marcos sobre la superficie plana de mimbre. El olor del pan recién hecho era embriagador—. Con tanto lío no te he preguntado qué tal *tufinde*. ¿Descansaste?

Marcos giró la vista un segundo hacia Rosy buscando su mirada. Estaba claro que lo que quería era algo de información sobre su posible cita con Daniel y lo que había sido de la nota, pero ese era un terreno en el que no le iba a dejar entrar. Ni él mismo sabía muy bien cómo había ido la cosa.

—Sí, descansé —contestó vagamente—. Salí con unos amigos anoche.

—Sí, bueno. No quiero ni saber dónde estuviste para haber olvidado dónde dejaste las llaves.

Esa había sido la excusa tonta que le había dado para cubrir su retraso en el trabajo. No encontrar las llaves para poder salir de casa verdaderamente era una excusa simple, pero era lo primero que se le había ocurrido.

—¿Qué pasa? ¿Creías que se lo iba a contar a una niña como tú?

Seguirle la corriente a Rosy y bromear con ella le estaba ayudando muchísimo a desconectar de todo lo que había pasado esa mañana temprano. Le vino a la mente el pensamiento de que pronto tendría que llamar a Javier. Necesitaba hablar con él, la irracional urgencia que estaba sintiendo no tenía ningún sentido. Tenía que enfriar la cabeza o con seguridad hoy cometería algún error tonto en el trabajo.

—No sé yo si quiero oír cosas raras viniendo de ti. Tener demasiada información sobre tu Jefe no debe ser nada bueno—bromeó Rosy.

—Tienes razón, esa es una buena idea —le siguió la broma—. Nada de información comprometida sobre el Jefe.

—¡Eh! ¡No vale! Solo estaba bromeando —protestó con un pan en cada mano—. Lo que quieres es ocultarme lo interesante. ¡No es justo! Yo siempre te cuento mis cosas.

—¡Exacto! Y agradecería que dejaras de hacerlo —contestó Marcos con el ceño fruncido y aguantándose la risa.

Rosy entonces comenzó un monólogo sobre los pros y los contras del hecho de compartir secretos escabrosos o no tan escabrosos entre jefe y empleada-barra-amiga. Marcos se entretuvo unos buenos minutos metiéndose con ella y haciéndole rabiar. En el fondo disfrutando del momento como si fuera un niño de primaria. Se había acostumbrado tanto a la relación fraternal que mantenía con Rosy que, si no existiera, tendría que inventarla porque estaba claro que ya sería incapaz de vivir sin ella.

Apenas se dio cuenta del paso del tiempo mientras enlazaba una tarea con otra e intercambiaba bromas con Rosy, cuando levantó la vista sobresaltado al escuchar a Marga entrando a la tienda y llamarlos a voz en grito.

—¡Marcos! ¡Rosy! —Los pasos de Marga se escucharon en la entrada del obrador—. ¿Dónde andáis? Llevo un rato intentando hablaros por el móvil.

Marga apareció frente a ellos, con el abrigo puesto, el bolso y la bufanda en la mano, la cara congestionada y los ojos llenos de preocupación. Marcos se puso alerta sin saber aún que era lo que estaba sucediendo para que la mujer se encontrara en ese estado.

Se limpió las manos automáticamente en el mandil y se apresuró a su lado, dispuesto a ayudar en lo que hiciera falta. Esperaba que no fuera nada relacionado con la familia de Marga.

—¿Qué ocurre? —Marcos le quitó de las manos sus cosas y las apartó a un lado—. ¿Por qué estás así?

Marga le agarró por el antebrazo y apretó los dedos sacudiéndolo con inquietud.

—¿No sabéis nada? ¿No os habéis enterado de lo que ha pasado? —Marga se pasó la mano por el pelo apartándolo de la cara en un gesto nervioso—. Ha habido un incendio Marcos. En el bar de tu padre. Los bomberos han llegado hace unos minutos; al parecer ya estaba todo envuelto en llamas. El incendio es grave, hay mucha gente en la calle preocupada. Temen que se extienda si no se controla a tiempo.

Marcos se había quedado estático, completamente en blanco con la noticia. La palma de la mano de Rosy en su espalda le hizo reaccionar.

—¿Y la gente? —preguntó—. Hay algún herido.

—No parece —contestó Marga—. El incendio ha comenzado muy temprano, supongo que allí no habría nadie a esas horas. Pero están desalojando las casas de alrededor, por precaución.

Marcos se dio cuenta que ni siquiera había reaccionado al hecho de que cabía la posibilidad que su padre hubiera estado dentro del local. Sin embargo, al ser consciente del posible peligro que corrían algunos de sus vecinos, los pelos se le pusieron de punta. No fue capaz de analizar con precisión ese hecho, pero lo cierto era que a esas alturas Francisco apenas significaba nada para él, y los recientes acontecimientos lo demostraban. Quizás era algo de lo que debería preocuparse, pero en ese momento le importaba bien poco.

—Marcos ¿Qué hacemos? —Rosy le preguntó con cautela, preocupada también por lo que estaba pasando.

—¿Cómo que qué hacemos? —miró a Rosy sin comprender—. Nosotros no podemos hacer nada de momento. No sería bueno que fuéramos allí ahora, solo molestaríamos. Los bomberos tienen que hacer su trabajo, sería peligroso estar merodeando por ahí, tan solo mirando.

Rosy y Marga le miraron de forma extraña con el ceño fruncido y gesto preocupado. Sintió como si tuviera que decir algo en ese momento, algo adecuado que borrara esas expresiones de sus rostros, pero no había nada que decir. El recuerdo de las desesperadas exigencias de su padre esa madrugada destelló en su mente y un mal presentimiento le asaltó. ¿Había sido capaz Francisco de cometer una locura?

Marcos se apartó de las mujeres llevándose las manos a la cabeza, pasando los dedos a través del cabello, repentinamente asolado por la posibilidad remota de que su padre hubiera sido capaz de arrasar su negocio con fuego, poniendo en peligro la vida de mucha gente. No quería creer que el hombre hubiera llegado a esos extremos de irracionalidad e imprudencia.

—Marcos ¿Estás bien? —Rosy fue detrás de él y le tocó el brazo para llamar su atención—. No te preocupes, seguro que todo va a estar bien.

—Tiene razón Rosy —intervino Marga—. Los bomberos ya están trabajando allí, seguro que lo tienen todo bajo control.

—Lo sé, lo sé —se giró para encarar a las mujeres y cruzó los brazos sobre el pecho sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Lo que ocurre es que no quiero creer lo que me está pasando por la cabeza. Se me revuelve el estómago de solo pensarlo. ¿Por qué pasa esto ahora? Con los problemas que está teniendo mi padre con sus deudas, el dinero, el negocio que no da beneficios. Y esos hombres que le están presionando para que pague... Dios, ¿ese hombre ha sido capaz de hacer esto?

La incredulidad tiñó sus palabras, e hizo un gesto con sus hombros dejando ver la impotencia que estaba sintiendo en esos momentos. No sabía muy bien qué pensar pero sentía un palpito terrible oprimiendo su pecho y esa sensación de desazón crecía más y más por momentos. ¿Y si era cierto? ¿Y si alguien salía herido, o algo peor, solo porque no se había hecho cargo de los problemas de su padre?

—Marcos.

Tomó aire bruscamente al escuchar la voz de Marga llamándolo. Buscó sus ojos y vio la preocupación perfilando su mirada. Preocupación por él. Preocupación por lo que estaba sucediendo; porque ella también estaba pensando lo mismo que él, conocía a su padre, no necesitaba más.

Tenía que hacer algo. Aclarar la mente y serenarse.

—En cuanto la cosa se calme un poco intentaremos averiguar qué ha pasado —posó la mano sobre el hombro de Marga—. Hay que abrir y ponernos en marcha, pero en cuanto puedas intenta hablar con Josefa a ver si puede decirte algo. Y entérate si está bien.

—¿Estás bien chico? —Marga le tomó de la muñeca en un gesto de apoyo.

—Sí, no te preocupes. Esto es un lío y tenemos que esperar porque nada podemos hacer de momento, pero necesito saber qué es lo que está pasando. Probablemente hoy tengamos una avalancha de clientes interesados en lo que ha pasado y otros tantos que esparcirán rumores de lo que la gente vaya contando —Se giró hacia Rosy

buscando su mirada—. Yo me encargaré de lo más urgente aquí atrás y cuando Marga necesite ayuda en la tienda le echas una mano ¿de acuerdo?

—Vale, sin problema —obedeció Rosy.

—Hemos empezado el día torcido pero vamos a intentar enderezarlo ¿no? —Marcos sonrió animando a las mujeres para intentar disipar el mal ambiente y la intranquilidad que los tres estaban sintiendo. Si por él fuera cerraría la tienda en ese mismo instante e iría personalmente a buscar a alguien para que le informara de primera mano de lo que estaba sucediendo, pero era una locura actuar de esa manera. Tenía que serenarse y tomar las riendas de la situación. Lo primero en esos momentos era su negocio y sus empleadas.

—No te preocupes, seguro que ha sido un accidente y que todos van a estar bien —Rosy se acercó a él y le abrazó rodeándole por la cintura—. Esas cosas pasan y si algo más grave hubiera ocurrido ya tendríamos noticias de ello.

Marcos aceptó el abrazo tranquilizador de su amiga consciente de lo mucho que lo estaba necesitando. Apenas comenzaba el día y presentía que, de un modo u otro, tendría que hacer frente a situaciones poco agradables en las próximas horas. Después del fallecimiento de su abuela pensó que nunca más tendría que volver a hacerse cargo de los asuntos de su padre. Estaba claro que se había equivocado.

—Marga apúrate con las cosas de la tienda y abre en cuanto sea la hora —Se apartó de Rosy dándole un último achuchón cálido—. Ve con ella, tenemos que coger ritmo enseguida para no retrasar demasiado el trabajo. En cuanto esté todo allí vienes para echarme una mano a mí.

—De acuerdo jefe.

El sentimiento de desazón que le sobrevino al enterarse de la noticia continuó persistente mientras organizaba el trabajo en el obrador y echaba cuenta de lo que Marga y Rosy hacían en la tienda. En el momento en el que abrieron la pastelería a la hora de siempre los clientes habituales llegaron, cómo había supuesto, preocupados por la situación, dando explicaciones de la poca información que habían obtenido y haciendo suposiciones sobre lo que no sabían. Algunos hicieron sus compras y regresaron a hacer sus tareas habituales, pero muchos permanecieron en la entrada de la pastelería haciendo corrillos con la gente que se acercaba a comprar o simplemente a ofrecer su propia versión de lo que estaba pasando. Marcos tuvo la tentación de llamar a Daniel varias veces durante las primeras horas de la mañana para contarle lo que había pasado y así desahogar un poco la tensión que estaba sintiendo, pero lo pensó mejor y desistió de la idea. No sabía cómo de ocupado estaba con su trabajo ese día y si se hubiera enterado de lo que estaba pasando probablemente ya le hubiera llamado. No quería molestarle y ponerle en un aprieto pensando que le necesitaba de alguna manera. Era mejor dejar las cosas como estaban. Al fin y al cabo ninguno de los dos podía hacer nada de momento.

Durante casi toda la mañana recibió llamadas de mucha gente en el pueblo, que según iban enterándose de la noticia del incendio le llamaban buscando información de lo que había pasado. No tenía respuestas para esas preguntas por lo que había optado por silenciar el móvil y olvidarse de toda esa gente. Marga le había hecho caso y había podido ponerse en contacto con Josefa. La mujer tampoco había podido responder a muchas de las preguntas sobre su padre. Al parecer hacía casi veinticuatro horas que no sabía nada de él y se había enterado de lo del incendio gracias a una de sus vecinas. Ella y su hija estaban bien, aunque algo alarmadas. Marcos respiró aliviado al saber que por esa parte no había ningún problema. Sin embargo no se quedó tranquilo al enterarse que su padre no había aparecido por casa. Si el hombre hubiera estado dentro del local siniestrado, ya se habrían enterado ¿verdad?

Mientras trabajaba dando forma a las masas con un ojo puesto en la puerta del obrador, por si llegaban nuevas noticias, se sintió por un segundo miserable al darse cuenta de lo poco que le importaba que Francisco estuviera vivo o no. Estaba claro que no le deseaba ningún mal a nadie y que probablemente para alguien en esta vida la muerte de su padre significaría algo, pero el pellizco que sintió en la boca del estómago al imaginarse una hipotética situación en la que su padre hubiera fallecido en el incendio, no había sido de malestar o de pesar por la pérdida de una persona querida, sino por el cambio que significaría en su propia vida; sin estar constantemente mirando por encima del hombro esperando cualquier tipo de problema o maltrato, por sentir por fin una verdadera tranquilidad en su vida, por no sentir preocupación por una niña y una mujer que se habían visto atrapadas en una espiral de la que les era difícil salir. ¿Realmente era una mala persona, un ser sin sentimientos, por no sentir ningún pesar por el posible fallecimiento de su padre?

La cabeza le daba vueltas imaginando los posibles escenarios que se podían dar y decidió que lo mejor en ese caso era procurar apartar todo de la mente y esperar a que llegaran noticias fiables de lo que había ocurrido. Como había supuesto, el día estaba siendo especialmente fructífero en lo que concernía a las ventas. Rosy le animó y se ofreció a hacer hornadas extra de pan y bollería pero Marcos no quiso hacer más de lo normal. El día no era el adecuado para incrementar el trabajo en el obrador y aunque los curiosos les hicieran ganar un pellizco más en la caja, no tenía la cabeza para dedicarse a lo que suponría ese esfuerzo. Marcos mandó a Rosy a atender la tienda con Marga y él permaneció en el obrador encargándose de los pedidos de tartas y decoración que tenían pendientes para ese día. Rosy se acercaba cada poco contándole lo que uno y otro iba diciendo y cómo estaba afectando la noticia a los vecinos del pueblo.

Al parecer el incendio había sido muy virulento y a los bomberos les había costado controlar las llamas para que no afectaran a los inmuebles aledaños. La intensidad del fuego estaba siendo clave a la hora de extinguirlo por completo y el hecho de que el local estuviera repleto de productos inflamables, como el alcohol, no estaba siendo de ayuda. Por lo que todos decían, al parecer, no había nadie en el interior del bar. Aunque aún habría que esperar unas horas para que el fuego quedara totalmente extinguido y se enfriara la zona para que se pudiera comprobar que efectivamente eso era así. A nadie le había pasado desapercibido que Francisco aún no hubiera aparecido por los alrededores y que ninguno de sus amigos o conocidos supiera nada de él. A media mañana llegaron noticias de que la policía andaba preguntando por el paradero de su padre.

Marcos sintió de nuevo la necesidad de llamar a Daniel y de nuevo la apartó a un lado sin atreverse siquiera a mirar su registro de mensajes o llamadas perdidas. No estaba preparado para dar el paso y correr a refugiarse en los brazos de su amante, cuando ni siquiera era seguro que pudiera contar con él más adelante. Sería un error caer en la tentación. No le necesitaba y la mejor idea era seguir como hasta ahora y apoyarse en las personas que, a buen seguro, permanecerían en su vida durante muchos años, sin condiciones. Cogió el teléfono y buscó el número de Natalia en llamada rápida.

No podía explicarse por qué el simple hecho de escuchar la voz de su amiga y compartir todo lo que había ocurrido en las últimas horas obró el milagro de tranquilizar su mente y ponerlo todo en perspectiva. Cinco minutos de charla y desahogo con Natalia le dio el respiro que llevaba necesitando todo el día. Cuando le contó lo que había sucedido con su padre esa madrugada y las sospechas que le rondaban por la cabeza, Natalia supo, de alguna manera, encontrar las palabras justas para hacerle reaccionar y así permitirle sacar adelante lo que restaba de jornada. Cuando cortó la llamada miró la pantalla del móvil. El icono de los mensajes y las llamadas perdidas resaltaban llamativamente en la parte superior y no pudo frenar el impulso que le llevó a revisar la lista de avisos que le habían llegado. Saltó de nombre en nombre entre una lista y otra hasta encontrar lo que realmente estaba buscando.

Tenía varias llamadas perdidas de Daniel casi a primera hora de la mañana y otras tantas ya pasado el mediodía. Un único mensaje destacaba entre todos los que le habían llegado al móvil.

No he podido contactar contigo, supongo que estás teniendo un día de perros; ya me he enterado de lo del incendio. Tengo trabajo, en cuanto pueda me paso por la pastelería. Por favor dime si necesitas algo, lo que sea. Luego te veo.

Se quedó mirando el mensaje y lo releyó varias veces sin poder identificar muy bien la sensación, mezcla de alivio y felicidad, que le invadió. Era absurdo tan siquiera sentirse de esa manera solo por haber recibido un simple mensaje de un amante, pero Marcos no pudo frenar las emociones que revolotearon en su estómago. ¿Iba a ser capaz de apartar a un lado lo que estaba sintiendo en su corazón? No podía permitirse volver a enamorarse de Daniel. Años atrás había entregado su corazón tan solo por el amor no correspondido de un chico que le había apartado a un lado y le había olvidado con facilidad. ¿Qué pasaría con él cuando Daniel retomara su vida habitual si volvía a enamorarse y empeñaba sus sentimientos en una relación que no tenía futuro? Ni Daniel ni él eran ya unos chiquillos jugando con el amor. Daniel era un hombre del que era muy fácil enamorarse y al que entregaría todo sin pensarlo si tan siquiera pudiera permanecer junto a él y sus sentimientos fueran correspondidos.

Era cierto. Quería estar a su lado, quería conocer cada detalle sobre él, ir arrancando cada capa que cubría sus secretos y su vida, de la que apenas sí conocía algo. Compartir y darse a sí mismo; anhelaba tener eso con Daniel y estaba siendo muy duro refrenarse, apartarse a un lado para escarbar lo menos posible en esas profundidades que quería conocer. Pero ¿qué podía hacer? Su vida estaba en Sierra; su familia, su gente, su negocio. Y estaba claro que Daniel no era un hombre que pudiera mantener

un lugar estable en el que quedarse, y menos en un pequeño pueblo en el que, por lo que sabía, solo permanecía por cuestiones de trabajo. Para él vivir así era aceptable. Siendo un hombre gay podía resultar algo complicado salir del armario y vivir abiertamente con una pareja estable, pero él nunca había buscado eso. Sus relaciones siempre habían sido esporádicas y nunca sintió la necesidad de conseguir a alguien especial con el que compartir su vida. El único que había estado cerca de eso había sido Andrés, pero ni siquiera él había conseguido que bajara la guardia completamente, permitiéndole entrar demasiado profundamente en su corazón.

Estaba loco si se arriesgaba a jugar esa carta con Daniel. No se veía capaz de entregarse ciegamente como lo había hecho en el pasado. Saborear lo que se siente al amar a otra persona ingenua e incondicionalmente, para luego sufrir el dolor del abandono y el olvido. No quería volver a probar el sabor amargo de la soledad después de haber amado. Ahora tenía los ojos bien abiertos, sus emociones controladas y la seguridad de que ya no era un niño y que esta vez él manejaba la situación.

Volvió a leer el texto, tragó saliva y tecleó una respuesta.

Daniel era alguien pasajero en su vida y así seguiría siendo. Sus dedos teclearon con firmeza en la pantalla el mensaje y cuando lo envió tan solo sintió un pequeño pinchazo de arrepentimiento en la boca del estómago. Respiró hondo y dejó el móvil de nuevo a un lado. Ya estaba hecho, él pelearía sus propias batallas y Daniel jugaría el papel de amante en su vida hasta que el tiempo se acabase. Eso sería lo mejor, para los dos.

La voz de Rosy llamándolo le sacó de su ensimismamiento y levantó la cabeza para verla asomada al dintel de la puerta, con el ceño fruncido y una mirada interrogante. Marcos apartó todos los pensamientos sobre Daniel de la mente y se centró en Rosy y en lo que tenía que decirle. Apenas había estado unos minutos encargándose de la llamada con Natalia y los mensajes de texto pero tal como iba el día esos minutos podrían ser un verdadero lujo que no se podía permitir. Suerte que tenía a las chicas trabajando con él, estaría eternamente agradecido por eso.

—Marcos ¿tienes un minuto? —Rosy se acercó unos pasos con aire conspirativo.

—Sí, dime. ¿Hay algún problema? —la mañana estaba siendo ajetreada y se esperaba cualquier cosa.

—Pues no, solo es alguien que quiere hacer un encargo pero quiere hablar contigo personalmente —se inclinó un poco más y agitó las cejas arriba y abajo sonriendo con picardía—. Virginia Gavelate busca, amigo. Y no parece que se conforme con Marga o conmigo.

Marcos no pudo haberse quedado más sorprendido. ¿Virginia Gavela? Esa mujer nunca había pisado la tienda anteriormente. Siempre que habían tenido algún encargo a su nombre o el de su padre alguien de su casa se había ocupado de hacerlo. Recordaba lo puntillosos y meticulosos que eran normalmente sus pedidos. Siempre

exigiendo la perfección, aun cuando en ocasiones cambiaban las especificaciones una y otra vez hasta quedar conformes con el resultado. Virginia Gavela nunca había estado presente en su órbita social. Sus padres habían llegado a Sierra muchos años atrás y el padre había metido la cabeza en política muy pronto, consiguiendo en pocos años la alcaldía, manteniéndola hasta la actualidad. La familia Gavela era poderosa y adinerada comparada con los estándares de la zona y por lo que sabía Marcos, prominente también en la comarca y en la capital. Los negocios del señor Gavela abarcaban varios ámbitos y, al parecer, con mucho éxito. Desde muy niña Virginia había vivido la mayor parte del tiempo fuera de la casa familiar, estudiando en colegios privados, alojada en residencias estudiantiles, sin tener mucho que ver con la vida del pequeño pueblo que manejaba su padre. Que decidiera establecerse aquí, y meterse en política municipal siguiendo los pasos de su padre, nunca había tenido demasiado sentido para los que se paraban a pensar sobre ello como le había ocurrido a él. Pero lo que cada uno hace con su vida es solo cosa suya, cada cual sabe por qué lo hace. O eso es lo que pensaba Marcos.

Que Virginia solicitara verle en persona hacía que su curiosidad se disparara por las nubes. No pudo evitar pensar en Daniel y en que esa situación no era una casualidad. El día estaba siendo, cuanto menos, interesante ¿qué más podía pasar? Quería averiguarlo. Respiró hondo y le hizo un gesto de asentimiento a Rosy con la cabeza.

—De acuerdo, sin problema —Marcos se giró hacia los hornos mientras hablaba, comprobando los temporizadores—. Voy a atenderla, que pase.

Rosy levantó los dos pulgares y asintió a su jefe. Salió del obrador y treinta segundos después volvió a aparecer por la puerta seguida de Virginia Gavela.

La mujer joven llevaba un abrigo blanco de paño, largo hasta las rodillas, con llamativos botones negros, entallado en la cintura estilizando su figura. Por debajo asomaban las perneras de un pantalón negro de vestir y unos zapatos también negros de tacón alto. El pelo castaño estaba trenzado a un lado sobre su hombro de una manera desarreglada totalmente estudiada. Marcos analizó mentalmente su aspecto en un par de segundos y fue consciente del efecto impactante que debía de causar Virginia Gavela allí donde fuera. La sencilla elegancia que transmitía chocaba demasiado con el aire rural y campestre de Sierra. La sencillez de la mujer no tenía nada que ver con la de su entorno. Más bien era una sencillez apabullante, y Marcos tan solo le había echado un vistazo ¿Cómo sería en las distancias cortas?

—Marcos, ella es Virginia Gavela —Les presentó Rosy—. Quiere hacerte unas consultas, la dejo contigo.

—Gracias Rosy.

Marcos asintió hacia su ayudante y la despidió con un cabeceo indicándole que lo tenía controlado. Dibujó una sonrisa profesional en sus labios y se acercó a la mujer para estrechar su mano, que ella ya había extendido hacia él. Tuvo que disimular su sorpresa cuando Virginia, en vez de conformarse con el apretón de manos, se inclinó

hacia él ofreciéndole la mejilla para darle dos besos. La miró de reojo cuando se incorporó y vio una sutil sonrisa aparecer en sus labios, coqueta y juguetona.

—Marcos Cubero ¿verdad? —Comenzó, apartándose apenas un paso de él—. Tenía muchas ganas de conocerle.Me han hablado mucho de ti.

Marcos sintió algo de incomodidad al instante. Virginia Gavela estaba forzando la intimidad con él, cambiando la forma de dirigirse a él al tutearle y dejando escaso espacio entre los dos. Una sutil forma de coqueteo, pero que resultaba de alguna manera demasiado artificial en ella. ¿Qué pretendía? Marcos decidió seguirle el juego, quería saber sus intenciones y estaba seguro que nada tenía que ver con un supuesto encargo.

—¿Sí? Bueno, en casa de su padre y en el ayuntamiento suelen encargarnos a veces pedidos —era algo que probablemente ella ya sabía—. Deduzco que muy mal no lo haremos, después de las fiestas del alcalde siempre suele venir gente por aquí pidiéndonos nuevos encargos. Le agradecemos mucho la publicidad que nos hacen.

Marcos continuó con un tono profesional la conversación, relajó la postura y tomó aire; no quería transmitir incomodidad a la mujer.Al fin y al cabo era un cliente habitual, aunque no se hubieran conocido nunca en persona.

—Me alegra saber eso. No recomiendo nada que no haya probado antes, y saber que con nuestro granito de arena hemos contribuido al beneficio de uno de los negocios locales me satisface mucho —Virginia aleteó las pestañas de manera sutil y colocó suavemente su mano derecha sobre el brazo de Marcos, acariciando su antebrazo apenas con la yema de los dedos y retirándose inmediatamente. Si no hubiera estado alerta de antemano, ni siquiera hubiera reparado en la caricia, pero cada gesto de la mujer era deliberadamente calculado—. De cualquier manera tu trabajo ya lo conozco. Lo que me intriga ahora eres tú Marcos. Creo que tenemos amigos comunes.

Marcos se sorprendió al comprobar que Virginia Gavela, efectivamente, no se andaba con sutilezas. Había ido directamente al grano, sin dar muchas vueltas. Quedaría decepcionado si le salía con que el supuesto amigo en común no era Daniel Román.

—¿Los tenemos? —Fingió ignorancia—.Probablemente, al fin y al cabo el pueblo tampoco es tan grande. Aunque no imagino quién podría ser.

Virginia echó la cabeza hacia atrás ligeramente y soltó una suave carcajada que sorprendió a Marcos por su espontaneidad y aparente sinceridad. Incluso tuvo la tentación de acompañarla en su hilaridad, pero tan solo mostró una pequeña sonrisa. Qué mujer tan extraña, pensó.

—¿No? —preguntó Virginia—. Lo cierto es que no puede decirse que Daniel Román sea del pueblo, pero tengo entendido que os conocéis desde hace mucho tiempo ¿Verdad? Él habla maravillas de ti, le encanta contarme anécdotas vuestras, de

cuando erais más niños.

La última frase daba a entender una intimidad que hablaba de confianza y cercanía. Daniel le había dicho que Virginia conocía su orientación sexual pero intuía que la mujer quería dar a entender otro tipo de relación entre Daniel y ella, fuera de la amistad. Quizás estaba siendo demasiado paranoico, ¿por qué iba a querer hacer eso Virginia? De cualquier manera estaba comenzando a sentirse incómodo. No sabía exactamente lo que pretendía y empezaba a desconfiar de ella en más de un sentido. No creía que Daniel hablara a cualquiera sobre su relación, pero Virginia parecía saber algo sobre ellos, aunque podía ser todo un farol, lo más probable.

—Si es el mismo Daniel Román que yo conozco poco ha podido contar de nuestra infancia —comentó con una sonrisa forzada en los labios—. Era el mejor amigo de mi hermano mayor, yo tan solo era un incordio para ambos, ya sabe, cosas de hermanos.

Virginia caminó unos cuantos pasos alejándose de él, mirando apreciativamente a su alrededor, con las manos entrelazadas a su espalda, observando los aparatos desperdigados por todo el obrador, hasta que se paró justo enfrente de su mesa de trabajo, donde tenía preparados varios bizcochos, listos para el montaje de una tarta de aniversario. Miró durante unos segundos los diferentes elementos de decoración desperdigados por la superficie de trabajo y entonces giró la mirada hacia él, buscando sus ojos.

—Sí, es el mismo Daniel Román. Y me habla mucho de ti —Las palabras claras, el gesto más serio—. Habéis salido un par de veces ¿no? —Debió haber mostrado algún signo de sorpresa porque añadió—: No te sorprendas; ya te he dicho que hablamos mucho de ti.

—Creí que usted había venido aquí para hablar sobre un encargo señorita Gavela.

Marcos endureció el gesto. Ya no estaba tan dispuesto a seguirle el juego a la mujer. Se sintió traicionado al darse cuenta que efectivamente Daniel había hablado de él con Virginia. No le gustaba airear su vida privada con gente fuera de su entorno, y no entendía porque una mujer que claramente tenía intenciones sospechosas, estaba en su tienda charlando despreocupadamente sobre su relación con Daniel. No tenía tiempo de jugar a juegos absurdos con esta caprichosa mujer. Más adelante tendría que hablar con Daniel.

—¡Oh! Lo siento —se disculpó suavemente, acercándose a él de nuevo—. No quería incomodarte, no sabía que no podía hablar del tema abiertamente.

—No acostumbro a hablar de mi vida privada con desconocidos, señorita.

—¡Claro! Yo tampoco —sonrió inocentemente—. Solo sentí que podía charlar contigo sobre nuestra común amistad con Daniel. Al fin y al cabo a mí también me gusta.

Virginia dejó caer la última frase dándole un tono íntimo, envolviendo las palabras de forma sutil. Ladeó la cabeza inclinándola suavemente, haciendo que en su gesto se mezclara la inocencia y la altanería de manera casi imposible. Hablar con ella era como subirse en una montaña rusa; tan pronto inspiraba amabilidad y simpatía como desagrado y desconfianza. ¿No había un término medio?

Marcos no creyó que su paciencia durara mucho más. Por alguna extraña razón Virginia había ido a su tienda con la intención de provocarle hablando sobre su relación con Daniel, y lo cierto era que lo que había conseguido era molestarle e intrigarle. No conocía mucho de la vida de Daniel pero, por lo que sabía, no parecía que fuera bisexual. Nunca se hubiera imaginado a Daniel teniendo relaciones con alguna mujer y por otra parte no podía creer que Virginia Gavela fuera de su tipo; tan sofisticadamente manipuladora. Pero ese era el problema, apenas le conocía como adulto, podía ser cualquier cosa. Al pensar en ello sintió una punzada de decepción; había confiado en él cuando le dijo que no tenía relación con nadie, y su instinto le dijo que así era. Pero no pudo aplacar la sensación de desconfianza que afloró en el momento que comenzó a escuchar a Virginia. Si su intención al hablar con él había sido tranquilizarle, lo estaba consiguiendo. Aunque no pensaba darle el gusto de hacerlo evidente. Esa mujer nada tenía que hacer allí con él. La relación que tuviera o no con Daniel no era asunto suyo. Lo demás solo era perder el tiempo.

Marcos buscó la mirada de Virginia con firmeza. Parecía que la mujer sofisticada que había entrado a su tienda se estaba diluyendo ante sus ojos, convirtiéndose por momentos en una niña caprichosa y bastante detestable. No le interesaba saber más de ella e iba a hacérselo entender.

—Hay mucha gente a la que le gusta Daniel y no sienten la necesidad de venir aquí a contármelo —dijo con firmeza—. Creo que no tengo nada que hablar con usted sobre ese tema y si no le interesa consultarme nada sobre su encargo, lo mejor es que me permita seguir con mi trabajo, señorita Gavela. Hoy está resultando ser un día complicado, y no tengo tiempo para andar perdiéndolo con tonterías —Sin alterar la voz terminó encogiéndose de hombros, manteniendo la mirada sobre el rostro de la mujer.

Virginia cambió el gesto, mostrando pesar y contrariedad en sus ojos. Marcos no estaba seguro si era fingido o no pero le importaba poco.

—En ningún momento mi intención era incomodarte...

—No lo ha hecho —contestó alzando una ceja—. Solo no me gusta perder el tiempo.

—Bueno, es un alivio para mí —Virginia se encogió de hombros e introdujo las manos en los bolsillos del abrigo—. No me gustaría haber cometido algún error fatal, tan solo sentía curiosidad por ti. Últimamente Daniel me abandona con frecuencia para estar contigo, quería saber cómo eres. Dicen que la curiosidad mató al gato; a mí solo me ha dado más curiosidad.

—No sé a qué estás jugando —Marcos la tuteó—, pero es algo que no me interesa. Si tienes curiosidad sobre Daniel pregúntale a él, resuelve tus problemas con él y déjame a un lado, esto no me interesa.

—No tengo curiosidad por Daniel, tengo curiosidad por ti. Es más divertido de esta manera, y últimamente estoy muy aburrida. Pero no me gusta que me traten mal —hizo un puchero exagerado con los labios y después sonrió con picardía—. Pero te voy a perdonar porque acabamos de conocernos. Probablemente Daniel también se enfade conmigo así que te pido un favor. No le cuentes nada ¿de acuerdo? Mantengamos nuestro encuentro entre nosotros.

Virginia se inclinó hacia él con el dedo índice sobre los labios, haciendo el gesto de silencio, y le guiñó un ojo antes de girarse hacia la puerta, caminando despacio y con seguridad. Marcos estaba tan sorprendido por la repentina actitud infantil de la mujer que ni siquiera abrió la boca para responder. De verdad hablar con Virginia Gavela era como una montaña rusa. Su actitud, sus palabras, su forma de actuar, era cuanto menos perturbadora, le había dejado con una sensación de malestar desagradable. Por un segundo se preguntó si acaso estaba bien de la cabeza. Nunca había escuchado nada al respecto durante todos esos años, pero quizás era algo que nadie conocía. Por alguna extraña razón sintió una punzada de pena al ver sus estrechos hombros encogidos bajo el abrigo de paño, con la cabeza baja, dándole un aire de vulnerabilidad que antes no había visto. Antes de que la mujer saliera del obrador Marcos llamó su atención.

—¡Virginia! —la mujer volvió la vista hacia él con una ceja alzada—. Vaya con cuidado.

Las palabras podían interpretarse como una advertencia pero Virginia pareció percibir las como lo que eran, un deseo de bienestar hacia ella. Por un momento una luz distinta apareció en sus ojos y Marcos vio una inmensa tristeza en ellos. No sabía lo que estaba pasando y qué tenía él que ver en nada de eso, pero tenía claro que esa mujer estaba sufriendo y no le gustó la idea de pensar que él tuviera algún tipo de responsabilidad en ello. ¿Estaba enamorada de Daniel y sufría por ser un amor no correspondido? Podía simpatizar con ella por ese sentimiento, pero algo le decía que en esa tristeza de sus ojos había algo más que un mal de amores.

Virginia estiró apenas los labios en un simulacro de sonrisa ante sus palabras y entonces se giró de nuevo sin responder. Tan solo levantó la mano para despedirse y salió por la puerta del obrador dejando tras de sí confusión y un montón de dudas en la mente de Marcos. ¿Debería preocuparse por esa visita? Tuvo que reconocer que la charla con Virginia Gavela había sido bastante incómoda. Que supiera cosas sobre él y Daniel era demasiado molesto y no estaba totalmente seguro de poder creer las palabras de la mujer. Daniel no parecía un hombre que compartiera sus cosas a la ligera con gente de poca confianza, pero lo cierto era que no sabía el grado de intimidad que existía entre Virginia y Daniel. Podría preguntárselo directamente, pero si lo hacía tendría que hablarle sobre la visita de Virginia y ella le había pedido que no lo hiciera.

Se dirigió hacia el lavabo y se enjuagó las manos antes de retomar el trabajo, con la

mente puesta en el tonto dilema que se le planteaba. Se dio cuenta que estaba considerando seriamente no decirle nada a Daniel y dejarlo pasar; al fin y al cabo no tenía razón alguna para pedir explicaciones a Daniel. Más allá del hecho de que hubiera estado hablando sobre él con una desconocida. Aunque mirándolo por ese lado él también había hablado con Natalia sobre Daniel, así que estaban a la par. Más o menos. Natalia nunca podría llegar a resultar tan perturbadora como Virginia Gavela, o por lo menos eso pensaba él.

Delante de la mesa de trabajo revisó de nuevo los utensilios y comprobó los ingredientes que iba a necesitar para comenzar con la decoración del primer piso de la tarta que tenía entre manos. Echó un vistazo a la hora en el reloj de pared con forma de nube y suspiró con resignación. Como se temía tendría que quedarse hoy trabajando cuando cerraran la pastelería a la hora de comer. Menos mal que no tenía mucha hambre.

Fue a quitar el film transparente que envolvía el redondo y plano bizcocho pero se interrumpió al escuchar su nombre desde la puerta.

—Marcos —Esta vez era Marga.

—¿Sí? —contestó con tono resignado. Se giró para ver a Marga asomando por el dintel de la puerta, con las manos entrelazadas sobre el pecho y un gesto de preocupación en el rostro.

—Lo siento hijo —se disculpó la mujer suavemente—. No te quiero molestar, pero es importante. Ha venido la policía; quieren hablar contigo sobre tu padre.

Marcos enderezó la espalda y se quedó mirando a Marga por un segundo sin saber qué hacer. Con la visita de Virginia había conseguido olvidarse del incendio y de su padre. Ahora volvía de nuevo a la realidad y tenía que enfrentar lo que le viniera dado. ¿Qué más podía hacer?

Respiró hondo y le hizo un gesto a Marga con la mano.

—Marga hazme un favor —pidió—. Terminad de despachar en la tienda y cerrad en cuanto se vaya el último cliente. Hoy no vamos a poder trabajar en condiciones.

—De acuerdo, no te preocupes, nosotras nos encargamos —Le tranquilizó ella.

—Está bien. Haz pasar a la policía —Se cuadró de hombros y esperó a que Marga le llevara a sus nuevos visitantes.

Capítulo Quince

Daniel cerró la puerta de su casa y guardó las llaves en el bolsillo del abrigo. Había estado toda la mañana trabajando en su despacho, hablando con gente importante en el caso de Virginia e intentando escribir informes para la fiscal que tendría que entregar de inmediato. Cuando se había enterado de lo del incendio por Twitter, había intentado ponerse en contacto con Marcos, pero le sorprendió el rechazo con el que despachó su ofrecimiento de ayuda. Era comprensible que no hubiera respondido a sus llamadas durante la mañana, ni a ninguno de sus mensajes, hasta primera hora de la tarde; pero que le respondiera con un escueto «Todo está bien. No te preocupes, no necesito ayuda» había sido bastante descorazonador para él. Marcos aún tenía muy altas las barreras defensivas y aunque pensó que en las últimas horas había avanzado bastante en ese aspecto, estaba claro que no había sido suficiente.

«No necesito ayuda» era un gran escudo. Recubierto de pinchos y alambres. Y Daniel no estaba dispuesto a dejarlo así. Apenas le quedaba tiempo para intentar traspasar las defensas de Marcos y hacerle ver, demostrarle, los sentimientos que tenía por él. Si se conformaba con poco, poco obtendría. Y él no había llegado hasta aquí para dejar pasar las oportunidades sin tomarlas. No quería invadir el espacio de Marcos imponiéndose donde no era deseado, pero el problema con Francisco era bastante grave y no estaba dispuesto a dejarle solo de nuevo para enfrentar las dificultades. Había pensado en hablar con Javier pronto para charlar sobre Marcos. Los últimos acontecimientos habían reforzado su decisión. Javier tendría que dejar a un lado el pasado y tomar al toro por los cuernos. Ya iba siendo hora y Marcos se lo merecía.

Camino a la pastelería se fijó en los corrillos de gente alrededor de las puertas de las viviendas y en las tiendas por las que pasaba. El incendio en el bar de Francisco estaba siendo la comidilla del pueblo. Y lo que quedaba por venir. Se imaginó que todo aquel problema traería cola.

Sintió vibrar el móvil en el bolsillo, lo buscó esperando que fuera un mensaje de Marcos. Revisó las entradas y frunció el ceño al ver el remitente. Resignado lo abrió y leyó por encima. Sin querer creer lo que estaba leyendo, se paró en seco en medio de la calle y volvió a leerlo.

He hecho una visita a la pastelería. Ahora entiendo por qué te gusta tanto... ¡Es tan mono!

Virginia se había atrevido a ir la pastelería.

El primer impulso que sintió fue el de llamarla para pedir explicaciones, pero lo pensó mejor. Esa no era una buena idea, después de tantos días a su lado ya sabía qué actitudes tenía que tener en cuenta y cuales ignorar si venían de parte de Virginia. Que visitara a Marcos bien podía haber pasado desapercibido para él, si ella misma no se hubiera encargado de hacérselo saber mediante el mensaje de texto. Bien sabía que el objetivo de todo eso era tan solo fastidiar a ella para que estuviera un rato pendiente de ella. Hacía más de veinticuatro horas que no hablaba con Virginia y le había advertido que no lo llamara si no era por algo importante. Últimamente se había dado cuenta que estaba teniendo comportamientos extraños y más bien fuera de lugar. Bebía bastante

más de lo normal, y por lo que decía, tampoco estaba durmiendo en condiciones. Comprendía que la situación cada vez era más insostenible para Virginia. Ella solo quería acabar de una vez con lo que tenían entre manos y poder así alejarse de todo y volver a Madrid, para estar junto a su madre. El comportamiento a veces caprichoso de Virginia le complicaba la existencia, haciendo que tuviera que estar pendiente de cosas superficiales, cuando tenía que estar trabajando en temas más serios. A veces sentía que tan solo se había convertido en la niñera de una chiquilla caprichosa, pero el pensamiento tan solo se mantenía en su mente por medio minuto. Sabía que la situación era grave y demasiado importante como para echarla a perder por un descuido suyo, por no estar donde tenía que estar o por no hacer lo que tenía que hacer.

La tensión y la responsabilidad que estaba soportando Virginia no tenían nada que ver con lo que soportaba él. Las circunstancias de ella eran mucho más complicadas, con creces. Sospechaba que ni siquiera sabía la mitad de todo lo que ella estaba manejando, y que la fiscal le hubiera asignado prácticamente como guardián de Virginia le podía dar una ligera idea de lo importante que era para la Fiscalía lo que ella sabía. Los dos estaban haciendo su papel en el ayuntamiento de Sierra y cuanto más tiempo pasara, más posibilidades había para que todo se echara a perder. Y tal como estaba Virginia en esos momentos era muy probable que las cosas se descontrolaran si no ponía remedio.

Después de volver a leer el mensaje en el móvil se dio cuenta que si no ponía algún freno las cosas se le podían ir de las manos, y eso no iba a consentirlo. Por el bien de Virginia, y por el bien de Marcos y el suyo.

Guardó el móvil y continuó su camino calle abajo hacia la pastelería de Marcos. Más tarde respondería al mensaje de Virginia. Que la ignorara probablemente tendría un efecto negativo para ella, pero más que positivo para él. Tendría que dejarle claras las cosas de nuevo y definitivamente. Si quería seguir trabajando con él tendría que apartar los juegos a un lado, confiar más en él y colaborar para que todo saliera como tenía que salir. El tiempo se estaba acabando y cada vez quedaba menos para que uno y otro tuvieran que abandonar el pueblo y centrarse en la siguiente etapa del proceso. Sería un momento difícil para los dos, por distintos motivos, aunque Daniel no sabía exactamente qué haría cuando llegara el momento. Si no conseguía avanzar algo en la relación que pretendía tener con Marcos, nada de lo que había hecho hasta ahora tendría sentido. Se estaba jugando mucho y no quería perder. Necesitaba que las cosas salieran bien porque de otro modo no sabía si tendría de nuevo otra oportunidad de conquistar a Marcos y ganarse su confianza.

Si no conseguía construir unos pilares sólidos que soportaran el peso de su relación, cuando tuviera que alejarse de él al llegar el momento, probablemente todo se vendría abajo y sería difícil volver a levantarlo. Marcos no confiaba fácilmente en las personas y menos en las que ya le habían decepcionado con anterioridad. Daniel no pensaba tirar la toalla y aunque sintiera que Marcos aún tenía algunas barreras de autoprotección, estaba dispuesto a derribarlas, y no iba a permitir que le mantuviera más tiempo fuera de su círculo de confianza. Aunque tuviera que forzar la entrada.

Al girar la calle lo primero que vio fue el coche de la policía, aparcado enfrente de la

puerta de la pastelería. Debido a las circunstancias no se sorprendió demasiado. Echó a correr los últimos metros que le separaban de la tienda. No creía que fuera nada urgente, pero sintió la necesidad de saber que Marcos se encontraba bien. Al traspasar la puerta se encontró con la tienda prácticamente vacía. Marga estaba fuera del mostrador hablando en voz baja con una mujer mayor que llevaba un cesto de mimbre colgado del brazo. Al verlo, las dos mujeres se giraron a la vez hacia él. La mujer mayor frunció el ceño, como si estuviera molesta por la interrupción. Marga le sonrió con calidez, dándole la bienvenida, y con un toque de alivio dibujado en su mirada. Daniel entró a la tienda y se acercó a Marga; ella fue a su encuentro apartándose unos pasos de la otra mujer y extendió la mano para agarrarle por el antebrazo con preocupación.

—Marga ¿Cómo está? —preguntó—. He visto el coche de la policía fuera. ¿Todo está bien?

—No lo sé muy bien —contestó en un discreto susurro—. Hace unos segundos que han llegado, querían hablar con Marcos.

—¿Han sabido algo del incendio o de Francisco?

—No, nada hijo —sacudió la cabeza—. Solo lo que los vecinos han venido diciendo, todo suposiciones. Pensé que quizás la policía había venido a eso.

—Bueno, está bien. No se preocupe, no creo que sea nada importante —Intentó tranquilizarla—. Probablemente quieran algunos datos sobre Francisco.

Ambos se giraron a la vez hacia el obrador al sentir que alguien salía. Rosy apareció quitándose el delantal blanco que cubría su uniforme, lo dejó colgado en una de las perchas y se acercó hasta ellos cuando vio a Daniel junto a Marga. Al pasar al lado de la mujer mayor que esperaba en un aparte, Rosy le tendió una barra de pan envuelto en papel blanco y le dio las buenas tardes, despidiéndola discretamente.

—Hola Daniel —le saludó al pararse a su lado.

—Hola ¿cómo va la cosa? —En un impulso Daniel se inclinó y besó suavemente la mejilla de Rosy—. Te veo apenada.

Rosy tardó medio segundo en reaccionar después del cariñoso beso de Daniel. Le sonrió con pesar y se encogió de hombros antes de contestar.

—La policía está dentro, un Inspector o algo así —explicó—. Creo que quieren saber algo del padre Marcos.

—Vale, de acuerdo —puso una mano sobre los hombros de cada mujer y les dio un

apretón reconfortante—. Voy a entrar, a ver si puedo echar una mano.

—¡Eso hijo! Entra y ayúdale —pidió Marga—. No le dejes solo, anda.

—Muy bien —asintió hacia la puerta—. Vosotras iros cuando lo tengáis que hacer y no os preocupéis, yo estaré por aquí.

Las dos mujeres estuvieron de acuerdo y Daniel las dejó en la tienda preparando las cosas para echar el cierre. Al entrar al obrador enseguida escuchó la voz de Marcos y la de otro hombre desconocido. Venían del fondo de la habitación, junto a los hornos. Cuando pasó al interior lo primero que vio fue la espalda del hombre desconocido, cubierta por un abrigo de piel marrón oscuro. Tenía el pelo castaño entrecano y era alto y fornido. Al dar un par de pasos más Marcos quedó a la vista. Entonces apartó la atención que tenía puesta sobre el Inspector, quizás al notar su presencia o por algún ruido que hubiera hecho, y clavó su mirada en él. Daniel percibió el cambio de actitud en Marcos de inmediato. Notó la tensión en sus hombros y la rigidez en la postura, no sabía si por la sorpresa o por desagrado, pero tuvo que dejar a un lado esos pensamientos y la decepción que sintió al no verse bien recibido. Marcos había alzado sus barreras casi por instinto al verle. Tenía que hacer que eso no volviera a pasar. El problema era que necesitaba tiempo para trabajar en la confianza de Marcos y tiempo era algo de lo que carecía en ese momento. Y cada vez iría a peor. Quizás necesitaba utilizar otro tipo de táctica, tendría que pensar sobre ello.

El Inspector notó la distracción de Marcos y se giró para mirar en su dirección. Él aún seguía con la vista clavada en Marcos, por lo que fue consciente del momento en el que decidió, a regañadientes, que le daba permiso para estar allí. Su postura se relajó un tanto y pestañeó dejando escapar un suspiro de resignación. Daniel no supo si sentirse ofendido o no, pero de momento tomó la decisión de ignorarlo y hacer como que no lo había visto. Marcos había pasado muchos años ocupándose de todo él solo, comprendía que su presencia era cuanto menos una molestia para él y que probablemente no le necesitaba. O eso era lo que probablemente pensaba.

—Daniel, pasa —Le invitó Marcos—. Inspector Aguilar, él es un amigo de la familia. Daniel Román.

—Inspector —Daniel saludó al Inspector con un apretón de manos—. Me han dicho que estaba aquí, he venido por si podía servirle de alguna ayuda a Marcos.

—Pues no lo sé, pero eso podemos ir viéndolo —sentenció el Inspector—. Le estaba informado al señor Cubero sobre cómo se han desarrollado las labores de extinción del incendio en el local de su padre. El área aún sigue caliente y por lo que se ha podido ver, de momento, no ha habido daños mayores en los edificios adyacentes. El fuego pudo controlarse a tiempo. Los daños son mínimos pero habrá que tomarlo con precaución.

—Sí, claro —comentó Marcos—. Me alegro que no haya ido a más. Dígame si puedo

ayudar en algo.

—Estamos buscando a su padre, señor Cubero —El hombre fue directo al grano—. Necesitamos información que él nos pueda proporcionar. Cuando comience la investigación del incendio habrá que ir descartando posibles causas —Carraspeó y le miró de soslayo—. Por lo que nos dicen los vecinos su padre es negligente con las instalaciones del local y ha tenido problemas con inspecciones de seguridad en años anteriores. Hemos hablado con la actual pareja de su padre y al parecer ella no sabe nada de él desde hace unas cuantas horas. Nos dijo que tiene problemas por cuestiones de dinero y que la última vez que habló con él tenía planeado encontrarse con usted. ¿Es así? ¿Se ha puesto en contacto con usted en las últimas horas?

—Sí, esta mañana muy temprano —Marcos contestó con seguridad—. Eran alrededor de las seis de la mañana.

—¿Qué habló con usted?

—Dijo que tenía problemas de dinero —explicó—. Alguien le estaba exigiendo que le devolviera un préstamo, o algo así. Quería que yo le diera el dinero.

El Inspector había comenzado a teclear rápidamente en su móvil. Asentía con la cabeza mientras escuchaba lo que decía Marcos. Daniel se había sorprendido al oír lo que estaba contando. Por lo que sabía, hacía mucho tiempo que Marcos no tenía contacto con su padre y para que el hombre se hubiera acercado a su hijo tenía que haber estado muy borracho o metido en un lío muy grande. No pudo evitar pensar que esa era otra de las cosas de las que Marcos no le había dicho nada; algo que había ocurrido pocos minutos después de salir de su cama. Apretó los labios y guardó silencio, escuchando la conversación entre los dos hombres.

—¿Qué ocurrió? ¿Usted le facilitó el dinero?

—No. De ningún modo —negó Marcos—. Apenas tengo relación con mi padre desde hace ya varios años. Siempre ha sido un hombre problemático en muchos sentidos. Él sabía ya que no estaba en mí pagarle sus deudas. Se encontraba en un estado de embriaguez bastante lamentable, aunque suele ser así casi de manera permanente.

—¿Discutió con usted? —interrogó el Inspector—. ¿Le dijo en algún momento cuáles eran sus planes? ¿Qué pensaba hacer?

Marcos se movió inquieto cambiando su peso de un pie a otro, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se encogió de hombros y contestó al Inspector con firmeza.

—Sí, tuvimos un encontronazo —explicó—. Cuando me negué a darle lo que quería se molestó y amenazó con ponerse en contacto con mi hermano mayor —Marcos le habló por encima de la nula relación que mantenían Javier y Francisco. El Inspector escuchó

atentamente mirándole a los ojos y asintiendo comprensivo a su explicación—. Tuvimos un agarrón y le dije que se alejara de nosotros. Se fue después de darse cuenta de que no iba a sacar nada de mí.

—¿Dijo lo que pensaba hacer? —le recordó el Inspector.

—No. No dijo nada más.

—¿Sabe con quién tiene la deuda pendiente?

—No, tampoco sé nada de eso —dijo—. Ya le digo que no tengo relación con él, siento no poder ayudarle más.

—Está bien, no se preocupe.

El Inspector Aguilar inclinó la cabeza sobre su móvil escribiendo con rapidez durante unos cortos minutos, centrado en la tarea. Daniel aprovechó para evaluar a Marcos. Estaba rígido junto a él sin apenar moverse, sin apartar la vista del hombre tecleando frente a él. Se dio cuenta que evitaba mirarle deliberadamente, como si estuviera haciendo un esfuerzo extra por ignorar su presencia. Su rechazo evidente fue como una punzada en su pecho, pero Daniel no se iba a dar por vencido. No iba a admitir que Marcos le apartara en los momentos más difíciles, cuando más apoyo necesitaba. No se conformaría con ser un elemento superficial en su vida.

Cuando el inspector volvió a hablar fue como si una especie de burbuja que los hubiera mantenido a todos suspendidos en el tiempo explotara.

—Bien. Si tiene cualquier otra información que pueda ayudarnos a encontrar a su padre, sería de gran ayuda que nos la hiciera llegar cuanto antes —El hombre sacó una tarjeta de un bolsillo interior de su abrigo y se la tendió a Marcos—. Me gustaría hablar con su hermano mayor, ¿sabe dónde podría localizarlo?

—Sí, claro —Marcos asintió de inmediato y se acercó hasta su mesa donde rebuscó entre los papeles que tenía en el fondo de un cajón. Volvió donde estaba el inspector y le pasó una tarjeta de color azul intenso—. Ese es el número de teléfono personal de mi hermano y los datos de contacto de su negocio. Podrá localizarlo ahí, pero estoy seguro que no tendrá mucho que decirle. Ellos no tienen contacto desde hace doce años y estoy casi seguro de que mi padre no se atrevería a hablar con él, mucho menos después de mi charla de estas mañana.

El Inspector miró a Marcos de medio lado, aún con la tarjeta en la mano, y asintió con la cabeza mientras le escuchaba. Abrió la solapa de su abrigo y guardó la tarjeta en el bolsillo interior.

—Gracias por avisar, de cualquier forma nos podremos en contacto con él —concluyó.

—De acuerdo —Marcos cabeceó conforme—. Yo estaré pendiente también por si me entero de algo que pueda ser de ayuda.

—Se lo agradecemos.

Daniel vio al Inspector guardar su móvil en el bolsillo, al parecer con la intención de dar por concluida la reunión. No quiso perder la oportunidad y se dirigió al hombre para hacerle una pregunta.

—Inspector, disculpe —intervino—. ¿Se sabrá pronto si el incendio fue provocado? ¿Tienen algún indicio ya?

Marcos giró los ojos hacia él con el ceño fruncido al escucharle hablar, devolviendo la mirada al Inspector cuando éste contestó su pregunta.

—No puedo hablar del caso en estos momentos. De cualquier manera aún es pronto para saber nada. Cuando la zona este fría y sea seguro entrar los investigadores harán su trabajo y podremos saber más. En este caso encontrar a su padre es prioritario para mí. Es extraño que haya desaparecido de esta manera sin dar aviso a nadie cuando su local ha quedado reducido a cenizas.

Los tres sabían de lo que estaba hablando el Inspector Aguilar. Sin decirlo oficialmente estaba claro que Francisco era sospechoso en el caso.

—En cualquier caso gracias por su trabajo Inspector —Daniel se acercó al hombre y le tendió la mano para despedirle cordialmente—. Por favor póngase en contacto con nosotros si cree que podemos serle de ayuda, ofrecemos nuestra colaboración en cualquier momento.

—No dude que será así señor Román —El Inspector soltó la mano de Daniel y se volvió buscando la mano tendida de Marcos—. Señor Cubero.

—Le acompaño —Marcos se ofreció para acompañar al Inspector a la salida mientras Daniel permaneció en el obrador. Había notado la creciente tensión en Marcos después de que interviniera en la charla; quizás ese había sido un buen modo de conseguir que reaccionara de alguna manera. Comprendía que Marcos estaba muy acostumbrado a hacer las cosas por sí solo, sin ayuda de nadie, pero él pretendía cambiar un poco su punto de vista. Ahora no era el momento para que Marcos estuviera solo, ya no.

Después de unos minutos escuchó los pasos de Marcos regresando. Levantó la vista y lo encontró parado de pie en la puerta, mirándole con aire acusador. Daniel no se

amilanó.

—¿Te ha molestado que haya venido? —preguntó mirándole de frente.

Marcos respiró hondo, tomando aire, y lo expulsó lentamente con los carrillos inflados. Alzó las manos y se pasó los dedos entre el cabello, en un gesto que pretendía disolver la tensión acumulada. Daniel le vio tomarse su tiempo para responder, hasta que le devolvió la mirada con aplomo.

—No me ha molestado, pero ya te dije que no era necesario. Puedo manejar todo esto solo, no es nada.

—Sé que puedes manejarte solo, pero no me digas que no es nada —le advirtió Daniel—. Anoche tuviste un encontronazo con Francisco ¿Eso no es nada?

—¡Vamos! —se quejó Marcos—. Hace mucho tiempo que sé cómo tratar a mi padre. Últimamente anda tan perjudicado que apenas puede dar pie con bola. No es más que un pobre despojo.

—No te confíes Marcos —le advirtió—. Ese hombre está desesperado, mira lo que ha ocurrido.

—No sabemos qué ha pasado realmente —Se encogió de hombros Marcos—. Puede que haya sido un accidente.

—No lo estás diciendo en serio —Daniel frunció el ceño y se cruzó de brazos con incredulidad—. Tu padre es un mal bicho capaz de eso y mucho más, confía en mí —dijo con sus ojos clavados en los de Marcos.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó con rabia en la voz—. Te recuerdo que he vivido toda mi vida sabiendo, conociendo, de primera mano de lo que ese hombre es capaz.

Daniel sintió un latigazo de remordimientos al escucharle hablar. Sabía por todo lo que había pasado Marcos en su vida; teniendo que aguantar la convivencia con su padre para proteger la integridad de su abuela y mantenerla lo más alejada posible de Francisco. Igual que sabía todo lo que Marcos ignoraba y que en algún momento tendría que conocer. Porque ya era tiempo de sanar heridas, de seguir adelante. Para Marcos, para Javier y para él mismo.

—No he querido decir eso —Daniel se acercó a Marcos colocándose enfrente de él—. Conozco por lo que has pasado, por eso no entiendo que dudes. Francisco es más que capaz de quemar su local, y lo sabes.

—¿Qué si lo sé? —sonrió con sarcasmo—. Cuando escuché lo del incendio lo primero

que pensé fue que lo había provocado por accidente estando dentro totalmente borracho. Lo segundo que pensé fue que lo había hecho deliberadamente. No había más opciones —Marcos suspiró y cerrando los ojos se apretó el puente de la nariz con el índice y el pulgar en un gesto de cansancio—. Pero la verdad es que no quiero especulaciones, y en el fondo todo esto no me interesa. He tenido un día de mierda desde el momento en que salí de tu casa y me encontré con mi padre. Contando con el incendio y alguna que otra visita inesperada que me ha dejado bastante descolocado.

Marcos le miró de medio lado con el gesto serio y los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora fue su turno para respirar hondo y coger fuerzas.

—Te refieres a Virginia Gavela —afirmó, sin gastar esfuerzos en disimular lo obvio. Ambos sabían de quién hablaba Marcos.

—¿Esa mujer está loca o qué? —preguntó con incredulidad.

—No lo creo. Creo que solo es aburrimiento —contestó Daniel poniendo los ojos en blanco—. ¿Te causó muchas molestias? Siento si fue así. No me esperaba que fuera a hacer esto.

—No, no fue una gran molestia, más bien fue algo perturbador —Daniel le vio titubear, como si quisiera añadir algo y por fin decidiera soltarlo—. ¿Tienes algo con ella? Porque si es así quiero saberlo, y si no es así deberías hacer algo al respecto. Me da la impresión de que ella quiere algo de ti.

Marcos sonrió de medio lado intentando hacer una broma con sus últimas palabras, pero Daniel vio la incertidumbre en sus ojos cuando levantó la vista hacia él. Se sintió decepcionado al comprobar que Marcos, efectivamente, no confiaba en él. Estaba claro que necesitaba tiempo y hechos para conseguir que las cosas avanzaran entre ellos. El fallo estaba en que apenas le quedaba tiempo y los hechos, de momento, estaban yendo en su contra.

Era obvio que Marcos necesitaba que le dejara las cosas claras; negro sobre blanco. Con paso tranquilo pero decidido caminó hacia él, en unas cuantas zancadas quedaron enfrentados. Marcos apenas alzó los ojos para mantenerle la mirada y ajustó la postura a su cuerpo cuando fue más allá e incluso invadió su espacio personal. Despacio, tanteando, se inclinó levemente hasta conectar su cuerpo con el de Marcos, alzó la mano y enredó los dedos entre el cabello de su nuca. Con el pulgar bajo su mandíbula sintió la piel cálida y el corto bello de la barba. Marcos bajó un segundo la mirada hasta su boca y volvió de nuevo a clavarla en sus ojos, dejando ver un toque de desafío en ella y algo más que pasión. Eso último le encantó. Marcos respondía a él, a su toque y a su cercanía. Ahora solo faltaba dejarle las cosas claras.

—Soy gay —susurró junto a sus labios, con la mirada clavada en sus ojos y el aliento cosquilleando en su boca—. No me acuesto con mujeres. No soy bi, no experimento con el otro sexo. Me gustan los hombres, me acuesto con hombres, y en estos

momentos el único que me interesa eres tú.

Daniel ladeó la cabeza y sin cerrar los ojos redujo la escasa distancia entre sus bocas y acarició con sus labios los labios de Marcos. La suavidad del toque hizo que las pieles se erizaran y los párpados de Marcos aletearan cuando intentó mantenerle la mirada. Daniel insistió cambiando la dirección del beso. Humedeció con la punta de la lengua los labios entreabiertos de Marcos y cepilló la superficie resbaladiza, de un lado a otro, haciéndolo delicado e intenso a la vez. Entonces sintió las manos de Marcos aferrando su camisa cuando las introdujo por la abertura del abrigo y le obligó a pegarse aún más a su cuerpo. Daniel cedió y dejó que Marcos llevara el ritmo ahora. Cerró los ojos y aceptó la embestida de su boca cuando enterró su cálida lengua profundamente, acariciando la suavidad de sus mejillas y las aristas de sus dientes, arrasando con todo, devorándolo. Su pulso se aceleró haciendo que la sangre bombeara caliente en sus labios, en su pecho, en su sexo. Notó también el pulso de Marcos bajo sus dedos mientras le sostenía, acariciando su cuello. La excitación le inundó al comprobar su respuesta, sabiendo que ambos querían lo mismo, lo necesitaban y lo buscaban.

Marcos rompió el beso, despacio, con reticencia y apoyó la frente en la suya aún con los ojos cerrados y la respiración agitada. Se lamió los labios y Daniel observó la punta suave deslizarse dejando un rastro húmedo y brillante en la carne. Deseó más del beso pero sintió el tirón de las manos de Marcos en su camisa cuando se inclinó a por ello, frenándolo. Levantó la vista y se apartó unos centímetros fijando la mirada en la de Marcos. No esperaba encontrar allí inseguridad ni nada que se le pareciera, pero ahí estaba. Confundido fue a decir algo pero ni siquiera tuvo oportunidad de abrir la boca.

—Siento haberte preguntado por Virginia Gavela —susurró por fin Marcos, mirándole de lado entre las pestañas, sorprendiéndole con sus palabras—. Sé que no tengo derecho a decir nada...

El enfado llegó tan de repente que tuvo que apartarse, deshaciéndose de las manos de Marcos que aún le sujetaban, para no seguir escuchando. Se alejó unos cuantos pasos y sintió, más que vio, el desconcierto de Marcos por su repentino movimiento. Se giró para encararle en la distancia y le vio parado, donde lo había dejado, aún con las manos alzadas y el ceño fruncido.

Respiró hondo antes de hablar.

—¿Qué te pasa? —preguntó con toda la tranquilidad que pudo reunir. La reacción que estaba teniendo a las palabras de Marcos le había sorprendido a él mismo y debía manejar las cosas con calma—. ¿Por qué no ibas a tener derecho? Yo te he dado ese derecho. Ambos estamos en esto ¿No? Porque, corrígeme si me equivoco, pero tú me pediste salir ¿verdad? Esto que estamos intentando tú y yo es una relación. Cuando hablamos esa primera noche en tu casa me dijiste que querías conocerme, saber quién soy. Y aquí estoy Marcos, estoy hablando contigo, diciéndote quién soy, cómo soy y tú me hablas como si no fuera nadie, como si te diera igual todo ¿Qué te pasa?

—¡No es así! —Marcos explotó dando un paso al frente con los puños apretados a los

costados y el ceño fruncido—. No quiero obligarte a nada, no quiero que me des explicaciones si no quieres o que tengas que justificarte por algo que otra persona haya hecho, ¡solo es eso!

—¿Solo eso Marcos? —Daniel entrecerró los ojos y fue un paso más allá, sentía que quizás se estaba excediendo pero necesitaba tensar la cuerda, ahora o nunca, no tenía tiempo—. ¿Solo es que quieres tener consideración conmigo, con mi privacidad, con mis límites? ¿O es que tú no quieres que yo traspase los tuyos? Tú no te metes en mis cosas y yo no me meto en las tuyas ¿Qué tal así? Cada vez que he intentado acercarme a ti has alzado una barrera que me ha impedido ir más allá. Me dices que quieres conocerme, que quieres saber quién es el Daniel adulto que ahora soy pero en realidad te mantienes en la superficie, en lo físico, en la distancia. Quizás piensas que si no te involucras mucho conmigo yo no me involucraré contigo. Que me conformaré en quedarme en la superficie. Pero estás muy equivocado. Quiero estar cerca de ti Marcos, quiero conocerte, quiero saber y aprender. No me conformo. Apenas tengo tiempo y voy a aprovecharlo, no pienses que no. Tú me lo pediste. Me has abierto tu casa, me has ofrecido tu cuerpo, pero quiero más.

—No puedes pedirme eso —habló en voz baja Marcos, con los dientes apretados.

—Puedo. Te lo estoy pidiendo.

—No sé si quiero dártelo.

—Haberlo pensado antes —Daniel se tiró el farol. Necesitaba una reacción positiva de Marcos y tenía mucho que perder, pero también mucho que ganar.

—¡No es justo que me lo pidas! —gruñó al final.

—No me importa Marcos —Daniel habló suavemente mirándole a los ojos. Entonces se volvió hacia la salida caminando lentamente, con los hombros tensos, sin saber si estaba haciendo lo correcto, y antes de desaparecer por la puerta le ofreció—: Llámame cuando tengas una respuesta.

Caminó atravesando la tienda vacía hasta la puerta; tuvo que levantar la persiana metálica que estaba medio echada para poder salir a la calle, pero ni siquiera titubeó en su decisión. Sabía que Marcos necesitaba pensar en lo que había pasado y que no reaccionaría, de una manera u otra, hasta que no hubiera pasado algo de tiempo. Él mismo necesitaba pensar. Su reacción había sido demasiado visceral; se había sorprendido por los sentimientos que surgieron en él después de las palabras de Marcos. Nunca se había preocupado demasiado con sus anteriores parejas por el hecho de que supieran más o menos de su vida, o que fueran celosos o dejaran de serlo. Nunca había tenido una relación lo suficientemente importante o duradera como para que eso le inquietara. ¿Dos o tres meses podían considerarse una relación? Eso era lo máximo que había durado con alguien, y en la mayoría de las ocasiones apenas si conocía el nombre y los apellidos de la persona con la que había convivido. Pero de

Marcos necesitaba más. Quería saber y comprobar si lo que sentía por él era verdadero. Sí no era solo algo residual que había perdurado en el tiempo, en su memoria, convirtiéndose en un ideal que nada tenía que ver con la realidad. Quería conocer a la persona que estaba detrás de sus recuerdos, pero el propio Marcos se lo estaba impidiendo.

Mientras caminaba por la calle hacia su casa apretó los dientes y evitó pensar en el hecho de que quizás había cometido un error ¿Qué derecho tenía él a exigirle nada a otra persona? Si Marcos decidía no volver a verle más sería completamente su culpa y lo tendría merecido. Pero eso no evitaba que sintiera como si le hubieran quitado repentinamente la alfombra bajo los pies.

¿Quería decir eso que estaba enamorado?

No estaba muy seguro de eso. Lo que sí sabía era que Marcos le importaba mucho, y que no iba a dejar que volviera a sentirse solo o abandonado. Esa misma tarde tendría que poner unas cuantas cosas en orden y hacer un par de llamadas, no podía seguir dejándolo pasar. Por lo demás ahora la pelota estaba en el tejado de Marcos. Y a él le tocaba esperar a que diera el siguiente paso, si es que lo hacía.

Capítulo Dieciséis

Daniel se sentó en el sofá de su desolado salón dejándose caer con cansancio. Llevaba una toalla alrededor del cuello con la que había estado secándose el cabello después de la ducha. Una hora antes cuando llegó a casa lo primero que hizo fue coger el teléfono para llamar a Javier; necesitaba hablar con él cuanto antes. Después de marcar, el tono había sonado una y otra vez sin obtener respuesta al otro lado. Intentarlo de nuevo había sido inútil, así que se decidió por una ducha rápida para hacer tiempo y volver a probar más tarde. Aunque estaba claro que hoy no estaba siendo su día de suerte. Tuvo que aguantarse las ganas de estampar el móvil contra la pared al obtener el mismo resultado de antes cuando volvió a intentarlo. Dejó un par de mensajes en el WhatsApp de Javier después de comprobar que hacía más de veinticuatro horas que no se conectaba. Sin perder el ánimo buscó en su Facebook. El último estado de Javier por lo menos le aclaró dónde se encontraba el hombre perdido. Según el posicionamiento de la aplicación Javier llevaba unas cuantas horas en algún interesante rincón de Núremberg, Alemania.

Desistió por el momento de la idea de poder hablar con Javier en breve. Conocía la manera de trabajar de su amigo y si estaba en Alemania era precisamente por cuestiones de trabajo. En esos momentos era prácticamente imposible ponerse en contacto con él hasta que él mismo no lo decidiera, y tampoco quería dejarle ningún mensaje explicándole nada de lo que quería hablar con él. No quedaba otra que esperar a que Javier le llamara.

Respiró hondo y miró su móvil con el ceño fruncido. Aún le quedaba por hacer otra llamada. Se incorporó sobre el sofá y dejó la toalla húmeda a un lado antes de marcar. Los tonos sonaron durante varios segundos poniendo a prueba su paciencia. Sabía que Virginia estaría pendiente de su móvil desde el momento en que no contestó su mensaje, y que probablemente solo estaba dejando que sonara sin contestar para intentar controlar la situación. Fue a colgar para intentarlo de nuevo, cuando escuchó un chasquido seguido inmediatamente de ruido de fondo mezclado con algún tipo de música indefinida.

—¡Señor abogado! —respondió una voz turbia cargada de alcohol—¿Por qué has tardado tanto en llamarme?

—Virginia —La voz de Daniel sonó firme a través de la línea, necesitaba que la mujer pusiera toda su atención en él.

—Ya sé. Estás enfadado ¿verdad? —divagó Virginia sin prestar demasiada atención—. Pero no pude resistirme, tenía que hacerle una visita a tu amigo. Lo sabes, sabes cómo soy ¿A que sí?

—Estás borracha —dijo con los dientes apretados. No era bueno que se encontrara en ese estado.

—Sí —contestó arrastrando la ese.

—Escúchame. Deja de beber en este instante.

Virginia soltó una risilla ebria y se escuchó un golpe seco de fondo junto con ruido de cristales rotos.

—¡Hace rato que dejé de beber, amigo! ¡Se acabó el alcohol!

—¿Con quién estás? —preguntó Daniel.

—Con nadie —balbuceó la mujer.

—¿Seguro?

—¡Te lo juro!

—Entonces escúchame —La voz firme, como un trueno—. Ahora mismo levántate de donde estés sentada y ve a la cocina a prepararte algo, cualquier cosa, que te despeje y te ponga sobria. Vas a dejar de hacer locuras y a centrarte en lo que está pasando ¿Me escuchas?

—Estás enfadado —afirmó Virginia.

—Si puedes distinguir eso es que no estás tan borracha —Daniel se contuvo para evitar gritarle—. Repite lo que te he dicho.

—¡Qué pesado eres! —gruñó entre dientes Virginia.

—¡Repite! —insistió Daniel.

—Que vaya a la cocina y encuentre algo para despejarme —La voz sonó quejumbrosa pero algo más centrada que antes.

—¿Qué más?

—¡Que me centre! —chilló enfadada.

—No voy a ser tu niñera Virginia. Escúchame bien —advirtió—. Lo que tenemos entre manos es demasiado complicado e importante como para que no te lo tomes en serio. No estoy aquí para bailarte el agua. Todo por lo que has pasado no va a servir de nada si lo estropeas comportándote como lo estás haciendo. Ya no me voy a andar con tonterías. Mañana por la mañana iré a tu casa y hablaremos, pero te advirtió que ya no

voy a pasar ni una. Si estás conmigo seguiré contigo, si no, esto se acaba aquí.

—Estás siendo muy duro conmigo —susurró a media voz Virginia.

—¿Te parece? —preguntó con sarcasmo.

—Siempre me dejas sola.

—Se acabó Virginia —con dureza continuó—. No vuelvas a acercarte a Marcos ¿Lo has entendido?

—Sí —susurró con rabia Virginia.

—Dime que lo has entendido —exigió con calma y firmeza.

—¡Lo he entendido!

—Entonces mañana nos vemos —terminó Daniel y colgó sin esperar otra respuesta de la mujer.

Respiró hondo y soltó el aire despacio intentando tranquilizarse. Ahora tenía una preocupación más que añadir para aumentar la tensión que últimamente sentía a causa del trabajo. Tiró el móvil a su lado en el sofá y se pasó las manos por la cara en un gesto de frustración. ¿Qué más podía pasar? Tenía que hablar cuanto antes con la fiscal Solís e intentar tantear la situación para saber cómo estaba la cosa. Quizás la mejor solución sería sacar del pueblo a Virginia Gavela y apartarla hasta que todo estallase. Aunque eso significase dejar de tener información de primera mano en el consistorio. Sabía que la Fiscalía estaba intentando atar unos cabos sueltos de los que andaban tiempo tirando, pero quizás sería bueno valorar cómo estaban las cosas y sopesar los pros y los contras. No iba a ser fácil el trabajo en las próximas horas.

Se recostó en el sofá con la cabeza bullendo de preocupaciones. Echó un vistazo a la hora que marcaba su DVD. Apenas eran las nueve de la noche, la tarde se había pasado sin apenas darse cuenta. Tendría que pensar en hacerse algo para cenar pero lo cierto era que no tenía mucha hambre.

El sonido del móvil le sobresaltó sacándolo de sus cavilaciones sobre la cena. Se estiró a través del sofá para alcanzar el aparato y echó un vistazo a la pantalla iluminada. El nombre de Marcos destacó claramente desatando una reacción en cadena; su corazón aceleró los latidos y una sonrisa involuntaria apareció en sus labios. Esperaba volver a hablar con él de nuevo, pero quizás no tan pronto. Respiró hondo antes de descolgar la llamada.

—Hola.

—Hola —escuchó al otro lado—. ¿Te molesto? Quiero hablar contigo.

—No, está bien —dijo frunciendo el ceño—. Dime.

—No. Preferiría verte ¿Puedes? —algo de inseguridad se filtró en la pregunta de Marcos.

—Sí, claro —respondió de inmediato Daniel—. Vente, estaba pensando en preparar algo para cenar.

—Perdona. Acabo de llegar de trabajar —explicó Marcos—. Necesito darme una ducha ya mismo ¿Te importa acercarte aquí? ¿Prepararé algo sencillo para los dos?

El ofrecimiento de Marcos sonó a los oídos de Daniel como una ofrenda de paz, pero no las tenía todas consigo. Ambos necesitaban hablar y Marcos era alguien demasiado firme y decidido como para dejar pasar el órdago que le lanzó esa misma tarde. Si estaba dispuesto a hablar con él le daba igual dónde fuera.

—Está bien. No me importa —contestó—. En quince minutos estoy allí ¿Te parece?

—De acuerdo —contestó Marcos dejando salir un pequeño suspiro. Quizás estaba igual de nervioso que él.

—¿Necesitas que lleve algo? —ofreció Daniel.

—No, solo ven.

—De acuerdo. Entonces hasta ahora.

—Hasta ahora.

Colgó mientras se levantaba del sofá y echó un vistazo a lo que llevaba puesto. Los vaqueros suaves y desgastados y la camiseta gris de manga corta podían valer, estaban limpios y sin rotos. Se miró los pies y frunció el ceño al ver las cómodas pantuflas de andar por casa. Tendría que cambiarse. En un tiempo récord corrió a su cuarto y las sustituyó por unas zapatillas de deporte. Consultó la hora antes de meter el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. De camino a la salida comprobó que todas las luces y aparatos estuvieran apagados. Agarró su cazadora de cuero antes de salir por la puerta y cerró con llave.

A esa hora no había mucha gente por la calle. Aún era una época del año en la que el

sol se ponía demasiado temprano y a esa hora la noche ya era cerrada. Últimamente el tiempo no estaba siendo excesivamente frío, pero en esa zona las nieblas eran muy comunes. Las luces de las farolas alumbraban el solitario camino, dejando entrever que la neblina ya estaba empezando a descender, probablemente en un par de horas sería demasiado espesa como para poder ver a otra persona a diez metros de distancia. Apretó el paso y caminó ligero hacia la casa de Marcos. A penas se cruzó con un puñado de personas que regresaban a sus casas después del trabajo. Vivir en un pueblo tenía sus encantos, pero no estaba muy seguro de si sería capaz de soportar todos los encantos de los que se podía disfrutar en un pueblo, si llegara el caso. Aunque en ese punto de su vida, tener un lugar en el que poder ir para desconectar y relajarse durante una temporada era, sin duda, una buena idea.

A mitad de la calle vio la casa de Marcos. Podía entrever a través de las ventanas delanteras que algunas luces estaban encendidas. La claridad asomaba entre las cortinas dando a la casa un aspecto cálido. Llegó a la puerta y tocó el timbre sin pensarlo demasiado. Entonces se dio cuenta que probablemente hubiera sido buena idea llevar algo. Un vino, tal vez. Sentía las manos demasiado vacías y las frotó nerviosamente sobre los costados de sus vaqueros. No se arrepentía de las cosas que le había dicho a Marcos esa tarde, pero quizás había hecho una apuesta demasiado alta, jugándose el todo por el todo en una relación que apenas acababa de comenzar. Ahora era el momento de ver si había arriesgado demasiado o no.

No podía haber pasado más de un minuto esperando desde que tocó el timbre cuando la puerta se abrió y quedó frente a frente con Marcos. Lo primero que vio fue su inusual palidez y las oscuras ojeras que bordeaban sus ojos. Frunció el ceño sintiéndose inmediatamente culpable por haber puesto sobre los hombros una preocupación más, como si no tuviera suficiente con lo que ya tenía.

—Hola —saludó Marcos con la mirada firme y gesto serio.

Daniel no respondió. En un par de pasos se acercó a él y alzó la mano colocando la palma sobre su mejilla y rozando con el pulgar la oscuridad bajo sus ojos. Marcos se sorprendió por el repentino gesto pero no rehuyó su toque.

—Pareces agotado Marcos. ¿Has estado trabajando hasta ahora?

—Sí, hoy no ha sido un buen día —Marcos retrocedió apartándose de la caricia—. Pasa.

Daniel aceptó la invitación apartando la mirada, intentando no tomar de manera personal el que Marcos rechazara su consuelo. El hombre había tenido un mal día, pero lo cierto era que él, probablemente, había contribuido a que eso fuera así. Marcos cerró la puerta y pasó a su lado indicando con un gesto que le siguiera a través del pasillo hacia la cocina iluminada. Daniel se fijó entonces en el aspecto general de Marcos. Tenía el pelo ligeramente húmedo, por lo que supuso que le había dado tiempo a darse una ducha después de que colgara la llamada con él. Al igual que él, llevaba una camiseta de manga corta negra y unos vaqueros cómodos. Iba descalzo.

La camiseta delineaba perfectamente las líneas de su espalda dejando ver claramente los movimientos cadenciosos de sus músculos al caminar. A Daniel le encantaba esa parte de la anatomía de los hombres y Marcos era totalmente su tipo.

Al llegar a la cocina Marcos fue directamente a colocarse detrás de la isla donde estabadispuesta una tabla de cortar. Alrededor, en varios paquetes desenvueltos, había una variedad de embutidos de olor totalmente apetecible y un par de distintas cuñas de queso.

—Adelante —hizo un gesto con el cuchillo que tenía en su mano, hacia la banqueta delante de él—. Siéntate. Estoy preparando una cena fría con fiambres y queso. Abre el vino si te apetece.

Daniel se había quedado de pie justo en la entrada de la cocina y no supo cómo tomarse la tranquilidad y normalidad con la que se estaba dirigiendo a él Marcos. Sabía que no era una persona de mal carácter ni rencoroso, pero se había esperado que la cosa hubiera tomado otro cariz. De cualquier manera estaba seguro que Marcos no dejaría las cosas tal cual, solo tenía que tener algo de paciencia.

Tomando el ofrecimiento de Marcos como una orden, fue hacia el asiento, mientras se deshacía de la cazadora de cuero y la colocaba en el taburete de al lado. Alcanzó la botella de vino tinto y echó un vistazo a la etiqueta antes de utilizar el abridor para descorcharla.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras servía el vino en dos copas que le acercó el propio Marcos—. ¿Por qué has estado trabajando hasta ahora?

Marcos dejó escapar un suspiro de puro agotamiento, encogiéndose de hombros con resignación antes de contestar.

—He ido todo el día retrasado con los pedidos que tengo pendientes para los próximos días. Mañana tengo un par de entregas y tenía que tenerlo listo todo —Marcos repartía los fiambres en un par de platos y cortaba cuñas de queso para añadirlas después junto a éstos—. También he tenido que resolver un montón de papeleo. No ha sido un día fácil.

Marcos alcanzó su copa de vino y dio un sorbo largo, alzando su mirada hasta encontrar la de Daniel.

—Siento haber colaborado en eso —Se disculpó Daniel, sintiéndose aludido—. Fui a la pastelería para ofrecerte mi ayuda e intentar hacerte las cosas más fáciles y terminéañadiendo mi granito de arena para complicarte las cosas.

—Dos no discuten si uno no quiere —respondió Marcos—. Y yo no tuve ningún problema en discutir.

Marcos hablaba con calma y aparente tranquilidad, pero Daniel percibía una tensión subyacente en sus palabras. Aún era incapaz de saber cómo se sentía realmente su amante.

—No pensé que quisieras hablar tan pronto conmigo —Daniel cambió de postura descruzando los brazos y alargó la mano para alcanzar su copa. La mantuvo entre sus manos después de tomar un sorbo—. Y me extraña que no estés enfadado.

Daniel sentía que esta era una buena oportunidad para intentar que Marcos se abriera con él y no pensaba desperdiciarla. Había pasado mucho tiempo, años atrás, preocupándose en la distancia por lo que pudiera estar pasando con él. Sin poder saberlo a ciencia cierta y sin poder hacer nada al respecto. Javier y él habían permanecido demasiado tiempo alejados de la vida de Marcos y ya era hora de intentar remediar eso.

—No estoy enfadado —contestó Marcos encogiéndose de hombros, mirándole con el ceño fruncido y algo de frustración en sus gestos—. No sé exactamente cómo me siento. Esta tarde te hubiera dicho unas cuantas cosas pero te fuiste dejándome con la palabra en la boca.

El reproche de Marcos dio en el blanco y se sintió un poquito más miserable de lo que ya se sentía.

—Yo sí estaba enfadado esta tarde —contestó—. Y siento que las cosas se me fueran de las manos de esa manera. Pero eso no implica que siga opinando lo mismo que antes.

—Y yo sigo diciendo que me pides demasiado —Le retó Marcos.

—No pido más de lo que estoy dispuesto a dar —dijo Daniel mirándole a los ojos. Marcos le sostuvo la mirada sin apartarla en ningún momento—. Si tú quieres.

—¿Estás seguro? —preguntó Marcos.

—Por supuesto —afirmó Daniel—. Estoy aquí para lo que quieras.

—Háblame de mi padre y de Javier.

De ninguna manera Daniel se hubiera imaginado que Marcos quisiera hablar de ese tema. Tuvo que esforzarse para evitar que la sorpresa que sintió no fuera demasiado evidente. Aun así la tensión que puso sus sentidos en alerta se notó en el cambio sutil de su postura y en la rigidez de sus hombros. No estaba preparado para hablar con él sobre lo que le estaba pidiendo y menos tomándole desprevenido de esa manera. Pero

se dio cuenta que no podía continuar escurriendo el bulto, y tal vez causarle más daño del necesario. Tendría que intentar aclarar algunas de sus dudas, sin embargo, no podía traicionar la confianza y la amistad que le debía a Javier. Había apoyado a su amigo durante muchos años, en los momentos duros y en los no tan duros y la conversación que quería tener Marcos no le correspondía a él tenerla. Tan solo iba a poder despejar unos cuantos nubarrones. La tormenta tendrían que afrontarla los hermanos.

Daniel tomó aire, necesitaba relajarse antes de comenzar a hablar. Aflojó los hombros y miró de lado a Marcos, buscando sus ojos. Necesitaba hacer contacto visual, ver sus reacciones.

—¿Por qué me preguntas sobre esto ahora? —habló con tranquilidad y firmeza.

—¡Porque quiero saber Daniel! —contestó Marcos con vehemencia—. Javier y ahora tú, siempre me dais largas. Pasáis de puntillas sobre el tema y sé que ahí hay algo, algo que no me queréis contar. Durante todos estos años, por una cosa o por otra, lo he dejado pasar. Sinceramente llegó un momento en el que ni siquiera pensaba en ello, solo me cuestionaba las cosas cuando le pedía a Javier que viniera a visitarme y él siempre se negaba. Me decía a mí mismo que a mi hermano nunca le había entusiasmado especialmente el pueblo, que probablemente tenía malos recuerdos de su adolescencia o que le dolía pensar sobre alguien con el que había estado teniendo una relación y con el que no quería encontrarse. Pero esas no pueden ser las razones por las que Javier ni siquiera fue capaz de asistir al funeral de nuestra abuela. Voy atando cabos Daniel y ya no quiero seguir pasando por tonto.

Daniel tragó saliva con dificultad al ver la emoción reflejada en los ojos de Marcos y saber que, a pesar de todo, no estaba en sus manos confiarle la privacidad de su hermano. Supo que estaba poniendo sobre una balanza la amistad, compromiso y lealtad que le tenía a Javier y el amor y confianza que sentía por Marcos. La única solución posible sería encontrar un equilibrio que causara el menor daño posible.

—No es mi historia la que quieres que te cuente Marcos —apretó los dientes y negó con un gesto de frustración—. Tú mismo sabes que si Javier hubiera querido te lo hubiera contado él mismo. Tu hermano toma sus propias decisiones.

—¿Dejándome a mí fuera? ¿Sin saber? ¿Preocupándome?

—Creo que precisamente lo hace para no darte preocupaciones.

—Soy mayorcito, no necesito todo eso —Marcos, frustrado, se frotó la frente con los dedos—. Necesito que mi hermano confíe en mí. Ahora. Que no me aparte, porque no me voy a perdonar si él ha estado sufriendo todo este tiempo y yo no he sabido nada.

—¿Por qué dices eso Marcos? —se extrañó Daniel—. A qué viene ahora tu preocupación por lo que pasó años atrás. Lo que pasó pasó y te puedo asegurar que

Javier está bien. Él te lo diría si necesitara algo de ti.

—Eso no es cierto. No es la primera vez que tengo que andar detrás de él, persiguiéndole para que me cuente las cosas —Se lamentó Marcos—. Hace años tuve que atenderle después de que mi padre le diese una paliza cuando se enteró que Javier era gay. Me quedé a su lado y le curé las heridas como pude porque ni siquiera me dejó que avisara a nuestra abuela. Sé que él estaba avergonzado de que su hermano pequeño le atendiera y le viera en ese estado. Siempre que pasaba algo con mi padre él lo ocultaba y desaparecía de mi vista para que no le pidiera explicaciones. Si no hubiera estado en casa esa vez probablemente también hubiera hecho lo posible para que yo no me enterara. Aún me sigue tratando como su hermano pequeño y no como un adulto al que puede pedir ayuda.

—No sé las razones por las que Javier hizo eso o por qué se comportaba así, probablemente tengas razón —razonó Daniel—. Pero te diré que tu hermano está muy orgulloso de ti y que te confiaría su vida. Lo único que ha pretendido todo este tiempo, incluso cuando erais unos niños, era protegerte de todo lo malo que pudiera ocurrir. Y creo que lo sabes.

—Lo sé —contestó Marcos en un susurro—. Pero eso no quita que en muchas ocasiones durante todos estos años haya sentido que me apartaba de su lado deliberadamente, y que eras tú quién le acompañabas durante todo el camino.

Daniel sintió cómo los remordimientos arrasaban su conciencia. Mil veces había deseado acudir junto a Marcos durante todos esos años, cuando sentía la necesidad de verle, de compartir cosas que estaba viviendo, de hablar con él sobre Javier y saber cosas de él. Tan solo había podido ser fiel a la petición que le había hecho su amigo de alejarse lo más posible de Marcos. De olvidarse de él e ignorar los sentimientos que tenía por ese chiquillo, todo por la lealtad que profesaba a su mejor amigo y porque sabía de los miedos y temores que estaban arraigados profundamente en la mente de Javier. Advertencia tras advertencia, desde el principio, cuando el afecto que empezaba a nacer en él hacia Marcos se hizo visible para su amigo y comenzó a advertirle sobre su hermano pequeño. Hasta aquel día en el hospital cuando le pidió que se olvidara completamente de Marcos y no volviera a verlo. Él respetó la petición de Javier conociendo como conocía sus miedos y se resignó a olvidarse de ese amor suave y cálido que sentía por un adolescente al que difícilmente volvería a ver. Lo hizo por el cariño que sentía por el chico al que consideraba como un hermano y por el dolor que éste estaba sintiendo.

Ahora, escuchando a Marcos, se daba cuenta del daño que ambos habían causado sin pretenderlo. Alejándolo de sus vidas los dos habían provocado en Marcos un sentimiento de abandono y soledad que no había sido premeditado, pero que había calado hondo. Era hora de intentar remediar el error cometido y no le quedaba más remedio que empezar él mismo.

Daniel había permanecido en silencio durante unos segundos intentando tragar el nudo de emoción que oprimía su garganta. Desarmado, sin saber muy bien qué decir, miró a los ojos a Marcos y cruzó los dedos esperando que el otro viera en ellos la sinceridad

con la que quería expresar sus palabras. Enfrente de él tenía al hombre que amaba. Durante tanto tiempo lo había amado, que no podía soportar seguir haciéndole daño si de alguna manera podía minimizar su dolor.

—Es evidente que no tenía ni idea de que te estabas sintiendo así. Solo puedo decirte que esa nunca fue la intención de Javier —Daniel deseaba acercarse a Marcos y abrazarlo pero tan solo se levantó de la banqueta, colocándose frente a él para intentar calibrar su reacción. No quería parecer condescendiente a sus ojos—. Nunca ha querido perjudicarte de ninguna manera, te lo aseguro. Y si ha permanecido apartado tanto tiempo ha sido, probablemente, para evitaros a ti y a tu abuela momentos difíciles que, a su entender, podía manejar él. En ese sentido los dos os parecéis demasiado. El amor que os tenéis uno a otro, paradójicamente, os ha mantenido alejados demasiado tiempo.

—Sabes mucho de él —afirmó Marcos. La envidia tiñó levemente sus palabras y Daniel supo que ya no había vuelta atrás. Ambos hermanos tendrían que hablar más pronto que tarde si quería disipar el malestar que pudiera haber entre ellos.

—Estuve a su lado todos estos años igual que él lo hizo conmigo —Daniel alargó la mano y agarró por el antebrazo a Marcos con firmeza, tocándole por fin, poniéndolos en contacto—. Ahora será lo mismo para ti. Puedes contar conmigo Marcos, dime por qué estas así ¿Qué pasó con tu padre esta mañana?

Marcos aceptó su toque sin apartarse pero mantuvo la mirada baja rehuendo sus ojos. Parecía indeciso, como si no pudiera decidirse a hablar o no. Le vio apretar la mandíbula y tomar aire antes de que por fin levantara la vista hacia él. Dio un suave apretón a su agarre e insistió de nuevo.

—Dime.

—Me peleé con él —dijo con rabia contenida—. Se presentó en la puerta de casa exigiéndome dinero. Hablaba sobre la herencia que nos había dejado mi abuela y que éramos unos malos hijos por dejarlo tirado. Empezó a insultarnos y tuve que pararle los pies diciéndole que si no se alejaba de nosotros lo iba a lamentar —Marcos paró un segundo, se puso de pie alejándose de él. Entonces con gesto intranquilo se frotó la frente con los dedos, y después cruzó los brazos sobre el pecho, antes de volverse hacia él para continuar hablando—. Cuando se lo dije pareció entenderlo, que no iba a conseguir nada de mí. Y entonces empezó a hablar y a despotricar sobre sus hijos maricones.

—¿Sabe que eres gay? —Le interrumpió Daniel.

—Ahora sí —contestó Marcos—. Creo que me vio salir de tu casa esta mañana. El muy hijo de puta estaba esperándome y cuando vio que no sacaba de mí lo que quería no dudó en echarme un montón de mierda encima. Sobre lo desgraciado que era por tener unos hijos maricones como nosotros y que tendríamos que estar muertos —Marcos

estaba parado en medio de la cocina con la vista clavada en el suelo y el cuerpo totalmente rígido, en tensión, relatando de manera monótona lo que había ocurrido con Francisco—. Que tendría que haber acabado con Javier aquella vez pero que tú se lo impediste.

Daniel tomó aliento aguantando la respiración cuando Marcos levantó la vista para mirarle. Cientos de preguntas se perfilaban en esa mirada y él era incapaz de responder a muchas de ellas. El dolor, la rabia y el miedo transformaban sus ojos en oscuras vidrieras brillantes. Tenía que hacer algo.

—Tu padre es un borracho.

—Lo sé. Estaba completamente ebrio mientras hablaba conmigo —Le dio la razón—. No hacía nada más que insultaros a ti y a Javier. Me dijo que tenía que haberte dado una lección como la que le dio a mi hermano.

Las últimas palabras salieron con un hilo de voz y Daniel no pudo contenerse más. En un par de zancadas se colocó frente a Marcos y alargó las manos para envolver su nuca con los dedos acercándolo a él. Puso una mano en su espalda y respiró aliviado al comprobar que Marcos no lo rechazaba. Su amante dejó caer la frente sobre su hombro, sin hacer ningún ruido, aún con los brazos cruzados sobre su pecho, impidiendo que él pudiera abrazarle completamente.

—Marcos, no te preocupes. Todo está bien...

—¡No! —Le cortó de inmediato, levantando la cabeza de repente. Tenía los ojos secos, pero la preocupación y el miedo seguían allí. Su cuerpo ardía temblando de rabia—. Le dio una paliza ¿Verdad? Le hizo daño y ninguno me dijo nada.

Marcos se giró apartándose de él de nuevo. Con las manos en las caderas y la vista clavada en algún punto fuera de la casa, a través del ventanal de la cocina. Daniel tenía el corazón en un puño. Había temido que Francisco le hubiera contado todo lo que había sucedido esa noche, con su crueldad innata y sus desvaríos de borracho podría haber ocurrido cualquier cosa. El cuerpo de Daniel estaba completamente en tensión. Tan solo recordar lo que había ocurrido doce años atrás le hacía estremecerse de rabia. Tenía que manejar las cosas con cuidado, no podía cometer el error de dejarse llevar por la desazón y la incertidumbre que estaba sintiendo Marcos en esos momentos, y traicionar la confianza de Javier ahora. Sin embargo no podía dejar las cosas como estaban. Marcos necesitaba saber lo que había ocurrido esa noche, aunque fueran medias verdades, y aunque más adelante él tuviera que sufrir las consecuencias.

Tan solo titubeó un segundo antes de hablar. Apretó los labios y respiró hondo preparándose para afrontar la conversación. Tenía que estar controlado.

—Tú hermano no te dijo nada simplemente porque es tu hermano mayor —comenzó a

espaldas de Marcos—. No quería que te enteraras de nada y que sufrieras. Tan solo eras un niño Marcos.

—¿Y después? —se giró despacio para mirarle a la cara con un reproche dibujado en su rostro, como si él mismo hubiera sido responsable de la situación—. Nunca me dijo nada, como si no fuera importante que yo supiera nada de esto. Entiendo que no me lo contara cuando era un mocoso de quince años pero a menudo sospeché que algo había sucedido y nunca fue capaz de contarme nada.

—No quería que lo supieras ni que sufrieras por él —insistió de nuevo Daniel, intentando que Marcos comprendiera.

—¡Cómo si hubiera sido la primera vez Daniel! —Marcos contestó irritado—. No era un niño débil e impresionable. Ya te dije que tuve que cuidarle varias veces ¡Yo le cuidé! Solo quería que confiara en mí.

—Confía en ti, pero no podía contártelo. No creo que me lo hubiera contado a mí si yo no lo hubiera encontrado así esa noche.

Marcos se quedó mirándole en silencio con los brazos cruzados sobre el pecho, intentando asimilar sus últimas palabras.

—¿Qué pasó? —preguntó por fin.

Daniel, sintió la pregunta como un calambrazo a través de su cuerpo. Se giró hacia la encimera buscando su copa de vino. Alcanzándola tomó un trago y volvió a llenarla antes de sentarse en la banqueta que tenía más cercana. Valoró sus opciones considerando lo que debía o no decir. Midiendo sus palabras comenzó a hablar.

—Cuando te dejé esa noche después de volver de la nave, fui a vuestra casa a buscar a Javier. Sabía que estaría allí. Tu padre hacía un par de días que andaba desaparecido, ya sabes cómo era, se iba sin decir nada y no volvía en muchos días —recordó Daniel—. Javier había quedado con su novio esa noche y sabía que estarían en tu casa.

—¿Mi hermano tenía novio? ¿Quién? —Le interrumpió Marcos sorprendido.

—Salía con el mismo chico desde hacía un par de años —titubeó antes de contestar—. Era un compañero del instituto. Salva no sé qué, no recuerdo el apellido.

Marcos escuchó con el ceño fruncido lo que contaba, como intentando hacer memoria.

—Otra cosa de la que nunca me habló —se lamentó—. Sigue.

—Cuando llegué allí la puerta de la casa estaba entre abierta y había luz —Daniel hablaba con la voz firme y tranquila, con la vista puesta en algún punto detrás de Marcos, con los recuerdos a flor de piel—. Entré con precaución porque se oían ruidos y me pareció escuchar la voz de tu padre. La verdad es que apenas recuerdo muy bien cómo ocurrió todo —dijo encogiéndose de hombros, moviendo la mano, intentando explicarse—. Fui hasta el patio de atrás. La puerta estaba abierta y los ruidos venían de allí. Solo vi a tu padre sentado sobre Javier, le estaba golpeando y tu hermano casi no se movía. Ya te digo que no recuerdo cómo paso todo, solo recuerdo que me eché sobre él, le cogí como pude apartándolo de Javier. Creo que se sorprendió tanto que ni siquiera atinó a reaccionar. Recuerdo que le golpeé porque después tenía sangre en los nudillos y me dolieron durante días, pero apenas recuerdo cómo salimos de allí. Ayudé a Javier a caminar hasta mi casa. Yo ya sabía que en unos días tendría que viajar a Madrid para instalarme y prepararme para el comienzo de la universidad, así que decidí adelantar las cosas y llevarme a Javier. Era lo que pensábamos hacer solo que las cosas se adelantaron un poco. En casa recogí todo lo que pude llevarme en el momento y monté a tu hermano en el coche. Él no quería pero terminé llevándole a un hospital para que le curaran las heridas.

»—Mientras estábamos en el hospital me hizo jurar que no se lo contaría a nadie. Yo solo puede decirle que sí; en ese momento estaba mal y solo me tenía a mí. Cuando se recuperó se volvió más hermético aún que antes. No quería saber nada de denuncias o tan siquiera de hablar con tu abuela o contigo del asunto. Después ambos comenzamos la rutina de la universidad, los estudios y el trabajo. Fue pasando el tiempo y todo quedó ahí. Él continuó como siempre; tan solo se negó a volver a visitar el pueblo o a hablar del tema durante mucho tiempo.

Daniel había estado hablando sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. Recordar lo que había ocurrido esa noche le revolvía el estómago y su cuerpo se tensaba como si volviera a ese mismo lugar otra vez. Sabía que había muchas cosas aún por decir, pero no era él quién tenía que contarlas. Solo esperaba que Javier diera por fin el último paso para deshacerse de todos los malos recuerdos del pasado y que Marcos fuera capaz de perdonarle su ocultamiento cuando se enterara de toda la verdad.

Cuando levantó la vista buscando una reacción de Marcos no pudo más que tomar aire y apretar los dientes cuando lo vio llorando en silencio. No emitía sonido alguno, tan solo le miraba con el rostro desencajado y una profunda pena en los ojos. Entonces se levantó de la banqueta donde había estado apoyado, intentando tomar distancia con él, y se fue hacia él para poder rodearlo con sus brazos. Lo abrazó fuerte estrechando su espalda, acariciando su nuca, con el corazón encogido por lo que sabía y tenía que callar.

Marcos permaneció en silencio y se dejó abrazar con calma. Su cuerpo estaba caliente y algo tembloroso; entonces le sintió moverse cuando levantó los brazos para pasarlos alrededor de su cintura, acercándole un poco más a él. Ambos permanecieron así durante un par de minutos más, hasta que Marcos levantó la cabeza del hombro de Daniel, donde había estado apoyada, e intentó alejarse, buscando sus ojos. Daniel le miró impidiéndole que se alejara demasiado cuando comenzó a secar los restos de lágrimas que aún escurrían, limpiándolas de sus mejillas con los pulgares. La tristeza

teñía los ojos de Marcos y a Daniel se le hizo un nudo en el corazón al verlo.

—Todo este tiempo he sentido envidia de mi hermano, en muchas ocasiones, cuando pensaba en ti y todo el tiempo que pasabais juntos, en la universidad, viviendo en la misma casa, haciendo cosas de las que yo no sabía —Marcos hablaba con la voz tomada por la rabia y la pena—. Al principio pensaba que tú siempre habías querido más a mi hermano que a mí. También pensaba que Javier te quería más a ti que a mí. Que los dos me habías abandonado para vivir vuestra vida sin acordaros para nada de mí. Cuando crecí asumí que cada uno tenía su vida y que no tenía que ser compartida, y comencé a conformarme con que Javier solo hablara por teléfono conmigo y solo pudiera verlo si era yo el que iba a Madrid. ¡Me parecía tan egoísta de su parte! Y todo este tiempo...

—¡No pienses eso! ¿Me oyes? —Daniel utilizó los pulgares para obligar a Marcos a mirarlo, colocándolos bajo su barbilla—. Tú eras un chaval y no sabías nada. Tus sentimientos fueron lógicos y normales, no hay nada mal en ellos. ¡No hay nada que reprochar Marcos!

—Yo sabía que algo malo había tenido que pasar. Durante un tiempo no quise pensar en ello y después lo aparté a un lado y lo olvidé —Se recriminó Marcos—. Encontraba cualquier justificación para no ahondar en ello cada vez que Javier se negaba a venir a ver a la abuela Ángela. Pude hacer más si lo hubiera sabido antes.

—¿Hacer qué? —preguntó Daniel agarrándole de los hombros—. Conoces a tu hermano, sabes cómo es. Durante mucho tiempo después de eso fue totalmente hermético conmigo y sentí mil veces la frustración de no poder hacer nada cuando se negaba a hablar si quiera conmigo. Yo lo supe todo el tiempo y no puede hacer más que estar junto a él.

—Aunque solo hubiera sido eso —contestó Marcos entre dientes, apartándose de él—. Siempre estuvimos los dos juntos apoyándonos. Después de esa noche se fue, sin avisar a nadie, se fue contigo y nos abandonó. Me abandonó y ya nunca volvió a ser lo mismo. ¿Sabes que hubo momentos en que le odie por irse contigo y dejarme aquí aguantando a mi padre? —dijo con rabia hacia sí mismo—. Yo era feliz en el pueblo cuando él apenas toleraba vivir aquí, incluso de niños. Pero odiaba el sentimiento de abandono que me sobrevenía cada vez que pasaba algo con mi padre y sentía que era mi hermano el que tenía que estar aquí conmigo y no allí contigo. Le necesitaba y no estaba. Y resulta que él había estado sufriendo mucho más que yo y ni siquiera pudo confiar en mí.

Daniel escuchó el autorreproche en las palabras de Marcos y se sorprendió de lo mucho que se parecían los dos hermanos.

—No estoy de acuerdo contigo en algunas cosas —Daniel se acercó a la encimera para coger las dos copas y la botella de vino y las llevó hasta la mesa de la cocina. Apartó una de las sillas y le indicó a Marcos que se sentara. Volvió a la encimera a por los platos de fiambres y queso y los colocó delante de Marcos cuando tomó asiento con

desgana—. Come algo.

—No tengo hambre —Marcos negó con la cabeza mirando con el ceño fruncido los platos frente a él.

—No me importa. Come —Daniel arrimó uno de los platos hacia Marcos y le miró con fijeza hasta que consiguió que el otro cogiera un trozo de queso y le diera un mordisco con pocas ganas.

—¿Contento?

—Mucho —Daniel siguió el ejemplo de Marcos y se llevó algo de comida a la boca. Rellenó las copas de vino mientras observaba a Marcos jugar con su trozo de queso.

—¿En qué no estás de acuerdo?

—En que Javier no confíe en ti. Eso no es cierto.

—¡Tú dirás! Es lo que me ha demostrado todos estos años —Se lamentó Marcos.

—Lo que te ha demostrado es que te quiere y que no está dispuesto a que sufras más de la cuenta —Daniel habló con firmeza, no quería escuchar la autocompasión en la voz de Marcos—. No te contó nada cuando ocurrió, obviamente, porque eras demasiado joven en aquel entonces para hacer nada. Bastante tenías con lidiar con lo que ocurría aquí. Además conoces cómo es Javier, ni siquiera me hubiera dicho nada a mí si no lo hubiera encontrado yo mismo esa noche. Tienes que entender que el proceso que siguió Javier para asimilar lo que ocurrió fue lento. Además él siempre se ha guardado sus cosas para sí mismo, tú lo sabes.

Daniel apartó la mirada esquivando los ojos de Marcos. Era difícil explicar el comportamiento de su amigo durante esos años sin poder hablar de todo lo que había pasado en aquel entonces. Le incomodaba el tener que continuar ocultándole las cosas a Marcos, pero era algo con lo que nada podía hacer.

—¿Y ahora, qué pasa con él? —preguntó Marcos después de dar un sorbo a su copa de vino.

—Ahora creo que está bien. Hay muchas cosas que te tiene que contar, ha necesitado tiempo pero creo que ya es hora. Solo necesita un empujoncito para dar el paso. Quizás debas forzarlo.

—Sí —contestó Marcos distraído jugueteando con el pie de su copa.

—¡Joder! ¡Os parecéis tanto! —dijo Daniel, sonriendo con admiración.

—¿De qué hablas? —Se extrañó Marcos.

—Estás aquí quejándote de lo poco que confía tu hermano en ti y estoy seguro, sin miedo a equivocarme, que tú has hecho tres cuartos de lo mismo con él —Daniel se fijó en la cara de Marcos cuando se sorprendió al escucharle hablar. Con los ojos entrecerrados observó sus reacciones—. Probablemente has pasado muy malos momentos durante estos años, intentando proteger a tu abuela de Francisco y teniendo que convivir con él para no renunciar a todo lo que quieres y te gusta. Y estoy seguro que muchas de esas cosas ni siquiera han llegado a oídos de Javier. Uno y otro os comportáis de la misma manera, intentando protegeros mutuamente. El problema es que termináis aislados, bastante solos y sin nadie con quién compartir las cosas importantes.

—No estoy solo. Tengo a mi gente —contestó Marcos a la defensiva.

—Puede ser. Pero con respecto a tus cosas te quedas en la superficie —contestó Daniel—. Lo sé porque llevo días lidiando con todas las capas que llevas encima, una tras otra, intentando llegar donde yo quiero.

Daniel vio la tensión que se apoderó del cuerpo de Marcos y cómo se reflejaba en su rostro el esfuerzo que estaba haciendo para manejar las verdades en sus palabras. Se preparó para una nueva discusión en la que pensaba salir vencedor. Pero se sorprendió al escuchar lo que Marcos tenía que decir.

—El otro día mi mejor amiga, una de las personas más importantes en mi vida, me dijo algo muy parecido a lo que me acabas de decir —Marcos habló con tranquilidad y algo de desconcierto tiñendo sus palabras—. Me enfadé con ella cuando me lo dijo, no me reconocí en sus palabras aquel día. Pero en el fondo sé que, durante mucho tiempo, he estado escondiéndome de todo, como dices, quedándome en la superficie. Porque lo demás, ir más allá, puede ser muy doloroso.

Una emoción profunda y cálida nació en el pecho de Daniel al ver la vulnerabilidad con la que se había expuesto Marcos sin saberlo. Ahí estaba. Tímidamente hablando de emociones y sentimientos propios, ofreciendo a Daniel una pequeña rendija por la cual intentar atisbar qué era lo que hacía que Marcos fuera de esa manera.

¿Y él? ¿Estaba dispuesto a dar un paso más para descubrir si podía conseguir lo que había venido a buscar? No estaba dispuesto a perder la oportunidad, ya había desperdiciado demasiado tiempo y su corazón, su piel y sus sentidos le decían que tenía que saltar al vacío y dejarse llevar. Porque esta era la ocasión que había estado esperando y no pensaba dejarla marchar.

Respiró hondo intentando mantener las emociones a raya. Sabía lo que tenía que hacer, ahora ¿Por dónde empezar?

—¿Eres cobarde? —Soltó de repente Daniel—. Porque yo no lo creo. Hace unos días me pediste salir. Querías saber ¿no? Conocerme. Yo también quiero eso. Te busqué porque hacía mucho tiempo que quería resolver lo que hubo entre nosotros, saber también lo que sentía o creía sentir por ti. Y ahora lo sé —Daniel buscó la mirada de Marcos antes de continuar—. Estoy enamorado de ti. Y estoy seguro que siempre lo he estado. Te quiero tal como eres y estoy deseando continuar buscando debajo de cada una de esas capas con las que te proteges, y descubrir qué es lo que esconden.

Capítulo Diecisiete

Marcos se quedó mudo al escuchar la declaración de Daniel. No estaba muy seguro de haber entendido correctamente todo lo que había dicho. Tuvo que respirar profundamente al sentir que su corazón aceleraba el ritmo cuando asimiló de golpe las palabras de Daniel. Incrédulo, intentó negarlo preparándose inconscientemente para levantar una nueva barrera tras la cual parapetarse presintiendo los posibles daños.

—Estás loco... No lo dices en serio —dijo con una sonrisa nerviosa—. ¿Eres de los que declaran despreocupadamente su amor? No lo hubiera creído de ti.

Sus propias palabras teñidas de burla le sonaron corrosivas y desmedidamente hirientes. No estaba preparado para escuchar la declaración de Daniel e instintivamente reaccionó atacándolo. Sentía cómo su cuerpo temblaba con leves sacudidas y una presión desagradable oprimía sus tímpanos molestando en sus oídos. ¿Qué pretendía Daniel? ¿Qué sentido tenía hablarle de amor cuando ellos no tenían ningún futuro? Llevaba días luchando contra sus propios sentimientos y emociones, haciéndolas a un lado para poder ver con claridad la realidad de su relación con Daniel. Sabiendo que no podía entregarse completamente, con temor a salir herido si daba un paso en falso. Daniel no era un hombre de relaciones estables. ¡Él tampoco lo era! Siempre había tenido mucho cuidado con sus parejas. Sabía que tarde o temprano el otro se iría dejándole solo, enganchado a alguien que no miraría atrás de nuevo. Era mejor ir desde el principio con los ojos abiertos, sabiendo que ese tipo de cosas no duran para siempre. El amor, la lealtad, la fidelidad, el compromiso. Eso no era para él. Por mucho que alguna vez hubiera estado enamorado, por mucho que ahora deseara que las cosas fueran diferentes para él. No podía, de ninguna manera, entregar esa parte de él que mantenía resguardada del abandono, del olvido y de la soledad. Se había dado cuenta, durante esos últimos días, que no iba a poder sobrellevar de nuevo el abandono de Daniel. Y ahora era capaz de admitirlo. Después de escuchar su declaración de amor y sentir en el pecho esa dolorosa punzada que apenas le estaba dejando respirar. Sentir el miedo, por un segundo, de verse otra vez solo, sin la persona querida, amada. No. Eso no era lo que quería, y no volvería a pasar de nuevo por ello.

—¿Te molesta que te lo diga? —sentado cómodamente en su silla, con el codo derecho apoyado sobre la mesa y una actitud relajada, Daniel habló con tranquilidad y firmeza—. ¿Te molesta que te diga que estoy enamorado de ti?

Marcos hizo el esfuerzo de intentar relajar su cuerpo y controlar su inquietud. Tan solo eran palabras, colocadas una detrás de otra, y no tenían por qué tener ningún significado especial para él.

—Puedes hacer lo que quieras, eres dueño de tus palabras.

—Y de mis emociones —respondió Daniel.

—Sí, también de esas —Marcos se incorporó apoyando los codos sobre la mesa, enfrentándose a Daniel, buscado su mirada—. No te puedo decir qué hacer, solo te

puedo decir que no necesito que me hables de amor. Sé muy bien cómo funciona esto. Te pedí salir, te pedí conocernos y pasar tiempo juntos. Lo quiero a ese nivel, nada más.

Estaba siendo duro, pero tenía que dejar las cosas claras, no podía cometer el error de dejarse llevar por los sentimientos de Daniel, ni por el anhelo de los propios.

—Bueno. Tienes razón ¿no? Nunca hablamos sobre ir más allá —Daniel seguía tranquilo, aparentemente relajado, devolviéndole la mirada con un brillo de picardía en los ojos que no hablaba de nada bueno—. Aunque eso no suele ser algo de lo que se hable. Simplemente pasa.

—Puede ser, pero no me interesa —Marcos se echó hacia atrás, cruzando los brazos sobre su pecho.

—De acuerdo —asintió Daniel con una sonrisa sutil asomándose a sus labios—. Vamos a hacer una cosa —propuso—. Yo no hablaré de amor, no diré que estoy enamorado de ti, que te amo... Hasta que tú me lo digas a mí.

El corazón de Marcos se apretó y sintió una punzada dolorosa en el pecho que le dejó sin respiración por un segundo. ¿Decirle que le amaba? Eso no iba a ser posible. Eso era algo que no pasaría en un futuro cercano, probablemente tampoco lejano. ¿De qué servía decir esas palabras? Lo mismo que escucharlas. Las palabras se las llevaba el viento, dejando tras de sí un tenue eco hecho de soledad y un hondo agujero en el pecho difícil de volver a tapar. Marcos bufó al escuchar la condición de Daniel. Apretó los dientes y alzó una ceja antes de contestar.

—Lo que quieras, pero no esperes demasiado de mí.

—No te preocupes, sé lo que hago.

Ambos estaban jugando un tira y afloja que hizo que Marcos se relajara. Se dio cuenta que Daniel le estaba dando su propio espacio y que ni siquiera se había tomado a mal sus desplantes o sus ásperas reacciones. Daniel permanecía sentado en frente de él con una actitud relajada y una sonrisa concedora en sus labios, como si supiera algo que a él se le escapaba. Reconoció que había esperado que se hubiera molestado al escucharle hablar como lo había hecho, pero en el fondo de su mente estaba el hecho de saber que, por el contrario, Daniel aún permanecía a su lado y parecía bastante feliz de estar donde estaba.

—Sé que sabes lo que haces. Lo que aún no sé es por qué lo haces.

—¡Uy! Lo siento —dijo Daniel con retintín, encogiendo los hombros—. Me han prohibido hablar sobre eso.

—Eres un gracioso ¿Lo sabías? —contestó Marcos convirtiendo sus ojos en dos rendijas de suspicacia.

—Por cierto, si tengo vetado el tema que empieza por A, ¿tengo alguna otra restricción que debas mencionarme ahora? Por saberlo, ya sabes.

Marcos suspiró resignado, sabiendo que se merecía las pullas que ahora le arrojaba Daniel. Era mejor eso que verle desaparecer por la puerta. Aunque no quisiera admitirlo ni para sí mismo.

—¿Cómo qué? —dijo por fin, poniendo los ojos en blanco.

—No lo sé —contestó muy serio Daniel—. ¿Puedo hablarte de tus labios?

—Mis labios —dijo extrañado Marcos.

—Sí, ya sabes. De cómo me excito al pensar en ellos —La voz de Daniel se transformó en un murmullo caliente y sensual, provocando que su piel se erizara. Sintió la sangre palpar en sus labios y tuvo que morderlos para acallar la hipersensibilidad repentina—. Sobre todo la línea sexi del arco superior y la suave y húmeda calidez del interior. ¿Sabes? A veces solo puedo pensar en eso.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire y Marcos las sintió como una caricia que erizó su piel. ¿Por qué Daniel tenía ese efecto tan profundo en él? Se sentía como si fuera la proverbial polilla atraída a la llama, y era algo que no podía permitirse. Tenía que volver a tomar el control de la situación o iba a ser demasiado tarde.

—Está bien. Sobre eso creo que puedes hablar —miró de arriba abajo a Daniel e inclinó la cabeza a un lado antes de preguntar—. ¿Alguna cosa más?

—Si insistes —una juguetona sonrisa se extendió por sus labios—. Me encantaría hablar sobre tus miradas. Y cómo a veces se me clavan aquí —se señaló el pecho—, cuando utilizas tus ojos para decirme cosas que no te atreves a decir en voz alta —susurró—. También podría hablarte sobre tu espalda y lo mucho que me gusta mirarte desde atrás cuando llevas esas camisetas que delinear los músculos con cada movimiento que haces, pegando la tela a tu cuerpo —continuó Daniel—. O la parte baja de tu espalda y la curva que se dibuja allí cuando te arqueas sobre la cama mientras montas sobre mí, haciéndome el amor.

Marcos tomó aire y se puso de pie en el mismo movimiento. Caminó los dos pasos que le separaban de Daniel y antes siquiera de que terminara de hablar, abrió las piernas y se sentó a horcajadas en su regazo. La silla se deslizó chirriando sobre el suelo por el peso extra, pero ninguno de los dos se fijó en eso. Marcos sostuvo la mirada de Daniel mientras permanecían en silencio los pocos segundos que trascurrieron entre una respiración y otra. Daniel movió sus manos colocándolas sobre sus muslos, la calidez

de las palmas traspasó la tela hasta su piel, volviéndola sensible al tacto. Las manos no se quedaron ahí. Daniel alargó la caricia rodeando sus caderas para llegar a sus nalgas y las pellizó con suavidad, utilizando los dedos y las palmas para ajustarlo en su sitio, amoldándolo a su cadera, pegándolo a su vientre, acercándole lo más posible. Marcos siguió sus movimientos sin apartar los ojos de Daniel. Su mirada dividida entre su húmeda boca y sus brillantes pupilas. Levantó las manos y enmarcó su rostro entre sus palmas, sintiendo la punzante sensación de la barba en su piel. La agitada respiración de ambos se fue acompasando suavemente con cada segundo que pasaba. Marcos se sintió vulnerable al ser consciente, ahora, de cómo sus sentimientos y emociones permanecían tan a flor de piel, incluso cuando intentaba con todas sus fuerzas que eso no fuera así.

Apoyó ambos pulgares sobre los labios de Daniel, acariciando la suave y cálida piel, delineando el arco pronunciado que se dibujaba en los bordes, notando la humedad del interior con cada una de sus respiraciones. Y cerró los ojos por medio segundo intentando tomar fuerzas para no ir más allá de donde no debía ir.

—Sabes que puedes hablarme sobre cualquiera de esos temas en el momento que lo desees —contestó Marcos en cuanto abrió los ojos, buscando la mirada de Daniel, mostrando en su propia mirada lo que le era imposible ocultar.

—Eso está bien —Las palabras de Daniel vibraron en las yemas de sus dedos, cosquilleando hasta su pecho. Entonces apartó los pulgares acariciando la superficie y los sustituyó por sus labios.

Marcos utilizó los dientes y la lengua para profundizar el beso, agasajando cada rincón húmedo, pellizcando la sensible piel. Sintió las manos de Daniel buscando el contacto directo con su cuerpo, levantando los faldones de su camiseta para introducirlas debajo, y entonces subirlas hasta llegar a sus hombros, marcando el camino con sus dedos. Su piel ardió mientras Daniel le pegaba aún más a su cuerpo, manteniéndole sujeto entre sus brazos, acariciándole por debajo de la ropa. Marcos rompió el beso con la respiración agitada y las pupilas dilatadas, aturdido por las sensaciones. Apoyó los labios sobre la mandíbula rasposa de Daniel y usó la lengua para delinear las aristas de su forma. Sintió un estremecimiento bajo su cuerpo al inclinarse más, bajando hasta la piel sensible del cuello de Daniel, y rozó allí con sus dientes para después utilizar los labios húmedos, probando el agitado pulso que podía sentir con claridad. Respiró profundamente, hociqueando la piel almizclada y cálida, excitándose tan solo con ese erótico olor.

Entonces se incorporó de repente, saliendo de ese hueco tentador que le atraía como la miel a las moscas, y apoyó la frente húmeda sobre la de Daniel, respirando ambos el mismo aliento, y le sujetó por la nuca, enterrando los dedos en su cabello, fijando los ojos en su mirada.

—Me encantan estos temas tuyos de conversación —dijo intentando controlar su respiración—. Pero vas a tener que hacer algo con las consecuencias, no podemos quedarnos así.

Una sonrisa amplia y decidida apareció en los labios de Daniel llegando incluso a iluminar sus ojos y Marcos ni siquiera lo vio venir.

—Eso está hecho.

Antes incluso de haber terminado de hablar rodeó con sus brazos las caderas de Marcos, ajustando sus piernas para que rodearan su cintura, y en el mismo movimiento se incorporó poniéndose de pie con Marcos entre sus brazos.

—¡Joder! ¡¿Qué haces?!

—Poner una solución.

Marcos reaccionó sujetándose con fuerza a los hombros de Daniel y apretando sus piernas alrededor de sus caderas. Se quedó sorprendido por la fuerza bruta de su amante. Ambos eran más o menos del mismo tamaño y probablemente debían pesar prácticamente lo mismo. Que fuera capaz de levantarlo de esa manera era cuanto menos sorprendente.

—Señálame el camino al cuarto, no creo que pueda aguantar mucho más y no quiero quedar en ridículo.

Marcos soltó una carcajada liberadora y feliz mientras señalaba con un gesto rápido la puerta de su habitación. Daniel le cargó con paso firme mientras él se ocupaba en ir abriendo puertas y encendiendo luces. Su habitación era grande y bastante simple. La cama ocupaba el centro del cuarto, con un armario empotrado a un lado y una amplia ventana cubierta con cortinas al otro. Natalia le había ayudado a decorarla en su momento, y él se lo había agradecido de corazón. No tenía ni idea de cómo combinar los colores de un dormitorio para que no resultaran estresantes, horteras o aburridos. Natalia había elegido los colores más oscuros para la cama, como el gris o el borgoña. Y utilizado unas pinceladas de ocre y tierra para las cortinas o los tapices en los cojines y reposapiés. Él solo había pagado las facturas sin preocuparse de nada más. Lo único que le importaba era que su dormitorio se había convertido en uno de los mejores lugares de la casa. Y compartirlo con Daniel le hacía feliz.

Se inclinó un poco para besar los labios de Daniel cuando se detuvieron junto a la cama. Pensó que él le soltaría de inmediato, deseando deshacerse de su carga, pero le mantuvo abrazado unos segundos más, mientras se dejaba saborear, antes de aflojar su agarre dejando que su cuerpo resbalara con lentitud hasta llegar a posar los pies en el suelo. Tuvo que sostenerse de sus hombros al sentir lo extraño de volver a estar sobre sus pies, después de haber sido transportado de aquella manera.

—Para ser un abogado atado a la pata de su escritorio, estas en muy buena forma.

—Me alimento bien.

Ambos sonreían cuando Daniel le robó otro beso, abriendo la boca sobre sus labios, acariciando el interior con la lengua. Marcos se apartó rompiendo el beso y se movió hacia atrás para quitarse la camiseta de un solo tirón.

—Eso es bueno. Voy a necesitar toda tu energía para esto —dijo guiñándole un ojo—. Desnúdate.

Daniel imitó a Marcos obedeciendo su orden y comenzó a deshacerse de sus ropas sin ni siquiera pestañear. Desnudo, alargó la mano hasta la nuca de Marcos y lo acercó de nuevo, rodeándole la cintura con su brazo libre, pegándole a su cuerpo.

—¿Tienes prisa? —preguntó sobre la mejilla de Marcos, acariciando la piel con sus labios—. No la tengas, hay tiempo.

—Lo sé. Pero lo quiero ya.

Marcos se agitó empujando con ímpetu a Daniel hasta hacerlo perder el equilibrio. Ambos cayeron sobre la cama, con un suave rebote y las extremidades enredadas en un lío de pasión a flor de piel. Sus bocas se unieron de nuevo mientras sus manos y piernas acariciaban y frotaban la piel que encontraban a su paso. Marcos quiso marcar el ritmo, llevando la batuta, e intentó prevalecer en el sutil forcejeo entre los dos. Pero el peso del cuerpo de Daniel sobre el suyo, acoplándose a la perfección entre sus caderas, y la manera tan artera que tenía de robarle el aliento con cada caricia, le estaba alejando cada vez más de su objetivo, haciéndole pensar que dejar las riendas en manos de Daniel podría ser una buena idea.

Daniel dejó su boca para bajar besando un camino a través de su mejilla y mandíbula hasta llegar al hueco sensible de su cuello. Su amante estaba consiguiendo con unas cuantas caricias ponerle tan caliente que estaba, incluso, olvidándose de sí mismo. Necesitaba un segundo para evitar perder completamente la cabeza. Necesitaba que Daniel estuviera tan perdido de pasión como él. Entonces hizo de nuevo el amago de intentar revertir las posiciones, quería probar la polla de Daniel en su boca, tenerlo loco con sus caricias, ver la pasión que podía despertar en él y saber que, por esos pocos minutos, era completamente suyo.

Apenas había conseguido incorporarse sobre las sábanas cuando Daniel frenó su movimiento corcoveando sus caderas, frotando sus pollas duras entre sí, pasando las palmas de sus manos por sus costados, estrechando su cuerpo.

—No te muevas. Te tengo.

—No. Yo quiero tenerte —consiguió balbucear Marcos antes de que Daniel besara sus labios acallándolo.

—No. Esta noche no —Le negó Daniel—. No te muevas.

Marcos ni siquiera intentó protestar cuando Daniel agarró sus manos a la altura de las muñecas y se las colocó sobre la cabeza, apretándolas simbólicamente sobre las sábanas, dándole a entender que tenía que mantenerse así. Aguantó la respiración al sentir el dulce y cálido aliento de Daniel acariciando su cuello, pasando después su lengua y sus labios por la piel que iba encontrando, desde el hueco de sus axilas hasta la sensible carne de su pecho, y la dureza de sus pezones excitados. Marcos sacudió instintivamente las caderas al sentir el soplo cálido de la boca de Daniel después de haber humedecido la piel más oscura que rodeaba sus pezones, haciendo que un escalofrío de placer recorriera su espalda. Sintió una corriente eléctrica hasta su polla cuando Daniel mamó de ellos, introduciendo la carne con suavidad en su boca, acariciando la dureza con la lengua en un toque húmedo y carnal.

La sacudida que recorrió su cuerpo fue incontrolable. Un tembloroso gemido escapó de sus labios haciendo eco en sus oídos. Marcos no pudo contenerse por más tiempo; movió los brazos de la posición que le había indicado Daniel y enterró los dedos en su desordenado cabello, intentando guiarle hacia donde quería tenerlo. Daniel acusó los insistentes tirones de Marcos alzando la mirada hacia él y guiñándole un ojo antes de dejarse hacer. Siguió las indicaciones de Marcos regando un camino de besos húmedos sobre el abdomen de su amante, mordisqueando la piel, acariciando su carne hasta llegar a su ingle y abrir la boca ampliamente para alojar la jugosa cabeza de su polla. Marcos tan solo pudo apretar los dientes para intentar evitar que un tenso gruñido saliera de su garganta. La caliente y húmeda boca de Daniel envolvió su tallo, succionando y arrastrando con fuerza la carne dura, enviándole a un mundo de placentero aturdimiento. Sus caderas se sacudían siguiendo el movimiento de vaivén que marcaban los labios de Daniel, manteniéndole en el borde. Alzó una rodilla casi automáticamente al sentir los dedos audaces que buscaban su apertura para tantear la elasticidad de la entrada. La saliva de Daniel que escurría ahora hacia su agujero, le sirvió de lubricante para comenzar a introducir sus dedos dilatándolo, haciendo que su vientre temblara y su cabeza se centrara tan solo en el placer. Daniel hizo con él lo que quiso mientras le preparaba para poder penetrarlo. Marcos estiró los brazos buscando su cuerpo, queriendo acariciar cualquier porción de piel que quedara a su alcance. Bajó la mirada observando cómo se tragaba su polla para salir después húmeda y brillante, de su cálida boca. Las sensaciones extremas le robaron el aliento por un segundo impidiéndole casi respirar. El sudor corrió por sus sienes y a los costados de su cuerpo. Se sentía en llamas bajo las atenciones de Daniel que le mantenía casi inmóvil, aturcido por el placer.

Su garganta se apretó con un gruñido de frustración cuando Daniel se incorporó repentinamente alejándose de él. Mientras sentía cómo la cálida humedad de su polla se enfriaba al contacto con el ambiente del cuarto, le vio inclinarse hacia un lado de la cama para rebuscar en uno de los cajones de la mesilla. Cuando no encontró lo que estaba buscando, Marcos tuvo que salir de su aturdimiento para indicarle dónde debía buscar. Daniel rebuscó en la otra mesilla hasta dar con un par de condones y un bote de lubricante que tiró junto al cuerpo desmadejado de Marcos.

Daniel volvió a él buscando su boca, para besarle con intensidad, introduciendo la lengua para tantear su cavidad y cosquillear en la piel suave y sensible del interior.

Cuando se apartó de nuevo, Marcos rodeó sus hombros impidiéndole que se alejara demasiado. Sus reacciones eran básicas e instintivas. No quería perder el contacto con él.

—Te encanta controlar, pero te abandonas completamente cuando me dejas al mando —Daniel apoyó la frente sobre la de Marcos mientras hablaba—. ¿Eres consciente de eso?

—Ahora mismo no sé ni mi nombre —contestó Marcos con un resuello—. Pero no te preocupes, que esta me la pienso cobrar.

—Eso seguro será un placer para mí —susurró Daniel sobre los labios de Marcos—. De cualquier manera gano yo.

Marcos sonrió antes de besar con avidez la boca ofrecida de Daniel. Le mordisqueó los labios con ansias y los humedeció después con la lengua, siguiendo sus movimientos mientras se apartaba de él para colocarse el condón. Cuando Daniel estuvo listo Marcos acarició su polla cubierta de látex y le masturbó durante unos segundos hasta guiarlo entre sus piernas. Daniel le arrastró por las caderas hasta colocarlo en una posición más pegada a su cuerpo. Marcos sintió como tanteaba en su entrada, resbalando un par de veces antes de poder introducirse por fin en su interior. El dolor agudo que notó le hizo respingar y tuvo que tomar una respiración para calmar la repentina quemazón. Daniel posó los labios sobre su sien derecha, rozando su piel en una caricia tierna, mientras se introducía poco a poco en él. Los tirones rítmicos de sus caderas le acunaban marcándole con el placer, obligándole a sentir la plenitud de tenerle profundamente en su interior.

Marcos apretó con fuerza los ojos por un segundo mientras gemía con cada uno de los envites de Daniel. Alcanzó con sus manos los costados de su amante, acariciando y pellizcando la carne entre sus dedos. La respiración de Daniel, caliente y húmeda, marcaba la piel de su cuello, haciéndole estremecer. Sintió un escalofrío placentero al escuchar su voz acariciando su oído.

—Prepárate. Te voy a poner al mando.

Marcos apenas tuvo tiempo de pestañear antes de verse apresado entre los brazos de Daniel, cuando éste rodeó su cuerpo pegándole completamente a él. Se incorporó con un impulso sentándose sobre la cama con él colocado sobre su regazo. Marcos se agarró instintivamente a sus hombros con fuerza y resolló sorprendido por el brusco cambio de postura. El reajuste le quitó el aliento cuando sintió lo profundo de la penetración. Daniel permaneció sentado con la espalda erguida y las piernas recogidas bajo su cuerpo, sirviéndole de nido, mientras él tenía los brazos rodeando sus anchos hombros y las piernas enredadas alrededor de su cintura. Ambos enfrentados, pegados desde los hombros hasta las ingles, sintiendo los latidos de sus corazones palpitando en sus pechos. Marcos tuvo la audacia de moverse tentativamente sobre el regazo de Daniel, provocando que ambos gimieran y contuvieran el aliento a la vez. Fue consciente entonces de que cualquier mínimo movimiento haría que la dura carne de

Daniel profundizara y rozara en su interior.

En las mejores partes.

Lo íntimo de la postura le hizo tragar saliva con dificultad. Daniel le había obligado a asumir esa postura de una manera intencionada. Sabía la intimidad que implicaba y había puesto la decisión de esa cercanía en sus manos. Lo tomaba o lo dejaba. Frunció el ceño cuando levantó los ojos para encontrar la mirada de Daniel. Apenas pudo tomar aliento cuando, instintivamente, agitó sus caderas sobre el regazo de su amante. Parpadeó con los ojos turbios de placer al sentir los labios tiernos de Daniel sobre su boca. Ni siquiera pudo articular palabra alguna.

—Solo tienes que moverte —susurró Daniel—. Tú mandas.

—Eres un hijo de puta —contestó Marcos antes de agarrar a Daniel por la nuca, introduciendo los dedos entre su cabello para hundir la boca sobre la suya.

Entonces ya no quiso pensar más. Comenzó a moverse con parsimonia sobre la polla clavada profundamente en su interior y marcó el ritmo al compás de los suspiros y gruñidos de Daniel. Notó la penetración profunda y dura, acariciándole tan íntimamente como nunca nadie lo había hecho. Su polla resbaladiza, atrapada entre los dos cuerpos, se frotaba con cadenciosa lujuria sobre el vientre de Daniel, provocándole ráfagas de placer.

La excitación de ambos aumentó en pocos minutos, construyendo un momento placentero arrebatado de lujuria que les estaba llevando al borde. Marcos aumentó los envites cuando advirtió cómo las manos de Daniel acunaban sus nalgas, amasando su carne, animándolo a continuar. Sus caderas se sacudieron y cambió levemente de postura para poder controlar los movimientos, imprimiendo mayor potencia en sus impulsos. Necesitaba correrse ya y quería que Daniel lo hiciera con él. Sintió un bajo gruñido que retumbó en el pecho de Daniel cuando le rodeó fuertemente con sus brazos, abarcando desde su espalda hasta sus hombros, sujetándole con fuerza para ayudarlo con sus erráticos movimientos. Ambos gruñeron con fuerza cuando el descontrol de su follada les hizo temblar. Sintieron los primeros ramalazos de placer comenzando a sacudirles sin control. Marcos sintió el orgasmo recorrer su espalda y apretó los músculos de su interior comprimiendo la polla de Daniel dentro de él. Percibió el gruñido que vibró en los labios del abogado mientras apoyaba la boca bajo su mandíbula, en el hueco de su garganta. Marcos se dejó llevar por la ola de placer que arrasó sus sentidos cuando comenzó a correrse sobre el vientre de su amante. Apretó los dientes y gimió aullando hacia el techo, temblando con cada sacudida de su cuerpo. Sintió a Daniel bajo él estremeciéndose con el eco de su placer y en ese instante creyó que no necesitaría nada más en su vida. Solo a Daniel.

Las frías baldosas del suelo de la cocina resultaron agradables bajo sus pies desnudos,

aliviando su calor. Caminó casi a oscuras hasta el frigorífico y sacó dos botellas de agua pequeñas. Abrió una y bebió con ganas intentando matar la sed que sentía. Vació la botella con unos cuantos tragos y suspiró satisfecho limpiándose la humedad de los labios con el brazo desnudo. El sonido de un mensaje de un móvil que no era el suyo llamó su atención. Caminó hacia el sonido y la luz parpadeante, mientras volvía a escuchar el tono unas cuantas veces más de forma seguida. Alguien estaba intentando comunicarse con Daniel. Al llegar a la encimera dejó la botella vacía sobre la superficie antes de coger el móvil. El aparato volvió a sonar y entonces pudo ver una parte del mensaje que apareció en la pantalla, junto a la imagen del remitente. Se sorprendió cuando creyó ver la foto de una chiquilla morena y sonriente con unas coquetas gafas de pasta negra. Eran casi las doce de la noche y Marcos no podía imaginar quién sería la niña que andaba buscando a Daniel a esas horas. Pero una vez más apenas sabía nada de su amante.

Con el ceño fruncido buscó su móvil y se lo llevó a la habitación junto con el de Daniel, además de la botella extra de agua. El cuarto estaba tenuemente iluminado por una lamparilla colocada sobre el cabecero de la cama. El lecho donde reposaba Daniel estaba totalmente desarreglado y el abogado ni siquiera se había molestado en meterse bajo las sábanas. Al igual que él permanecía desnudo, a pesar del frescor del ambiente, sin preocuparse de posibles enfriamientos. El ejercicio había calentado sus cuerpos en todos los sentidos. Daniel giró el rostro sobre la almohada al escuchar sus pasos, miró hacia él e inmediatamente se puso boca arriba antes de sentarse, apoyado contra el cabecero de la cama. Marcos se acercó hasta él y le ofreció la botella de agua antes de tenderle su propio móvil.

—Bebe un poco —Marcos se sentó en el borde de la cama mirando hacia Daniel.

—Gracias —contestó Daniel con una sonrisa adormilada.

—Te han llegado mensajes —señaló el móvil de Daniel haciendo un gesto con su barbilla.

Marcos no perdió detalle de los gestos que hizo el otro cuando desbloqueó el móvil y buscó entre sus mensajes perdidos. Una sonrisa enorme y dulce apareció en sus labios. Se incorporó como un resorte del respaldo de la cama y centró toda su atención en leer y contestar los mensajes que le iban llegando continuamente. Durante un par de minutos Marcos alucinó con el cambio tan sutil pero a la vez evidente que experimentó, incluso, la postura corporal de Daniel. La sonrisa afectuosa no abandonó en ningún momento su gesto, y Marcos incluso esperaba que de un momento a otro dejara escapar alguna carcajada.

Pacientemente se mantuvo al margen observándole, y sintiendo como si, de un momento a otro, se hubiera olvidado de él. Estaba tan sorprendido por la reacción instantánea y totalmente desconocida que estaba teniendo Daniel, que ni siquiera se molestó porque su amante le ignorara con tanto descaro. Únicamente quedó fascinado por la simple felicidad que estaba demostrando sin preocuparse de nada más a su alrededor.

Después de teclear unos segundos más Daniel levantó la vista del móvil y se encontró con su mirada curiosa. Dejó ver un tenue gesto de sorpresa, como si no se esperara que él estuviera allí. En el segundo siguiente le sonrió, mostrándose algo avergonzado, e inclinó la cabeza para mirarle por debajo de las pestañas.

—Lo siento, hacía varios días que no hablaba con ella —se disculpó Daniel.

—¿Quién es? —Se atrevió a preguntar Marcos, con sincera curiosidad, sin acritud.

—María —contestó Daniel, sonriendo con orgullo—. Mi hermana pequeña.

Por un segundo Marcos no estuvo muy seguro de haber oído correctamente.

—Perdona ¿Tu hermana?

—Sí —contestó cabeceando.

—¿Desde cuándo tienes una hermana?

—Desde hace once años. Más o menos.

—¡Joder! No lo sabía —Marcos puso los ojos redondos como platos. Tenía la sensación de que cada vez aparecían cosas y más cosas que desconocía sobre Daniel.

—Lo cierto es que hasta hace más o menos un año y medio yo tampoco lo sabía —Daniel habló con un sentimiento de pena y algo de rabia en la voz.

—No lo entiendo —Marcos se inclinó hacia Daniel apoyando una mano sobre la cama—. ¿Tus padres tuvieron una hija y nunca te hablaron de ella?

Daniel se encogió de hombros y le devolvió la mirada con una mezcla de tristeza y resignación, que hablaba de la decepción que sentía por la situación.

—Desde que me fui a Madrid y comencé a estudiar en la universidad dejé de tener contacto con ellos, casi de inmediato. Mi madre a veces se comunicaba conmigo por correo electrónico pero nunca me hablaron de María —Daniel apartó la vista mientras hablaba, con la mirada perdida en algún momento del pasado—. Yo siempre he estado conforme con su arreglo. Al fin y al cabo no podía hacer nada por ser el hijo que ellos querían, y a ellos no les interesaba tener un hijo como yo. Después de tantos años he llegado a comprender que su rechazo, probablemente, ni siquiera se deba a mi condición de homosexual. Simplemente no encajaba en sus planes tener un hijo que no hacía lo que ellos querían —Marcos le escuchó hablar en silencio, con un nudo

doloroso de tristeza apretando en su garganta—. La gracia es que, al parecer, María tampoco es lo que ellos esperaban.

Marcos sonrió automáticamente al ver cómo Daniel dejaba escapar una sonrisa cariñosa al hablar sobre su hermana.

—¿Cómo es ella?

—Pues creo que se parece mucho a mí —Daniel trasteó con el móvil y se lo tendió para que viera la imagen que había en la pantalla—. Por fuera y por dentro.

Marcos se fijó en la fotografía. No era la misma que había visto junto con el mensaje. En esta el rostro de la niña se veía con más claridad y se podía apreciar claramente el parecido familiar con Daniel. La niña era clavada a su hermano.

—Ya lo veo —dijo devolviéndole el móvil—. Es muy guapa.

—¡Y lista! —contentó orgulloso—. O listilla, según cómo se mire. Ella fue la que se puso en contacto conmigo. Había escuchado hacía unos años a mis padres hablar sobre mí, al parecer. Y anteriormente, jugueteando entre las cosas de mi madre, encontró fotografías mías con ellos. Debe de ser un torbellino puro y duro y hasta que no consiguió que mis padres le hablaran sobre mí, y le dijeran quién era yo, no debió de parar.

—¿Qué le dijeron sobre ti?

—No lo sé muy bien —se encogió de hombros—. Increíblemente ella es muy protectora conmigo. No sé qué sabe o qué se imagina sobre mi relación con nuestros padres, pero noto que procura no mencionarlos mucho cuando hablamos y si se le escapa algo enseguida le quita importancia. Es muy buena niña.

—¿Cómo te localizó?

—Mis padres, al parecer, no querían que se pusiera en contacto conmigo. Creo que le dijeron que quizás iba a molestarme porque soy un hombre muy ocupado y blablabla... Pero ya te digo que es una chica muy lista. Me buscó en Facebook y me dejó mensajes diciéndome que quería conocerme porque era mi hermana pequeña y teníamos que estar juntos —Daniel se rio con ganas echando la cabeza hacia atrás—. La verdad es que por un lado me dejó K.O pero por otro no me sorprendió demasiado que mis padres se hubieran comportado de esa manera. Al principio no quise contactar con ella, sobre todo porque conocía a mis padres y temía meterla en un lío si se enteraban que había hablado conmigo. Pero ella insistía todos los días y por una cosa o por otra consiguió que no pasara un día sin que, por lo menos, charláramos un rato de cualquier cosa. Y te lo digo en serio ¡Ella es demasiado inteligente y madura! Hace conmigo lo que quiere, y eso que aún no la conozco en persona.

—¿No has podido verla aún?

—No. Y no quiero forzar la situación. Conozco a mis padres. María sabe todo de mí, yo ni siquiera he tenido que hablarle sobre ello, y me acepta tal y como soy. Nunca había sentido ese amor incondicional Marcos —susurró Daniel, clavando los ojos en sus manos entrelazadas sobre el regazo—. Creo que hay tiempo para todo, y no quiero que por mi culpa mi hermana tenga un conflicto con mis padres. Ella es feliz, y a pesar de su corta edad, tiene unos valores increíblemente forjados en su interior. Yo solo quiero seguir conociéndola y que ella sepa que estaré a su lado siempre que me necesite. Más adelante, cuando sea un poco más mayor y pueda tomar sus propias decisiones, me tendrá ahí, seguro, para que podamos conocernos en persona. De cualquier manera la creo muy capaz de conseguir un permiso de mis padres en cualquier momento. ¡Es muy terca!

Y ahí estaba. La soledad impregnada en la postura y el gesto inadvertido de Daniel, con la cabeza inclinada y los hombros caídos, como si llevara un pesar grande en el corazón. Marcos se dio cuenta entonces; Daniel había intentado atenuarlo doloroso que era descubrir el rechazo tan profundo que sentían sus padres hacia él, que incluso habían llegado a ocultarle el hecho de que tenía una hermana pequeña. Aun cuando él había pretendido transmitir esperanza y resignación casi a partes iguales, la tristeza se leía claramente en sus palabras.

Y Marcos estaba ahí para acompañarle, lo había compartido con él. ¿Lo habría hecho con alguien más? ¿O estaba tan sumido en su vida repleta de trabajo y compromisos que ni siquiera había hablado con alguien sobre su dolor?

Marcos sintió un cosquilleo en el pecho al saberse casi un privilegiado en ese aspecto. Que Daniel se mostrara tan vulnerable en algo tan personal como lo era su familia le hizo ver que, quizás, no estaba tan alejado de su amante como él pensaba. ¿Y él? Estaba tan centrado en lo que creía que no podría conseguir, si se abría demasiado a una relación más profunda con Daniel, que ni siquiera se había planteado el hecho de compartir algo importante con él. Incluso se había negado a pedir ayuda a Daniel con todo lo que estaba pasando con su padre. O a hablar con claridad sobre lo que sentía o quería de él. ¿Estaba preparado para ello?

Marcos buscó la mirada de Daniel y llamó su atención tocándole la pierna con una caricia. Daniel había estado perdido en sus pensamientos durante unos segundos, al igual que él, y le regaló una cariñosa sonrisa cuando sus ojos se encontraron.

—Creo que María tiene mucha suerte de tener un hermano mayor como tú.

Daniel ensanchó su sonrisa y alzó las cejas en un gesto encantador.

—¿Sí? ¿Eso crees?

—Sí —Marcos se incorporó sobre una rodilla para acercarse hasta Daniel y tenerle a su alcance—. Seguro, seguro.

Daniel levantó su mano derecha y acarició con el pulgar la mejilla de Marcos, siguiendo el borde de sus labios, de comisura a comisura. Marcos acortó la distancia con él y rodeó con sus brazos el cuello y la espalda de Daniel en un abrazo fuerte y cálido. Se pegó a él, pecho con pecho, acariciando con firmes pasadas su espalda, buscando su mejilla para besarla con ternura y cariño, intentando transmitirle su apoyo y su fuerza. Necesitaba que Daniel supiera que él estaba allí, que podía contar con él.

El abrazo se prolongó durante unos segundos en los que ambos permanecieron en silencio, dejando que sus sentimientos se reflejaran en sus gestos. Marcos acarició la nuca de Daniel, deslizando los dedos entre los mechones de pelo y se apartó unos centímetros hasta encontrar sus labios. Los besó con cariño, con los ojos abiertos, mostrando en ellos lo que no se atrevía a decir en voz alta. Daniel aceptó la caricia y ofreció su boca cuando él volvió a besarle.

—Es tarde. Duerme conmigo —Marcos se apartó deshaciendo el abrazo. No esperó una respuesta positiva de Daniel. Retiró las sábanas sobre las que había estado sentado y se acomodó sobre las almohadas, haciendo un gesto a Daniel para que le imitara. El abogado tan solo se estiró para alcanzar el interruptor de la lámpara y apagó la luz antes de acomodarse junto a Marcos. Se hizo un hueco bajo su brazo y le rodeó la cintura en una postura cómoda e íntima para los dos. Marcos le acarició en el cuello y apoyó la frente sobre la de Daniel. Vio el brillo líquido de la escasa luz reflejada en sus ojos y sintió la calidez de compartir ese momento con su amante.

—Buenas noches, que descanses —besó los párpados de Daniel.

—Que descanses —susurró Daniel.

Los dos acompasaron sus respiraciones y durmieron tranquilos hasta la mañana siguiente.

Capítulo Dieciocho

A esas horas de la mañana la temperatura era la ideal para hacer ejercicio en el pueblo. E incluso se podía permitir el lujo de correr su circuito habitual sin tener que estar parándose continuamente para saludar a los vecinos y a los clientes que tan interesados estaban últimamente por su vida. Corrió con buen ritmo bordeando el parque infantil que estaba junto al colegio de educación primaria y se concentró en escuchar el sonido de las pisadas en la tierra bajo sus pies.

Apenas eran las nueve de la mañana y aún podía estirar algo más el tiempo y correr unos metros más. Había dejado a Daniel durmiendo en su cama. A pesar de su desinteresado ofrecimiento para que hiciera su habitual circuito de carrera con él, Daniel había preferido quedarse en la cama, con la promesa de tener preparado un buen desayuno para cuando regresara. Él tampoco había puesto demasiadas objeciones. Probablemente se hubiera pasado todo el tiempo arrastrando a Daniel detrás de él y escuchando sus quejas por lo duro que era correr a esas horas tan intempestivas. El abogado no tenía muy buena capacidad pulmonar ni resistencia en las piernas como para seguir su ritmo. Ya lo había comprobado días atrás.

Marcos giró a la derecha desviándose por la calle ancha que le llevaría hasta su casa. Bajó poco a poco el ritmo hasta mantener un trote estable para ir rebajando las pulsaciones gradualmente. En uno de los cruces que quedaba a su izquierda, giró la vista por inercia cuando algo le llamó su atención. Frenó en seco junto a la intersección al ver cómo dos hombres robustos, vestidos con abrigos largos y actitud sospechosa. Permanecían de pie frente a la puerta de la casa de Josefa, llamando insistentemente con los nudillos sobre el marco y tocando el timbre una y otra vez.

Marcos retrocedió unos pasos y se parapetó disimuladamente detrás de la esquina de una casa, y observó a la pareja con precaución, intentando fijarse en cualquier detalle que pudiera identificarlos. Sospechaba que se trataba de los hombres que andaban detrás de su padre reclamándole la deuda, y quizás sería buena idea descubrir quiénes eran para que la policía pudiera hablar con ellos.

Después de un minuto insistiendo nadie acudió a abrir la puerta, y el que parecía estar al mando decidió dejarlo por imposible y retirarse. Ambos hombres se alejaron de la puerta caminando hacia un coche de lujo, oscuro, aparcado a un par de metros. Marcos aprovechó para salir de su escondrijo cuando vio que se subían al vehículo y ponían el motor en marcha. Entonces se le ocurrió sacar su móvil y antes de que el coche se alejara demasiado se acercó lo suficiente como para poder tomar una imagen nítida de la matrícula. Sería información de gran ayuda para la policía. Si esos hombres habían llegado al punto de buscar a su padre en casa de Josefa, estaba claro que la mujer y su hija no estarían seguras hasta que todo se solucionara.

Bloqueó el móvil mientras se aseguraba que el coche desaparecía calle abajo, antes de acercarse a la puerta de la casa para tocar el timbre. No estaba seguro de que hubiera alguien dentro, ni de que abriera la puerta si se encontraba allí, pero tenía que intentarlo. Tenía que asegurarse de que todo estuviera bien.

Le pareció escuchar un ruido del otro lado de la puerta y se inclinó para intentar oír

mejor. Tocó suavemente con los nudillos sobre el marco de la entrada y llamó a Josefa a través de la hoja de madera.

—Josefa ¿Estás ahí? ¿Estáis bien? —preguntó preocupado.

Durante unos segundos todo permaneció en silencio, hasta que por fin se escuchó el ruido de las llaves en la cerradura y la puerta se abrió con cautela.

—Marcos ¿eres tú?

—Sí —contestó Marcos con algo de alivio—. ¿Estáis bien?

—¡Dios mío! ¡No sabía ni qué hacer!

Josefa abrió por completo la puerta y Marcos pudo ver que la mujer no tenía ningún daño físico, en apariencia. Se la veía demasiado agitada. Llevaba el cabello sujeto en una coleta, algo despeinado y la ropa arrugada como si hubiera dormido con ella puesta.

—¿Qué ha pasado? —sujetó a la mujer por las manos y pudo sentirla temblar—. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Los que andan detrás de mi padre?

—No lo sé ¡No lo sé! —contestó muy nerviosa—. Nunca los había visto, me asomé sin que se dieran cuenta por detrás de las cortinas de la ventana esa, y de verdad que nunca los había visto. Solo me quedé callada aquí, sin decir nada. Me dio mucho miedo abrir la puerta. ¡No tengo nada para ellos! ¡Tampoco sé dónde está Francisco!

—¿Eso era lo que querían? ¿Preguntaban por mi padre?

—Llamaban a Francisco a través de la puerta y empezaron a golpearla durante un rato, insistiendo. Me asusté mucho.

El lamento en su voz pellizcó el pecho de Marcos. No era justo el miedo que estaba pasando la mujer por los líos de su padre.

—¿Dónde está Sofía? —Le preocupaba la niña.

—No está aquí. Anoche le di permiso para que durmiera en casa de una vecina nuestra —explicó Josefa—. Necesitaba que estuviera fuera de aquí, para poder organizar todo —miró directamente a los ojos a Marcos—. Nos vamos. Me la llevo de aquí, ya no aguanto más Marcos.

Marcos echó un vistazo al interior de la casa, lo que podía ver a través del hueco de la puerta, y se fijó en algunas cajas abiertas colocadas en el suelo, al lado de la entrada.

—Está bien. Eso está bien —La animó—. ¿Cómo lo vas a hacer? ¿Necesitas algo?

—No —contestó algo más tranquila—. Hablé hace unos días con una asistente social. Ella nos está ayudando. Solo me voy a llevar lo imprescindible, lo necesario. Saldremos por la noche. No quiero que nadie se entere, tengo miedo. No sé nada de tu padre desde que desapareció. He hablado con la policía unas cuantas veces. Saben que me voy. Del resto de las cosas me ocuparé más adelante, la asistente social me ayudará. No quiero volver a saber nunca más nada de todo esto. La única persona que sabe que me voy es mi vecina, la que está cuidando ahora de Sofía. Por favor, no digas a nadie que lo sabes.

—Tranquila. No te preocupes —La intentó tranquilizar—. Estoy seguro de que todo va a salir bien. Y cuando salgas de aquí, no mires atrás. Empieza de nuevo donde sea que vayas y no vuelvas a pensar en nada de esto. Me encargaré de que mi padre no te cause problemas.

Los ojos de Josefa se llenaron de lágrimas sin derramar, brillando en sus pestañas hasta que resbalaron por sus mejillas. En un impulso Marcos se acercó a ella y rodeó su espalda estrecha y frágil en un abrazo sincero y cálido.

—Gracias Marcos. Gracias por todo, por estar siempre pendiente de mi niña. Gracias.

—No pasa nada —La consoló—. Solo cuida de ella, y cuídate tú.

Ambos se despidieron y Marcos se aseguró de que no hubiera nadie sospecho rondando la casa antes de alejarse calle abajo. No había andado siquiera tres metros cuando buscó su móvil en el bolsillo y marcó el teléfono del Inspector Aguilar, guardado en su agenda. Habló con él de camino a casa. Le preguntó por si había alguna novedad en el caso de su padre y después le informó sobre lo que había visto delante de la casa de Josefa. Antes de colgar le envió la imagen que tenía de la matrícula del coche de los prestamistas. El Inspector le agradeció la información; buscaría a los dueños del coche para poder interrogarlos sobre el caso.

Marcos no tenía muy claro que el Inspector pudiera sacar algo en claro desde esa perspectiva, pero cualquier cosa sería bienvenida si lograba alejar del pueblo a ese par tan sospechoso.

Miró el reloj y se dio cuenta que ni siquiera eran las nueve y media de la mañana. ¡Empezaba bien el día! Lo bueno de todo era que en un par de minutos podría disfrutar de un buen desayuno acompañado de su guapetón amante. No podía pedir más.

Al llegar a casa sacó las llaves para abrir la puerta y entró. Al fondo, en la cocina,

escuchó la voz de Daniel. No fue capaz de distinguir sus palabras, pero parecía algo alterado. Los últimos días los había pasado viajando entre la capital y Sierra. Marcos había notado la acumulación de tensión aumentando en Daniel a causa de su trabajo. Pasaba mucho tiempo al teléfono, hablando con su despacho o con sus clientes. Entre ellos Virginia Gavela. Sabía que lo que se traían entre manos era algo importante, quizás alguna cuestión legal de la que dependían los negocios de la mujer. Pero no se había atrevido a preguntar nada sobre el tema a Daniel. Sospechaba que se trataba de algo confidencial que no podía divulgar, por lo que no pensaba demasiado en el asunto. Tan solo era consciente de ello en los momentos en los que Daniel se mostraba más alterado o intranquilo, después de alguna llamada o reunión importante. Así habían sido las cosas durante los últimos días. Marcos entendía que el trabajo de Daniel era muy absorbente y también estresante. No tenía problema con ello; Daniel había sabido aparcar su trabajo a un lado cuando había tenido que hacerlo. Por lo menos en el poco tiempo que llevaban juntos. Pero también sabía que nunca desconectaba del todo, y que lo que fuera que le estaba preocupando últimamente era demasiado importante para él como para hacerlo.

Caminó pasillo abajo hacia la cocina, no quería interrumpir su llamada por lo que le saludaría e iría directamente a ducharse. Iba pensando en el desayuno prometido y el hambre voraz que estaba sintiendo, cuando se paró en seco sorprendido al escuchar otra voz conocida directamente desde la cocina. Tropezándose con sus propios pies, trastabilló hasta asomarse por el dintel de la puerta. Sus oídos no le habían engañado. La última persona que esperaba tener sentado en su cocina parecía estar teniendo una conversación algo acalorada con Daniel. Sin darse cuenta siquiera, como un autómata, caminó hacia los hombres sentados alrededor de la mesa de la cocina. Ambos se giraron sorprendidos al verle y ninguno fue capaz de hablar hasta que Marcos dijo la primera palabra.

—Javier —la voz salió entre sus labios con un matiz de incredulidad.

—Pensaba darte una sorpresa, y parece que me la has dado tú a mí —Javier sonrió, mirando con cariño a su hermano pequeño. Incluyó la cabeza señalando a Daniel, que estaba sentado en la silla a su lado.

Marcos se quedó paralizado en el sitio, mirando con cara de tonto a su hermano mayor. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que Javier volviera algún día a Sierra. La alegría incontrolable empezó a burbujear en su pecho haciendo que una carcajada, que ni siquiera intentó reprimir, saliera como un geiser de felicidad explotando en medio de la cocina. Aún incrédulo cerró la distancia que le separaba de su hermano y le rodeó con sus brazos, casi derribándole, cuando Javier se levantó de su asiento para recibir la muestra de alegría y cariño.

—¿Cómo es que no me has dicho nada? ¿Por qué no me has avisado?

—Ya ves —Se encogió de hombros Javier, cuando se apartó de Marcos—. Quería darte una sorpresa.

Marcos mantuvo el contacto posando su mano sobre la nuca de Javier, zarandeándolo un poco, como regañándolo.

—Pensaba ir uno de estos días a verte a Madrid, pero no hay manera de localizarte, hombre —Le reprochó Marcos.

—Eso me estaba diciendo Dani. Si no llegas a aparecer me hubiera cortado las orejas en cualquier momento —exageró, mirando a su mejor amigo—. ¡Surge algún problema y enseguida os subís por las paredes!

La sonrisa en los labios de Marcos comenzó a agrietarse poco a poco al darse cuenta de la verdadera situación. Se fijó entonces en la tensión alrededor de los ojos de su hermano y en las sutiles muestras de inquietud que, ahora sí veía, y que habían pasado desapercibidas ocultas por la alegría que había sentido al verle. Javier parecía tenso y algo incómodo. Volver tantos años después al lugar donde tanto había sufrido debía ser un trago difícil de pasar para él. Le dolía ver que, por las circunstancias, su hermano se había visto obligado a hacer algo que le causaba malestar.

—No tenías por qué haber venido —susurró buscando sus ojos—. Aquí está todo bien, y poco o nada podemos hacer nosotros. La policía se está encargando de todo, y de momento no hay novedades.

—Bueno. Puede que tengas razón y no pinte mucho aquí, pero ya es hora de que supere el pasado —Javier alzó la mano y acarició con torpe rudeza la mejilla de Marcos—. También es hora de que arrime el hombro, y puedas apoyarte en mí.

—¡No digas tonterías! —Se molestó Marcos—. ¿Quién ha dicho que no me has apoyado? Que no estés aquí no quiere decir que no sepa que siempre puedo contar contigo.

—Quizás. Pero no es lo mismo, no me refería a eso.

Javier suspiró, mostrando algo de frustración e, inadvertidamente, echó un vistazo por el rabillo del ojo a Daniel. Marcos observó el intercambio y fue consciente de la comunicación no verbal que ambos estaban teniendo, dejándole, sin darse cuenta, apartado fuera de su círculo. Entendía que ambos tenían un nivel de complicidad que se escapaba de su entendimiento, pero no dejaba de ser algo que punzaba en su pecho y le llenaba de inseguridad atizando su soledad. Fue incapaz de comprender el mensaje que subyacía en sus gestos, pero era lógico que tuviera algo que ver con la incomodidad de Javier. No quiso darle mayor importancia y se centró en el hecho positivo de la visita de su hermano.

—De cualquier manera yo tengo un hambre que me muero, y alguien me había prometido un desayuno —Marcos cambió de tema, quería que su hermano se sintiera cómodo allí—. ¿No habéis desayunado, no?

Javier y Daniel aceptaron el capote que les brindó Marcos para deshacer la tensión del ambiente, centrándose en el desayuno. Ambos se relajaron visiblemente, sonriendo, como si hubieran conseguido esquivar una bala perdida.

—Te estaba esperando —contestó Daniel a la defensiva—. Pero llegó tu hermano y tuve que ofrecerle un café.

—Yo desayuné hace un par de horas —agregó Javier—. Pero no me importaría repetir de nuevo. Estoy en edad de crecer.

Los tres se rieron con ganas, como si se tratase de una válvula de escape, que dejara salir la tensión. Marcos se sintió extraño de repente al darse cuenta de todo el tiempo que había pasado desde que no habían vuelto a estar juntos de aquella manera los tres. Tuvo que apartar la punzada de melancolía que se le clavó en el pecho antes de poder contestar a su hermano.

—No sé yo hacia dónde vas a crecer tú ¡No quiero ni pensarlo! —Marcos palmeó la espalda de Javier con ganas—. ¡Venga, entonces! Dejadme que me dé una ducha rápida y desayunamos los tres tranquilamente.

—¿Hoy descansáis los dos? —quiso confirmar Javier.

—Sí. Íbamos a ir a comer a casa de Natalia, mi amiga —explicó—. La verdad es que me va a dar un tirón de orejas porque este lleva aquí ya unos días y aún no se lo he presentado. Pero creo que va a tener que esperar un poco más. ¡Hoy es solo de chicos!

—¡No! Por mí no lo hagas —le interrumpió Javier—. No tienes que cambiar de planes. La culpa es mía por no avisar.

—¡No digas tonterías! —Le quitó importancia Marcos—. En cuanto le diga a Natalia que estás aquí no va a poner ni un pero.

—Es cierto Javi —intervino Daniel, sirviéndose mientras, otra taza de café—. Disfruta hoy de estar con tu hermano.

—¡Venga! No hay nada más que hablar —concluyó Marcos—. En cinco minutos estoy listo. No empecéis sin mí que os conozco.

—Anda, ¡vete ya! —Le contestó Javier arrojándole un trapo de cocina que encontró sobre la encimera.

—Vale, vale —Marcos esquivó el trapo volador, mientras retrocedía de espaldas hacia la puerta con las manos en alto—, ¡Ah! Que no se me olvide. Tengo novedades sobre

Francisco. Ahora os pongo al día.

—Daniel frunció el ceño ligeramente, pero no quiso entretener más a Marcos y se contuvo para dejar que se duchara de una vez.

—¡Pues venga! ¡Date Prisa! —le azuzó—. Que todavía desayunamos sin ti.

Marcos desapareció camino a su cuarto dejando a los dos hombres solos en la cocina. Daniel echó un vistazo a Javier y se acercó a la mesa con sendas tazas de café. Colocó una frente a su amigo y dejó la otra en su puesto. Volvió sobre sus pasos y buscó en los cajones y en la alacena los platos, vasos, tazas y cubiertos para ir colocando la mesa de desayuno.

—¿Cómo vas? —preguntó con un ojo puesto sobre Javier, mientras iba de aquí para allá con los cacharros.

—No lo sé —contestó en voz baja, con sus manos rodeando la aromática taza de café—. Creí que me iba a sentir peor, pero no ha sido así. Estoy tranquilo. Ya veremos después.

Cuando Marcos había llegado a casa antes, les había interrumpido justo en el momento en el que ambos hablaban de cómo iba a enfrentar Javier la charla que tenía pendiente con su hermano. Daniel estaba preocupado por cómo iba a afectar a Javier el hecho de remover de aquella manera el pasado, y cómo las revelaciones que le fuera a hacer a Marcos afectarían a la vida de éste. En el fondo sabía que había llegado el momento de que Javier diera el último paso para cerrar sus dolorosas heridas. Conocía lo mucho que le intranquilizaba el hecho de haber tenido a su hermano pequeño tantos años sin saber lo que realmente había pasado, y las verdaderas razones por las que había mantenido esa distancia física tan férrea, que incluso le había obligado a perderse momentos muy importantes en la vida de ambos.

Sabía que los dos hermanos necesitaban que esto pasara para que, uno y otro, pudieran seguir con sus vidas sin tener que estar constantemente pendientes de interrogantes del pasado y cuestiones no resueltas. Pero eso no quería decir que la cosa fuera fácil.

—Puedes tomarte tu tiempo —Le aconsejó—. Marcos lleva muchos días, meses e incluso años, cuestionándose cosas. Mi llegada le dio la oportunidad de intentar conseguir algo de claridad en todo el lío de preguntas que tiene en la cabeza.

—Lo sé. Yo he provocado eso —se lamentó Javier—. Tendría que haber hablado mucho antes con él.

—No te lo estoy diciendo para presionarte. Todo lo contrario —Le regañó—. Te digo que tu hermano ya sabe mucho de lo que ocurrió esa noche. Lo cierto es que Francisco

le calentó la cabeza, hace unos cuantos días, y tuve que hablarle sobre la paliza. No le dije más. Eso está en tus manos —susurró parado frente a él.

—Es un detalle que me hayas dejado esa parte a mí —contestó con ironía, levantando la taza en un gesto de brindis.

—Lo sé —sonrió con pesar Daniel—. Cumplí mi promesa ¿no?

Ambos se miraron a los ojos recordando la noche en la que Javier fue ingresado en urgencias, y el momento en el que le hizo jurar a su mejor amigo que nunca les diría nada de lo ocurrido ni a su abuela ni a Marcos.

—No te preocupes, todo va a estar bien —Le animó, intentando darle fuerzas.

—A veces pienso si no es solo egoísmo por mi parte el hablarle sobre el pasado. ¿Qué necesidad tengo de hacerle sufrir? —preguntó mirándole a los ojos.

—Marcos necesita tu confianza Javier. Lleva muchos años buscando eso —Le intentó explicar—. No es tonto, sabe que algo te ocurrió y siente que, de alguna manera, te falló y que no es lo suficientemente bueno como para que confíes en él.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó con el ceño fruncido.

—No directamente, pero es mi impresión. Eres su hermano mayor y aun así siempre ha tenido un gran instinto protector hacia ti. Eso no lo puedes cambiar. Marcos necesita que hables con él, que confíes en él, necesita cuidar de ti.

—Yo ya estoy bien.

—Lo sé —asintió con la cabeza—. Pero eso es algo que también tiene que saber. Que estás bien.

Javier estuvo de acuerdo con su amigo y permaneció en silencio mientras Daniel terminaba de preparar todo lo del desayuno. Apenas habían transcurrido diez minutos cuando Marcos salió voceando de su habitación hacia la cocina.

—¡A ver! ¡Ese café que vengo necesitando!

Marcos apareció con el pelo húmedo y despeinado. Se había colocado una camiseta de manga corta y un cómodo pantalón de chándal negro. Javier sintió la espontánea alegría que mostraba su hermano pequeño por el simple hecho de que él estuviera en su casa. Pero si se fijaba un poco más en sus gestos, en su cara, podía ver las señales de nerviosismo y ansiedad visibles en ellos.

—Venga. Siéntate ya —Se quejó Daniel—. Que te pones muy pesado con el estómago vacío.

—¡Ya te digo! —corroboró Marcos—. Ahora mismo me comería un buey.

—Pues venga. Híncale el diente a eso —Daniel repartió por los platos unas cuantas torrijas caseras bañadas en miel.

Javier observó en silencio la dinámica mañanera tan familiar que tenían los dos hombres frente a él. Sonrió para sus adentros y otra punzada de culpabilidad horadó su pecho ¿Qué hubiera ocurrido con ellos si él no hubiera obligado a Daniel a jurarle que se mantendría alejado de su hermano pequeño?

—Ummm. Están riquísimas —Javier disfrutó paladeando la cremosa y dulce porción en su boca.

—Es bueno tener un pastelero en la familia —opinó Daniel mientras masticaba un bocado.

—Gracias chicos —Marcos miró a su hermano y le guiñó un ojo con complicidad fraternal—. ¿De qué hablabais antes?

Marcos ni siquiera se percató de la súbita tensión en los cuerpos de los otros hombres, cuando dejó caer la descuidada pregunta. Ambos se miraron fijamente durante medio segundo hasta que por fin Javier reaccionó.

—Pues le estaba diciendo que me sorprendió encontrarle tan temprano en tu casa —dijo levantando una ceja con sorna—. No sabía que fuerais tan íntimos de repente.

Marcos se quedó con el tenedor suspendido en el aire a medio camino de su boca. No tuvo muy claro cómo tomarse las palabras de Javier hasta que no vio como una sonrisa ladina aparecía en sus labios, acompañada de un brillo burlón en sus ojos. Giró la vista para ver cómo Daniel intentaba ocultar una sonrisa sin mucho éxito.

—Pues ya ves —contestó con firmeza Marcos—. Cosas que pasan.

—Ya, ya veo.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó sin dejarse acobardar.

—No, no. Todo está perfecto —contestó Javier, guiñándole un ojo a Daniel, que no

pudo aguantar más y soltó una suave carcajada.

—No quieras engañar a tu hermano —bromeó Daniel—. ¡Qué has puesto una cara de susto cuando he abierto la puerta!...

Los tres rieron ahora mientras Javier asentía con la cabeza, dándole la razón.

—¡Y tú, y tú! —contestó el otro, señalándole con el tenedor—. Tú sí que has puesto cara de susto al verme.

—Parece que ninguno de vosotros se esperaba encontrar al otro de frente —concluyó Marcos—. Eso pasa por presentarse uno en casa ajena sin avisar.

—Bueno. Ya sé lo que tengo que hacer para la próxima vez —se resignó Javier.

Marcos y Daniel se miraron de reojo con una sonrisa de complicidad y satisfacción evidentes. El comentario de Javier, dicho tan al descuido, les habló del futuro que el otro tenía en mente. Esta no sería la última visita de Javier a su hermano en el pueblo.

Los tres comieron en silencio durante un par de minutos, dejando escapar de vez en cuando algún gruñido de satisfacción y disfrute por las delicias que estaban tomando.

Marcos levantó la vista un momento para fijarse en los dos hombres que tenía delante. Javier parecía concentrado en su plato y en lo que fuera que estuviera rondando su mente. Sabía que, probablemente, su visita inesperada se debía a que había llegado el momento por el que había estado machacando a Daniel las últimas semanas. No quería que su hermano pasara un mal rato recordando la pelea que había tenido con su padre tantos años atrás. Ahora que lo tenía delante sentía apuro al recordar el resentimiento que había tenido todo ese tiempo hacia Javier, al pensar que no confiaba lo suficiente en él como para contarle lo que había ocurrido. Pero por otro lado estaba contento de saber que su hermano había dado el paso para superar ese trauma, que incluso le había impedido asistir al entierro de su abuela. Solo esperaba que cuando por fin hablaran Javier se sintiera, por fin, libre de cualquier recuerdo doloroso.

Miró a Daniel algo aliviado porque, gracias a él, podía estar algo prevenido sobre lo que había ocurrido en el pasado. Quizás así podía ser capaz de ayudar a su hermano de la mejor manera.

Daniel debió sentir cómo le miraba y levantó la vista de su plato, encontrándose con su mirada observadora. Al recibir el impacto crudo y directo de sus ojos, Marcos notó un escalofrío de placer recorrer su espina dorsal. Respiró con dificultad, tomando aire, intentando aclarar su mente y controlar la súbita calentura que excitó su cuerpo. No podía con él. Su masculina sensualidad le sacudía cuando menos se lo esperaba, poniéndole en verdaderos aprietos. Sin saber muy bien cómo salir de ellos sin caer en lo obvio.

Se sobresaltó como un colegial pillado con las manos en la masa al escuchar la rotunda voz de Javier a su lado.

—De acuerdo. Si dejáis de comeros con los ojos por un segundo, podías ir contándonos un poco de esas novedades que comentabas antes sobre Francisco ¿Te parece, Marcos? —preguntó con sorna Javier.

Marcos y Daniel compartieron otra mirada cómplice llena de burla hacia Javier.

—¡Qué mala es la envidia! ¿No? —bromeó Marcos, guiñándole un ojo a Daniel.

—Será mejor que le cuentes lo que sabes, o va a empezar a comportarse como un viejo cascarrabias, separándonos con una vara para que ni nos toquemos.

Los dos se burlaron de Javier durante unos segundos más mientras Daniel se levantaba de su silla para ir a buscar al frigorífico un poco más de leche para el café.

—¡Anda! Dejaros ya de tonterías, ¡pesados! —refunfuñó Javier entre risa y risa—. Dinos de una vez qué sabes, peque.

Marcos sintió un chispazo de felicidad al escuchar el apodo cariñosos que su hermano había utilizado toda su vida, para dirigirse a él de vez en cuando. Le sonrió haciéndole ver que le agradaba ese sobrenombre, y levantó la taza de café semivacia cuando Daniel le ofreció rellenársela con algo de leche.

—Bueno, no es nada sobre Francisco en sí —comenzó explicando—. Ha ocurrido mientras venía hacia aquí después de correr, hace un rato.

—¿Qué ha pasado? —se impacientó Daniel.

—¿Os acordáis de Josefa? ¿La mujer que está ahora con Francisco? Javier te he hablado de ella —ambos cabecearon, asintiendo en silencio—. Pues según pasaba por su calle he visto a un par de hombres aporreando la puerta de su casa. Me paré cerca con la intención de ver si podía averiguar quiénes eran. Pensé que se podía tratar de los tipos que andan detrás de Francisco por el dinero, y al parecer no me equivoqué.

Marcos les explicó entonces todo lo que ocurrió después de que los hombres se fueran, y también cuando tomó disimuladamente la imagen de la matrícula del coche sospechoso. Les contó sobre lo que había hablado con Josefa y sus planes de mudarse a otra ciudad, lejos de los problemas que acarreaba Francisco.

—¿Y ella está bien? —preguntó interesado Daniel.

—Creo que a partir de ahora estará mucho mejor que si se quedara aquí. Más sabiendo que esos hombre ya le han hecho una visita.

—Sí. Tienes razón. No puede ser seguro ni para ella ni para su hija —apoyó Javier.

—¿Y qué hiciste con la foto de la matrícula? —preguntó Daniel.

—Se la mandé inmediatamente al Inspector Aguilar.

—¿Hablaste con él? —Javier escuchaba en silencio mientras Daniel interrogaba a su hermano.

—Sí. Le hice una descripción lo más detallada posible de los hombres y le hablé de lo que vi. Le dije que sospechaba que eran los hombres que tenían deudas pendientes con Francisco —explicó—. Me dijo que rastrearían la matrícula a ver qué podían averiguar.

—¿Te dijo si tenía alguna novedad sobre el incendio o la búsqueda de Francisco? —esta vez intervino Javier.

—No, aún no tienen novedades. O por lo menos no me quiso contar nada —se encogió de hombros despreocupadamente—. Aunque creo que si tuvieran algo no pondría reparos en informarnos sobre ello. Me dijo que si sacaba algo en claro con la matrícula me pondría al tanto.

Los tres quedaron en silencio unos segundos asimilando, cada uno por su lado, lo que acababa de contar Marcos. Todos coincidieron en que, de momento, nada podían hacer con respecto a Francisco, solo esperar noticias. Javier se interesó por el incendio y por cómo había afectado la catástrofe a los vecinos del bar de su padre. Marcos y Daniel le pusieron al corriente sobre todo lo que sabían del asunto. Mientras charlaban Marcos se ofreció a retirar la mesa y recoger los restos del desayuno. La mañana fue pasando lentamente sin que ninguno de los hombres echara cuenta de ello. Tranquilos y a gusto con la charla, permanecieron en la cocina sin moverse de su sitio, mientras Javier interrogaba a los otros dos sobre la pastelería y los asuntos del despacho de abogados.

Marcos saltó de repente, bromeando cuando Javier le preguntó a Daniel sobre los casos en los que estaba trabajando ahora.

—¡Joder! Ni te molestes con eso —negó con la cabeza enfáticamente—. Ese es un tema prohibido, no suelta prenda sobre eso. Creo que es algo importante.

Marcos susurró de forma dramática mientras se inclinaba hacia su hermano en fingida

conspiración. Se sorprendió cuando, en lugar de reaccionar de manera tensa, Daniel le atizó un golpe en el brazo con el dorso de la mano.

—¡Tú calla! ¡Qué todo lo vas contando! —dijo frunciendo el ceño—. Cuando te enteres de qué va la cosa, te vas a quedar con los ojos como platos —añadió medio en broma, medio en serio.

—¿Es algo gordo? —preguntó curioso Javier.

Daniel tan solo le miró fijamente y asintió despacio sin abrir la boca.

Marcos asumió esa pequeña píldora de información, sorprendido porque Daniel, tan si quiera, hubiera compartido esas migajas con ellos. De repente le asaltó la preocupación al imaginarse posibles situaciones en las que pudiera estar envuelto Daniel con respecto a su caso. Deseó que, fuera lo que fuese, no le afectara de manera negativa.

Miró el reloj y comprobó que faltaban unos pocos minutos para el medio día. Sus planes para la hora de comer se habían ido a paseo por la visita sorpresa de Javier. Tenerle allí con él era algo inesperado y que le llenaba de felicidad e incertidumbre casi a partes iguales, pero no cambiaría ese momento por nada del mundo. Por eso, aunque su cita para comer con Natalia y su familia no iba a poder ser posible, no sintió ningún remordimiento por tener que llamar a su amiga para decirle que Daniel y él la iban a dejar colgada. Estaba seguro que ella misma se alegraría por él y planearía, de inmediato, otro encuentro para poder conocer, por fin, a Daniel.

Se levantó de la mesa para intentar organizar un poco el resto del día. Lo primero sería desalojar la cocina y lo segundo hablar con su amiga. Lo de planear una comida imprevista sería otro cantar.

—A ver, vosotros dos —dijo señalándoles con el dedo, de pie junto a la mesa—. Levantad el campamento, que si es por vosotros nos tiramos toda la tarde aquí.

—¿Y dónde quieres que nos vayamos? —protestó su hermano.

—¿No querías ver un rato la Fórmula Uno? —preguntó Marcos retóricamente—. Además, tienes que contarnos lo de Alemania. Que a saber qué has estado haciendo.

—¿Pues qué voy a haber hecho? Me he recorrido más tiendas de repuestos que en toda mi vida. ¡Joder!

—Ha sido duro ¿eh? —Le apoyó Daniel.

Javier solo asintió con un fingido pesar mientras se levantaba de la mesa guiñando un

ojo a su amigo.

—¡Pues venga! —Los espabiló Marcos—. Javi, tú ayúdame a terminar de recoger esto. Y tú puedes coger cerveza de la nevera, y aperitivos de ese armarito de arriba —Dijo señalándole una puerta pequeña en el mueble superior de la cocina a Daniel.

Los tres se pusieron en marcha obedeciendo las órdenes de Marcos. Javier le ayudó a meter todo en el lavavajillas mientras la hablaba sobre el viaje a Núremberg y la gente con la que había estado. Daniel los reclamó desde el salón, ya con la televisión encendida y el volumen bajo para poder continuar con la charla.

El salón de Marcos era cómodo y funcional. Había una mesa de comedor, bastante amplia y casi sin utilizar, colocada bajo la ventana. La mesa y las cuatro sillas habían sido las originales de la casa de su abuela. No había podido deshacerse de ellas. La televisión era el foco central del cuarto. Un sofá amplio y un sillón a juego colocados en frente del aparato complementaban el ambiente acogedor. La mesa baja de café estaba en esos momentos cubierta con los aperitivos y las tres cervezas abiertas. Se dio cuenta que Daniel tuvo el detalle de colocar posavasos sobre la superficie delicada. Sonrió de medio lado. Sobre todo al saber que, él mismo, casi nunca los utilizaba.

Daniel se había hecho dueño del robusto sillón, mientras que Javier se había repanchingado sobre el sofá, como si se dispusiera a pasar unas cuantas horas de completo relax.

—Voy a llamar un segundo a Natalia —les avisó mientras salía por la puerta—. ¡No acabéis con todo!

—Sí. Tú ve, ve —contestó su hermano haciendo un gesto laxo con la mano, mientras ambos se reían por el panorama mañanero que estaban teniendo los tres.

Marcos les escuchó hablar y reír de nuevo mientras caminaba por el pasillo. Una sensación de feliz irrealidad le asaltó de pronto, pero la apartó de inmediato al escuchar la voz de Natalia al otro lado de la línea. Ya le había mandado un mensaje a primera hora, cuando descubrió a su inesperado visitante, pero quería pedirle disculpas a viva voz, y además estaba seguro de que ella tendría un montón de preguntas. Marcos se disculpó e inmediatamente respondió a una batería de preguntas curiosas, sobre Daniel y sobre Javier. Cuando su amiga quedó satisfecha, por el momento, se despidió y colgó, pensando, una vez más, en lo afortunado que era por tenerla a su lado.

A lo tonto, a lo tonto, había estado más de quince minutos al teléfono. Apenas se había dado cuenta del transcurso del tiempo pero cuando llegó a un paso del salón se dio cuenta enseguida que había pasado algo más que el tiempo. Ni siquiera había traspasado el umbral y le llegaron con claridad las voces, algo alteradas, de Daniel y su hermano.

—Tienes que hacerlo hoy, lo antes posible —estaba diciendo Daniel, la tensión se

escuchaba con claridad en su voz.

—Lo sé, pero hace tanto tiempo que no estamos así, los tres, no es justo Dani —se lamentó Javier.

—Es cierto, pero lo necesitas —le advirtió—. Tú y él.

—¡Joder! ¡Qué sí, tienes razón! —gruñó por lo bajo Javier—¿Pero qué quieres que haga? Le voy a hacer daño.

—No es un niño. Aparta eso de tu cabeza —aconsejó Daniel—. Yo me voy en un rato y os dejo para que habléis sin interrupciones.

—¡No! —saltó Javier—. Tú eres parte de esto, te necesito aquí...

—¿Qué os pasa? ¿Por qué discutís?

Marcos había llegado al salón y se había quedado en la puerta, sin entrar, observando a los dos hombres que ahora estaban visiblemente más alterados que cuando los había dejado quince minutos antes.

—¿Te vas a ir ahora? —retomó la palabra Marcos, al ver que no obtenía respuesta de ninguno de los dos.

Javier estaba sentado en el borde del sofá, con las piernas ligeramente abiertas y las manos entrelazadas colgando entre ellas. Daniel tenía la espalda pegada al respaldo del sillón, en una postura rígida, como si quisiera escapar de su propia piel. Con las manos apoyadas en los brazos del mueble y las piernas semiabiertas. Apartó la vista de Javier y se giró para clavar sus ojos en él.

Entonces Marcos lo supo. Había estado insistiendo durante muchos días, durante mucho tiempo, para conocer toda la historia que había envuelto su huida aquella noche, tanto tiempo atrás, y ahora estaba a un paso de saberlo todo. Volvió la vista hacia su hermano mayor y lo encontró sentado en una aparente postura relajada. Pero al ver sus ojos se dio cuenta de lo equivocado que estaba.

Un velo de miedo y vergüenza esquiva cubrían sus pupilas, contrastando sobremanera con la pose tranquila y aparentemente controlada que mostraba. Marcos tragó saliva con dificultad. Un millón de dudas le asaltaron en ese momento, haciéndole cuestionarse todos sus propósitos. ¿Estaba bien querer saber algo que su hermano no había querido compartir con él durante tanto tiempo? ¿Era lógico anteponer su deseo de conocer por lo que había pasado Javier, al posible dolor que le causaría recordar algo que le había hecho daño en el pasado? ¿Tenía derecho a hacerlo?

Analizó todos esos pensamientos que aporreaban su mente, en los pocos segundos que permaneció con la vista clavada en los ojos cuajados de secretos de su hermano. Tomó aire para poder decirle a Javier que no. Que no tenía por qué destripar ahora su alma solo por satisfacer su egoísta curiosidad y su pueril pataleta y sentimiento de abandono fraternal. No quería violentarle, forzándole a hablar en ese momento. Estaba disfrutando, después de mucho tiempo, de tenerle en casa por fin. Pero su autoconvencimiento no sirvió de nada. Al ir a hablar se quedó con la palabra en la boca, las emociones anudadas en los labios, cuando fue interrumpido por su hermano mayor.

—Marcos, quiero hablar contigo —habló con voz firme, clavándole en su sitio.

Capítulo Diecinueve

Ahora que había llegado el momento de la verdad respiró profundamente, muy consciente de lo que tenía que hacer, y con un sentimiento de aplomo y seguridad que, durante todos esos años en los que se imaginó cómo sería hablar sobre el tema con su hermano pequeño, nunca se le pasó por la cabeza que lo sintiera de esa manera.

Hacía mucho tiempo que había dejado de tener pesadillas. De despertarse en medio de la madrugada con un ataque de pánico que le dejaba inmóvil durante varios segundos y sin apenas poder respirar. Los años transcurridos durante los cuales había trabajado duro para poder dejar toda esa pesadilla atrás, le habían servido para madurar y ser consciente de que ya no era una víctima y que, además, podía incluso ayudar a otros con su experiencia de superación. Eso en sí mismo había sido otra pieza clave para poder conseguir una recuperación completa.

No había sido lo suficientemente valiente o decidido como para contar con Marcos todos esos años. Siempre había logrado encontrar una buena excusa para ir retrasando el momento que ahora tenía que enfrentar. ¿Cómo se le dice a un hermano pequeño, que te admira, que te respeta, que no has sido lo suficientemente fuerte como para impedir que alguien como Francisco te haga daño? ¿Cómo enfrentas a un chiquillo de quince años y le dices que tiene que ocultarse, y guardar sus secretos, esconder lo que es, si no quiere sufrir todo lo que tú has sufrido? ¿Cómo le dices a tu hermano pequeño que eres un cobarde?

Las preguntas, los temores, las inseguridades que le asaltaron durante todos esos años se acumularon ahora en su cabeza, haciéndole recordar los momentos que había pasado peleando consigo mismo, con sus temores y su dolor, sin saber cómo manejar la situación para impedir que Marcos tuviera que pasar por algo remotamente parecido a lo que había sufrido él. La solución que encontró fue dolorosa y radical. Para él, para Marcos, incluso para Daniel.

Negarse a sí mismo lo que había ocurrido, minimizarlo, no hablar sobre ello. Con nadie. Ni siquiera con la única persona en el mundo que lo sabía; Daniel. Continuar con todo como si nunca nada malo hubiera pasado. Aunque por dentro se estuviera muriendo poco a poco, aunque ya no tuviera si quiera capacidad de sentir cualquier otra cosa que no fuera miedo y angustia. E intentar por todos los medios que su hermano no tuviera conocimiento de nada. Su afán desde aquel momento fue protegerle a cualquier precio. Hacer que el chico del que, sabía, estaba enamorado Marcos, se apartara de él a base de hacérselo jurar. Lograr que permaneciera seguro, sin dar muestra en casa que era como su hermano mayor, para que su padre no se enterara nunca de que estaba enamorado de otro chico. Que por nada del mundo sufriera lo que él estaba sufriendo. Porque sabía que si Marcos se enteraba de la verdad, enfrentaría a su padre sin medir las consecuencias, y entonces todo se escaparía de su control. Su abuela no podría hacer nada por ellos y padecería también a causa de sus nietos. Así que lo mejor que se le había ocurrido en aquel entonces había sido guardar silencio e intentar olvidar todo.

Pero ya en aquel entonces se vio obligado a salir de su cascarón de dolor y aturdimiento para aprender a enfrentar la realidad, y cambiar, poco a poco, el dolor y el

miedo por la superación y las ganas de ser de nuevo él mismo. Ahora, teniendo a Marcos frente a él, con la incertidumbre y la preocupación reflejadas en sus ojos, se dio cuenta del error que había cometido al no confiar de inmediato en él. Había sido tan tonto al no abrirse a su hermano que había conseguido alejarle más y más haciéndole creer que no era lo suficientemente importante como para compartir con él su dolor. El pesar que ahora sentía en su corazón era saber que Marcos tendría que asimilar lo ocurrido de golpe, sin red. Y él mismo se exponería de una manera en la que, aún después de años de terapia, se sentía tan vulnerable que incluso dolía. Y no le importaba, ya no. Porque Marcos le necesitaba, y ya iba siendo hora de que volviera a hacer de hermano mayor.

Marcos se había quedado parado de pie junto a la puerta. Le miraba con el ceño fruncido y los ojos llenos de preocupación y ansiedad.

—Tengo que hablar contigo —Insistió Javier, viendo que su hermano no reaccionaba.

—¿Por qué? ¿Tiene que ser ahora? —Se mostró inseguro Marcos.

—Yo os voy a dejar solos —intentó excusarse Daniel, haciendo el amago de levantarse del sillón.

—No Dani. Te he dicho que te quedas —exigió Javier.

Se quedó mirándole fijamente mientras veía cómo su amigo luchaba entre su deseo de dejarles solos, para que hablaran con tranquilidad, y la petición expresa que él mismo le había hecho. Finalmente Daniel se resignó y asintió levemente con la cabeza en su dirección para hacerle saber que se quedaba.

—Javi, quiero escuchar todo lo que quieras contarme, él lo sabe —dijo señalando a Daniel—. Pero no quiero que te sientas obligado a compartir algo que no quieras compartir solo porque creas que me lo debes. Yo estoy feliz de tenerte aquí, solo quiero eso ¡de verdad! No tienes por qué recordar algo que es doloroso para ti.

Javier escuchó a su hermano hablar y se sintió conmovido y avergonzado a partes iguales. Ahí estaba de nuevo Marcos haciendo todo lo posible para protegerlo, preocupado por él y por cualquier cosa que pudiera dañarlo. Se sintió avergonzado de su propio comportamiento. Después de tanto tiempo su hermano pequeño le había demostrado que, con carácter, fortaleza y decisión, se podía conseguir cualquier cosa. Vivir en un pueblo donde cualquiera se cree con derecho de analizar y cuestionar a sus conciudadanos, soportar la convivencia con un padre alcohólico y maltratador, estar preocupado siempre por los seres queridos, atento a cualquier cosa que pudieran necesitar, protegiéndolos cuando es necesario. Eso era lo que había estado haciendo Marcos durante toda su vida, darlo todo por su gente. Y él no había sido capaz de dar un paso adelante, maltrecho durante mucho tiempo, para estar junto a él en los momentos difíciles de su vida.

Sí. Su hermano se merecía una explicación. Se merecía saber lo que había ocurrido para que él mismo hubiera tomado la decisión de apartarse de él, en todos los sentidos, y le hubiera mantenido al margen de su vida durante tanto tiempo. Ya era hora.

—Marcos, no es que quiera compartirlo contigo —explicó con aplomo—, es que necesito hacerlo.

Sus palabras quedaron suspendidas entre ellos, fuertes y claras. Mantuvo la mirada clavada en el rostro de Marcos, observando las reacciones a su declaración. Necesitaba que él entendiera lo importante que era ese momento para él.

—Claro. Está bien —La voz de Marcos titubeó, insegura, cuando aceptó escuchar lo que Javier tenía que decir—, aquí me tienes.

Había permanecido de pie junto a la puerta desde el momento en el que escuchó a su hermano y a Daniel hablar. Se movió, rodeando la mesa baja de centro, para sentarse junto a Javier en el sofá, cuando éste le indicó que lo hiciera. La voz del locutor deportivo, que narraba las carreras de Fórmula Uno por la televisión, se escuchaba de fondo como si fuera una cacofonía de sonidos ininteligibles para sus oídos, parecidos al suave zumbido de las abejas. Cuando se sentó en el sofá echó un vistazo hacia Daniel, que permanecía sentado en el sillón, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido. Movía la pierna de forma nerviosa a izquierda y derecha, demostrando así su inquietud y desmintiendo su aparente tranquilidad. Al devolver la vista hacia su hermano se dio cuenta que Javier parecía mucho más tranquilo que su amigo. En sus ojos y en sus gestos podía verse el aplomo con el que estaba intentando sobrellevar la situación. Marcos respiró hondo, su hermano necesitaba desahogarse y sincerarse con él para poder seguir adelante, y él estaba dispuesto a prestarle sus oídos y su hombro para lo que hiciera falta. Ya había pasado por esto con anterioridad, cuando Javier sufría lo peor del puño de su padre y él tenía que hacer de tripas corazón para ayudarlo a sobreponerse. La diferencia era que ahora ellos ya no eran unos críos indefensos, y que fuera lo que fuese lo que ocurrió en el pasado, había sido tan grave como para conseguir que Javier se apartara de él durante mucho tiempo. Y eso no podía continuar así.

En el cuarto los tres hombres permanecían en silencio. Javier se acomodó en el sofá girándose levemente para poder enfrentar a su hermano. Marcos imitó su postura inconscientemente para quedar de cara a él. Posó el brazo izquierdo sobre el respaldo y esperó paciente a que Javier hablara.

—No sé muy bien por dónde empezar —Se excusó Javier—. Tengo muchas cosas que contarte, lo siento.

Javier sonrió con tristeza cuando comenzó a hablar, mirando a Daniel y a Marcos alternativamente. Suspiró frotándose la nuca con nerviosismo, delatando con ese gesto lo incómodo que le resultaba todo.

—No pasa nada, joder. ¿Por qué te disculpas? —Le regañó Marcos.

—Todo está bien Javi —Daniel habló desde su asiento dándole ánimos.

Marcos se giró al escucharle y entonces recordó algo que él le había contado.

—¿Por qué no empiezas por Salva? —sugirió con tiento—. Daniel me dijo que era tu novio.

—¡Joder! Sí, Salva —dijo suavemente. Mordiéndose la sonrisa que apareció en su boca, volvió la mirada hacia Daniel, con los recuerdos compartidos en la mirada—. ¿Así que Dani te ha hablado de él?

Sus palabras hicieron que su hermano se removiera en su asiento, como si hubiera cometido un error al hablar sobre su primer novio.

—Sí, pero solo me dijo su nombre, no me dijo más —intentó cubrir a Daniel por si hubiera metido la pata al contarle algo que no debía.

—Aquí estoy en desventaja —intentó bromear Javier—. ¡A saber lo que te ha contado este de mí!

Javier se rio compartiendo su risa con Daniel. La complicidad que ambos tenían estaba siendo un gran punto de apoyo para él y agradeció que su mejor amigo estuviera allí, dándole ánimos para continuar.

—No te quejes, que te he ido abriendo el camino.

Los dos se miraron a los ojos, con miradas cargadas de pesar y dolor oculto en las sonrisas.

—Salva es un buen punto de partida entonces.

—¿Le conocía? —preguntó Marcos a su hermano—. No me suena su nombre.

—Si lo conocías sería de vista —se encogió de hombros Javier—. No era del pueblo y tenía uno o dos años más que yo, no me acuerdo bien. Salió unas cuantas veces con nuestro grupo cuando íbamos de pueblo en pueblo por las fiestas, pero normalmente nos veíamos a solas, casi siempre iba yo a su casa.

—Entonces ¿saliste mucho tiempo con él? —preguntó Marcos.

—Sí, un tiempo —contestó vagamente—. Quizás dos años. Lo cierto era que para los dos resultaba conveniente, nos veíamos esporádicamente y siempre con cuidado de que nadie se enterara.

—Yo hice muchas veces de tapadera —Recordó Daniel.

—¡Joder! ¿De cuántos líos me ayudaste a salir? —Javier quiso bromear con su amigo, pero se dio cuenta de la cruda realidad de sus palabras cuando vio la triste sonrisa que le devolvió Daniel al escucharle.

—Es cierto —cabeceó suavemente.

—Entonces, cuéntame —volvió a llamar su atención Marcos.

Javier se centró en él ahora, tomando fuerzas para intentar hilar con cuidado su historia, sin venirse abajo, sin mostrar a su hermano lo difícil que iba a resultar tal ejercicio para él.

—Aquella noche, cuando salimos a buscarte después de que nos enteramos dónde te habías metido, habíamos estado por ahí con un grupo de chicos y chicas. Salva estaba con nosotros —comenzó a explicar—. No le habíamos dicho a nadie qué era lo que pasaba, así que este chico se preocupó por mí y decidió ir a buscarme a casa. Cuando volvimos de Mirandilla y tú te fuiste enfadado, yo decidí volver a casa y allí fue donde me lo encontré esperándome.

Javier hizo una pausa tragando saliva y apretó los puños repetidamente, como si no fuera consciente de ello. Levantó la vista hacia Marcos y retomó la narración.

—Francisco llevaba un par de noches sin aparecer por casa, ya sabes cómo iba la cosa —se encogió de hombros—. Cuando jugaba y se emborrachaba no salía del bar incluso por semanas.

—Sí, lo recuerdo —asintió Marcos.

—La verdad es que no sé cómo pude confiarme tanto —Javier frunció el ceño y agachó la cabeza, con la mirada perdida en algún lugar—. Quizás aún era demasiado inocente, aunque me las diera de sabelotodo. No sé. Lo que recuerdo es que a esas alturas de la noche me encontraba fatal y aún estaba enfadado contigo por todo lo que había ocurrido. Al ver a Salva en la puerta creí que por lo menos tendría a alguien con quien charlar un rato, no quería estar solo. Y no se me ocurrió otra cosa que invitarlo a pasar a casa.

Javier vio por el rabillo del ojo como Daniel cambiaba de postura en el sillón, pero él no apartó la vista del rostro de su hermano.

—Te arriesgaste demasiado —comentó Marcos, sin acritud.

—Lo sé, pero no tenía pensado hacer nada —explicó Javier—. En ese momento Salva era solo un amigo con el que me apetecía charlar. No estaba tan loco como para meter a nadie en casa con segundas intenciones.

—Entonces, ¿os quedasteis en casa hablando?

—Sí —asintió Javier—. Esa noche hacía calor y salimos al patio con unas bebidas. Nos sentamos en el banco de piedra que estaba junto al pozo ¿te acuerdas? —preguntó levantando una ceja—. Ahí estuvimos un buen rato. Le conté lo que había pasado, ya sabes, intentando desahogarme. Me escuchó y me habló también de sus hermanas. Todo de lo más inocente —recordó con una triste sonrisa—. Quería proponerle que nos fuéramos hasta su casa, tenía muchas ganas de estar con él y sabía que sus padres no iban a estar. Pero ya era muy tarde y por otro lado tenía pensado ir donde la abuela para poder hablar contigo por la mañana. Así que lo descartamos y decidimos dejarlo para otro día.

Javier apartó la vista de su hermano y se perdió por un segundo en los recuerdos de esa noche. ¿Qué hubiera pasado si hubiera tomado otras decisiones? ¿Si hubiera hecho lo que se suponía que debía hacer? Había tardado mucho tiempo en descubrir que esas preguntas nunca tendrían respuesta, pero eso es lo bueno del tiempo. Te da perspectiva. Ahora lo sabía.

Ninguno de los dos hombres junto a él interrumpió su silenciosa cavilación. Levantó la vista después de unos segundos y vio a Daniel en el sillón, con los codos apoyados sobre sus muslos y los dedos de las manos entrelazados con fuerza. Al girarse hacia Marcos se cruzó con su aguda mirada y apenas pudo mantenérsela. Apretó los dientes y agachó la cabeza antes de continuar donde lo había dejado.

—Solo quería un beso de despedida ¿sabéis? —comentó con el ceño fruncido y la boca seca—. Estábamos cogidos de las manos, besándonos, cuando escuchamos el ruido de la puerta del patio golpeando la pared. Yo salté de inmediato, reaccionando a la explosión de sonido. Tiré de Salva por instinto, y antes siquiera de confirmar que era Francisco el que estaba frente a la puerta, le grité para que saliera corriendo por la parte de atrás, saltando la cancela.

Un zumbido extraño comenzó a llenar sus oídos. Javier respiró hondo sin ser apenas consciente de lo que le rodeaba. El silencio le envolvía y tan solo podía escuchar su propia respiración. Observó sus puños sobre el regazo abriéndose y cerrándose al compás del repiqueteo de su corazón. Sin apartar la mirada de sus manos continuó hablando.

—Yo me giré, quería salir corriendo tras él, no quería estar allí y enfrentar a Francisco. Pero no fui lo suficientemente rápido —Javier relató con voz sorprendentemente clara y

firme—. Escuché su voz de borracho, gritando y gruñendo insultos como si quisiera atravesarme con sus palabras. No me dio tiempo a reaccionar, me quedé paralizado cuando se me echó encima. Cogió un rastrillo grande de jardinería que había estado apoyado junto a la pared hasta ese momento, y lo levantó con rabia para partírmelo en la cabeza —Javier tomó aire y tragó saliva—. En el último segundo pude protegerme la cara con los brazos girándome de medio lado, pero entonces toda la fuerza del golpe calló sobre mi hombro y la parte de atrás de la cabeza. Caí redondo al suelo, inconsciente.

Javier no se daba cuenta de la conmoción que estaba generando en la habitación. Daniel conocía la historia, pero nunca la había escuchado de esa manera, relatada por boca del propio protagonista. Marcos aguantaba la respiración, aturdido por todo lo que estaba escuchando, en tensión hasta el extremo de sentir que se rompería si alguien le tocaba. Ajeno a ese tumulto de emociones, Javier permanecía envuelto por sus recuerdos, sobrepasado por las sensaciones que le asaltaban, después de haber permanecido tanto tiempo escondidas en su memoria.

Clavó la mirada más allá del círculo en el que se encontraban los tres sentados, en el rayo de sol que se reflejaba en el suelo, junto a la pata de la mesa del salón, y dejó que el zumbido persistente que escuchaba dentro de su cabeza lo inundara todo.

—Cuando comencé a espabilarme me di cuenta que no podía respirar —retomó el relato—. Tenía la boca llena de tierra y aunque estaba seguro de tener los ojos abiertos, no podía ver nada. Intenté gritar, cogí aire para hacerlo pero solo conseguí ahogarme. Sentía un peso muerto sobre mi espalda que aplastaba mi pecho contra el suelo. No conseguía moverme y me estaba quedando sin oxígeno —Javier calló un segundo, respirando profundamente—. Entonces me di cuenta que Francisco estaba sobre mí, de rodillas sobre mi espalda, para impedir que me moviera. Intenté mover los brazos para quitármelo de encima y entonces sentí un dolor intenso, como si me partiera en dos —dijo con voz grave—. Me sacudí con tanta fuerza por el latigazo de dolor que Francisco perdió el equilibrio y se movió, apartándose de mi pecho, permitiéndome respirar. Pero eso solo sirvió para hacerme más consciente de mi cuerpo y de lo que estaba pasando —Javier cogió carrerilla sin parar de hablar—. Escuchaba los gruñidos e insultos de Francisco sobre mí, aún con los oídos zumbándome por el golpe en la cabeza y su peso sobre mi cuerpo. Entonces sentí de nuevo como si un cuchillo me atravesara. El dolor me dejó sin aliento y creí que me volvería a desmayar. Pero no ocurrió. Francisco tenía... Estaba sobre mí, me golpeaba con su puño en un costado para que estuviera quieto y estaba... Estaba forzando algo en mí. Me... me estaba penetrando con algo duro que me partía en dos por el dolor —titubeó, aturdido, mascullando las palabras—. No podía... no conseguía quitármelo de encima, ni siquiera podía moverme y me faltaba el aliento siquiera para gritar. No sentía nada más que el dolor cortante que venía en oleadas, dejándome congelado, sin poder hacer nada —dijo con los dientes apretados y la vista perdida en los recuerdos—. Era como si todo estuviera pasando en un solo segundo y fuera eterno a la vez. Entonces... entonces, de repente, pude respirar. No me di cuenta de nada más, solo que podía respirar. Escuché, como a lo lejos, un grito fuerte, como un rugido, y sentí que Francisco caía al suelo. Ni siquiera me giré a mirar qué pasaba. Intenté incorporarme pero todo empezó a dar vueltas y tuve que sostenerme con las dos manos en el suelo para evitar caer sobre mi propio vómito. Detrás de mí escuchaba golpes secos de carne contra carne. Entonces me di cuenta que los gritos que

escuchaba no eran míos, sino de Dani —recordó, y entonces levantó la vista perdida en la lejanía y clavó los ojos en el rostro pálido de su mejor amigo—. Sentí como te acercaste por detrás y me cogiste por debajo de los brazos para intentar levantarme. Tenía los pantalones enredados en los tobillos y me faltaba una zapatilla. Cuando intenté subirlos tuve que apartar lo que había utilizado Francisco para forzarme. Era un trozo de palo redondeado por un extremo y astillado por el otro. Un trozo del mango del rastrillo con que me había golpeado.

Daniel tenía el estómago revuelto y el cuerpo le temblaba como si estuviera congelándose. Aguantó la mirada de su amigo y evitó parpadear para que las lágrimas no se deslizaran por sus mejillas.

»—Cuando salimos por la puerta recuerdo que solo pensaba en que me faltaba una zapatilla, y que tendría que ir caminando hasta tu casa descalzo. No sé ni cómo llegamos ¿Te acuerdas? —preguntó retóricamente—. Me decías que todo iba a estar bien. Que ya había pasado todo.

—Lo recuerdo —contestó Daniel a media voz, tragando saliva con dificultad.

—Creo que nunca te he agradecido lo suficiente —dijo Javier con voz suave, cargada de emoción, después de carraspear.

—Nunca ha hecho falta —contestó Daniel con clara sinceridad.

—Marcos, yo nunca quise... —Javier se interrumpió al girarse hacia su hermano. Había estado tan perdido en sus recuerdos, que ni siquiera se había dado cuenta de las reacciones que sus palabras estaban provocando en él. Tenía la cara pálida, la mandíbula apretada y los ojos enrojecidos y abiertos de espanto. Respiraba con dificultad y tenía los puños apretados sobre las rodillas, con la mirada perdida al frente —. Marcos.

Javier hizo el amago de acercarse a su hermano para tocar su brazo, pero ni siquiera llegó a hacerlo.

—¡No! —Marcos gruñó, apartando de un manotazo la mano tendida de Javier, y se incorporó de golpe, perdiendo el equilibrio al golpear la mesa baja con el pie.

—¡Marcos! —Llamó de nuevo Javier, preocupado por la reacción de su hermano.

—¡No! —Marcos gruñó de nuevo y de una sola patada estrelló la mesa baja contra la pared de enfrente.

—¡Tranquilo Marcos! —Daniel se incorporó de inmediato y le agarró del brazo, intentando calmarle.

Marcos se revolvió del agarré y se giró con el puño en alto, estampándolo con fuerza sobre la mejilla de Daniel.

—¡No me toques! —Le gruñó a la cara con rabia—. ¡Te dije que me hablaras de ello! ¡Confíe en ti! ¡Y nunca me dijiste nada!

—¡Marcos, él no tiene la culpa! —intervino Javier.

—¡No te quiero aquí! ¡No quiero verte! —gritó con desazón—. ¡Vete!

—Marcos, escúchame ¡Te estás equivocando! —pidió Javier con firmeza.

Ninguno de los dos hombres enfrentados escuchó al otro a su lado. Marcos clavó la mirada en la de Daniel, con el cuerpo temblándole sin control. Daniel sentía arder el ojo y el pómulo, pero el dolor que atravesaba su pecho era mucho más profundo, y probablemente, más duradero.

—No pasa nada Javi —dijo sin apartar la mirada de Marcos—. Me voy ahora. Pero quiero decirte que esto no era algo mío que pudiera contar. Y tú lo sabes.

Daniel aguantó la mirada de Marcos un par de segundos más y entonces se apartó un paso y otro más, hasta que se alejó hacia la puerta, sin mirar atrás.

Ninguno de los hermanos habló hasta que no se escuchó el sonido de la puerta al cerrarse detrás de Daniel.

—No debiste hacer eso Marcos —Le reprochó con suavidad, desconcertado—. Sabes que él no tiene la culpa. ¡Lo sabes!

Marcos no se movió, ni siquiera cuando sintió la cercanía de su hermano. Permaneció rígido, con los puños apretados, mirando sin ver a través del ventanal del salón. Javier no entendía la repentina agresividad que su hermano pequeño había desatado contra su amante. Se lamentó por el modo en que habían salido las cosas. Ni siquiera fue consciente en ningún momento de cómo, la manera en que dejó salir todo, estaba llevando a Marcos hasta el borde. No fue consciente del momento en el que las cosas se le fueron de las manos. Llegando, incluso, a dañar a Marcos.

Necesitaba decirle a su hermano que ahora estaba bien, que todo estaba bien.

—Marcos, escúchame —Javier se colocó al costado de Marcos, buscando sus ojos. Posó la mano en su hombro, necesitaba tenerle de frente—. Perdóname, solo quería...

—¡No! ¡No puedo! ¡Espera! —Marcos rechazó el contacto con su hermano, apartándose de él, con el brazo cruzado sobre su rostro, cubriendo sus ojos, y el cuerpo tenso, temblando de dolor—. ¡Déjame!, déjame porque no puedo, ¡no puedo!

—¡Marcos! —Javier se inquietó por la reacción tan turbadora de su hermano —. Por favor, perdóname. Dime qué ocurre, habla conmigo.

—¡No me pidas perdón! —gruñó Marcos, girándose con impotencia hacia su hermano. Sin querer encontrar su mirada, apretó los puños contra su frente, desesperado por hacerse entender—. No puedo, ahora..., ahora no puedo ni mirarte a la cara —dijo con los dientes apretados.

Javier sintió como si el corazón fuera a salirse del pecho. Nunca imaginó una reacción así por parte de Marcos. Retrocedió un paso, sin ser apenas consciente de que se estaba moviendo, y se quedó mirando a su hermano, que permanecía frente a él con el rostro inclinado, cubierto por sus puños, evitando mirarle. Apretó los dientes, sintiendo su estómago revuelto, totalmente arrepentido de haberle contado todo lo ocurrido. ¿No hubiera sido mejor permanecer callado? ¿Cómo iba a ser capaz ahora de enfrentar el rechazo de Marcos?

—Nunca quise hacerte daño —dijo con la voz tomada de dolor e incredulidad—. Siempre quise protegerte para que nada malo te ocurriese. ¡Me hubiera cortado la mano derecha antes de permitir que algo te pasase! Pero nunca imaginé que... que me rechazaras así. Lo siento... perdona.

—¡Calla! —Javier se sobresaltó por el angustiado gruñido de su hermano.

Marcos se abalanzó hacia él y le agarró por la pechera de la camiseta, zarandeándolo por unos segundos. Aguantando la respiración clavó la vista en el rostro de Marcos, y entonces fue consciente del profundo dolor de su hermano. Unos ojos enrojecidos, abiertos de espanto, le devolvieron la mirada, congelándole en el sitio. Sin poder moverse se quedó estático al ver las crudas emociones que reflejaban los ojos de su hermano.

—Marcos, no pasa nada —susurró tranquilizador, intentando calmar el dolor de Marcos.

—Sí pasa. ¡Sí pasa porque no lo entiendes! —gruñó entre dientes—. No sabes. No lo sabes. Cómo me sentí todo ese tiempo cuando te fuiste de casa, cuando te fuiste con Daniel, para hacer lo que te diera la gana, sin tener que soportar todo lo que pasaba aquí —Marcos hablaba despacio, como si estuviera hablando para sí mismo, agarrado aún a la camiseta de su hermano—. Tenía tanta envidia ¡Te tenía envidia Javi! Pensaba en todo lo que estabas disfrutando, en lo abandonado que me sentí cuando os fuisteis sin volver a mirar atrás, y a veces te odié. ¡Te odié porque yo estaba aquí y tú no! ¡Porque te habías ido con él y me habías dejado solo! —le gritó con impotencia. Sus hombros se agitaron temblando de ira y desprecio hacia sí mismo. Con renovado

ímpetu zarandeó a Javier de su camiseta, desesperado por hacerse entender—. Estaba resentido, enfadado, lleno de envidia, ¡sin ser consciente siquiera de que toda esa mierda estaba ahí! Y todo este tiempo ¡tú!... ¡Ni siquiera dijiste nada! —le reprochó con la voz rota y los ojos anegados de lágrimas sin derramar.

—Marcos —acertó a decir Javier, completamente conmocionado.

Marcos gruñó con desesperación cuando tiró de la camiseta de su hermano y lo acercó a él hasta apoyar la frente sobre su hombro. Javier levantó los brazos automáticamente con la intención de rodear el cuerpo de su hermano en un abrazo tranquilizador. Al posar las manos sobre su espalda sintió la humedad del sudor impregnado en la tela y los temblores de su cuerpo que le sacudían sin control. Lo que no encontró fue calor. Su hermano estaba congelado; su piel fría contrastaba con la humedad y la agitación de su cuerpo. Marcos estaba en shock y él era el causante de ello. Cerró los ojos con fuerza, tragándose el gemido de rabia que sintió brotar de su pecho. ¿Y ahora qué? ¿Cómo iba a arreglar esto? Javier respiró hondo y apretó su abrazo rodeando la espalda de su hermano, y entonces sintió la calidez de las silenciosas lágrimas de Marcos humedeciendo su hombro. Lo sintió estremecerse, aún agarrado a su camiseta, y se le estrujó el corazón al darse cuenta del dolor que le había causado con la verdad. Fue a posar la mano sobre la nuca de su hermano, intentando consolarle, tocó la fría piel y pasó la palma por su húmedo cabello. Entonces escuchó las susurradas palabras de Marcos y cerró los ojos para intentar contener sus propias lágrimas.

—Todo este tiempo... él te hizo daño. Todo este tiempo te hizo daño.

Javier se tambaleó por el golpe emocional recibido, pero afianzó los pies y soportó el peso del cuerpo de Marcos, sujetándole en un fuerte abrazo, abarcando su espalda y sus costados, intentando inútilmente protegerle del dolor, y comenzó a moverse acunando el desmadejado cuerpo de Marcos entre sus brazos, tranquilizándolo con su voz.

—Todo está bien, no pasa nada... Estoy bien, estoy bien. Todo está bien.

Y los dos permanecieron así, intentando consolarse, intentando asimilar todo lo que habían descubierto uno del otro.

Capítulo Veinte

La botella de agua tembló en su mano cuando la levantó para dar un trago. Agradeció el frescor del líquido que calmó su sed, barriendo el mal sabor de boca que pareció dejarle los últimos acontecimientos. Acabó todo el contenido de la botella y al bajarla se quedó mirando la azul etiqueta sin ver realmente lo que tenía delante. Enroscó el tapón de nuevo y buscó el cubo de la basura para dejar caer dentro el recipiente vacío. Probó a respirar profundamente y sintió como su cuerpo se estremecía, como si se aliviara de una carga pesada largo tiempo acarreada. Lo hizo de nuevo. La sensación le hizo sentirse bien, a gusto, como desde hacía mucho tiempo no se sentía.

Javier fue hasta el frigorífico, lo abrió y cogió otra botella pequeña de agua. Pensó que, probablemente, su hermano estaría sediento.

Marcos había llorado sobre su hombro durante lo que le parecieron horas. Había sostenido su cuerpo abrazado intentando darle consuelo, calmándolo como cuando era un niño y sufría alguna injusticia infantil que le llenaba de frustración, y era incapaz de resolverla con su temperamento de chicuelo. Pero esta vez no había tenido que consolar a un niño pequeño. Javier había palmeado la fuerte espalda de Marcos que temblaba con cada arranque silencioso de llanto, incontrolable y duro. Había intentado mantenerse él mismo sereno, firme, porque ahora le tocaba ser el pilar donde se apoyara su hermano. Porque ahora le necesitaba, porque fuera como fuese tendrían que salir adelante y atravesar el dolor que él mismo había vuelto a sacar a la superficie. Aunque hubiera sido por el bien de ambos, ahora tocaba sanar.

Con la botella de agua para Marcos en la mano fue hacia el salón. Antes de encontrarse con su hermano echó un vistazo a su interior, tanteando sus emociones. Parecía como si el respiro que se había tomado en la cocina le hubiera ayudado a poner las cosas en perspectiva. Pensó en todo lo que había trabajado durante esos años para poder superarse y continuar adelante, y fue consciente de su propia fortaleza. Antes de viajar hacia Sierra había sentido un miedo casi paralizante por volver al lugar donde todas esas cosas habían sucedido. Había sentido recelo de no ser capaz de controlarlo todo y verse de nuevo inmerso en el dolor y el miedo que lo había envuelto todo años atrás, antes de que consiguiera deshilar sus temores y ordenar de nuevo su vida. Cuando había quedado tan destrozado que ni él mismo se reconocía. Pero al verse así mismo ahora se dio cuenta de lo infundado de su temor. Ahora, por fin, era capaz de manejar todo lo que había ocurrido en ese entonces y sus consecuencias, y se vio capaz de acompañar a su hermano en su propio dolor e incertidumbre. Tenía que terminar de hablar con él y hacerle saber que, después de todo, ahora estaba bien. Y que pasara lo que pasase, siempre estaría a su lado.

En el salón Marcos permanecía sentado en un lado del sofá, donde él mismo lo había dejado. Tenía la cara vuelta hacia el ventanal que daba a la calle y parecía bastante tranquilo, a pesar de su ceño fruncido. Estaba sentado con las piernas estiradas frente a sí y las manos entrelazadas sobre su regazo. Incluso desde la distancia en la que se encontraba podía ver la hinchazón y la rojez alrededor de sus ojos. Tenía el pelo alborotado y aún húmedo de sudor en las puntas. No le extrañaría que incluso estuviera algo deshidratado.

Con calma entró al cuarto, sin que su hermano diera señales de haberse percatado de su presencia, y se sentó a su lado en el sofá. Respiró profundamente y le tendió la botella de agua fría.

—Toma, bebe —dijo tendiéndosela—. Tendrás sed.

Se mordió el labio temiendo por un segundo que su hermano decidiera seguir ensimismado y rechazara su ofrecimiento. Pero respiró tranquilo cuando Marcos agachó la mirada, apartándola del punto fijo en que había estado clavada hasta ahora, y vio la refrescante bebida que le ofrecía. Marcos la cogió, sopesándola entre sus manos, como si no supiera muy bien qué hacer con ella, y entonces giró los ojos hacia él, mirando directamente a los suyos y habló con voz clara aunque ronca por el llanto.

—Gracias.

—Bebe, anda —insistió Javier satisfecho, al ver que su hermano volvía a mirarle a la cara.

Apoyó el hombro contra el respaldo del sofá y se quedó mirando mientras Marcos bebía con ganas de la botella.

—¿Cómo estás? —preguntó Javier cuando su hermano terminó de beber.

—No lo sé. La verdad que no lo sé —Marcos comenzó a jugar con la etiqueta de la botella y se encogió de hombros ante la pregunta de su hermano—. Tengo la cabeza... como en una nube, como si estuviera llena de algodón. No sé. Creo que hay tantas cosas que tenía que haber hecho de otra forma que no sé ni por dónde empezar.

—¡Espera un momento! Eso no es así, no tienes que pensar eso —le interrumpió Javier—. Yo no te he contado esto para que ahora te tortures pensando en cómo tenían que haber sido las cosas, o qué era lo que tenías que haber hecho y no hiciste ¡Es una tontería! —le reprochó con seriedad—. Tú siempre has estado pendiente de mí, cuidándome, apoyándome, y yo solo te he apartado, poniendo mis barreras y líneas rojas para evitar que todo esto saliera a la luz —explicó—. Porque tenía miedo de afrontar lo que vendría cuando lo supieras. Tenía miedo de que me rechazaras o me reprocharas que no hubiera hecho las cosas bien.

—¿De verdad pensaste que yo haría eso? —un dolor tibio se filtró en las palabras de Marcos provocando que su voz temblara. Tragó saliva e intentó ponerse en el lugar de su hermano; imaginando por un momento qué hubiera hecho él. Giró la vista hacia él y habló con el corazón en la mano—. Fue duro.

No era una pregunta.

Javier devolvió la mirada a su hermano y vio en sus ojos el entendimiento que, en algún momento de todos aquellos años pasados, dudó encontrar en sus seres más queridos. Sintió un dolor agudo en el pecho que le impidió respirar con normalidad y sus emociones explotaron en su interior como si una compuerta se hubiera abierto para dejar que todo fluyera. Cerró los ojos con fuerza, no quería llorar, no quería dejarse ir de aquella manera sin poder hablar antes con Marcos de todos los sentimientos acumulados, las culpas, las penas, la vergüenza y la fortaleza que encontró después, cuando decidió que seguir adelante era el único camino para reanudar su vida. ¡Necesitaba compartirlo con él! Y pedirle perdón.

Respiró profundamente, tomando fuerzas, intentando aquietar su mente. Se inclinó hacia Marcos y le agarró por el brazo, buscando su atención, queriendo su comprensión.

—Perdóname, Marcos —el amor hacia su hermano envolvió sus palabras.

—¿Por qué? —conmovido por los sentimientos que podía ver en los ojos de Javier, Marcos cubrió la mano sobre su brazo, intentando darle aliento.

—Por todo. Por no haber confiado en ti cuando pude hacerlo —se encogió de hombros, incapaz de expresar correctamente su frustración—. No supe hacer bien las cosas y te hice daño.

—¡Joder! —renegó Marcos—. No puedes decirme primero que me deje de tonterías y de pensar en lo que podría o no haber hecho, y tú vengas ahora a pedirme perdón por algo que hiciste en uno de los momentos más duros que has vivido nunca —agarró a su hermano mayor por la nuca, zarandeándolo con una sacudida y le miró a los ojos con firmeza—. Si yo no puedo disculparme por lo mío, tú no puedes disculparte por lo tuyo.

Javier se había quedado tan sorprendido por la firmeza en las palabras de Marcos que no atinó a reaccionar de inmediato. Cuando vio el brillo de la sinceridad y la emoción contenida reflejada en las pupilas de su hermano, Javier no pudo más que sonreír resignado al darse cuenta de que, sin ninguna duda, su hermano pequeño sabía cuidar de sí mismo y también de él. A su pesar.

—Está bien, Peque —dijo con voz gruesa, apartándose del suave agarre de Marcos—. Tienes razón, no voy a pedir perdón por lo que hice en aquel entonces. Pero sí te pido perdón por haberte alejado de mí tanto tiempo, por haberte hecho sentir que no confiaba en ti. Eso sí me lo vas a permitir.

La fuerza de las palabras de Javier caló en Marcos, que sintió como su piel se erizaba por la emoción de saber que su hermano estaba asumiendo parte de la responsabilidad por el sentimiento de abandono y la desconfianza latente que se había generado en él, después de que él y Daniel huyeran del pueblo esa noche, dejándole sin respuestas y a oscuras durante muchos años. Había pasado demasiado tiempo desde que sintiera esa

cercanía fraternal con su hermano; a pesar de hablar con él a menudo por teléfono, de las visitas periódicas que realizaba cada vez que encontraba una excusa decente para ir a la capital, o de la aparente normalidad y rutina diaria que compartían cada uno en su rincón aislado del mundo. Unidos pero separados por los secretos y la desconfianza. Había echado tanto en falta el mirarse por fin a los ojos sin secretos que ya apenas si recordaba cómo era. Pero Javier tan solo tenía que utilizar el apodo cariñoso con el que se refería a él cuando eran unos niños y Marcos podía ver con claridad al hermano mayor que tanto había añorado y que tan diferente era ahora del chico adolescente que fue. Y aun así seguía siendo su hermano mayor.

Marcos palmeó la pierna de Javier con cariño y asintió despacio, con la cabeza gacha y una sonrisa comprensiva en los labios. Entendía la posición de su hermano, o creía entenderla, y no iba a negarle ni a discutirle, que quisiera resarcirle por un posible daño del pasado.

—De acuerdo, está bien —aceptó, serio, con la mirada clara, intentando que Javier entendiera la importancia que le había dado a sus palabras—. Dime entonces. Cuéntame.

Marcos no tuvo que decir nada más. Javier entendió qué era lo que quería saber su hermano; era justo que hablara también de eso, aún había demasiados claroscuros en su pasado y necesitaba compartírselos con su hermano.

Empezó contándole cómo Daniel le había ingresado en el hospital malherido y cómo se había negado a hablar con alguien sobre lo que había ocurrido. Al principio había estado en tal estado de shock que ni siquiera respondía a las preguntas que le hacían los médicos o las enfermeras. Recordaba que durante el trayecto hacia el hospital lo único que había salido de su boca había sido un mantra repetitivo pidiéndole a Daniel que no se lo contara a nadie. Incluso después de su ingreso, cuando los médicos habían acabado con él se había negado a hablar, ni siquiera con Daniel. Su mente solo había estado llena de nada; como si hubiera habido un cortocircuito y por sí sola se hubiera desenganchado del sistema.

Daniel se había encargado de todo durante esos primeros días en los que él había estado en blanco, aturdido y medicado, sin darse cuenta de casi nada de lo que ocurría a su alrededor. De vez en cuando había escuchado a Daniel a su lado, hablándole de forma monótona sobre lo que harían a partir de ese momento y diciéndole continuamente que tenía que reaccionar, y que todo iba a estar bien. Después de dos o tres días ingresado, por fin reaccionó cuando Daniel le insistió para que se pusiera en contacto con Marcos y con su abuela. No estaba seguro de cómo o qué fue lo que sucedió para que, de repente, viera todo con una claridad asombrosa. No podía seguir allí, sin hacer nada. Había pasado demasiados días sin preocuparse por lo que había dejado atrás, sin saber qué era lo que había ocurrido con Francisco. Lo único que sabía era que tenía que hacer todo lo posible por alejar a Marcos y a su abuela de Francisco, pero en su estado y circunstancias poco podía hacer. En su mente trabajó la idea de que él sería lo suficientemente capaz como para resolver todo sin tener que contar lo que había ocurrido. Sabía que su hermano y su abuela se negarían a salir del pueblo y dejar todo atrás para comenzar de nuevo en otro sitio, y la opción de hablar con ellos quedó descartada en el momento en que decidió que lo que había ocurrido, en

realidad, no había ocurrido.

Lo único que le quedaba era conseguir que Marcos pasara el mayor tiempo posible en casa de su abuela, y que bajo ningún concepto Francisco se enterara de las preferencias sexuales de su hermano pequeño. Entonces tuvo miedo al pensar en el modo tan diferente en el que su hermano se tomaba las cosas relacionadas con su sexualidad. No sabía por qué razón Marcos siempre había tomado una actitud más abierta y natural con el tema, no era esquivo, y hubiera sido por él ni siquiera tomado las mínimas precauciones para que nadie, fuera de su entorno, supiera sobre ello. Él había tenido que aprender a cuidarse, a disimular, a hacer todo lo posible para que su homosexualidad no llegara nunca a los oídos de Francisco. Incluso después de que termina por explotar y soltarle su verdad a la cara, siempre había procurado salir del camino de la basura que era su padre. Pero Marcos siempre había confiado en él, lo había tomado como ejemplo antes de que supiera que era homosexual y le había hecho de reflejo cuando lo descubrió, tal como si fuera un espejo en el que mirarse. Javier siempre había pensado que él nunca había tenido la inocencia curiosa e impetuosa que siempre había mostrado su hermano pequeño, en todos los aspectos de su vida.

Incluso cuando se había enamorado de su mejor amigo.

Y ese día, mientras esperaba junto a Daniel a que le dieran su alta médica, se había girado hacia su mejor amigo y le había hecho prometer que se alejaría, que no volvería a ver a su hermano pequeño. Había estado tan seguro de su petición que durante muchos años ni siquiera se había cuestionado el posible daño que infringiría con su petición a dos de las personas más importantes en su vida.

Mientras le contaba a Marcos la promesa que le había arrancado tanto tiempo atrás a Daniel en aquel hospital, miró a su hermano a la cara, necesitaba que entendiera las razones por las que había interferido de aquella manera en sus vidas.

—Le dije que tú estabas muy enamorado de él y que si seguían así las cosas Francisco se terminaría enterando de todo y tú pagarías las consecuencias —Javier apretó los dientes y continuó—. Le convencí para que entendiera que, en esos momentos, era imposible que ni tú ni la abuela vivierais en otro sitio que no fuera el pueblo, que yo me iba a encargar de que todo saliera bien, para que poco a poco, quedaras fuera del alcance de Francisco. Qué tenías que entender que era una necesidad que nadie se enterara de tu condición sexual para que no llegara a oídos de Francisco y provocara algún tipo de desastre.

—Él te escuchó —dijo con la voz ronca Marcos—. Nunca más supe de él.

Javier asintió, con los ojos llenos de tristeza y pesar, marcados con miles de reproches hacia sí mismo.

—Él sabía muy bien de lo que era capaz Francisco —asintió con la cabeza, apartando

la mirada—. No quería que tú pasaras por algo remotamente parecido. Ni yo tampoco.

—¿Por qué no le denunciaste?

La pregunta sonó como un tiro en medio de una habitación cerrada. Javier sintió un pitido agudo en sus oídos, tragó aire, casi atragantándose, antes de girar la vista hacia Marcos para enfrentarle. Necesitaba mirarle a los ojos mientras contestaba a la pregunta a la que tantas veces había buscado respuesta durante todos esos años.

Se quedó con la palabra en la boca al clavar su mirada en el rostro tranquilo de Marcos. Entonces se dio cuenta. En las palabras, en los gestos o la postura de su hermano era imposible encontrar algún trazo de reproche, de disgusto o decepción.

Marcos tan solo quería saber. Quería comprender qué era lo que había ocurrido con su hermano mayor y por qué había tomado las decisiones que había tomado. El alivio que recorrió su cuerpo le dejó prácticamente temblando. No sabía lo importante que era hablar sobre ello con Marcos hasta que no escuchó la pregunta concreta salir de sus labios. Al cabo de los años había conseguido reconciliarse y asumir las decisiones que había tomada aquellos primeros días y que determinaron el resto de su vida, pero lo cierto era que gracias a todo el trabajo que había realizado consigo mismo y todo lo que había dado de sí con su grupo de voluntarios, había conseguido superar lo ocurrido y, además, ayudar a otras personas que habían pasado un infierno igual al suyo.

Durante sus años de terapia le había resultado difícil no ponerse a la defensiva cada vez que hablaba sobre el modo en el que había enfrentado las cosas durante los primeros años después de la agresión, pero había llegado a comprender sus decisiones, conscientes o inconscientes, y se había dado cuenta de que, bien o mal, él y únicamente él podía haberlas tomado.

Javier sintió medio segundo de pánico, como cada vez que había decidido abrirse a alguien y compartir su experiencia, pero confió en el hecho de que ahora era a su hermano pequeño al que le iba a entregar sus pensamientos, podía con ello.

—No recuerdo...no recuerdo muy bien lo que ocurrió en el trayecto hasta el hospital, ni siquiera las horas siguientes —comenzó—. Es una mezcla de imágenes fugaces, momentos entrelazados y espacios en blanco. Tengo la sensación de que algunos de esos recuerdos afloraron en el momento en el que decidí hablar con Daniel, y que él mismo me ayudó a rellenar lagunas y ordenarlos correctamente.

Se encogió de hombros en un gesto que indicaba que no sabía muy bien cómo habían sido las cosas en esos primeros momentos, y continuó hablando con la intención de responder, de alguna manera, la pregunta de su hermano.

—No es que decidiera callarme y no denunciar la agresión —dijo, haciendo un gesto elocuente con las manos—. La verdad es que me fue imposible obligarme a contar lo

que había ocurrido. Todo lo que tenía en la cabeza era dolor, miedo, vergüenza, rabia, impotencia... Casi todo el tiempo permanecía descansando, medicado y cuando estaba consciente en lo que más pensaba era en ti y en la abuela, no te imaginas lo que me pasaba por la cabeza cada vez que pensaba en contaros lo que había ocurrido. No podía, era imposible para mí lograr hablar de ello —tomó aire y lo soltó despacio, intentando tranquilizarse—. A Daniel solo le pedía que no hablara con nadie, continuamente, todo el tiempo. Le hice prometer que guardaría silencio. Yo solo quería lograr que, de alguna manera, eso desapareciera. Si no hablar de ello era lo único que podía hacer, eso haría.

—¿Qué hiciste después?

Javier se acomodó en el sofá y giró el cuerpo para apoyar el hombro sobre el respaldo, quedó de frente a su hermano.

—Después del alta me quedé en casa, en la casa que íbamos a compartir Daniel y yo con otro compañero. El chico aún no llegaría hasta que no empezaran las clases así que todo pasó desapercibido para él. Solo Dani conocía lo que había ocurrido —contó con clama—. Él fue el que me ayudó en todo. Solo estaba ahí para lo que necesitara y nunca cuestionó mis decisiones. Ni siquiera cuando empezamos las clases y yo me negué a quedarme en casa más tiempo, o cuando comencé a comportarme como un robot que iba de casa a clase, de clase a trabajar, y de vuelta a casa. Sin hablar de nada más allá de lo superficial con cualquiera que me preguntara. Después de unos meses empecé a cambiar incluso físicamente. Tenía cambios de humor muy bruscos y me saltaba las clases o me volcaba en los libros con desesperación según fuera mi estado de ánimo.

—Yo no tengo ningún recuerdo de eso —dijo Marcos con el ceño fruncido.

—Quizás no te acuerdas, pero en ese primer año de universidad no nos vimos en persona, ni siquiera fui en Navidad a casa, y os di largas para que no vinierais en fin de año a verme —recordó Javier—. Solo de pensar en teneros cerca era como el infierno para mí.

Javier fue consciente de sus duras palabras cuando vio el cambio de expresión en el rostro de su hermano, como si estuviera tratando de hacer que un mal trago pasara.

—Nunca hubiéramos pensado nada malo de ti o te hubiéramos rechazado de alguna manera, al contrario. Lo sabes ¿no? —preguntó Marcos con la voz tomada por la emoción.

—¿Qué quieres que te diga Marcos? En esos momentos no sentía que hubiera nada bueno en mi vida, sentía que no había sido lo suficientemente bueno como para hacer que las cosas salieran de otra manera —se explicó Javier—. En mi cabeza todo era una mierda, para mí era imposible que pudierais entender lo que había ocurrido ¡ni siquiera era capaz de hablar una mísera palabra sobre ello! ¿Cómo iba a haceros

entender?

—Vale, lo entiendo —procuró tranquilizarle Marcos.

—La verdad es que pasé muchos meses viviendo con el piloto automático; me obsesionaba con los libros y las clases, trabajaba sin apenas dormir o comer. Luego tenía etapas en las que todo me daba igual y dejaba de hablarle incluso a Daniel —Javier tomó aire y agitó la cabeza como si ni siquiera él pudiera creer esa etapa confusa de su vida—. Hasta que llegué a las manos con él.

Marcos se sorprendió al escuchar sus palabras, frunció el ceño y se removió en su asiento mirándole con los ojos llenos de preocupación.

—¿Me estás diciendo que os pegasteis?

—Yo le golpeé primero —puntualizó ante la cara incrédula de su hermano—. Daniel llevaba ya mucho tiempo preocupado por mí. Teníamos que entregar varios trabajos y ya me habían expulsado de uno de los grupos por no haberme presentado en ninguna de las reuniones. No estaba yendo a clase, y los profesores que el anterior cuatrimestre me felicitaban por mis notas, ahora se extrañaban por mi falta de asistencia y de interés. Daniel me había sacado prácticamente a rastras de casa para obligarme a asistir a una clase importante que teníamos ese día, pero ni siquiera llegué a entrar. En la misma puerta, no recuerdo exactamente por qué fue, comencé a discutir con Dani. Algo se rompió dentro de mí. Fue como si las paredes endebles de una balsa se agrietaran y empezara a derramarse todo lo que contenían dentro. No tengo un recuerdo claro de ese momento, solo sé que me lancé hacia él con los puños en alto y que intentó pararme, protegiéndose al mismo tiempo de mis golpes, hasta que no pudo más y me lanzó un puñetazo tan fuerte que me dejó sentado en el suelo.

Marcos se imaginó la escena que le describía su hermano, sin apenas poder creerse que eso hubiera sucedido.

—¿Os liasteis a puñetazos en la universidad?

Al escuchar la incredulidad en la voz de su hermano Javier se rio al recordar lo que realmente había pasado. Si tan solo se hubiera quedado en una simple pelea a puñetazos quizás ahora no estaría donde estaba.

—Joder —dijo sacudiendo la cabeza—. Nos peleamos en la puerta de clase, delante de las narices de nuestra tutora. Esa mujer nos calentó las orejas a base de bien —recordó—. Lo cierto es que Dani me abrió los ojos a golpes, pero esta mujer fue la que me oriento para lograr que no me perdiera en el camino.

—¿Ella te ayudó? —intrigado, preguntó a su hermano—. No lo entiendo. ¿Qué ocurrió?

—Nos iban a expulsar ¿sabes? —explicó—. Yo estaba ciego de rabia, me daba igual todo ya, no me interesaba lo que me tuviera que decir ni la profesora, ni Dani, ni nadie. Recuerdo estar en el despacho de ella, de pie frente a su mesa. Solo escuchaba una voz monótona que me hablaba de cosas que no me interesaban. ¡Sentía tantas ganas de gritar que pensé que explotaría si no lo hacía!

—Te derrumbaste delante de la profesora —dedujo Marcos.

—Con todo lo que tenía —asintió Javier, sonriendo con una mezcla de pesar e incredulidad—. No paré hasta soltarlo todo. Me encaré con Dani, el pobre, le reproché que no hiciera nada más que estar detrás de mí como si me fuera a romper en cualquier momento. Que tener que soportarle continuamente diciéndome lo que tenía que hacer y cómo y cuándo hacerlo era como un infierno. Que ni siquiera me dejaba pensar o respirar sin que su presencia me recordara continuamente lo que había ocurrido.

Javier se frotó las manos inconscientemente sobre el pantalón mientras revivía aquel momento en el que, por fin, había dejado salir todo, convirtiéndose en el primer paso hacia su recuperación. Mientras hablaba recordó todo el dolor y rabia acumulada que había estado guardando para sí durante todo ese tiempo y que, sin poder evitarlo, volcó sobre la única persona que siempre había estado a su lado. Delante de la profesora le echó en cara a su mejor amigo cosas dolorosas que había estado escondiendo y que ni él mismo era consciente de llevar dentro. A gritos le habló del dolor emocional que aún sentía y que, a diferencia del dolor físico, no desaparecía por mucho que intentara deshacerse de él. Le echó la culpa por contribuir con su actitud a que ese dolor no se fuera; cuando le trataba de manera diferente a la de siempre, o cuando le obligaba a ir a clase cuando no le apetecía, o cuando le decía que todo pasaría cuando se despertaba por las noches en medio de una pesadilla, intentando consolarle, pero sin lograr conseguirlo del todo.

—Dani aguantó que le dijera una barbaridad tras otra, culpándolo de todo lo que se me pasaba por la cabeza ¿sabes? —continuó explicando Javier—. Recuerdo que me dolía la garganta del esfuerzo que estaba haciendo para aguantar el llanto, pero ni aun así pude evitarlo. No paraba de hablar mientras lloraba como no lo había hecho nunca, era como un grifo abierto que permitía que todo saliera y me estaba dejando vacío. Dani solo me miraba serio, sin decir nada, como si estuviera sorprendido, incluso, de escucharme hablar. Le dije que sabía lo que realmente pensaba de mí. Que había sido un cobarde que no era lo suficientemente fuerte para hacer lo que tenía que hacer. ¡Dios! Le dije tantas tonterías. Y él solo me escuchó, dejó que me desahogara y después me dijo que estaba confundido, que él nunca me había juzgado y que yo mismo era el que me juzgaba tan duramente, que ni siquiera me permitía avanzar y superar lo ocurrido —Javier se rio suavemente sacudiendo la cabeza al recordar las palabras de su amigo—. ¡Ese cabezota! Siempre tiene que tener la última palabra!

Javier levantó la cabeza con la intención de compartir sus recuerdos con Marcos, pero su sonrisa se difuminó en los labios cuando vio el ceño fruncido y los ojos cargados de pesar con los que le miraba su hermano. Estaba claro que mientras él intentaba relatar lo ocurrido desde una perspectiva fácil de asimilar, para Marcos estaba siendo difícil, incluso a pesar de sus buenas intenciones. El paso del tiempo y todo lo que había

conseguido durante esos años le estaba ayudando a abrirse con él de una manera que nunca había imaginado posible. Incluso el simple hecho de estar en ese momento en Sierra sin sentir demasiada claustrofobia le parecía casi imposible. Pero todo lo que estaba siendo bueno para él, estaba claro que no estaba resultando de igual manera para Marcos. Tener que asimilar de golpe todo lo que estaba descubriendo de su pasado probablemente le iba a llevar algo de tiempo, y estaba seguro que aún tendría muchas más preguntas que hacerle.

Pero de momento deseaba hacerle saber que ahora mismo él estaba bien, a pesar de todo lo que había ocurrido, y su recuperación había comenzado el día que casi le expulsan de la universidad por pelearse con su mejor amigo. Quería que su hermano conociera todo eso también, así que sonrió de nuevo y continuó donde lo había dejado.

—No pongas esa cara tan larga —intentó bromear con Marcos—. Al final la profesora no nos expulsó a ninguno.

Marcos reaccionó como si no se hubiera dado cuenta de lo preocupado que parecía. Sacudió la cabeza con un toque de incredulidad y le devolvió la suave sonrisa a su hermano mayor.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba —comentó encogiéndose de hombros—. ¿Os echó una mano?

—Más que eso —confirmó ampliando su sonrisa, con los ojos brillantes de nostalgia y agradecimiento—. Aún hoy, después de tantos años, la considero una de mis mejores amigas.

—¿Qué paso? —quiso saber Marcos.

—Pues pasó que mientras yo hablaba de lo que había ocurrido por primera vez y Dani me escuchaba sin interrumpirme, dejando que me desahogara cuanto quisiera, Patricia permaneció en silencio como espectadora involuntaria, sabiendo lo importante que estaba siendo para mí ese momento.

Javier recordaba que ni siquiera había sido consciente de la presencia de la profesora en el despacho. Se había dedicado a hablar con Daniel de todo lo que había tenido guardado dentro de sí durante todo ese tiempo y solo se fijó en la presencia de la que ahora era su amiga, cuando se había girado para abandonar el despacho y se la encontró sentada en una silla junto a la puerta cerrada.

Ni él ni Daniel dijeron nada. Patricia tan solo se levantó de su asiento y le pidió con voz pausada y clara que fuera a hablar con ella si necesitaba cualquier cosa. Se dirigió entonces a su escritorio y rebuscó entre un taco de tarjetas de vista hasta dar con una concreta. Escribió algo allí, que resultó ser su número de teléfono personal, y se acercó de nuevo a él para tendérsela con un gesto firme.

—Toma, me dijo, utilízala cuando lo creas conveniente. Cuando quieras y para lo que quieras —recordó las palabras de su profesora—. Ella me ofreció su teléfono personal, después de todo lo que había escuchado sabía que tarde o temprano iba a necesitar a alguien en quién apoyarme. Además la tarjeta era de un colega suyo, psicólogo profesional. A día de hoy sigue siendo mi terapeuta.

—¿Vas a un psicólogo? —se sorprendió Marcos.

—De vez en cuando aún le hago alguna visita. Claro, no tan a menudo como al principio, pero me gusta hablar con él de tanto en tanto —explicó—. Además hacemos voluntariado juntos en la misma ONG y solemos vernos fuera de su gabinete.

—Entonces ¿te ayudó?

—No fue así de fácil —Javier miró a su hermano de frente—. Tardé en aceptar la ayuda que me ofrecieron. No quería ir y hablar con nadie de lo que había pasado. ¿Qué le importaba a la gente lo que hice o dejé de hacer? Pero como te digo Dani siempre tiene que tener la última palabra. Todos los días me preguntaba cómo estaba y si había llamado al número que me había dado Patricia. No decía más, solo eso. Creo que solo lo hacía para que no me olvidara de ello y que, a fuerza de desgastar mi paciencia, terminara llamando, aunque solo fuera para lograr que dejara de insistir.

—Bueno, creo que yo hubiera hecho lo mismo —sonrió Marcos.

—Estoy seguro hombre.

—Fue difícil pasar por eso —Marcos no preguntó.

—Solo algunas veces. Dependiendo de cómo estuviera ese día o de lo que surgiera hablar en esa sesión. Había veces que no quería volver a ver la cara de mi psicólogo en la vida, pero otras veces sentía tanta paz y desahogo durante las sesiones que era él el que tenía que cortarme para continuar otro día.

—Entonces te ayudó, te sirvió aunque a veces doliera —Marcos miró a su hermano como si quisiera meterse directamente en su cabeza para confirmar que, efectivamente, estaba bien.

—Sí, eso es —confirmó con tranquilidad—. Además desde hace algún tiempo colaboro de voluntario con una ONG que trabaja con niños y adolescentes que han sufrido en algún momento algún tipo de maltrato. No hago nada más que participar en algunas sesiones grupales, escuchando y de vez en cuando dando mi opinión. Pero sobre todo escucho cuando alguien necesita contar algo. Mi terapeuta me dijo que mi experiencia podía ayudar a otros a ayudarse a sí mismos. Lo cierto es que no sé si he hecho mucho o poco por alguien allí, lo que sí sé es que a mí me ha ayudado mucho. No sé qué hubiera ocurrido si no hubiera tenido a Dani y a Patricia todo este tiempo a mi lado.

Javier se dio cuenta del error que había cometido al pronunciar esas palabras cuando Marcos de repente volvió su rostro hacia él, con una mueca de pesar y dolor dibujado en él.

—Me hubiera gustado estar a tu lado también.

El esfuerzo que hizo Marcos para regalarle una sonrisa de apoyo, sin reproche, sin acusaciones, fue tan evidente para él que casi pudo sentir sus emociones traspasándole la piel. Tuvo que tragar saliva antes de intentar hablar de nuevo, cuando sintió la garganta cerrada por la emoción.

—Lo sé, de verdad que lo sé — Javier estiró la mano para posarla sobre la pierna de Marcos, apretó los dedos allí en un gesto desesperado por hacerse entender, intentando disculparse—. Perdóname por haber sido tan ciego, y por no haber sabido hacer las cosas de otra manera. Yo solo quería evitar hacerte daño, y de verdad, que me sentí tan perdido a veces...

—Te estás equivocando Javi. No tienes que pedirme perdón por nada. Ni lo quiero, ni lo necesito —Marcos apoyó su mano sobre la de su hermano, llamando su atención.

—Pero si hubiera actuado de otra manera quizás las cosas habrían resultado distintas.

—¿Sabes qué? Daniel tiene razón. Tú eres el más duro de los jueces. Eres demasiado intransigente contigo mismo —Le acusó Marcos—. A ti es al que le ocurrió todas esas cosas horribles. Tú eres el que ha sufrido todo este tiempo y el que tomó las decisiones que creyó mejores. Es fácil pensar desde fuera que uno hubiera hecho las cosas de distinta manera. Yo mismo lo he pensado, mientras me hablabas sobre ello, inconscientemente, te he cuestionado y he pensado «yo no habría hecho eso» o «hubiera sido mejor si...». Pero lo cierto es que a mí no me han ocurrido esas cosas. No he tenido que lidiar con lo que has lidiado tú. Ni he tenido que pensar, mientras tanto, en cómo ayudar a mi hermano y a mi abuela, o en sacar adelante una carrera y un trabajo además de una vida social y académica, sin que nadie se diera cuenta de nada. Sin que nadie viera que estaba sufriendo. Es fácil pensar que las cosas se pueden hacer de otra manera cuando no has tenido que vivirlas —Marcos levantó la mano y rodeó la nuca de su hermano mayor con cariño, en un gesto de apoyo y amor fraternal—. No tienes que pedirme perdón, ni a mí, ni a nadie, por lo que hiciste o dejaste de hacer en el pasado. Tú eres fuerte, siempre lo has sido. Y me alegro mucho de que ahora estés bien, haya estado yo a tu lado o no. Eso sí, a partir de ahora no cuentas con dejarme fuera de cualquier cosa que te incumba, o entonces sí vamos a tener que hablar en serio.

Javier escuchó el intento de broma en la voz de su hermano, pero fue el brillo intenso en sus ojos lo que le habló de la sinceridad y la preocupación con la que Marcos se estaba tomando las cosas y por lo que ofrecía su apoyo incondicional. A pesar de los años transcurridos, de las personas con las que había tratado, de todas las

conversaciones que había tenido con gente en igual o parecida situación a la suya, aun tomando con sinceridad las palabras bien intencionadas de toda esa gente, amigos, que habían querido ayudarlo diciéndole que había hecho lo que tenía que hacer y que de ningún modo, nada de lo ocurrido había sido culpa suya, había hecho falta que lo escuchara de labios de su hermano pequeño para que las palabras encajaran en su sitio y se convirtieran en verdaderas para él.

Sonriendo cerró la distancia que le separaba de Marcos y le abrazó con fuerza, rodeando su espalda en un apretado círculo con el que pretendía demostrarle su agradecimiento y amor incondicional. Sintió por fin como si toneladas de pesar que había llevado demasiado tiempo sobre sus hombros desaparecieran poco a poco deslizándose hacia la nada.

—Gracias —dijo simplemente.

Permanecieron unos segundos más abrazados hasta que Marcos se apartó de Javier sacudiéndolo por el hombro con una advertencia más.

—No puedes volver a quedarte solo, cuenta conmigo ¿me oyes?

—Lo sé, lo sé. Te lo prometo —La tranquilidad cubriendo sus palabras—. Y puede que no te sirva de mucho, o nada, pero siempre has estado muy presente para mí. Siempre pensaba en la abuela y en ti cuando más perdido me sentía. ¿Sabes? Dani me ayudaba con eso, me decía: «¿qué crees que diría tu hermano?» O «Sabes que Marcos se enfadaría si supiera cómo te estás comportando» —Javier se rio suavemente recordando los esfuerzos que hizo su amigo para intentar sacarle de la oscuridad—. Dani estuvo siempre conmigo, y te traía a ti con él Marcos.

Javier observó la reacción de su hermano con interés. Preocupado por lo que había ocurrido entre ellos antes, necesitaba saber que ambos estarían bien cuando regresara a casa. Retomó la palabra al ver cómo Marcos se alejaba hacia el ventanal del salón sin responder.

—No sé lo que ha ocurrido entre vosotros, y puedo entender tu reacción visceral de antes, pero tienes que saber que él nunca haría nada que te hiciera daño, y en cualquier caso solo mantuvo la promesa que me hizo años atrás. No estaba en sus manos hablarte de algo que no le pertenecía.

—¡Lo sé! ¿Crees que no lo sé? —Marcos se giró hacia él con el rostro crispado de tensión y la postura rígida—. Solo estaba allí, frente a mí, cuando exploté.

—Y yo. Solo que a mí no me podías golpear, aunque lo mereciera más que él.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es cierto.

—Puede ser, pero sí es verdad que confiaba en él y en ese momento me sentí traicionado.

—¿Por qué? Él no podía hacer nada al respecto —Javier necesitaba que su hermano hablara.

—¡No lo sé! —se revolvió—. Quizás estoy buscando los tres pies al gato.

—¿Por qué? —insistió Javier.

—¡Se va a ir! ¡¿Vale?! —gritó con frustración—. No va a quedarse aquí, su trabajo no está aquí y él nunca se queda demasiado tiempo en un sitio. Además ¿cómo va a quedarse en un pueblo cualquiera sin nada que hacer? Él ya se marchó una vez, y con razón. No tenía nada que hacer aquí.

Las palabras de Marcos sonaron a sentencia, desempolvando en Javier un sentimiento de culpa que llevaba arrastrando demasiado tiempo. No podía deshacer el camino recorrido, pero algo debía hacer para intentar ayudar a las dos personas más importantes de su vida.

—No sé si tiene sentido o no que te diga esto ahora, pero estoy seguro que si yo no hubiera intervenido años atrás, Dani nunca se hubiera apartado de tu lado —dijo con firmeza—. Él estaba enamorado de ti.

—Javi, eso tú no lo sabes —la derrota y el pesimismo se escuchaban en las palabras de Marcos—. Solo éramos unos críos y él tenía muchas cosas que hacer lejos de aquí. Tarde o temprano la cosa hubiera resultado igual.

—Yo no lo creo —Javier habló con firmeza—. Es cierto, no sé qué habría pasado si yo no hubiera intervenido, pero conozco a Dani, él es fiel por naturaleza, en todos los sentidos. Le arranqué una promesa muy difícil de mantener a costa de perder algo que era muy importante para él. Y estoy seguro que ahora está aquí precisamente porque ya ha cumplido con creces y quiere darse una oportunidad de conseguir lo que siempre ha anhelado. No conozco con certeza lo que siente o lo que pretende contigo, pero estoy seguro que lo que está haciendo no lo hace por capricho o a la ligera —continuó hablando con calma mientras su hermano le escuchaba con atención—. No busques excusas donde no las hay para evitar abrirte Marcos. Ya has permanecido demasiado tiempo solo y apartado. No hay necesidad. Sea lo que sea, pase lo que pase, no permanezcas por más tiempo solo, por favor.

Javier era consciente de que con sus palabras podía abrir una brecha bastante amplia entre su hermano y él. Podía intuir, por lo poco que le había contado él mismo, el agujero de soledad en el que se había visto inmerso durante los últimos años su

hermano pequeño, cuando nunca había sido capaz de darse lo suficiente como para atreverse a tener a alguien a su lado. Ni siquiera años atrás cuando se veía más regularmente con Andrés, el hombre que creía había logrado borrar a Daniel de la mente de su hermano.

—Quieres que me tire al vacío sin red —afirmó Marcos, como si le reprochara a su hermano que se hubiera atrevido a sugerírselo.

Javier se quedó mirando a su hermano por unos segundos, entonces metió la mano en el bolsillo de su vaquero y sacó su móvil. Trasteó en él hasta encontrar lo que buscaba y se lo pasó en silencio, sin decir palabra. Esperó hasta que leyó el mensaje y entonces habló.

—Me lo envió hace un rato.

—¿Por qué no me ha dicho a mí que se iba?

—Está claro que quiere darte tu espació —Le ofreció Javier—. Sabía que lo ibas a necesitar.

—¿Pero era necesario que saliera del pueblo? —contestó incrédulo Marcos.

—Según dice tenía trabajo para mañana, tan solo ha adelantado el viaje.

—¡Eso dice! —Marcos se sentó de golpe en el sillón con el ceño fruncido y su propio móvil entre las manos, como si de ahí pudiera sacar las respuestas que estaba buscando.

—¿Qué vas a hacer? —Le azuzó Javier.

—No lo sé —contestó cabizbajo Marcos.

—Pues ahora es tu turno. La palabra la tienes tú.

Marcos levantó la cabeza hasta encontrar la mirada de su hermano mayor, consciente de la verdad en las palabras de Javier.

Ahora le tocaba a él.

Capítulo Veintiuno

Daniel comprobó la hora en el salpicadero del coche por tercera vez en cinco minutos. Llevaba aparcado en esa calle más de media hora y por lo que podía ver probablemente tendría que permanecer allí unos cuantos minutos más.

A esas alturas de la tarde muchos trabajadores comenzaban a ponerse en marcha preparándose para cerrar los negocios o poner a punto todo para poder volver a casa. Los que tenían suerte. A otros aún les quedarían por delante varias horas de trabajo hasta poder hacer lo mismo.

Esa zona de la ciudad estaba plagada de pequeños comercios de barrio. Era una zona tranquila que contaba además con varios hostales a poca distancia unos de otros, e incluso un par de hoteles de dos estrellas que eran bastante decentes. En una de las habitaciones de uno de esos hoteles se encontraba Virginia desde hacía una par de horas. La UDEF

[\[2\]](#)

había organizado el encuentro, como los anteriores, con la hija del alcalde, para poder continuar con la investigación que estaban llevando a cabo, y hacerse de manera segura con la información que la mujer les estaba entregando. Ni él mismo sabía a ciencia cierta qué era lo que estaban tratando allí. Lo único que sabía era que la situación era demasiado delicada como para que hubiera algún tipo de filtración a la prensa o que llegara a oídos extraños e interesados. Cada vez que se había organizado un encuentro él había sido el encargado de custodiar a Virginia hasta el lugar de la reunión. La fiscal tenía mucho interés en que todo saliera como debía salir y la coordinación entre las partes era algo esencial en ese aspecto. No podía haber ningún fallo que provocara cualquier tipo de fuga. Y estaba claro que la principal testigo y fuente de información tenía que permanecer debidamente custodiada y controlada. La fiscal estaba al tanto de los erráticos episodios que había tenido Virginia en las últimas semanas y la aparente intranquilidad y nerviosismo que había estado sufriendo. La presión por todo lo que estaba ocurriendo y por lo que estaba por venir, podría resultar demasiada carga para una sola persona. Por esa razón, en estos últimos momentos en la etapa de investigación, todos los agentes implicados estaban haciendo lo posible para que la testigo colaborara con la menor presión posible. Su papel en ese aspecto era mantener tranquila a Virginia, controlada y alerta para que nada saliera mal.

El problema estaba en que en esos momentos no podía importarle menos que las cosas salieran bien o mal. Si por él fuera, Virginia, la UDEF y la Fiscalía podían irse a hacer puñetas directamente.

Lo único que cabía en su mente era Marcos, y lo que había ocurrido la tarde pasada.

El impacto de escuchar por boca de Javier lo que había ocurrido esa noche, sus recuerdos, lo que había sentido en ese momento... había sido demasiado duro para él. No podía imaginar si quiera lo difícil que había sido para Marcos escucharlo por primera vez, viendo el sufrimiento del hermano mayor y sintiendo la impotencia de no haber podido hacer nada para ayudarlo. Se había esperado el reproche, la fiereza y el dolor con los que le había recriminado el ocultarle algo tan importante para él. Incluso

el puñetazo había sido comprensible en aquella situación. Aun así, no dejaba de ser doloroso el rechazo y la desconfianza que había venido acompañando todo eso.

Estaba claro para él que el único contra el que Marcos podía arremeter en ese momento era él mismo. Las circunstancias le habían puesto en el lugar idóneo para ser el perfecto punto de fuga para el dolor de Marcos. ¿Quién más podía serlo? De cualquier manera, más doloroso que el puñetazo, fue tener que salir de esa habitación dejando atrás a un Marcos destrozado y abatido, que había claudicado con él acusándolo de mentiroso y traidor. ¿Habría aún alguna posibilidad de arreglar las cosas y volver al punto dónde todo se había convertido en perfecto para ellos?

Al salir de casa de Marcos, con la mandíbula magullada y un fuerte nudo de angustia agarrotado en su pecho, había decidido que probablemente sería buena idea quitarse del medio durante unas cuantas horas. Tenía planeado ir a Madrid al día siguiente, pero estaba seguro que si adelantaba el viaje podría matar dos pájaros de un tiro. Sabía que estaba huyendo hacia delante, y que por mucho que corriera el problema no desaparecería, pero tampoco desaparecería si se quedaba donde estaba. Entonces se había limitado a enviar un mensaje a Javier, sabiendo que de una forma u otra llegaría hasta Marcos. Quizás había sido algo infantil el no habérselo mandado directamente a su amante, pero lo cierto era que en ese momento sentía demasiado dolor, de diferentes clases, y demasiado enfado como para considerar acercarse lo más mínimo a Marcos. Había mandado el mensaje con la esperanza de saber algo sobre los dos hermanos. No había tenido noticias de ninguno de ellos durante la noche y la falta de sueño había hecho mella en él, al saltar de la cama por la mañana temprano. Apenas había dormido un par de horas y las sábanas revueltas a los pies de su cama habían dado cuenta de la noche ajetreada que había pasado. Apenas unas horas antes había recibido un corto mensaje de parte de Javier diciéndole que todo estaba bien. Sin ninguna explicación más. Tan solo le decía que hablarían pronto.

Tener amigos para esto. Pensó con aire lúgubre.

Levantó la vista y miró sin ver lo que ocurría en la calle, a través de la ventanilla del coche. Una mezcla de incertidumbre y desesperanza revoloteaba en ese momento sobre su cabeza, provocando que no supiera muy bien que hacer a continuación. Cuando llegó a Sierra meses atrás se había cuestionado varias veces al día si sería buena idea volver a tomar contacto con el hombre del que creía estar enamorado desde que tenía dieciséis años. Había estado tan inseguro sobre sus sentimientos que había tardado meses en dar el paso adelante y probar suerte. El problema había surgido en el mismo momento en el que había vuelto a cruzar una palabra con él. Entonces entendió que no sería cuestión de suerte. Que no podía volver a dejar las cosas en manos del destino sin hacer él mismo sus propios movimientos, para que las cosas salieran como debían salir. Y él estaba seguro de que lo que sentía por Marcos Cubero no era algo pasajero, ni un sentimiento trivial e infantil del pasado. Aun habiendo estado separados durante tantos años, siempre había permanecido entre ellos algo que los unía a ambos. Y a pesar de lo que pudiera parecer, nada tenía que ver con la relación que los unía a Javier, y las vivencias que habían compartido juntos durante todo ese tiempo. Era cierto que había seguido los pasos que Marcos daba en su vida a través de la información que le sonsacaba a Javier, pero eso siempre había estado en la periferia de su vida, como una constante, siempre latiendo en su mente,

saltando de vez en cuando para hacerle saber que necesitaba seguirle la pista, conocer qué había sido de él mientras había estado estudiando en Mánchester, o cuando volvía de alguno de sus viajes de trabajo donde había estado varios meses de traslado, e incluso años, en otras ciudades o países. Marcos siempre había estado presente, sin apenas darse cuenta, como si hubiera sido un pequeño y pesado ancla que le permitía permanecer estable estuviera dónde estuviese. Ahora era consciente de ello, con la perspectiva que daba el tiempo.

También ahora se daba cuenta de lo equivocado de sus planes con respecto a Marcos.

Sabía que su tiempo en Sierra era limitado, lo había sabido siempre. Él nunca había permanecido mucho tiempo en un mismo sitio. En el despacho sabían de su disposición para desplazarse a uno u otro lugar según conviniera y era él el que se encargaba de esos casos en los que era necesario moverse fuera de la ciudad. O incluso del país. Y para él esto nunca había supuesto un verdadero problema. Hasta ahora.

Sabiendo el escaso margen de tiempo que le quedaba, había optado por acercarse a Marcos y comprobar si realmente había alguna posibilidad de que entre ellos hubiera algo más que una amistad del pasado. Pero nunca hubiera imaginado que llegaría a sentir lo que estaba sintiendo por Marcos.

Volver a hablar con él, sentir de nuevo esa chispa cálida que había brotado siempre que habían estado juntos, incluso de chiquillos, le había llevado a querer más, a saber más. Lo había perseguido hasta conseguir que Marcos, incluso, le pidiera salir. Moviendo cielo y tierra para arañar algunas horas del trabajo y poder así compartir más tiempo con él. Todo con el propósito de ir calando poco a poco en Marcos y conseguir de nuevo que se fijara en él. Lograr recuperar el amor del chico que tan inocentemente se lo había entregado en el pasado y que tan despreocupadamente dejó atrás.

Daniel sacudió la cabeza con pesar clavando la vista en el vacío, a través del parabrisas del coche. Se rio de sí mismo, sintiéndose estúpido al darse cuenta de lo mal que había hecho las cosas. Solo había sido consciente del paso del tiempo, del escaso margen que él mismo se había dado, marcándose como tope su salida de Sierra, cuando su trabajo estuviera terminado. Casi había tomado el asunto como una carrera a contra reloj donde el premio era el amor de Marcos. A pesar de sus obvios sentimientos hacia el hombre del que estaba enamorado, había perdido tanto el norte que había terminado con el ojo morado, sentado solo en su coche, en una ciudad distinta a la que debería estar en ese momento, demasiado solo incluso para su gusto. Lo peor de todo era que aparentemente no había conseguido nada de lo que se había propuesto en un principio, además de haber vuelto a abandonar a Marcos cuando más lo necesitaba.

Un par de rítmicos golpes en el cristal del pasajero le hicieron levantar la vista sobresaltado. Había estado tan ensimismado en sus pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta de la presencia de alguien esperando al otro lado del coche. Antes de que sus latidos se ralentizaran y volvieran a la normalidad, quitó los seguros de las puertas para permitir a Virginia pasar al interior. La temperatura en el exterior había

bajado un par de grados mientras anocheecía y Daniel pudo ver con claridad el aliento condensarse con cada respiración de la mujer. Virginia entró en el coche trayendo consigo el frío de la calle, se acomodó en el asiento y cerró con un golpe la puerta del coche.

—¡Dios! ¡Qué frío! —Se frotó las manos enguantadas para intentar entrar en calor.

—¿Sí? No parece que haga tanto frío —comentó Daniel mientras echaba un ojo al salpicadero para comprobar la temperatura del exterior.

—No sé. Yo estoy helada —contestó sin mirarle directamente—. ¡Y ni siquiera es invierno aún!

Daniel sintió el temblor en la voz de la mujer, giró la vista poniendo más atención en lo que estaba delante de él. Entonces se dio cuenta del estado de alteración en el que se encontraba ella. Cuando la había dejado hacía casi tres horas en el lugar de encuentro, Virginia era la vivaimagen de la compostura y la tranquilidad. Aparentemente. Llevaba como siempre uno de sus abrigos de paño, esta vez de color rojo con grandes botones negros a juego con el cinturón y las solapas anchas. Su peinado era clásico y sencillo, recogido en una cola de caballo alta que dejaba su rostro, perfectamente maquillado, despejado a la vista. Sin embargo ahora, se fijó, su aspecto resultaba un tanto desaliñado. Virginia apenas había girado el rostro hacia él pero había podido ver que sus ojos estaban irritados y enrojecidos, con el maquillaje removido. El pintalabios rojo que había llevado a primera hora de la tarde, había desaparecido por completo, y de la coleta escapaban algunos mechones finos alrededor del rostro, dándole una apariencia alicaída y algo desamparada. Se dio cuenta también que sus hombros se estremecían como si tuviera escalofríos y ahora dudaba que fuera a causa de la baja temperatura.

—Oye. ¿Estás bien? —Daniel se inclinó hacia delante intentando encontrar la mirada de Virginia. Vio cómo sus hombros se tensaban antes de que girara la cabeza hacia él. Ella se abrazaba a sí misma, rodeando apretadamente su propio cuerpo con los brazos. La observó mientras comenzaba a acunarse adelante y atrás suavemente, como si no se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

—No —contestó en un susurró rasgado, con los dientes apretados y la vista perdida, como si intentara buscar algún tipo de respuesta—. Necesito ver a mi madre. ¿Me puedes llevar a la clínica?

Daniel carraspeó antes de volver a hablar.

—Sí, claro —su voz salió firme y distante. No sabía muy bien cómo actuar. Estaba claro que Virginia había pasado un mal momento con la gente de la UDEF. Ya había tenido que acompañarla a sus citas en un par de ocasiones más, pero nunca había salido tan tocada como ahora—. ¿Necesitas algo más?

Virginia no respondió de inmediato. Se reclinó sobre el respaldo, apoyando la cabeza

hacia atrás y cerró los ojos tomando varias respiraciones profundas. Después de unos segundos giró la cabeza hacia él, aún con los ojos cerrados, y contestó con aparente tranquilidad.

—Solo necesito unos minutos de desconexión. Hoy no ha sido un buen día.

—Ya. Me imagino.

Cuando Daniel echó un vistazo a su pasajera se dio cuenta que había conseguido hacerse de nuevo con el control de sí misma. Tenía los puños apretados alrededor de la correa de su bolso, pero ya no temblaba de forma tan evidente, y miraba distraídamente por la ventanilla de su lado. Permaneció en silencio sin querer interrumpir sus pensamientos. Se sentía como en tierra de nadie con respecto a Virginia. No podía considerarla una amiga; siempre había habido entre ellos una especie de tirantez que nunca llegó a disolverse durante todos esos meses, pero tampoco la podía tratar como a una simple cliente de la que poco o nada se sabe. Sabía a ciencia cierta que la mujer estaba pasando un infierno en esos momentos, y que las decisiones que había tomado le iban a llevar por un camino aún más difícil de afrontar. Recorrer ese camino probablemente le iba a traer más penas que glorias, por lo menos durante los primeros años. Y ese era el calvario. Que fuera lo que fuera lo que iba a ocurrir en el futuro cercano, no iba a ser algo que durara poco tiempo y que pudiera enterrar en el olvido unos meses después.

Virginia iba a tener que ser fuerte en el futuro, porque de otra manera sufriría mucho más de lo necesario.

—No sabía que esto iba a ser así —La voz de Virginia sonó clara y firme en el silencio del interior del coche—. Aunque si lo hubiera sabido, tampoco hubiera tenido demasiadas opciones, ¿no? Quiero decir; o soy de los malos, o soy de los buenos, ¿no?

—Básicamente, sí.

La rápida confirmación de Daniel pareció no hacer mella en Virginia. No quiso ahondar en su respuesta; se había dado cuenta que lo que necesitaba la mujer no eran consejos o palabrería. Necesitaba a alguien con quién desahogarse. Permaneció en silencio unos minutos más, conduciendo relajadamente, esperando hasta que ella quisiera volver a hablar de nuevo. Observó por el rabillo del ojo cómo sus manos perdían el tenso agarre de su bolso, relajando los brazos y los hombros en el proceso. Cuando la mujer volvió a hablar Daniel se sorprendió por el nuevo hilo de conversación.

—¿Qué tal está tu novio el pastelero?

Daniel giró la vista hacia ella, clavándole la mirada con el ceño fruncido.

—¿De verdad quieres hablar sobre eso?

Virginia cambió de postura en su asiento, colocándose de costado, casi de frente a él, con la sien apoyada en el respaldo. Le sonrió con picardía antes de contestar.

—Sí. Me gusta este tema.

—No sé si a mí me va a gustar igual que a ti.

—¿Por qué? —preguntó haciéndose la tonta—. ¿Estás enfadado conmigo?

—No. ¿Debería estarlo?

—No, no creo —dijo con un mohín en los labios—. Pero si no estás enfadado conmigo ¿qué es lo que pasa? ¿Problemas en el paraíso?

Daniel la miró de reojo, sin perder de vista la carretera, y le hizo un gesto con la cabeza, interrogándola por sus palabras sin necesidad de abrir la boca.

—Has pasado casi todo el día conmigo y apenas has mirado el móvil, tienes un ceño permanente que da bastante pavor y apenas has hablado nada —enumeró con los hombros encogidos—. Si tú no vas a entretenerme un rato con tus historias, no voy a poder pensar en otra cosa que no sean mis problemas... Y eso va a ser un problema... Necesito olvidarme de todo un rato.

Virginia volvió por un segundo a su tono melancólico de hacía unos minutos, con la vista perdida en algún lugar lejano y un latigazo de ansiedad sacudiendo su rostro.

—¿Entonces te tengo que contar mis penas para que tú te olvides de la tuyas?
—intentó bromear Daniel.

—Sí —contestó con firmeza Virginia, mirándole de nuevo con interés—. ¿Qué te ha pasado en la cara? ¡Cuéntame!

Daniel dudó unos segundos sin querer dar detalles de su vida privada a una, casi, desconocida, además de las otras peculiares características de Virginia, pero imaginó que les vendría bien a los dos que sacara algo de lo que llevaba rumiando él solo todo el día.

—¡Dios! —gruñó falsamente exasperado—. No entiendo qué te ha dado a ti con eso de meterte en mi vida. Y si lo quieres saber, ¡realmente no ha pasado nada! Solo que mi cara ha tenido la suerte de encontrarse íntimamente con un puño ajeno. ¿Te vale con eso?

—¡Vaya! No me digas que el pastelero es de esos.

—¡El pastelero no es de esos! ¿Y por qué tendría que haber sido él?

—Pues no lo sé realmente, pero creo que si hubiera sido otro, estarías más enfadado o satisfecho, según hubiera sido el resultado de la pelea, pero la verdad es que pareces más bien triste y mohíno —se burló Virginia.

—¿Lo parezco? —preguntó desconcertado Daniel, frotándose distraídamente el morado en su mejilla.

—¿Qué pasó? ¿Hiciste algo que no debías hacer?

—Más bien no dije algo que tenía que haber dicho.

—¡Vaya! ¿Entonces qué pasa? ¿El chico dulce tiene mal carácter?

—¿Qué te pasa? —Se molestó Daniel—. ¿Por qué automáticamente piensas siempre mal de él?

Virginia le sonrió de medio lado, subiendo y bajando las cejas de forma elocuente.

—Porque así es más fácil hacerte rabiar, y estás muy guapo cuando te enfadas.

—No te cansas nunca ¿no? —dijo sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Por mucho que insistas nunca voy a salir contigo. No me gustan de esa manera las mujeres, te lo he dicho.

—¡Pero mírale! ¿Cómo puedes tenerte en pie cargando ese ego que cargas? —dijo Virginia golpeando el brazo de Daniel con un rápido azote de su mano—. A lo mejor ya no eres tú el que más me gusta. A lo mejor ahora prefiero cosas más dulces.

—Pues lo llevas claro, mujer —contestó Daniel con el ceño fruncido mientras se frotaba la zona afectada por el golpe de Virginia.

—¿Sí? ¿Tú crees? —preguntó con un ronroneo sutil—. No lo sé. Es tan mono tu chico, que no me importaría intentarlo, aunque tuviera que lidiar con otro rechazo.

Daniel la miró de reojo juzgando cuanto de lo que decía era broma y cuanto era en serio. No estaba ni un poco seguro de ello.

—¿Eres siempre así? —Se atrevió a preguntar de repente, lleno de curiosidad.

—¿Cómo? —preguntó Virginia aparentemente desconcertada.

—Tan artificial.

Las palabras sonaron duras y quiso retirarlas incluso antes de terminar de pronunciarlas, pero ya era demasiado tarde. Vio con claridad cómo la rigidez que momentos antes había desaparecido en los gestos de Virginia, volvía con rapidez al escuchar sus palabras. La mujer apretó los labios con la vista baja clavada en algún punto entre el volante y el salpicadero. La vio tragar saliva con dificultad y se sintió realmente miserable por hacerla sentir mal, cuando por fin habían conseguido algún tipo de dinámica amistosa. Fue a abrir la boca para disculparse pero Virginia no le dio oportunidad.

—No lo sé —contestó sin levantar la vista, con la voz sorprendentemente firme—. Me sale sin pensar, es como un juego. Es algo que llevo mucho tiempo haciendo, ni me doy cuenta la mayoría de las veces ¿sabes? He aprendido a utilizarlo para poder hacer lo que tengo que hacer —levantó la vista, buscando los ojos de Daniel—. Mi padre es un chacal. Convivir con ese tipo de animales te enseña a sobrevivir de la mejor manera posible. A veces no tienes elección.

Daniel apartó la vista al escuchar la verdad en las palabras de Virginia, quedando los dos en silencio sin saber qué decir. Francisco era otro tipo de chacal; basura con la que habían tenido que lidiar sus dos hijos durante muchos años y con la que cada cual había peleado a su manera. Cada uno de ellos había afrontado la situación de forma diferente, pero todos habían sufrido las consecuencias.

Y entonces lo supo. Se dio cuenta de que no estaba dispuesto a dejar que las cosas volvieran a escaparse de su control. Ahora era un adulto con capacidad completa de decisión. Y sabía muy bien lo que quería. Asumiría su parte de responsabilidad en los errores cometidos, pero no estaba dispuesto a volver a perder la oportunidad de conseguir lo que durante tanto tiempo había anhelado. Ya no.

A unos escasos cincuenta metros de la clínica aparcó el coche en doble fila y se desabrochó el cinturón para poder girarse hacia su pasajera.

—Siento haberte dicho eso de esa forma, y entiendo perfectamente por qué lo haces. Solo te puedo decir que, aunque sea difícil, luches por tu autenticidad, no dejes que los otros ganen —Virginia le sostenía la mirada con los ojos completamente abiertos—. Lo que estás haciendo, lo que vas a hacer, no es algo fácil, al contrario. Pero sé que hay mucha gente que está trabajando para que tu esfuerzo no caiga en saco roto y que los que tengan que pagar paguen —Daniel miró intencionadamente la blanca fachada de la clínica—. Las decisiones que estás tomando ahora, van a marcar lo que suceda en el futuro, y gracias a ti van a ser cosas buenas.

—¿Aunque ahora duela?

Daniel apretó la mandíbula, sintiendo un pinchazo de dolor en la zona del pómulo golpeado.

—Aunque ahora duela.

Virginia le sostuvo la mirada vidriosa un segundo y después cabeceó, asintiendo, con una pequeña sonrisa acuosa dibujada en los labios. Se movió para desabrochar su cinturón de seguridad y tirar del manillar para abrir la puerta del coche.

—Eres un gran abogado —dijo suavemente, mientras bajaba a la acera y cerraba la puerta con un firme empujón. Se asomó a la ventanilla abierta para despedirse—. Gracias por acercarme. Me has salvado la vida.

Daniel la miró a través del espacio que los separaba y se dio cuenta que en ese instante su relación abogado/niñero—cliente, había cambiado por completo. No sabía muy bien a qué, pero ya no era lo mismo.

—Sin problema, cuando quieras —contestó con firmeza—. Nos vemos pronto. Ten cuidado.

Virginia le sonrió antes de incorporarse, saludándole con la mano mientras se alejaba del coche. Daniel esperó hasta verla entrar en la clínica y luego arrancó para volver a incorporarse al tráfico. Necesitaba ir a casa e intentar ordenar un poco su cabeza. Necesitaba pensar en lo que había ocurrido unas horas antes.

Necesitaba a Marcos.

La noche había caído completamente y las luces parpadeaban a lo largo de la avenida, iluminando rincones y entrecalles para que la gente pudiera caminar segura de vuelta a sus casas. Marcos miró a ambos lados de la carretera antes de cruzar a prisa hacia la acera de enfrente. El edificio donde vivía Daniel era bastante antiguo, aunque se notaba que había pasado por una buena rehabilitación porque lucía ese aspecto de piedra blanca y pulida, lustrada a base de chorros de agua comprimida. Al levantar la vista vio cómo su propia respiración salía en forma de vaho a causa del frío. Se ajustó las solapas de su cazadora de cuero y caminó hacia el portal que le había indicado su hermano horas antes. Había tenido que dejar a cargo de la tienda a Marga y a Rosy para poder salir un par de horas antes del trabajo y que no se le hiciera muy tarde para llegar a la ciudad. Había decidido seguir a Javier con su moto hasta su casa, para así poder regresar después sin tener que depender de nadie y hacerlo a la hora que

quisiera. No tenía ni idea de cómo resultarían las cosas y no quería permanecer más tiempo del necesario en la ciudad. Echó un vistazo valorativo a un lado y otro de la calle antes de llamar al timbre. Era un buen barrio de clase trabajadora, pero se alegraba de haber dejado la moto en el garaje de su hermano. Su preciosidad podía correr peligro en cualquier sitio, por muy bueno que pareciera ser. Había caminado unos veinte minutos desde la casa de su hermano hasta la de Daniel y el tiempo se le había pasado volando. La idea de caminar le había resultado atrayente, pensando que así podría despejarse un poco y tomar distancia para preparar la conversación que quería tener con Daniel, pero lo cierto era que la cosa no había funcionado como se había imaginado. Estaba a dos segundos de tocar el timbre y aún no tenía ni idea de lo que le iba a decir al hombre al que le había magullado, probablemente, algo más que la mandíbula.

Tomó aire, buscó el piso de Daniel y llamó, aguantando la respiración hasta que escuchó la estática, seguida de la metalizada voz del dueño de la casa.

—¿Sí? —preguntó Daniel con algo de extrañeza.

—Soy Marcos. ¿Podemos hablar?

—¿Quién? —La incredulidad le llegó claramente a través del telefonillo.

—Soy Marcos, ¿me dejas subir?

El zumbido de la puerta al abrirse fue como el pistoletazo de salida para un corredor, lo puso en marcha sacándole de la tensión contenida en la que había estado suspendido hasta escuchar que la puerta se abría. Al entrar en el vestíbulo del edificio las luces se encendieron automáticamente, aunque Marcos apenas fue consciente de ello. En frente de él se encontraban dos ascensores con puertas de acero inoxidable. Se paró un segundo delante de ellos, el tiempo de pulsar el botón de llamada, hasta que se dio cuenta que no podía esperar lo poco que tardaría el ascensor en bajar. Se giró a la derecha, dónde había visto que estaban las escaleras, y comenzó a subir los peldaños de dos en dos para llegar lo antes posible al tercer piso. Cuando llegó arriba el corazón bombeaba más rápido de lo normal, sin embargo no estaba seguro de si era por el ejercicio extra o por las expectativas que traía.

Parado en el rellano escuchó el sonido de una cerradura al abrirse, siguió el ruido y esperó medio segundo hasta que vio la figura de Daniel al abrirse la puerta. El foco de luz en la entrada de la casa quedaba a su espalda y apenas pudo distinguir sus rasgos. En un rápido vistazo se dio cuenta que probablemente le había pillado después de la ducha. Llevaba puesto un pantalón largo de pijama oscuro y una camiseta algo justa de aspecto suave. Tenía el pelo alborotado y un poco húmedo en las puntas. Sin ser consciente tomó aire con la intención de captar algún trazo de su aroma. Y ahí estaba; el perfume característico de Daniel. Se llenó de su esencia sin percatarse siquiera de lo tranquilizador que había sido ese gesto para él. Intentó buscar su mirada en la tenue luz que le brindaba la iluminación del pasillo, pero tan solo captó el brillo de sus ojos.

—Hola —atinó a decir por fin.

—Venga, pasa —contestó lacónicamente Daniel, alejándose de la puerta abierta, dejándole a él la tarea de cerrarla después de entrar.

Al quedar al otro lado de la puerta se dio cuenta enseguida de los aromas que inundaban la casa. Daniel tenía en marcha la cena. Siguió la estela de su amante por el pasillo fijándose en los movimientos visibles de los músculos de su espalda y la cadencia de sus caderas. También se dio cuenta del trapo de cocina que Daniel apretaba entre sus dedos. De pronto pensó que quizás no había sido buena idea invadir la privacidad de alguien al que había golpeado unas horas antes. Alguien al que prácticamente había echado de su casa. Probablemente hubiera sido mejor idea darle un poco de margen y tiempo. Pero Marcos había sentido la necesidad de ir lo antes posible en busca de Daniel. Necesitaba disculparse cara a cara y hablar con él. Y tampoco tenía pensado volver a dejar las cosas en manos de otros, sin decidir, sin tomar las riendas. Esta vez no iba a permitir que le dejaran atrás.

Al entrar en la cocina alcanzó a ver a Daniel retirando una sartén del fuego. Mientras se desabrochaba la cazadora y la dejaba en una de las sillas junto a la mesa, observó con discreción la habitación. Sabía que Daniel llevaba meses en Sierra y que apenas pasaba tiempo en su piso, pero no esperaba que todo pareciera tan poco usado y deshabitado. La cocina era funcional en cuanto a electrodomésticos y utensilios, pero daba la sensación de ser una habitación piloto, como las que se enseñan en la compraventa de pisos. No había nada fuera de lugar, ni revistas ni periódicos por las sillas, ni fotos o imanes en el frigorífico, todo parecía bastante nuevo y aséptico. Entonces se preguntó cómo sería el resto de la casa, y por qué no se había convertido en el hogar de Daniel.

—¿Has terminado?

—¿Qué? —Marcos se sobresaltó al escuchar la voz de Daniel. Le miró y vio su característica sonrisa socarrona pintada en sus labios y una de sus cejas levantadas con sorna. Había estado demasiado tiempo observando y analizándolo todo.

—No esperaba visitas —dijo Daniel, recuperando algo de gravedad en su mirada—. Te puedo ofrecer algo de cena, pero tendrá que ser compartida.

Marcos hizo el amago de contestar, había visto y oído la tortilla aderezada con verduras que había estado cocinando Daniel antes de que le interrumpiera, y sintió cómo su estómago valoraba la posibilidad de gruñir pidiendo su parte de alimento, pero todo perdió su gracia cuando levantó la vista y vio el oscuro morado que lucía el pómulo de Daniel. Durante la discusión en su casa el día anterior, había sido apenas consciente del golpe que le había dado en el ardor de su arrebato, pero ver las marcas dejadas por su puño le estaba avergonzando como pocas veces en su vida lo había hecho algo. Se acercó a la encimera, quedando justo en el lado opuesto a Daniel, en frente de él. Se apoyó en el mueble, algo aturdido por la vergüenza, sin saber qué decir.

—Lo siento —dijo sin más, en un susurro ronco.

Daniel levantó la vista de lo que estaba haciendo. Con el ceño fruncido vio la ligera conmoción en los ojos de Marcos sin saber muy bien a qué se debía. Entonces Marcos levantó la mano con la intención de tocar su rostro magullado y por instinto se retiró apartándose. Se dio cuenta de su error cuando vio cómo los ojos de Marcos se nublaban, e intentó rectificar.

—Si lo dices por el puñetazo que me diste, ni te molestes —dijo, inclinándose de nuevo hacia Marcos, ofreciéndose para que le tocara—. Parece muy escandaloso, pero apenas noto algo de picazón.

Marcos estiró de nuevo los dedos y acarició con cuidado la mandíbula y el pómulo de Daniel, sintiéndolo algo más caliente bajo sus dedos que el resto de su piel. No le creyó ni un poco.

—Aun así lo siento —insistió al bajar la mano—. Y no es solo por el puñetazo. No debí hacer lo que hice. Ni tampoco tenía por qué haberte dicho lo que te dije. Sé que no era cosa tuya todo ese lío. Solo exploté y tú estabas en medio.

—Sí. Mejor yo que tu hermano.

—No quería decir eso.

—Lo sé. Pero es así, y lo entiendo —dijo Daniel encogiéndose de hombros—. Javi había volcado todo encima de ti, estabas conmocionado, y él tampoco estaba en mejores condiciones.

—¿Y tú? Porque lo dices como si la cosa no fuera contigo —respondió Marcos, algo molesto al sentir una pizca de condescendencia en la voz de su amante—. Siempre eres el espectador, o el salvavidas, según se mire ¿no? Y luego ¿qué? ¿Te vas y ya?

—¿A qué viene eso? —se puso a la defensiva Daniel.

—¿A qué viene? Te vas del pueblo sin decirme nada, sin darme la oportunidad de hablar contigo y disculparme. Tan solo dejas un mensaje con tu amigo y ¡ya! ¡Ahí te quedas! Otra vez. ¿No sabes hacerlo de otra manera?

—¿Qué te pasa? —molesto y desconcertado Daniel tiró el trapo, que sujetaba entre los dedos, sobre la encimera y rodeó el mueble acercándose a Marcos—. Solo quería darte algo de espacio y aproveché la oportunidad de volver antes a la ciudad para trabajar. No iba a dejarte así.

—¿Y tengo que creerte? —Marcos ni siquiera era consciente de que estaba levantado la voz, o de que apretaba las manos en puños, conteniendo la tensión.

—¿De eso se trata? ¿Pensaste que te había dejado de nuevo sin decir nada? —La incredulidad tiñó las palabras de Daniel.

—¡No lo sé Daniel! Solo sé que de nuevo te fui a buscar y no estabas —contesto desconfiado—. Pero ¿qué puedo esperar? Durante todo este tiempo apenas me he esforzado por intentar construir algo fuerte entre nosotros ¿no? Pensando a cada momento que pronto llegaría el día en el que dirías que todo había acabado, que se había acabado el tiempo —Sus palabras rayando la autocrítica.

—¿Piensas eso de verdad? —preguntó Daniel preocupado.

—Cuando mi hermano me dijo que habías venido a la ciudad, lo primero que pensé fue que no te volvería a ver.

—¿Y después?

—Me enfadé —contestó con el ceño fruncido y la mirada desafiante—. Ya no soy un niño de quince años.

Daniel escuchó con incredulidad las palabras de Marcos. Por fin veía en los ojos de su amante una chispa que reflejaba las ansias de Marcos por retenerlo a su lado. Por fin conseguía ver la determinación de ese hombre por intentar creer en él y en su relación.

—¿Entonces estás aquí porque me fui sin decirte nada? —provocó Daniel antes de afirmar—: Pensaste que me había marchado de nuevo y te había dejado atrás.

Daniel quería ver una reacción más contundente por parte de Marcos, necesitaba saber lo que realmente estaba sintiendo su amante y si había estado haciendo el tonto durante todas esas semanas, luchando por algo que, al fin y al cabo, nunca podría ser.

—No lo sé. Quizás el primer pensamiento instintivo fue ese. Fue... no lo pude evitar. Estaba claro que no te ibas a marchar del pueblo sin más ni más. Aún tienes que trabajar allí. Y claro que después entendí que habías tenido que irte, por lo que había pasado y eso. Pero en el fondo es así, ¿no? ¿O acaso me equivoco? Tarde o temprano te vas a tener que ir. Tú no eres de los que se quedan, ni aquí ni en ningún sitio —Marcos miró alrededor de la desolada cocina, haciendo un gesto significativo con la mano señalando la estancia—. Ni siquiera consideras esto tu hogar, lo puedo ver.

Daniel escuchó las concluyentes palabras de Marcos con los labios apretados, sabiendo a ciencia cierta que él tenía razón. Nunca había sido capaz de sentirse realmente a gusto en ningún lugar. Nunca se molestaba en instalarse de verdad en

ninguna de las casas en las que había vivido después de dejar a sus padres. Lo más parecido a un hogar que había tenido después de eso, había sido la casa que había compartido de estudiante con Javier y un par de compañeros más de la universidad. Pero eso se había acabado pronto, y en el fondo sabía que lo que había llamado hogar no había sido precisamente la casa donde dormía cada noche, sino las personas con las que la había compartido. Estaba claro ahora que Marcos no le veía como a alguien en el que confiar y con quien abrirse por completo. No cómo él quería realmente. Y ahora era consciente de que había estado totalmente equivocado desde el principio, al enfocar la situación en el escaso tiempo que tenía para conseguir lo que quería, y no en lo que quería conseguir en sí. Nunca debió haber habido una cuenta atrás.

Marcos estaba apenas a la distancia de un brazo de él pero, aunque deseaba alargar la mano y tocarlo por fin, se contuvo unos minutos más, reprimiendo la necesidad de tenerlo lo más cerca posible, sabiendo que necesitaba aclarar todas las dudas con las que ambos estaban luchando antes de poder siquiera volver a tocarlo. Porque necesitaba que Marcos comprendiera que sus sentimientos y sus propósitos iban mucho más allá del hecho de centrarse en el aspecto físico de su relación, y que no se iba a conformar tan solo con eso.

—Es verdad, tienes razón —contestó por fin, apoyándose, como al descuido, en la encimera junta a él—. No considero este piso como mi hogar, ni siquiera después de haber vivido aquí más de tres años. Nunca me ha importado tener un sitio fijo o especial donde quedarme. Mientras fuera funcional y estuviera cerca de mi trabajo me sobraba. Quizás en eso somos totalmente opuestos —comentó, sorprendiendo a Marcos con sus palabras—. Tú te aferras a tu vida en Sierra. A pesar de los malos momentos que has vivido allí, de lo que has sufrido a causa de tu padre, separado de tu hermano. Siempre has preferido permanecer en ese lugar que te ha dado seguridad, un lugar que conoces y al que llamas hogar, rodeado de mucha gente que te conoce y te aprecia. Yo nunca he tenido eso, no sé lo que se siente, y lo cierto es que nunca lo he extrañado.

—Eso es triste.

—No lo sé ¿Puedes extrañar algo que nunca has tenido?

—Puedes anhelarlo —afirmó Marcos.

—Sí. Y me doy cuenta que solo me ocurre eso cuando estoy a tu lado.

Capítulo veintidós

Los ojos de Marcos se agrandaron con sorpresa al escuchar la declaración de Daniel. Tragó saliva nervioso, confundido por la reacción que estaba teniendo después de lo que había oído. El corazón le empezó a latir demasiado deprisa en el pecho, haciendo que la sangre bombeara caliente por todo su cuerpo, zumbando hasta sus oídos. ¿Por qué estaba siendo estúpido por esto? Solo eran palabras.

—No tienes que decir eso —dijo algo inseguro—. Entiendo lo que quieres explicar. Sé que mi hermano y yo somos especiales para ti. Y aunque nuestra relación sea diferente, no te estoy pidiendo nada. Te prometo que no voy a sentir que me abandonas cuando llegue el momento en que tengas que irte —intentó bromear—. Podemos seguir siendo amigos.

—Ah, claro. Se me había olvidado —contestó con sarcasmo Daniel—. No te gusta demasiado que hable de sentimientos y tal, ¿no?

—¡No! Espera, no es eso —saltó Marcos nervioso—. No tienes que hacerlo. Quiero decir que no debí haberte dicho eso. Lo de que no tenías que hablar de tus sentimientos, o lo que sea —divagó—. Yo es que no soy como tú ¿sabes? No suelo ir diciendo por ahí a todo el mundo esas cosas que dices. ¡No es que no las sienta! Porque puedo sentir las. Pero tú lo dices de una forma que no es lo que yo suelo hacer ¿entiendes? No necesitas decirme esas cosas para tenerme. Yo estoy a gusto contigo y sé que va a ser temporal, no es necesario... no es necesario que digas... esas cosas.

Marcos terminó su discurso sin saber muy bien que era lo que había dicho en realidad. Sentía la cara más caliente de lo normal y aunque no solía ponerse colorado en situaciones bochornosas, en ese momento no las tenía todas consigo.

—Estás equivocado en varias cosas —afirmó Daniel en cuanto Marcos terminó de hablar.

—¿En varias? —preguntó Marcos con socarronería, levantando una ceja.

—No estuvo mal que me dijeras lo de los sentimientos. Tenías todo el derecho —comenzó diciendo—. No es cierto que le vaya diciendo por ahí a todo el mundo «esas cosas»; es verdad que quizás me resulte más fácil expresarme de esa manera a mí que a ti, pero te puedo asegurar que a la única persona a la que le he dicho «esas cosas» ha sido a ti —puntualizó mirándole a los ojos—. Por otra parte, si todo dependiera de mí, nuestra relación no sería temporal. Te lo puedo asegurar. Y sí, sí es necesario que te diga «esas cosas». Porque, aunque no te lo creas, no te estoy regalando los oídos, ni estoy intentando seducirte. Nunca se ha tratado de eso. Solo soy yo, intentando decirte de la mejor manera posible, lo mucho que te quiero.

Marcos no estaba preparado para lo que sintió al escuchar las palabras de Daniel. Ni para lo que vio en sus ojos. Porque desde que era un adolescente con las hormonas listas para despegar, consciente de la presencia en todo momento del chico del que se

había enamorado como un tonto, había deseado ver en esos ojos lo que estaba viendo en ese momento. Pero ahora no estaba seguro de ser lo suficientemente fuerte como para asumir lo que eso significaba. Estaba asustado. De lo que veía delante de él y de la fuerza con la que sus emociones se removían en su interior.

—Puede ser —contestó con la voz algo inestable—. Pero las palabras se la lleva el viento. Y eso lo sé muy bien.

—Lo sé también —contestó Daniel, apartándose de la encimera para dar un paso más hacia su amante—. Por eso te pido que me mires. Que creas en mí no solo por mis palabras, sino también por mis actos. Es cierto que va a ser difícil, no voy a poder estar contigo todo el tiempo que desearía, sobre todo cuando termine lo que tengo entre manos ahora, pero no me voy a rendir. Durante las últimas semanas he estado intentando conseguir que volvieras a enamorarte de mí, como cuando tenías quince años y pensabas que no tenía ni idea de tus sentimientos —Las palabras de Daniel consiguieron arrancar una suave sonrisa a los labios de Marcos, como si estuviera riéndose de sí mismo—. Sentía que tenía un tiempo limitado para conseguir que volvieras a confiar en mí, porque quizás, después, iba a ser imposible demostrarte lo mucho que me importas. Cuando no pudiera estar cerca de ti. Pero me he dado cuenta que si de verdad quiero permanecer a tu lado, no puedo establecer un límite de tiempo para poder tenerte. Solo te pido que confíes en mí, y yo te demostraré cada una de «esas cosas» que te he estado diciendo hasta ahora.

Marcos sintió su pulso acelerarse. Lo sentía en sus sienes y en la garganta, y el aire entró con dificultad en sus pulmones cuando intentó respirar. La extraña necesidad de decir que sí a todo lo que estaba proponiendo Daniel era abrumadora, pero aun así había algo que se lo impedía.

—Tengo miedo —contestó por fin, con los dientes apretados y la voz grave. Sin darse cuenta se inclinó unos centímetros hacia Daniel, buscando su cercanía.

Daniel le miró sorprendido de hito en hito, feliz por lo que acababa de decir Marcos. Aunque él no se hubiera dado cuenta, por fin estaba hablando claramente de lo que sentía. No era una declaración de amor, pero por algo se empezaba.

Sintiendo que por una vez estaba consiguiendo algo distinto de Marcos, cerró la distancia que los separaba, extendiendo la mano para posarla sobre la nuca del otro. Atrayéndolo hacia él, rodeó su rostro con las manos e hizo que le mirara a los ojos. Quería estar seguro de que entendía lo que tenía que decirle.

—Yo también tengo miedo —declaró, acariciando la mandíbula sin afeitar de Marcos con sus pulgares—. No es un juego para mí. Llevo demasiado tiempo deseando esto. Créeme.

—No pienso que sea un juego para ti, te conozco —contestó Marcos, rodeando firmemente las muñecas de Daniel con sus manos—. Solo va a ser difícil para mí dar

este salto. He estado enamorado de ti tanto tiempo —gruñó con los dientes apretados—. No sé si quiera si ha habido algún momento en que no lo hubiera estado. Pero esto es la realidad, y no puedo evitar desconfiar. Desconozco si voy a ser capaz de ser lo que quieres que sea. Ya no soy ese chico de quince años.

—No quiero al niño de quince años Marcos. Quiero al hombre que eres ahora —afirmó mirándole a los ojos—. Me pediste salir para que pudiéramos conocernos tal cual somos ahora ¿lo recuerdas? —sonrió suavemente—. De cualquier manera el chiquillo que fuiste aún sigue ahí, incluso a veces puedo verlo.

Daniel se inclinó un par de centímetros y rozó los labios de Marcos con suavidad y calor, pasando la lengua por la tierna superficie y alejándose después, dejándole con ganas de más. Cuando se apartó, vio algo más que incertidumbre en los ojos de Marcos y sonrió en respuesta al brillo en las pupilas de su amante. Marcos le devolvió la sonrisa sintiendo por fin, después de tantas horas, algo de la tranquilidad que había perdido el día anterior.

—Yo también puedo ver a veces al chico que me dio mi primer beso —Inclinándose de nuevo, Marcos buscó el hueco entre el cuello y la mandíbula de Daniel, cosquilleando allí con sus labios, sobre la suave piel expuesta. Alargó las manos y las introdujo bajo la camiseta de Daniel, acariciando la tibieza que encontró en sus costados y espalda. La excitación hormigueó en su vientre haciéndole tomar una respiración profunda, pero lo que más necesitaba en ese momento era el contacto cercano y emocional con Daniel. Sin saber muy bien por qué, ya no podía conformarse con nada más que solo sexo. Rodeó apretadamente a su amante y lo acercó a él en un cálido y reconfortante abrazo—. ¿Sabes? A veces soñaba contigo. Todos estos años, de vez en cuando, aparecías en mis sueños, como aquella noche, en la nave.

—Me acuerdo de esa noche —contestó Daniel, apretando su abrazo alrededor de Marcos.

—¡Joder! No puedo creer que en ese entonces fuera tan confiado —Marcos se apartó unos centímetros, buscando la mirada de Daniel—. Esa noche podía haber resultado un desastre total. Si mi hermano y tú no hubierais aparecido, a saber lo que hubiera podido ocurrir. Quiero decir; siempre había sido tan abierto con todo, no había casi nada que me diera miedo, lo ignoraba todo de casi todo en la vida. Y eso es lo que me da miedo ahora —dijo mirándole a los ojos—. Ya no hay nada de ese chico. Después de esa noche todo cambió. Poco a poco he ido creando una especie de coraza con la que me he rodeado y de la que me es muy difícil deshacerme ahora. Incluso Natalia se dio cuenta de ello. Ninguna de mis relaciones ha ido nunca demasiado lejos. Estaba tan a gusto permaneciendo aislado de todo que ni siquiera me daba cuenta de que me estaba quedando solo, perdiéndome tantas cosas...

—¿Qué me quieres decir? —preguntó Daniel alzando una ceja—. ¿Quieres permanecer así? ¿Quieres seguir solo, sin luchar por lo que realmente quieres? El miedo al cambio es lógico, yo también lo tengo. Pero estoy dispuesto a permanecer cerca de ti para ver cómo, poco a poco, consigues lo que te propones —Daniel enterró los dedos en el cabello de Marcos y tiró con firmeza haciendo que su amante fijara los

ojos en él—. Quiero que vuelvas a confiar en mí. Y que me perdones por el daño que haya podido causarte en el pasado. Permíteme que te diga de vez en cuando lo mucho que te quiero, y deja que te lo pueda demostrar con hechos día a día —terminó susurrando sobre sus labios.

—No sé qué decirte —contestó Marcos mirándole a los ojos, casi aguantando la respiración—. ¿Es una especie de declaración?

Daniel sonrió sin poder evitarlo, sabiendo el vértigo que estaba causando al hombre entre sus brazos, con sus palabras.

—Puede.

Marcos tragó saliva con dificultad. Tenía el corazón latiendo en su garganta como si quisiera escapársele por la boca. Sentía una mezcla de pánico y felicidad descontrolada, que hacía que apenas pudiera tener dos pensamientos seguidos con algo de sentido. Se lamió los labios con nerviosismo cuando vio la suave sonrisa de Daniel. Estaba tirándole un anzuelo. Un anzuelo demasiado jugoso como para resistirse, pero aun así, continuaba sintiéndose inseguro con respecto a su relación. ¡Él no era bueno en sus relaciones! Estaba demasiado acostumbrado a la soledad. Era más fácil dejar a los demás fuera, dejarlo todo antes de que el otro tuviera oportunidad de dejarlo a él.

Y entonces aquí estaba Daniel. El hombre al que amaba. El hombre del que siempre había estado enamorado. Iba a ser una caída demasiado dura si no se decidía a hacer las cosas de otra manera. ¿Qué iba a hacer si no funcionaba?

—No sé si seré capaz de hacer esto —declaró con tono derrotista, meneando la cabeza con preocupación—. Yo soy un desastre con mis relaciones. ¡No soy como tú! Nunca hablo de mis sentimientos, me cuesta abrirme y soy más bien arisco y distante cuando se trata de emociones ¿Qué vamos a hacer cuando te canses de eso? ¿O cuando sienta la necesidad de huir porque no sé enfrentar determinadas situaciones? —continuó divagando—. ¡Mírame! Prácticamente te acabas de declarar y aquí estoy cuestionándomelo todo.

—Es cierto —dijo Daniel apartándole unos centímetros—. Estás aquí. Has venido buscándome cuando podías haber esperado a que fuera yo el que regresara. Para mí eso también es una declaración, más aún viniendo de ti.

Marcos se quedó callado con los ojos clavados en los de Daniel, sin ser apenas consciente de la calma que comenzó a invadir su cuerpo y su mente, mientras escuchaba las palabras de Daniel. Tragó saliva sin atreverse casi a respirar y permaneció atento a lo que su amante tenía que decirle.

—No sé cómo va a ser esto, no sé si funcionará o no ¿quién lo sabe? —preguntó encogiéndose de hombros—. Si dices que eres un desastre en las relaciones ¡me

gusta este desastre! Quiero ver lo que resulta de esto. En esta relación no estás solamente tú. Poco a poco voy conociendo cada vez más cosas del Marcos adulto y te puedo asegurar que aun quiero conocer mucho más —Daniel utilizó los pulgares para acariciar la mandíbula de Marcos, haciendo crujir la barba sin afeitar bajo sus dedos—. Confía en mí. Confía en nosotros y danos una oportunidad.

—Me molesta ver lo inseguro que resulto a veces —contestó entre dientes Marcos, mientras sonreía suavemente, como burlándose de sí mismo—. Me dices todo eso solo para dejarme sin argumentos.

Daniel sonrió de vuelta, notando el cambio de actitud de Marcos, satisfecho al darse cuenta de que poco a poco estaba abriéndose ante sus avances.

—¡Joder! Algo tengo que hacer, eres todo negatividad.

Marcos se rio a carcajadas, sintiendo como un gran peso se desprendía de sus hombros. Se acercó a Daniel cerrando la distancia entre los dos, y le besó con la boca abierta, acariciando en interior con su lengua, mordisqueando suavemente sus labios. Se apartó haciendo una parada en la barbilla rasposa de Daniel y cerró los ojos cuando juntó sus frentes, acariciando con sus manos los costados de su amante.

—Está bien. Juego — dijo en un susurro contenido—. Porque creo que no puedo vivir sin ti, y porque estoy seguro que tarde o temprano podré demostrarte lo mucho que te quiero.

Daniel se inclinó sellando su boca con un beso caliente y húmedo. Gruñó sobre sus labios haciendo que cosquillearan, provocando temblores en el resto de su cuerpo.

—Me estoy empezando a dar cuenta que no eres consciente de ello —dijo mientras deslizaba los labios sobre cada superficie al alcance de su boca—, pero hace mucho tiempo que me demuestras lo mucho que te importo, lo mucho que me quieres.

Marcos respiró profundamente, impregnándose del aroma característico de Daniel, mientras dejaba que éste pasara sus labios sobre la piel sensible detrás de su oreja. Recordó entonces cuanto había deseado al Daniel adolescente, lo feliz que había sido la noche en la que le dio su primer beso, y lo que siempre le había amado.

Daniel se dio cuenta de la soñadora sonrisa que se dibujaba en los labios de Marcos y pensó en el tiempo que hacía que no veía algo así.

—¿En qué estás pensando? —preguntó curioso.

Marcos se apartó un poco y rodeó con sus manos la cintura de Daniel, manteniéndole convenientemente cerca.

—Estaba pensando en cuando tenía catorce años y me masturbaba pensando en ti
—contestó con seriedad fingida.

—Bueno, vaya imagen —respondió jugueteón Daniel—. Entonces te diré que yo también hacia lo mismo cuando pensaba en ti.

—¡Eso es mentira! —Le acusó Marcos mientras se reía con incredulidad.

—Es verdad ¡lo juro!

—Me hiciste sufrir demasiado como para que ahora me vengas con estas. ¡Ni siquiera sabías que existía!

—No creas. Era muy consciente de tu existencia —contestó Daniel con un ronroneo bajo.

—Eres un mentiroso —susurró Marcos sobre los labios de Daniel antes de besarle de nuevo.

Cuando se separaron ambos tenían la respiración acelerada y las bocas enrojecidas por la ansiedad de sus besos. Las manos permanecían demasiado ocupadas acariciando y pellizcando cálida piel y su temperatura había subido tanto como para que los dos desearan estar desnudos en ese momento. Daniel apartó el cabello de la frente de Marcos y buscó su mirada antes de hablar.

—Nunca fue mentira —declaró suavemente.

Marcos se mordió los labios, aguantándole la mirada, y se inclinó despacio para besarle de nuevo con calma.

—Te necesito ahora —susurró—. Necesito tenerte ahora.

Daniel gruñó, impulsándose bruscamente para apartarse de la encimera en la que había estado apoyado todo el tiempo.

—Sígueme —dijo mientras le robaba otro beso caliente y hambriento.

Marcos obedeció de inmediato y se movió con la ayuda del tirón que Daniel le dio a su camiseta, antes de emprender la marcha. Ambos salieron, rumbo a la habitación de Daniel, sin dar siquiera un último pensamiento a la cena olvidada sobre el mostrador de la cocina. Marcos tampoco se fijó en la escasa decoración o en lo oscuras que

parecían el resto de habitaciones junto a las que pasaba. Tan solo tenía ojos para la espalda de Daniel y el modo en el que se dibujaban los músculos de ésta bajo la desgastada camiseta.

Cuando entró en el cuarto, iluminado con una tenue luz que desprendían las lámparas a los lados de la amplia cama, dedicó un escaso segundo a echar un vistazo a su alrededor y comprobar que, al igual que el resto de la casa, el dormitorio tenía ese mismo aire de impersonalidad. Enseguida sus ojos siguieron los movimientos de Daniel que en ese momento se estaba desprendiendo de la camiseta, arrojándola al suelo junto con la colcha que había apartado de la cama.

Con solo tres pasos se colocó pegado a su espalda. Respiró profundamente antes de posar sus manos sobre las caderas de su amante y amoldarse con parsimonia sobre la curva superficie de los glúteos de Daniel. Sintió el calor que desprendía el cuerpo entre sus brazos, a través de la ropa que le cubría. Apoyó la barbilla sobre el hombro derecho de Daniel y suspiró cuando le sintió relajarse dentro de su abrazo. Giró la cabeza alcanzando la zona cálida de la curva en su cuello, y besó la piel expuesta provocando una inmediata respuesta en el cuerpo de Daniel, al hacerle estremecer. Besó su mejilla y también su boca cuando Daniel se giró hacia él, buscándolo.

—Te he echado de menos —susurró Daniel entre besos.

—Y yo —contestó apurado Marcos—. Necesito estar dentro de ti hoy.

—¿Quieres estar arriba?

—Sí ¿no te gusta? —Marcos frunció el ceño ligeramente. Él siempre había sido versátil. Le gustaba estar arriba, pero dependiendo de la pareja disfrutaba siendo el de abajo. En su relación con Daniel aún no habían intercambiado los papeles. Le sorprendería saber que su compañero tuviera problemas con eso.

Daniel sonrió seductor y le guiñó un ojo mientras agarraba la mano que vagabundeaba sobre su pecho para introducirla dentro de sus holgados pantalones de estar por casa. El suave elástico no impidió los movimientos de su mano cuando atrapó el duro sexo de Daniel entre sus dedos, acariciando arriba y abajo con suavidad y firmeza.

—Esto es lo poco que me gusta —contestó antes de girarse entre sus brazos para robarle otro caliente beso.

—Ya veo —susurró Marcos junto a sus labios.

—Te necesito con menos ropa —apremió Daniel—. Ayúdame con esto.

Daniel hizo un gesto hacia sus propios pantalones y colaboró cuando Marcos tiró de

ellos para terminar de sacárselos. Se apartó de su caricia inclinándose sobre la cama para arrastrarse hasta el otro lado. Abrió el cajón de la mesilla y sacó el lubricante y los condones para colocarlos más a mano. Antes de poder incorporarse sintió la tibieza del cuerpo desnudo de Marcos sobre él. Gruñó disfrutando de la anticipación que le provocaba el contacto con su amante. Permaneció bocabajo apoyando su pecho sobre la almohada más cercana y extendió las piernas para hacer sitio a Marcos.

—¿Te vas a relajar mientras exploro un rato? —susurró Marcos junto a la nuca de Daniel, antes de dar un suave mordisco en la zona.

—Puedo intentarlo, pero no creo que lo consiga —Daniel extendió la mano hacia atrás para acariciar el costado y las firmes nalgas de Marcos, pellizcando con ganas cuando se estremeció a causa del erótico mordisco.

—Esa es la idea —Marcos apartó la mano de Daniel lejos de él—. Quieto ahí.

Daniel gruñó con frustración al ser apartado, pero enseguida sintió a Marcos moviéndose sobre él. Su dura polla se frotó entre sus nalgas, arriba y abajo con suavidad. El ansia recorrió su cuerpo estremeciéndolo por lo que sabía tenía que venir. Hacía mucho tiempo que no era el pasivo en una relación, pero confiaba en Marcos y sabía que le haría disfrutar el momento con creces.

Sentirse acogido entre las nalgas de Daniel le estaba poniendo en el borde. Se deslizó con cuidado acariciando la cálida piel con su erección, sintiendo los movimientos acompasados de Daniel bajo él. Se inclinó para besar y mordisquear la piel en la espalda y los costados de su amante. Le encantaba sentir el aroma cálido y limpio de Daniel. No se había puesto desodorante después de la ducha y se sintió libre para explorar con la lengua la cavidad en las velludas axilas de Daniel. Encontró una inmediata respuesta en el corcoveo de las caderas debajo de él. Continuó bajando, masajeando con sus fuertes dedos la cálida carne a su paso, sintiendo las ondulaciones en los movimientos de su amante. Pasó una mano por debajo del vientre de Daniel indicándole que alzara las caderas cuando llegó a la altura de sus nalgas. Necesitaba probarle, y sin esperar mucho más, hincó los dientes en la tersa y ligeramente velluda piel. Daniel ayudó elevando las caderas, quedando expuesto por fin a los deseos de Marcos. Inclinó la cabeza y comenzó a besar y lamer la tierna piel, buscando la oscura hendidura que necesitaba preparar.

—¿Lo vas a hacer? —preguntó Daniel conteniendo un jadeo.

—¿Alguna queja? —devolvió Marcos.

—¡Joder! —gruñó como respuesta Daniel.

—Eso pensaba —sonrió con picardía Marcos, antes de bajar la cabeza de nuevo y lamer la piel sensible entre las nalgas de su amante.

Con el pulgar, acarició el músculo fruncido cuando lo encontró suave y relajado por las caricias de su lengua. Gimió haciéndose eco de los jadeos roncós de Daniel y comenzó a penetrar con sus dedos, trabajando la entrada, suave y apretada, preparándola para él. Sintió moverse a Daniel cuando alcanzó su erguida polla para acariciarse a sí mismo. Su mano apretaba firmemente en la base de su miembro para subir después por el tallo, cubriendo la cabeza gruesa y húmeda, friccionando con el pulgar el agujero en la punta. Marcos se distrajo de la tarea observando las maniobras de su amante, y decidió que quería más cuando consiguió dilatar a Daniel con tres de sus dedos.

—Gira sobre tu espalda —gruñó Marcos mientras se movía para hacer sitio a Daniel.

—Si no entras ya, se va a ir todo a la mierda —susurró con los dientes apretados Daniel—. Me estás volviendo loco.

—Aun no, espera un poco —contestó con apremio Marcos, antes de besar la boca abierta de Daniel, arrasando sus labios con lengua y dientes.

Daniel suspiró temblorosamente y se preparó para lo que estaba por venir. Marcos bajó a lo largo de su cuerpo, mordisqueando y lamiendo la salobre piel que encontró a su paso hasta llegar a su lubricado objetivo. El caliente lametazo en la cabeza de su polla le hizo corcovear, apenas sosteniendo el control. Sintió de inmediato cómo la boca de Marcos cubría el capullo bajando por el tallo, a una profundidad increíble para la primera acometida. Alzó la mano buscando el contacto con Marcos y encontró la cálida y húmeda piel de su hombro. Clavó los dedos con ansia y continuó la caricia hasta alcanzar la rasposa mandíbula de Marcos, y subió aún más para poder enredar los dedos en el cabello de su dedicado amante.

—Marcos —susurró con apremio.

Marcos siguió trabajando sobre su duro sexo, golpeando en su garganta un par de veces más, llevándolo a la luna. Cuando se apartó, hilos de saliva unían su boca con su sexo y una mirada hambrienta se clavaba en sus ojos.

—Prepárame —dijo Marcos mientras se erguía de rodillas sobre Daniel, para alcanzar uno de los preservativos en la mesilla y el lubricante. Abrió el paquete y se lo pasó a su amante para que se lo pusiera. Daniel se incorporó lo justo para alcanzar la erguida polla de Marcos y lamerla desde la base hasta la punta. Antes de colocar el preservativo penetró su boca lo más profundo que pudo, gruñendo cuando sintió a Marcos temblar, agarrado a sus hombros. Se apartó con desgana y lubricó a Marcos después de cubrirle.

Tendido de nuevo de espaldas, acogió a Marcos entre sus brazos, y besó su boca con ansias, anticipando la penetración de su cuerpo.

—Te necesito ya —habló sobre sus labios húmedos.

—No quiero hacerte daño —respondió Marcos con aparente calma—. Voy a ir lento.

—Ve rápido o ve lento, ¡pero ve! —gruñó entre risas Daniel.

Marcos le dio una sonora palmada en el muslo y se inclinó por penúltima vez a por un caliente beso.

—Creo que eres demasiado mandón —concluyó Marcos.

Daniel fue a contestar pero se tragó su réplica cuando sintió a Marcos acariciando su polla. Tragó saliva con fuerza y se abrió al toque de su amante. Marcos le masturbó mientras se colocaba entre sus piernas. Levantó su pierna derecha, sujetándole por debajo de la rodilla. Dio un último tirón a su polla y deslizó los dedos por su ingle, acariciando el vello y tanteando la bolsa de sus testículos, los masajeó justos antes de utilizar el pulgar para penetrarlo con suavidad. Sus músculos se abrieron a la intrusión con facilidad. Resbaladizo y cálido, el interior de su cuerpo lo recibió con ansias. Enseguida Marcos sustituyó el dedo por la cabeza roma de su polla lubricada. Ambos contuvieron el aliento con el primer empuje. Daniel agachó la mirada buscando el lugar por el que los dos estaban conectados. Vio como poco a poco el tallo brillante y grueso desaparecía en su interior, en un vaivén acompasado que les hacía estremecer de placer.

Marcos tomó un aliento tembloroso cuando se sintió anclado en lo profundo de Daniel. Agachó la cabeza enterrando el rostro en el hueco entre el hombro y la mejilla de Daniel y tomó aire para darse fuerzas. Besó la húmeda piel que encontró a su paso y se acomodó en su nido, mientras comenzaba un lento movimiento de caderas.

Las acometidas lentas, profundas y cortas hicieron crecer el deseo y la excitación en ambos. Daniel rodeó con sus piernas las caderas de Marcos, sus cuerpos unidos desde las caderas hasta el pecho. Marcos apoyó su peso sobre los codos y se sujetó a los hombros de Daniel con las manos, haciendo fuerza en su agarre para controlar las embestidas. Los gruñidos de ambos se convertían en jadeos que colmaban sus oídos y espoleaban su excitación. Marcos juntó sus frentes sudorosas, buscando algo de control. Giró el rostro y besó la piel húmeda de los párpados de Daniel, bajando hasta encontrar el pómulo y la mandíbula magullada. Acarició suavemente con los labios la zona, susurrando junto a su oído:

—Perdóname—y repitió la caricia con ternura.

Daniel comprendió enseguida el motivo de su disculpa, conmovido, rodeó con sus brazos la cintura de su amante, acariciando el camino hasta llegar a su nuca, para enredar los dedos en sus cabellos húmedos, haciéndole estremecer. Daniel le devolvió los besos, mientras acompasaba las cadenciosas penetraciones de Marcos con los movimientos firmes de sus caderas.

—Todo está bien —dijo Daniel, mirándole a los ojos—. Lo sabes ¿verdad?

Marcos le devolvió la mirada, asintiendo después a la pregunta de Daniel. Cerró los ojos y buscó su boca, deseando las caricias de sus labios y su lengua. Ambos jadearon en busca de aire cuando Marcos embistió profundamente al cambiar de ángulo. Los músculos de Daniel apresaron su miembro, chupándole, como si no quisieran soltarle jamás. Marcos se irguió, apoyando los puños sobre el colchón, se sentó sobre los talones, cambiando la profundidad de sus envites. Daniel alargó la mano hacia él y Marcos la alcanzó llevándosela a la boca para besar su palma. El sencillo gesto dilató las pupilas de Daniel, que le miró con ansia, con deseo de más. Marcos arrastró la mano de Daniel hasta su pecho y colocó la palma sobre el lado izquierdo, para que sintiera el bombeo intenso de su corazón.

—Esto es por ti —susurró mirándole a los ojos.

En ese instante Daniel se impulsó incorporándose, enganchando su brazo alrededor del cuello de Marcos, y alcanzó sus labios, jugosos y húmedos, para besarlos con toda la pasión que sentía por él.

—Te quiero —jadeó sobre su boca, acariciando con su lengua la tierna carne.

La felicidad y el ineludible miedo se mezclaron en el interior de Marcos al escuchar la declaración de Daniel. Cerró los ojos con fuerza, saboreando la dulzura de sus palabras, intentando dejar fuera la incertidumbre del miedo. Respiró profundamente y siguió los movimientos de Daniel, que volvió a tumbarse sobre su espalda atrayéndolo hacia él. Incluyó la cabeza, juntando sus frentes, y miró a los ojos de su amante susurrando junto a la comisura de su boca:

—Cariño... —cerró los ojos, sintiendo la dulzura del momento—. Cariño.

Daniel giró la cabeza y atrapó sus labios con un suspiro, arrasando su boca. Marcos se apartó de él jadeando. Encajó un golpe de sus caderas en las caderas de Daniel haciéndole estremecer.

—Marcos —gruñó—. Ahora. Muévete más ahora.

Marcos sonrió, con los párpados medio caídos por la excitación y resopló al cambiar de postura, afirmando las caderas de Daniel sobre sus muslos.

—Eres demasiado mandón —dijo guiñándole un ojo.

—Eso te gusta —contestó Daniel estirándose unos centímetros para acariciar el vientre de Marcos.

—Me gusta, y esto también —Marcos pasó su brazo bajo la rodilla flexionada de Daniel

y le sujetó abierto para él mientras comenzaba a sacudir sus caderas en un nuevo ángulo, más profundo, acometiendo al compás de sus respiraciones.

—¡Dios! A esto me apunto —gruñó Daniel, al sentir como se iba construyendo su orgasmo.

Marcos acarició con su mano libre el vientre de Daniel hasta llegar a su goteante polla. La sacudió un par de veces entre sus dedos haciendo que el presemen escurriera hasta su ombligo. Apretó los dientes al sentir cómo los músculos que rodeaban su polla pulsaban exprimiéndolo, marcando el camino a la liberación de Daniel.

—Termina, mastúrbate —pidió Marcos entre dientes—. Quiero verlo.

Afianzando su postura Marcos empujó la pierna de Daniel hasta pegarla casi a su pecho. Apoyó su peso en el colchón, sobre la otra mano, y clavó las rodillas para hacer fuerza mientras bombeaba las caderas, clavando su carne en el interior de Daniel. Siguió el ritmo descontrolado que marcaban los dedos de su amante al masturbarse y sintió las pulsaciones en su propia polla cuando Daniel comenzó a correrse. El músculo se cerró apretado a su alrededor, robándole el aliento y hasta la capacidad de pensar en una sola cosa diferente que no fuera el placer que estaba sacudiendo completamente su cuerpo. Soltó la pierna de Daniel para poder sostenerse con ambas manos, mientras alcanzaba su propio orgasmo, sacudida tras sacudida, y gruñía con cada chorro liberado.

Sus brazos temblaban, apenas capaces de sostener ya su propio peso. Aturdido de placer dejó caer la cabeza, apoyando la frente sobre el pecho de Daniel. Sintió los temblores que aún recorrían el cuerpo de su amante, disfrutando los últimos coletazos de su orgasmo. Escuchó la voz de Daniel que hablaba en susurros junto a su mejilla, pero fue incapaz de distinguir algo más que su propio nombre.

Daniel rodeó con sus brazos los hombros de Marcos, atrayéndolo hacia él. Respiró profundamente captando el aroma de sexo y sudor reciente. Se estremeció incontrolablemente al sentir los movimientos de Marcos saliendo de su interior. Los músculos protestaron en una mezcla de placer y dolor y supo que retendría esas sensaciones durante mucho tiempo a lo largo de esa semana. Bajó la vista buscando los ojos de Marcos, el hombre permanecía tumbado sobre su pecho, desmadejado después del esfuerzo. Apartó con sus manos el cabello húmedo pegado a su frente y levantó su rostro adormilado cuando gruñó en respuesta a sus atenciones.

—¿Ha sido demasiado para ti? —preguntó con guasa Daniel.

—Espérame tres segundos y te respondo —contestó antes de besar su boca lenta y suavemente.

Cuando se separaron Marcos se giró sobre un costado para deshacerse del preservativo y Daniel aprovechó para utilizar alguna de las toallitas húmedas que

guardaba en la mesilla. Sintió los brazos de Marcos rodeando su cintura, atrayéndole hacia él y se movió para colocarse de costado, enfrentado a él, para poder mirarle a los ojos. Pasó un brazo por su cintura, acariciando una de sus nalgas, y colocó la rodilla suavemente entre sus cálidos muslos.

—¿Vas a quedarte a dormir? —preguntó Daniel adormilado.

—Sí. Quiero aprovechar estas horas aquí, contigo —contestó Marcos, fascinado por el aleteo de las pestañas de Daniel—. Pero tendré que salir de madrugada. Tengo que llegar temprano a la pastelería. No puedo dejar sola a Rosy.

—De acuerdo. Entonces pondremos esto —Daniel se movió buscando su móvil sobre la mesilla, y preguntó a Marcos la hora para programar su despertador. Cuando apagó las luces, ambos buscaron la postura anterior, acomodándose uno en brazos del otro.

—Me alegro mucho de que hayas venido esta noche —susurró en la oscuridad Daniel.

—Yo también me alegro —contestó acariciando su espalda.

—Te quiero.

Marcos alzó la mirada y vio el rostro de Daniel apenas iluminado por la escasa luz artificial que entraba por la ventana de la habitación.

—¿Me lo vas a decir hasta que te canses? —intentó bromear.

—Te lo voy a decir hasta que me creas —contestó Daniel, acariciando la mejilla de Marcos con su pulgar.

Marcos levantó la mano, agarrando a Daniel por la nuca para atraerle hacia sí, y rozó sus labios con los propios en una caricia tierna y sincera.

—Ya te creo —besó su boca con anhelo—. Ya te creo.

Daniel aceptó el beso de su amante sabiendo que era una declaración de amor en sí mismo. Como la manera en la que Marcos le había tenido esa noche. Rompiendo el beso ambos se acomodaron para dormir, con las respiraciones relajadas y los cuerpos satisfechos. Hasta el día siguiente.

Capítulo Veintitrés

Parecía como si el sol se estuviera poniendo demasiado deprisa en esa tarde de finales de Noviembre. Daniel miró hacia el anaranjado horizonte y después echó un vistazo a la hora en el móvil. Ya eran casi las seis de la tarde, sin darse cuenta el tiempo se le había ido volando. Caminando al lado de Natalia, ambos observaban lo que estaba ocurriendo unos cinco metros delante de ellos. Marcos y Luis habían estado entreteniéndolo al pequeño Diego con juegos y charla infantil hasta que habían optado por lanzarle al aire por turnos, consiguiendo que Diego riera casi histéricamente cada vez que volaba fuera de los brazos de alguno de ellos. La diversión se había acabado cuando Natalia advirtió a los dos hombres que si tenían que ir al hospital esa noche, iba a estar demasiado cabreada como para recordar lazos familiares. Ahora, camino a casa de Natalia y Luis, el entretenimiento consistía en buscar entre las plantas y los árboles junto a los que pasaban, algún tipo de flor o animalillo que resultara lo suficientemente interesante para el niño. Desde la distancia a la que se encontraban podía ver con claridad la graciosa expresión de interés que se dibujaba en el rostro de Diego mientras Luis le aupaba hacia las ramas más bajas de un árbol, en el que Marcos estaba señalando alguna especie de nido.

Ver esa escena le resultó tan entrañable y relajante que incluso le sorprendió. Su vida familiar nunca había sido lo que se diría idílica. Sus padres siempre fueron bastante distantes en su trato del día a día, entre ellos y con él mismo. Se había sorprendido demasiado al enterarse de la existencia de su hermana pequeña, y a menudo pensaba en si sus padres se comportaban de la misma manera con su hermana María que como lo hacían con él cuando era pequeño. Ver la dinámica cálida y acogedora de la familia de Natalia y Luis le hacía sentirse extraño y algo nostálgico. Cosa que no entendía demasiado, pero suponía que era algo normal cuando vives por primera vez algo que nunca has vivido, o sentido, y que sin saberlo siempre has anhelado. Se sentía bien, así, en familia.

En ese momento llevaba las manos ocupadas con toda clase de artilugios necesarios para la salida de un niño pequeño. Una chaqueta extra, una bolsa coloridamente chillona de tela, llena de juguetes interesantes, y un cubo y una pala a juego con un rastrillo de plástico. Natalia, a su lado, también iba bastante cargada, con una bolsa de cambio para bebés y una pequeña nevera portátil donde habían llevado la merienda que habían comido todos en el parque esa tarde.

Marcos había hablado en varias ocasiones con él sobre la forma de ser de su mejor amiga. Parecía como si Natalia fuera alguien tan importante para Marcos como su propio hermano mayor, y cuando hablaba de ella demostraba lo mucho que la admiraba y respetaba. Había tenido sus reservas a la hora de aceptar la invitación que la propia Natalia le había hecho para ir a comer a su casa ese día. No podía negar que le había provocado bastante respeto la idea de conocerla, sobre todo cuando se le ocurría pensar que probablemente él no era santo de su devoción. Estaba claro que Natalia y Marcos habían hablado sobre la relación de ambos y Daniel había temido el momento de enfrentarse a la mujer, tanto como si hubiera tenido que encarar a los propios padres de su novio. Pero lo cierto era que Natalia le había hecho sentir como en casa. La calidez y confianza que desprendía había logrado que se sintiera a gusto y bienvenido desde el primer momento. Natalia tenía un sentido del humor rápido y chispeante y había sido objeto de bromas y chascarrillos durante todo el día, para deleite de todos. A Daniel no le había importado, se había sentido como uno más y

había podido conocer una faceta más de la vida de su amante. Marcos mantenía una relación fraternal con su mejor amiga, de una manera totalmente distinta de la que mantenía con Javier, pero a la vez muy parecida. El sentimiento de hermandad y complicidad entre ellos era grande y fuerte, y Daniel se encontró pensando en lo feliz que le hacía el hecho de saber que Marcos no había estado completamente solo durante todos esos años.

—Le quiero mucho. Él es muy importante para mí. Es mi hermano —La inesperada declaración de Natalia le dejó parado en el sitio. Giró la vista hacia la mujer, sorprendido por la coincidencia entre sus propios pensamientos y las palabras de su acompañante.

—Sé que sois tan cercanos como dos hermanos pueden serlo —Daniel asintió con la cabeza, mientras volvía la vista buscando a Marcos. Fijó la mirada en él, sonriendo al verle entretenido con los juegos infantiles—. Me alegro mucho por eso. Por el hecho de que haya tenido junto a él a alguien tan especial como tú.

—Marcos siempre cuidó de mí. Y yo de él —Natalia enfatizó sus palabras con un tono de advertencia en su voz, clavando los ojos con firmeza en el rostro de Daniel—. No te voy a decir eso de «cómo le hagas sufrir te arranco los huevos», o algo parecido. Pero sí te diré que si le haces daño haré todo lo posible para que se olvide de ti y siga adelante. Aunque ni él mismo se diera cuenta, ha estado esperando por ti demasiado tiempo, y ya es hora de que consiga a alguien que permanezca a su lado y le dé la felicidad que tanto se merece. Seas tú o sea otro, yo estaré allí siempre para apoyarlo. Para mí, lo más importante es él.

Las contundentes palabras de Natalia hicieron mella en el corazón de Daniel. Estaba claro que la mujer defendería con uñas y dientes a Marcos; ambos se querían y respetaban de esa manera especial y recíproca entre ellos, pero sintió la amargura de saber que una persona tan importante en la vida de Marcos pudiera llegar a verle algún día como el enemigo y lograra, de alguna manera, que su amante se olvidara de él.

—Supongo que me merezco esta advertencia —Daniel inclinó la cabeza asintiendo, antes de devolver la mirada a Natalia—. Sabes que en el pasado hice daño a Marcos, aunque nunca fue mi intención. Pero ahora soy un adulto que toma sus propias decisiones, y tengo muy claro lo que quiero. Me alegro que Marcos tenga a alguien como tú en su vida, pero es a él al único al que le tengo que rendir cuentas —Daniel inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió mordiéndose el labio inferior—. Has elegido un buen momento para poner los puntos sobre la íes. Si esto hubiera ocurrido al principio de la tarde, hubiera pensado que no te caigo demasiado bien.

Natalia sostuvo su mirada por un segundo y enseguida apartó los ojos sonriendo de medio lado.

—Oh, no. Tú me caes muy bien —aclaró mientras comenzaba a caminar de nuevo—. Me gustas, y ahora sé por qué Marcos está tan enamorado de ti. Pero eso no quita que te dé una pequeña advertencia ¿no?

—No lo sé. Todo depende de lo dura que vayas a ser de aquí en adelante.

—Pues ya te lo digo yo: Muy dura.

Y con esas palabras y una sonrisa súper deslumbrante, se alejó de él trotando hasta alcanzar al resto del grupo, dejando a Daniel pensando en lo mucho que tendría que trabajar de ahora en adelante para ganarse también el duro, y a la vez esponjoso, corazón de esa mujer.

Tras el corto paseo Marcos y Daniel se despidieron de la familia de Natalia con la promesa de volver a verse la semana siguiente. Había pasado una tarde diferente descubriendo cosas sobre Marcos que no sabía, incluso había descubierto cosas sobre sí mismo que desconocía. O por lo menos cosas que había estado ignorando durante mucho tiempo. Auto engañarse pensando que había cosas en la vida que nunca había deseado o que no le habían interesado se había convertido en una rutina que había interiorizado desde hacía mucho. Llevaba demasiado tiempo solo, viviendo su vida como mejor creía conveniente, convirtiendo su rutina en un esquema de A, B y C. Dormir, trabajar y comer. El trabajo había sido lo más importante para él a lo largo de los últimos años. Su amistad con Javier había sido el faro que iluminaba su camino y le guiaba a la hora de aferrarse a algo remotamente parecido a lo que sería una familia. Y parecía como si eso hubiera sido así durante toda su vida.

De vuelta a casa viajando en el asiento de atrás de la Ducati de Marcos, Daniel se aferraba a los asideros en cada curva, mientras pensaba en los últimos días pasados con el hombre entre sus piernas. La rutina que ambos habían creado en el día a día se había convertido en un bálsamo para el alma enclaustrada de Daniel. Sin darse cuenta había ido dando los pasos que habían hecho que sus prioridades cambiaran radicalmente. A pesar de seguir pendiente de su trabajo, sobre todo sus responsabilidades con respecto al caso de Virginia Gavela, ya no sentía la necesidad de orbitar continuamente entre casos, colmando cada minuto de su día ocupado en lo que pudieran querer o necesitar sus clientes, buscando encontrar cualquier cosa que le apartara del sentimiento de soledad que tan a menudo había acudido a él, inundándole de pesar.

Pero ahora su mente ya no estaba en eso.

Su relación con Marcos estaba, sin lugar a dudas, en el primer puesto de su lista de prioridades. Se había hecho la promesa de conseguir que su amante volviera a confiar en él, en la relación que ambos estaban construyendo poco a poco. A pesar de las sombras y las dudas que aún veía reflejadas en el rostro de Marcos, tenía la esperanza de haber conseguido, por fin, penetrar todas las capas de protección que hasta ahora había estado utilizando para salvaguardar sus sentimientos.

Había procurado pasar el mayor tiempo posible junto a él, cada minuto libre de su día era como un pequeño tesoro que valoraba por encima de todo sabiendo que,

inevitablemente, pronto estallaría su burbuja de calma y tranquilidad y tendría que volver a Madrid definitivamente para ocuparse de todo lo que estaba por venirle encima con el caso Gavela.

Marcos parecía como si hubiera aceptado la situación como algo temporal. Después del tiempo que había pasado junto a él se había dado cuenta que aunque el chiquillo de quince años confiado, dulce, generoso y lleno de amor que había conocido en el pasado aún seguía ahí, también existía el hombre que había aprendido que la soledad era amarga y fría pero impedía que el dolor llegara demasiado profundo en el alma, que nada penetrara lo suficiente como para hacer daño.

Cuando Marcos redujo la velocidad y dejó que Daniel bajara de la moto antes de abrir la puerta del garaje para introducir el vehículo dentro, pensó en si verdaderamente había conseguido algún progreso hacia el corazón del hombre del que estaba enamorado. Metió la mano en el bolsillo de su cazadora y sacó las llaves de la casa de Marcos. Sopesó las piezas metálicas entre sus dedos e intentó no pensar más allá del significado que representaba el que, desde hacía varios días, Marcos le hubiera confiado un juego de llaves de su casa.

Sin que hubiera habido un acuerdo previo ambos habían asumido la rutina diaria común con bastante naturalidad. Daniel dormía todas las noches en casa de Marcos, salvo las veces que por cuestiones de trabajo tenía que permanecer en Madrid más de una noche seguida. Marcos había aceptado la invasión de su espacio personal con una generosidad que había sorprendido a Daniel. Si bien Marcos era un hombre demasiado reservado con sus sentimientos y emociones, con Daniel había compartido sin problema ninguno todo, cualquier cosa, que quedara fuera de ese ámbito.

Aunque después de todo no tenía derecho a quejarse. Marcos rara vez expresaba verbalmente sus sentimientos, nunca hablaba de cómo se sentía si no era que Daniel le preguntara expresamente sobre ello, pero él era consciente de la emociones que bullían en el interior de su amante.

Una mirada, un gesto, una caricia. Daniel absorbía cada señal que Marcos le brindaba cuando quería mostrar sus sentimientos, incluso cuando ni él mismo era consciente de que lo estaba haciendo. Como cuando le había entregado las llaves de su casa sin pedírselo. O la manera que tenía de enroscarse a su alrededor cuando se abrazaba a él por la espalda para quedarse dormido después de haber hecho el amor.

Daniel sabía que no las tenía todas consigo con respecto a su relación con Marcos, pero ya había esperado demasiados años para conseguir lo que realmente quería de la vida. Y lo que quería era a Marcos. Así de simple.

Mientras entraban en la casa y charlaban sobre el día que habían pasado con la Familia de Natalia, Daniel condujo a Marcos hasta la cocina y le instó a que tomara asiento mientras buscaba algo de vino tinto. Sirvió dos copas y comenzó a organizarse para preparar la cena. Esta era una de las pequeñas rutinas que ambos habían compartido durante los últimos días. En la tranquilidad de la cocina, con el olor y el

ambiente cálido que ascendía de los fogones mientras uno de los dos cocinaba, acompañaban la charla con vino, besos y caricias, que inevitablemente terminaban en el dormitorio, con los dos enredados entre las cálidas sábanas mientras hacían el amor. Y esa noche no fue diferente.

Apenas sin pararse a terminar de cenar Marcos arrastró a Daniel hacia el dormitorio y sirvió el postre como solo él era capaz de hacerlo. De una manera tácita ambos sabían que Marcos era un hombre al que le costaba expresar sus emociones, que guardaba todo bajo cien candados y solo dejaba salir una pequeña parte de lo que realmente sentía. Pero aun así Daniel disfrutaba de los momentos en los que Marcos compartía con él sus caricias, sus besos, su pasión, porque sabía que ese era el modo en el que su amante daba parte de sí mismo, queriendo mostrar, sin palabras, lo que sentía cuando estaban juntos. En esos momentos Daniel solo tenía que abrir sus brazos y dejarse llevar por las emociones que se dibujaban en cada gesto, en cada movimiento, en cada investida que le regalaba Marcos. Aún con la sombra que de vez en cuando rozaba su mente y le obligaba a cuestionarse la capacidad de Marcos para aceptar su amor, su compromiso, su fe en ellos, Daniel tomaba fuerzas de cada uno de los momentos que compartía con Marcos y que le hacían pensar que realmente podían tener un futuro juntos.

Con la piel húmeda y acalorada por el esfuerzo reciente, Daniel sintió un escalofrío cuando el aire fresco que entró en el cuarto llegó hasta él. Marcos le había dejado recuperándose de su sesión de sexo cuando escuchó el timbre de su móvil en la cocina. Removiéndose perezosamente sacó las sábanas arrugadas de debajo de su cuerpo y se cubrió descuidadamente, aún con los coletazos del placer recorriendo su sistema. Acalorado se acomodó sobre la almohada colocando su antebrazo sobre la frente, y respiró profundamente, intentando llenar sus pulmones con algo de oxígeno que le diera fuerzas para, por lo menos, abrir los párpados. A lo lejos escuchó la voz de Marcos hablando con alguien y después de medio minuto se dio cuenta que era Javier con el que su amante estaba hablando. Medio consciente, medio inconsciente pensó en que hacía varios días que no hablaba con su amigo, y de que ya era hora de que cogiera el móvil para saber realmente cómo se encontraba el hombre.

Sin saber muy bien cuánto tiempo había pasado, parpadeó adormilado al escuchar los pasos sordos de los pies descalzos de Marcos acercándose al dormitorio, Abrió los ojos completamente justo en el momento en el que su amante atravesaba la puerta de la habitación llevando tan solo el móvil en su mano. Bebió la imagen de su cuerpo desnudo, gravando sin darse cuenta los matices de sus movimientos, de su piel, su color, sus ojos. Tragó saliva y respiró profundamente sintiendo en su pecho el placer de saber que ahora, por lo menos ahora, Marcos estaba con él, a su lado. Lo suficientemente comprometido como para abrirse a él; no solo su casa, o su espacio, sino también su cuerpo. Y cruzó los dedos con la esperanza de que en ese saco estuvieran también sus emociones y sus sentimientos hacia él.

En cualquier casa Daniel estiró su brazo ofreciéndole la mano a Marcos para que se acercara a él, Con el contacto inmediato Daniel tiró de él, haciendo que perdiera el equilibrio y terminara sentado a su lado, pegado a su cadera. Entonces recibió la más brillante de las sonrisas cuando Marcos le miró a los ojos y se mordió el labio inferior, arqueando sutilmente una de sus cejas.

—Pareces agotado.

—No te creas —negó con la boca pequeña Daniel.

—Me encanta cuando te haces el duro —bromeó Marcos.

—A mí también —Daniel sonrió tirando de Marcos agarrándole por la nuca y se elevó hasta encontrar los labios de su amante para un beso caliente, de labios húmedos y lenguas juguetonas. Separándose, lamió sus labios buscando el sabor de Marcos y entonces bajó los ojos hacia el móvil en la mano del otro—. ¿Era Javi?

Marcos lamió también sus labios y asintió como respuesta a la pregunta de Daniel.

—Esta tarde le dejé un mensaje, necesitaba hablar con él.

La voz de Marcos cobró un matiz de seriedad que hizo que los nervios de Daniel se pusieran en alerta.

—¿Qué es? —preguntó Daniel con el ceño fruncido, pensando que solo había una cosa que podría poner esa preocupación en los ojos de Marcos.

—No quise decírtelo antes, no era el momento —Marcos bajó la vista a sus manos que jugueteaban distraídamente con el móvil entre sus dedos, y por un segundo se perdió para Daniel, como si estuviera analizando lo que fuera que rondaba su mente en ese momento. Esperó con paciencia a que su amante volviera a hablar—. Hoy por la mañana hablé con el Inspector Aguilar. Ha resultado ser un hombre bastante amable ¿sabes? Quería comentar algunas novedades con respecto al incendio y al caso de Francisco.

Daniel mantenía el ceño fruncido, atento a cualquier signo de malestar en Marcos que pudiera indicar que algo malo hubiera ocurrido. Estiró la mano buscando contacto con él y rodeó con sus dedos la ancha muñeca de Marcos, acariciando con su pulgar la suave piel donde latía el suave pulso del hombre.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Hay noticias sobre Francisco?

Incluso antes de que terminara la pregunta Marcos negaba con la cabeza, dando a entender que no era nada de eso. Levantó los ojos hacia Daniel buscando su mirada, y se encogió de hombros antes de hablar.

—No. Al parecer la mierda sigue igual. Sus investigaciones no han llevado a ningún sitio y parece como si Francisco hubiera desaparecido del mapa. Nadie le ha vuelto a

ver desde la noche antes del incendio y ni siquiera la pista de los prestamistas ha dado nada de información relevante.

—Joder, eso es una mierda. ¿Quién iba a decir que Francisco iba a ser capaz de quitarse del medio con tanta facilidad? —Daniel clavó una mirada pensativa en Marcos y frunció más aún el ceño—. ¿Tú qué piensas?

—¡Mierda, no sé! —Marcos suspiró con cansancio y se rascó la nuca nerviosamente antes de chascar la lengua—. ¿Ese hijo de puta ha sido capaz de desaparecer y salirse con la suya? No sé por qué, pero dudo mucho eso. Pero si tengo que creer al Inspector ninguno de sus amigos sabe nada de él. Sé a ciencia cierta que no tenía nada de pasta para cubrir sus espaldas, ¡joder! ¡todo este lío fue precisamente por eso! Y no creo que sea capaz de hacer la o con un canuto por su cuenta. Siempre ha sido un parásito que vivía del cuento a costa de su mujer y sus hijos. Es un trozo de mierda completo que lo único bueno que puede hacer es morir y pudrirse directamente donde haya caído completamente etilizado y dejar de existir de una vez por todas.

La respiración de Marcos se había alterado y su voz un tanto más ronca de lo normal. Sus fosas nasales estaban dilatadas y sus ojos brillaban con una pátina sutil de dolor que rompió el corazón de Daniel. Todo el drama vivido en los últimos días estaba ahí, precisamente en la superficie, expuesto sin que Marcos pudiera hacer nada al respecto. Daniel había espera que en un momento u otro su amante hablara de nuevo con él del tema, pero no había querido forzar nada. Había pasado por esto hacía años con Javier y sabía que las cosas como esas eran difíciles de asimilar. Llegaría el momento de explosión, llegaría el momento de los porqués, de las justificaciones, la culpabilidad... La absolución. Y esperaba estar ahí para Marcos cuando llegara ese momento.

En ese instante se conformó con dejar que el dolor fluyera hacia fuera, ayudando a que algo de la tensión acumulada abandonara el cuerpo de Marcos, permitiéndole respirar un poco mejor. Aunque lo peor, sabía, estaba por llegar.

—Entonces ¿qué crees que ha ocurrido? —Daniel continuó con su caricia en la muñeca de Marcos, intentando tranquilizar su espíritu.

—Es un hijo de puta con suerte. Probablemente ha encontrado algún incauto que le esté sacando las castañas del fuego hasta que todo se calme —suspiró derrotado mientras negaba con la cabeza gacha, sus ojos estrechándose—. No sé realmente. Espero que por lo menos esté sufriendo de algún modo.

El negativo deseo de Marcos sonó desesperado en los oídos de Daniel, y comprendió de una manera básica, que su amante necesitara ese pobre consuelo para aplacar la rabia y el dolor que, sabía, estaba sufriendo.

Apretó con sus dedos alrededor de la muñeca de Marcos llamando su atención, consiguiendo de inmediato que sus ojos se encontraran, y entonces alzó su mano libre

para pasar los dedos por la frente y el ceño fruncido de preocupación, alisando la piel, intentando borrar el gesto. Delineó el pómulo marcado de su amante y bajó acariciando la mejilla rasposa hasta el carnoso labio inferior. Todo el recorrido haciendo magia en Marcos, llevando toda su atención hasta él y el amor y la comprensión que podía ver dibujados en su mirada.

Marcos dejó escapar un suspiro largo y cansado mientras alcanzaba la mano fuerte y protectora que le había hecho volver a sus sentidos, y buscó el centro de la palma con sus labios para sellar con un beso el agradecimiento y el amor que era incapaz de poner en palabras.

—No quiero seguir hablando de esto —susurró Marcos con los ojos cerrados.

—Está bien. Ven aquí —Daniel se incorporó tensando los músculos de su abdomen y atrajo con firmeza la boca carnosa de su amante hacia su boca, besando y chupando, mientras volvía a tumbarse sobre su espalda, arrastrando consigo el cuerpo dócil de Marcos.

Marcos gimió con satisfacción arrasado por las sensaciones placenteras que recibía de las caricias de Daniel. Con las manos sobre el pecho debajo de él, frotó sus labios sobre la boca hambrienta de Daniel, tomando después aliento mientras descansaba su frente sobre la del otro hombre.

—No sé qué voy a hacer... —dijo en voz baja, con los ojos fuertemente cerrados, compartiendo su respiración con la de Daniel—, cuando me dejes...

En el tiempo que trascurrió entre un latido y otro Marcos percibió el cambio brusco que se produjo en Daniel. Su cuerpo se tensó y dejó de respirar, hasta que el aliento explotó contra los labios de Marcos, mientras el latido del corazón bajo las palmas de sus manos se redobló, atronando en el pecho de Daniel.

Entonces supo que había cometido alguna clase de error.

Marcos se sorprendió cuando Daniel apartó las manos de su cuerpo y se empujó hacia delante, incorporándose en la cama. Quedó sentado sobre sus piernas con las sábanas enredadas a su alrededor mientras Daniel clavaba una mirada de desesperación en él.

Su respiración quedó atascada en su pecho por un eterno segundo cuando se dio cuenta que nunca había visto esa clase de sentimiento dibujado en el rostro de su amante. Paralizado por el temor y la incertidumbre, se tensó al escuchar a Daniel tomar aliento antes de hablar.

—No me crees. Sigues sin creerme. Finges que sí, pero en el fondo estás contando los días que faltan para que te abandone ¿no es cierto?

Las palabras contenidas de Daniel sacudieron a Marcos como si le hubieran martilleado el cráneo a conciencia. La voz grave y tranquila llegó hondo en su pecho, en su mente, calando hasta en sus huesos, más que si le hubiera gritado algún reproche en un arrebatado de decepción.

—No es eso lo que quise decir —atinó a contestar Marcos, sus palabras sonando como débiles excusas incluso en sus propios oídos.

—Lo sé, no creas que no lo sé Marcos, pero eso es lo que realmente estás sintiendo ¿no es cierto? Todo este tiempo.

Daniel frunció el ceño como si estuviera rememorando los días pasados de las últimas semanas. Sus ojos brillantes barrieron sobre el rostro el cuerpo de Marcos haciéndole estremecer al sentir el golpe de la decepción en aquella mirada. Entonces sintió el temor al ver que probablemente tenía ante sí lo que había estado esperando durante todas esas semanas.

Daniel iba a tirar la toalla con él. No iba a esperar más una reacción de su parte que nunca llegaría, se había dado cuenta por fin que no merecía la pena luchar por algo de lo que después iba a arrepentirse.

Entonces, viendo como los hombros de Daniel se hundían poco a poco y un gesto de resignación y tristeza se instalaba en sus facciones, Marcos tomó aliento y apretó los puños temblorosos sobre su regazo. ¡Tenía que hablar con él! Decirle que estaba equivocado, hablarle de lo mucho que le amaba, lo importante que era para él. Pedirle perdón por no saber hacer las cosas bien y causarle un dolor que no se merecía. Decirle que le necesitaba. Decirle que le quería junto a él, que no quería que se marchara nunca y le dejara solo.

Decirle solo que le quería.

Pero nada de eso salió de sus labios.

—Estás equivocado.

Escuchar su propia voz trémula le dejó paralizado.

Con los dientes apretados hizo el mayor esfuerzo posible por evitar que Daniel notara el estremecimiento que empezó a recorrer su cuerpo. Tomando una respiración temblorosa buscó en su mente cualquier cosa que pudiera servir para hacer que la tristeza que estaba ensombreciendo las facciones de Daniel desaparecieran de inmediato.

Entonces Daniel se levantó de la cama dejando que las sábanas se deslizaran por su

cuerpo desnudo, y caminó dándole la espalda hasta el montón de ropa que ambos habían descartado horas antes en el suelo del cuarto. Inclínándose encontró algo que ponerse, y con ello de la mano se giró para encarar a Marcos.

—No voy a forzarte a hacer o decir algo que no estás preparado para ofrecer —La voz clara y ronca, rompiendo el espeso silencio—. Ya no voy a jugar más a la carrera contrarreloj, calculando el tiempo que nos queda para ver si consigo arrancarte algún tipo de promesa o sentimiento. Pero no creo que pueda volver a aguantar que me tires otra vez a la cara lo poco que confías en mis sentimientos hacia ti. Te quería cuando era apenas un mocoso que no sabía nada de la vida, y te quiero ahora que soy un adulto en todos mis sentidos. Puedes hacer lo que quieras con eso.

Marcos escuchó las palabras de Daniel como si estuviera aislado dentro de una burbuja. La sangre palpitaba en sus oídos haciendo que un sordo rumor embozara todos los sonidos a su alrededor. Su corazón atronó en su pecho y un frío paralizante cubrió su cuerpo impidiéndole moverse y reaccionar cuando vio a Daniel salir del cuarto y cerrar la puerta tras él, con calma.

Tragó saliva en seco con la vista clavada en la puerta de su cuarto. Aguantó la respiración esperando escuchar algún otro sonido: pasos, el tintineo de unas llaves, otras puertas abriéndose y cerrándose.

Nada.

El alivio de saber que Daniel no se había apartado de él completamente, le provocó una especie de mareo que no ayudó a disipar el pesado embotamiento en el que parecía estar sumido repentinamente. Un dolor agudo comenzó a arder en su garganta, como si algo estuviera constriñendo sus cuerdas vocales, o lo que fuera. Con nerviosismo carraspeó un par de veces intentando que la molestia desapareciera, sin éxito.

Marcos estaba tan confundido que transcurrieron un par de minutos hasta que si quiera consideró la posibilidad de levantarse y salir corriendo detrás de Daniel. Entonces sintió como una risa nerviosa comenzó a burbujear en su pecho hasta que emergió como una explosión seca resonando en sus oídos.

Lo que tanto había temido durante las últimas semanas estaba ocurriendo por fin, sin embargo nada de eso tenía ni pizca de gracia. El dolor en su garganta persistía y se agudizaba cada vez que intentaba respirar. Mirando a su alrededor fue consciente de que tan solo una ligera sábana sobre su regazo cubría su desnudez. Entonces fue como si sus otros sentidos cobraran vida y su cuerpo comenzó a temblar por el repentino frío que sintió en su piel.

Dejándose caer sobre la cama de costado, apoyó la cabeza en la pila de almohadas desperdigadas y tiró de la sábana cubriéndose hasta el mentón. Y en ese momento su sentido del olfato cobró vida también, activándose con el olor que desprendía la ropa

de cama impregnada con el perfume de Daniel.

Cerró los ojos y respiró profundamente.

¿Por qué había sido tan estúpido? Aún lo seguía siendo, porque en vez de levantarse de la cama e ir donde fuera que estuviera Daniel para hablar con él, estaba hecho un ovillo debajo de las sábanas, intentando respirar sin que el dolor en su garganta llegara a sus pulmones y a su pecho. Y estaba costando demasiado esfuerzo.

Cerró los ojos con fuerza enterrando la cara en la almohada, intentando contener las ganas de gritar con rabia su frustración. Sus hombros temblaron cuando comenzó a reírse sin sentido, su cuerpo intentando desprenderse de toda la tensión acumulada. Medio minuto después giró sobre la cama y quedó tendido sobre su espalda con las extremidades en cruz y la mirada perdida en el blanco techo del cuarto. Respiró profundamente y lo intentó de nuevo al comprobar que la primera vez no había ayudado demasiado con el dolor en su pecho.

Durante las últimas semanas Marcos se había convencido que lo estaba haciendo bien. Había sido muy fácil involucrarse en una rutina de pareja con Daniel, compartir cada momento posible con él; entregarle una copia de las llaves de su casa había sido tan natural que ni siquiera se había planteado si era demasiado pronto o no. En lo único que había pensado había sido en tener al hombre lo más cerca posible, el mayor tiempo posible.

En una parte muy profunda de su mente sabía que su dificultad para expresar sus sentimientos y asumir lo que estaba ocurriendo entre Daniel y él era, quizás, la última gran excusa que su corazón utilizaba para protegerse así mismo. Su mente jugaba con la idea de que si no dejaba escapar de sus labios las palabras, «te quiero», «te amo», «te necesito», cuando llegara la hora en la que Daniel le dejara, sería más fácil para él hacerse a la idea de que la cosa no había sido tan importante, que su corazón no se rompería de dolor y que no sería tan duro volver a acostumbrarse a su habitual soledad. No había podido evitar amar cada vez más Daniel. Algunas mañanas se había despertado demasiado temprano, incluso para él, y había permanecido largos minutos observando el sueño de su amante, ensimismado, disfrutando del sentimiento de absurda posesión y calidez que sentía cada vez que lo miraba. Daniel se había esforzado tanto por él, por su relación, durante tanto tiempo, que el corazón le dolía solo de pensarlo. De pensar que en el fondo él no se lo merecía.

Y ahí estaba el verdadero problema.

Marcos no se merecía el amor de Daniel.

Gruñendo por la frustración levantó el puño y golpeó su frente intentando sacar ese pensamiento de su cabeza.

¡Estaba tan lleno de mierda autocompasiva!

No podía creer si quiera que esa idea hubiera tomado forma en su mente. Que tan solo con haberlo pensado se hubiera clavado como un aguijón en su corazón, tan profundo como para hacerle sangrar.

Necesitaba poner orden urgentemente en su vida. Necesitaba volver a tener las riendas de sus emociones controladas, sabiendo dónde iba a ir, lo que necesitaba y qué hacer para conseguirlo. El hombre que amaba estaba al otro lado de la puerta, probablemente preguntándose qué más hacer para conseguir que él sacara la cabeza del agujero en el que la tenía enterrada y él estaba tan paralizado por sus sentimientos que no sabía ni qué hacer a continuación.

Marcos estaba en modo instintivo. Sabía por experiencia que el ser abandonado no era algo que quisiera volver a vivir. Ni siquiera cuando uno mismo tiene la culpa de ese abandono. Años atrás su relación con Andrés se había desarrollado a través del tiempo de forma tranquila y sin sobresaltos, su relación había sido como una balsa de aceite, sin perturbaciones, sin nada que la alterase. Andrés había sido amable y protector con él. Había entendido su forma de ser y, aunque él nunca había abierto completamente su corazón al hombre, él conocía cómo había sido su vida antes de estar juntos. Marcos en ese entonces pensaba que su pareja estaba conforme con cómo eran las cosas entre ellos. Aunque él no fuera demasiado expresivo, aunque nunca hiciera demostraciones más allá de las físicas de lo que sentía por su amante.

Y había estado tan equivocado.

Andrés se cansó de esperar algún tipo de reacción por su parte. No hubo discusiones fuertes, ni reproches desmesurados llenos de acritud. De un día para otro su amante desapareció, tan solo lamentándose por lo que podía haber sido si él hubiera puesto algo más de su parte, si le hubiera dado a Andrés lo que el hombre estaba buscando. El problema era que él había perdido la capacidad de hacer tales cosas. El dolor, el temor, la decepción se habían convertido en un candado tras otro con los que Marcos había guardado a buen recaudo su corazón y sus emociones más profundas. Y hasta ahora, no sabía cómo deshacerse de ellos.

El abandono de Andrés había sido un duro golpe para él. Aunque el hombre nunca lo hubiese sabido a ciencia cierta Andrés había significado mucho para él, y siempre estaría arrepentido de no haber sido capaz de hablar con él de sus sentimientos.

Pero Marcos sospechaba que la pérdida de Daniel iba a resultar devastadora para él.

Y no tenía la más mínima idea de cómo hacer para arrancar a su lengua y a su corazón las palabras necesarias para hacer que Daniel permaneciera a su lado, sin hacer que el grueso muro con el que se protegía, se derrumbase dejándolo completamente indefenso.

Marcos abrió los ojos en la completa oscuridad. Enfocando encontró los números luminosos del despertador encima de la mesilla de noche. Las cinco y dos minutos de la mañana. Debía de haberse quedado dormido sin darse cuenta en algún momento de la noche. Frunció el ceño preocupado. A primera hora de la noche las luces del cuarto habían estado prendidas. Suspiró al darse cuenta que probablemente Daniel se había encargado de apagarlas en algún momento de la madrugada. Juró en voz baja cuando se imaginó que había perdido una buena oportunidad de hablar con él. Cerró los ojos deseando que Daniel siguiera aún en su casa.

Entonces escuchó en el salón una voz extraña, y supo que eso era lo que le había despertado de su sueño intranquilo.

Una voz de mujer.

Como un resorte se incorporó en la cama apartando las sábanas de su cuerpo y encendió la luz para buscar en alguna parte alguna prenda de vestir con la que cubrirse. Apretando los dientes sintió cómo su corazón se aceleraba, bombeando sangre hasta que notó los latidos resonando en sus oídos. Algo malo estaba pasando, su cabeza se llenó de posibilidades nada halagüeñas y temió que lo que había estado esperando todas esas semanas por fin hubiera ocurrido. Caminando hacia el salón, donde se podía ver la luz encendida, escuchó a Daniel hablar en voz baja en respuesta a una pregunta de la mujer, a la que ahora sí, puso nombre.

Cuando llegó al salón lo primero que vio fue a Virginia Gavela sentada en su sofá. De un vistazo analizó su tensa postura, con los hombros encorvados y las manos unidas, atrapadas entre sus rodillas, como si intentara darse calor. Llevaba puesto un jersey grueso claro de cuello alto y unos vaqueros sencillos. Las botas fuertes de suela gruesa y el cabello sujeto en una coleta en la nuca eran un complemento perfecto para la austera imagen que presentaba en ese momento. Muy alejada de su habitual forma de vestir.

Al verle aparecer en el dintel de la puerta, Virginia giró el rostro hacia él y Marcos comprobó que su nueva imagen no incluía maquillaje, y sí un par de oscuras ojeras que aumentaban su aspecto vulnerable.

—Hola —saludó Virginia con aire intranquilo.

—¿Qué ha ocurrido? —respondió directamente Marcos, ignorando el saludo sin contemplaciones. Apartó los ojos de Virginia y encontró la mirada de Daniel al otro lado del salón, mientras éste hablaba por teléfono, en un tenso susurro. La tensión y la preocupación marcaban los rasgos y gestos de Daniel, pero lo que más llamó su atención fueron los oscuros círculos bajo sus ojos. Apretó las mandíbulas con nerviosismo. Necesitaba hablar con Daniel y saber si aún seguía enfadado con él. Una simple disculpa no parecía suficiente para poder solucionar las cosas. Sobre todo ahora, cuando parecía que todo se había escapado de sus manos.

Al mirar alrededor vio que Virginia estaba sentada sobre un revoltijo de sábanas. El lugar donde Daniel había pasado la noche, y no a su lado. Entonces se dio cuenta de la mirada inquisitiva que Virginia tenía sobre él y frunció el ceño sin darse cuenta. La mujer siempre le había provocado sentimientos encontrados y no se sentía cómodo teniéndola en su casa cuando lo único que quería era estar a solas con Daniel. Pero por lo poco que sabía, probablemente, las cosas estaban demasiado mal como para que él se pusiera tiquismiquis con sus preferencias. De cualquier manera sería educado, aunque la situación no le hiciera ni pizca de gracia.

Sin darle ni siquiera un aviso Virginia apuntó directamente en la diana cuando volvió a hablar.

—¿Os habéis peleado? —preguntó extrañamente clamada.

—No —disparó Marcos como respuesta—. ¿Con quién está hablando? —quiso desviar la atención sobre él.

—Con la Fiscalía Anticorrupción.

Virginia respondió con gesto serio; los ojos demasiado amplios, la boca tensa y la mirada dura, como si estuviera preparándose para enfrentarse al mayor reto de su vida.

—¿Te pidió Daniel que vinieras? —Marcos tenía curiosidad por saber qué era lo que estaba ocurriendo.

—No, vine yo a buscarle hace unos minutos —Virginia ladeó la cabeza y se encogió de hombros—. La UDEF acaba de intervenir el ayuntamiento.

—Marcos. Ven conmigo, por favor.

Aún impresionado por lo que acababa de decir Virginia, Marcos se giró sorprendido al escuchar la firme voz de Daniel a sus espaldas. Sin darle oportunidad a responder Daniel salió del salón con paso decidido, entonces Marcos reaccionó al verle desaparecer de su vista y le siguió por el pasillo hasta el dormitorio. Llegó a tiempo para verle arrojar su móvil sobre la cama desecha, y dirigirse al armario para sacar la mochila negra que él utilizaba para llevar su ropa cuando se quedaba a dormir en casa.

Tragando en seco, sabiendo lo que eso significaba, Marcos entró a la habitación y cerró la puerta tras de sí, mientras observaba a Daniel hacer la maleta.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Por qué está la UDEF en el Ayuntamiento?
—Completamente tenso, fue lo primero que se le ocurrió preguntar.

Daniel terminó de meter sus pertenencias en la mochila y cerró la cremallera con un rápido movimiento de la muñeca antes de incorporarse para contestar.

—Tengo que salir ahora para Madrid. Como te ha dicho Virginia la UDEF está haciendo un registro del Ayuntamiento. Ya ha habido varias detenciones, y la cosa no es solo aquí. Varios Ayuntamientos están siendo intervenidos de forma simultánea. No puedo contarte mucho más, aunque esto que te estoy diciendo no es nada que no vayas a ver en las noticias dentro de unas horas —se encogió de hombros resignado—. Virginia es la principal testigo que tiene la Fiscalía para montar el caso, ha estado colaborando durante meses con ellos. Es por eso por lo que vine aquí. La fiscal Solís me pidió apoyo, sabía que yo era de la zona, y necesitaba a alguien que estuviera junto a Virginia para que no se derrumbara. Ahora tengo que llevármela, la fiscal la necesita allí. Todo esto solo acaba de empezar y Virginia se ha convertido de la noche a la mañana en el enemigo de muchas personas influyentes. No va a ser fácil para ella.

—¿Vas a ser su abogado? —preguntó Marcos, intentado asimilar todo lo que le estaba contando Daniel.

—No me lo ha pedido, pero si lo hace, estaré a su lado. Ha hecho algo muy difícil que va a tener un gran costo para ella, es de admirar tan solo por eso —contestó Daniel con sinceridad.

La lealtad de Daniel era un rasgo predominante de su personalidad que le hacía ser como era. La tranquila declaración de intenciones provocó en él una cálida sensación de seguridad. Daniel era una persona fiel y confiable, y Marcos sabía con certeza que todas esas cualidades que daba sin condiciones a cualquiera que estuviera cerca de su radio de familiaridad, también las estaba recibiendo él, con creces.

El malestar con el que se había despertado en la madrugada, al no encontrar a Daniel durmiendo a su lado, tomó un cariz diferente en su cabeza. Sabía que Daniel le amaba y que había estado entregando cada gramo de sí mismo a Marcos para demostrarle que podía contar con él y que siempre estaría a su lado. Aun así su subconsciente le había jugado una mala pasada la noche anterior. El irracional temor que todavía persistía en su mente y corazón, le había arrebatado la oportunidad de disfrutar de la última noche que pasaría junto a Daniel en mucho tiempo, si las cosas resultaban ser tan negras como acababa de decirle. Esa sola idea le llenó de enfado y rabia contra sí mismo. Le hubiera gustado hacerle entender a Daniel que le amaba, incluso cuando era prácticamente incapaz de verbalizarlo. Había hecho todos los posibles para demostrarle su amor de cualquier otra manera. Compartir su casa y su cama con él había sido solo el principio. Pero él mismo se seguía poniendo trabas e inconscientemente había estado esperando el momento en el que Daniel se marchara de su lado, física y emocionalmente. Había sentido tanto temor al pensar en darse por completo en esta relación, que había habido noches en las que despertaba sobresaltado, intranquilo, sin saber por qué sentía una especie de angustia que le oprimía el pecho y le impedía respirar con normalidad. Cuando se giraba para observar a Daniel dormir, no podía evitar sentir una mezcla de emociones contrapuestas que le obligaban a ser cauteloso con sus sentimientos, resguardándose lo más posible sin exponerse, para intentar protegerse del dolor que sabía que sentiría si el hombre que dormía junto a él desapareciera algún día de su lado.

Había estado demasiado cómodo viviendo en con su soledad durante los últimos años, y ahora que conocía la luz y el calor de lo que significaba recibir la clase de amor que le estaba entregando Daniel, no se creía lo suficientemente merecedor de recibir tal regalo.

El problema estaba en que después de sentir tal calidez sabía que iba a ser un verdadero infierno tener que retornar a la fría soledad, sin Daniel.

Y entonces se dio cuenta que estaba siendo un completo idiota.

Si no hacía algo, si no era capaz de poner todo de su parte, de una u otra manera terminaría alejando a Daniel, definitivamente, y perdería la oportunidad de ser feliz con la persona que más amaba.

—Soy un idiota —susurró Marcos a nadie en particular.

—¿Qué?

Daniel estaba sentado en la cama poniéndose las botas cuando levantó la cabeza de su tarea al escuchar a Marcos hablar.

—He dicho que soy un idiota —contestó Marcos frotándose la frente con el puño, de pura frustración—. Yo solo... quería disculparme contigo.

Daniel se enderezó mirando con el ceño fruncido a Marcos y cruzó los brazos sobre su pecho antes de hablar.

—Es cierto que eres un poquito idiota, pero no hace falta que te disculpes por ello —las palabras tenían un matiz de broma, pero la voz gruesa y firme de Daniel decían otra cosa.

—Aún estás enfado —sentenció Marcos—. Mira, nunca quise decir lo que dije, tienes razón en estar enfado... y por eso quería pedirte perdón.

—¡Espera un momento! No te equivoques —Le paró los pies con firmeza—. Conmigo no tienes que disculparte por lo que sientas o dejes de sentir, Marcos, no estoy enfado por lo que dijiste, sino por lo que eso significa. ¿Crees que no te conozco, aunque sea un poco? Sé lo que sientes por mí, me lo demuestras cada día —afirmó con sentimiento—. Por eso sé que te preocupa lo que está ocurriendo con nosotros. Ya te lo dije, no quiero que te fuerces a decir o hacer algo con lo que no te sientas cómodo, tampoco lo necesito, porque aunque no lo creas eres demasiado transparente para mí. Pero no voy a admitir que tires la toalla incluso antes de dar pelea. Yo estoy aquí y voy a estar a tu lado hasta que tú mismo me digas que ya no quieres que lo

esté.

—Quiero que estés a mi lado —contestó con rapidez Marcos.

—Eso está bien. Porque yo tengo puedo tener mucha paciencia cuando quiero conseguir algo que deseo mucho. También tengo algún que otro defecto; puedo llegar a ser muy insistente —dijo conteniendo la sonrisa, feliz por la pequeña victoria que había conseguido con las anteriores palabras de Marcos—. Mira, no estoy diciendo que sea lo mismo, pero Javier ejerció mi paciencia con demasiada frecuencia en el pasado. Después de lo que ocurrió con tu padre se negó a tener una conversación sincera conmigo durante mucho tiempo, y rechazaba mi ayuda una y otra vez, incluso evitaba el contacto físico conmigo, apartándose cuando intentaba abrazarle o coger su mano. Nunca tiré la toalla con él, porque era demasiado importante para mí. Era mi hermano. Lo siento pero tú no te vas a escapar así, sin más. Tienes que hacerte cargo. Acéptalo, yo te quiero y tú me quieres. No hay más.

Marcos aguantó las respiración al escuchar la verdad que acababa de soltar Daniel. Sin poder evitarlo una sonrisa trémula empezó a dibujarse en sus labios, tuvo que mordérselos para impedir que apareciera por completo, aún temeroso de aceptar lo que su corazón ya sabía desde hacía mucho tiempo. Tragó en seco, tomó aliento y levantó los brazos sobre su cabeza mientras comenzó a andar, arriba y abajo en un metro cuadrado de la habitación, con la esperanza de ordenar un poco sus pensamientos y emociones. El corazón le iba a mil y sentía la urgente necesidad de hacer entender a Daniel lo confuso y aterrado que había estado todo ese tiempo, mientras batallaba con sus liados sentimientos.

Cuando se giró para enfrentar a Daniel vio en sus ojos la tranquila aceptación y la fuerza y el amor que podía sentir con tana claridad. Y entonces simplemente habló.

—Yo... intenté protegerme diciéndome a mí mismo que si me mantenía al margen de lo sentimientos, sin admitir en voz alta lo que estaba sintiendo por ti, cuando llegara la hora en que te fueras y me dejaras atrás, no iba a doler tanto, que no sería demasiado difícil volver a lo que había sido antes mi vida —Marcos sintió como si un manto de tranquilidad se envolviera sobre sus hombros, dándole fuerzas para continuar—. Pero eso ha sido una completa estupidez desde el principio. Porque el amor que siento por ti está ahí, aposentado en un rincón de mi corazón desde que tenía quince años, transformándose y creciendo, arraigando cada vez más profundo, cubriéndolo todo. Y quiera yo o no quiera, te vayas o te quedes, voy a seguir queriéndote toda mi vida Dani —dijo con la voz firme y los ojos brillantes de emoción—. Sé que no puede ser, que ahora hay otras prioridades importantes en tu agenda, pero voy a seguir siendo egoísta. No te vayas, quédate conmigo, quédate a mi...

Antes de que Marcos pudiera terminar de hablar, Daniel caminó hacia él con decisión, rodeándole con sus brazos por la cintura, apretándole junto a su cuerpo. Se estremeció al sentir los labios de Daniel anidando sobre su cuello, en la suave piel bajo su mandíbula. Marcos levantó las manos, acariciando la espalda de su amante, hasta llegar a enredar los dedos en el cabello de su nuca. Daniel murmuraba palabras sobre su piel, entre besos y caricias de consuelo, ininteligibles para él, hasta que se apartó

del hueco en su cuello y acarició su rostro con las manos, mirándole con firmeza a los ojos.

—Esto va a salir bien ¿me oyes? Porque es lo que queremos, lo que ambos queremos —afirmó con seguridad Daniel, sonriendo cuando Marcos asintió a sus palabras.

—Eres un hijo puta con suerte. Porque creo en ti, ¿sabías? Y ya no hay marcha atrás. Si me quieres, me tienes —afirmó Marcos—. Me tienes.

Marcos levantó la boca para encontrar los labios de Daniel, acariciando con su lengua la carnosa superficie hasta el interior húmedo y cálido, consiguiendo un gemido de placer y aceptación de Daniel. Marcos se sentía satisfecho por la decisión que había tomado, sintió una nueva fortaleza en su interior que nunca antes había sentido, sabiendo que estaba haciendo feliz al hombre que amaba, y que por fin estaba deshaciéndose de todos los miedos que le habían mantenido agarrotado en el pasado todos esos años. Ambos se besaron, disfrutando de la calidez y suavidad de sus labios, meciéndose en un abrazo que les aislaba de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Hasta que su momento de placer fue interrumpido por la llamada en el móvil de Daniel.

Los dos gimieron, esta vez por la aguda frustración, y Marcos tuvo que apretar los dientes para evitar tirar de Daniel, cuando éste se apartó con desgana, para mirar por encima de su hombro hacia el móvil que había dejado sobre la mesilla de noche.

—Lo siento. Es trabajo, tengo que responder —dijo, rodeando con sus manos el rostro de Marcos—. Los próximos días no van a ser fáciles para nosotros, pero no va a ser nada que no podamos manejar. Lo prometo, ¿me crees?

—Escucha —Marcos agarró a Daniel por las muñecas y plantó los pies con firmeza en el suelo, su mirada clara y sincera—. Todo esto no ha sido fácil para mí y he estado la mayor parte del tiempo tropezando con mis propios sentimientos y el modo con el que he intentado sobrellevar las cosas, pero ahora no me voy a rendir. No me voy a cerrar de nuevo. Quiero permanecer a tu lado, y entiendo que ahora tienes que hacer lo que tienes que hacer, vamos a estar bien. Yo voy a estar bien ¿me crees? —remedó Marcos con una sonrisa en los labios.

Daniel amplió su sonrisa, sus ojos brillantes cuando se inclinó de nuevo, acercando el rostro de Marcos para robarle un último beso rápido, antes de girarse para contestar el molesto móvil. Marcos retrocedió dejándole espacio para atender sus negocios y, despacio, salió del dormitorio hacia el salón, sorprendido al sentir una especie de cálida satisfacción cubriéndole por completo. Respiró profundamente saboreando el extraño memento mezcla de felicidad y tristeza. Al llegar al salón notó el intenso aroma del café recién hecho y calló en la cuenta de que aún tenían una visita esperando por Daniel.

Virginia estaba de pie en medio de la habitación, con una taza de café en una mano y

el móvil frente a sus ojos en la otra. Levantó la vista al sentir su presencia y arqueó una ceja como si estuviera preguntándole por lo sucedido. Marcos aún tenía sentimientos encontrados por la mujer. No podía entender la simpatía y la irritación que se mezclaban en su cabeza cada vez que pensaba en ella, pero lo cierto era que en esos momentos la simpatía se mantenía en la superficie.

Hasta que la mujer abrió la boca para hablar.

—Me llevo a Daniel conmigo —con parsimonia Virginia se inclinó para dejar la taza con cuidado sobre la mesa del salón.

—Lo sé —contestó con tranquilidad Marcos—. Pero volverá conmigo.

Virginia le miró con ojos tristes, como cargados con todos los pesares que tendría que vivir en los próximos días, y entonces se encogió de hombros y le regaló a Marcos la sonrisa más sincera y cómplice que había recibido en mucho tiempo, dejándole descolocado por la ternura que encerraba.

—Lo sé —contestó ella con firmeza. Dándole la razón.

La empatía surgió en un segundo. Si era cierto lo que había dicho Daniel, esta mujer iba a tener que ser fuerte para afrontar lo que se le iba a venir encima.

—Él te va a apoyar si tú se lo pides, va a estar a tu lado si lo necesitas.

Virginia simplemente asintió con la cabeza y se acercó hasta el respaldo del sofá donde había dejado su abrigo, para comenzar a colocárselo. Ella también sabía que había llegado la hora de irse.

Detrás de él escuchó los pasos de Daniel acercándose, giró justo en el momento en el que entraba en el salón dirigiéndose directo hacia él. Con el abrigo puesto y una bolsa colgada del hombro, le rodeó por la cintura pegándole a su cuerpo y besó su boca repetidamente, jugando con sus labios y su lengua. Marcos se dejó hacer, disfrutando de la muestra de amor de su amante, introduciendo los brazos bajo el abrigo de Daniel para acariciar su espalda, sintiendo la calidez de su abrazo.

Demasiado pronto Daniel se apartó, manteniéndole junto a él con las manos apoyadas en su cintura.

—Me tengo que ir ya. Nos quieren cuanto antes en Madrid y aún tengo que pasar por casa para recoger algunos documentos importantes.

—Está bien. Entonces ten cuidado —Marcos asintió con confianza, animando a Daniel—. Yo tengo que prepararme para ir a trabajar, o si no se me va a hacer tarde.

Mientras se despedían caminaron hacia la puerta abierta de la casa por la que acababa de salir Virginia, procurando dejarles algo de espacio. Marcos sintió un pinchado de vértigo en la boca del estómago, y se lo guardó para él mismo, sabiendo que nada podía hacer para aliviarlo. Arrastró a Daniel a un último beso junto a la puerta y le dejó marchar con reticencia, cruzando los brazos sobre el pecho, como si intentara frenarse a sí mismo, antes de que intentara retener por más tiempo a Daniel junto a él. Su amante se alejó hacia el coche oscuro aparcado en su entrada y, antes de introducirse en su interior se giró con una sonrisa en sus labios y levantó la mano para despedir por última vez de Marcos.

—¡Hasta luego! —Daniel le guiñó un ojo provocando una sonrisa en sus labios.

Marcos le devolvió el gesto y permaneció en la puerta hasta que vio desaparecer las luces traseras del coche al final de la calle. Cuando entró de nuevo en su casa y cerró la puerta tras de sí, se dio cuenta de la sonrisa que aún se mantenía en sus labios. Se sentía tranquilo porque ahora, por fin, confiaba en sus propios sentimientos y en los de Daniel.

Y sabía que Daniel volvería a él. No había dicho «adiós», había dicho «hasta luego».

Capítulo Veinticuatro

Marcos cargó con la pesada caja rotulada con las palabras «adornos de navidad» y la dejó sobre el mostrador de la pastelería. Miró el reloj de nuevo y renegó en voz baja preguntándose dónde estaría en esos momentos su hermano, cuando debería estar ayudándole a empaquetar y guardar toda la parafernalia de las celebraciones navideñas. Javier había pasado con él las fechas señaladas y se había empeñado en adornar la casa y la tienda como si el espíritu de la Navidad hubiera explotado de repente justo en sus narices. Él había accedido con la condición explícita de obtener ayuda por su parte a la hora de guardar de nuevo todas las luces y adornos que Javier se había empeñado en comprar para la ocasión. Lo cierto era que había disfrutado el compartir con su hermano mayor todos esos momentos familiares, y ambos habían creado recuerdos felices de los que hacía mucho tiempo ninguno de los dos habían podido tener.

Aunque un recuerdo feliz no era exactamente lo que estaba teniendo en esos momentos.

Resoplando, y con el enfado aumentando por segundos, cogió su móvil y pulsó en la pantalla para llamar a su hermano. Después del tercer tono Javier contestó, pero ni siquiera le dio oportunidad de abrir la boca.

—¿Dónde estás? —gruñó Marcos

—Eeh... hola a ti también.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No.

La rápida respuesta de su hermano le hizo fruncir más el ceño.

—Te oigo mal. ¿Estás conduciendo?

—No.

—¿No estás conduciendo? —insistió Marcos, incrédulo.

—No. Estoy aparcando.

—Eres tonto. Te he dicho que no respondas al móvil si estás conduciendo —Le regañó con firmeza—. Y hace más de una hora que tenías que haber estado aquí, ayudándome con todo esto.

—Si no contesto te hubieras enfadado más, y solo lo he cogido cuando ya estaba fuera de la carretera.

—Eso es lo que tú dices —refunfuñó Marcos, rascando una pegatina suelta pegada en la caja de cartón—. También dijiste que me ayudarías con todo esto, y he tenido que recogerlo yo solo.

—¿Ya has terminado? ¡Vaya! Eres muy rápido —le provocó Javier.

—Qué gracioso —dijo chorreando sarcasmo—. ¿Pues sabes qué? El que ha guardado las luces he sido yo, y no he sido demasiado cuidadoso con eso. ¿Adivina quién va a tener que desenredar todo ese lío el año que viene?

—¡Joder! sí que eres rencoroso —resopló Javier—. Sabes que si hubiera podido llegar antes no te habría dejado tirado.

—¿Entonces qué ha pasado? —Marcos se suavizó, sabía que su hermano estaba diciendo la verdad—. ¿Dónde estás?

—Ahora estoy en casa de un amigo —explicó—. Tuve que ir a Madrid para ayudarle con unas cosas y se me hizo tarde. Pero creo que en quince minutos, como mucho, estaré ahí y podré ayudarte a terminar con eso.

—No te des prisa, ya he terminado aquí —acotó Marcos—. Pero voy a dejar las cajas en casa y tú te vas a encargar de subirlas al altillo.

—Bueno, está bien —aceptó Javier—. Había pensado también que podía hacer la cena mientras tú te relajabas un rato viendo alguna serie, para compensarlo.

—No te creas tú que me iba a relajar mucho estando tú en la cocina.

—¡Oye!

Ambos se rieron por el tono ofendido de Daniel, y Marcos se sintió feliz de poder tener de nuevo con su hermano, la complicidad que habían compartido de niños.

—¡Aunque no te creas que voy a decir que no! —contestó entre risas—. La cena es cosa tuya, entonces.

—Hecho —acordó Javier.

—Entonces te veo en quince minutos, voy para casa.

—Vale, nos vemos ahora.

Marcos se despidió de su hermano con una sonrisa en los labios y guardó el móvil en el bolsillo de su abrigo, antes de levantar la caja del mostrador y salir de la pastelería cerrando tras de sí.

Caminando calle abajo, se dio cuenta, que los operarios que esa mañana temprano habían estado retirando el alumbrado y los adornos navideños, habían acabado su trabajo también. Las Fiestas habían pasado tan rápido como habían llegado. Sin apenas darse cuenta se habían plantado en la segunda semana de enero, y Marcos ya estaba echando de menos a Daniel. La última vez que se habían visto había sido el día de Reyes, pero Daniel había tenido que viajar inmediatamente a Bruselas, por cuestiones de trabajo, y hacía cuatro días que no se veían.

Haciendo equilibrios con la pesada caja de adornos, cruzó la calle a paso ligero, dando gracias por la fuerza extra en sus brazos, que había adquirido durante años trabajando en la pastelería. Volviendo a Daniel recordó que solo quedaban dos días para que su amante regresara. Frunciendo el ceño deseó que el tiempo pasara más deprisa. Ni siquiera las primeras semanas después de que Daniel tuviera que marcharse tan precipitadamente con Virginia Gavela, había tenido tanta añoranza de él como estaba sufriendo ahora. Marcos pensó que probablemente se debía a que se había mal acostumbrado a tenerlo cerca en las últimas semanas.

Como había dicho Daniel, las primeras semanas después de que estallara el caso de corrupción, que se había extendido a buena parte de la provincia, con ramificaciones incluso en las altas esferas del gobierno, Daniel había estado tan ocupado trabajando, que ambos se habían tenido que conformar con hablar a menudo por teléfono. Después de casi un mes todo había discurrido hacia una calma relativa. Daniel había dejado de colaborar directamente con la fiscal anticorrupción y había sido contratado por Virginia para hacerse cargo de todos sus asuntos. Marcos había sido paciente aceptando la situación como inevitable, sobre todo cuando Daniel aún tenía que trabajar en varios casos más, que le habían sido asignados en su despacho. Pero haber aceptado la situación no quería decir no hacer nada. Así que había organizado sus horarios y había puesto en manos de Rosy algo más de responsabilidad en la pastelería y así él había podido viajar más a menudo a Madrid, sobre todo las semanas en las que Daniel no podía regresar a casa.

Había sido tan fácil para él adaptarse a esa rutina, que no había sentido en ningún momento la soledad que tantos años le había acompañado en el pasado. Ahora, después de unos cuantos días sin verle, sentía una clase de añoranza especial, que le hacía esperar con anhelo y felicidad, el regreso de Daniel. Gracias al compromiso de ambos, su relación crecía y se fortalecía, Marcos sabía que aún había mucho trabajo por hacer, pero también sabía que iban por el buen camino.

Al llegar frente a su casa Marcos sujetó la caja con la mano izquierda, apoyándola sobre su pecho, mientras buscaba las llaves en el bolsillo de su abrigo y abría la puerta

con dificultad. Nada más entrar se dio cuenta de la suave corriente de aire que había enfriado la casa por completo, y frunció el ceño imaginando que había dejado mal cerrada la puerta de atrás. Antes de ir a comprobarlo, caminó hasta la cocina para dejar la pesada caja junto a las otras que Javier tendría que subir al altillo.

En un primer momento Marcos ni siquiera reaccionó, sus ojos se clavaron en el caos en el que se había convertido su cocina; cazuelas y sartenes desordenados, los cubiertos derramados fuera de los cajones, como si los hubieran estrellado en el suelo con rabia. Perplejo, se dio cuenta, de que alguien había allanado su casa. Pero ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar a ese pensamiento. No fue consciente de que alguien se encontraba detrás de él hasta que no sintió un fuerte impacto en la espalda que lo envió de frente, sin control, hacia la encimera, golpeándose de lleno con el canto romo de mármol, justo en las costillas. Marcos se quedó sin aliento de inmediato, girando sobre sí mismo por la inercia del golpe, cayó como un saco, de espaldas sobre las cajas apiladas en el suelo. El dolor agudo en el costado reverberó por todo su cuerpo, y aún sin ser capaz de respirar, boqueó en busca de aire, parpadeando cuando sus ojos se cuajaron de lágrimas no derramadas. Salió de encima de las cajas rodando y se colocó de lado en el suelo, aliviado momentáneamente cuando consiguió llevar a sus pulmones algo de aire. Un ataque de tos le obligó a doblarse sobre sí mismo y, con dificultad, fue tomando pequeñas bocanadas de oxígeno, que poco a poco le ayudaron a controlar su respiración y a aclarar su vista.

—Eres muy poca cosa si vas a llorar por eso —La voz rota chirrió en los oídos de Marcos como los dientes de un tenedor sobre un plato de cristal—. Pero qué se puede esperar de un marica como tú.

Un flujo de bilis amarga subió por su garganta, aunque Marcos no estaba seguro si se debía al golpe recibido o a la presencia del hombre frente a él. Aún con dificultades para respirar y con el costado izquierdo entumecido por el dolor, levantó la vista clavándola en la imagen desgredada y sucia de Francisco Cubero. El estómago se le revolvió y comenzó a sentirse enfermo con solo pensar en que ese hombre había logrado esquivar a las autoridades con éxito y ahora venía a tocar a su puerta, cuando ya casi habían logrado olvidarse de él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñó Marcos con los dientes apretados, mientras se incorporaba con dificultad, apoyándose sobre la encimera.

—Haciéndote una visita de cortesía, seguro que no —Francisco contestó con su voz rota y alcoholizada, mientras se reía de una broma que solo él entendía.

—No, eso seguro que no —susurró Marcos para sí mismo.

Francisco apartó la atención de él, como si no supusiera ningún tipo de amenaza, y comenzó a mirar alrededor de la cocina, murmurando de vez en cuando palabras que Marcos no llegó a entender. El hombre estaba sucio y descuidado; el pelo más largo de la habitual se rizaba en ondas grasientas adheridas al cráneo, los ojos vidriosos y enrojecidos no hablaban de una buena salud. Vestía una cazadora demasiado grande

para él, al igual que los andrajosos pantalones vaqueros, que se escurrían a lo largo de sus piernas, acumulando tela alrededor de sus tobillos. Y esa era la razón por la que, hasta ese momento, Marcos no había podido ver el cuchillo que Francisco empuñaba en su mano derecha.

Su cuerpo se puso en tensión, el corazón bombeando en su pecho como si estuviera a punto de estallar, mandando señales de alerta a todo su sistema. Intentando controlar su respiración, tragó en seco, y se dio cuenta de que tenía que sacar a Francisco de su casa antes de que llegara Javier. Instintivamente buscó a su alrededor algo con lo que poder defenderse en caso de que fuera necesario, pero solo estaba rodeado de cazuelas y sartenes desperdigadas sobre la encimera.

Al volver su atención hacia Francisco, se encontró con la mirada desconfiada hombre clavada en él. Un escalofrío subió por su espalda, multiplicando por cien el desagrado que estaba sintiendo, con tan solo tenerlo frente a sí. Respiró profundamente intentando frenar sus náuseas, antes de insistir de nuevo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Eres demasiado tonto, hijo —contestó despectivamente Francisco—. Quiero dinero. Voy a irme lejos de aquí en cuanto pueda, pero necesito dinero. ¡Por tu culpa todo me ha salido mal! ¡Y vas a tener que ayudarme!

Marcos apretó los dientes en tensión cuando Francisco levantó el cuchillo amenazante, apuntándole en advertencia. No llegaba a comprender cómo Francisco había llegado a la conclusión de que él era el responsable de sus males, pero no pensaba llevarle la contraria. Si no manejaba bien la situación, las cosas podrían ponerse feas.

—Por lo que ve ya has estado haciendo tu propia búsqueda para la recaudación —dijo Marcos levantando los brazos a los lados, señalando el desastre a su alrededor—. Habrás comprobado que no tengo dinero que darte.

—Apenas he tenido tiempo de rebuscar por encima —se lamentó patéticamente—. No pretendas hacerme creer que estás en la indigencia. Tu abuela os dejó bien cubiertos, y sé que el negocio no te va mal.

—¡No seas estúpido! —Marcos se tuvo que contener para no perder los nervios—. ¿Crees que tengo el dinero escondido debajo del colchón?

—No. Ya lo he comprobado —contestó Francisco con una mueca desagradable.

—Sí ya sabes que aquí no tengo efectivo, no sé qué pretendes —contestó Marcos entre dientes—. Lo único que puedes hacer es llevarte las cosas de valor y venderlas. Lo que sea con tal de que desaparezcas —Marcos necesitaba deshacerse de Francisco cuanto antes.

—Me estás tomando por tonto —gruñó Francisco, agitando el cuchillo frente a sí—. ¿Cuánto dinero crees que voy a sacar vendiendo tu mierda? No, no. Vas a hacer lo que yo te diga y me vas a conseguir dinero para que pueda escapar. Eres un hijo desagradecido, y si no quieres terminar como el maricón de tu hermano harás lo que yo diga.

El estómago se le revolvió al escucharle hablar de su hermano. Sintió cómo los músculos de todo su cuerpo se tensaban, como respuesta instintiva a la necesidad que sentía en ese momento de saltar sobre Francisco y hacerle callar de una vez. Se contuvo a duras penas de hacer una estupidez. Masticó su rabia, tragándose la bilis que le abrasaba por dentro.

—¿Qué quieres? —gruñó con los puños apretados.

Francisco se acercó a él y utilizó el cuchillo para señalarle, manteniendo la distancia de un brazo.

—Ve al banco y saca todo el dinero que puedas. Utiliza todas las tarjetas, las de débito y las de crédito —exigió con una mueca ladina—. Y no intentes tomarme el pelo. Sé bien cuánto dinero puedes conseguir y no voy a estar muy contento si intentas engañarme —amenazó sin pudor—. Tienes una casa muy acogedora, no querrás que haya algún tipo de accidente ¿verdad?

—No va a ser fácil hacer lo que me estás pidiendo —advirtió Marcos lleno de rabia—. Y estás muy confundido si piensas que mis cuentas rebosan dinero.

—¡No me tomes por tonto! —gritó Francisco—. ¡Estoy seguro que es mucho más de lo que tengo ahora! No juegues conmigo Marcos, o te arrepentirás. Si en media hora no estás aquí con el dinero que te he pedido, voy a prenderle fuego a esta casa para que ardan hasta los cimientos. En un abrir y cerrar de ojos lo perderás todo, y yo saldré de aquí para regresar cuando menos te lo esperes. Y no será agradable.

Marcos se tragó el orgullo, mordiéndose la lengua para intentar controlarse. Con la rabia anudada en el estómago, hizo un esfuerzo para pensar con claridad. Francisco daba por hecho que todos eran tan mezquinos como lo era él, pero Marcos solo vio la oportunidad clara de poder salir indemne de su enfrentamiento con el hombre, sin ningún daño físico para él. Si no había podido conseguir que Francisco saliera de su casa, por lo menos intentaría evitar que Javier se viera involucrado. Marcos le entregaría todo lo que poseía a Francisco si con eso lograra deshacerse de él para siempre. Pero sabía que si el hombre conseguía escapar, nunca tendría suficiente y seguramente regresaría algún día a por más. Sería una lástima si con su jugada terminaba destruyendo su propio hogar, pero no iba a permitir que Francisco se saliera con la suya. Tenía muy poco margen de tiempo, y su prioridad era encontrar a Javier para sacarle del camino, pero la policía debía saber lo que estaba ocurriendo. Tenía que solucionarlo todo antes de que fuera demasiado tarde.

—Apenas voy a poder ir, hacer lo que me pides y volver, en el poco tiempo que me has dado —Marcos intentó arañar algunos minutos más para su plan—. Si quieres salir de aquí con los bolsillos llenos dame más margen.

—Joder, Marcos. Realmente eres una niña llorona —dijo Francisco con desprecio, arrastrando las palabras—. Ni siquiera tu hermano es tan maricón como tú. Dios sabe que durante años hice todo lo que estuvo en mis manos para que no acabaras contagiado por la desviación de ese hijo de puta, pero parece que no hice lo suficiente —las palabras de Francisco destilaban satisfacción al ver el rostro desencajado de su hijo pequeño—. Tendría que haberme ocupado de ti como lo hice con él años atrás. Me habría ahorrado muchas preocupaciones.

—¿Qué? —Marcos grazno la pregunta, apenas consciente de que lo había hecho.

—Ahora lo sabes ¿verdad? Lo puedo ver en tu cara —la sonrisa del hombre convertida en una mueca retorcida—. Durante años me pregunté por qué tu hermano no había ido con el cuento a todo el que hubiera querido escucharle, pero supongo que estaba tan avergonzado de sí mismo, que no había querido que nadie se enterara de lo que había conseguido con su depravada desviación. ¡Dios! Tendría que haber acabado con él cuando tuve oportunidad.

Más adelante Marcos no sería capaz de decirle a nadie qué fue exactamente lo que detonó que su mente se revelara en ese instante, que sus emociones tomaran el control de su cuerpo y que el instinto le llevara a hacer lo que hizo. Ni siquiera fue consciente del hecho de haberse movido, cuando escuchó una especie de rugido que se inició en su cabeza hasta explotar en su garganta. En un segundo dio un paso hacia delante, alcanzando el primer objeto que encontró a mano, y lo lanzó con todas sus fuerzas directamente hacia Francisco.

La pesada sartén de hierro fundido golpeó de lleno en la sien derecha del hombre, haciéndole trastabillar por el doloroso impacto. Aturdido, manoteó en el aire hasta que encontró de nuevo el equilibrio, y por instinto, envistió con el cuchillo hacia delante, buscando sangre. Marcos no perdió un segundo en reaccionar. La adrenalina recorría su sistema poniéndole alerta. Los bordes de su visión se volvieron difusos, enfocado tan solo en el hombre delante de él, que ahora amenazaba su vida.

La herida de Francisco sangraba sobre su ojo, dificultándole la visión, pero eso no impidió que acertara su blanco, consiguiendo cortar el antebrazo de Marcos. Reaccionando por instinto, Marcos se apartó a tiempo de la puñalada, pero eso no sirvió para evitar el largo tajo que se dibujó, carmesí, en su piel. La sangre comenzó a Brotar en cuanto Marcos se puso de nuevo en movimiento. Sin apenas reacción por la dolorosa quemazón en su brazo, tomó impulso y con un rugido, envistió sobre el robusto cuerpo de Francisco, pillándole desprevenido. El hombre se estrelló contra los taburetes alineados a su espalda, perdiendo pie, se desplomó con fuerza en el suelo, arrastrando a Marcos en su caída.

Marcos se retorció, incorporándose sobre sus rodillas cuando Francisco intentó asestarle otra cuchillada.

—¡No puedes hacer...!

Da un fuerte manotazo Marcos apartó la afilada hoja de su rostro, golpeando con rabia la muñeca la mano que lo empuñaba. El cuchillo salió despedido, resbalando lejos a través del suelo de la cocina. Antes de que Francisco acabara la frase, cruzó su antebrazo derecho sobre la tráquea del hombre, impidiéndole hablar, impidiéndole respirar.

La pura adrenalina había embotado los sentidos de Marcos y actuaba casi por instinto. Sentado sobre el pecho de Francisco observó, como en cámara lenta, los movimientos desesperados de sus brazos y manos, que intentaban deshacerse del torniquete, que impedía la entrada suficiente de aire. Apretando los dientes tragó la punzada de dolor que sintió cuando Francisco asestó un fuerte puñetazo en su costado dolorido. Encogiéndose sobre sí mismo brindó sin pretenderlo la oportunidad al hombre para que le encajara otro fuerte rechazazo en la mandíbula, dejándole completamente aturdido. Un pitido intenso empezó a crecer en sus oídos provocándole náuseas. Aprovechando su debilidad, Francisco hizo fuerza y consiguió deshacerse de la llave en su garganta. Marcos ya no veía nada, solo sintió el dolor y la rabia acumulada que había generado ese hombre a lo largo de toda su vida. Vio la sonrisa cínica que, aún en esas circunstancias, Francisco exhibía, y solo pudo obedecer a sus instintos.

Como si sus sentidos se desconectaran con el primer golpe, no sintió nada cuando sus nudillos conectaron con la carne del pómulo del hombre. Aunque el primer puñetazo no fue suficiente.

Ni el segundo, ni el tercero, ni el cuarto.

Debajo de él Francisco intentaba cubrirse de la lluvia de golpes que le estaba cayendo, protegiéndose con los brazos. Marcos dejó de escuchar los gemidos de dolor, el sonido de los golpes, los insultos. Sus manos no sentían dolor; funcionaban como dos rocas que cumplían su función, golpeando una y otra vez. Perdido completamente en su rabia, Marcos ni siquiera respiraba. Apretó las mandíbulas, aguantando el aliento, mientras se abstraía de cualquier cosa que le distrajera de su catarsis personal.

Entonces sintió un fuerte tirón por la espalda y fue arrastrado lejos del cuerpo inconsciente de Francisco.

Totalmente rígido, Marcos ni siquiera reaccionó a la nueva situación. Entonces parpadeó, aún con la respiración contenida, cuando vio a Javier frente a él, con la cara desencajada de preocupación y los ojos desorbitados. Sus oídos embotados eran incapaces de captar los sonidos que salían de los labios de su hermano, pero extrañamente Marcos fue capaz de entender sus palabras.

—¿Estás bien?! ¡Marcos! ¿Estás bien?!

En ese momento Marcos exhaló el aliento que había estado conteniendo hasta ahora y vio el alivio de su hermano reflejado en su rostro.

—No te preocupes —dijo su hermano, como a lo lejos—. Todo va a salir bien.

Marcos solo pudo intentar asentir con la cabeza, quería que Javier supiera que lo entendía, que todo iba a estar bien. Pero sus sentidos eligieron ese instante para volver con toda su fuerza, todos a la vez, y un ramalazo de dolor recorrió su espalda cuando trató de cabecear hacia su hermano.

—No te muevas, Marcos, no pasa nada —Le consoló Javier—. Ahora vengo, él te cuidará.

Sin esperar una respuesta Javier se alejó de él. Vio como buscaba en el bolsillo de su abrigo hasta encontrar el móvil, antes de inclinarse sobre Francisco para comprobar sus constantes.

Y entonces Marcos se dio cuenta de que no estaba solo.

Aturdido aún por lo que había ocurrido, no había sido capaz de darse cuenta de que alguien le mantenía a salvo, rodeando su cuerpo desde la espalda hasta el frente. Sus sentidos comenzaron a hablarle y sintió el perfume de su amante reconfortarle por dentro. Sus brazos rígidos y ensangrentados colgaban a los lados de su cuerpo, entumecidos por el dolor, así que fue incapaz de colocar sus manos sobre los brazos que rodeaban fuertemente su pecho. Daniel se movía suavemente de un lado a otro, acunándolo de una forma tranquilizadora, que le ayudó a centrarse de nuevo en lo que tenía alrededor.

Entonces su oído desentrañó el murmullo cadencioso que Marcos llevaba escuchando desde hacía un rato y se dio cuenta que era la cálida voz de su amante, intentando deshacerse de sus fantasmas.

—Todo está bien, no pasa nada, ya estoy aquí —Repetía Daniel como un mantra, con los labios apoyados sobre su cuello.

Marcos intentó moverse, ladeando la cabeza hacia Daniel, queriendo desesperadamente encontrar su mirada, para hacerle saber que estaba bien. Pero con la dolorosa rigidez de su cuerpo apenas pudo inclinarse hasta apoyar la mejilla sobre el cabello de Daniel, a tiempo de ver como brillantes gotas caían, resbalando por su camiseta, oscureciendo el tejido allí donde se estrellaban. Las lágrimas de Daniel le partieron el alma, sabiendo que había hecho sufrir al hombre que amaba, consciente de que, en ese momento, él era incapaz de hacer lo mismo, insensible aún, por lo que había ocurrido.

Cerró los ojos totalmente secos, y se dejó ir a la deriva, confiado en que las personas que más le querían en este mundo, cuidarían de él.

Después de pasar más de seis horas en el hospital Marcos estaba listo para hacer cualquier cosa que le sacara de una vez de allí.

Los médicos habían hecho con él todo lo que tenían que hacer. Había sido drogado, desinfectado, curado, cosido y vendado. Incluso había tenido que hablar durante varios minutos con algún tipo de psicólogo, muy amable, que le había hecho demasiadas preguntas a las que no había querido contestar. Afortunadamente el hombre no había insistido demasiado.

La policía también había hecho su trabajo. El Inspector Aguilar había sido especialmente amable con él y le había informado de todas las posibles consecuencias por lo que había ocurrido en su casa. Marcos no estaba acusado de nada y el asunto se trataría como un caso de defensa personal, pero habría que esperar acontecimientos. Por lo que el Inspector le había contado Francisco estaba ingresado en otro hospital y permanecía consciente, con lesiones en el rostro y el pecho. No iba a tener mayores consecuencias. Javier se había encargado de todo, dejándole al margen de lo que estaba ocurriendo con la policía y los cargos que iban a presentar contra Francisco.

Marcos aún sentía como si estuviera en una especie de burbuja que le aislaba permitiéndole sentir solo una pequeña parte de lo que debería estar sintiendo. Había tomado distancia de todo y solo quería ir a algún lugar para dormir, por lo menos, seis meses. Las medicinas que le habían dado habían mitigado su dolor físico, pero la aguda punzada que sentía cada vez que respiraba a la altura del corazón, no había desaparecido ni con las drogas.

Sentado sobre una camilla dentro de uno de los box de urgencias, Marcos se sentía ridículo vestido con una bata de hospital y las piernas colgando por uno de los lados, como si fuera un niño pequeño. Los médicos le habían dicho que podía regresar a casa y Javier había salido a comprarle algo de ropa para que pudiera vestirse con algo que no estuviera cubierto de sangre.

Con la vista clavada en sus manos cubiertas de vendajes, Marcos era incapaz de levantar la cabeza, sabiendo que si lo hacía, habría muchas posibilidades de que se encontrara con los ojos, llenos de compasión, de Daniel. Desde que había llegado a urgencias y los médicos se habían hecho cargo de él, Marcos había sido incapaz de cruzar dos palabras con su amante. No podía explicar el miedo que comenzó a sentir en el momento que fue consciente de lo que había hecho. Miedo al darse cuenta de la clase de persona que era, miedo de la posibilidad de que Daniel también se hubiera dado cuenta, y no quisiera saber nada más de él.

Al escuchar cómo Daniel se movía en su asiento Marcos se puso rígido. No sabía si podía enfrentar en ese momento lo que Daniel tuviera que decir. Pero, milagro de milagros, en ese momento la cortina se movió, dando paso a su hermano, cargado hasta arriba de bolsas de ropa.

—Ya estoy aquí —dijo sin resuello—. Me he dado toda la prisa que he podido, pero no sabía muy bien qué querrías ponerte.

Javier agitó en el aire las bolsas de papel marrón y beis que llevaba entre las manos, con aire de indefensión, y se encogió de hombros ofreciéndoselas.

—Habría bastado con un chándal y una camiseta —contestó Marcos, incapaz de negar a su hermano una pequeña sonrisa triste.

—Bueno, pues así tienes dónde elegir. También he comprado calzoncillos.

Marcos volvió a sonreír mientras escarbaba en el interior de las bolsas, buscando algo adecuado y cómodo para ponerse. Javier no había ido demasiado desencaminado y con satisfacción apartó un pantalón negro de deporte, una camiseta y una sudadera gruesa con capucha.

—Ayúdame con esto.

Marcos pidió sin dirigirse a nadie en particular, girando un poco la espalda para que le ayudaran a deshacer los nudos del camisón. La punzada dolorosa justo encima de su corazón se clavó con fuerza cuando Daniel se giró de espaldas a él, como si intentara darle intimidad. Como si nunca hubieran sido amantes. Javier fue el que se encargó de ayudarlo a vestirse y calzarse mientras le daba suaves ánimos por lo bien que lo hacía, como un padre haría con su hijo pequeño.

Al salir del hospital Marcos y Javier siguieron los pasos de Daniel que iba abriendo camino delante de ellos. Ni siquiera había abierto la boca para preguntarle por cómo estaba, pero Marcos se sintió culpable en cuanto ese pensamiento cruzó por su mente. Él mismo había sido incapaz de mirarle a la cara, inseguro por las emociones que arrasaban su mente desde hacía horas, dolido por lo que había descubierto de sí mismo. No tenía derecho de exigirle nada a Daniel.

Delante de ellos Daniel desbloqueó su coche estacionado en el aparcamiento, haciendo titilar las luces. Cuando llegaron a su altura su amante se giró y los tres quedaron sumidos en un pesado silencio.

—¿Qué vais a hacer? —Javier y Daniel hablaron a la vez, sorprendiendo a todos con la coincidencia. Si hubiera ocurrido en otro momento, hubiera sido un motivo de diversión

para los tres.

Marcos miró a su hermano en busca de ayuda, era obvio que pensaba que era con Daniel con quien tendría que ir, pero para él estaba claro que su novio tenía algún tipo de problema con la idea.

—Estoy muy cansado, solo quiero una cama lo bastante decente para dormir durante unos cuantos días —pidió totalmente en serio.

—Claro, tienes que descansar —estuvo de acuerdo Javier—. Yo tengo que ocuparme de algunas cosas aún, he traído mi coche, así que no hay ningún problema. Tú puedes ir a casa con Daniel y descansar todo lo que haga falta.

Antes de que terminara de hablar Marcos negaba con la cabeza.

—No quiero ir a mi casa —dijo con un temblor en la voz—. Y no creo que Daniel...

—Está bien, tienes razón, tenía planeado ocuparme de tu casa cuanto antes, no te preocupes, todo quedará como antes. Por eso decía que fueras con Daniel a su casa, allí vas a estar bien.

Marcos miró a su hermano horrorizado por la propuesta. No estaba seguro de aguantar el trayecto hasta la casa de Daniel en Madrid y tampoco creía que esa fuera la mejor solución, dadas las circunstancias.

—Javi, es una tontería viajar hasta Madrid solo para conseguir una cama decente, no es necesario ir tan lejos. Puedo llamar a Natalia, seguro que ella me hará un hueco sin tener que molestar a nadie.

Su hermano se le quedó mirando por un segundo con el ceño fruncido, pero antes de que pudiera contestarle, Daniel le interrumpió para dar su opinión.

—Si te vas a sentir mejor durmiendo en casa de Natalia, será eso lo que haremos, yo mismo te puedo llevar —ofreció Daniel con firmeza y tranquilidad—. Pero no hace falta que vayamos hasta mi casa en Madrid, aún tengo alquilada la casa de Sierra, y a mí no me molestas —aclaró con voz ronca.

Entonces Marcos no tuvo más remedio que girarse para encarar a su amante, y por fin se dio cuenta del daño que le estaba haciendo.

Daniel tenía unas oscuras ojeras rodeando sus ojos. La barba ensombrecía su mentón y mejillas acentuando la palidez de su rostro, y sus pupilas apagadas hablaban de una tristeza que tenía mucho que ver con él. Respirando con dificultad sintió una ola de arrepentimiento recorrerle por entero. Tendría que haberse dado cuenta que la

confianza y el amor que Daniel sentía por él eran algunas de las cosas realmente verdaderas que existían en su vida. Sin poder hablar en ese momento, tan solo asintió con un gesto de la cabeza, aceptando su ofrecimiento.

Javier miró de uno a otro sin saber muy bien lo que estaba ocurriendo, pero totalmente seguro de que algo entre su hermano y su mejor amigo no andaba bien.

—

Epílogo

Daniel abrió la puerta de casa con precaución, atento a cualquier ruido que pudiera indicarle que Marcos aún seguía allí. El tranquilo silencio de una casa vacía le recibió, pero no perdió las esperanzas. Cerrando la puerta de la calle caminó hacia la cocina esperando encontrar alguna señal de su marido.

—¿Marcos? —Llamó en voz alta, asomándose al salón y las habitaciones con pocas esperanzas.

Antes de llegar a la cocina, supo con certeza, que tampoco lo encontraría allí. Estaba claro que Marcos había necesitado un poco de espacio después de la penúltima discusión que habían tenido a cuenta de la oferta de trabajo que él había recibido hacía una semana. Ninguno de los dos había sido capaz de transigir en sus propuestas y la cosa había ido poniéndose cada vez peor a medida que pasaban los días. Viéndose solo en medio de la cocina vacía, Daniel se sintió como un completo miserable, al haber salido enfadado de la casa esa mañana, dejando a Marcos con la palabra en la boca. Ahora estaba arrepentido, su cabezonería había sido la culpable de que las cosas hubieran llegado a un punto en el que no podían ni hablar del tema sin enfadarse.

Hacía más de una semana que Daniel había recibido una generosa oferta de trabajo para trasladarse a Bruselas, previsiblemente, durante un periodo muy largo de tiempo. Había recibido la proposición como un halago y una recompensa a su duro trabajo durante los últimos años, pero no había tenido demasiadas dudas cuando la rechazó, agradeciendo a sus jefes que hubieran pensado en él. Tenía la vida que quería junto al hombre que amaba y sabía, además, que sería una complicación para Marcos el hecho de tener que abandonar su negocio, que tanto le había costado llevar adelante, para seguirle a la capital de Europa por un largo periodo de tiempo. Ni siquiera se había molestado en hablar con Marcos previamente antes de rechazar de plano la oferta. Y, probablemente, ese había sido el mayor error que había cometido, y el comienzo de todos sus problemas.

[1]

Material plástico laminado elaborado para cubrir superficies como encimeras. Aislante decorativo.

[2]

Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal (España)